



Berta Elena Vidal de Battini

Cuentos y leyendas populares de la Argentina
Tomo V

Índice

Cuentos maravillosos o de magia	
La novia sobrenatural. La sirena	
3 versiones	
Nota	
La palomita. Las tres naranjas	
21 versiones y variantes	
Nota	
El esposo encantado. El esposo monstruo. El esposo lagarto. En busca del esposo perdido	
10 versiones	
Nota	
El camino del cielo. La carta. El puente que lleva al otro mundo	
16 versiones	
Nota	
Los hermanos cisnes. Los hermanos cuervos	
2 versiones	
Nota	
El niño predestinado. Los tres pelos de oro del diablo	
2 versiones	
Nota	

Las hilanderas mágicas. Las ánimas milagrosas
4 versiones y variantes
Nota
El muerto agradecido
2 versiones
Nota
La Cenicienta
16 versiones y variantes
Nota
La monita de palo. Piel de asno. El padre enamorado de la
hija
6 versiones y variantes
Nota
Los animales protectores. Los animales agradecidos. El
caballito de siete colores
17 versiones y variantes
Nota
Diversos animales protectores. El toro. La zorrita
14 versiones y variantes
Nota
[El cuento de Alejito]
[1 versión]
Nota
La princesa forzada a reír. El pescadito encantado. Juan
Pereza
8 versiones y variantes
Nota

El cuento popular de la Argentina conserva, recrea y enriquece la herencia del cuento popular español y revive la tradición oral occidental, que asimiló elementos milenarios de la tradición oriental pero adquirió características propias que la singularizan. Este corpus de narraciones tradicionales es el aporte argentino a la ciencia universal del cuento popular.

—[13]

Cuentos maravillosos o de magia

En este tomo agrupamos los cuentos maravillosos del 972 al 1093 de nuestra colección.

Las variantes y versiones, en algunos cuentos muy numerosas, determinan la difusión del tema y las preferencias del pueblo. La transcripción fiel documenta el habla regional y comarcana. Las notas informan, con alguna frecuencia, sobre la fonética del habla y el texto da idea del estilo del narrador.

Repetimos que la colección es documental y una fuente para fines científicos, didácticos y artísticos. El conjunto certifica la variedad

que ofrece la narrativa argentina como recreación; no faltan las creaciones populares. Los motivos esenciales de los cuentos conservan la unidad del cuento tradicional de Occidente, generalmente milenario; los motivos secundarios, comunes en nuestra narrativa, le dan características regionales, a veces nacionales.

Como en todos los cuentos extensos, podemos observar en éstos la interpolación de otros cuentos y de motivos de tipos diversos.

Entre los cuentos maravillosos aquí reunidos figuran algunos de los más hermosos y típicos de la tradición oral universal.

—[14] —[15]

La novia sobrenatural. La sirena
3 versiones

Cuentos del 972 al 974

—[16] —17

972. El padre de los cincuenta hijos y la sirena

LA RIOJA

Un viejo que tenía cincuenta hijos, vivía sumamente pobre. Un día se fue a la orilla de una laguna que hoy ha desaparecido, casi tan grande como el mar. Tenía un perro, y un día cuando fue por la orilla de la laguna salió una sirena y le dice que le hacía un trato. Que ya que era tan pobre, para que pase más feliz la vida, que durante la semana llevaría todos los días, de la laguna, bolsas de plata, él y todos sus hijos, siempre que le diera lo primero que vaya a encontrarlo cuando regrese a la casa. El único que salía a encontrarlo era el perro y esta vez salió el hijo veintiséis, el más lindo y simpático de todos los muchachos. Y ya había dado la palabra. Tenía que cumplirla. Cuando llegó a la casa le avisó a la señora y ella encantada cedió. Vinieron a la oración cada uno con una bolsa. Cuando llegaron a la orilla de la laguna estaba un montón de plata. El viejo le dijo al hijo el trato que había hecho. Entonces el hijo le dijo que espere que el día lunes recién lo llevaría a las doce de la noche y que llegue y lo deje y que no lo entregue en la mano de la sirena, que dé la vuelta y que se venga y que no mire para atrás. El viejo así lo hizo.

El muchacho no se dejaba tocar con la sirena. La cansó y no lo pilló.

Entonces la sirena le dijo que si iba por allí sería perseguido por ella.

El muchacho se perdió. Después de tanto andar, los animales salvajes lo

perseguían, hasta que encontró un árbol grande donde pasó las últimas horas de la noche. Esperó —18que salga el sol para orientarse, pero no sabía dónde estaba. Había ido a dar sumamente lejos. Lo único que había alcanzado a mirar muy lejos eran dos hombres que venían a pie por una loma, y han sabido ser Manuel y Pedro¹, quienes tenían el poder divino. El muchacho les gritaba que lo socorrieran; Manuel le dio una virtud, lo transformó en un halcón, el más poderoso, capaz y inteligente del mundo. Inmediatamente el muchacho se transformó en halcón y siguió volando hasta que llegó a una ciudad que nunca había visto, maravillosa. Se asentó en la casa de un rico señor que tenía una hija muy linda y cuando ésta vio este lindo pájaro, mandó a unos peones para que lo pillaran. El halcón como estaba cansado no dio mucho trabajo. Entonces lo enjaularon y la muchacha lo cuidaba personalmente con mucho esmero, hasta que un día el halcón se transformó en el muchacho y habló a solas con ella. Pronto los dos se enamoraron. Cada día la niña se preocupaba más del halcón. Al poco tiempo el padre sospechó algo. Tomó un arma para matar al halcón, pero éste inmediatamente se volvió a transformar en persona y le quitó el arma al padre de la niña, diciéndole que estaba resuelto a casarse con ella, y así lo hizo. Al poco tiempo la muchacha lo invitó que fueran a pasar un día a la orilla de la laguna. Después de mucha insistencia, el joven aceptó, y una vez que estuvieron allí aparece la sirena y se lo lleva al fondo de la laguna.

La flamante señora regresó a la casa. Y siempre cuando se acordaba del marido frecuentaba ese lugar con la esperanza de encontrarlo, hasta que un día aparece un muchacho pelado y desnudo a la orilla de la laguna, y le pregunta el motivo por el cual lloraba ella. Le contó todo lo que le pasaba. El pelado le prometió ayuda, diciéndole que entre los dos lo iban a rescatar, que trajera cincuenta husos y él conseguiría el cáñamo para hilar a la orilla de la laguna, y como a la sirena le gustaba tanto el hilo, saldría a comprarlo. La señora así lo hizo y mientras hilaba apareció la sirena a comprarle el hilo. Entonces ella le hizo el trato que le entregue el esposo, pero la sirena no quería porque era esclavo de ella. La señora le dijo que para ver si era cierto que se lo haga ver aunque sea en el centro de la laguna, y apenas lo —19sacó a flote el muchacho se transformó en halcón y voló directamente a la casa. La niña tomó los husos y todo, y corrió a unirse con el marido, y vivieron felices y contentos muchos años.

Justo Leiva, 42 años. Pagancillo. General Lavalle. La Rioja, 1950.
Buen narrador.

—20

973. La sirena de la mar

SAN LUIS

Resulta que había un matrimonio que no tenía más que un solo chico. Un día la señora le dice al marido:

-Andá al mar a ver si podemos cazar² unas truchas, a ver si podemos pasar

el día.

El hombre, que vivía de eso, de cazar en la mar. Y el hombre en tanto de ir a cazar, se le apareció la serena³ del mar. La serena es figurada de niña para arriba, y la otra mitada es bagre. Entonces le dijo a él:

-Ve, yo te guá dar las mejores truchas todos los días, si me dais la primera prenda que te salga a encontrar cuando lleguís a tu casa, pa que te mantengás mientras vivás.

Y él sabía tener un choquito regalón, que lo salía a encontrar todos los días cuando llegaba a la casa. Él pensó que ésa iba a ser la prenda, y le dice:

-¡Cómo no! ¡Se lo traigo no más!

Resulta que cuando jue a las casas, le salió el niño. Y que él le dice:

-¡Bien haiga!, ¡bonito, m'hijito!... ¡Cómo se lo voy a llevar a la serena!

¡Yo no se lo llevo nada!

—21

Que la serena le dijo que se lo llevara cuando tenga catorce años. Cuando enteró catorce años, lo quiso llevar. Y el chico se huyó. Como el chico era dedicado a la serena, andaba mal con l'agua. Que no podía pasar ande 'tuviera hondito porque corría riego de que l'hundiera la serena. Ni meno se podía allegar al mar.

Se jue por los campos, lejo. En eso qu'iba, sintió una bulla. Entonce cuando aguaitó, vio un tigre, un león, un perro, un halcón y una hormiguita. Entonce lu alcanzó a ver uno y que dice:

-Ahi'tá uno aguaitando.

Entós que el tigre lu hizo llamar para que les sirva de juez porque ellos no se podían avenir. Que habían muerto un animal y no se podían repartir la carne sin peliar.

Vino el mozo. Les repartió la carne, y todos quedaron conformes. El mozo se jue. Entonce 'taban comiendo tan unidamente que le dijo el tigre al león:

-Chey, andá llamalo a este hombre pa darle una virtú.

Entonce que el león, el tigre y el perro le dieron un pelito, con esa virtú, diciendo: Dios y el tigre más feroz, se podía hacer tigre. Lo mesmo se podía transformar en los otros animales. El halcón le dio una plumita, y la hormiguita una patita.

Se jue y llegó a una estancia muy grande. Entós salió una niña a recibirlo. Le dijo que venía a buscar trabajo y ella jue a llamar a su tata. Vino el dueño de casa y lo conchabó pa que cuide una majada di ovejas. Él cuidaba muy bien las ovejas, pero un día volvió la majada sola. Se jue la niña a ver. Subió a un alto y vio que el joven estaba peliando con un gigante. Y vio que si hacia tigre, león, perro, y lo partía al gigante, y el gigante se juntaba otra vez. Entonce cuando ella vido esto, que se vino para la casa y le contó al tata.

Esa noche dejaron de peliar, pero al día siguiente le volvió a salir el gigante, y siguieron peliando. Al fin el gigante retrocedió y se jue. Entonce llegó a una playa⁴ y lo vido que se resumió abajo 'e tierra y no lo vido más. Él s'hizo un halcón. Se asentó en un monte, espiandoló al gigante, a ver si salía. Y ya vido la puerta por donde salía. Y ya entró él. Era un gran palacio.

—22

Pasó cinco puertas y encontró una niña encantada. Él iba hecho joven.

Entonce ella le dijo:

-Joven, ¡cómo si ha metido acá! ¡No sabe ánde viene usted! Este palacio lo tiene encantado un gigante.

Y ya le contó el joven que lo conocía. Entonce le dijo que se escuenda, que ya 'tá por llegar el gigante. El joven si hizo una hormiguita y desapareció del lau de ella. Ella quedó comprometida de averiguar ánde tenía la vida.

Ya llegó el gigante y dice:

-¡Pus!... ¡Pus!... ¡Olor a carne humana!

-¡Pero no, m'hijo! ¿Quién querís que venga acá?

Entonce el gigante empezó a mirar por todos lados y como no vido a naide se tranquilizó. Entonce ella le dice:

-¡Ve, hijo!, yo quedo muy intranquila lo que vos salís. Temo que te vayan a matar y me dejís sola aquí.

Entonce él, pa que la niña no sufra le dice:

-Mirá, hija, te voy a decir, a mí nu hay quién me mate.

Entonce le preguntó ella que porque.

-Miró, allá ajuera hay una quebrada oscura que se ve al salir de aquí.

Áhi, en el fondo de esa quebrada tengo un toro negro, atáu. 'Tá echando juego por la boca y narices y por los cachos⁵. Nu hay quién se allegue, ni quién lo mate. Matando el toro, yo ya 'toy en la cama. Adentro 'el toro 'tá una gama. Y adentro e la gama 'tá una paloma. Y adentro 'e la paloma hay un güevo. Quebrado el güevo, yo ya me muero, áhi'tá la vida miña⁶. Cuando terminó de decirle eso, el gigante le pegó a la niña en el pecho y ya se olvidó de todo. Y el gigante le dijo:

-¿Qu'es lo que t'hi dicho?

Y ni supo ella lo que le dijo, pero el joven óiba todo. Entonce la niña se apensionó⁷ lo que si olvidó y no sabía qué cuento l'iba hacer al joven.

—23

Entonce el joven salió. Se jue a la quebrada y si hizo tigre. Lo pelió al toro y lo mató. A todo esto ya el gigante 'tá en la cama, enfermo. Cuando murió el toro, salió la gama. Él si hizo un perro galgo, y la sacó di atrás, corriendo. La alcanzó y la mató. Áhi salió la paloma. Si hizo un halcón, y como Dios li ayudó, la persiguió y la pilló. Entonce la abrió y le sacó el güevo y se jue ande 'staba la niña y el gigante. El gigante que 'staba medio muerto, ya.

Cuando dentró el joven, la niña le dijo:

-¡Aquí dentró mi prenda! -y se levantó y lo abrazó.

Entonce el gigante le dijo:

-¡Ah, ingrata!, allegate pa'cá, pa matarte. ¡Vení! ¡Vení ingrata!

¡Allegate! ¡Allegate! -le suplicaba porque creiba que ella li había dau el secreto al mozo.

Y entonce el gigante le rogaba al joven que le entregara el güevo. Entonce el joven le dice:

-Pasame las llaves del palacio, si querís el güevo.

Entonce el gigante, en agonía, le dio las llaves del palacio de adentro de la tierra, que tenía encantado.

Y entonce, con todas sus juerzas le pegó al gigante con el güevo en la frente, y se rompió el güevo, y lo despenó⁸ al gigante, y áhi boquió, y se

murió.

Y ya jue el joven con la niña y abrieron todas las puertas y que salieron muchísima gente. Qu'este gigante había viviu agarrando cristianos⁹. Cuando ya vido la niña que salió libre ella y el joven, que le dice al joven:

-¡Güeno, m'hijo, agora llevame a la casa de mis padres!

Y entonce le preguntó el joven:

-¿Quién son tus padres?

Entonce ella le dice:

-Mi padre es el Rey di un pueblo que no mi acuerdo el nombre. Que hay que pasar la mar, pa llegar.

—24

-Güeno -le dice-, yo te guá condecender. Te llevaré, pero el mar yo no lo puedo pasar. Y le contó toda la historia que él había pasado con la serena.

Entonce le dice la niña:

-¿Y cómo hacimo, entonce?

-Di un modo u otro voy a ver si me puedo escapar.

Entonce pasaron en buque. Van en buque y el joven bien escondido adentro, pa que no lo vea la serena. Y en cuanto pasaron al otro lau, cuando se jue a bajar, salió la serena y lu abarajó, y se lo llevó.

Entonce la niña que lloraba y le decía a la serena, que ya vía que era de ella, pero le pedía un favor, que siquiera le sacara la cabeza del joven pa verla por última vez. Entonce la serena lo sacó. Y entonce la niña le dice:

-Mire, serena, le voy a pedir un gran favor, que me lo saque al joven aunque sea la mitada del cuerpo, aunque sea pa verlo, todos los días. Y, ¡claro!, a la serena le dio lástima de esta niña tan linda y tan güena qui había sufríu tanto con el gigante. Entonce se convoyó¹⁰ la serena con la niña, y que todos los días lo sacaba la serena al joven, pa que lo viera la niña.

Áhi era el reino del Rey, padre de la niña. Y que todos los días venía la niña con el Rey y toda la familia. Y todos los días la niña le pedía a la serena que lo enseñara al joven hasta más abajo. Y la serena lo enseñaba hasta ande le decía la niña.

Güe... Que un día le dijo la niña a la serena:

-Enseñemé todo, en la palma de la mano, en el aire. Yo ya no lo voy a venir a ver más, como última vez.

Entonce la serena, al otro día lo sacó y lo puso en la palma de la mano.

Entonce él s'hizo paloma y se voló. Y si allegó a la niña y si abrazaron.

Entonce que la serena le decía:

-Güeno, agora traimeló vos, traimeló vos tamién a la oría del agua pa verlo yo tamién.

—25

Pero, claro, la niña no le hizo caso a la serena y se jueron todos a los palacios, y que se empezó a preparar la boda de la hija del Rey y del mozo.

Y la niña lo tráiba todos los días al joven a la oría del mar paque lo viera la serena. Pero. ¡claro!, no si allegaban mucho.

Y güeno, áhi se define. S'hizo un gran baile en el casamiento del joven y

la niña. Yo 'stuve tamién.
Y me despedí y me jui.
Y que me cuente otro usted a mí.
Valentín Vega, 76 años. Estancia Grande. La Capital. San Luis, 1943.
Campesino rústico, pero inteligente y gran narrador.

—26

974. Promesas cumplidas

CORRIENTES

Se cuenta que hace muchísimos años, en un país lejano que se llamaba Promesas Cumplidas y que quedaba a la orilla del mar, vivía un pescador con su mujer y ocho hijos. Todos los días el pescador sacaba una gran cantidad de pescados. Los hijos más grandecitos vendían el pescado en el pueblo y con eso se mantenía la familia.

Un día, el pescador volvió a la casa sin nada porque no había podido pescar. Esa noche se tuvieron que acostar sin comer. La madre les contaba cuento a los hijos para entretenerlos y para que no lloraran de hambre.

Al segundo día le pasó lo mismo al pescador y los hijos lloraban de hambre y él no sabía que hacer, desesperado.

Al tercer día tampoco sacaba nada. Entonces se acordó que su abuelita contaba que eso hacían las sirenas del mar cuando se querían casar, para que les llevaran un esposo. Entonces, desesperado, se puso a gritar:

-Sirenitas, sirenitas del mar, por la virtud que Dios te ha dado, dame pescados y te daré a mi hijo para que sea tu esposo.

Entonces oyó una voz que decía en el mar:

-Está bien, te daré pescados, pero si no cumples te morirás de hambre con tu familia.

En ese mismo momento se le llenaron las redes de pescados. Entonce le dijo a la sirena que dejaba clavado el machete adentro del agua y que mandaría al hijo a llevarlo, y que ahí ella podía aprovechar y entrarlo a su reino y casarse con él.

—27

Cuando volvió a la casa todos se pusieron contentísimos. Comieron pescados y vendieron una gran cantidad. El pescador estaba triste porque tenía que perder al hijo mayor que tenía diez y seis años.

A la noche la mujer le preguntó cómo había hecho para conseguir tanto pescado. El pescador le contó en secreto lo que había pasado y que al día siguiente tenía que entregar al hijo mayor. El hijo había oído todo y pensó cómo tratar de salvarse. Al día siguiente el pescador lo mandó al hijo que le sacara el machete.

El muchacho llegó a la orilla del mar, trató de agarrar el machete y unas oleadas trataron de envolverle. De un salto salió a la orilla. Cuando las olas volvieron adentro, de otro salto agarró el machete y salió corriendo. Y así se salvó. Entonce se sentó, lejo de la orilla, y se puso a pensar qué podía hacer porque, si volvía a su casa el padre en alguna forma le iba entregar a las sirenas. Entonce resolvió ir a correr mundo, y tomó su

machete y se fue.

Caminó el muchacho todo el día y toda la noche. Al caer la tarde del día siguiente sintió mucho hambre. Se buscó en los bolsillos y sacó queso y pan que le había dado la madre, y comió. Sintió sé y vio que había agua en el hueco de una roca, y tomó.

Siguió el camino. Al rato vio unos animales que se peleaban por una res muerta. Cuando lo vieron al joven lo llamaron. Fue el perro y le pidió en nombre de todos que les hiciera una buena repartición. Los animales eran un tigre, un león, un águila y una hormiga. El joven fue y con su machete partió la res y le dio los cuartos al león, el pecho y las costillas al tigre, las dos espaldas al perro, los lomos al águila y el espinazo con la cabeza a la hormiga.

Entonces el tigre dijo que cada uno le iba a dar una virtud en agradecimiento. Entonces el tigre le dio unos pelos del lomo, el león también le dio unos pelos del lomo, el perro le dio unos pelos de la cola, el águila unas plumitas y la hormiga la punta de la patita. Con eso el joven se podía convertir en todos esos animales. Tenía que decir: Dios y tigre y se convertiría en tigre. Dios y águila y se convertía en águila, y así con todos. Después tenía que decir: Dios y gente, y se volvía hombre. El joven siguió. En cuanto entró en el monte, probó, y se convirtió en todos esos animales, en cuanto decía esas palabras.

—28

Siguió el camino y vio a la distancia una gama. Entonces dijo: Dios y perro. Se convirtió en perro y cazó la gama. Entonces dijo: Dios y gente, y se convirtió persona. Carneó la gama y la asó. Comió y siguió el camino. Entonces dijo: Dios y águila. Se convirtió en águila y salió volando.

Anduvo por el mundo diez años. Anduvo por todos los pueblos y este joven se educó y aprendió mucho.

Un día que volaba hecho águila, divisó en el medio del mar un gran palacio y bajó. Entonces dijo: Dios y gente. Entonces tomó la forma de un joven. Que era un joven muy lindo. Entró al palacio y en un salón encontró a una niña muy hermosa. Entonces ella le dijo que cómo se atrevía a entrar ahí, que ése era el palacio de un gigante muy malo y que la tenía a ella prisionera porque la había robado del palacio de su padre, que era rey y ella era una princesa. Entonces él le dijo que la salvaría, y se pusieron a conversar. Pasó un rato largo y se oyó el ruido del gigante que llegaba. Entonces le dijo que le sacara en alguna forma el secreto de dónde tenía el alma, y dijo: Dios y hormiga. Se hizo una hormiga y se escondió entre los pliegues de la blusa de la Princesa.

Entró el gigante y empezó a buscar por todos los rincones diciendo que quién había venido porque sentía olor a carne humana. Entonces la niña lo calmó diciéndole que quién podía venir hasta ese rincón del mundo. Y se puso a llorar la niña. Entonces cambió y se recostó, y le pidió que lo espulgara mientras descansaba y dormitaba. Entonces se pusieron a conversar muy cariñosamente. La niña lo espulgaba y aprovechó para sacarle donde tenía el alma. Al principio no le quería decir, pero al fin le dijo:

-En el Monte Negro, en el medio de la selva, hay un tigre atado con una cadena muy fuerte. Adentro del tigre está el león, adentro del león hay una gama, adentro de la gama hay una paloma, adentro de la paloma hay un huevito, y ésa es mi alma. Entonces el gigante le pasó la mano por la

frente de la Princesa porque tenía mucho poder, y en el mismo momento con eso le hizo olvidar todo lo que le había dicho.

El joven salió y se convirtió en águila y se fue a buscar el alma del gigante. Llegó al Monte Negro y se convirtió en tigre, y empezó a pelear con el tigre atado, que despedía fuego por los ojos. Al fin lo mató y con el machete le abrió la panza. Salió —29entonces el león que era bravísimo. Se convirtió en león y empezó a pelear. Después de una lucha muy grande lo mató. Con el machete le abrió la panza y salió corriendo la gama. Se convirtió en perro y la persiguió hasta que la alcanzó y la mató. Le abrió la panza con el machete y salió volando la paloma. Se convirtió en águila y la persiguió a la paloma hasta que la pudo cazar y la mató. La abrió y le sacó el huevito. La paloma había volado para el lado del palacio del gigante, y a la entrada la mató el águila, y le sacó el huevito. Entonce se convirtió en persona y entró al palacio.

El gigante mientras esto pasaba se había enfermado y a cada muerte se ponía más grave. Ya 'taba adivinando todo y cuando el joven entró con el huevito al salón en donde estaba medio muerto le dijo:

-Dame mi alma y yo te daré todos los tesoros de mi palacio.

-Entregame todas las llaves -le dijo el joven.

El gigante se las dio y el joven le reventó el huevito en la frente y el gigante se murió.

Entonce los dos, el joven y la Princesa se abrazaron y prometieron casarse en cuanto llegaran al palacio del Rey.

El joven se transformó en águila y llegó al palacio de los padres de la Princesa, contó todo como había sido y pidió permiso para casarse con ella. Se lo dieron los padres que estaban contentísimos y en todo el reino hubo fiestas por la noticia.

El joven compró un barco y lo mandó al palacio del gigante y él voló en forma de águila y llegó y le contó todo a la Princesa. Él le dijo que ella iba a viajar en el barco, pero que él tenía que ir por tierra o por aire porque las sirenas lo iban a perseguir si iba por el mar. Él ya le había contado su historia. La Princesa dijo que no, que tenían que viajar juntos, que ella lo iba a cuidar. Tanto insistió hasta que el joven cedió. Mandó a hacer una caja de vidrio, la Princesa, para el joven, y ella estaba cuidandoló noche y día, durante el viaje. Hicieron un viaje muy lindo. Cuando el barco estaba entrando en el puerto, todo el pueblo había venido a ver la llegada, y entonce el joven abrió la tapa de la caja y se asomó con la Princesa para saludar, creyendosé salvo. En ese instante, las sirenas —30que los venían siguiendo, saltaron al barco y se llevaron al joven al fondo del mar. Todo el mundo gritaba enojado y la Princesa bajó como enloquecida de pena, llorando a mares.

Cayó enferma la Princesa, pero se fue componiendo con la esperanza de que lo iba a salvar a su prometido, que ya era su marido.

Un día que nadie la veía, se fue a la orilla de la mar y llevó una moneda de plata. En la orilla empezó a decir:

-Sirenitas, sirenitas de la mar, por la virtud que Dios te ha dado, mostrame a mi marido y te daré una moneda de plata.

-No es tu marido, mi marido es -contestó una de las sirenas-. ¿Desde dónde quieres verlo?

-Desde el cuello -dijo la Princesa.

-Tira la moneda si quieres verle.

La Princesa tiró la moneda y vio salir entre las olas la cabeza de su marido.

-¿Estás contenta, chiquilla? -le dijo la misma sirena.

-Sí -dijo la Princesa, y se fue llorando.

Al otro día volvió a salir la Princesa sin que la vieran y vino a la orilla del mar y empezó a rogar:

-Sirenitas, sirenitas de la mar, por la virtud que Dios te ha dado, mostrame a mi marido y te daré una moneda de plata.

-No es tu marido, mi marido es -dijo la sirena-. ¿Desde dónde quieres verlo?

-Desde la cintura, porque no lo reconozco.

-Tira la moneda si quieres verle.

Tiró la moneda y vio salir al joven de medio cuerpo.

-¿Estás contenta, chiquilla? -dijo la sirena.

-Sí -dijo la Princesa, y se fue llorando.

Al día siguiente volvió y dijo por tercera vez:

-Sirenitas, sirenitas de la mar, por la virtud que Dios te ha dado, mostrame a mi marido y te daré una moneda de oro.

-No es tu marido, mi marido es -dijo la sirena-. ¿Desde dónde quieres verlo?

-Desde la planta de los pies, porque no lo reconozco.

—31

-Tira la moneda y le verás.

Entonces apareció el joven de cuerpo entero entre las manos de las sirenas, y la sirena preguntó:

-¿Estás contenta, chiquilla?

En ese mismo momento el joven dijo Dios y el águila, y salió volando transformado en águila, y se fue y se asentó en tierra.

Ese mismo día se hizo la boda y al joven lo hizo Príncipe el Rey. Las fiestas duraron muchos días.

Después el Príncipe pidió permiso al Rey para traer su familia y hacerla vivir en el palacio.

Vino el pescador y su familia y se quedaron a vivir con el hijo, muy contentos porque ya las sirenas no lo iban a molestar más, porque se habían cumplido las promesas hechas a las sirenas.

Vivieron muy felices, y el Rey le entregó el reino al joven, que lo gobernó hasta el resto de sus días.

Y colorín colorado
este cuento se ha terminado.

Adrián Godoy, 45 años. San Cosme. Corrientes, 1952.

Director de Escuela. Aprendió el cuento de la abuela, Reyes C. de Solís, gran narradora.

Figuran en este cuento motivos de otros como el reparto de la presa entre

animales, que le dan al héroe virtudes mágicas y el del alma externa del gigante.

—32

Nota

Nuestro cuento desarrolla un tema que es conocido en la narrativa de Occidente. Tiene entre otros motivos:

A. La sirena promete, a un pobre pescador, abundante pesca o bolsas de plata en cambio de quien salga a recibirlo al llegar a su casa. El pescador lo promete pensando en que todos los días salía a recibirlo su perro, pero en esta oportunidad salió uno de sus hijos. En una variante, el padre promete su hijo a la sirena.

B. Llegado el término fijado el muchacho es llevado a la orilla del mar, pero huye de la sirena.

C. El joven corre aventuras, desencanta a una princesa y se casa con ella. Deben regresar a la casa de los reyes, pero el joven no puede acercarse al mar o laguna en donde habita la sirena. A pesar de las precauciones tomadas, la sirena lo rescata.

D. La esposa dolorida pide al joven, con gran insistencia, a la sirena. La sirena se apiada y va haciendo salir al joven poco a poco, hasta que éste puede huir y se reúne a su esposa.

Por sus motivos esenciales nuestro cuento pertenece al Tipo 400 de Aarne-Thompson.

—[33]

La palomita. Las tres naranjas
21 versiones y variantes

Cuentos del 975 al 995

—[34] —35

975. La niña que se perdió y la negra

SALTA

Diz que había un matrimonio que tenía una hijita. Esta niña vivía jugando en el monte -que la casa 'taba en el medio 'el monte-. Diz que esto era de cuanta11, del tiempo di ante.

Diz que un día vino un cuervo y le levó la muñeca 'i trapo, pero muy churita¹². Diz que entonce la niña salió corriendo por atrás del cuervo. Iba llorando atrás del cuervo. El cuervo se asentó en un árbol. Diz que llegó la niña y le pidió su guagiüita¹³. Y el cuervo volvió a volar. Diz que así siguió toda la noche. Y la niña corría y corría, y al fin, a la madrugada, el cuervo le dejó cair la muñequita. Y ella corrió y vio la muñequita que 'taba caida antarca¹⁴, en el suelo. Áhi la alzó y quiso volver a su casa, pero 'taba perdida.

Diz que la niña perdida ha andau todo el día en el monte, y nada, no encontraba a nadie. Y diz que ha dormido en el monte abrazada con su guagiüita. Al otro día ha seguü caminando y cerca de la hora de mediodía ha llegau a un ranchito. Diz que ha visto que había dos camas igualitas y dos sillitas. Ha ido a la cocinita y ha visto una ollita 'i locro. Y áhi qui había todo de dos: dos platos, dos cucharas, dos cuchillos, dos jarritos, dos banquitos. —³⁶Diz que ha barrido con la pichana¹⁵ el ranchito y ha echado leña en el juego y ha atendido l'ollita 'i locro.

Y diz que ha sentíu tropel de caballos y si ha escondido de miedo. Y diz que han llegau los dueños de casa, que eran dos hermanos.

Y diz que han visto que hay gente en la casa y han buscado, y han encontrau a la niña. Y la niña ha contau todo y ellos, que vivían solitos, li han pedíu que se quede con ellos como hermanita, porque ellos no han sabido di ánde era la niña. Estos hermanos trabajaban de piones en el palacio del Rey de ese lugar. El Rey era soltero y muy güen mozo.

Y diz que la niña si ha quedau y qui hacía todos los trabajos. Li han dicho los jóvenes que tenga mucho cuidau con un gato negro qui había en la casa, que no le pegue porque le va hacer mucho perjuicio.

Y diz que vivían muy contentos los tres. Un día diz que el gato le comía la comida y la niña le pegó. Áhi el gato ha ido y li ha orinado el juego y se lo ha apagado. La niña ha corríu a una casa que 'taba cerca y ha ido a pedir juego. Y ha visto que había una niña y li ha pedíu que corra, porque si la ve la madre, que es bruja, la iba a matar. Y la niña ha corríu. La ha visto la bruja y ha salido por atrás, pero la niña logró llegar y encerrarse en la casa. La bruja ha orinado atrás de la casa y ha nacido un gran cebollar. Y si ha ido.

Ha salido la niña y ha hecho juego otra vez. Y ha visto el cebollar y ha cortado y ha puesto en l'ollita. Y diz que decía:

-¿Cómo mis ñaños¹⁶ no mi han dicho que tenían estas cebollas tan lindas?

Y diz que han llegado los hermanos y ella les ha estado contando todo. Y diz que en ese momento ellos han probado la comida y áhi si han hecho güeyes. Claro, eso ha síu por las cebollas de la bruja. Y diz que el gato negro era también la bruja.

Y diz que la niña ha llorau todo el día. Y di áhi si ha dedicau a cuidar sus güeyecitos. Y diz que los pastoriaba en el campo. —³⁷Y diz que un día el Rey ha salido del palacio, ha visto a esta niña tan linda, y si ha enamorado de ella. Y después ha vuelto y li ha dicho que se quiere casar con ella. Y ella ha dicho que se casaba pero con el conque de llevar sus güeyecitos y tenerlos muy cuidados.

Y diz que si ha casau la niña con el Rey y al año ha tenido un niño muy bonito. Que estaban muy contentos.

Diz que había una negra esclava que era bruja y quería ella ser reina. Y

qui andaba viendo cómo podía hacer pa que se vaya esta niña y le deje el lugar.

Diz que el Rey ha tenido que viajar y ha dejado a la negra que cuide a la Reina.

Diz que un día li ha dicho la negra que la va a espulgar para que pase un rato. Y la Reina ha dicho que sí.

Y áhi diz que la negra le ha clavado un alfiler embrujau en la cabeza. Diz que la Reina si ha hecho una urpilita¹⁷, una palomita, y si ha volado.

Diz que cuando ha vuelto el Rey la negra si ha hecho la que era la niña y ha dicho que la negra si ha ido y que del dijusto si ha puesto así. El Rey 'taba muy triste con este cambio, pero no podía hacer nada.

Diz que mandó a que hiciera trabajar a esos güeyes flojos y que al niño no lo cuidaban.

Diz que un día llegó la palomita al palacio y le empezó a hablar al hortelano. Y diz que él le ha contestado:

-Buen día, hortelano.

-Buen día, urpilita.

-¿Qué hace el Rey?

-Está acompañado con su mujer.

-¿Qué hacen los güeycitos?

-Tirando cal y piedra todo el día.

-¿Qué hace mi niño?

-Está sufriendo y siempre llora.

—38

-Llora, llora niño de mis entrañas, que tu madre anda por las montañas.

Y áhi se volaba.

Y diz que ha venido tres días la palomita y ha dicho siempre lo mismo. Y el hortelano diz que le ha avisado al Rey, todo lo que decía, y diz que el Rey ha ordenado que le ponga cera en el palo que si asentaba la urpilita y que se la lleve. Y el hortelano ha puesto la cera y li ha llevado la urpilita al Rey.

Diz que el Rey ha acariciado a la urpilita y ha sentido que tenía una alfiler clavado, y se la ha sacado, y áhi mismo si ha vuelto en la niña que era.

Y diz que la niña ha abrazado al Rey y ha corrido ande 'taba el niño. Y ha hecho trair los güeycitos. Y claro, le ha avisado al Rey cómo ha hecho la negra esa brujería.

Y diz que entonces el Rey ha hecho trair cuatro potros de los más malos y ha hecho atar a la negra que la maten, que la descuarticen. Y así han hecho. Y así ha pagado su maldá esta negra.

Y los Reyes y el niño han quedado muy contentos y felices. Y estarán viviendo todavía con los dos güeycitos que volvieron a ser los güenos hermanos di antes.

Bernardino Zoto, 52 años. Obraje Las Hacheras. Anta. Salta, 1962.

Hachero de la selva salteña, de Anta. Muy buen narrador.

—39

JUJUY

Era una niña que tenía muchas muñecas y le gustaba ir a jugar al campo. La madre le había dicho de 18 que en el campo corría muchos peligros, que nunca fuera ahí. Ella, desobediente, iba siempre, hasta que un día de esos, vino un carancho y le llevó la mejor muñeca que tenía. Y ella corrió detrás del pájaro, y gritaba:

-¡Carancho! 19, entregame mi muñeca!

Ya muy lejos, el carancho le largó la muñeca. Pero la niña se perdió, 'taba completamente desorientada y empezó a caminar sin rumbo. Vio una casita y se llegó a ella. Llamó y nadie le respondió. Entonces decidió entrar. Y vio que había dos camas y que estaba todo desarreglado. Entonces arregló la casa, la limpió y puso todo bien en orden. Luego de poner todo en orden fue a la cocina y empezó a preparar la comida para dos personas que vio que ahí había.

Cuando eran las doce más o menos, sintió un tropel de caballos. La niña sintió miedo. Corrió a esconderse debajo de una batea 20 que estaba boca abajo.

Llegaron. Habían sido dos hermanos los que vivían en la casa. Y al ver todo en orden, la comida hecha, la mesa puesta, se alegraron muchísimo y decían ellos que era el Señor 21 quien les —40 mandó un ángel para que los atendiera. Y uno había visto que el vestido de la niña aparecía por debajo de la batea, y dijo que había una mujer ahí. Entonces dijeron que si era anciana iba a ser la madre de ellos y si era joven sería la esposa, dijo uno de ellos. Entonces el otro dijo que no, que sería la hermana de los dos. Entonces le dijeron que salga del escondite la que esté ahí, que nada le iba a pasar. Y la niña salió, y los dos corrieron y la abrazaron y le dijeron que sería una hermana, porque el cielo la había mandado. Y desde ese día fue una hermana.

Le enseñaron la casa y las costumbres de ellos. Y también le dijeron de que había un gato negro, y de que tenga mucho cuidado y que nunca lo trate mal.

Pasó un tiempo. Un día, la niña casi sin darse cuenta le pegó al gato. El gato fue entonces y le apagó el fuego. La niña desesperada no sabía qué hacer ni de dónde sacar fuego para hacer la comida. Entonces se subió arriba del techo, y muy lejos, alcanzó a ver un humo. Ella se bajó y salió disparando para pedir fuego. Al llegar a esa casa sale una negra a recibirla y le dice:

-Oh, niña hermosa, ¿qué te ha traído por acá? Mi madre es una bruja y acá nunca llega gente.

Entonces la niña le dice que se dé prisa y que le dé fuego. Y la negra saca y le da unas brasas y le dice que corra, y muy ligero, porque va a llegar pronto la bruja.

-Y si te da alcance te va hacer daño -le dice.

Y la niña salió disparando. En ese momento llega la bruja y le dice:

-¡Pus, pus, carne humana hiede! ¿Quién vino a nuestra casa?

-Nadie, madre -dice la negra-. Si aquí nunca sabe 22 llegar un alma viviente.

Pero la bruja se dio cuenta de lo que había pasado, y montó en una escoba

y salió a perseguir a la niña. La niña no tuvo más tiempo que tirar las brasas y cerrar la puerta y llegó la bruja. La niña cerró muy bien la puerta.

—41

La bruja llamó, pero la niña no atendió. Entonces llamaba y le decía que salga, que no le iba hacer nada. Al final, le dijo que se iba y que le dejaba de regalo un hermoso almácigo de cilantro y cebollas. Después de un buen rato, la niña abrió la puerta y vio que había un hermoso almácigo de cilantro y cebollas como le había dicho la bruja. Hizo fuego, preparó la comida y le echó de estas verduras. Cuando vinieron los hermanos les sirvió la comida. Cuando los mozos probaron la comida quedaron convertidos en bueyes. Entonces la niña se desesperó llorando. Y desde ese día los comenzó a pastorear a los bueyecitos. Que tenía un hermoso alfalfar y allí los llevaba ella, todos los días.

Un día de éstos las ovejas del Rey se pasaron al alfalfar.

Y entonces el pastor del Rey entró a sacarlas y vio la niña. Entonces fue y le contó al Rey que había visto una hermosa niña pastoreando unos bueyes. Entonces el Rey dice que vuelva a pasar las ovejas y que vuelva a decirle qué hace esa niña. Entonces el pastor hace eso y ve a la niña llorando. Entonces va y le cuenta al Rey.

Y entonces al día siguiente va el Rey y al verla a la niña tan hermosa, se enamora y le pide que se case con él. La niña le responde que no, porque si ella se casaba los bueyes sufrirían. El Rey le dice de que va hacer un alfalfar frente al palacio y ahí estarán los bueyes para que ella pueda verlos todo el día. El Rey insiste tanto que la niña acepta.

Se casan y viven muy felices.

Al año de casados les llega un hermoso heredero.

La niña nunca se olvidaba de los bueyes y nunca los dejaba trabajar. La bruja se entera de que la niña vivía muy feliz y era Reina; entonces le dice a la hija de que ella debía ser la Reina y que ella la va ayudar para que la niña desaparezca y ella pueda ir al palacio. Se van y llegan, justo cuando el Rey se había ausentado por un tiempo. Entonces le dice la bruja que ella, la Reina, necesitaba compañía y que le iba a dejar a la hija para que la acompañe y la ayude en todo. Como la negra iba arreglada para que no la conociera, no la conoció.

La Reina aceptó la compañía. Y la negra le ayudaba en todo. Un día le dice que había visto que ella tenía bichos, —42piojos, en la cabeza y que la iba a espulgar. La Reina acepta y mientras la 'taba espulgando le clava en la cabeza un alfiler embrujado y la Reina se convierte en una paloma, y sale volando.

Cuando vuelve el Rey se encuentra con la negra, muy arreglada como si fuera la Reina, y le pregunta cómo ha cambiado tanto, y que por qué tenía los ojos tan colorados. Ella le dice que en su ausencia no dormía y había llorado mucho.

También vio que a los bueyes los habían puesto a trabajar.

Un día de éstos, el pastor del Rey, al pasar a traer las ovejas, oye que lo hablan, que lo saludan, y él contesta el saludo sin saber quién era.

Entonces vio que en un árbol había asentada una palomita. Entonces hablan los dos:

-Buenos días, pastor.

-Buenos días.

-¿Qué hace el Rey?

-Jugando y chanceando con su mujer.

-¿Qué hacen los buyecitos?

-Echando cal y arena.

-¡Pobres mis buyecitos! ¿Y el niño?

-A ratos llora y a ratos calla.

-Llora, llora niño de mis entrañas, que así llora tu madre por las montañas.

Entonces el pastor se va y le cuenta al Rey. El Rey se 'taba dando cuenta de lo que estaba pasando. Entonces le dice que encole el árbol para poderla atrapar a esa palomita. Y al otro día que vaya a pasar con las ovejas. Y vuelve a venir la palomita.

-Buenos días, pastor.

-Buenos días.

-¿Qué hace el Rey?

-Jugando y chanceando con su mujer.

-¿Qué hacen los buyecitos?

-Echando cal y arena.

-¡Pobres mis buyecitos! ¿Y el niño?

-A ratos llora y a ratos calla.

-Llora, llora niño de mis entrañas, que así llora tu madre por las montañas.

Salió volando y dejó los zapatitos pegados en el árbol. El pastor se los lleva al Rey y el Rey reconoce que son zapatitos de su señora.

—43

Y le ordena que encole más el árbol.

Y al día siguiente vuelve la palomita. Habla como todos los días y cuando quiere volar queda pegada. El Rey viene y la pone en una jaula de oro y la hace poner en un lugar del palacio.

Entonces la hija de la bruja le dice que para qué ha hecho poner ese bicho en el palacio, que eso traía mala suerte y que debía echarla, que por ella van a tener mala suerte. Y el Rey dice que no.

Un día le toca de salir al Rey. Al volver encuentra la jaula vacía, y la negra le dice que la palomita se había escapado.

Entonces la empiezan a buscar por todos lados, y al fin la encuentran en una tinaja de arroyo. Y el Rey la sacó y la empezó a lavar para quitarle el arroyo que tenía. En eso tropezó con una costrita en la cabecita y le sacó un alfiler, y en el mismo momento se paró la Reina. Entonces ella corrió a ver al niño, y después le dijo:

-¿No te decía que mis buyecitos sufrirían si me casaba? Y la niña le cuenta que eran los hermanos de ella y que por la bruja se han convertido en bueyes, por la madre de esta negra. Ya se dio cuenta de todo.

Entonces el Rey inmediatamente la hace llamar a la vieja bruja y le ordena que si no los convierte en seres humanos como habían sido los bueyes las iba a quemar a las dos. Entonces la bruja los volvió a la forma que eran.

El Rey las mandó encerrar en una prisión a la bruja y a la hija hasta que se murieran.

Y ellos vivieron felices muchos años.

María Elsa Salas de Varela, 28 años. La Quiaca. Yavi. Jujuy, 1952.
Excelente narradora.

La narradora ha cursado los grados de la escuela primaria y se expresa con facilidad y corrección. Pronuncia bien la s en todas sus posiciones; hace diferencia en la pronunciación de y, ll, como lo hacen, en general, las personas cultas de La Quiaca y de la región limítrofe con Bolivia; la r es asibilada como en gran parte del país.

—44

977. Las tres naranjas

TUCUMÁN

Diz que era un rey que tenía un hijo solo.

Diz que el Príncipe éste era muy valiente, y que le dice al padre que va hacer viaje a un reino que diz que 'taba muy lejo, y que se llamaba Las Tres Naranjas. Él quería ir de todas maneras a ese reino. Ya no dormía por pensar en Las Tres Naranjas.

Claro, el Rey que no quería que juera, y que le había dicho que hay muchos peligros en Las Tres Naranjas, que no viaje a tan lejas tierras y tan peligrosas.

Pero, diz qui ha porfiáu el Príncipe y el Rey lu ha dejau ir.

Li ha preparau el avío, y diz que li ha ensillau la mejor mula. Diz que li había dau una mula porque era lugar de cerros ande tenía qui andar, y es mejor la mula que el caballo. Y li ha dau otra mula 'i tiro.

Cuando anduvo unos cuantos días de viaje, que andaba preguntando siempre por ese lugar de Las Tres Naranjas, que ha encontrau un caballito flaco a la orilla del camino, y que el caballito le ha hablau y li había dicho:

-Dejá tus mulas que 'stán cansadas. Ensillame a mí que yo te voy a llevar a Las Tres Naranjas.

El Príncipe no li hacía juicio²⁴, pero como las mulas ya no podían caminar le ha atendido. Áhi ha bajado la montura y que ha ensillado el caballito ése. Al momento el caballito era como —45si volara por el aire. Y diz que ha llegado a Las Tres Naranjas. Áhi había una planta de naranjo y tenía tres naranjas di oro. El caballito li ha dicho que las corte a las naranjas y las guarde, y salga ligerito porque si no corría peligro de muerte. El joven las cortó a las naranjas, las guardó en las alforjas y montó en el caballito. El caballito salió al galope en el aire.

Cuando llegó el Príncipe ande había dejado las mulas, las mulas 'taban áhi, lo 'taban esperando. Entonce dejó el caballito y siguió con las mulas.

Habían andau mucho y sintió sé y hambre. Si acordó de las naranjas. Sacó una y la partió. Cuando la ha partido, salió una niña como di un encanto, una niña preciosa, y que le dice:

-Príncipe valiente, si me da espejo para mirarme, tualla para secarme y peine para peinarme, no seré perdida.

El Príncipe, muy sorprendido²⁵, li ha dicho:

-Nada tengo, niña preciosa, ¿qué otra cosa puedo hacer? Entonce la niña ha

dehparecido26.

Siguió el Príncipe el camino. Otra vez tuvo sé y hambre y sacó otra naranja. La ha partido y entonce salió de la naranja una niña más preciosa que la primera y diz que li ha dicho al joven:

-Príncipe valiente, si me da espejo para mirarme, tualla para secarme y peine para peinarme, no seré perdida.

El Príncipe, más sorprendido todavía, li ha dicho:

-Nada tengo, niña preciosa, ¿qué otra cosa puedo hacer?

Entonce otra vez la niña ha dehparecido.

El Príncipe si ha quedado muy pensativo y cuando ha pasado por cerca di un pueblo ha ido y ha comprado un espejo, una tualla y un peine.

Ha vuelto a sentir sé y hambre y ha partido la tercera naranja. Entonce di adentro de la naranja salió una niña más bonita todavía y li ha dicho:

—46

-Príncipe valiente, si me da espejo para mirarme, tualla para secarme y peine para peinarme, no seré perdida.

Entonce la niña tuvo eso y siguió con él. El Príncipe la alzó por delante y siguió. Cuando 'taban cerca del palacio, le dijo que la iba a dejar para ir a buscarle ropa. Y la dejó en un árbol. Este árbol estaba a la orilla de un arroyo de aguas cristalinas.

Después de un rato llegó una negra esclava del Rey a buscar agua al pie del árbol con unos cántaros.

Ha llegado la negra y ha mirado en el arroyo y ha visto una niña blanca y rubia en el agua. Y ha creído que era ella y lo que si ha visto tan linda, claro que era la niña que 'taba arriba del árbol, ha dicho:

-Yo, ¡tan bonita!, ¿acarriando agua?

Y áhi ha tirado lejo los cántaros y los ha roto y si ha vuelto al palacio.

Y en el palacio si han réido de la negra y la han vuelto a mandar a buscar agua.

Ha llegado la negra a levantar agua del arroyo, al pie del árbol, y ha vuelto a ver esa carita tan bonita, y ha vuelto a decir:

-Yo, ¡tan bonita! ¿acarriando agua?

Y ha vuelto a tirar los cántaros y los ha roto. La negra 'taba crendo que era ella la que se vía en l'agua.

Y diz que la niña que 'taba mirando si ha puesto a reir a carcajadas. Y áhi si ha dau cuenta la negra de todo. Y ha hablau con la niña y ha sabido la historia de la niña y del Príncipe.

Diz que esta negra era bruja y ha queríu quedar en su lugar. Y li ha dicho a la niña pórque no se dejaba espulgar para entretenerse un rato. La niña ha dicho que sí. La negra ha subido al árbol, y diz que mientras la espulgaba li ha clavado un alfiler y la niña si ha hecho una palomita y si ha volado a las montañas.

Diz que la negra se quedó en el gajo esperando al Príncipe. Llegó el Príncipe y muy sorprendido le preguntó qué le pasó. Entonce ella le dijo que el sol la había quemado pero que ya se iba a componer. Entonce él la llevó al palacio. Entonce vivieron áhi.

Diz que la palomita ha comenzau a ir al palacio y áhi qui hacía su tantito que era tan triste, que el hortelano del palacio le jue a contar al Príncipe. El Príncipe la hizo pillar y la hizo —47poner en una jaula muy linda. El Príncipe no sabía porque le tenía tanto cariño a la palomita

y la negra se ponía enojadísima de ver eso.

Diz que el Príncipe tuvo que salir de viaje y dejó encargado que le cuiden la palomita.

Diz que en cuanto salió el Príncipe la negra la puso a la palomita en una olla 'i vinagre pa que se muera.

Diz que volvió el Príncipe y lo primero que hizo es preguntar por la palomita. La negra le dijo que si había volado, pero el Príncipe la empezó a buscar y la encontró en l'olla'i vinagre, ya casi muerta. Áhi le encontró el alfiler y se lo sacó, y se transformó en la niña blanca y rubia que era.

Entonce el Príncipe mandó que ataran la negra en cuatro potros chúcaros y los largaran. Diz que lo ataron y los potros han despedazado a la negra.

El Príncipe si ha casado con la niña de Las Tres Naranjas. Esas niñas de Las Tres Naranjas eran hijas di un Rey que los encantó en las naranjas para que se casaran con príncipes que fueran capaces de sacarlos del encanto. Y áhi jue este solo Príncipe que era el más valiente.

Diz que el Rey li ha entregado el reino al hijo y han vivido muchos años muy felices.

Miguel Ángel López, 76 años. Tafí del Valle. Tafí. Tucumán, 1951.

Gran narrador. Ha vivido siempre en esta zona de la Provincia.

—48

978. La palomita

SANTIAGO DEL ESTERO

Era una niña que estaba jugando con las muñecas. Y vino un pájaro y le arrebató la muñeca. Y se la llevó. Y ella salió corriendo por detrás de la muñeca, hasta que se internó en el bosque y se perdió.

Entonces el pájaro le largó la muñeca. Ella la levantó y al levantarla vio una casita. Y se va a la casita. Encuentra que parece que eran para dos habitantes. Porque tenían dos camitas. Y en todo veía ella que era para dos personas. Y se va a la cocina y hace la comida. Vuelve y oye ruidos. Cuando oye ruidos se esconde debajo de una batea, pero le queda un pedacito del vestido fuera de la batea.

Entonces llegan dos mozos. Los muchachos ven que ahí ha estado una persona. Hasta que ven ese trapito, levantan la batea y se dan con una chica muy linda. Y ella les cuenta lo que le ha pasado. Entonces ellos le dicen que se quede a vivir con ellos y que para ellos va a ser una hermanita.

Los mozos trabajaban en la casa del Rey. A la niña la dejan de dueña de casa. Cuando ellos se van le dicen que tenga mucho cuidado con el gato, que no le haga nada porque le va a apagar el fuego, porque la única casita cerca que había era la de una vieja mala que era una vieja bruja.

Entonce, una vez, el gato le quita la carne que está preparando para la comida y ella le pega. Entonces va el gato, le orina y le apaga el fuego.

Entonces ella corre a la casita y pide fuego. La hija de la vieja le da unas brasitas y le dice que se vaya, que corra porque la va a perseguir la

madre, que es muy mala. Y —49 la vieja va a la casa, se entera que le han dado fuego y se va por detrás. Entonces ella va y se encierra, cierra las puertas.

Entonces la bruja va y se orina atrás de la casa. Y ahí se cría un cebollar lo más lindo.

Más tarde se ocupa la chica en preparar la comida. Va y corta cebolla y le echa.

Y vienen los muchachos a comer. Comen y se transforman en bueyes.

Ella los cuidaba. Los trataba que eran hermanos.

Un día viene el Rey y se da con esta chica tan linda, y quiere casarse con ella. Y ella le dice que no, que no puede, que ella tiene que ir con los bueyes porque son sus hermanos.

Le dice el Rey que sí, que se los va llevar.

La lleva y se casa el Rey.

Al año, la Reina tiene un niño. ¡Bonito el chiquito!

Tenía él una sirvienta, una esclava, una negra que le tenía envidia a la señora.

Un día que no estaba el Rey, la negra le dice:

-¡Señora, dice, tan lindo el cabello!

Y le acaricia la cabeza y le planta un alfiler. Entonces la señora se transforma en una paloma y sale volando.

Ella, la negra, se viste con los trajes de la Reina. Y se arregla lo más bien. Se pinta.

Cuando viene el Rey se da con que no se parecía a la señora. Y entonces la negra le dice que estaba ella sola porque la sirvienta, la negra, ya se había ido y del dijusto se había puesto así. El Rey la veía y siempre la desconocía, pero se tenía que resignar no más.

La palomita siempre venía y lo hablaba al hortelano. Y le decía:

-¿Qué hace el Rey?

-Jugando y chanceando con su mujer.

-¿Qué hacen los bueycitos?

-Andan tirando cal y piedras en el monte.

-¿Qué hace el niño?

-El niño está llorando.

—50

-Calla niño de mis entrañas, que tu madre anda por las montañas.

Y la palomita se volaba.

Al hortelano le había llamado la atención porque todos los días venía la palomita y decía lo mismo. Y va y le cuenta al Rey. Entonces el Rey le dice que vea si la puede pescar. Y le enseña cómo la va agarrar y le trae una cosa para que se quede pegada en la rama que se asienta.

Y el hortelano le pone esa pasta pa que se quede pegada. Cuando vuelve la palomita y le dice todo al hortelano y se quiere volar, se queda pegada.

Entonces el hortelano le trae la palomita al Rey. Entonces la acaricia el Rey y le encuentra un coquito en la cabeza. Tira y le saca un alfiler. Al momento se transforma en la reina. Y ya tiene una alegría muy grande el Rey, y ella corre a ver al hijito. Y ahí viene y le cuenta lo que le pasó a ella. Y todos vuelven a ser los de antes.

Entonces la agarra a la negra y la hace atar con cuatro potros, claro, que la descuarticen. Y la matan.

Y fueron todos felices.

Y se terminó el cuento.

María Luisa Caamaño de Carrizo, 82 años. Estancia Balbuena. Ojo de Agua. Santiago del Estero, 1970.

La narradora oyó este cuento en Villa María, Córdoba, cuando era niña.

—51

979. La palomita

CATAMARCA

Se trata de una chica, ya era una señorita, que le gustaba mucho jugar con las muñecas. Y no dejaba de jugar. Ya 'taba siendo ya niña grande, pero siempre 'taba jugando con las muñecas. La madre le decía siempre:

-Mirá, hija, no juegues, ya, con las muñecas, ya no tienes edá para jugar con las muñecas. Pero a ella le gustaba. Seguía jugando. Y tenía muy arregladas las muñecas, muy bien vestidas. Porque cosía, les hacía ropita. Un día 'taba jugando en el patio y vino un carancho y le levanta la muñeca más hermosa que tenía, y más bien vestida. Entonce ella se levanta corriendo.

-¡Traé! ¡Traé! -que corría tras del carancho-. ¡Traé! ¡Traé!...

Siempre corriendo, y el carancho se iba no más. Y ha ido al campo, a un desierto que ya no había nada. Y le ha soltado la muñeca ya destrozada la muñeca, porque la había roto. Y entonces ella lo levantó a la muñeca, pero cuando ha querido volver a la casa ya no había dado por donde. Ya si ha perdido. Andaba... y seguía andando. Y ya iba siendo oración. Y ya no podía dar por donde volver. Hasta que va y da con una casa vacía, con una casa que había en el campo. 'Taba sola la casa, pero estaba abierta la puerta de la cocina. Va y entra. Y encuentra todas las cosas listas para cocinar, todo. Y ella, claro, tenía hambre. Si había ido a la mañana y había andado toda la tarde, todo el día se puede decir. Entonce que dice, pensó:

—52

-Voy a cocinar. Como y les dejo la comida. Deben ser algunos que van a trabajar y deben cocinar recién -pensó ella.

Si ha puesto a cocinar. Cocinó, comió ella, y dejó la comida lista. Y cuando ya sintió la voz de unos hombres que venían hablando, y entonces ella se escondió detrás de una batea quesque había parada ahí, en la cocina. Entonces, dice que llegaron los hombres, quesque eran dos hermanos, y dicen:

-Pero, ve, quien habrá cocináu. Ve, la comida 'tá lista y tan linda que parece.

-Comela no más -que le dice el otro.

-No -que le dice- vaya a tener veneno. Será alguno que ha venido pa envenarnos.

-Bueno, dale al perro, a ver; si no se muere el perro, ya podemos comer nosotros.

-No -que le dice-, le demos al gato primero porque el perro nos hace

falta, es compañero.

Que siempre andaban con el perro, en cambio el gato quedaba en la casa. Bueno, le dieron al gato. Y el gato comió y no l'hizo nada, quedó muy bien el gato. Después le dieron al perro y lo mismo. Y comieron ellos. Se animaron a comer. Y la chica ésta, al entrar, al esconderse, le había quedado el vestido salido para afuera.

Y uno, que ha volcado comida, y dice:

-¡Ay!, voy a buscar un trapo para limpiar.

Se va a sacar el trapo. Era el vestido de la niña que se lo había recogido.

-Aquí hay alguien, che -que le dice.

-¿Por qué decís que hay alguien?

-Porque ese trapo que hi querido sacar se ha entrado para adentro.

Pero no se animaba de dar vuelta la batea para ver. Y entre los dos han venido, la han dado vuelta y sale ella. Muy asustada, claro, dice:

-¡Disculpen! Que yo m'hi perdido. Mi escondido. Hi cocinado porque tenía hambre. Y m'hi escondido. M'hi perdido en el campo.

—53

Que le dicen:

-Bueno, ahora qué vamos hacer. Usté no sabe para dónde es su casa, y cómo se va ir, y nosotros tampoco. Entonce, ¿por qué no se queda con nosotros?

La vamos a tratar como a hermana. Usté cocina, nos atiende la casa, nosotros tenemos que salir a trabajar.

-Bueno -que dice.

Y se quedó.

Y empezó a cocinar, a trabajar. Les lavaba la ropa, les cocinaba y estaba muy bien ahí, la atendían. Pero le dice uno:

-Ese gato es malo. Cuando le pida déle, déle porque si no le va orinar el fuego -tenía el fogón en la cocina-. Y hay que ir a buscar el fuego en la casa di una vieja bruja. Entonce le dieron un atado de ceniza, una aguja y un peine, por las dudas tenga que ir a la vieja, a pedile el fuego.

Y un día ella no le dio al gato de la carne que 'taba picando, porque tanto la molestaba a cada momento. Entonce el gato li orinó el fuego y se le apagó. Y entonce se fue ella a pedile el fuego a la vieja bruja. Se fue allá y no estaba la vieja, y ella levantó el fuego y se vino disparando. Y cuando ya venía, la vieja ya la vio a la chica, y entonce ya le empezó a gritar, que se pare, que se pare, que se pare. Entonce ella largó la ceniza -que ellos le explicaron lo que tenía que hacer. Y se hizo una neblina, una niebla grande. Y entonce ella logró de llevarle ventaja a la bruja. Y dice que la vieja es que gritaba:

-Por dónde voy, por dónde vengo. Por dónde voy, por dónde vengo -que venía en la neblina ésta, tan oscura.

Y dice que había tenido tiempo ella de lograr de disparar un poco. Y ya lo iba alcanzado otra vez la vieja y le largó la aguja, y s'hizo un pen canal con unas semejantes espinas. Y ya la vieja iba agatas por las espinas hasta que ella ya alcanzó a pasar un trecho más. Pero ya la volvía alcanzar y le largó el peine. S'hizo unas montañas. Una montaña que agatas subía la vieja y podía pasar un poco. Y en eso tuvo tiempo la chica de llegar a la casa, a la cocina, y encerrarse. Entonce la vieja llegó y empezó a golpearle, golpearle:

-Niña, abremé la puerta; niña, abremé la puerta.

Y ella nada, nada. Calladita no más. Hasta que se cansó la vieja y se fue. Pero ahí cerca no más había ido y si había puesto —54a orinar. Había hecho un río de orines. Y en eso había salido un cebollar... Unas cebollas muy grandes. Si había hecho un cebollar, donde había orinado la bruja. Ella no lu había visto. Ella ha seguío cocinando y les dio de comer a los hermanos. Cuando vinieron les contó de la vieja, de lo que le había pasado, y todo con el gato.

Después, otro día habían observado esto y dicen:

-¿Y esa cebolla, de dónde ha salido?

-No sé -que dice.

-¿Por qué no le echa a la comida? Es muy rica la cebolla verde para la comida.

Bueno, ella corta y le pone en la comida. Ella no comió, no sé por qué sería, pero los muchachos comieron, y se volvieron toritos, dos toritos. Entonce ella se puso muy triste, pero los empezó a cuidar. Los llevaba para el campo y los cuidaba para que coman y los volvía a traer a la casa. Y ella era muy linda, la chica. Y en eso que andaba, todos los días, se iba al campo, volvía con los toritos. Los cuidaba para que coman, los volvía a traer. Un día había pasado un rey, un príncipe, por ahí. Y le dice:

-¡Qué andaré haciendo esta niña! -que le dice-. ¿Qué andas haciendo?

Y le cuenta lo que le había pasado. "Taba cuidando los toritos. Que le había pasado eso, que se le habían vuelto toros los hermanos porque habían comido la cebolla ésa.

-Bueno, vamos. Yo te llevo para mi casa -que le dice- y allá los vamos a cuidar a los toritos.

Dice ella:

-Que no me los hagan trabajar a los toritos porque son mis hermanos. Pero se han vuelto toros, son gente.

-Bueno -le dice el Rey- los vamos a cuidar.

Entonce se va. Allá el Príncipe si había casado con ella. Y al año tuvo un niñito muy hermoso. Y en ese tiempo 'taban en guerra con los moros, los cristianos con los moros. Y el Rey tenía que ir a la guerra. Entonce hizo hacer una torre alta y la dejó a ella. Para que no le pase nada, arriba la dejó, arriba a ella con el niño en la torre. Y entonce tenía una esclava, una negra. Una —55negra muy motera²⁷, que era ésa la que lo atendía. Bueno, la niña 'taba arriba, siempre, mirando cuando podría venir el esposo.

Bueno, un día llegó muy cansado el Rey. Tenía una negra. Una esclava que tenía, para que lo atendiera. Muy cansado, es que dice:

-No voy a verla a mi esposa, y al hijito. Primero me voy a lavar, me voy a bañar. Y 'toy con sé, también. Negra dame agua.

Entonce la negra levanta un cántaro. Y al pie de la torre, donde 'taba la niña, tenían un pozo de agua. Y había ido la negra a ver. Y la niña 'taba mirando para afuera. Y había sabido dar el reflejo en el pozo, ¿no? Se veía ahí. Viene la negra y se mira y dice:

-¡Ay!, ¡Tan bonita que había sido yo!, y llevándole agua para el Rey. Yo no me voy ocupare.

Y tira el cántaro para un lado y sale disparando.

-Negra ¿y el agua que te pedí?
-Me corrieron los moros. Me corrieron los moros.
-Pero, qué mentira, andá traeme el agua.
Y ya es que volvía a ir. Y la otra taba arriba siempre. Y volvía a mirarse ella:
-¡Pero tan bonita que habré sido yo! Pero yo no voy a 'tar llevando agua para el Rey. ¡No!
Y salía disparando otra vez. Y ella no pudo sufrir, porque sabía que el agua era para el Rey. Que le dice:
-Negra, llevale el agua para el Rey, que te está pidiendo, para tu amo. Y dice:
-¡Ay! -dice-, la señorita había sido. Yo creía que era yo.
Y sale corriendo y le lleva el agua.
Y en seguida viene y sube arriba.
-Pero, niña, tan solita que 'tá aquí. Y que tal vé que tenía en la cabeza, tal vé le habían entrado bichos. Déme, yo la voy a peinar, le voy a sacar. Y había llevado un alfiler preparada. Y en cuanto le había dejado la cabeza ya le ha plantado l'alfiler en la cabeza. Y la niña se ha hecho una paloma y ha volado. Llevaba sólo los zapatitos, —56lo demás iba desnuda. Entonces ella se vistió con la ropa de la niña y se sentó, y se puso a esperarlo al Rey que sabía que iba ir a verla.
Y fue el Rey y se da con esta negra.
-Pero, mi esposa, ¿qué te pasa, por qué estás así?
-Pero, ¡tantos sores que he pasaro!28
-¡Tan negra!
-¡Tanto sores que he pasaro me puse negra!
-Y tuerta.
-Pero vino el gato y me sacó el ojo.
-Pero, estás así, que qué te ha pasado.
-No sé.
-Y estás motera, también.
-¡Por tanto sore que he pasaro!
Y entonce lo baja él y lo lleva, y lo empieza a jabonar para que se vuelva blanca. ¡Qué iba a volver blanca la negra ojala la jabonara! Y dice que la tenía cuidando, atendiendolá. Que le tenía lástima, en el estado que había quedado la pobre.
Y entonce tenía un jardinero, el Rey.
Que venía la palomita y se sentaba en una rama, en una parra, se sentaba y le decía:
-Hortelano del Rey,
¿qué hace el Rey con su reina mora?
-Ahí está, cuidandolá.
-¿Y el niño?
-A veces calla y a veces llora.
-¿Y los toritos?
-Están trabajando.
-¡Y yo triste en los campos
cautiva estoy!
Y se volaba, y se iba.
Y así como tres veces que había ido la paloma y había dicho lo mismo.

Recién es que va y le cuenta al Rey lo que pasaba con la paloma. Y dice:
-Tomá, ponle esta pega -se sentaba en una sola parte siempre-. Ponle para que se pegue ahí. Cuando se pegue sacala y traemela para acá.

—57

Bueno, fue y le puso la pega y vino y se sentó ahí. Y volvió a decir lo mismo:

-Hortelano del Rey,
¿qué hace el Rey con su reina mora?

-Áhi está, cuidandola, siempre.

-¿Y el niño?

-A veces calla y a veces llora.

-¿Y los toritos?

-Están trabajando.

-¡Y yo triste en los campos,
cautiva estoy!

Y se voló y dejó los zapatitos pegados.

Bueno, entonces le trae los zapatos, para el Rey.

Que le dice:

-Pero, mire qué raro, con los zapatos esta paloma -que dice el Rey-. Qué puede ser. Esto es un misterio.

Después que le dice:

-Volele a poner pega.

Le puso otra vez. Y vino y vuelve a decir ella.

-Hortelano del Rey,
¿qué hace el Rey con su reina mora?

-Áhi está cuidandola, no más.

-¿Y el niño?

-A veces calla y a veces llora.

-¿Y los toritos?

-Están trabajando.

-¡Ay! -dice-. ¡Y yo triste en los campos
cautiva estoy!

Y se vuela y deja las medias.

Y le lleva las medias al Rey.

-¡Um, bah! -que dice-. ¡Ésta es una cosa tan rara! Volele a poner.

Le vuelve a poner y vuelve otra vez la palomita a asentarse y vuelve a decir lo mismo.

-Hortelano del Rey,
¿qué hace el Rey con su reina mora?

-Áhi está cuidandola, mimandola.

-¡Ay! -que dice-. ¡Y yo triste en los campos
cautiva estoy!

—58

Y se quiere volar y ya no pudo porque ya se quedó pegadita ella. Ya 'taba descalza. Entonce empezó a aletiar. Corrió él y la sacó. La llevó.

-¡Ay! -dice la negra cuando la ha visto-. ¡La paloma! Dejá esos animales.

-¡Qué, mirá que bonita la palomita! -que le dice el Rey.

-¡Ay!, que esos animales, yo no los quiero, no los puedo ver. Lleven ese bicho para allá. Que no me vaya a picar. Esos son muy malos esos animales.
Matelón. Matelón.

-No. ¡Qué lo voy a matar! Tan hermosa la palomita. Tan bonita.

-No. Esos bichos no me gustan a mí. Matalo. Matalo.

Y lo lleva el Rey y lo guarda. Lo guarda en una jaulita, lo tiene. Lo cuidaba, lo sobaba el Rey. Y cuando se ha descuidado éste, tenían una botija con miel, ha ido y lo ha tirado dentro de la vasija con miel a la paloma, la negra. Y el Rey, no sé qué buscando, siente que aleteaba. Que dice:

-¿Qué habrá caído aquí?

Va a ver... ¡la palomita!

-Pero, a la palomita no le habían puesto agua. Tendrá sé que se ha puesto a querer tomar agua y se ha caído aquí.

Y la saca y la empieza a lavar en una palangana con agua. Y lavar y lavar y va y le toca en la coronita.

-Pero, qué es esto. Una espina parece.

Y le tira el alfiler. Y se para la reina desnuda. Y la tapa con la capa, él. Y entonces que dice él:

-¿Qué pasa?

Y entonces que le cuenta ella todo. Y entonces que a la negra la agarran y la llevan, y la habían atado a unos caballos, para que la maten ahí. Y los habían hecho andar y si había muerto la negra. Pero como era bruja había vuelto a vivir. Y que al otro día esque andaba bailando arriba de la casa.

-¡Ay! -que dice el Rey-. ¡Pillelán a esta bruja y quemelán y avientelán la ceniza para que no vuelva!

La quemaron y entonces no volvió más. Y todos vivieron felices muchos años. María Adela Oviedo de Nieva, 68 años. Santa Rosa. Tinogasta. Catamarca, 1970.

—59

980. La palomita

CATAMARCA

Era un rey casado. La señora del rey era muy envidiada. Sería, por supuesto, porque era muy bonita. Tenía una criada en la casa que había sido, parece, interesada del Rey. Y esta criada era una negra bruja.

La señora tenía un niño. También tenía dos toritos qui habían sido sus hermanos y una bruja los había hecho que se hicieran animales.

Un día que el Rey si había ido de viaje, le dice la negra a la señora del Rey:

-Venga, mi amita, la voy a espulgar, le voy a sacar un piojito de la cabeza.

La señora confiada en la sirvienta, que era como ama de casa, si arrimó. Y ella la espulgó. Ya la estaba espulgando, y le colocó tres alfileres en la corona, y la señora se convirtió en una paloma y se voló. Se fue al campo la palomita a llorar.

Cuando volvió el Rey, la criada le dijo que la negra si había ido y que ella era su señora.

La negra era muy mala y no lu atendía al niño y los hacía trabajar a los

toritos.

Venía todos los días la palomita, a llorar a la orilla de la casa, donde había un hortelano de huerta que cuidaba los jardines, y a ese hortelano le decía ella:

-¿Qué hacís hortelano?

-Cuidando el jardín. ¿Qué andás haciendo, palomita?

-Qué hace mi hijito.

-Áhi 'tá acarriando verdura para la ama del Rey.

—60

-¡Pobre mi hijito! ¿Qué hacen mis toritos?

-Áhi 'tan trabajando. Áhi 'tan trabajando.

-Pobres mis toritos, ¿hasta cuándo trabajarán?

Y se iba ella llorando.

Venía al día siguiente a la misma parte. Y siempre venía llorando y siempre preguntaba lo mismo. Entonces el hortelano le contó al Rey y el Rey le dijo que tenía que cazar esa palomita de cualquier modo.

-Mañana le voy a traer una pelota de cera para hacerla pisar -le dice el hortelano.

Al día siguiente trajo una pelota de cera.

La palomita vino, llorando y preguntando lo mismo y cuando se voló le quedaron pegadas las medias y los zapatos de la señora del Rey.

Al otro día le pusieron otra cosa que pegaba más y se quedó pegada la palomita. El hortelano se la llevó al Rey. El Rey li acariciaba la cabecita y le descubrió los alfileres. Se los sacó y quedó la señora del Rey como era antes y fue a ver al hijito y los toritos volvieron al pesebre.

En eso, la sirvienta, la negra, dehapareció y hasta el presente no se supo más de ella.

Y otra vez volvieron a ser felices como eran anteriormente. Y otra vez la familia vivió feliz gracias al hortelano.

Rosario Pastrana de Gómez, 46 años. Fuerte Quemado. Santa María. Catamarca, 1968.

Mujer del pueblo que nunca ha salido de su región.

Al cuento tradicional le faltan motivos que ha olvidado la narradora.

—61

981. La palomita

LA RIOJA

Había una vez tres hermanos huérfanos, una mujer y dos varones. Los hermanos que salían todos los días a trabajar y volvían a la hora de comer. La niña quedaba sola en la casa, pero que tenían unos perros muy bravos que la cuidaban.

Un día que había oído que los perros peliaban tras de la casa. Y se fue a separarlos y encontró una hortaliza con verduras muy lindas. Y cortó un poco de cilantro y le echó al locro.

Cuando vinieron los hermanos les sirvió la comida y les reclamó porque no

le dijeron que tenían verdura.

Y ellos le contestaron que ellos no tenían ninguna verdura. Ella se asustó, y un momento más los hermanos comieron y se volvieron bueyes. Después de un tiempo vino el Rey y le propuso que se casara con él. Ella no quería porque tenía que cuidar sus hermanos bueyes.

Sin embargo, se casaron y vivieron todos juntos.

Después de un tiempo la señora tuvo un chiquito varón. Y un día que ella se lavó la cabeza y estaba con el cabello suelto, vino de visita una vieja bruja, la misma que le transformó los hermanos en bueyes, y le pasó la mano por la cabeza diciéndole:

-¡Qué lindo cabello!

En ese momento la señora se hizo una paloma y salió volando. La vieja bruja se vistió con las ropas de la Reina y esperó que llegara el Rey.

Ella estaba muy contenta, pero el Rey estaba muy —62triste. El chiquito lloraba de hambre. Cuando estuvieron en la mesa, vino una palomita y se asentó en la fuente que había en el patio y cantaba:

-Hortelano del Rey, ¿qué hace el Rey?

-Jugando y chanciando con la Reina -dice el hortelano.

Y la palomita vuelve a decir:

-¿El niño?

-A ratos llora, a ratos calla.

-Llora niño de mis entrañas, que tu madre está volando por las montañas.

El Rey dejaba de comer y escuchaba atento este canto y ordenó que al otro día le pongan pega.

Al siguiente día volvió y cuando quiso volar, quedó pegada. Entonces el Rey corrió y la pilló. Y la comenzó a espulgar.

Entonces le encontró unas tachuelas, y en cada tachuela que le arrancaba daba un suspiro, y cuando le sacó la última, quedó tendida en sus brazos su esposa.

A la bruja la mandó quemar.

Zapatito roto que cuente otro.

Jovina de Vera, 60 años. La Serena. Gobernador Gordillo. La Rioja, 1950.

Lugareña. La narradora ha olvidado buena parte del cuento tradicional.

—63

982. Caranchi, trái mi muñeca

LA RIOJA

Había una vez una mujer que tenía una hija que se pasaba todo el día jugando con las muñecas y no la ayudaba en nada. Un día estando jugando, vino un caranchi y le alzó una muñeca; entonces la chica lo salió corriendo, mirando la sombra del caranchi, y gritándole:

-¡Caranchi, trái mi muñeca! ¡Caranchi, trái mi muñeca! -hasta que por fin el caranchi se asentó en un árbol y se metió en el nido.

La chica se subió al árbol, le quitó la muñeca, mató al caranchi y cuando se bajó no supo para dónde era su casa.

Caminó y caminó hasta que llegó a una casa. En ese momento no había gente.

Vio una olla en el fuego y como tenía hambre, cocinó, comió y se escondió debajo de una batea.

A las doce vinieron los dueños de casa que eran dos hermanos muy unidos. Vieron que la comida estaba preparada y buscaron a ver quién la había hecho, hasta que vieron un pedazo del vestido de la niña que salía de la batea. La levantaron a la batea y encontraron a la niña. Ella les contó lo que le pasaba y ellos dispusieron cuidarla como una hermana. Ellos todos los días salían a trabajar y ella preparaba la comida, atendía la casa y todos vivían felices y contentos. En la casa tenían un gato y le dijeron a la niña que nunca le mezquine carne. Cuando cocinaba, el gato iba donde ella estaba y le daba carne para que se retire. Un día no le quiso dar. Entonces el gato fue a la —64cocina y le meó el fuego. Como la niña no tenía con qué hacerlo prender tuvo que ir a una casa que estaba lejos y que era de una bruja. Pero cuando ella fue, la bruja no estaba y una hija de la bruja que era muy buena, le dio fuego y además un peine, un jabón y una aguja, para que le tire si la bruja la perseguía.

Cuando volvía vio que la bruja la iba alcanzando. Entonces le tiró con el peine y se hizo una montaña. La niña aprovechó y siguió su camino. Cuando quiso volver a alcanzarla le tiró con el jabón y se hizo una neblina muy grande. Cuando pudo pasar la neblina y ya la iba a alcanzar, la niña le tiró con la aguja y se hizo un pencial que no se podía pasar. Mientras tanto la niña alcanzó a llegar a la casa y se encerró adentro y cerró la puerta. Cuando llegó la bruja le pedía por favor que salga, que no le iba hacer nada, que la quería conocer. Pero la niña no salió y le echó los perros y éstos la mataron a la bruja.

La niña salió, cocinó y vio que detrás de la casa donde la bruja había meado, había un cebollar muy lindo. Entonces cortó y le echó a la olla. Cuando vinieron los hermanos, ella nada les contó y todos comieron. Después que comieron los dos hermanos se hicieron una yunta de bueyes. La niña se quedó solita y muy triste. Cuidaba muy bien sus bueycitos, hasta que un día vino un rey, se enamoró de ella, se casaron y la llevó a su palacio junto con la yunta de bueyes. Ella le pidió que nunca los haga trabajar.

Vivían felices. Tuvieron un hijo. Un día estaba sentada junto a un estanque y fue una negra que tenían de sirvienta a traer agua. Se miró en el espejo del agua, y en lugar de verse su figura, vio la de la Reina, y entonces dijo la negra:

-¿Yo tan linda voy a ser sirvienta de una Reina tan fiera?

Cuando volvió se ofertó de espulgar a la Reina y mientras conversaba y la espulgaba, le clavó un alfiler en la cabeza. La Reina se hizo una paloma blanca y se voló. Cuando vino el Rey quedó sorprendido al verla, pues la negra pícara se había adornado y vestido con las ropas de la Reina, y le pregunta por qué estaba tan negra, y le contesta que por los soles, los vientos y los malos pagamientos.

—65

Después le dice al Rey que esos bueyes ya han descansado mucho y que los haga trabajar. Entonces el Rey los hace atar al carro y acarriar cal y canto.

Un día, mientras el peón andaba trabajando con los bueyes, llega una palomita blanca y se asienta en un poste y le pregunta:

-¿Qué hace el Rey?

El peón le contesta:

-Charlando y chanciando con su mujer.

Después pregunta:

-¿Qué hacen los bueycitos?

Y el peón le contesta:

-Acarriando cal y canto para el Rey y su señora.

Después vuelve a preguntar:

-¿Qué hace el niño?

-A ratos llora y a ratos calla.

Entonces la palomita dice:

-Llora, llora, hijo de mis entrañas, que tu madre llora por las montañas.

Al decir esto se voló.

Al otro día vuelve la palomita, se asienta en el poste y le pregunta por

el Rey, los bueycitos y el niño, y el peón le contesta lo mismo.

Cuando vuelve a comer le avisa al Rey lo que dice la palomita. Entonces el

Rey manda a poner pega donde se asienta. Al otro día vuelve otra vez la

palomita y pregunta lo mismo al peón, pero cuando quiere volar no puede

porque está pegada. El peón la lleva donde está el Rey. La negra pícara

decía que larguen o maten ese animal porque puede ser brujería. Pero el

Rey la espulgaba y acariciaba hasta que le encontró un alfiler en la

cabeza. Se lo sacó y la palomita se hizo la Reina que era antes y contó

todo lo que le había pasado. Entonces el Rey muy enojado —66con la

negra, mandó a traer dos potros chúcaros y atar a la negra, y largarlos al

campo a todo correr para que la maten. Desde entonces vivieron contentos y

felices hasta que yo me vine y entré por un zapato roto para que usté me

cuenta otro.

Avelina de Luna, 80 años. Chulo. General Gordillo. La Rioja, 1950.

Figura en el cuento el motivo de la fuga mágica.

—67

983. La palomita

LA RIOJA

Había una viejita que tenía una chica, y eran muy pobres. Cierta día le

dice la chica a la viejita:

-Mamita, yo me voy a ir a rodar tierras. Ya ve, somos tan pobres...

La viejita le contestó:

-Qué vas a ir hijita, sos tan chica.

-Yo me voy -dijo la chica.

Al otro día bien temprano emprendió viaje²⁹. Caminó todo el día. Al llegar

la noche tuvo miedo y no hallaba qué hacer, si volver a la casa o no. Se

acurrucó en un tronco de un árbol y se quedó dormida. Al otro día, al

despertarse, se subió en el árbol para divisar a dónde podía dirigirse y

vio un humito muy lejos. Resolvió dirigirse allá, y una vez que llegó

encontró una casa en la que no había gente, pero sí había de todo.

Entonces ella pensó hacer la limpieza, la comida... hasta que llegasen los

dueños. Cuando ya estuvo todo listo oyó rumores de que venía gente; entonces ella se escondió debajo de una batea sin notar que había dejado a la vista un pedazo de su vestido.

Llegaron tres hermanos, que eran los que vivían en la casa. Se sorprendieron al ver que todo estaba limpio, la mesa puesta y la comida preparada. Dijo uno de ellos:

—68

-¡Dios mío!... Es Dios quien nos ha mandado todo esto.

Y contestó uno de los hermanos:

-No, tiene que haber venido gente aquí.

Luego se pusieron a buscar por todos lados, y en la cocina, el menor de todos vio el pedazo de vestido y al levantar la batea se dio con la chica. Entonces expresó a sus hermanos que como él la había encontrado iba a ser su esposa, a lo que los hermanos contestaron que no, que la tratarían como a una hermanita para que ella los atienda y que ellos la iban a cuidar. Así pasaron felices mucho tiempo, y un día le dijeron los hermanos a la niña que se iban a ir al bosque a cortar madera y lo único que le encargaban era que no le mezquine la comida al gato porque sino se vería en trabajos.

Cuando estuvo la niña cortando la carne, el gato le pedía, y la niña le dio bastante carne y como no se llenaba, fastidiada, le pegó al gato. Éste fue a la cocina y le orinó el fuego y se lo apagó. Afligida porque no tenía cómo cocinar se subió encima de la casa para ver a dónde podía ir a buscar fuego, porque no tenía fósforos. Entonces vio un humo muy lejos y resolvió ir allá. Se fue rápidamente. En partes corría, hasta que llegó a una casa. Golpió la puerta y salió una niña, quien al verla le dijo:

-¿A qué has venido a esta casa? Mi madre es bruja. Te va a comer, pero en este momento no está.

En seguida le dio el fuego, una tijera y un peine, encargándole que se fuera rápido y le dijo:

-Porque mi madre te va a buscar. Cuando te vaya alcanzando, largale las tijeras, después el peine.

No tardó mucho que se fue la niña. Llegó la vieja bruja y olfatiando, dijo:

-¡Puf! ¡Puf!... ¡Carne humana huele! Aquí ha venido gente.

La hija le contestó:

-Aquí no ha venido nadie.

La bruja rastreó, y al ver pisadas, dijo:

-Por acá va.

Seguidamente subió en una chancha y la siguió a la niña. —69 Cuando la iba alcanzando, la niña le largó la tijera y se formó una serranía muy grande, que a gatas pasó la vieja.

Así la niña le sacó trecho y cuando la iba a alcanzar nuevamente le largó el peine, y se formó un abrojal muy grande. La bruja al pasarlo salió toda arañada por las espinas y la ropa hecha pedazos.

Mientras tanto, la niña llegó a la casa, entró a una pieza y se echó

llave.

Al rato llegó la bruja y le decía:

-Niña linda, abríme la puerta que te quiero ver.

La niña le contesta que no y lo animaba al perro diciendolé:

-¡Agarrala Casero! ¡Agarrala Casero!

La vieja le dijo:

-Siquiera un rulito pasame par el ojo de la llave.

Viendo la bruja que nada podía conseguir de la niña, se fue para tras de la casa y orinó. Entonces se formó un cebollar muy lindo. Cuando la niña notó que ya se fue la bruja, salió a preparar la comida porque ya se acercaba la hora de que iban a volver sus hermanos. Salió para tras de la casa, vio el cebollar y exclamó:

-¡Qué cebollar más lindo habían tenido mis hermanos!

Luego cortó unas hojas y le echó a la comida. Al poco rato llegaron los hermanos y la niña les sirvió la comida. Cuando la probaron, se volvieron unos toritos.

La niña se afligió mucho y al verse sola, desesperada determinó arriar sus toritos y irse al reino vecino. Antes de llegar a la ciudad, había un ranchito donde estaba una viejita. Se acercó y le preguntó si sabía dónde podía encontrar pasto para sus toritos y la viejita le contesta que vaya a la casa del Rey, que él tenía mucho pasto y le iba arrendar.

Luego la niña se fue allí, llegó y pidió hablar con el Rey. Éste al verla tan bella, se enamoró locamente y la tomó por esposa. Pasó un año y entonces tuvieron un hermoso niño.

Como al Rey le gustaba mucho salir a cazar, un día dispuso una cacería acompañado de sus ministros y todos sus empleados.

—70

La Reina quedó solamente con la negra sirvienta. Un día estando peinando a la Reina, le dijo:

-Qué lindo pelo tiene mi teñorita -y al pasarle la mano por la cabeza le clavó un alfiler en la corona-. Inmediatamente la Reina se transformó en una palomita y se voló.

Entonces la negra queriendo ocupar el lugar de la Reina se lavaba, se fregaba para hacerse bella como su ama, pero como era tan negra no lo consiguió. Para engañar al Rey se vistió con la ropa de la Reina, y cuando llegó le dijo:

-¿Ves cómo estoy de negra y de quemada lo que estoy en la cocina? La negra sirvienta se fue y tuve que hacer todo el trabajo. El Rey le creyó.

Al otro día uno de los piones le dijo al Rey:

-¡Viera, Majestá!... Todas las mañanas viene una palomita y se asienta en el árbol del pozo. Canta muy lindo y dice así: ¡Pobre mi hijo! A veces canta y a veces llora. ¡Pobre de mí en los campos sola! ¡Y mis toritos? ¿Qué harán?

El Rey ordenó que le pusieran pega en el lugar donde se asentaba para que se pegue y poder así pillarla. Al otro día volvió la palomita, se asentó en el mismo lugar y cantó lo mismo. Al volarse quedó pegado un zapatito. Al otro día volvió y se le pegó el otro zapatito.

Al tercer día el Rey ordenó que se ponga más pega para que se pegue la palomita.

Así se consiguió pillarla y el pión la llevó para el Rey.

El Rey la acariciaba al verla tan bonita y al pasarle la mano por la cabecita notó una dureza y creyó que era una espina. Entonces se la sacó, viendo que era un alfiler. La palomita se transformó de nuevo en Reina y le contó lo que le había hecho la negra. El Rey indinado mandó traer

cuatro caballos de los más chúcaros. La ató de las manos y los pies a cada potro a la negra, y los corrió al campo para que la despedazaran. Y todo quedó como antes, los toritos se volvieron gente y el niño, la Reina y el Rey siguieron viviendo muy felices y yo me vine para mi casa.

Que este fulanito me cuente otro.

Josefa Páez, 52 años. Distrito Pueblo. Sarmiento. La Rioja, 1950.

La narradora ha olvidado algunos motivos del cuento tradicional.

—71

984. La palomita

LA RIOJA

Ésta qu'era una chinita³⁰ que estaba jugando con una muñeca y peliaba con otra.

Y vino un pájaro y lo quitó una.

Y la chinita iba gritando:

-Pájaro gola blanca, trái mi muñeca.

Y lejos le tiró sólo la cabeza de la muñeca, cerca di una casa.

Dentró la chica a la casa y unos hombres s'iban a trabajar, y le dijeron a la chinita, que carníe un cabrito y no le pegue al mischo³¹ porque l'iba a miar el juego. Y la chinita li ha pegau y el gato li ha orinau el juego, y se lu ha apagau. Y se jue a pedir a otra casa. Y era la casa di una bruja, pero no estaba la bruja. Y la hija le había dau el juego, una tijera, una auja y un carretel d'hilo blanco, pa que si la corría la bruja, le tire con eso.

Y la vieja jue a la casa y decía:

-¡Puj, puj, puj!, carne humana jiede...

Y ha visto el rastro y ha salíu di atrás. Y la iba alcanzando, que ya la pillaba la vieja bruja a la chinita. Entonce la chinita le tira la tijera y se le hace barrancas. Y la vieja decía:

-Ve los trabajos que me pone m'hija.

—72

Después le tiró la auja y se le han hecho pencales. Y después el hilo y se le han hecho cerco d'espinas. Y cuando ha llegau a la casa se ha escondío. Y la bruja le decía siquiera un dedito que le saque. Y la vieja le mordió el dedo y se lo cortó y la chinita le gritaba a los perros:

-¡Corta cadena! ¡cadena di oro!

Y habían veníu los perros y l'han muerto. Y la sangre se había hecho un cebollar. Y de esa cebolla l'echó al loco y los hombres han comido y si han hecho tres toros. Y la chinita les daba de comer.

Y ha sabido el Rey. La mandó llevar y si ha casau con ella y ha teníu un niñito. Y otra chinita bruja d'envidia li ha puesto un clavo tras la nuca y si ha hecho paloma.

La paloma venía todos los días y el Rey la hizo cazar. Y la espulgó y le sacó el clavo y si ha vuelto hacer chinita, y ha quedau en la casa del Rey, de Reina, y a la bruja la han quemau.

Dentro por un zapato roto.
Agora contá vos otro.

Gala Díaz, 70 años. Agua Colorada. General Belgrano. La Rioja, 1950.
Campesina muy rústica.
El cuento está muy esquematizado.

985. La niña perdida

LA RIOJA

Había una vez una señora que tenía una hija muy güena, como de quince años y era muy linda. La mamá le regaló una muñeca para que juegue y aprenda a coser. La niña muy contenta con su muñequita estaba en el patio de la casa haciendolé un vestido, cuando siente que la llama su mamá desde la cocina. Va y cuando güelve, ve que un gavilán se lleva en el pico a su muñequita. Llora y sigue al gavilán, pero el gavilán da tantas güeltas que la niña no puede alcanzarlo, y sigue por detrás.

Caminó tanto que sin darse cuenta salió al campo y ya se 'staba haciendo de noche y perdió de vista al pájaro con su muñeca. Cansada, con miedo y con hambre, no sabiendo cómo volver a su casa, se quedó dormida. Mientras tanto su mamá la busca por todos lados y así varios días. Después, como no la encontró, la pobre señora enfermó y se murió de pena.

María, que así se llamaba la niña, al despertarse al otro día temprano siguió por un caminito creyendo llegar así a su casa, pero llegó a otra casita chica. Entró. No había naides. Fue a la cocina, y comu había cosas para preparar la comida, se puso a cocinar. Después comió ella un poco y el resto guardó en la olla, sobre el fogón.

Al ratito sintió unos pasos y pensó que eran los dueños de la casita y se escondió debajo de una batea. Llegaron dos hermanos apurados a cocinar y como encontraron la comida hecha, la comieron... y después buscaron a la persona que debió hacerla. —74No la encontraron. Así pasaron varios días, hasta que un día vieron que salía un pedacito de trapo colorao debajo de la batea. La levantaron y hallan a la niña escondida. Ésta se asustó y quiere disparar, pero los mozos le dicen que se quede con ellos, para cocinar y hacer todas las cosas de la casa, que ellos iban a trabajar para todos.

La niña se quedó. Los mozos le dijeron también que a veces va un gato negro y pide carne, que le dé toda la que quiera porque sinó el gato le va orinar el fuego y lo va apagar para siempre. La niña así hizo, pero un día no quiso darle la carne al gato porque había muy poquita. Entonces el gato se enojó y le orinó el fuego. El fuego se le apagó y la niña no pudo prenderlo con nada, y no cocinó.

Asustada se fue a una casita que parecía muy lejos a pedir unas brasitas. Cuando llegó allí, salió una niña y le dijo que se vaya, porque su madre iba a llegar y era muy mala. Le dio las brasitas, una auja, un peine y un espejo, y le dijo:

-Vaise ligerito, niña, porque mi madre la va perseguir. Cuando vaya llegando tire para atrás cualquiera de esta tres cosas que le doy y dispere.

Cuando llegó la vieja, que era una bruja de las malas, dijo:

-¡Pus!... ¡Pus!... ¡Pus!... Carne humana güelo... ¿Quién ha andao pu acá?

-Naides, mamá -le dice su hija, pero la bruja salió corriendo a pillar a María, para comerla cruda.

María iba a las carreras. Cuando ve que ya la alcanzaba la vieja bruja, tira para atrás el peine y se levanta un bosque tan tupío que naides puede pasar. Pero la bruja pisó y rompió las ramas y pasó no más. Ya la iba pillando otra vez a María, cuando ésta se da güelta y le tira la auja, y se levantó un pencal tan grande que naides puede pasar. Pero la bruja quebra las pencas y pasó no más. Otra vez la vieja va pillando a María y ésta le larga el espejo. Entonces se formó un río tan hondo que naides puede pasar. La bruja se metió al agua, ya la iba llevando y se volvía a enderezar. Así estuvo un güen rato hasta que pasó no más. Mientras tanto María ya iba llegando a su —75casita. Cuando la bruja la va a pillar, abre la puerta y salen los dos perros que tienen los mozos, la atropellan a la vieja, la despedazan y la matan.

La vieja derramó mucha sangre que se hundió rápido en la tierra. Los mozos enterraron a la bruja lejos y bien hondo. Al otro día, donde se derramó la sangre de la bruja, salió un gran cebolar y los mozos dijeron a la niña que no cortara para la comida. María así lo hizo por un tiempo, pero un día que no tuvo verduras cortó unas hojitas de cebolla y echó a la comida. Llegaron los mozos y sin saber esto comieron, y al minuto se volvieron bueycitos muy bonitos. La niña sufrió y lloró mucho su desobediencia, y pasó muchas miserias porque no tenía quién trabaje para darle de comer. Ella cuidaba a los bueycitos y les daba agua. Y un día pasó por allí un arriero y le gustaron los animales. Los quiso comprar, pero María no los quería vender. El arriero que era Tata Dios, la convenció al fin y le dijo que él era arriero de un Rey y que allí llevaría los bueycitos y a ella también para que no sufra más. Así pasó. El arriero cumplió su promesa a María. Le perdonó su desobediencia y la llevó al palacio de un Rey muy bueno. El Rey se enamoró de María y se casó con ella y viven muy felices, comiendo perdices...

Ángel Balverdi, 45 años. Los Sarmientos. Chilecito. La Rioja, 1950.

El narrador aprendió el cuento de la madre.

Variante del cuento tradicional.

Éstos eran dos viejitos que tenían una sola hija, muy regalona.

Un día, el viejito le compró una muñeca a la niña. La niña se fue a jugar debajo de un algarrobo. En eso que 'staba áhi, vino un carancho, le quitó la muñeca y se la llevó en el pico. La niña corrió para quitarselá. El animal se asentaba en un árbol y le gritaba:

-¡Tras, patrás³²!

Cuando la niña llegaba se volvía a volar. Y así la niña lo siguió hasta muy lejos, sin poder alcanzarlo. Cuando se quiso dar cuenta, ya no sabía volver a su casa, 'staba perdida.

Anduvo mucho, y ya 'staba muy cansada. En eso se paró y miró a lo lejos un humito. Se fue para ese lado, y llegó a una casita. Cuando llegó no vio a nadie, no había más que un perro y un gato. La niña tomó agua, porque ya se moría de sé. Vio que en la cocina había juego y 'taba la comida puesta, y se puso a cocinar para ella, el perro y el gato.

Al mediodía llegaron dos jóvenes que eran los dueños de casa. Se alegraron mucho de encontrar a una niña tan bonita, tan guapa³³. Le preguntaron cómo 'taba áhi, y ella les contó todo. —⁷⁷La llamaron de hermanita y le dijeron que se quedara con ellos, a cuidarlos y a vivir áhi. La niña puso la mesa y les sirvió la comida. Ellos se pusieron muy contentos de tener una hermana así, que la había mandado Dios.

Al día siguiente, antes de salir para el trabajo, los jóvenes le dijeron a la niña todo lo que tenía que hacer. Le dijeron que le dé carne al perro y al gato, y que no le vaya a pegar al gato porque iba a orinar el juego, y que en ese lugar no hay de dónde sacar juego si se apaga. La niña hizo todo el trabajo. Por áhi el gato molestó. Ella se olvidó lo que le dijeron y le pegó. El gato, enojado, le orinó el juego, y el juego se apagó.

La niña se puso a andar sin rumbo para ver si encontraba a dónde pedir juego. En eso llegó a una casita y encontró a una niña sola. Esta niña era hija de una bruja. La niña le dio un poco de juego, y le dijo que se fuera corriendo porque si la madre la encontraba allí la comería. Le dio unas tijeras y un atado de ceniza para que le tire a la bruja si la quería alcanzar. La niña se fue corriendo.

En eso que iba por áhi cerca no más, sintió un trueno, miró, y vio una nube negra que la seguía y ya la alcanzaba. Cuando ya la tenía cerquita se dio cuenta que era la vieja bruja, y le tiró las tijeras. De las tijeras se formó un enorme cerro que no la dejaba pasar.

La niña ya iba lejos. Pasó, por fin, la bruja el cerro y ya la iba alcanzando otra vez cuando la niña le tiró el atado de ceniza. La ceniza se hizo una gran neblina, una cerrazón tan oscura que la vieja no vía nada y no podía pasar. En ese tiempo la niña pudo llegar a la casa.

Después de mucho orillar, la vieja pudo pasar. Llegó a la casa donde ya la niña había hecho juego, y ella no pudo hacer nada. Entonce le echó una maldición y orinó ajuera. De los orines de la bruja salió un gran cebollar.

Más tarde llegaron los jóvenes, y la niña no les dijo nada. Los jóvenes, cuando vieron el cebollar tan lindo, cortaron cebolla y le echaron a la comida, sin decirle nada a la niña, y ella no los vio.

—⁷⁸

La niña puso la mesa y les sirvió la comida. Al momento que los dos

jóvenes probaron el primer bocado de comida, se transformaron en dos toritos que tenían el cuerpo de plata y las astas de oro.

La niña, cuando vio esto, se puso muy triste y lloró mucho. Como una hermanita se puso a cuidarlos. Todos los días los llevaba al campo y los volvía por la tarde. Una vez, se le ocurrió pasar con sus toritos por frente de la casa del Rey. La vio un pión, y fue a contarle al Rey que una niña muy linda cuidaba unos toritos de plata con astas de oro. El Rey la hizo llamar. Cuando la vio se enamoró de la niña, y le dijo que le venda los toritos o que se case con él. La niña le dijo que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa menos a vender sus toritos.

-Palabra de Rey no puede faltar -le dijo- y usted se tiene que casar conmigo.

-Bueno -le contestó la niña.

Se casaron. Al poco tiempo tuvo un niño muy hermoso.

El Rey tenía una negra criada que se quería casar con él, y le agarró mucha rabia y envidia a la niña. No sabía cómo hacer para matarla. Un día la 'staba peinando, después que le había lavado la cabeza, y le clavó una alfiler en la corona. La alfiler 'staba embrujada, y la niña se hizo una palomita y se fue volando a las montañas³⁴.

La negra envidiosa, cuando volvió el Rey, lo esperó muy arreglada y compuesta, y le dijo que del dijusto que le había dado la criada, que se había ido, se había puesto así tan quemada, pero que ya se le pasaría. Se hizo pasar por la señora de él. El Rey estaba muy triste con lo que había pasado, y esperaba que la señora se compusiera. Nadie sabía nada, pero ya el palacio del Rey no era lo de antes.

Un día la negra mandó a que hicieran trabajar a los toritos, a que acarriaran cal y arena. Al niño casi ni lo cuidaba, pero adelante del Rey se hacía la que era la madre.

—79

El jardinero del palacio vio un día que se asentó una palomita, y que cantando lo hablaba. Él le contestaba:

-¿Qué hacen mis toritos?

-Tirando cal y arena.

-¿Qué hace el Rey?

-Chanceando con su mujer.

-¿Qué hace mi niño?

-En ratos llora y en ratos calla.

-Llora, llora niño porque tu madre anda por las montañas.

Y todos los días venía la palomita y preguntaba lo mismo, y cantaba muy triste, y se volaba.

El jardinero le contó al Rey. Al Rey le intrigó mucho eso y le dio orden al jardinero que de cualquier manera la agarrara. El jardinero la pilló y se la llevó al Rey. El Rey la hizo guardar.

Cuando vio esto, la negra se enojó y pensó que la iba a descubrir. Fue, sin que nadie la viera, y la echó en un cántaro con arrope para que se águé.

Por una casualidad vino el Rey y vio a la palomita casi augada y la sacó. La lavó bien, y cuando la 'taba lavando vio que tenía una alfiler en la

cabeza. Con mucho cuidado le sacó la alfiler, y en el momento se transformó en la señora que era, más linda todavía que antes. El Rey se quería morir de alegría y lloraba de contento. Entonces la señora le contó toda la maldad de la negra y cómo había sufrido ella, y cómo sufría el niño y cómo sufrían los toritos. Y corrió y lo alzó al niño, y fue a ver a los toritos, y los toritos le lambían las manos y refregaban en ella la cabeza.

El Rey descubrió la brujería de la negra, y muy anojado la mandó a quemar en un horno encendido, y hizo que aventaran las cenizas.

Todos en el palacio 'staban muy contentos. Y el Rey y su señora fueron muy felices y vivieron muchos años.

Daniel Pereyra, 100 años. Chilecito. La Rioja, 1946.

El narrador, a pesar de su edad, conserva una admirable lucidez mental y sus aptitudes de gran narrador.

—80

987. La palomita

SAN JUAN

Que era un matrimonio, un rey y una reina que tenían un hijito y que vivían muy felices. Ellos tenían una criada negra que le tenía mucha rabia a la Reina.

Una vez, el Rey se fue de viaje.

Un día 'taba la negra peinándola a la Reina, y entonces le enterró un alfiler en la cabeza. La Reina se volvió paloma y se fue volando. Pero al día siguiente volvió, y siguió viniendo todos los días. Cuando lo vía al hijito que lloraba y preguntaba por su mamita, ella le decía:

-Llora, llora, niño, que tu madre anda por las montañas.

Cuando volvió el Rey, la negra si había vestío igual que la Reina y si había peinau igual. Cuando le preguntaba el Rey porque 'taba tan negra y fea, ella le decía que porque había trabajao mucho al sol.

La palomita venía todos los días al jardín, hasta que un día la vio el Rey y les dijo a los piones que le pillen esa palomita, que a él le gustaba mucho. Los piones no la podían pillar, y entonces el Rey puso cola en la rama que si asentaba la palomita y la pilló. Entonces la puso en una jaula di oro. A la noche, la negra se levantó, y la echó en unos cántaros di arrope que li habían traído al Rey, pa que si augue.

La palomita empezó a aletiar y el Rey se levantó, la sacó y se puso a lavarla con mucho cuidado. Cuando la 'taba secando, se dio cuenta que tenía un alfiler en la cabecita, y con la punta —81di un cuchillo que él tenía, se la sacó. Entonces se volvió la Reina que era y le contó todo lo que había pasado con la negra. Entonces el Rey ordenó que la quemaran viva a la negra. Los reyes volvieron a ser felices.

Zapatito roto, que usté me cuente otro.

Víctor Riveros, 80 años. Ullún. San Juan, 1952.

El narrador ha olvidado los motivos iniciales del cuento.

988. La niña perdida

SAN JUAN

Éste que era una vez... Había una niña que tenía una catita. Y vino una cernícala³⁵ y le llevó la catita, y ella se fue atrás de la cernícala porque la quería mucho a la catita. Y anduvo mucho, mucho, y al fin se perdió. Ya cuando iba perdida, entre los campos, vio un ranchito y entró. No había naide, pero había de todo lo necesario para hacer la comida, y ella se puso a hacer la comida. Y luego vio que venían tres mozos. Y no sabía qué hacer. Vio que había una batea y se metió abajo de la batea. Estos mozos eran tres hermanos muy unidos, güérfanos, que vivían juntos. Y cuando llegaron los mozos entraron a la cocina y vieron que estaba la comida hecha. Y como había una bruja cerca de la casa de ellos, pensaron que podía ser ella que los quería embrujar. Pero no se quedaron con eso y se pusieron a buscar. Entonces uno vio un trapito colorao y les preguntó a los otros:

-Hermanos, ¿una vez que murió nuestra madre, quedó algún trapo coloreo? Y ellos dijieron que no.

-Pues, acá hay uno -dijo y levantó la batea.

—83

Y ahí salió la niña, que era muy bella, y se hincó llorando y les pidió perdón, y les contó todo lo que le había ocurrido. Y ellos dijieron:

-Somos tres hermanos, pero ahora seremos cuatro. Usté se tiene que quedar a vivir con nosotros.

Al día siguiente le hicieron ver todo lo que tenían, y le dijieron cómo trabajaban ellos. Le dijieron que había en la casa una gata muy pícara, que la iba a molestar mucho, pero que ella no le fuera a pegar con el cuchillo, porque le iba a apagar el juego y no iba a tener conque hacer de comer. Entonces los mozos se fueron al trabajo.

La niña se puso a preparar la comida. Entonces se fue a buscar leña y vio, en donde siempre dormía la gata, una planta muy linda de cilantro y le echó a la sopa.

Cuando vinieron los hermanos comieron y se volvieron güeyes, todos. Pero ellos tenían una señora amiga que era muy güena y que sabía curar las brujerías. La gata era la bruja que vivía cerca y los había embrujau con el cilantro. Entonce la señora les dio de comer de un yuyo que ella tenía. Entonce los hermanos y la niña se golvieron otra vez gente, y vivieron felices.

Emilio Giménez, 58 años. Ullún. San Juan, 1952.

Campesino muy rústico.

Es el único cuento de este tema en el cual se cambia el motivo tradicional de la muñeca por el de una cotorra. Está, además, inconcluso.

SAN LUIS

Era una niña que le gustaba mucho jugar a las muñecas. Un día la madre la manda a esta niña que vaya a buscar agua. Cuando la niña viene de vuelta encuentra que un pájaro grandote le lleva la muñeca más linda que tenía. Ahí no más deja el balde³⁶ con agua y lo sigue. Y se va no más. Sigue días y días por los campos. Ya ha caminado mucho, cuando encuentra una casita sola, en el medio del campo. Entonces llega y dice:

-¿Qué hago acá?

Se pone a arreglar todo en la casita y a hacer de comer. Cuando siente que llega alguien, corre y se escuende abajo de una batea. Eran ya las doce³⁷ y llegan dos jóvenes.

Llegan los jóvenes y ven la comida hecha. Entonces dicen:

-¿Quién habrá venido a hacerlos de comer?

Empiezan a buscar y ven un trapito rosa que sale de abajo de la batea.

Levantán la batea y encuentran una niña muy linda. Entonce la niña les cuenta cómo se había perdido y había venido a dar ahí. Y de ese momento trataron de respetarla y le pidieron que se quedara y fuese como una hermana para ellos.

Se quedó la niña, y los cuidaba a ellos como hermanos y ellos la querían como a una hermanita menor. Eso sí, le recomendaron que por nada del mundo le fuera a pegar a un gato —85 negro que tenían en la casa. Le dijeron que si le pegaba a ese gato, le iba a apagar el fuego, y que iba a tener que ir a pedir fuego a la casa de una vecina que era bruja.

Un buen día, la niña se enoja con el gato porque todo le comía, que era muy dañino este gato. Se olvida ella de la recomendación de los hermanos, y le pega. El gato, en un descuido, va y le apaga el fuego. La niña no tenía fósforos y se fue a pedir fuego a la casa de la bruja.

La hija de la bruja, que era una chica como ella, le da fuego. Le dice que tenga mucho cuidado, que no la vea la madre porque la va a comer, y le da un peine y un puñado de ceniza, y le dice:

-Si madre te llega a ver, te va a comer, y si te llega a alcanzar, tirale con esto, para que no te haga nada.

La niña se va, pero en seguida no más, llega la bruja y dice:

-¡Puf! ¡Puf!, olor a carne humana, ¿quién ha venido?

-Nadies³⁸ -que le dice la hija.

La bruja se da cuenta que ha estado alguien y la sigue al rastro, a la niña. Ya cuando la alcanza, ella le tira el peine. Se hace un pencal muy grande, que no puede pasar la bruja. Tanto orilló, que al fin pudo pasar. La siguió a la niña, y ya la alcanzó otra vez. La niña, entonces, le tira la ceniza, y se vuelve una neblina que no se ve nada. No podía pasar la bruja ni sabía por dónde agarrar, pero al fin pasó.

Mientras tanto la niña llega a las casas y se encierra en una pieza. La bruja llega, la quiere convencer para que salga la niña y lo que ve que ésta no le atiende, va para atrás de la casa y por ahí orina. De ahí nace un cebollar muy lindo. Al fin se va la bruja.

Cuando la niña se dio cuenta que no tenía ningún peligro, sale. Hace fuego y hace el almuerzo. En eso que 'taba esperando que lleguen los mozos, va

para atrás de la casa y encuentra un cebollar lindísimo. Y es que dice:
-¿Cómo no me habrán dicho mis hermanos que acá hay un cebollar para sopa?
Corta ella unas plantas y le echa a la comida.

—86

Vienen los jóvenes a almorzar. Se ponen a comer, y a la primera cucharada que prueban se vuelven bueyes. La niña no sabe qué hacer. Se asusta y llora, y dice que sus hermanitos se han vuelto bueyes.

Poco a poco la niña se va acostumbrando a ver a sus hermanitos así. Los cuida de toda forma y los saca al campo y los lleva al agua, y a las doce, al reposo, debajo de los árboles o de la galería de la casa.

Un día está cuidando los bueyes en el campo, y la ve un campero, y se le llega y le pregunta:

-Señorita, ¿qué anda haciendo?

Ella le contesta:

-Yo ando cuidando estos bueyes, que son mis hermanitos.

Entonces el campero, cuando llega al palacio del Rey, le conversa al Rey que ha visto una niña tan bonita como no hay otra, y que anda cuidando en el campo a unos bueyes que son sus hermanos.

El Rey mismo fue a ver a esta niña y se enamora de ella. Le dijo que se quería casar con ella. Y ella le dice que sólo se casa con la obligación de que tiene que llevar sus bueyes y cuidarlos muy bien. Y él dice que cómo no.

Se casó la niña con el Rey, y al año tuvo un niño varón.

El Rey tiene en el palacio una sirvienta criada, que era la que cuidaba a su señora, la Reina, y al niño. Con ella la dejó el Rey a la Reina una vez que tuvo que irse por unos meses de viaje. Esta criada le tenía mucha envidia a la Reina porque era tan bonita y porque se había casado con el Rey. Esta sirvienta era bruja.

Ya cuando quedaron solas, que le dice la criada del Rey a la Reina, que si quería que le revisara la cabeza³⁹. Ella le dice que no, pero al fin, tanto le insiste, que le dice que bueno. En eso que le 'taba revisando la cabeza le clava en la cabeza una alfiler con una palomita, y la Reina se hace una palomita y sale volando.

—87

Vuelve el Rey y no encuentra a la señora. La criada se acomoda con la ropa y con todo lo que era de la señora y lo engaña al Rey, que era ella la Reina. Y al fin se consintió el Rey y creyó que su señora de dijustada con la criada que se había ido, 'taba así, tan distinta y fea.

Un día 'tá el campero regando las plantas, y se asienta una palomita y le pregunta:

-¿Qué hace el Rey?

-Áhi 'tá haciendo y deshaciendo con su mujer.

-¿Qué hace el niño?

-El niño 'stá en la cuna.

-¿Y los bueycitos?

-Los bueycitos 'stán llevando cal y canto para el palacio del Rey.

Y entonces la palomita, muy triste, se voló.

Entonces el campero le dice al Rey que ha venido una palomita y le ha hecho estas preguntas. Entonces el Rey, muy intrigado, le ordena que le ponga pega⁴⁰.

Viene al otro día la palomita y le hace las mismas preguntas al campero. Cuando se quiere volar, dejó un zapatito pegado. Más intrigado, el Rey, le ordenó al campero que le ponga más pega.

La palomita vino, al otro día, le hizo las mismas preguntas, y cuando se voló dejó otro zapatito pegado.

Al día siguiente ordenó el Rey al campero que le ponga más pega. Y el campero puso mucha pega, y cuando vino la palomita y se quiso volar, no pudo, se quedó pegada. La agarró el campero y se la llevó al Rey.

La criada que se enojaba muchísimo porque el Rey tocaba ese bicho cochino, pero el Rey no le hacía juicio.

'Taba el Rey acariciándolé la cabecita a la paloma y áhi le encuentra una alfiler clavada. Se la saca, y en el momento se vuelve la esposa de él. Lo abraza y corre adonde están el niño y los bueyes.

—88

Ya se entera el Rey de cómo ha pasado todo, y ordena, enojado, que encierren los potros más malos que haiga, y que aten a la criada en las patas de los animales para que la maten, por la hazaña que había hecho con la Reina.

Y la ataron a la criada a cuatro potros. Los potros la despedazaron a la criada.

Y el Rey se quedó a vivir muy contento con la señora y el hijito.

Y así termina el cuento.

Magdalena Bastilla de Muñoz, 23 años. El Durazno. San Luis, 1939.

Aprendió el cuento de la madre, excelente narradora. Ha concurrido a la escuela primaria.

—89

990. Los güeycitos

SAN LUIS

Era un matrimonio que tenía tres hijos, dos chicos y una mujercita.

Una vez que los chicos 'taban jugando cerca de las casas, vino un pájaro grande, y se asentó en un gajo de un árbol, cerca di ande 'taban los chicos. Y cuando vio el pájaro que los chicos se descuidaban, le robó la muñeca de la chica y la alzó en las patas. Y se jue volando. Entonce, la chica desesperada porque le llevaban la muñeca que tanto quería, lo siguió mirando adonde iba el pájaro, para ver si voltiaba la muñeca. El pájaro se paró en un árbol, y la chica corrió hasta que 'stuvo cerquita. El pájaro se voló y se asentó más allá. La chica volvió a correr hasta ese lugar, y cuando iba llegando, el pájaro se voló y se asentó un poco más allá.

Así, la chica corría y corría, y el pájaro se iba asentando en otros árboles.

Así pasó todo el día, y la chica que corría, sin mirar para atrás, 'taba en el medio del campo, muy lejos de las casas de ella. Cuando se hizo la noche, el pájaro se asentó en un árbol, y áhi se quedó. Entonce la chica se quedó en el tronco, llorando y diciéndolé al pájaro que le largara la muñequita.

Por fin, la pobrecita, de estar tan cansada, con hambre y perdida, se quedó dormida. Se despertó al otro día cuando 'taba saliendo el sol. Miró para arriba y vio al pájaro que 'taba con la muñeca en las patas. Entonce el pájaro se voló llevando la muñequita, y la chica salió corriendo atrás d'él gritandolé que le entregara la muñequita.

—90

Así pasó todo el día, y se volvió a quedar dormida en el tronco di un árbol que se asentó el pájaro.

Así pasaron muchos días, hasta que al fin llegaron a un ranchito que había en el campo y 'taba solo. El pájaro largó la muñequita en el medio del patio y siguió volando. La chica agarró la muñequita, muerta de gusto y llorando de contenta. Entonce ella se dio cuenta de que 'taba perdida, y que en el ranchito no había nadie.

Con la muñequita en los brazos principió a ver en la casa todo lo que había. Adentro 'taban dos camitas igualitas, a la par. Había dos sillas igualitas, y de todo había dos cosas iguales. Jue a la cocina y en el juego vio que en la ollita se 'taba cocinando la comida. Entonce vio que debía haber gente en la casa y quedó más tranquila, pero siempre con miedo. Vio que había dos platos y dos servicios, cuchara, cuchillo y tenedor igualitos.

La chica atizó el juego, le echó leña y cuidó la comida y lavó los platos. Y jue y tendió las camas.

Se puso en un rinconcito, se hincó, y se puso a rezar para que Dios la ayudara, ya que 'taba solita y perdida. Y lloraba pensando que sus padres andarían buscandolá.

A eso de las doce del día oyó un tropel. Ella, asustada, no sabía adónde esconderse, y se metió abajo de una bateya⁴¹ que 'taba en el patio, y la puso boca abajo.

En seguida llegaron dos mozos tan igualitos, que de ver uno, era 'ver el otro. Éstos se bajaron y entraron adentro, y vieron que alguien había andado en la casa porque las camitas 'taban tendidas y la comida 'taba ya echa, y los platos lavados.

Entonces principieron a buscar en toda la casa a ver si encontraban a alguien, porque por áhi cerca no vivían más que ellos, y no sabían de dónde podría haber venido alguien a la casa. Cuando, de repente, ven un trapito muy bonito que salía de abajo de la bateya. Y corrieron y levantaron la bateya, y se encontraron con una chica que tenía en los brazos una muñeca y que era tan linda como la muñeca.

Ellos muy contentos de ver una niña tan linda y con cara de tan buena, que lloraba asustada, la consolaron y le dijieron que —91les contara cómo 'taba áhi. La chica les contó lo que le había pasado y cómo se había perdido. Ellos le prometieron que la cuidarían y que ella sería su hermanita. La llevaron para adentro y se hincaron ante la Virgen; le juraron que ella sería su hermanita y le agradecieron a la Virgen porque les había dado esa dicha tan grande, a ellos que vivían solitos sin que nadie los cuidara y los atendiera.

Estos mozos eran meízos⁴². Eran tan igualitos, y ninguno hacía una cosa sin que la hiciera el otro al mismo tiempo. Comían al mismo tiempo, se sentaban y se levantaban al mismo tiempo, caminaban y se vestían al mismo tiempo. Trabajaban en el palacio del Rey de esos lugares.

Pasaron algunos años, y los meízos y la hermanita vivían muy contentos. La niña los cuidaba, les hacía la comida, les lavaba y les remendaba la ropa. Con lo que ellos ganaban no les faltaba nada.

Una vez, el Rey ensilló su caballo y salió a pasiar por el campo, y se le antojó conocer la casita de los meízos. Llegó muy despacito a la casa. La chica, que era una mocita muy donosa, 'taba lavando la ropa y no lo oyó, cuando de repente siente que le dicen:

-¡Buenas tardes, niña! Y su mamá, ¿qué hace?

La niña se da vuelta ligero y ve un mozo muy lindo, a caballo, como ella nunca había visto otro. La niña se asustó mucho, se impresionó, y corrió. Se entró adentro y cerró la puerta.

El Rey se volvió para su palacio, y iba dando vueltas para atrás, pensando quién sería esa niña tan linda como jamás había visto otra en todo el mundo. El Rey era soltero y se había enamorado de la niña. Los criados del Rey le dijeron que esa niña era hermana de los meízos.

El Rey pasó todo el día muy pensativo; no hacía otra cosa que pensar en la niña hermana de los meízos. Al terminar el día, cuando los piones se tenían que retirar, los llamó a los meízos, el Rey, y les dijo:

—92

-Les doy la plata que ganen en un mes y les doy permiso para que se queden a descansar en su casita.

Los despidió muy amable y les dijo que los iba a ir a visitar. Los meízos no sabían qué hacer. No sabían porque el Rey les hacía esa gracia.

Se jueron a su casa y nada le dijeron, al momento, a la hermanita. Pero, cuando 'taban comiendo, la niña les principió a contar lo que le había pasado. Les dijo que llegó un mozo muy lindo a caballo, en un caballo grandote y de montura chapiada, que ella no lo había sentido, que ella 'taba lavando, cuando oyó que le dijeron:

-¡Buenas tardes, niña! Y su mamá, ¿qué hace?

Y que ella se asustó, se dio güelta y se metió adentro y cerró la puerta.

Los meízos se quedaron tan impresionados, y se dieron cuenta que era el Rey, y que seguramente 'taba enamorado de la niña, y que se iban a quedar sin la hermanita que querían tanto, que pararon de comer, y al seguir comiendo, se descuidaron, y uno echó primero la cucharada a la boca que el otro. En el mismo momento quedaron convertidos en güeyecitos. La niña se llevó un susto muy grande y se puso a llorar. Los güeyecitos, también muy tristes, le dijeron:

-¡No te asustís, hermanita, que somos los mismos! Vamos a vivir juntos y te vamos a defender, y vos nos vas a cuidar.

Y así pasaron unos días, hasta que vieron venir al Rey vestido de gala. Le causó mucha sorpresa ver a los meízos convertidos en güeyes. La niña le explicó que por distraídos habían comido uno a destiempo del otro. El Rey venía a pedir la mano de la niña para casarse con ella, y a los hermanos su permiso. La niña se sorprendió tanto que no contestó nada. Tanto insistió el Rey, que ella le dijo que le contestaría después. El Rey se jue. No quería hacer uso de su poder sinó que la niña hiciera su voluntá. La niña conversó con sus hermanos. Ellos le aconsejaron que se casara con el Rey, que era una suerte muy grande que él la quisiese hacer reina. Ella les prometió que los llevaría al palacio y nunca los abandonaría.

—93

El Rey, a los pocos días, volvió para saber la contestación. La niña le dijo que se casaría con la condición de que llevaría los güeycitos y que él tenía que prometer que no los iba a hacer trabajar nunca. El Rey dio su palabra de que se haría todo lo que la niña pedía, y se fue. Al día siguiente vino con una gran comitiva. En un coche muy grande y hermoso iban él y la niña, y al lado los güeycitos. Una vez en el palacio, hicieron el casamiento con una fiesta que duró muchos días. Los güeycitos, los hermanitos de la niña, quedaron muy cómodos en un galpón muy bien arreglado.

La Reina y el Rey vivieron muy felices más de un año. La Reina tuvo un niño varón. El Rey 'taba muy contento y cada vez la quería más a su esposa.

Cuando el niño tenía un año y medio, más u menos, le pasó una desgracia a la Reina. Tenían una negra muy envidiosa, que le tenía envidia a la Reina, porque era tan linda, y ella quería ser alguna vez reina. La negra principió a buscar una trampa para hacer desaparecer a la Reina sin que la descubrieran, y en eso encontró el remedio. Una vez que el Rey con su comitiva salió a recorrer todos los dominios, y que se demoraría un tiempo, quedó la Reina en la atención de la negra perversa. Un día le dijo:

-Mi señorita, ¿no quiere que la espulgue? También la voy a peinar y arreglar el pelo.

La Reina que 'taba tan inocente de las picardías de la negra, le dijo que güeno. La negra le hurgó el pelo un rato, para entretener a la Reina, y cuando terminó de peinarla, le clavó en la cabeza con tanta fuerza un alfiler de palomita, que le enterró entero el alfiler. Entonce la Reina se hizo una palomita, y tomó vuelo al campo.

La negra corrió a la pieza de la Reina, se lavó y se jabonó con los jabones de olor, se puso todos los polvos y perfumes de la Reina y sus vestidos más lujosos. Se sentó en el rico sillón de la Reina sin hacer notar a nadie que 'taba sola.

Al otro día temprano se levantó y se largó a hacer juego y a hacer la comida. Se puso a hacer una leche para el nene chico que lloraba de hambre, porque todavía lo criaba la madre. Más tarde vino uno de los negros, llamó a la puerta de la Reina y —94 con el respeto de siempre, preguntando si algo se le ofrecía a la Reina. Ella le contestó si todavía no había venido la negra sirvienta, que a la tarde se fue y no volvió, y que como los otros negros habían estado de fiesta, que ella había tenido que andar en la cocina y que se había quemado, y que se le había secado la leche para el nene. Todos se pusieron muy afligidos de lo que le había pasado a la Reina, por esa negra bandida.

El Rey volvió al otro día. Salió la negra llorando y contándole que la negra sirvienta que tenía se le había mandado a mudar⁴³, y que del dijusto que tuvo y que había tenido que ir a la cocina, se había quemado y no tenía leche para el nene. El Rey se puso furioso con la negra que le había hecho eso a la Reina, y que por ella la Reina 'taba tan negra, de quemada, y el niño flaquito y que lloraba de hambre todo el día.

El Rey quedó muy triste, y no sabía qué hacer. Todo el día andaba pensativo.

Un día le dijo la negra que se hacía la Reina, que había dispuesto hacer

trabajar los güeycitos, porque 'taban muy gordos y pensaba que les podía hacer mal 'tar sin hacer nada, y podían morirse. El Rey no dijo nada, puesto que ella lo ordenaba y eran sus hermanos. Y ya mandó a los piones, a que pusieran a los güeycitos a un trabajo muy pesado, de acarriar cal y piedra de arriba di un cerro.

Una tarde, el Rey salió a caminar por los jardines, y se puso a conversar con el hortelano, preguntandolé cómo le iba en sus trabajos. Después de haber conversado un rato con el Rey, el hortelano le contó que hacía unos días que venía una palomita blanca, muy bonita, y se asentaba en un poste del jardín y se ponía a conversar con él. El Rey se interesó mucho y le preguntó al hortelano cómo era la conversación. Y el hortelano le dijo que hablaba la palomita, y él le contestaba en esta forma:

-¿Qué hacís hortelano?

-Cuidando flores para oler.

-¿Qué hace el Rey?

—95

-Jugando y chanceando con su mujer.

-¿Qué hacen los güeycitos?

-Tirando cal y piedra di arriba 'el cerro.

-¿Qué hace el niño?

-A ratos llora y a ratos calla.

-¡Llora, llora niño de mis entrañas, que tu madre anda por las montañas!⁴⁴ Y le dijo que al decir la última palabra, se voló.

El Rey se puso muy intrigado, y le pidió al hortelano que se fijara mucho si volvía esa palomita y que le pusiera pega y la agarrara. Y así lo hizo.

Al día siguiente volvió la palomita y con voz muy triste le volvió a preguntar al hortelano, lo mismo del día anterior, y el hortelano le contestó en igual forma:

-¿Qué hacís hortelano?

-Cuidando flores para oler.

-¿Qué hace el Rey?

-Jugando y chanceando con su mujer.

-¿Qué hacen los güeycitos?

-Tirando cal y piedra di arriba 'el cerro.

-¿Qué hace el niño?

-A ratos llora y a ratos calla.

-¡Llora, llora niño de mis entrañas, que tu madre anda por las montañas! Y se jue a volar, pero quedó pegada de las patitas. Entonces el hortelano corrió, y con todo cuidado la agarró, la sacó y se la llevó al Rey.

El Rey al ver una palomita tan preciosa la envolvió en un pañuelo de seda, y la tenía en las faldas, acariciandolé. Cuando vino la negra, al verla se puso lívida, y furiosa le dijo al Rey que para qué tenía ese bicho arqueroso áhi, y que debía largarlo, que ese animal debía ser brujo.

Pero el Rey no le hizo juicio y siguió acariciandolé y sobandolé el cuerpito. Cuando le empezó a pasar los dedos por la cabecita, —96le

notó el bordito; le sopló las plumitas para ver qué era. Le encontró la cabeza de un alfiler que era en forma de palomita y se la sacó de un tirón para que no sufriera. Y al momento, la palomita se convirtió en la Reina, sentada en las faldas del Rey, y que se puso a llorar de alegría.

El Rey se puso tan contento que no sabía qué hacer, y la abrazó a la

Reina, también llorando. La Reina, entonces, contó lo que había pasado con la negra y corrió a agarrar a su hijito, y a darle de mamar. Y se jugaron los dos ande 'taban los güeycitos trabajando y la Reina los abrazó. Los güeycitos le lambían las manos y lloraban. Inmediatamente los sacaron di áhi y los llevaron a su antigua casa y los atendieron como antes. La negra, cuando se vio perdida, se quiso disparar, pero la agarraron los otros negros. El Rey dio orden que le tuvieran cuidado. Al otro día la ataron de las manos y de las piernas a cuatro potros chúcaros⁴⁵, y los largaron al campo. Así la despedazaron y perdieron sus cuartos, por los montes⁴⁶ para castigo de su brujería y su maldá, porque era bruja la negra.

Se hicieron grandes fiestas. Y el Rey, la Reina, el niño y los güeycitos vivieron muy felices muchísimos años.

Yo me vine para acá para contarle este cuento.

Severo Alcaraz, 66 años. La Cañada. Capital. San Luis, 1939.

El narrador es un viejo campesino con cierto grado de cultura, dentro de la rusticidad del medio.

—97

991. La palomita

SAN LUIS

Que había una niña que no si ucupaba más que de jugar a las muñecas, no más.

Bué... Que un día vino un pájaro y le llevó la muñeca a la niña. Y que cuando le llevó la muñeca, la niña se jue lejos siguiéndolo. Al cair la tarde el pájaro le dejó cair la muñeca y ella siguió.

Bué... Se jue por los campos y se perdió.

Ya cuando anduvo tres días llegó a unas casas⁴⁷ que encontró solas. Ya vido qui áhi vivía gente. Y se puso a limpiarla y hizo de comer. Que en esa casa vivían dos jóvenes.

Como a las doce llegaron los jóvenes y la niña si había escondíu abajo de una batea. Y vieron que 'taba todo arreglado y la comida hecha. Y empezaron a buscar. Y que uno dice:

-Allá hay un trapito bonito, abajo 'e la batea. Lo voy a agarrar para limpiarme las manos.

Va y lo tira -que era el vestido de la niña- y en eso dan güelta la batea y ven una niña muy bonita. Ella les conversó de qué manera había veníu a las casas. Y allí se quedó.

La niña era muy güena y guapa⁴⁸ y los jóvenes la querían como a una hermana verdadera.

—98

Entonces los jóvenes le alvirtieron que áhi tenían un gato, que no le juera a pegá porque l'iba apagá el juego. Y que tenía que ir a pedir juego a la única vecina qui había cerca, qu'era una mujer mala.

Un día, que se olvida lo que le habían dicho los hermanos, y viene y le pega al gato. Y el gato le apagó todo el juego. Y tuvo que ir a pedí

juego. Y ella jue a pedí juego a la casa de la mujer mala y encontró sola a la hija de la mujer. Y que le dio juego y que le dijo que se juea ligerito ante que llegara la madre porque era muy mala. Entonce se jue la niña. Pero áhi no más llegó la madre y preguntó que quién había veníu. Y la niña le dijo que nadie.

-Sí, qui ha veníu -que le dice enojada.

Y al fin, la niña le tuvo que decí la verdá. Entonce que salió a alcanzala. Y que ya la iba alcanzando y que le tiró un poco de ceniza que llevaba con el juego, y que áhi s'hizo una neblina que agata49 podía andar.

Después de mucho trabajo llegó no más ande iba la niña. Y le tira entonce una tijera y s'hizo un pencial. La vieja anduvo, anduvo, y al fin lo pasa. Y siguió. Llegó a las casas cuando ya la niña había hecho juego y no le podía hacer nada. Entonce orinó atrás de las casas y se volvió. Ande la mujer mala orinó, brotó un cebollar muy lindo.

Sale un día la niña para atrás de la casa y ve este cebollar y dice:

-¡Cómo no me habrán dicho mis hermanos que tenemos un cebollar tan lindo!

-y cortó y l'echó a la comida.

Y vinieron los jóvenes a las doce y se pusieron a almorzá. En cuantito s' echaron la comida a la boca s'hicieron güeycitos. La niña se puso a llorar y no sabía qué hacer. Y lloró mucho, pero al fin se consoló y se quedó a cuidar los güeycitos. Los sacaba al campo a comer y los traiba a la tardecita.

Un día la ve un negro esclavo del Rey y va corriendo y que le dice al Rey -el negro que era muy autero50- que áhi andaba por los campos una niña cuidando unos güeycitos. Y que el Rey —99la mandó llevar a la niña con güeys51 y todo. Que la niña no quería ir, pero al fin jue. Y al Rey le gustó tanto que se casó con ella. Al año tuvo un niño varón, muy lindo.

A los güeycitos los tenía muy regalones cuidandolós, bajo techo.

Al tiempo, el Rey tuvo que ausentarse por juerza. La niña no quería quedase, pero no tuvo más remedio que quedase. Se quedó con una negra sirvienta.

Un día, la niña se sube arriba de un árbol, y abajo era un arroyo. La negra se jue al agua, y miró en l'agua la cara de la Reina y creyó qu'era la d' ella, y que dice:

-¡Yo que soy tan güena moza puedo ser la Reina!

La negra alzó l'agua y se jue a las casas. La encontró a la Reina muy triste y que le dice:

-¿Qué hace mi amita, tan triste? Venga, yo la voy a espulgar para que se entretenga un poco.

Y que la negra se pone a espulgarla y le clavó una alfiler embrujada, y que la Reina s'hizo una palomita y se voló.

La negra se vistió con los vestidos de la Reina. Al niño casi ni lu atendía, y mandó que los hicieran trabajar en el trabajo más pesado a los güeycitos.

Cuando viene el Rey le dice que si ha puesto así porque ha teníu un gran dijusto, que la negra l'ha dejau sola. El Rey se puso muy triste por eso.

A los días, el negro hortalicero52 le dice al Rey que todos los días venía una palomita y hablaba y le preguntaba por él y por el niño, y por los güeycitos. Y que él tuvo mucha curiosidá y le preguntó qué decía; y que el

hortalicero le dijo lo que decía.
La palomita venía todos los días y le decía:
-¿Qué hace el Rey?
Y él le decía:

-Jugando y chanciando con su mujer.

—100

-¿Qué hace el niño?
-De ratos llora, de ratos calla.
-¡Ay, hijo de mi alma,
así llora tu madre por las montañas!
¿Qué hacen los güeycitos?
-Ahí 'tán los güeys,
tirando cal y canto
pa los palacios del Rey.

Entonce jue y puso pega-pega arriba di un montecito ande venía todos los días y si asentaba, la palomita. Ya vino ese día y empezó a hablar con el hortalicero:

-¿Qué hace el Rey?
-Jugando y chanciando con su mujer.
-¿Qué hace el niño?

-De ratos llora, de ratos calla.
-¡Ay, hijo de mi alma,
así llora tu madre por las montañas!
¿Qué hacen los güeycitos?
-Ahí 'tán los güeys,
tirando cal y canto
pa los palacios del Rey.

Y se jue a volar la palomita, y se quedó pegada. Y áhi no más la agarraron y se la pasaron al Rey. Y el Rey la comienza a acariciar, a tantiar la cabecita. Y va y l'encuentra un alfiler y se lo saca y áhi no más s'hizo una niña como ante, pero más bonita todavía.

Entonce la niña le contó todo como había pasado y corrió a ver su hijito y hizo trair a los güeycitos. Todos 'taban muy contentos y el Rey y la Reina lloraban di alegría.

El Rey hizo trair cuatro potros y hizo que la ataran a la negra de las manos y los pieses en los potros y los largaron al campo. Y la mataron, la descuartizaron los potros a la negra bruja.

Y ellos vivieron felices muchos años.

Isabel Vega de Tobares, 60 años. El Durazno. Pringles. San Luis, 1939.

La narradora sólo lee y firma, no sabe escribir. No ha salido nunca del lugar.

—101

992. La Reina Mora

SAN LUIS

Había una vieja que era viuda y vivía con la única hija que tenía, la que

era regalona en extremo. A nada la sabía mandar, y la niña jugaba todo el día a las muñecas. Si a algo la mandaba, hacía todo como quiera⁵³ y rápidamente ya estaba nuevamente con las muñecas. Tenía todas sus muñecas en la costa de un cerco de rama; otras veces las llevaba a un corral, y otras, detrás de la casa⁵⁴, y allí formaba las casitas de las muñecas.

Un día, que había llevado a sus muñecas un poco lejos de la casa, sintió que la madre la mandaba a hacer un quehacer. Fue, lo hizo, y al volver vio que un pájaro grandote volaba llevándole la mejor muñeca. Como voló bajito y se asentó en un árbol cercano, ella corrió para quitarle la muñeca.

Cuando ella llegó, el pájaro volvió a volar. Así siguió, sin darse cuenta, todo el día. Cuando se quiso volver, estaba perdida en el medio del campo. Siguió andando sin saber adónde iba.

Anduvo mucho, hasta que por casualidad dio con el ríal⁵⁵ de unos mozos trabajadores del monte⁵⁶. Estaba mirándolos de lejos, no se animaba a hablarlos, cuando ellos la vieron y la —102— invitaron a pasar, diciéndole que eran buena gente, que no les tuviera miedo. Llegó la niña y les contó lo que le pasaba. Los mozos no la podían llevar a su casa porque no conocían ese lugar. Ellos le propusieron que fuera a vivir con ellos, que la iban a querer como a una hermanita, y que ella los cuidara, les cocinase la comida y les lavara la ropa. Aceptó la niña y ellos la llevaron a su casa.

Cuando ya la niña estuvo en la casa, le dijeron lo que tenía que hacer, y únicamente le recomendaron que tuviera cuidado con un gato negro que había en la casa. Que lo tratara bien por que de lo contrario le iba a apagar el fuego. Todo fue muy bien, y vivieron muy contentos como verdaderos hermanos.

Un día que la niña cortaba la carne para preparar una carbonada⁵⁷, el gato le comía la carne. Ella lo ahuyentaba de mil modos a fin de no pegarle, pero el gato volvía a comerle la carne. La niña se impacientó tanto, que se olvidó de la recomendación y le pegó con el cuchillo de plano. El gato desapareció. Cuando la niña hubo preparado todo, se fue a la cocina a poner la olla y se asustó al encontrar el fuego apagado. Recién⁵⁸ se acordó de lo que le dijeron los hermanos. No tenía nada con qué encender el fuego. Desesperada, salió para buscar en alguna casa vecina unas brasas. Después que anduvo un rato, llegó a una casa. Por sobre unas paredes viejas vio a una niña y le pidió fuego.

-Vea -le dice la otra niña-, yo se lo voy a dar, pero tiene que salir con muchas precauciones, porque mi madre es bruja y la perseguirá corriendo, si se da cuenta. Para su salvación, le doy este peine y este espejo. Si mi madre la corre, sin mirar para atrás, le tira el peine. Si la vuelve a alcanzar, le tira el espejo, hasta que llegue a su casa. De ninguna manera vaya a mirar para atrás.

La niña de la casa le dio un tizón con fuego a la otra niña, y le dijo:

-¡Corra! ¡Corra!

—103

Al tiempo que salía la niña la vio la vieja bruja y la sacó corriendo, llamándole y ofreciéndole muñecas, trapitos bonitos⁵⁹, y otras cosas. Pero la niña siguió corriendo. Cuando ya la iba alcanzando, la niña le tiró el peine, y se hizo un garabatal⁶⁰ enorme, que la vieja no podía pasar por semejante espinal. Al fin pudo salir la vieja, que sólo le habían quedado

las ropas de la cintura para abajo. Corrió la vieja más ligero; cuando ya la iba alcanzando a la niña, ésta le tiró el espejo. Entonces se formó un gran lago. La vieja anduvo y anduvo, no podía pasar porque el lago era muy hondo, pero, al fin pasó. La niña alcanzó a llegar a su casa, entró y trancó la puerta por dentro. La vieja, cuando vio que la niña se había encerrado, comenzó a llamarla, pero ella no la atendió. Al fin, cansada de perseguirla, determinó volverse, pero antes le quiso hacer todo el mal que pudo. Fue atrás de la casa y echó dos miadas. De una nació un hermoso cebollar y de la otra una gran planta de orégano.

Ya cuando vio la niña que la vieja se había mandado a cambiar⁶¹, salió de su encierro. Hizo fuego de nuevo y se puso a preparar la comida muy apurada porque faltaba muy poco para que llegaran los hermanos. Vio las plantas de cebolla y de orégano, tan lindas, y que dijo:

-¿Y por qué no me habrán dicho que tenían cebollas y orégano, mis hermanos?

Y cortó de las dos plantas, picó y le echó a la comida.

Ya llegaron los hermanos y se pusieron a comer. En cuanto probaron la comida se convirtieron en dos bueycitos⁶². Ella se afligió mucho, se puso a llorar, pero al fin tuvo que conformarse y seguir su vida. Siguió viviendo con los bueycitos y cuidandolós lo mejor que podía.

Un día que andaba pastoriando a los bueycitos, se le aparece un rey, que era vecino de su campo, y que la había visto muchas veces sin que ella lo viera. Le propuso que se casara con él, pero —104 la niña no se animaba a aceptar. El rey se fue, pero volvió muchas veces, siempre insistiendo en su pedido. Al fin la niña dijo que sí.

El rey hizo una gran fiesta, se casó con la niña y la llevó a su palacio, siendo ella desde entonces la reina de ese lugar. La niña se había llevado los bueycitos y el rey le dio su palabra que los cuidarían muy bien.

El rey había tenido antes una mujer, así no más⁶³, sin casarse, que la llamaban la Reina Mora, porque era negra, y ella quedó, después del casamiento, de sirvienta. Ésta se puso muy celosa y no la podía pasar a la esposa verdadera del rey.

Pasó un año y la esposa del rey tuvo un hijo varón.

Una vez tuvo que irse el rey por unos días a otro reino y la negra aprovechó esta oportunidad para vengarse. Se ofreció para espulgarla, a la reina. Ella se negó al principio, diciendo que no tenía comezón ninguna, pero la negra insistió en que la espulgaría para que pasara el rato dejandose escarbar el pelo. La reina se dejó espulgar, y sin darse cuenta se quedó dormida. Entonces la negra le clavó en la corona un alfiler de esos que terminan en una palomita. Como la negra era bruja, le puso una untura al alfiler, y lo preparó para que le hiciera mal a la niña. La reina se despertó. En el mismo momento se convirtió en una palomita y salió volando.

La negra, al hallarse sola y dueña, de su situación, trató de aparentar que era la reina y de hacerse pasar por ella, y engañar al rey. Así se arregló lo mejor que pudo, se pintó y se almidonó, y se puso la mejor ropa que tenía la reina. Tomó al niño y trató de tenerlo y tratarlo como si fuera la reina.

Cuando llegó el Rey, la negra, llorando, le dijo que del dijusto⁶⁴ que había tenido con la negra sirvienta que se había mandado a cambiar, y con

lo que había tenido que ir a la cocina, se había quedado en esa forma. El Rey se afligió mucho, y esperó que todo se arreglara. A la noche, el niño lloraba sin parar, de —105hambre. La negra se hacía la que no se daba cuenta de nada, pero el Rey estaba cada vez más pensativo.

Al otro día, trabajando el jardinero del Rey en los jardines del palacio, suspendió su trabajo para ver una palomita que llegaba y le hablaba de esta forma:

-¿Qué hace el Rey?

-Está durmiendo con su mujer.

-¿Qué hace el niño?

-De a ratos llora y de a ratos calla.

-¡Llora, llora criatura,
de tu madre la desventura!

Se quedó muy sorprendido de esto el jardinero, y cuando fue a almorzar se lo contó al Rey. El Rey en seguida entró en sospechas de que allí había un misterio. Entonces le encargó al jardinero que tratara de cazar a la palomita, y le dio pega-pega para que le pusiera en el árbol que se asentaba. El jardinero cumplió con todo lo que le ordenó el Rey.

Al otro día, cuando estaba trabajando el jardinero, llegó la palomita y le volvió a hablar de la misma manera:

-¿Qué hace el Rey?

-Está durmiendo con su mujer.

-¿Qué hace el niño?

-De a ratos llora y de a ratos calla.

-¡Llora, llora criatura,
de tu madre la desventura!

La palomita se había asentado en la rama con pega-pega, y al quererse volar, se pegó, pero dejó pegados unos zapatitos y se fue.

El Rey, al saber esto, se sintió más intrigado, y le recomendó al jardinero que pusiera doble cantidad de liga. Así lo hizo el jardinero que también quería cazar aquella palomita tan bonita. Al día siguiente volvió la palomita, y se asentó en la misma rama y volvió a hablar al jardinero, y éste a contestarle:

-¿Qué hace el Rey?

-Está durmiendo con su mujer.

-¿Qué hace el niño?

—106

-De a ratos llora y de a ratos calla.

-¡Llora, llora criatura,
de tu madre la desventura!

Al quererse ir se volvió a quedar pegada, pero dejó unas medicitas y se fue.

El Rey cada vez más intrigado con esto, le dijo al jardinero que pusiera pega-pega más fuerte. Así lo hizo el jardinero. Al otro día llegó la palomita y cada vez con voz más triste, repitió las mismas preguntas, y el jardinero le contestó de la misma manera:

-¿Qué hace el Rey?

-Está durmiendo con su mujer.

-¿Qué hace el niño?

-De a ratos llora y de a ratos calla.

-¡Llora, llora criatura,
de tu madre la desventura!

Esta vez quiso volar, y por más esfuerzo que hizo, no pudo. El jardinero la tomó con mucho cuidado y se la presentó al Rey.

La negra, que había abandonado al niño y estaba a punto de hacer matar a los bueycitos, no sabía qué hacer. Le decía al Rey que largara esa palomita inmunda, que tenía que ser alguna brujería. Gritaba, lloraba y tiraba todas las cosas.

El Rey no la atendía y la acariciaba a la palomita. Le pasaba la mano por la cabeza, cuando notó un bordito. Vio que era un alfiler de la palomita. Se lo sacó, y en el momento la palomita volvió a ser la Reina, más joven y más linda que antes. Abrazó al Rey, fue, agarró al niño y ordenó que en el acto le trajeran a los bueycitos, sus hermanos. A los bueycitos se le caían las lágrimas de ver a la niña, y le pasaban la lengua por las manos. El Rey, y toda la gente del palacio, estaban locos de contentos de volver a tener a la Reina que era tan buena.

La negra quiso dispararse, pero no pudo. El Rey mandó que la agarraran, que trajeran cuatro potros de los más chúcaros⁶⁵ y que la ataran de los pies y las manos a cada uno, para que la —107descuartizaran. Así lo hicieron, la ataron a la negra a los cuatro potros, y los largaron al campo. Los potros la despedazaron y se alzaron al monte. Así castigaron la maldad de la Reina Mora.

El Rey y la Reina se quedaron a vivir muy contentos y felices, por muchos años.

Luis Jerónimo Lucero, 50 años. Nogolí. H. Yrigoyen. San Luis, 1960.
Gran, narrador.

—108

993. La niña que jugaba a las muñecas

NEUQUÉN

Era una niña muy buena, que quería mucho a sus muñecas. Era en el campo. Los padres siempre le decían:

-No te alejes muy lejos de la casa con tus muñecas porque te vas a perder. Un buen día, ella salió de la casa a jugar con sus muñecas y vino un jote. Andaba un jote revolotiando y le alzó la muñequita y se la llevó. La nena en lugar de volver para la casa siguió al jote con su muñeca para quitarselá. Y ya ella siguió y siguió y se perdió de su casa, que no volvió más.

Esa noche se quedó alojada arriba de un árbol. Al otro día a la mañana, cuando salió el sol y ella de arriba miró, muy lejo vio un humito que salía y se fue para donde estaba el humo. Llegó a la casita que era un ranchito y había solamente una olla hirviendo en el fuego y no había nadie. Habían dos camas. Y ella agarró y hizo las camas y limpió, y hizo la comida. Entonce hizo pan, lo coció.

Ya eran las doce cuando llegaron dos jóvenes. Caminaban al mismo paso los dos. Hablaban al mismo hablar. Y llevaban la cuchara al mismo compás, de

los dos hermanos.

Cuando estos hermanos llegaron a la casa, encontraron su casa limpia, su ranchito limpio, se azoraron. Entonce buscaban.

-¿Quién será? ¿Será la madre de Dios que ha venido? ¿Quién será?

—109

Y ella se escondió abajo de una batea.

La andaban buscando. Ella andaba con un vestidito florido. Vieron el pedacito, y entonce levantaron la batea, y era la niña. Ella pidió:

-¡No me maten, por favor, que ando perdida!

Entonce los jóvenes estos le dijeron:

-No, hermana. Vas a ser la hermana de nosotros que estás en la casa. Sos una hermana para nosotros.

Esta chica se quedó ahí, con estos dos muchachos. Estos muchachos iban al trabajo. Venían al mismo paso los dos. Llegaban, comían al mismo tiempo los dos.

Bueno... Ya hacía mucho tiempo, y trabajaban en la casa de un rey soltero.

Entonce el Rey se fue un día a caminar por el campo y llega a la casa, y la vio a esta niña y se enamoró de ella. Y se la llevó a la chica. Y los hermanos, estos dos hermanos se volvieron bueycitos los dos.

Ella, cuando ella estaba con el Rey en el palacio, los acariñaba mucho a los bueyes y le decía siempre:

-No los hagas trabajar mucho a estos bueycitos.

-No, ellos trabajan a la voluntá de ellos.

Bueno, 'tuvo mucho tiempo ahí. Y tenían una negra de sirvienta.

El Rey se fue a pasiar, al campo, a andar. Y viene la sirvienta y le dice:

-Mire, patroncita, unté es tan bonita, ¿quiere que la peine?

Y la señora, la Reina, le dice:

-No, m'hija, no.

Y entonce, claro... La señora había tenido un niño del Rey. Entonce lo tenían en la cuna.

Y agarra ella, y le dice que bueno, tanto que le esigió la negra. La negra la peinó y le clavó un alfiler de esas cabecitas de palomita que habían antes, en la corona, a la Reina. Y se volvió una palomita y se fue al campo. La negra era bruja.

Bueno... Y después, cuando llegó el Rey, el Rey intranquilo porque la vía que era la negra, y la negra le contestaba —110de que había estado mucho al sol, y si había puesto negra. Pero, él no creó mucho. No confiaba, que algo había pasado. Y el nene lloraba en la cuna. Y ella hacía como madre. Y la vía a la negra, que era como hijo de ella, como la madre no estaba.

Bueno. Hacía como ya do, tre día. Y le dice un día el hortelano:

-Mire, mi Rey, viene una palomita y se para en ese poste del alambre y dice:

-¿Qué hará el Rey mago con su reina mora?

-Yo por los tristes campos, a veces canto y a veces lloro.

-El nene llora en la cuna y el Rey se amura66 con la negra.

El hortelano le dijo al Rey. Entonce el Rey le dice:

-Mirá, vos vas a llevar emblea67 y le vas a poner; y agarrás la palomita sin lastimala, lo más cuidado que puedas.

Bueno. Llega la palomita un día. Se para en el poste otra vez y dice:

-¿Qué hará el Rey mago con su reina mora?

-Yo por los tristes campos, a veces canto y a veces lloro.

-El nene llora en la cuna y él se amura con la negra.

Y entonces quiso volar la palomita y se quedó pegada. Y la agarró y la llevó. Y se la llevó al Rey. Entonces el Rey fue y se fue adentro del baño. Y le empezó a cariñala. Le empezó a buscale y le encontró una alfiler en la cabecita, que la negra le había embrujado con el alfiler para volverla palomita. Se lo sacó y se volvió su señora, como era ella, pero desnuda. Él fue y le trajo ropa y le puso. Y entonces fue ella, y le dice el Rey:

-¿Cómo fue esto?

Ella dice:

-No, fue la sirvienta, que me dice que me peinaba y me ha puesto l'alfiler, 'onde mi volví un pajarito, y me fui al monte. Entonces el Rey agarró y hizo matar a la negra. Trajo una manada de yeguas y agarró los potros más ariscos que había, —111 con los piones, y la ató de un pie a cada caballo. Y fueron dos caballos, y los largó al monte que se matara la negra.

Y vivieron felices muchos años. Y se acabó el cuento.

Ana Rosa Chandía, 67 años. Catán-Lil. Neuquén, 1970.

Campesina analfabeta.

—112

994. La palomita

NEUQUÉN

Tuvo una niña una chica. Y entonces cuando la tuvo la jue a tirá a una vereda.

Entonces una mañana, cuando se amaneció el día andaba una aguilita arriba, arriba. Y la aguilita crió⁶⁸ que era un chivito. Se descolgó de arriba y llegó onde⁶⁹ 'taba la criaturita. Y agarró y la alzó. Y se la llevó al árbol onde ella 'taba. Y ella no la comió, la crió a la criaturita.

Entonces ella pa podé⁷⁰ criala, cuando se descuidaban en las casas dentraba y llevaba de un todo pa criar su criaturita.

Ella la crió. Ya 'taba niña, ya. Entonces ella pa podé mantenela salía a la casa 'e los reyes y sacaba lo que había. Y cuando ella llegaba onde 'taba el árbol ella se deja quer⁷¹. Cuando llegaba al tronco 'el árbol, le

decía:

-Blanca Bella,
baja tus trenzas
para subir por ellas.

Entonces la niña le largaba las trenzas hasta el tronquito y ella subía al árbol. Y la niña le decía:

-Me falta sal, o esto otro, mamita.

Y ya salía en el momento a buscarlo.

—113

Entonces una vez salió la aguilita. Entonces jue a la casa del Rey. Catió⁷² que tuvieran todo adentro. Ella entró. Entonces la pillaron. Si había

levantao ropa de las princesas. La vio el Príncipe que se llamaba Manuelito. Manuelito tenía un caballo que andaba, un tranco, una legua. Entonce lo ensilló Manuelito y siguió l'aguilita. Entonce despué de andar harto⁷³ llegó al árbol. Y vio que l'aguilita decía:

-Blanca Bella,

baja tus trenzas

para subir por ellas.

Y subió l'aguilita pa arriba. Y entonce la niña dijo:

-Una olla me falta, mamita.

Y ya salió a buscar una olla. Entonce el Príncipe que 'staba catiando se jue al árbol. Y entonce le dijo:

-Blanca Bella,

baja tus trenzas

para subir por ellas.

Y le bajó las trenzas. Y cuando ella sintió el peso le dijo que se largara. Pero el Príncipe si hacía liviano agarrandose del árbol pa llegar onde 'taba la niña. Y cuando lo vio la niña le dijo:

-¿Qué anda haciendo por aquí, cuando aquí ni pájaros habitan?

Y dice:

-Si mi mamita lo merece pillar, lo va a matar mi mamita, y a mí también.

Mejor que se vaya.

Y él le contestó:

-Yo la llevo, entonce.

El Príncipe si había enamorado perdidamente de la niña. Que no había otra más bonita en el mundo.

Y entonce dice ella:

-Mejor que me vaya porque mi mamita me a va matar. Me va matar porque va hallar olor. Mejor será que me vaya.

—114

Y se bajó del árbol y se jue con el Príncipe. Y entonce llegaron onde 'taba el caballo que tenía él, que andaba un tranco, una legua.

Subió al caballo el Príncipe y la niña subió al anca. Anduvieron mucho y llegaron a una laguna. Y asentó en la laguna. Y la hizo subir a un árbol y en el árbol había un palo como un asiento. Y áhi la dejó sentada. La niña era muy linda, harto linda. Y él se jue a la casa del Rey.

Llegó el Príncipe al palacio y le dijo a la Reina y a las hermanas que tenían que arreglarse muy bien porque él traía una niña muy linda, y que s'iba a casar con ella. Entonce ellas se arreglaron.

Tenían una negra sirvienta y entonce la mandaban con unos cántaros de esos con orejitas a trer⁷⁴ agua de la laguna. Y la negra sacaba agua de onde 'taba el árbol con la niña. Y cuando la negra sacaba agua se vía⁷⁵ la cara de la niña, y la negra creía que'era ella.

-Tan bonita yo y acarriando agua. Y las princesas tan feas que parecen indias.

Era una negra mora. Y áhi tiró los cántaros. Y rompió los cántaros y jue al palacio diciendo eso. Y la mandaron otra vez al agua con unos nuevos cántaros.

Y volvió a decir cuando vio la cara de la niña en l'agua:

-Tan bonita yo y acarriando agua.

Y entonce le habló la niña:

-¿Qué hacís, negra? No hagás tiras⁷⁶ los cántaros. Soy yo la bonita que se ve en l'agua.

Y entonces la negra agarró y los dejó a un lao. Entonces la niña se bandió para onde 'taba la negra. Y entonces ya llegó y le dice que 'taba esperando al Príncipe pa ir al palacio y casase con él.

Entonces la negra le dijo:

-Mire, allá son muy delicadas. Tiene qu'ir muy limpiecita. ¿Quiere que le mire la cabeza?

—115

Y tanto porfió la negra con despulgarla⁷⁷ hasta que la hizo agacharse. Y entonces ella la comenzó a despulgar. Y entonces ella se quedó que se dormía en la falda de la negra. Entonces la negra le prendió un alfiler en cada sienita⁷⁸. Y otra en la coronita. La negra era bruja. Y entonces ella se volvió palomita. Y entonces ella pegó un volido y la negra quedó en el palo.

Y entonces vino el Príncipe a llevála. Y ahí se encontró con la negra. Y él estraño le preguntó porque 'taba tan cambiada. Y entonces le dice ella que porque el sol la ha quemado, pero que ya iba a volver a ser como ante. Y entonces el Príncipe la lleva al palacio, pero queda pensativo, porque algo raro le parecía todo. Y ahí vivían en el palacio. Un día viene el hortelano y le dice al Rey que todo los días viene una palomita y le pregunta de él. Y que ve que está muy triste, que da lástima oíla. Y entonces el Rey le ordenó que la pille.

Al otro día la pilló el hortelano y se la trajo al Rey. La negra se enojaba muchísimo y decía que esa paloma debía ser bruja. El Rey le acariciaba la cabecita, y le tocó una alfiler y se la sacó. Entonces la palomita se hizo la cabeza de la Reina. Le sacó otra y se hizo hasta la mitá. Y le sacó la otra de la coronita y se hizo toda entera la Reina.

Entonces ella le contó al Rey todo lo que pasó.

El Rey 'taba hartito contento y la Reina, y toda la gente también.

Entonces el Rey mandó que la mataran a la negra que la ataran a cuatro potros y la largaran al campo. Y así la descuartizaron.

Y ellos quedaron muy felices y estarán viviendo todavía.

Clara Rosa Salazar, 33 años. Ranquilcó. Neuquén, 1954.

La narradora es descendiente de familias chilenas. Su pronunciación rústica es la de los campesinos de la región, pero conserva rasgos del habla de Chile, de la región fronteriza.

Variante del cuento tradicional.

—116

995. El hortelanito del rey

NEUQUÉN

Éste era un rey y una reina que vivían muy felices en un palacio, porque eran muy ricos estos reyes.

Tenían muchísimos lacayos y para el servicio de la Reina, esclavas. Bué...

Además de los esclavos tenían algunos sirvientes de confianza.

Sucedió que el Rey tenía que ir a la guerra con los moros. Porque tenían guerra con los moros. Se preparó con mucha pena porque hacía poco tiempo que se había casado con una princesa muy linda y muy buena. Y él temía que si el enemigo avanzaba le tomaran el castillo y le sacaran todo.

Y de común acuerdo la llevó a la Reina a un bosque solamente con una mucama de mucha confianza. Le llevó ropa y comida. Seguramente tendría en el bosque alguna casita. Pero él no dijo a nadie que la había escondido. Y él se preparó con todo su ejército y partió a la guerra.

Toda la gente del reino al no ver la Reina pensaba que se había marchado con él.

Duró la guerra mucho tiempo. Los enemigos eran muy valientes y perdía el Rey en cada combate muchísimos hombres.

Pasó el tiempo y la Reina 'taba aburrída de estar encerrada en el bosque.

Y le dijo a la doncella que se iba a dar una vuelta por el bosque. Y la doncella le decía que no, porque podían verla y correr la noticia que estaba ahí. La Reina le dijo que iba a tomar todas las precauciones y que para más seguridad se iba a esconder en la copa de un árbol.

Así lo hizo tres días seguidos. Salía a dar un paseíto y se escondía en la copa de un árbol. Y abajo del árbol corría un arroyito —117con agua muy clara. Y en el agua del arroyo se miraba la cara de la Reina que era muy hermosa.

Desde el Palacio del Rey, todos los días venía una negra a buscar agua con dos cántaros, en el mismo lugar del arroyo donde estaba el árbol en el cual se escondía la Reina. La Reina la observaba que se miraba en el agua y decía:

-¡Tan bonita yo y acarriando agua!

El último día al verse tan bonita tiró los cántaros lejos y los hizo mil pedazos. La Reina al ver la negra que creía que era ella la bonita, le dio risa. Y empezó a reírse a carcajadas. Al oír las carcajadas la negra miró y vio a la Reina. Y la negra le dijo que bajara y la Reina le dijo que no podía. Y ella le dijo que subía y la bajaba. Y la Reina le contó que no podía bajar porque el Rey la había dejado escondida. Le confió el secreto y le contó todo donde vivía. Y la Reina le dijo que ella la podía llevar a la casita donde ella estaba. La negra le dijo que bueno, porque era bruja. Y pensó en seguida en matar a la Reina o transformarla en algún pájaro para quedar ella como reina.

Y se fue con la Reina a su escondite. Al llegar le dijo a la doncella todo lo que le había pasado. Y la negra le prometió serle fiel y ayudarla y se quedó con ella.

La doncella le dijo a la Reina:

-Amita, usted se va arrepentir de haber traído la negra.

Ella le dijo que no, que en fin, la había traído para que le hiciera compañía.

La negra se dedicaba a observar dónde tenía la ropa, cómo se vestía, cómo comía, en fin, no le perdía pisada. Y un día le dijo:

-Amita, tan hermoso cabello, tan bonita que es usted, ¿por qué no vamos al jardín y yo la peino?

Entonces, la Reina que era muy buena, y no creía que hubiera nadie en el mundo que fuera capaz de hacer mal. Y así lo hizo.

Se fue al jardín, llevó tualla⁷⁹, un peine y una silla para que la negra

la peinara. Y la empezó a peinar muy despacito, muy —118despacito. Y como era bruja le clavó dos alfileres y la transformó en paloma, Y muy ligero agarró y se puso toda la ropa de la Reina y se empolvó -porque era negra, negra- y como había estudiado los modales de ella, llamó a la doncella, empezó a gritar:

-Juanita, ¡pronto!, la negra se ha ido. Tenías razón en decirme que la negra era mala. Y se ha ido. Y me tuvo atada al sol y me he quemado. Y ahora nos va a delatar dónde estamos.

Y le dijo que le preparara la cama porque estaba muy descompuesta por el dijusto muy grande que le había hecho pasar la negra.

Mientras tanto la guerra había terminado y contento volvía el Rey a buscar a su esposa que la tenía escondida. Y justo se fue a buscarla a la casita del bosque. Al verla se sorprendió⁸⁰ que estuviera tan negra y tan distinta. Y la negra le dijo entonces:

-El sol y el aire me han quemado lo que no estoy acostumbrada a estar fuera del palacio.

Pero el Rey siempre estaba con la duda. Y le preguntó el Rey a la doncella qué había pasado. Y la doncella le contó que la Reina había ido con una negra del palacio y que después había aparecido transformada.

El Rey estaba muy apenado y dudaba de que fuera la Reina. Y lo mismo se la llevó al palacio.

Ya en el palacio, el hortelano del Rey que era una persona de mucha confianza del Rey, veía llegar todos los días al palacio una palomita a eso de las diez de la mañana. Entonce le decía la palomita:

-Hortelanito del Rey,

¿qué hace el Rey con su negra mora?

Y el hortelanito le dice:

-A veces canta y a veces llora.

Y ella le decía:

-Mientras ando yo por el campo sola.

—119

Y así muchos días pasó. Y la palomita todos los días a la misma hora iba y hablaba con el hortelano:

-Hortelanito del Rey,

¿qué hace el Rey con su negra mora?

-A veces canta y a veces llora.

-Mientras ando yo por el campo sola.

Entonces el hortelano le contó al Rey. El Rey le dijo que tenía que pillar a la paloma de cualquier manera. Y el Rey le dijo a la negra. Entonces la negra le decía que tenía repugnancia a las palomas vivas, y que la quería comer en una cazuela. Y el Rey delante de la negra le dijo al hortelano que la tenía que pillar sin tocarle ninguna plumita y que si no le cortaba la cabeza.

La negra lo quiso sobornar al hortelano para que matara a la paloma, pero le dijo el hortelano que él iba a obedecer al Rey. El hortelano le echaba miguitas de pan y trigo a ver si bajaba a comer, pero la palomita siempre se posaba en el mismo palo y le decía:

-Hortelanito del Rey,

¿qué hace el Rey con su negra mora?

-A veces canta y a veces llora.

-Mientras ando yo por el campo sola.

Todos los días el Rey le preguntaba al hortelano de la palomita. Y el hortelano le decía que no la podía pillar. Y él ordenó entonces que le ponga pega-pega en el palo que se asentaba. Y al otro día la palomita vino, se posó en el palo y le preguntó al hortelano lo de todos los días:

-Hortelanito del Rey,

¿qué hace el Rey con su negra mora?

-A veces canta y a veces llora.

-Mientras ando yo por el campo sola.

Y en cuanto se quiso volar no pudo. Y el Rey estaba observando. Y ahí no más se quiere ir a ver. Y la negra lo sujetaba, que no vaya. Y como él no la atendía, le dio un ataque y se cayó. Y él la dejó tirada en el suelo y se fue donde estaba el hortelano con la paloma. Y el hortelano se la dio al Rey. El Rey la encontraba —120una palomita tan preciosa, que le comenzó a sobar la cabecita, por las alitas, por todas partes. Y en la cabecita, con el dedo, la comenzó a hurgar y le encontró una alfiler. Y le dijo:

-¡Pobrecita! ¡Miren el alfiler que tiene! ¡Por eso es que habla!

Y le sacó el alfiler. Y se transformó a la mitad de la princesa. Y entonces él le siguió buscando y le encontró el otro alfiler. Y le sacó el otro alfiler y se transformó en la princesa, en la Reina. Y el Rey estaba loco de contento. Y se abrazaron los dos llorando de alegría.

Y la negra se quiso disparar, pero la gente del palacio no la dejó salir.

Y la tenía presa.

Entonces, la Reina, claro, le contó todo cómo había sucedido al Rey. El encuentro con la negra y cómo la había transformado en paloma. Entonces el Rey dijo que a la negra había que matarla. Pero la Reina, que era muy buena, dijo que no la mataran, pero que la llevaran muy lejos. Tenían el horno preparado para echar a la negra, pero la Reina dijo que ella la perdonaba y quería que todos la perdonaran. Y la dejaron muy lejos. Y todavía estará por ahí.

Y ellos fueron muy felices. Tuvieron muchos hijos, todos muy buenos.

Y se terminó el cuento
con sal y pimienta
porque todos estaban muy contentos.

Celia Álvarez de Casado, 51 años. Ranquilo. Neuquén, 1954.

Gran narradora.

La narradora ofrece un ejemplo del habla culta de la región. Oyó el cuento a sus padres, que se establecieron en Chos Malal a principios de este siglo y procedían de Mendoza.

Nota

Nuestro cuento, llamado generalmente La Palomita, tiene gran difusión en las provincias más conservadoras del país. Sus numerosas versiones mantienen unidad de motivos, en esta gran zona, del tipo recreado en nuestra tradición. Estos motivos, entre otros, son los siguientes:

Difusión geográfica del cuento

A. Una ave de rapiña arrebató a una niña, mientras juega, una de sus muñecas. La niña la sigue. Se pierde en los campos. Llega a la casa de dos jóvenes hermanos, humildes trabajadores, que la adoptan como hermana.

B. Una bruja la persigue. Ella se salva, pero, por los hechizos que ésta dispone en verduras que la niña usa en la comida, los hermanos se convierten en bueyes. La niña se consagra a cuidarlos.

—122

C. El Rey de la comarca descubre a la niña; se enamora de su belleza. Se casa con ella y al año tienen un niño.

D. Una negra esclava, bruja, en ausencia del Rey, con engaños le clava a la niña un alfiler en la cabeza y la convierte en paloma.

E. El Rey regresa y la negra simula ser la Reina, descuida al niño y hace trabajar a los bueyes.

F. La palomita regresa del campo y todos los días entabla un diálogo con el hortelano, en el que pregunta por el Rey, el niño y los bueyes.

G. Enterado el Rey ordena al hortelano que atrape a la palomita. Descubre entonces el sortilegio, le arranca el alfiler, la niña recupera su forma humana y la negra es castigada. Generalmente es atada a cuatro potros y descuartizada.

En algunas versiones figuran otros motivos como el de la fuga mágica y el de la negra que ve en el agua la cara de la niña y cree que es la suya, del cuento español.

Nuestro cuento es el Tipo 408 de la clasificación de Aarne-Thompson. Tiene el nombre de Las tres naranjas en versiones europeas. El motivo de las naranjas mágicas excepcionalmente se conoce en nuestra narrativa (cuento 977).

El esposo encantado. El esposo monstruo. El esposo lagarto. En busca del esposo perdido

10 versiones

Cuentos del 996 al 1005

JUJUY

Había una vez un gente⁸¹ que tenía tre hijas. Como se iba de viaje les preguntó a las mozas qué querían que les traiga. La mayor había encargau un vestido, la del medio un par de zapatos y la menor una rosa roja. El padre compró todos los encargos menos la rosa, porque no había encontrau. Por fin de tanto andar había visto en un jardín una rosa. Se había entrau no más. Cuando estaba cortando la rosa se le apareció un sapo tamañote y le dijo que le daría la rosa si la traía a su hija para que se case con él.

El hombre se fue muy triste pensando cómo su hija se iba a casar con un sapo, y cuando llegó a su casa y contó a sus hijas, las dos imillas⁸² mayores, como eran muy codiciosas, se alegraron, y la imilla menor se quedó triste. Había llegau el plazo, y la imilla menor se había ido a la casa del sapo. Ese mismo día se casaron y cuando estaban solas, el sapo se había transformau en un hermoso príncipe. La imilla estaba muy contenta. A los dos días se fue a visitar a su tata y hermanas. El Príncipe le había encargau que no avise a naide que era un príncipe, y que si avisaba cuando güelva ya no encontraría la casa ni a él, y que tenía que gastar cuatro pares de zapatos de plomo para encontrarlo. Y que tenía que preguntar por el Rey Santos.

Como la imilla les contó a sus hermanas, de güelta encontró la casa cambiada en un campo. Se puso unos zapatos de plomo —126y se fue en busca del Rey Santos. Después de caminar mucho, divisó una casa que había síu del Sol. Cuando llegó salió su mamá y le dijo:

-¡Ay, hija! ¿A qué has vinú? Mi hijo te va a quemar.

-Hey vinú en busca del Rey Santos.

-Esperate que venga mi hijo.

Cuando llegó su hijo, le había dichu a la mamá:

-Mamá, tomo olor de carne humana.

-¡Ay, hijo!, ha vinú una imilla en busca del Rey Santos. Usté que anda por todas partes, ¿no lu ha visto?

-¡No!

Después había llegau a otra casa que era la de la luna y le había dicho igual que el sol.

La luna ha dicho que no lu había visto.

Luego llegó a la casa del viento. Tampoco tuvo noticias. Ya había gastáu tres pares de zapatos.

Después de mucho andar llegó por último a la casa de los animales. El cóndor lo había visto al Rey Santos. Se comprometió a llevarle con la condición que cada vez que se pare, le dé una oveja.

Salieron con el cóndor. Las tres veces que se paró li ha dau una oveja.

Cuando se paró la última vez, era un campo solitario. Como la imilla no ha encontráu oveja li ha dau carne de su pierna. Con ésa el cóndor se había hecho una guitarra y cuando habían llegau, el cóndor li ha pedíu a la imilla el anillo de casamiento. Dejó a la imilla y se fue solo a donde estaba el Príncipe. El Príncipe si había estau casando con otra. Estaban

en el convite, cuando el cóndor entró, se acercó al Príncipe y le preguntó:

-¿De quién es este anillo?

-Es de mi señora que tenía antes.

-Está aquí -le dijo el cóndor.

Entonces el Príncipe mandó a traerla después de despachar a la otra y se juntó con ella.

Y vivieron felices comiendo perdices.

A mí me invitaron pero yo no quise.

Teresa de Urzagasti, 54 años. Cara Cara. Yavi. Jujuy, 1952.

Nativa de la Puna. Pastora colla.

—127

997. El príncipe fiero

LA RIOJA

Éste que era un comerciante que tenía tres hijas y como en esos tiempos se traía de otras ciudades la mercadería a lomo de mula, un día hizo el viaje y antes de salir les dijo a las hijas que qué querían que les traiga. La mayor le encargó un rebozo negro de los que se usaban antes. Este... la segunda, un corte de tela, y la shulca dijo:

-Para mí traigamé una rosa.

Este, claro, que era una imprudencia traer una rosa, que llegue fresca.

-Veremos -le dijo el padre y se fue.

Llegó el padre a la ciudad, hizo la carga y regresó. Bueno, les compró los obsequios para las dos hijas y no se acordó de la rosa. Este... y en el camino había un trayecto desierto, más o menos como a la mitad del camino. Y cuando menos acordó vio una hermosa planta de rosa cubierta de flores, a cual más linda. Bueno, entonces se acordó del encargo de la shulca y se arrió y desde la mula cortó una flor. Entonces sintió que como una uña le tiraba la ropa por la espalda. Éste sabía que era gente porque hablaba, pero qué bicho más fiero, no había visto nunca. Casi se cayó de la mula. Entonces la fiero le preguntó si quién le había dau esa rosa. Y le contó el encargo de la hija y que como no la traía vio esas rosas que las creía sin dueño y la cortó. Entonces la fiero le dijo:

-Te la llevarás, pero dentro de tres días después de llegar a tu casa, tenés que venir pa comerte o buscar alguna que quiera —128 morir por vos, y si así no lo hacís, te haré venir por intermedio di un arte y te devoraré.

Bueno, entonces de medio de las ropas sacó una foto y le dio para que la enseñe por quién iban a ser devoraus. Y se fue. Bueno, llegó a la casa, entregó a sus dos hijas los regalos y a la shulca la rosa, que si fue linda cuando estaba en la planta, llegó más fresca todavía.

Todos estaban muy contentos, pero el pobre padre andaba muy triste. Un día llamó a la hija mayor y le avisó lo que le pasaba y le enseñó la foto, y salió disparando. Y pedía, más antes que la maten de un tiro, antes que ser devorada por ese bicho. Bueno, para acortar el cuento, la segunda hizo

lo mismo. Después llamó a la que en realidad debía sufrir las consecuencias y el padre le decía que por darle el gusto se veía peligrando la vida. Entonces la hija le contestó que ella iría. Bueno, con esto se enteró toda la familia y se sentía un solo llorisco y empezaron por hacer luto, porque creían que era un caso perdido.

Y como quedaba lejos, al siguiente día ya se prepararon y siguieron viaje el padre con la hija. Y como la fiera les prometió que ella los esperaría, empezaron a conversar en secreto cuando estuvieron cerca pa que la fiera no los sintiera. Cuando red repente miran y ven una hermosa casa y la planta de rosa al frente.

-Aquí es -le dijo el padre- porque está la planta de rosa. Cuando yo pasé no había casa.

Este... llegaron y salió a recibirlos la fiera llena de risa. La niña quedó casi muerta. Creía que ahí no más la comería, pero fue todo lo contrario. Se dirigió a ella y la bajó con toda decencia. El padre no se quiso bajar y tomó la mulita para regresar. Entonces la fiera le dijo que tenía que pasar tres días, y tuvo que quedarse para que la fiera no se enoje y los coma. Pasaron a una pieza en la que había de todo. En fin, pasaron una tarde muy alegre, es decir, la fiera. Las visitas se daban unas ojeadas, y nada más, pero la fiera le dirigía más la palabra a la niña. Era una fiera muy ladina. Este... como ya se hacía noche, les dijo la fiera que la desculpen, que no podía dormir allí, pero a primera hora iba a volver.

-Ustedes quedan como en sus casas -les dijo y se fue.

—129

Bueno, pasaron tres días y la niña quedó sola, llorando. La fiera la tomó del brazo y la llevó a la casa. Cuando se hizo la noche volvió a quedar sola. Y así pasaron varios días. La fiera quería casarse con la niña, y entonces ella le dijo que sólo de un modo, que la dejara ir a la casa de ella por tres días, a lo que accedió la fiera. Bueno, esa noche se quedó la fiera y a la oración le puso en un cofre ropas y alhajas de lo mejor y le dijo que se sentara sobre el cofre. Y le dijo que cierre los ojos y los vuelva abrir y que lo mismo haga para regresar, y que si no volvía a los tres días la encontraría muerta.

Cuando llegó a la casa todos se alegraron y le decían que no la dejarían volver y así pasaron los tres días. Se durmieron muy tarde y cuando estaba soñando que la fiera se había muerto, se despertó asustada. Ahí no más preparó el cofre, cerró los ojos y se encontró en su casa. Buscó a la fiera y no la encontró. Tanto la buscó hasta que por fin la encontró en el jardín sobre unas violetas. Parecía que estaba muerta, y la niña asustada comenzó a llorar, y mientras la acariciaba le cayó una gota de lágrima en la cara de la fiera y entonces abrió los ojos y se levantó. Y en lo que iban a la casa la fiera comenzó a transformarse en un joven muy hermoso. Había sido un príncipe que vivía en una ciudad encantada, que se valía de esa manera para que alguien lo salvara de ser animal. Y así se desencantó y se desencantó la ciudad. Y se casó con el príncipe y fueron muy felices. La niña como era tan valiente y porque le había tomado cariño lo desencantó.

Domingo Corzo, 58 años. Punta de los Llanos. Vélez Sarsfield. La Rioja, 1950.

998. La niña de la flor blanca

LA RIOJA

Éste que era un padre que tenía tres hijas. Un día, el padre dice a sus hijas que tenía que ir a un pueblo cercano, por arreglo de negocios, y les preguntó qué gustaban que les traiga a la vuelta. Cada una hace su encargo. Una dice:

-Yo quiero que me traiga un vestido.

La otra:

-Yo quiero que me traiga un par de zapatos.

Y la otra, la menor:

-Yo quiero que me traiga una flor blanca.

Bueno, sale el padre y se va.

Cuando llega al pueblo, hace sus diligencias y recuerda el encargo de sus hijas. Y compra el vestido y el par de zapatos, menos la flor, porque de balde la busca en todas las partes que puede comprarla, y no la halla. Se va el padre y por el camino encuentra una casa linda, llena de luces, con puertas abiertas. Era un palacio. Y allí había un jardín muy lindo con muchas flores de todos colores y en el medio del jardín había una flor muy grande y blanca. Entonces el padre se llega a esta casa. Golpea las puertas y nadie lo atiende. Entonces va no más el padre y entra al jardín a cortar la flor. Cuando ya la quiere arrancar, sale una serpiente muy grande y lo habla diciéndole:

-¡Epa!, ¿para quién es la flor?

—131

Y el padre contesta:

-Para mi hija que me encarga que le lleve una flor blanca como ésta.

-Bueno -dice la serpiente-, se la lleva pero con una condición, que dentro de tres días debe traer usted a su hija para comerla. Si no la trae, usted morirá.

-Bueno -le dice el padre, y se va.

Llega a la casa y las tres hijas muy contentas esperando con ansias de ver los encargos. El padre les entrega los regalos y las niñas quedan contentas. Pero en el padre se notaba mucha pena. Andaba tristón, lloroso. Entonces las hijas le preguntan qué le pasaba, y el padre les cuenta cómo ha conseguido la flor blanca, y lo que tenía que hacer con la que la ha pedío.

-¡Uh, va! -le dice la niña-, eso no es nada, vamos no más.

Bueno, llega el día que tenían que irse y salen. Cuando llegan a la casa de la serpiente hablan con ella y le dice al padre que se vuelva y que la deje no más a la hija. Es claro, el padre lloraba y no quería dejar a la niña, pero qué iba a hacer, se va. Cuando llegó el padre a la casa sin la hija, lloró y se enfermó mucho. En cambio la hija quedó en esa casa tan linda, pero sola, solita, y con la única que conversaba era con la serpiente. Después de estar un rato la niña con la serpiente conversando,

le dice que era hora de comer y la lleva a una mesa. Empiezan a servirle, pero en vez de personas que sirvan, eran sombras. Entonces le dice la serpiente:

-Tíremé los huesos, que eso como yo.

Y así hace la niña, tira que tira los huesos cuando come. Llega la hora de dormir y se acuesta en una cama linda que le pusieron, y así pasaba la vida esta niña.

Un día, conversando, la serpiente le avisa que en la casa de ella hay apuros. Le dice:

-Su padre está muy enfermo y usted tiene que ir a verlo. Yo la voy hacer ir pronto. Para eso se acuesta, y cuando se despierte, va a estar en su casa, con su padre y demás familia. Allá va a estar tres días, y cuando se cumpla este plazo, volverá a ponerse en cama, y cuando se despierte, ya estará aquí conmigo otra vez.

—132

Bueno, así hace la niña. Se acuesta, se duerme, se despierta al rato, y ya está en su casa. Conversa con su padre y sus hermanas y está tres días. Cuando pasó este tercer día se acuesta de nuevo y conversando con su familia les dice que ya se iba otra vez.

Y así pasó. Se durmió y al despertarse se halla en el palacio, lejos de su casa.

Vuelve a seguir la vida, sola, la pobre niña, pero echó de menos a la serpiente que no iba a comer los huesos. Y como ella sabía que vivía en el jardín se va a buscarla. La encuentra media muerta. Entonces la niña le da agua así: echa agua en su boca y le pasa esa misma agua a la boca de la serpiente. Le hace así dos o tres veces y sana ligerito el animal, y le dice a la niña que casi se muere porque se ha demorau un ratito más del permiso que tenía para ir a la casa. Y cuando estaba conversando, se desencanta la serpiente y se hace un joven donoso. Ya no era animal, era persona. Y ya no sólo había ese hombre en el palacio, sinó mucha, mucha gente. Se llenó de reyes, de príncipes y de reinas. Y este joven era príncipe, y le dice a la niña:

-Vamos por aquí, le haré conocer la casa -y la llevó por una pieza y por otra más.

Y anduvieron y la niña leía en todas partes unos letreros que decían «La niña de la flor blanca». Y preguntó la niña qué quería decir eso. Y el príncipe desencantado dice:

-Esa flor soy yo, que usted tanto la quería, y ahora yo me casaré con usted. Usted me ha desencantado, ha desencantado este reino porque ha sido valiente.

Y la niña hace traer a su padre y a sus hermanas y se hace la boda. Se casan, bailan y viven muy felices.

Y ahora pasó por un zapato roto
para que usted me cuente otro, ¿no?

999. El hombre oso

SAN LUIS

Una vez había un padre que tenía tres hijas. Las tres eran muy regalonas. El padre era Rey. Una vez salió a pasiar a la ciudad vecina. Entonce las tres hijas querían que les trajera un regalo. Entonce les dijo a las niñas:

-Hijas mías, yo tengo que salir a la ciudad, ¿qué queréis que les traiga de regalo?

La mayor dijo:

-Traigamé un corte de seda.

La segunda dijo:

-Traigamé un par de zapatos.

Y la menor le dijo al oído:

-Papá, traigamé una ramita de nogal.

Entonce el padre partió por el camino de la ciudad, y llegando a los almacenes encontró el regalo de las dos hijas mayores, pero menos el regalo de la hija menor. El padre muy afligido, partió por el camino del bosque. Caminó y caminó unas cuantas leguas y llegó a un lugar montañoso⁸³ y encontró el regalo de su hija menor. Se arrimó a un nogal y cortó un gajo, y en ese momento se le apareció un oso. Entonce lo amenazó como queriéndolo comer. Y el padre le dijo:

-No me hagas daño, que me siento muy contento, porque he encontrado el regalo de mi hija menor.

—134

-Bueno, hagamos un trato -le dijo el oso-. Cuando llegues a tu casa, el primer ser viviente que te salga a recibir va a ser para mí.

-Bueno -dijo el padre.

El padre partió para su casa, pero no se afligía porque él sabía que el que salía primero era un perrito. Pero no fue así, la que salió primero fue la hija menor. Entonce el padre dio un grito de terror, y la ramita de nogal se convirtió en una nuez de oro. Entonce le dio el regalo a cada una de sus hijas, y le contó lo sucedido a su esposa. Entonce la esposa le contestó:

-No te aflijás, que eso se arregla muy fácil. Entre la majada que tenemos yo le regalo la cabra mejor y el oso va a estar muy contento.

Pasaron tres días; y se apareció el oso en un carro, y le dijo al padre:

-Vengo a llevar a una de tus hijas, la que salió primero.

-La que salió primero era una chiva muy gorda, y ésa te la daré -le dijo el padre.

-La recibo gustoso -dijo el oso, y se la llevó y no alcanzó a llegar a la media cuadra y de dos bocados se la comió.

Pasaron tres días y volvió el oso en un Chevrolet⁸⁴ muy vistoso. Entonce le dijo el padre:

-¿No te he dado lo que ha salido primero cuando llegué? ¿Qué es lo que deseas?

Entonces le contestó el oso:

-La cabra me dijo al oído que salió primero tu hija menor y vengo a llevarla. Y se armó una pelea entre el padre y el oso. Pero resultó que el oso era un muchacho muy buen mozo encantado en la figura. Así terminó el encanto y entonces el padre gustoso le dio la hija para casarse. Y se casaron y vivieron felices hasta el día de su muerte.

Rosa Azucena Brioletti, 10 años. Beasley. La Capital. San Luis, 1948.

La narradora concurre a la escuela primaria del pueblo. Aprendió el cuento de la abuela y lo cuenta en forma esquemática, como narran los niños.

—135

1000. Los tres picos de amores

El príncipe lagarto

SALTA

Que había un rey, que se casó muy joven con una reina. Este rey salió a pasiar por los campos. Entonces, cuando iban a caballo, ella iba en ancas del caballo. Y se cruzó un lagarto. Y la señora se cayó. Se ha caído la señora, entonces el Rey se enojó. Y le dijo que ella se había caído porque el lagarto había pasado. Entonces va el Rey a la casa. Después la Reina 'taba de encargue.

Y cuando la Reina ya se iba a enfermar, había señoras que la iban a atender. Y cuando ha nacido el niño era un lagarto. El Rey ha dicho que no era hijo de él. Entonces se le ha escapado a las señoras por medio de las manos el lagarto. Entonces, dice, que se ha botado a los campos. Y cuando se ha botado a los campos, después de cinco años, él ha vuelto. Que le golpeaba la puerta en la casa del Rey. Salió el Rey y lo atendió. Que le dijo:

-¿Quién es?

Dice:

-Soy yo, dice, su hijo lagarto, dice, al que lo negó tal año.

Entonces le dijo qué quería.

Y él le dijo:

-Quiero, dice, que me dé casa, comida y mujer para dormir.

Entonces ha ido él. Tenía tres sobrinas. Ha ido él. Ha buscado una sobrina, la mayor. Y al decirle que vaya para que —136— duerma con el lagarto, le dio un cuchillo. Con ese cuchillo tenía ella que matarlo al lagarto. Y cuando ella se iba a dormir, el lagarto vino y lo ha agarrado con el cuchillo y lo ha querido matar, y el lagarto ha sido más rápido y le clavó las uñas en la garganta y la ha muerto. Se ha botado otra vez a los campos.

Cuando ha vuelto de aquí cinco años, otra vez dice, ¿no?, le ha dicho al Rey lo mismo. Le volvía a golpear la puerta.

-¡Tun! ¡Tun!

-¿Quién es? -dice que le dice, ¿no?

-Soy yo, dice, su hijo lagarto, al que lo negó tal año. Quiero que me dé casa, comida y mujer -que le dice, ¿no?

Bueno, se ha vuelto a ir a buscar la otra sobrina. También le ha dado un cuchillo, dice, para que lo mate. Tampoco iu ha podido matar. Entonces, dice, que también el lagarto la ha matau a ella. Se ha vuelto a botar a los campos.

Y ha vuelto otra vez, de aquí los cinco años. Vuelta otra vez a golpear la casa. Le ha respondido el Rey, y le ha dicho que quería casa, comida y mujer, ¿no?

Entonces, dice que ha ido el Rey y la ha buscado a la hermana menor, ya la última. Que le dice que se lleve un cuchillo para que lo mate, a ver si es más rápida. Y dice que le ha dicho que no, que ella se va a casar con el lagarto, pero que no lo va matar. Que no quiere ninguna arma. Entonces ella se ha ido, dice, más decidida. Entonces el lagarto la ha agarrau y le ha dicho de que él estaba en encanto, pero que esperara dos años, que él iba a salir del encanto, ¿no? Entonces, este, ha agarrado ella, tenía una pieza grande, dice, la pieza ande él dormía, dice. Que de noche venía él, se sacaba la ropa. Dice que todo sonaba como una seda, y se acostaba, dice, pero en oscuro la pieza. Y cuando ya era de cerca 'el día, se volvía a poner la ropa y salía otra vez a los campos. No se dejaba ver.

La niña ésta tenía una negra, dice, que le dice:

-Pero, señora, mi amita, dice, ¿cómo no lo va poder ver a Lagarto?, dice.

-Hay una solución, una vela. Prenda una vela, dice, y cuando esté dormido, dice, lo ve.

Bueno... Han traído una vela, dice, de esas de sebo. Y que han prendido. Dice que lo han visto. Dice que era un niño tan precioso, que ha agarrado, ella, se ha quedado embelesada, dice, —137viendoló al niño tan bonito que era, y le ha caído una gota de sebo en la cara. Entonces él se ha despertau, se ha enojau y le ha dicho de que por qué había hecho eso. Que por qué no había esperado los dos años que él le había dicho, que ahora ella está perdida, que él se vuelve a los campos. Y que le costará mucho para volver a llegar a verlo a él. Que esas noches que él venía a verla, le ha traído un vestido del sol, le ha traído otro vestido de la luna y uno de las estrellas, y un peine, que se peinaba, dice, y derramaba perlas de oro. Todos esos regalos, ¿no? Y le había traído un anillo de virtud.

Y cuando la niña ésta, ya después se ha quedado, el lagarto ya se ha ido, entonces a ella tenía que costarle muchísimo para que llegue ande taba Lagarto. Le dijo que lo podría encontrar en Los Tres Picos de Amores. Y ahí se ha ido él, a Los Tres Picos de Amores.

Cuando la chica, dice, que ha salido a buscarlo, ¡uh!... dice que ha andado muchísimo. Dice que con el anillo de virtud comía y andaba. Que ha ido, dice, a consultar con la madre del viento. Que corría media legua el viento, de un tranco. Nu estaba en ese momento. Y la hizo esconder a la chica. Cuando entonces ha venido el viento, que le dice la madre, dice:

-Han venido, dice, a preguntar si no conocía Los Tres Picos de Amores.

Y lo ha hecho salir a la chica y el viento le dice:

-Mire, yo corro medio mundo, dice, pero nu hi sentíu decir Los Tres Picos de Amores, dice. Pueda ser mi hermano, dice, que pueda conocer.

Entonce se ha ido al hermano, al otro viento, la chica. El hermano, dice, que cuando ha llegado le dice si no conocía él Los Tres Picos de Amores. El otro viento, que corría más cantidá... Entonce le ha dicho que sí, que conocía Los Tres Picos de Amores, pero que le costará muchísimo para llegar.

Y en eso que se ha ido y ha caminau y ha llegau a la casa del rey de los pájaros. Y el rey de los pájaros ha llamau a todos los pájaros y li ha preguntau si conocen Los Tres Picos de Amores. Han dicho que no lo conocen. Faltaba una águila vieja y cuando ha llegau li han preguntau y ha dicho que de allá viene, que ha 'tau en la fiesta, en la boda di un Príncipe que se ha —138casau con la Princesa de Los Tres Picos de Amores. Y la águila la ha llevau porque era la única que sabía ande era este reino, que era muy lejo.

Cuando ya ella ha llegado, se ha alojado al frente de la casa ande 'taba viviendo la Princesa casada con el Príncipe. Ya Lagarto 'taba casau. Ya ella iba a misa el domingo y se puso el vestido de la luna. Y la señora lo miraba y que le decía:

-Che, ¿por qué no me comprás ese vestido de la luna tan bonito?

Que la mandaba a la negra. Que le dice:

-Negra, dice, andá decile si quiere venderme el vestido de la luna, dice, que le voy a pagar la plata que quiera.

Y se va y le dice que si quería vendele el vestido de la luna. Que la chica le dice que no, porque ese vestido no lo vende por ninguna plata. Que podía vendelo si la dejaban hablar esa noche con el Príncipe. La Princesa no quería, pero la negra li ha dicho que lo deje y que le dé algo al Príncipe pa que se duerma. Y entonce dice que ella ha aprontado un vino y le ha dicho que sí, que puede hablar con Lagarto.

Ha llevado el vestido de la luna y ha ido a hablar con Lagarto, la chica.

Ella le decía:

-¿Te acordás cuando me has regalado este vestido de la luna -dice- en aquel tiempo cuando me casé con vos?

A Lagarto no le ha salido una palabra, dice. Que taba como dormido, que no se acordaba nada. Y era porque había tomado el vino que le dio la señora.

Al otro domingo se ha puesto la chica el vestido de las estrellas, y ha ido a misa. Y la negra le ha avisado a la Princesa. Y la Princesa se lo ha mandado a comprar. Y la chica ha dicho que no lo vende por ninguna plata. Que podía venderlo si la dejaban hablar esa noche con el Príncipe. Entonce dice que le han dado al Príncipe el vino y la han dejado a la chica que hable. Y la chica ha ido, y que le decía llorando:

-¿Te acordás cuando me has regalado este vestido de las estrellas?, dice, en aquel tiempo que vivimos juntos, en aquel tiempo cuando me casé con

vos.

—139

Lagarto no ha dicho nada. No se daba cuenta, no se acordaba, porque había tomado el vino.

Al otro domingo la chica se pone el vestido del sol y sale al jardín de la casa y se peina con el peine que derramaba perlas de oro. La negra andaba

mirando y se va corriendo y le dice a la Princesa, del vestido y del peine. La Princesa contenta la manda a la negra, que le venda el vestido y el peine, que le va a pagar toda la plata que quiera. La chica le dice que ella no vende nada por plata, que se lo vende si la dejan hablar, por última vez, con el Príncipe.

Lagarto dice que tenía un negro, tamién, que lo servía, y ese día dice que le dice:

-Amito, ¿qué pasa, que van dos noches que viene una niña muy bonita, con unos trajes nunca vistos, dice, y le habla, dice, y usted 'tá como dormido, no contesta nada? A mí me parece, dice, que le dan algo malo a usted. Y esta noche dice que viene.

Lagarto si ha dau cuenta que algo pasa y cuando la Princesa li ha dau el vino, él si hace el que lo toma, y lo echa al suelo, en un rincón.

Y ha llegado la chica, dice, más linda, con el traje del sol, y con el peine, y dice:

-¿Te acordás, Lagarto, cuando me has regalado este traje y este peine, en aquel tiempo que nos casamos, y yo de curiosa te miré con una vela, te eché una gota de sebo, antes de que se cumpliera el encanto, y me dijistes que te buscara en Los Tres Picos de Amores?

Áhi el Príncipe se ha acordado de todo, la ha abrazado a la chica, y ha llamado a todos y ha dicho:

-Ésta es mi señora verdadera. Ella me sacó de un encanto y ahora me ha sacado de Los Tres Picos de Amores. Yo me voy con ella a mis palacios y aquí se quedan todos.

Y han sido felices y han tenido muchos hijos.

Felipa Guaymás de Arroyo, 50 años. Chicoana. Salta, 1970.

La narradora aprendió el cuento de la madre, Antonia Salvá, nacida y criada en Chicoana, como ella, y que en la actualidad tiene 78 años.

—140

1001. Martín Gallito

Tres picos de amor

Era un matrimonio. La esposa se llamaba Blanca Nieve. El esposo se llamaba Martín Gallito.

Un día tuvieron un dijusto. Él dijo que se iba porque lo venían a llevar de su familia. Llegó a su casa un viento y lo arrastró hasta la puerta. Y la esposa lo agarró de los brazos y le decía:

-¡No te vas! ¡No te vas, Martín Gallito!

Y él, con el fuerte viento que ha venido se ha ido dejandolé un anillo di oro y un pañuelito de virtud, y le ha dicho que lo puede ir a buscar a un lugar que se llama Tres Picos de Amor, donde no corría frío ni calor, ni viento. Que áhi la esperaba porque él estaba en un encanto y ella no lo

dejó que se librara.

La esposa, cuando si ha quedau sola le siguió. Salió en busca de él. Caminando durante un año llegó a un pueblito y le preguntó a la gente si de donde quedaba el lugar de Tres Picos de Amor. Y nadie sabía. Y se encontró con un carpintero y se hizo hacer unas botas que volaban hacia el cielo.

Y caminó durante otro año. Llegó a otro pueblo. Se encontró con la mama del viento y le preguntó si adónde quedaba Tres Picos de Amor. Y le contestó que no sabía. Y le dijo:

-Solamente mis hijos sabrán y mi marido, porque ellos recorren todo el mundo. A la tarde van a venir y les voy a preguntar.

—141

Y s'hizo la tarde y la mama del viento le dijo a la chica que se escondiera bajo di un cántaro grande que tenía ella en la casa.

-Porque mis hijos son malos y no quieren que nadie venga por estos mundos -le ha dicho a la chica.

Y llegaron los vientos, los hijos de ella. Y le preguntaron si quién estaba escondido adentro la casa.

Ella les contestó diciendo que llegó una guascha guagua⁸⁵ preguntando si adónde quedaba el lugar de los Tres Picos de Amor. Y le contestaron diciendo que ellos no conocían. Y ellos andaban todo el mundo. Y se fueron inmediatamente.

Y salió la chica debajo del cántaro. Se despidió de la mama del viento y siguió camino.

La chica caminó durante otro año. Llegó a otro pueblo. Y se encontró con la madre del nublado. Y le preguntó si adonde quedaba el lugar de Tres Picos de Amor. Y ella le dijo:

-Solamente mis hijos lo pueden conocer. 'Stán por llegar y son muy malos. Se tiene que esconder.

Y inmediatamente lo hizo esconder debajo di un virque⁸⁶.

Inmediatamente llegaron las lluvias. La lluvias de toda clase, y enojadas le preguntaron a la mama si quién estaba escondido por ahí.

Y la madre respondió que llegó una chica solita, como perdida, preguntando si adonde quedaba el lugar Tres Picos de Amor. Y las lluvias, los hijos, le contestaron que no conocían en todo el mundo un lugar con ese nombre. Y se retiraron inmediatamente.

Y salió la chica de debajo del virque y la madre del nublado le dijo que a ese lugar no lo conocían sus hijos. Y la chica se despidió y se fue.

Y caminó nuevamente otro año. Llegó a otro pueblo donde se encontró con la luna. Y le preguntó si adonde quedaba el lugar Tres Picos de Amor. Y le contestó que no sabía, y le dijo:

-Solamente mis hijos pueden saberlo, pero son malos y se tiene que esconder porque 'stán por llegar.

Y la luna lo hizo esconder debajo de una olla⁸⁷.

—142

Y llegaron las estrellas y le preguntaron si quien había escondido en la casa. Y la mama le contestó que llegó una chica preguntando si adonde quedaba el lugar Tres Picos de Amor. Y le contestaron:

-Nosotros recorremos todo el mundo y no conocemos ese lugar -y se retiraron inmediatamente.

Y salió la chica debajo de la olla y la luna le dijo que no conocían sus hijos ese lugar.

Y se despidió la chica y caminó otro año más. Y llegó a otro pueblito y se encontró con un anciano que era el sol. Y le preguntó si adonde quedaba el lugar Tres Picos de Amor. Y él le contestó diciendo:

-Yo, hija, recorro todo el mundo y no lo conozco. Ahora, andate al rey de las aves. Ése puede saber. Decile que yo te mando.

Y se despidió la chica y se fue a preguntar al rey de las aves, que era el águila. Llegó y le dijo que la mandaba el sol a preguntarle si conocía el lugar Tres Picos de Amor. Le dijo que no lo conocía pero que podía reunir a toda su gente para preguntarle. Y pegó unos silbidos y empezaron a llegar. Se reunieron todas las gentes de este rey que eran los pájaros; los caranchos, los halcones, los teros, los gorriones y la demás gente. Y preguntó a todos ellos si conocían el lugar Tres Picos de Amor. Y ninguno conocía. Y preguntó a todos quién falta y echó de menos a una águila vieja, la más vieja de todas. Y pegó tres silbidos. Y llegó l'águila. Venía cansada porque venía de lejo. Y le preguntó si ella conocía el lugar Tres Picos de Amor, y le contestó que sí.

-Yo vengo de ese lugar por eso llevo tarde, porque es muy lejo -le contestó l'águila.

Y la chica le preguntó a l'águila vieja si en ese lugar lo conocía a Martín Gallito. Y l'águila le contestó:

-Sí, lo conozco a Martín Gallito. Ahora dentro de tres días se va a casar por la iglesia con una moza de ese lugar.

Y la chica se puso triste y le dijo que la llevara. Y l'águila le dijo:

-Te llevo si me pagás bien.

Y la chica le dijo que le daba lo que ella le pidiera. Y l'águila le dijo que se ponga encima de ella. Y la chica se sentó —143sobre las alas del águila y l'águila tomó vuelo. Y voló mucho, mucho, y llegó en un lugar, y bajó a descansar. Y le pidió qué comer. Y entonces la chica ha dicho a su pañuelito:

-Pañuelito de virtud, qui aparezcan tres corderos pa que coma la señora águila.

Y aparecieron los tres corderos que pidió la chica. L'águila se los comió a los tres corderos y luego tomó nuevamente el vuelo.

L'águila voló mucho, mucho, y bajó en otro lugar a descansar. Y le pidió nuevamente a la chica qué comer. Y en ese lugar ya no tenía el pañuelito de virtud. Y entonces la chica se sacó dos pedazos de blando de las piernas y se lo dio al águila para que pueda seguir. L'águila los comió y remontó nuevamente el vuelo. Y después de volar mucho llegaron a la madrugada al lugar Tres Picos de Amor. L'águila, cuando bajó, devolvió los dos pedazos de blando de las piernas de la chica que había comido, y se los colocó nuevamente. En seguida se le pegaron los pedazos y la chica quedó conforme era antes. La chica le agradeció mucho y l'águila remontó el vuelo y se volvió.

La chica si acercó al pueblo. Llegó a la iglesia. Y se quedó parada. Había mucha gente esperando los novios. Inmediatamente llegó Martín Gallito con la nueva novia. Con los padrinos entraron a la iglesia. Y ella caminó por atrás. Y cuando empezó la ceremonia de matrimonio, ella lo habló:

-Martín Gallito, ¿ti acordás cuando tuvimos un dijusto y un fuerte viento

mandado por tu familia ti arrastró y me dejastes?

Martín Gallito no contestó nada porque si había olvidado de todo. Entonces la chica le dijo:

-Martín Gallito, ¿ti acordás que cuando me dejastes me dijistes que te venga a buscar al lugar Tres Picos de Amor? Martín Gallito no contestó tampoco. Y la chica le volvió a decir:

-Martín Gallito, ¿ti acordás que me dejastes un pañuelito de virtù y un anillito di oro? Aquí los tengo -y sacó el pañuelito que era de virtù y se lo puso cerca de él.

—144

Y Martín Gallito se dio vuelta, la vio a la chica, la reconoció, y dijo:

-Ésta es mi mujer, no esta otra.

Y se suspendió la ceremonia. Y salieron juntos los dos porque ya la chica había salvado a Martín Gallito del encanto. Y ella se puso las botas que volaban, y tomaron vuelo a su casa. Y se terminó el cuento.

Hilario Coria, 30 años. Abra Pampa. Cochinoca. Jujuy, 1968.

El narrador, pastor colla, ha trabajado también como minero. Nativo del lugar, ha cursado los grados de la escuela local. En las fiestas religiosas de la Virgen forma parte de los danzantes caracterizados de suris, llamados los plumudos.

El cuento es variante del cuento tradicional.

—145

1002. El príncipe iguano

TUCUMÁN

Diz que había un rey que no tenía hijos; tenía apenas la Reina. Y diz que la Reina ha salú y li ha dicho:

-Che, yo había querido tener un hijo de este animal, ya que no tenemos nohotros -y que ese animal era un iguano88.

Y diz que jue a la casa y al poco tiempo se sintió gruesa. Y entonce, al tiempo que jue a tener familia. Y que había tenú un niño que era muy lindo, pero que tenía la cola de iguano.

Que sí, que era malo el niño. Que cuando tenía rabia que daba un solazo y mataba lo que haiga y s'iba. Hasta que hacía un tiempo recién volvía. Que la madre 'taba muy afligida.

Y qui un día le dijo a la madre que lo tenía que hacer casar, que si no, s'iba.

Y diz que había un duque que tenía tres hijas. Y diz que el duque era compagre de los Reyes.

Y diz que le pidieron al duque la hija mayor y que lo hicieron casar al hijo con la mayor.

Por áhi diz que le había dau rabia con la niña, que le había dau un solazo y diz que la mató. Y diz que se jue y volvió a los tiempos.

Y diz que le dijo un día a la madre:

-Magre, si no me da mujer me voy y no vuelvo.

Y entó que se había ido pal compagre, la Reina, y que le dice:

-Compagre, me ha de dar otra niña para que se case m'hijo.

—146

Y ya le dio otra, la del medio.

Se casó el Príncipe con ésa.

Después que se ha casau con ésa, se ha enojáu, le dio otro colazo y la mató. Y se mandó a ir otra vez. Y no volvió otro tiempo. Y a los tiempos volvió y que le dice a la Reina:

-Mi magre, si quiere verme aquí déme otra mujer.

Y la Reina le jue a pedir al Duque, al compagre, la otra niña, la shulca⁸⁹. Y le dio la shulca ahora. No le ha quedau más.

Y si ha casáu el Príncipe con la shulca.

Y diz que un día le dice el Príncipe a la niña:

-Bueno, si vos querís estar conmigo, me vas hacer quemar este cuero, cuando yo esté dormido -porque él estaba siempre vestido en ese cuero d'iguano.

Y entó que le dice que lo haga quemar cuando no lo vaya a sentir él, porque si no va a hacer un estruendo muy juerte y lo va a despertar, y eso va a ser para mal de los dos. Que va a ser a la siesta que lo queme.

Cuando él dormía se sacaba el cuero solamente.

Y en eso que la niña había buscau uno pa que lo quemara al cuero. Lo mandó quemar lejo, a un negro. Y el negro lo había quemau cerca no más, y hizo un estruendo muy grande, que lo despertó al Príncipe de dormido que estaba. Y entó que se había despertau y li había dicho a la niña:

-¡Ah!, ¡ingrata, no me volveréis a ver más!

Y que salió y se jue. Y si había ido no más.

Y entó que la niña lloraba mucho y le avisaba a la suedra y al pagre. Y ahora que dice que se iba ella a buscarlo, que tal vez lu encuentre.

Y ya diz que si había ido. Y diz que había ido muy lejo. Y entó, güeno, en lo que si había cansau qui había llegau la señora, lejito, y que había parau en la casa di una anciana. Y áhi 'taba hablando con la viejita y diz que le dice:

-¿Qué novedades corren por aquí, mama vieja?

Y ella le dice que no había más novedá que si había casau la Princesa de ese pueblo con un princeso que ha venido di otra parte.

Y entó le dice:

—147

-¿Me va a dar permisio pa pasiarne en su jardín?

-Tá bien -que le dice.

Que esta niña había alzáu de su pago tres mudas de ropa como no si habían visto en ninguna parte, de lindas que eran. Se vistió ella con un vestíu de esos y se pasió por el jardín de la casa.

Diz que había salíu la negra de la esposa que tenía ahora el Príncipe y que había visto a la niña con el vestido que daba admiración. Y diz que va y le dice:

-Ay, mi señorita, ha salíu una niña desconocida con un vestíu que usté con ser princesa no lo ha teníu nunca.

Y diz que le ha dicho la princesa:

-Andá decile que me lo venda, que a mí me dice más porque soy Princesa. Que por precio no vamos a parar, me cueste lo que me cueste.

Y entó que le dice la niña a la negra.

-Andá decile a tu señorita que si ella es Princesa yo soy Duquesa y a mí me dice más el vestido porque es mío. Decíle que si ella quiere que yo le dé mi vestíu que me deje hablar tres palabras con su marido, esta noche. Y la negra ha veníu y li ha dicho todo. Y entó ha dicho ella:

-¡Qué más se quisiera esta pícara!

-¿Qué tiene, mi amita que la deje hablar? Le damos dormitorio⁹⁰ a mi amito y así ella no lo va a poder hablar y usté va a tener el vestido que no tiene nadie.

Entó le dice:

-Bueno, andá decile que venga.

Y diz que le ha dau en una bebida un dormitorio al Príncipe y si ha quedáu dormido. Y áhi le han dejau entrar a la niña y ella ha dau el vestíu.

Y ha entrau la niña y di que le decía al Príncipe:

-¡Ay, ingrato, ahora te hacís el dormido! Desconocido, ya no te acordás de mí que vengo de tan lejos.

Y el Príncipe seguía durmiendo y ella se tenía que ir porque sólo podía decir tres palabras como ella si había comprometido.

—148

El negro que lo servía al Príncipe había visto eso en escondida y la había oído a la niña.

Diz que al otro día la niña se ha vestido con el otro traje que era mejor.

Y ha venido la negra y la ha visto y ha ido corriendo a avisarle a la Princesa.

-Ay, mi amita, si el vestido que li ha dado ha sido lindo, ¡más lindo es éste que tiene ahora esa niña!

Y entó que le dice:

-Decile que me lo venda al vestido, que por precio no himos de pensar, que yo soy Princesa y a mí me dice más.

Y entó va la negra y le dice eso a la niña y dizque la niña le contesta:

-Andá decile a tu señorita que si ella es Princesa yo soy Duquesa y a mí me dice más el vestido porque es mío. Decile que si ella quiere que yo le dé mi vestíu me deje hablar tres palabras, esta noche, con su marido.

Y entó la negra le avisa el mensaje y le dice:

-Pero, ¿qué tiene, mi amita que ella hable si le damos dormitorio al amito y él no sabe nada?

-Bueno, andá decíle que venga -dizque le dice la Princesa.

Y ha venido la niña y ha entrado ande 'taba el Príncipe dormido y ha vuelto a decir:

-¡Ay, ingrato, desconocido, ahora ti hacís el dormido y yo que vengo de tan lejo a buscarte! Ya no ti acordás de mí y si ha salido la niña.

Al otro día el negro li ha dicho al Príncipe.

-Aquí viene una niña muy hermosa y le habla, le dice que ha veníu de lejo a buscarlo. A usté le dan dormitorio en una bebida. Mire, cuando le den la bebida, hagasé el que la toma y redamelá abajo 'e la cama. La niña llora y se ve que 'tá muy triste. Y el Príncipe 'taba muy intrigado y quería saber de este misterio.

Al otro día la niña si ha vestíu con el traje más lindo y cuando la ha visto la negra ha ido corriendo a decirle a la Princesa.

-¡Ay, mi amita, si los vestidos que li ha dau la niña eran lindos el que tiene ahora es mucho mejor! Usté tiene que tener ese vestíu, nu hay otro

mejor en el mundo.

—149

Entó le dice la Princesa:

-Decile que me lo venda, que por el precio no himos de discutir, que yo soy Princesa y a mí me dice más.

La negra le dice a la niña y entó la niña le contesta:

-Decile a tu señorita que si ella es Princesa yo soy Duquesa y que el vestido me dice más a mí porque soy la dueña. Que yo le voy a dar el vestido si me deja decirle tres palabras a su marido esta noche.

Y la negra le avisa a la Princesa lo que dice la niña y le dice que la deje ir a decir las tres palabras al Príncipe, que total, si le dan dormitorio él nada sabe.

Y la Princesa le dice:

-Bueno, andá decíle que venga y que me traiga el vestido.

Entó el Príncipe no tomó la bebida y s'hizo el dormíu. Cuando llegó la niña y empezó a lamentarse s'hizo el que se recordó. Y áhi la conoció a su verdadera esposa, y que corrió y la abrazó. Y que le dijo:

-Andá adonde estáis parando, mañana te voy a hacer venir -y ella se jue.

Entonce le dice al negro:

-Ésa es mi señora. Yo hi síu casáu en mi pago. Ella me ha veníu al rastro.

Ella me salvó de un encanto. Yo tengo que irme con ella.

Al día siguiente que el Príncipe hizo juntar a toda la gente, en el palacio. Y que hizo que viniera esa viejita adonde paraba la niña, y también la niña. Y que si habían juntáu todos. Y que él había llevado un candado y dos llaves y había puesto sobre la mesa. Y que le dice:

-Señores: No si ha dir ninguno sin darme una satisfación. Yo compré un candado que tenía una llave. Hi perdíu la llave y he compráu otra llave. Y después que hi compráu otra hi halláu la primera, ¿cuál de las dos es la dueña?

Y que todos han dicho:

-La primera es la dueña.

Y bueno, diz que le dijo:

-En mi pago mi hi casáu. Y hi venido aquí, que es muy lejo y me hi casado.

¿Cuál de las dos señoras es la dueña?

—150

Y que todos habían golpiáu las manos y que li habían dicho que la primera era la dueña.

-Bueno, señora -le había dicho a la Princesa-, agora yo me voy con mi señora a mi casa y queda usted en su casa. Y él se jue con la esposa que lo había salvado.

Dentró por un zapato descosido y usted que contará otro parecido.

Nacioncena Sasso, 63 años. Los Zazos. Amaicha del Valle. Tucumán, 1951.

Buena narradora.

—151

1003. El viborón

SAN LUIS

Había un matrimonio que querían tener familia y no conseguían. Hacían promesas y más promesas, ¡y nada!, no conseguían tener familia. Por fin, después de tanto rogar, pero a los muchos años, la señora estuvo encinta. Y como eran personas muy ricas, ellos estaban contentos qu'iban a tener chicos. Ya iba llegando el tiempo, y ya tenían la matrona en la casa no más ante di hora pa que protegiera a l'enferma. Y hasta que se llegó al cabo de que s'enfermó. Y tuvo un viborón d'hijo. Después, la matrona, cuando lo recibió se sorprendió, pero lo dejó no más. El viborón se jué abajo di un mueble y ella se calló no más. Ella l'atendió a la señora como si hubiera tenido un chico. Como la señora nu había tenido nunca chicos, no sabía si lloraban o no los chicos, y no preguntó nada. Cuando ya l'acomodó y la dejó, la matrona lu encontró al viborón arrolladito abajo 'el mueble, y lo sacó envuelto en una sábana. Después ella lo sacó afuera, que no lo viera la madre. Después la matrona le dijo al padre del viborón, que lo llevara adonde estaba el cura a ver qué decía.

El padre lo llevó al viborón al cura, y entonce el cura lo qu'hizo, jué y lo bautizó, y le dijo que lo criara y muy bien atendido, y le puso Juan, al viborón.

Depués, lo pusieron en una pieza que sólo entraba el padre a dale la leche, y la madre no sabía nada qu'él estaba criando al hijo, no le querían avisar hasta mientras que no sane bien. El padre li hacía todos los acomodados igual qui un niño. El viborón, cuando venía el padre, ya lu esperaba; qu'era muy entendido. —152No tenía mes, pero conocía el padre. Ya cuando el viborón enteró como seis y siete meses, el padre no sabía qui hacer; si le decía o no a la señora. La piona lo sabía tamién, pero nu avisaba tampoco a nadie.

El viborón tenía cama, y si acomodaba en todo como una persona. Ya estaba grandecito, y comenzó a salir de noche; se les desaparecía. Hasta que si halló en el deber, el padre, de decile a la señora qui había tenido un viborón. Él le dijo a la señora que no se juera asustar, y le contó todo.

-¿Cómo no mi han dicho? -dijo la madre.

Ya se lo trajieron, y cuando lo vido se descompuso. Pero después se tranquilizó y comenzó a cuidarlo com'un hijo. Al último lu atendía ella no más, y el viborón los conocía a los dos padres.

Después, cuando ya enteró dos años, escasamente, cenaba, y s'iba de paseo. Se les desaparecía de la pieza.

Bueno... Después, ya los sacó estrechos que lu echen a la escuela, o de no, que l'enseñen todo lo qu'ellos sabían. El viborón hablaba igual que un cristiano. Qu'era tan blanco, como ver una tira de bramante.

Bueno... Ya le comenzaron enseñar y aprendió en pocas vueltas no más, de leutura y todo lo que l'enseñaban; aprendió en seguida no más.

Bueno... Ya cuando tuvo como quince años, ya los sacó estrechos que se quería casar, y que le busquen una novia. Los padres se desesperaban; ¡quién s'iba querer casar con un viborón!

Y qui había áhi cerca una familia vecina que tenía tres hijas. Y que dijieron qui allá iban ir a ver, y que dijo el viborón:

-Pero con el conque91, de que la niña que yo elija, ésa se tiene que casar conmigo.

Y que tamién dijo que si a él no le gustaba, áhi no más iba quedar. Había

sú como basilisco, el viborón. Que l'encargaba al padre que no le trajera zoncera, sino una niña muy linda. Ya le trajieron las tres niñas, qu'eran hijas di un hombre muy rico, y que ya al verlo al viborón tuvieron descompostura de muerte, y que se murieron no más.

—153

Y ya qu'el padre andaba enloquecido buscando una niña que le gustara al viborón. Que li había dicho qu'él no quería lujo ni riqueza, sinó una niña que se pudiera llamar niña. Iba el padre di un lau pal otro, cansáu di andar y vacilar. Al hijo nada le gustaba. Y tanto andar, que dio en las orillas del pueblo con una casa di una viuda que tenía una hija que no salía nunca, que sólo se preocupaba de la casa, de la madre, y qu'era muy güena. Y a ésa se dirigió el padre. Ya la señora y todo el pueblo sabía lo qui había pasau, y que no quería por nada darselá, y la niña menos. Más bien yo me pongo un lazo al cuello -que decía, la niña-, si total me voy a morir.

Al fin que la consiguió que juera. Y ya jué la niña, y ésa jué la que le cayó en gracia al viborón, y ésa no se murió. Y se casó con el viborón. Como era tan rica la familia, podía hacer eso, de casar un hijo viborón con una niña tan linda.

Y qu'el viborón le dijo a la niña que si se casaba él, nu era de tanta precisión de vivir con mujer, sino que tenía que casarse pa que lo cuide, que ya los padres demasiáu habían guerriáu con él, y qu'él tenía mucho lujo y muchas pionas pa que lo cuiden, qu'él no daba mucho trabajo. Ya cuando se casó que le tenía un miedo único, porque créiba qu'iba ir a su cama, y que dormía con luz no más. Pero que nu iba nada, y que ella comenzó a perder el miedo.

Un día, que s'está lavando las manos la niña, se saca los anillos y los pone arriba di una mesa, y en un descuido viene el viborón y se los roba. Que los anillos eran regalo d'él. Ella si asustó cuando no los encontró, pero no dijo nada. Qu'esa noche como a la una qu'entró un joven muy güen mozo y muy bien acomodáu, y qui apagó la luz como un remolino, y si acostó. Y que le dijo qu'él era el dueño 'e casa. Que venía chumáu⁹², y que se durmió. El viborón nu había vuelto, que salía todas las noches, qu'era muy tunante, y qu'ella no sabía qué pensar. No durmió nada. Li había dicho que lo despertara al amanecer y que no juera a encender luz. La niña si había amanecido sentada mirando al mozo y lo dispierta cuando viene el día. Él sale para —154ajuera, y al momento no más ya vino como sabía venir siempre, como un viborón.

Bueno... Ya a la otra noche hizo lo mismo. Y ya vino fresco, y le dijo que no lo corra, qu'es su marido, pero que no tenía que decir a nadie, ni a los padres, porque si decía, él era perdido. Y que la niña se sosprendió muchísimo. Entonce él saca los anillos del bolsío y se los da, para que viera qu'él era su marido. Entonce le dice ella, que porque había sú que presentaba él ese aspecto hecho víbora. Y él le dijo, qu'él sólo a ella se lu iba decir; qu'él había nacido en encanto, y que le faltaba tuavía un plazo que cumplir para ser persona ante los demás, y que l'encargó encarecidamente, que cuando él esté así, no vaya a encender luz, qu'era l'único que le pedía, porqu'iban a ser perdidos los dos.

Bueno... Éste comenzó a venir entre noches, como persona. Ya pasó com'un mes qu'este venía así. Para mejor, la señora estaba encinta y 'taba como

antojada de verle la cara. Ya qui una noche puso una caja de fósforos abajo 'e l'almuhada. Ya vino una noche, y se quedó dormido d'espalda. Que venía sumamente emprendado y lujoso. Y ya cuando lo vio muy dormido, que la señora raspa un fósforo, y lo mira a la cara. Qu'éra muy güen mozo. No le bastó un fósforo, y qu'encendió otro. Y el otro durmiendo no más. Y cuando encendió el último, que le cayó una chispita, y que se despertó, y le dice:

-Bueno, agora somos perdidos vos y yo. Yo nu hi acabau el plazo de mi encanto. Yo me voy.

Y le dijo, que pueda ser que cuando ella termine tres pares de zapatos de bronce, lo podría ver, alguna vez. Qu'ella tenía qui andar con el hijo sin nacer. Que cuando anduviera terminado el último par de zapatos, recién iba nacer la criatura. Y se jué.

Él no creó qu'ella s'iba arrojar al desierto, atrás d'él, no se soñó nunca.

Y le dijo también que no les dijiera a los padres ausolutamente nada, que les dijiera qu'él había salú y nada más. Él le dejó para señas, por si lo volvía a ver, un reló, un pañuelo y un anillo, todo con nombre d'él.

—155

Lo qu'hizo ella, cuando él salió, jué y lo miró para el lado que tomó. Tomó para el norte.

Cuando aclaró, salió y s'hizo trabajar para ese mismo día, los tres pares de zapatos de bronce. Y como le trajieron a la dentrada del sol los tres pares de zapatos, como s'escureció, salió al norte. S'hizo un atadito con lo qu'ella pudo llevar, y se mandó a cambiar. Así es que se perdieron los dos. Ni la madre de ella, ni los padres d'él supieron nada.

Y esta señora jue muy lejo. Y caminó y caminó, y se mantenía con raíces y con las frutas de los árboles, y tomaba agua ande encontraba. Ella seguía siempre al norte. Que ya no podía andar más con la criatura, qu'estaba gruesísima. Y ya había terminado dos pares de zapatos, y el otro que ya iba mal. Porque no más una noche se sintió mal. Ella llevaba todo lo necesario por si tenía el chico sola. Ella nu hizo más que juntar pasto, yuyitos, en el desierto, porque otra cosa nu había para hacer cama.

Después, ya dio a luz. Dios la protegió porque no le pasó nada a ella ni a la criatura. El niño lo llevaba en una ropita hecha pedazo. Y qu'ella iba lo más descalza; sólo le quedaban pedacitos del último par de zapatos.

Ya qu'el chico caminaba, comu había nacido grande. Era un niño varón. De tanto andar, que ya iba muy lejo. Y ya un día oye cantar gallos y toriar⁹³ perros, y qu'estaba junto di un arroyo, que había un cienegal, y qu'hizo una cama de totoras al niño. Dormidito, lu acostó y bajó a tomar agua al arroyo. Cuando allí estaba tomando agua, siente unos pasos. Que venían a llevar agua. Qui había síu nada menos que la sirvienta de los palacios del esposo que venía al agua. Se dispara ella porque andaba desnuda y la sirvienta le dice:

-No mi señorita, no se dispare, ¿di ánde es usté?

Que la niña era sumamente güena moza, y que la sirvienta era negra. Que la convidaba a ir a las casas y que la niña no si animaba a ir. Y ya le mostró el niño qu'era muy bonito.

-Güeno -que le dice la negra- dejesé estar, que yo le voy a traer ropa. Yo tengo también un niño.

Y que la negra jue ligerito y le trae ropa para ella y le llevó una sábana para qu'envolviera al chico. Y ya los llevó al palacio y los escondió. Y que la negra andaba en los apuros de darles de comer.

Qu'el mozo la comenzó a ouservar a la negra. Que le llamaba l'atención lo qui hacía, pero que no veía a nadie. El mozo era millonario y al otro día s'iba a casar con otra niña.

El niño qu'era lindísimo, y que la negra dice:

-¡Qué tan pareció este niño a mi patrón! ¡Es la misma cara! Ya vamos estar de banquete -que le dice- porque mañana se casa mi patrón.

Y cuando la vé el mozo que la negra andaba en idas y venidas y que juntaba la puerta, él se creó otra cosa. Formó curiosidá y se va a la cocina y le pregunta:

-¿Qué hacís negra que llevás agua caliente, brasas, comida, qué tenís en la pieza?

-¡Ah, patrón, no sabe usté lo que yo hi halláu!

-¿Qué has halláu?

-Yo hi halláu una niña, ¡de bonita!, con un niño más bonito tuavía.

-¿Ande l'has halláu?

Ya le dijo qu'en l'orilla del arroyo. Y que le dijo qu'estaba desnuda y que tenía unos zapatos de bronce hechos pedazos. Y él que se quedó muy pensativo.

Y ya se jué él ande 'staba la niña, y entró. La niña casi se muere de vergüenza de verse casi desnuda, y qu'el niño andaba jugando áhi, qu'era una masa de blanco y bonito. Y él tamién 'taba sorprendido, porque ya comprendió qu'era la mujer d'él. Entonce que ya le comenzó a preguntar de dónde venía, de dónde era, y cuántos años hacía. Y era la misma fecha qu'él había salido. Le zumbaba la cabeza y no sabía qui hacer. Y el niño qui andaba con el atadito de las prendas que le dejó el mozo a la madre, jugando. En una d'esas se le desató y ya vio el mozo el reló, el anillo y el pañuelo, y ante qu'el niño las alce, ya corrió él y las alzó. Éste que lloraba como un desesperado. Y ya se dio a conocer, y le dijo qu'él era el marido —157d'ella y el padre del niño. Y ya los abrazó y todos lloraban de contentos. Y la negra no sabía qué hacer de gusto. Y ya dijo el mozo que nu había casorio qui ahí 'taba su familia. Y en vez de ser los trajes para la novia, jueron para la señora propia y para el niño, para ir a la iglesia a hacerlo acristianar.

Y agora habían quedáu en fama ellos, y nosotros conversando aquí.

Marcelina Berón, 76 años. Quines, Ayacucho. San Luis, 1931.

Campesina rústica. Muy buena narradora.

1004. El príncipe lagarto

CORRIENTES

Que había una vez un Rey que hacía diez años que era casao, y la señora tuvo un nene, pero bicho. Que era un lagarto. Le salió un lagarto. Pero

ella se murió de sentimiento. Entonce ante ella de fallecer, ella le encargó al esposo que tratara de criar al hijo. Después al hijo le llamaban el Príncipe Lagarto. Bueno... Dice, después, que el padre, el Rey, empleó una ama. Ese ama se murió. No lo llegó a criá todo. Dos amas mató. Después, la última que le crió, ella se puso pezona de hierro, y ésa le crió.

Después, cuando pasó los años, él se quiso casar. Y un señor muy rico tenía trece hija. Y el Rey lo hizo casar con la mayor. Y ella se murió de miedo. Y lo hizo casar con la del medio y también murió de miedo. Y entonce se casó con la menor.

El Príncipe Lagarto era un lindo hombre encantado, y cuando se iba a acostar, se sacaba ese cuero, la capa de lagarto que tenía.

Y el Príncipe se acostaba siempre en la oscuridad y la señora no lo conocía en forma de hombre.

Después, apareció una viejita hechicera y le dijo a la señora del Príncipe Lagarto que si ella quería conocer al marido, ella le iba a decir lo que ella tenía que hacer. Y la señora aceptó. Entonce le dijo que para descubrirle la belleza de él, ella tenía que pedir un fogón⁹⁴ con brasa, como diciendo que ella tenía —159frío. Que ella se hiciera la dormida. Cuando él se durmiera, que ella tenía que poner esa cáscara de lagarto en el juego. Pero tenía que ser lejos, que él no tomara el olor, pero la viejita no le dijo eso a la señora. La señora echó al juego el cuero de lagarto ahí cerca.

Y se quemó el cuero. Entonce, él se despertó desfavorado de ese olor del cuero, y le dijo:

-¡Qué me hiciste, mi señora! ¡Que faltaba sólo treinta días para desencantarme!

Entonce le dijo que él se iba a una ciudad y que nunca más volvía, a la ciudad Que va y no vuelve -ése era el nombre. Y que era muy lejos. Y salió y se fue.

Entonces ella, al otro día, ella cerró el palacio y se fue atrás de él, en su busca.

Caminó mucho. Tanto andar se encontró en la casa del sol. Y salió la madre del sol a encontrarla. Y le dijo qué andaba haciendo. Y ella le dijo que andaba atrás del marido que se había ido a la ciudad Que va y no vuelve.

Entonce la viejita le dijo que tal vez el hijo conociera esa ciudad, pero que el hijo era muy malo, que cuando llegara la iba a fundir a ella.

Entonce ella le dijo que la escondiera en una parte que no le diera el sol.

Bueno... Llegó el sol, malo con la madre. La madre le dijo que se calmara, que debía de ser cansancio o hambre, o sé, porque se ponía malo. Era porque se daba cuenta que llegó alguien a la casa de él. Entonce él llegó malo, y lo agüenó la madrecita de él. La madre le cebó mate, se sentaron en la mesa y ella le sirvió comida. Y ya se abuenó el sol. Entonce ella le pregunta al hijo, qué él haría si se encontrara una persona extraña en la casa de él. Y él le contestó que la amaría como la amaba a ella. Entonce la viejita le sacó a la señora que le tenía escondida y le presentó al hijo, al sol. Entonce el sol le preguntó qué ella andaba haciendo. Entonce ella le contó que andaba en busca del esposo que se fue a la ciudad Que va y no vuelve.

Entonces el sol le contestó que él andaba en toda parte pero que no sabía esa ciudad. Que la que podía saber era la luna. Que él se encargaba de llevarle a la casa de la luna. Ante de salir le dio un regalo el sol, que era un traje muy hermoso, un traje de sol.

Llegó a la casa de la luna. La luna le dijo lo mismo, lo que le había dicho el sol, que no sabía. Y le dijo que el que podía —160 saber era el viento. Y la luna le regaló otro traje muy hermoso, un traje de luna. La luna le llevó y le dejó en casa del viento.

Llegó en la casa del viento. Salió una viejita, la madre del viento, a decirle que el hijo era muy malo, que cuando llegara se ía a enojar. Y ella le decía, que la escondiera. Y la viejita la escondió.

Y llegó el viento, y llegó malo. Y la tenía a la viejita para todos lados, mal. Y él sentía que había algún extraño en su casa. Hasta que lo conformó la madre y se quedó bueno. Entonces, después que quedó bueno, le sacó a la señora de donde le tenía escondida. Entonces ella sale y le pregunta si él no sabía de la ciudad Que va y no vuelve.

El viento le contestó que él recién llegaba de esa ciudad. Entonces ella le pidió por favor que le llevara a esa ciudad. El viento le dijo que sí, que le llevaba. Y el viento le regaló un mortero de oro con una gallinita y unos pollitos de oro que hablaban. Él la puso en una sillita de oro y la tapó todo para que no le ahogara, y la levantó y la llevó en esa ciudad. La largó en un palacio donde ella iba a vivir.

El Príncipe vivía en frente, en otro palacio. Ya 'taba por casarse con otra princesa. Él no sabía nada que ella era la que 'taba en ese palacio.

En la mañana ella se levantó, se puso el traje del sol, y se sienta en el balcón. Entonces vio la criada de la novia del Príncipe, esa niña que tenía un traje nunca visto. Entonces va y le cuenta a la novia y le dice que le compre al traje, que era muy lindo para cuando ella se case.

Entonces la novia del Príncipe le hizo tratar el traje, si quería venderle.

Y la señora le contesta que ella no vende por ninguna plata. Que si ella le da permiso para hablar con el novio una noche, ella le regala no más el traje. Entonces la novia del Príncipe Lagarto le contesta a la criada que no faltaba más, que viniera hablar con el novio de ella. Entonces la criada le dice que eso no es nada, que la deje no más que vaya, que ella le va a dar anestesia en el café, él se duerme y no oye nada lo que ella le dice.

Entonces la novia, por tener el vestido tan lindo le dijo que sí.

Entonces a la noche la criada le dio café con anestesia al Príncipe y se durmió. Vino la señora y le habló toda la noche. Le decía que él la perdonara, que ella le quemó el cuero del —161 lagarto por culpa de esa vieja mala que vino al palacio. Y le decía todo lo que había sufrido por buscarle. Toda la noche se pasó llorando sobre la cama de él, y él no se despertaba. Hasta que llegaba el día y ella tenía que retirarse de ahí.

Al otro día la señora vistió el traje de luna y se sentó en el balcón. El traje de luna era más hermoso que el traje de sol. Entonces la criada le vino a decir a la novia que esa señora tenía un traje tan hermoso, que se lo tenía que comprar para cuando se case.

Entonces la novia le hizo tratar el traje, por cualquier precio. Ella le contestó que no le vendía por plata. Que si ella le da permiso para hablar con el novio una noche, ella le regala. La novia no quería pero la criada le dijo que no era nada, que ella le vuelve a dar anestesia y el Príncipe

no sabe nada. Y le dijo que sí. Y ella recibió el traje de luna. Y esa noche fue la señora y volvió a decirle todo al Príncipe. Y lloró toda la noche, y el Príncipe no se despertó. A la madrugada se fue ella muy triste.

Al otro día la señora sacó la gallinita y los pollitos de oro y el mortero, y se sentó en el balcón. La gallinita y los pollitos hablaban y se movían de un lado para otro.

Entonces la criada de la novia le dijo que esa cosa tan preciosa la tiene que comprar para su casamiento. Y le trataron a la señora y ella contestó lo mismo. Entonces la criada dijo otra vez que eso no era nada, que ella le ponía anestesia en el café y el Príncipe se dormía hasta el otro día y no oía nada. Y la novia dijo que sí por interés del mortero, de la gallinita y los pollitos de oro.

Entonces ya era la tercera noche. Y esa tarde la escolta del Príncipe le dijo si él no oía lo que decía esa señora, que venía a pasar la noche con él, que daba lástima como lloraba y lo que ella le decía y que él no contestaba nada. Y entonces el Príncipe se sorprendió y dijo que la quería ver. Y entonces la escolta le dijo que no tomara ese café que le traía la criada, que quién sabe si en ese café no le ponían anestesia.

A la noche, él no tomó el café. Él hizo que tomó, pero después echó todo. Entonces llegó la señora y conversaron allí, y la reconoció, pero quedó como que ella no era nada de él.

Entonces al otro día hizo un banquete en la casa de la novia para casarse. Entonces la invitó a la señora.

—162

Entonces se sentaron en la mesa. Pusieron una frutera de toda clase de fruta. Y al que ía a ser su suegro nunca comía manzana porque no le asentaba. Entonces el Príncipe le preguntó que por qué no comía manzana. Y le contestó que él no comía manzana por que le ía hacer mal. Entonces el Príncipe Lagarto le dice:

-Si usted no come la manzana porque le hace mal, yo no puedo casarme con su hija porque acá la tengo a mi señora a mi lado.

Entonces, de sentimiento, se matan todo de la familia, y se quedan ellos dueños de todo. Él ya 'taba desencantado.

Y así ella tuvo premio porque anduvo mucho peligrando la vida.

Silveria Pérez, 42 años. Paso de los Libres. Corrientes, 1952.

Lugareña rústica y bilingüe guaraní-español. Buena narradora.

—163

1005. El pescador

La ciudad de los tres picos de amor

CORRIENTES

Era un viejo que tenía sólo una hija muchacha. La mujer de él era también vieja. Él, todos los días se iba a pescar.

Pasó un tiempo, no pudo sacar ni un pescado. Se puso a llorar porque no podía sacar el pescado.

Un día se le apareció un señor del río y le dice:

-Yo te daré mucho pescado, pero si usted me da primero lo que su ojo ve, cuando llegue a su casa.

El viejo como tenía esa hija y un perro, y siempre salía a encontrarle el perro, él se imaginó que sería el perro que salía primero. Le dijo que bueno. Y él sacó mucho pescado.

Resultó que salió a encontrarle la hija, de contenta que traía tanto pescado. Se asustó porque salió la hija, y que tenía que entregale a ese hombre, que le pidió que tenía que entregale lo primero que su ojo vio cuando llegue a la casa.

El plazo de tres días el pueblo le pedía mucho pescado. Todo lo día él se iba y traía mucho pescado, pero taba triste porque pensaba que tenía que traer la hija.

Le preguntó la mujer:

-¿Y cómo sacás tanto pescado?

Llorando le dijo que prometió la hija a un hombre que le dio tanto pescado, a un hombre que vive en el fondo del río.

—164

La chica oyó que él dijo así a su mujer.

Y la mujer le dijo:

-Bueno, a los tres días llevesé la hija como quien va a pasear y a buscar pescado, y la entrega.

Ella oyó eso y ató unas cositas de ella porque sabía que la iba a entregar a ese hombre.

-Andate con tu papá a buscar pescado por la orilla del río le dice la madre a la muchacha.

Se despidió de la madre, le dio un abrazo, y se fue. Bueno... Llegaron a la orilla del río y sale el hombre que iba a llevar la chica. Bueno... Áhi dice que le dio un abrazo al padre y se fue con el hombre.

Y la chica le fue siguiendo al hombre. Y se abrieron las aguas. Le llevó a una casa linda en el fondo del mar. Tenía de todo. No le faltaba nada. Pero no veía personas, sólo sombras. Le servían la comida. Tenía de todo. Nada le faltaba.

Ella lloraba, no se hallaba. Y oyó una voz que le decía:

-¿Querés ir a ver a tu papá y a tu mamá?

Le contestó que sí.

-Mañana te llevaré, pero no me vaye a traer nada, ni como lo negro de la uña, ni como la cabeza de un alfiler.

Le prometió que sí, y entonces una sombra la llevó. Se abrió la agua y ella volvió a su casa, pero con mucho dinero que le dio la sombra. Ésa era una persona encantada. Y cuando se arrimó a la costa del río, el padre siempre pescando, porque era pescador.

El viejo contento, lo que vio su hija, la abrazó. La trajo contento donde tá su madre.

La madre la recibió má contenta.

La sombra le dio plazo de tres días para buscarle.

La madre contentísima. Que ella le dijo:

-¿Qué ves por ahí?

—165

-Sólo sombra veo. Yo vivo bien, no me falta nada. Estoy sola no más.

Entonces le dice la madre:

-¿Y con quién dormís?

-Sola, mamá. Después que me duermo viene uno y se acuesta al lado mío, pero no me da la cara nunca. No sé qué es. Y después se duerme y ronca.

Le dice la madre:

-Mire, lleve este fóforo. Y cuando esté roncando, prendé este fóforo y repará qué é ése que ronca.

Ella no le quería llevar. Pero tanto exigile, como era la madre, llevó.

Bien... Siguió así. Cuando llegó el plazo, se fue. Llegó al río. Se abrió el agua y ella siguió atrás de una sombra que la esperaba. Cuando iba la sombra le preguntó:

-¿No traés nada? ¿Ni como lo negro de la uña, ni como la cabeza de alfiler?

Ella contestó que no.

Pasó unos días. Ella curiosa por ver el que roncaba, como ya tenía ese fóforo, quiso ver.

Una noche vino la sombra. Cuando ya roncó fuerte, prendió el fóforo. Y vio una persona, un joven muy lindo, que 'taba durmiendo. Y de emocionada se le cae el fóforo en la cara del que 'taba durmiendo. El joven que 'taba roncando se levantó y le dijo:

-¡Qué traición me ha hecho! Qué te dije que no trajiera nada de la casa de su madre. Faltaba sólo quince días para salirme de este encanto y iba a casarme con vos. Pero ahora no me vas encontrar más. Si querés encontrarme, busquemé en la Ciudad de los Tres Picos de Amor.

Porque quedó él en otro nuevo encanto por siete años más. Y se jue de ella. Y quedó en un monte⁹⁶ ella. Todo desapareció. Y quedó sola. Se le terminó ropa, se le terminó qué comer. Quedó una méndiga⁹⁷ en el mundo.

—166

Bueno... Ella pensaba en volver en la casa, pero no sabía cómo hacer. Y dice:

-Que me traicionó mi madre porque dentro de quince días yo iba a casarme. Yo le voy a seguir a él a la Ciudad de los Tres Picos de Amor. Si Dios me ayuda yo he de llegar.

Caminó por el monte tres años. Llegó en una casa de una viejita, vieja, vieja. Bueno... Dice que salió la viejita y le dice:

-¡Oh, hija, carne humana por acá!

-Sí, madre, yo soy la pobre méndiga que busco la Ciudad de los Tres Picos de Amor. Usted, como es viejita, puede darme noticia.

-¡Ah, hija! -le dijo-, usted ve la edá que yo tengo y jamás he oído nombrar a esa Ciudad. Escuendasé un momentito porque yo soy la madre del viento sur. Le vamo a preguntá a él.

Dice que venía un viento muy fuerte. Y dice que llegó un mozo lindo. Y que llegó y se sentó a comer.

La muchacha se fijaba en ese mozo pero no era el mozo que ella vio cuando alumbró con el fóforo. Y ella le preguntó:

-Joven, ¿usted no sabe dónde es la Ciudad de los Tres Picos de Amor?

Él le dijo a ella:

-Yo cuando soplo, mi fortaleza no va hasta allá. Pero si quiere le voy a llevar un poco.

Ella le atetó con tal de que le llevara má cerca.

La viejita sacó un anillo y le dio a la méndiga, a la muchacha, y le dijo:

-Cuando alguna vez que usted encuentre su novio, pidále algo al anillo, que le ha de dar.

Porque la gurisa⁹⁸ le contó que iba buscando su novio.

Áhi dice que ella se despidió de la viejita y el viento le hizo llegar hasta donde él iba y la bajó en un monte. Y ella —167caminó otro año para encontrar otra casa. Y llegó, y 'taba otra viejita. Y ella le dijo:

-Bueno día, madre.

La viejita le dice:

-Bueno día, hijita. Nunca he visto carne humana por acá, y ya 'taba muriendo de vieja.

Bueno... Entonce que le dice:

-¿Usted comió algo, hija?

Y ella le dijo que no. Entonce le dio de comer a la muchacha. Estuvo un rato. Y ella le contó que era una muchacha que iba a la Ciudad de los Tres Picos de Amor.

-Pero yo nunca he oído nombrar -dijo.

Y ahí le dice que puede ser y le dice:

-Como mi hijo é el viento norte y sopla muy juerte, vamo a ver si conoce ese lugar.

Bueno... Entonce le dice a la muchacha que se escuenda un poco. Y llega, y le dice a la madre:

-Apurate, mamá, que vengo con hambre. ¡Y qué olor de carne humana!

-Es un pollito que maté para vos.

-¿Está preparado?

-Sí -le dice la vieja.

Y después se sentó y comió. Y en eso va y le trae la niña a presentale al hijo. El hijo quedó encantao en la niña y le preguntó a dónde iba.

-Voy a la Ciudad de los Tres Picos de Amor.

Él le dice:

-Pero, mire, niña, es muy lejo. Son tre celaje que se ve. Yo voy hasta cerquita pero nunca entré en la ciudad.

Ella le dice:

-¿No me quiere decir para qué lado queda?

Él le contesta:

-No tengo permiso de Dios, pero te voy a llevar hasta cerca, para hacer una caridá.

—168

Entonce la viejita sacó una peineta con un pavito arriba, y le regaló a la niña. Y le dice:

-Cuando usted llegue a la Ciudad de los Tres Picos de Amor si necesita algo, pidále que en algo te ha de servir.

Dice que la niña muy alegre le besó a la viejita y el viento le hizo volar. Y le bajó cerca, que ella distinguía los tres celajes de la ciudad donde ella tenía que seguir. Ella se jue de a pie, pero llevó tres años de viaje. Por fin que llegó a la ciudad, rotosa y descalza. Sólo llevaba el

anillo y la peineta que le dio las viejitas.

Bueno... Llegó en la casa de una señora rica, que tenía tres hija muchacha. Linda muchacha. Una de ella era novia del novio que ella iba persiguiendo. Ya había terminado el encanto del novio, que era siete año. En esa casa mismo ella jue a llegar. Pidió trabajo. Y la señora va y le pregunta a la hija si necesitaba mucama⁹⁹. La que se estaba por casar le dice:

-Tengalé, mamá, lo que yo me case le voy a llevar para mi mucama.

Entonce le hicieron pasar. Le dieron ropa.

Trabajaba ella en esa casa. Llega el sábado. Estuvieron de grande apronte para esperá el novio. Y llegó el novio. Y ella conoció que era el que ella iba buscando. Ella se emocionó, pero no dijo nada.

Trató de velo adónde paraba el hombre ése.

Estaba en una pensión. Tenía un sirviente.

Ella jue y trató de velo. Ella pidió para hablar con el mozo. Le hizo pasar el sirviente.

Bueno... Le dijo si a ella le conocía. Él le dijo:

-Dejame pensar porque no recuerdo.

Bueno... Antonce llegó el sábado. Que lo novio iba a la Iglesia, que iba a seguir la amonestación, para ya casase.

—169

Él pensaba todo el día lo que le había dicho esa gurisa de la casa donde él tenía la novia.

Y jue a la iglesia con la novia.

Y la muchacha pidió para ir también.

Antonce dice la novia:

-No, mamá, no le voy a llevar. Está muy mal vestida.

Y todas las tre, dijo:

-A una méndiga no hay que tener con uno, porque puede ser para un compromiso.

Y ella era muy humilde y le dijo a la patrona:

-Pero, dejemé.

Y ella le dio lástima y le dice:

-Pero, llevale, que vaye ni que sea atrás de ustedede.

Dice que antonce le dice:

-Mirá, che señora, yo voy a ir y me voy a vestir bien como sus hijas.

-De dónde vas a sacar para vestite como mi hija.

-No es nada -que dice ella-. Antonce, bueno... ya va a ver.

-Andá aprontate -le dijieron la otra.

Ella dentro adentro, desató el anillo y dice:

-Anillito, por la virtud que Dios te ha dado, déme ropa mejor que de las tre hermanas y de la novia.

Y ahí dice que dio como un relámpago y sacó ropa mejor que nadie, como no se vio nunca. Y salió mejor que las otra.

Y la novia lo que vio ese anillo, ella quería ese anillo.

Y bueno, dentraron a la Iglesia.

Y la niña tenía ese anillo tapado porque daba luce como un relámpago. El cura vio y preguntó quién tenía eso que daba luz como un relámpago.

-Una chica desconocida -le dijieron.

—170

Bueno. De ahí le dijieron que esa chica vivía en la casa de la novia. Antonce el cura la hizo llamar para preguntarle de dónde sacó esa alhaja. Y ella le contó todo al Padre.

Antonce el cura resolvió llamar al novio para darle un consejo con cuál se iba casar. Porque él tenía ese compromiso con la niña y por lo mal que ella pasó ya 'taba salvada. Le llamaron a lo padrino del casamiento y a mucha gente. La novia no 'staba. Antonce la chica lo hizo hablar al pavito de la peineta que le dio la madre del viento norte, que era de virtù. Y el pavito contó toda la vida de la niña. Contó como lo salvó del encanto al joven y como vino a buscalo.

Bueno... El novio antonce, cuando oyó al pavito y vio esa chica tan preparada con ese vestido tan lindo, reconoció a la niña que él dejó en el monte. Entonce le dice a todo:

-Mire, va ser una comparación. Yo tenía un candado y se me perdió la llave. Y he mandado hacer otra. Y ahora encontré la llave vieja. Ahora, ¿cuál de las dos llaves debo ocupar?

Todos les contestaron que debe ocupar la llave vieja porque fue hecha por la misma cerradura.

Antonce dice que él le dijo al cura y a los padrinos que él se había de casar con la méndiga, porque él dejó esa chica tirada en el monte y ella lo salvó del encanto. Y la abrazó a la niña.

La novia no sabía nada, pero 'taba interesada en el anillo. Llegó y le trató a la niña el anillo. Antonce dice que le contesta:

-Mire, el anillo yo se lo voy a dar a cambio de su novio. Y la muchacha se enojó mucho y no quiso acatarlo. Y fue a hablarle al novio. Y todo la miraba. Y entonce se enojó tanto y quebró con el novio. Y el novio se casó con la méndiga y ella quedó brava.

Y la concurrencia sabía todo y dijieron que 'taba muy bien.

Y vivieron felice para toda la vida.

—171

Narcisa Ramírez de González, 48 años. Yapeyú. San Martín. Corrientes, 1952.

La narradora, semianalfabeta, es bilingüe guaraní-español.

Aprendió este cuento de la madre, que sabía muchos cuentos y murió en 1921. Es una gran narradora. Es, además, curandera y payesera¹⁰⁰ de fama.

Me narra este cuento en una piecita a media luz; frente al altarcito con velas prendidas, ante el cual hace las curaciones a sus enfermos. Afuera, bajo la enramada, espera turno un buen número de hombres y de mujeres que han venido a consultarla.

Yapeyú, pueblo de las antiguas misiones jesuíticas, cuna del general José de San Martín, es de los más tradicionales de la provincia.

—172

Nota

Difusión geográfica del cuento

Nuestros cuentos que pertenecen al tema del esposo o novio animal por

haber nacido encantado, que es generalmente un príncipe, tiene gran difusión en Europa y en América. Nuestras versiones y variantes pueden dividirse en las dos redacciones que aconseja Kurt Ranke con todo acierto en su estudio especial: «a) Una forma simple, en la cual, después de que la joven ha sido prometida imprudentemente por el padre, el novio animal es desencantado por ella sin mayores complicaciones, ya sea besándolo, decapitándolo, quemándole la piel o durmiendo con él o algo parecido, y —173b) una forma más extensa, en la cual la novia del animal, después de haber roto la prohibición y de haberlo así ahuyentado, tiene que ir en su busca por caminos largos y difíciles y además se encuentra generalmente con una segunda mujer» (Ranke II, p. 19, citada por Pino Saavedra, I, p. 396).

Por las complicaciones de sus variantes está clasificado nuestro cuento por Aarne-Thompson en los Tipos 425, 428, 432 y 433).

El camino del cielo. La carta. El puente que lleva al otro mundo
16 versiones

Cuentos del 1006 al 1021

1006. La carta

SALTA

Dice que una vez un changuito¹⁰¹ se ha anoticiado que un señor necesitaba uno para que lleve una carta a una señora que vivía muy lejo. Como el changuito era muy alentadito y le gustaba el trabajo se ha presentado al señor. Entonce el señor le ha dicho que si no tenía miedo, que era muy chico, que le podía pasar algo. El changuito le ha dicho que él quiere ayudar a su mama y a su tata que eran viejitos, y que él está acostumbrado a andar por los cerros y por todos lados. Y que el señor le dice:

-Bueno, pero mirá, vos te vas a ir con este perrito -que le dice-. Vos lo tenís que seguir al perrito, que sabe bien el camino. Ande él vaya ahí tenís que ir vos.

-Sí, señor -que le dice.

-Vos vas a llevar esta carta, pero veás lo que veás, no quieras hacer nada. Vos, pande él va, vos vas. Si el perrito no se para, seguí no más. Ite, ite no más, veás lo que veás. Por donde pase el perrito vos vas a pasar.

-Sí, señor -ha dicho el changuito.

Bueno, le ha dado la carta y ha salido. Y el perrito ha ido adelante. Ha

encontrado un río de agua. Parecía que no podía pasar, pero el perrito ha encarado y ha pasado y el changuito tras del perrito. Ha encontrado un río de leche. El perrito ha —178 pasado y el changuito di atrás. Ha encontrado un río de sangre. 'Taba muy asustado el changuito, pero ha pasado el perrito y di atrás no más él también ha pasado. Más allá encuentra una pelotera de perros que 'taban peliando, que parecía que ya se iban a matar. Y él había intentado separarlos, pero como el perrito seguía no más él tuvo que seguir igual. Más allá va y encuentra unos que 'taban ataus de la lengua con un alambre, que 'taban colgaus. ¡Uh!... Ya intentaba sacarlos, pero si acordaba que el señor li había dicho que por nada se quedara. Y el perrito seguía no más y él tenía que seguir. Más allá encuentra dos peñascos muy altos que se juntaban y chocaban. Y pasaba el perrito. Él no podía pasar y dice:

-Y... ¿qué hago? -decía-. ¡Cómo voy a pasar! Estas piedras me van aplastar...

Y cerró los ojos, si acordó lo que le dijo el señor, encaró... Y en ese momento se abrieron las piedras y pasó. Casi lo aplastan. Al ratito no más se dio cuenta que había llegau ande tenía que entregar la carta. Era un lugar muy lindo. Una casita rodiada de flores. Y cantaban los pajaritos. Y todo era lindo. Y llegó el perrito y se echó a la sombra de los árboles. Y salió una señora muy linda y le entregó la carta. Y la señora, cuando que había entregau la carta le dice, muy cariñosa:

-Pasá, changuito, quedate un rato.

-No -que dice-, tengo que volvé en seguida.

- No, quedate -le dice-, ya te vuá servir una cosita que comas, has andado muchas leguas sin comer. Te tenís que llenar y te vas.

Entonce agarra la señora, le sirve una tacita con leche y un pedacito 'i pan. Entonce cuando vio todo tan poquito, pensaba entre él, dice:

-Qué vuá hacé con esto. Di un trago lo como. Qué me vuá llenar.

Y lo recibió y empezó a tomar la leche y a comer el pedacito de pan. Y tomaba la leche y comía el pancito y siempre 'taba lo mismo, no se acababa. Bueno, se llenó y le sobró toda la leche y el pancito.

—179

-¿Por qué no dormís un ratito -le dice la señora- y te vas descansadito?

-No puedo, señora -le dice.

Pero 'taba tan cansado que se sentó y se quedó dormido. Bueno, lo despertó el perrito. Bueno, entonce, tenía que volver ya. Y se volvió con el perrito. Atrás del perrito siguió. Entonce, cuando volvió, encontró otra vez las piedras grandotas que se golpiaban, los que 'taban colgado de la lengua, el río de sangre, el río de leche, el río di agua. Tenía miedo de pasar, pero pasó todo bien. Al fin llegó onde 'taba el señor. Entonce le preguntó el señor:

-¿Entregastes la carta?

-Sí, señor. La señora me dio una tacita de leche y un pedacito de pan; comía y no se terminaba nunca. Y dormí un ratito.

Entonce le dice el señor, que era Dios:

-Esa Señora es Nuestra Madre, la Virgen María, por eso lo que te dio no se terminaba cuando comías. No has dormido un ratito, has dormido muchos años, pero allá todo es como un milagro. Mirá, vos eras un changuito y ahora sos un joven. Ya te vas a dar cuenta. ¿Qué has visto por el camino?

-Vi un río de agua muy grande. No me animaba a pasar, pero pasó el perrito y pasé yo.

-Ésas son las lágrimas de las madres que lloran por los hijos. Tus dos hermanos mayores estuvieron por acá, llegaron hasta ese río, y tiraron la carta que les di, y volvieron y me querían engañar, me mintieron. ¿Qué más has visto?

-Vi un río de leche muy grande y también lo pasé con el perrito.

-Ésa es la leche que derramó la Virgen cuando se le perdió el Niño. ¿Y qué más has visto?

-Vi un río de sangre. Yo me asusté mucho, pero pasó el perrito y pasé yo.

-Ésa es la sangre que derramó Nuestro Señor por los pecadores. ¿Qué más has visto?

-Vi antes que todo unos perros que se peliaban y ya se mataban, pero no los pude separar.

—180

-Ésos son los hermanos malos y los hombres malvados que viven peliando con todos. ¿Qué más has visto?

-Vi unos colgados de la lengua. Me dio mucha lástima, pero tuve que seguir.

-Ésos son tres hermanos, mentirosos y intrigantes, que me quisieron engañar. ¿Qué más has visto?

-Vi dos peñas enormes que se golpiaban y saltaban chispas. Por un milagro pudo pasar el perrito y yo lo seguí.

-Ésas son las comadres que no se respetan como deben, que viven ofendiéndose. Eso es para ejemplo, que 'tan áhi. Bueno, has hecho muy bien el trabajo. Te tengo que pagar. ¿Qué querís más, un almú de plata o un Dios te lo pague?

-Un Dios te lo pague, señor, que dura siempre. La plata se gasta pronto. Entonces el señor, que era Dios le dio un Dios te lo pague y le echó unas moneditas a unas alforjas que tenía el changuito. Y le dijo que se las llevara a sus padres. Y le dijo que el perrito que lo llevaba era el Ángel de la Guarda.

El changuito se fue. En el camino le parecía que las alforjas 'taban muy pesadas. Cuando llegó, salieron los viejitos a recibirlo muy contentos. Bajó él las alforjas y en lugar de las moneditas, las alforjas 'taban llenecitas de monedas de oro y de plata. Entonces se dieron cuenta de todo y tuvieron para pagar sus necesidades en toda la vida.

Y ése fue el premio de Dios al changuito bueno.

Miguel Balmaceda, 21 años. Rosario de la Frontera. Salta, 1970.

El narrador aprendió este cuento de su padre, que, como él, era oriundo de este lugar muy tradicional de Salta.

—181

1007. El camino del cielo

CATAMARCA

Era un padre que tenía tres hijos. Eran muy pobres y los hijos salieron a

buscar trabajo.

Salió primero el mayor. Llegó a la casa de un señor que tenía grandes alfares¹⁰². Era Nuestro Señor. Le dio trabajo, lo conchabó. Le dijo que le tenía que llevar una carta a la madre que vivía en otra parte. Le dio una mula blanca. Le dijo que siguiera ese camino y le dijo:

-Llevá esta carta y ande se arrodille la mula vas a entregar la carta a una señora que es mi madre.

El muchacho caminó todo el día. No si arrodilló la mula. Entonce rompió la carta, la tiró y se volvió.

Llegó y le preguntó el patrón:

-¿Qué ha dicho mi madre?

-Nada ha dicho.

-¿Le entregastes la carta?

-Sí.

-Bueno, ¿qué querís que te pague: una carga de plata o un Dios te lo pague?

-Una carga de plata, señor.

Llegó a la casa, les ha entregado la carga de plata a los padres y en lugar de plata, ha sido todo carbón.

—182

Ha salido el segundo. Ha llegado también a los alfares, y el Señor lu ha conchabado para que le lleve la carta, y li ha dicho lo mismo qui al otro, y li ha dado la mula blanca.

-Llevá esta carta y ande se arrodille la mula entregá la carta a la señora que va salir, que es mi madre.

También ha caminado todo el día. Como no se ha arrodillado la mula, rompió la carta y si ha vuelto.

El patrón li ha preguntado si ha entregado la carta y él ha dicho que sí.

Y li ha dicho:

-¿Qué querís que te pague: una carga de plata o un Dios te lo pague?

-¡Ah, una carga de plata!

Si ha ido y cuando ha queríu descargar la plata, todo se li ha hecho carbón.

Va el tercero, el shulco, que se llamaba Enrique. El Señor le encargó lo mismo y le dio la mula blanca, y le ha dicho:

-Vas a llevar la carta, Enrique, y todo lo que veáis en el camino me vas avisar a la vuelta.

Entonce tomó la carta, montó la mula blanca y si ha ido.

Cuando entró en el camino anduvo todo el día. Ya lejos entró en un monte.

En el monte vio dos colgados de la lengua. Más allá 'taban muchos hombres que voltiaban un árbol muy grande. Después fue y encontró un río crecido, di agua. Si abrió l'agua y pasó la mula. Después encontró un río crecido, de leche. Si abrió y él pasó. Después encontró un río crecido, de sangre.

Si abrió y él pasó.

Siguió otra parte del camino. Encontró unas virtientes de agua. Tenía mucha ser y si agachó a tomar agua. No pudo tomar porque l'agua 'taba hirviendo.

Siguió. Después encontró dos chanchos, peliando, que se 'daban tajiando.

Tenía que pasar entre los chanchos y casi li agarraron el trasero a la mula, los chanchos.

Siguió. Más allá encontró unas vacas con unos semejantes aujeros en el lomo y unos pájaros encima, que las comían.

Siguió. Más allá encontró dos peñones que se daban unos contra otros.

—183

Siguió. Después encontró un alfar muy lindo, ande 'taban unas vacas secas¹⁰³. Más allá, un potrero pelau y con vacas gordas.

Siguió. Llegó a un lugar, a una casa, y áhi si arrodilló la mula. Áhi salió una señora viuda y le recibió la carta. Y lo invitó que pasara. Y trajo un cordero chiquito y le dio a Enrique y él lo puso sobre el apero, en la mula. Le dio un pan. Enrique se sentó, puso una pierna sobre otra y se puso a comer el pan. Mientras él comía el pan sentía grandes melodías. Y él estaba embelesado en lo que sentía cantar. Y seguía comiendo el pan que no se le acababa nunca. Él estaba en el cielo y seguía comiendo el pan. Los que cantaban eran los ángeles.

Salió la viuda y le dice:

-Pero, hijo mío, ¿cómo no te vas? Hace mucho que estás aquí.

Y él le contesta:

-Pero señora, recién hi llegado.

Se entra la viuda y él siguió sintiendo cantar a los ángeles.

Volvió a salir la viuda.

-Enrique, fijate en el cordero que tenís áhi, que ti dau, cómo 'tá de grande y vos no te vas.

Ya 'taba astudo el cordero por el tiempo que había pasau. Él se fija y dice:

-¡Ah! -que dice-, qué dirá mi patrón que nu hi vuelto.

Claro, volvió y lo encontró al patrón esperandoló. Entonce le dice:

-¿Qué has visto en tu largo camino, Enrique?

Entonce él le dice:

-Lo primero qui hi visto cuando hi entrado en el monte, a dos que 'taban colgaus de la lengua.

Y él le dice:

-Ésos son tus hermanos que 'tán colgaus de la lengua por la mentira, que me tiraron la carta y me mintieron que la entregaron.

—184

-Después hi visto un gran árbol que lo bamboliaban por voltiarlo.

-Ésos son los demonios que voltian las almas.

-Después hi visto un río crecido de agua.

-Ésas son las lágrimas de las madres que pierden sus hijos.

-Después vido un río de leche.

-Es la leche que derramó la Virgen cuando perdió el niño.

-Después hi visto un río de sangre.

-Ésa es la sangre que nuestro Salvador derramó por los pecadores.

-Después hi visto un pozo lleno di agua. Tenía ser. Quise tomar y no pude porque 'taba hirviendo.

-Ése es el purgatorio.

-Después hi visto dos chanchos que si hacían pedazo, en el camino.

-Ésos son los malos compadres.

-Después hi visto dos peñascos que 'taban en el camino y se golpiaban.

-Ésas son las malas comadres.

-Después hi visto unas vacas overas con unos aujeros grandes en el lomo, y

los pájaros encima, que las comían.

-Los pájaros son los ángeles que mueren sin bautismo, los duendes, que las molestan a las madres que los dejaron así.

-Y después vide un alfar florido y unas vacas secas de flacas.

-Ésas son las almas que 'tán en el infierno.

-Y después hi visto en unos peladares unas vacas gordas.

-Ésas son las almas que gozan de la gracia de Dios.

-Bueno, Enrique -le dice-, vos has estado dos años en la gloria y ti ha parecido un momento. Mirá el cordero que te dio la Virgen, es ya un carnero con las astas grandes.

Éste era Tata Dios. Le da un libro y le dice.

-Con este libro vas a tener la ciencia. Ya la Virgen te dio el pan que te va durar toda la vida. En este libro vas a tener todas las cosas en cuanto las pensís. Cuando te mande tu —185padre a hacer algo ya va 'tar hecho. Bueno, ¿qué querís que te pague, un almú de plata o un Dios te lo pague?

-Pero, señor, un Dios te lo pague dura siempre y la plata se gasta.

Se despidió Enrique y se fue. Cuando llegó a la casa tenía las alforjas llenas de plata y le entregó a la madre que se puso muy contenta.

Enrique se ponía a ler todos los días el libro que le dio Nuestro Señor.

Cuando el padre le mandaba que haga un trabajo, que siembre, que riegue, que vea las compuertas, al momento 'taba todo hecho por la virtud del libro. Y así han vivido muchos años muy felices. Yo 'tuve áhi y mi hi venido después para acá.

Ramona Virginia Villafañe de Coronel, 86 años. Ciudad de Catamarca, 1968.

—186

1008. La carta que Dios mandó a la madre

El camino del cielo

CATAMARCA

Dicen que había tres hermanos. Querían trabajar. Uno de ellos, el mayor, salió a buscar trabajo y que llegó a la casa di un viejito. Y que le dice el viejito:

-Yo te voy ocupar pa que vas a llevarme una carta a mi madre.

Después le dio de comer bien. Lo despachó y se fue.

De ahí que si había cansado en el camino, en la mitá del camino, y se volvió.

Le dice el viejito:

-¿Cómo ti ha ido?

-Bien.

-¿Has visto a mi madre?

-Sí.

-¿Qué ti ha dicho?

-No me dijo nada -que le dice.

-Qué querís que te pague, ¿diez cargas de carbón o diez cargas de plata?

-Diez cargas de plata. ¿Qué voy hacer con el carbón? No me beneficia nada a mí.

Bueno... Le dio las diez cargas de plata y se fue.

—187

Llegó a la casa. Les dijo a los padres que traía diez cargas de plata y cuando fueron a descargar eran diez cargas de carbón. Si ha ido el segundo y ha llegado a la casa del viejito.

-¿Qué andás haciendo, muchacho?

-Buscando trabajo.

-¿Querés llevarle una carta a mi madre?

-Cómo no.

-Tomá. Comé bien y andate, llevá esta carta a mi madre.

Si ha ido. Se fue un poquito más allá de que fue el otro. Se cansó. La tiró a la carta. Se volvió. Le dice el viejito:

-¿Cómo ti ha ido?

-Bien.

-¿La has visto a mi madre?

-Sí.

-¿Qué ti ha dicho?

-Nada, no mi ha dicho nada.

-Y bueno...

-Qué querís que te pague, ¿diez cargas de plata o diez cargas de carbón?

-Y, diez cargas de plata, qué vuá hacer con el carbón.

Llegó a la casa y cuando fue a descargar, todas las cargas en vez de plata eran de carbón.

Se fue el menor.

Bueno... Llegó a la casa del viejito buscando trabajo. Lo ocupó. Le dice:

-Te vuá ocupá, chico. Vas a llevar esta carta a mi madre. Montá el burrito y ande se hingue, áhi es.

-Sí, señor, si vuá ir.

Si ha ido. Ya lejos, ha llegado a un río de leche. Ha pasado. Ha llegado a un segundo río, un río de agua. Ha pasado. Ha llegado a un tercer río, un río de pus. Ha pasado. Ha pasado más allá. Ha encontrado dos colgados de la lengua. Ha ido más allá y ha encontrado dos piedras dandose una con la otra. Ha ido más allá. Ha encontrado otras dos piedras dandose la una con

—188la otra. Ha encontrado una vaca abajo di un árbol. El ternero arriba (la vaca abajo) voltiándole hojas para la vaca. Ha ida más allá. Ha encontrado unos alfalfares muy lindos con mucha hacienda flaca, muriéndose de flaca. Más allá ha encontrado un campo desierto con la hacienda gorda. Y ha ido más allá y llegó a una casa y si arrodilló el burrito.

Y llegó él. Era, parecía el cielo. Llegó. Se encontró con la señora. Le recibió la carta. Lo entró para adentro. Lleno de flores toda una inmensidá. Hermoso todo. Había muchos chiquitos. Todos acarriaban agua, dice, para el jardín. Parecía que esa señora era la madre de Dios. Estuvo un año, él, ahí, y creía que era un ratito. Que le dice la señora:

-Bueno, hijo, ya es propio que te vas. Llevá el contesto, dice, a mi hijo, y decile que estoy bien.

Se vuelve él, de allá con el contesto. Vuelve, a la casa del viejito, y el viejito le dice:

-¿Cómo ti ha ido, hijo?

-Bien.

-¿Qué ti ha dicho mi mama?

-Ya li ha mandau la carta. Aquí 'tá el contesto.

-¿Qué has visto en el camino?

-Hi visto un río de leche.

-Ésa es la leche qui has tomáu de tu madre cuando has nacido. ¿Qué más has visto?

-Hi visto un río de sangre.

-Ésa es la sangre que derramó tu madre cuando ti ha tenido. ¿Qué más has visto?

-Hi visto un río de agua.

-Ésas son las ládrimas que derramó tu madre para que vos te guíes en este mundo. ¿Qué más has visto?

-Hi visto un río de pus.

-Ésa es la pus que ha despedíu tu madre. ¿Qué más has visto?

-Hi visto unos dos colgados de la lengua.

-Ésos son tus hermanos. Están colgados por embusteros. ¿Qué más has visto?

—189

-Hi visto unas piedras dandose unas con otras.

-Son las malas comadres. ¿Qué más has visto?

-Otras piedras que se daban unas con otras.

-Ésos son los malos compadres que pelian en esta vida. ¿Qué más has visto?

-Hi visto un árbol con un ternero arriba y una vaca abajo, voltiandolé hojas.

-Ése sos vos que estás ganando un peso para que coma tu madre. ¿Qué más has visto?

-Hi visto unos alfalfares de lindos, con una hacienda muy flaca.

-Ésa es la hacienda de los ricos. ¿Qué más has visto?

-Un campo muy pelado con la hacienda muy gorda.

-Ésa es la hacienda de los pobres. ¿Qué más has visto?

-Y nu hi visto más nada. Ya se arrodilló el burro y llegó a una casa muy linda, llena de flores, salivó la señora y me recibió la carta y me hizo quedar.

-Bueno, ahí es la gloria -dice-. Ahí es la mansión de la gloria. Ahí está mi madre. Todas esas criaturas qui has visto -dice- son los angelitos que están con ella ahí.

-Bueno, hijo, has hecho muy bien tu mandado. Qué querés que te pague, ¿diez cargas de plata o diez cargas de carbón?

-Y, diez cargas de carbón, no más -dice- plata no quiero.

-Bueno, hijo. Bien, sos un gran hombre. Ite con estos carbones. Buscate unas petacas, guardá el carbón ahí. Dentro de una semana destapalo y ya verás tu provecho.

Mientras de eso quedó rico con el carbón, que ganó porque se le convirtió en plata. Cuando abrió las petacas todo era plata. Los padres se pusieron muy contentos y todos quedaron muy ricos.

Rosario Pastrana de Gómez, 46 años. Fuerte Quemado. Santa María. Catamarca, 1968.

Mujer de pueblo, de este caserío rural. Ha concurrido a los primeros grados de la escuela primaria.

—190

1009. Los dos hermanos

LA RIOJA

Era un matrimonio viejito que tenía dos hijos. Cuando fue grande el primero, pidió permiso al padre para salir a buscar trabajo. Salió y se fue por un caminito. Anduvo muy lejos. Donde hacían cruz los caminos, se sentó a pensar cuál iba a tomar, y de ahí eligió el camino más angostito, más chiquito. Por ahí se había ido. Después que había caminado mucho, divisó un humito, lejos. Siguió caminando hasta que llegó a la casa de un viejito que vivía solito. Cuando llegó le dijo que si había trabajo para él. Le dijo el viejito que estaba, que le iba a dar trabajo, y después que estuvo un rato lo mandó que le vaya dar agua a un burrito que tenía en el jardín, por que al otro día tenía que viajar. Al otro día cuando amaneció, lo mandó que saque el burrito para que lo ensille, que primero lo ensille y recién lo enfrene. Le dio una carta para la madre que vivía lejos. Tenía que pasar por muchas partes peligrosas: primero por un río de agua caudaloso, después por medio de dos peñas que están chocando. Cuando llegue al río caudaloso le dijo que diga: En nombre del padre y del hijo, pasa borriquito si Dios te ayuda.

Entonces el muchacho se despidió, pidió la bendición y siguió viaje. Se fue y llegó a la orilla del río, pero no le dijo nada al burrito lo que el patrón le había ordenado. Agarró y lo aporrió bien al burrito porque no quería pasar, hizo tiras la carta que el viejito le dio y se volvió y le dijo al viejito que la madre no había tenido tiempo para contestarle. Por eso no le había mandado nada de carta.

—191

El viejito, cuando llegó, lo mandó que desensille y eche el burro al jardín, y ahí no más le dijo al viejito que ya no iba a trabajar más con él. Entonces el viejito, cuánto le iba a cobrar por el viaje, le dijo, y si quería un Dios se lo pague o un cinco¹⁰⁴. Era por ver no más. Entonces el muchacho le cobró la plata. Después que le pagó se despidió y se fue. Este viejito era Dios. En la orilla del río caudaloso había tres árboles grandes y el viejito, con el poder que tenía, lo colgó al muchacho de la lengua para que no sea embustero.

Los padres del muchacho no sabían de la vida del hijo. Un día salieron para el pueblito a buscarse la vida y encontraron un almacén que nunca lo habían visto, y les causó curiosidad. Entraron y conocieron que era el hijo mayor. Contentos los padres lo hablaron con cariño, y les dijo que no los conocía, que no eran los padres de él, y los corrió:

-¡Salgan viejos mugrientos, llenos de arrugas! ¡No los quiero ver!

Entonces ellos se fueron llorando a la casa y le contaron al hijo menor que tenían. Éste había dispuesto salir también a buscar trabajo. Pidió que le dieran permiso para hacerlo, y siguió el mismo camino que el hermano

mayor. Cuando llegó a la encrucijada hizo lo mismo que el mayor. Tomó el mismo camino y divisó el mismo humito, y se fue. Cuando llegó adonde estaba el viejito se arrodilló y le pidió la bendición. Entonces le dijo el viejito que pase para la cocina y que se vaya a servir lo que él quiera. Había toda clase de comidas preparadas ya. Después de comer rezó. Salió de la cocina y lo hizo pasar para una piecita para que se acueste en la cama que quiera él.

Descansó, se levantó y le dijo al viejito que si podía darle trabajo. Le dijo que estaba bien, que vaya a sacar al burrito del jardín y le vaya a dar agua lo mismo que le había dicho al otro hermano. Al otro día lo mandó que saque el burrito, lo ensille, y después recién le ponga el freno, hasta que él le escriba la carta que tenía que llevarle a la madre. Cuando terminó de escribir le dijo que tenía que pasar unas partes muy —192 peligrosas. Un río caudaloso y unas peñas que estaban chocando unas con otras. Cuando llegue a la orilla del río que diga: En nombre del padre y del hijo, pasá borriquito si Dios te ayuda. Y cuando llegue a las peñas haga la misma operación. Cuando le dijo todo esto, el joven le pidió la bendición. Se despidió y se fue. Cuando llegó a la orilla del río dijo: En nombre del padre y del hijo pasá borriquito, si Dios te ayuda -y ya estuvo al otro lado.

Siguió el camino y cuando estuvo frente a las peñas le dijo las mismas palabras, y siguió viaje. Vio unos pastizales muy grandes y muy mucha hacienda que apenas se veía del pasto tan alto, tan alto que había, pero estaba muy flaca. Siguió viaje a un lugar donde había mucha hacienda gorda y ande no había qué coman. Estaba el suelo pelado, no más. Observó y siguió viaje. Cuando vio el humito y sintió una fragancia muy linda, vio la casa de la madre, de la viejita, rodeada de jardines. Llegó, la saludó a la viejita, le pidió la bendición y luego desensilló. La viejita lo mandó que le vaya a dar agua al burrito y cuando iba a hacerlo, sintió unas músicas muy lindas que no había sentido nunca. Volvió con el burro y la viejita lo mandó que lo echara en el jardín.

La viejita vivía solita. Lo mandó al joven a la cocina que pase a servirse lo que quiera. Una vez que comió el muchacho, le pidió permiso a ella para ir a escuchar un ratito esas músicas que había sentido. Ella le dijo que no, porque no iba a volver. Él siguió insistiendo que iba a ir un ratito, hasta que le dio permiso. Se fue y se paró en un baile que había mucha gente y músicas muy lindas. Allí bailaban viejitos, niños, de todo, y al lado de la puerta estaba una niña que la cerraba. De bien que estuvo se acordó que le habían dado permiso por un ratito y regresó muy apurado. Al llegar, le dijo la viejita:

-¡Ay, hijo! ¡A los diez años has vuelto!

Entonces el muchacho se quedó muy pensativo, porque había estado un rato. Estaba muy apurado por volverse adonde estaba el viejito. Quería que en ese momento lo despachara, entonces lo mandó que ensille hasta que ella escriba. Luego se despidió de la viejita, le pidió la bendición, y se fue.

—193

Volvió por donde había venido. Cuando llegó donde estaba el viejito le dice:

-¡Ay, hijo, a los diez años has vuelto!

El muchacho le entregó la carta que le mandó la madre. Luego desensilló y

echó el burrito al jardín. El viejito lo mandó a la cocina para que se sirva lo que quiera. En seguida le dijo que no quería trabajar más y se iría donde estaban los padres. Entonces le preguntó que qué quería, si un Dios te lo pague o cinco centavos. El muchacho contestó que un Dios se lo pague. El viejito le preguntó si había visto por el camino en la orilla del río uno que estaba colgado de la lengua, que ése era su hermano, que él lo había colgado por embustero. También le dijo que esas dos peñas que estaban chocando era los malos compadres. La hacienda flaca en medio de los pastizales eran los que estaban en el purgatorio, y la gorda, que comía tierra, los que estaban en la gloria, y donde había ido a dejar la carta era la casa de la Virgen María. Entonces el muchacho le contó lo del baile, que había sentido unas músicas muy lindas, que fue un rato y la viejita le dijo que había demorado diez años. Le dijo que ésa era la gloria y era cierto que estuvo diez años, y esa niña que estaba en la puerta, que estaba en pena.

Se despidió del viejito. Se hincó y le pidió la bendición. Entonces el viejito sacó un cinco y le dio, le avisó que él era Dios y que nadie lo podía engañar. Le echó la bendición y se fue el muchacho por el mismo camino que había venido. Cuando fue llegando a la casa de los padres, salieron a encontrarlo y le dijeron:

-¡Ay, hijo! ¡A los diez años has vuelto!

Los padres estaban muy viejitos y pobres, faltos de todo. Los padres del muchacho tenían una caja de madera¹⁰⁵ y el hijo la hizo limpiar bien. Que le saquen todo lo que tenía y en la noche echó lo que había ganado y se acostaron a dormir. Al otro día cuando se despertaron estaba la caja llena de dinero. Los viejitos muy asustados al ver esto, creían que el hijo había —194robado ese dinero. El muchacho les avisó que Dios le había echado la bendición por eso era ese milagro. Entonces salieron a comprar todo lo que necesitaban para pasar la vida.

Pasó por un zapatito roto
llenito de porotos,
para que usté
me cuente otro.

Clara Leiva de Ormeño, 40 años. Pagancillo. General Lavalle. La Rioja, 1950.

—195

1010. La carta

LA RIOJA

Había una vez un matrimonio que tenía tres hijos. El mayor pidió licencia

para ir a rodar tierra. Caminó unas cuantas leguas y se encontró con un viejito que estaba hachando madera en el campo. Ahí no más el viejito le dio trabajo al joven. Siendo ya las doce del día tuvieron hambre y se fueron a comer, pero como el viejito tenía una ollita muy chiquita, el joven pensó que no iba a llenarse con la comida de esa olla tan chica, pero les sobró; repitieron y todavía les obró.

Le dice el viejito:

-Mañana te vas a ir al potrero y me traes una mulita que hay allí.

Miró el joven y no encontró la mulita en el potrero, sinó únicamente un burrito. Se volvió a la casa del viejecito y le avisó, entonces le dijo el viejito:

-Si es ese animal, tráilo.

Trajo el burrito. Le ordenó que lo ensillase para que se vaya llevando una carta para una viejita. Y se fue.

Al poco caminar vio unas piedras que se abrían y se juntaban. Y anduvo otro trecho. Encontró un río de sangre. No pudiendo pasar el burrito, la echó a la carta en el río y se volvió a la casa. Cuando llegó le preguntó el viejecito qué le dijeron. Le contestó que nada. Le preguntó el viejito que si quería que le pague un almú de plata o un Dios te lo pague.

—196

-Quiero un almú de plata que es mejor que un Dios te lo pague.

Le dio y se fue a su casa.

Después vino el del medio que también pidió licencia para salir a rodar tierra. Se encontró con el mismo viejito y le dio trabajo. Siendo las doce tuvieron hambre y se fueron a la casa a comer. Viendo una ollita muy chiquita, pensó que no alcanzaría la comida, pero sin embargo, se repartieron, y todavía sobró.

Luego, después de comer, mandó a que le traiga una mulita que había en un potrero y la ensille, para que vaya a dejar una carta a una viejita que vivía lejos.

La trajo. Ensilló y se marchó el joven llevando la carta. A poco caminar vio unas dos piedras que se abrían y se juntaban. Caminó otro trecho y encontró un río de sangre y lo pasó. Y continuó caminando. Se encontró con un río de leche. No pudiendo pasar, abrió la carta, la leyó, y luego la rompió tirandolé al río. Se volvió a la casa del viejito, mintiendolé que había llegado y le preguntó:

-¿Qué te dijeron?

-No me dijeron nada -contestó.

-Bueno, ¿qué quieres que te pague -le dijo-, un almú de plata o un Dios te lo pague?

Contestó:

-Un almú de plata. Qué voy hacer con un Dios te lo pague.

Le dio el viejito l'almú de plata y el joven se marchó despidiendosé muy agradecido.

Más luego vino el chulco. También salió a rodar tierra. Se encontró con el mismo viejito, le dijo que para dónde iba.

-A rodar tierra -le contestó el joven chulco.

-Bueno, ayudame a hachar esta madera.

-Cómo no -le contestó el chulco.

Cuando fueron las doce tuvieron hambre y se fueron a comer con el viejito.

Viendo la ollita tan chiquita pensó el chulco que no iba a alcanzar, pero después se repitieron de esa misma ollita. En seguida lo mandó que vaya a un potrero y le traiga —197 un burrito que había, y lo ensille para que se vaya a llevar una carta a una viejita que estaba o vivía lejos de allí.

Ensiló y se fue con la carta. Desde lejos empezó a ver estas dos piedras que se abrían y se juntaban. Caminó otros pasos más y encontró dos hombres colgados de la lengua. Continuó su viaje y se encontró con el mismo río de sangre. Avanzó y pasó. Siguió el viaje y encontró un río de leche. Agatas pasó. Siguió el camino y se dio con un río de piedras. También lo atravesó. Hasta que por fin llegó a casa de la viejecita. Primeramente antes de llegar vio desde lejos dos potreros, uno lleno de alfalfa donde se encontraban unos toros muy flacos, y en el otro potrero que no había qué comer, los toros estaban muy gordos.

Llegó. Entonces la viejita le dijo que se baje para espulgarlo. Se bajó el chulco. Le entregó la carta. La viejita se puso a espulgarlo. Se durmió y cuando despertó le dijo la viejita que durmió un año y que era hora de irse. Se marchó el joven y llegó a la casa del viejito. Éste le preguntó cómo le fue.

-Muy bien -le contestó.

Le preguntó qué había visto en el camino.

-Primero -le dijo- vi unas dos piedras que se abrían y se juntaban.

-M'hijito, esas son las malas comadres del otro mundo.

-También vi dos hombres colgados.

-M'hijito, esos son tus hermanos que los colgué por embusteros.

-Más allá encontré un río con sangre.

-Ésa es la sangre que derramó tu madre para tenerte.

-Más allá encontré un río con leche.

-Ésa es la leche que tomaste vos.

-Y más allá encontré unos toros, en donde había alfalfa grande, los toros estaban flacos, y en donde no había qué comer, los toros estaban gordos.

-Estos toros flacos son los ricos avarientos. Los que están gordos son los pobres avenidos. La casita adonde habías llegado es la casa de la Virgen.

Entonces el viejito le preguntó con qué quería que le pague, si con un almú de plata o un Dios te lo pague. Contestó el joven —198 que qué haría con un almú de plata, mejor sería un Dios te lo pague, que eso le duraría más. Se despidió el joven y se marchó. Al verlo el viejito, lo hizo volver y le dio una virtud. Le entregó un mantelito y una palomita que se transformaba en mujer y le dijo que sería su esposa. Y así fue. Y se marchó.

Caminó muchísimo y llegó a la casa de unas tías que tenía. Cuando quería salir la guardaba a la palomita en un baúl. Las tías le abrieron el baúl y le largaron la palomita. Cuando volvió, la palomita le dijo al joven que otra vez que la deje sola se iba a ir, porque las tías de él eran brujas. Volvió a dejarla por segunda vez y antes que regresara el joven volvieron a largar la palomita.

Cuando llegó el joven le dijo la palomita, si la quería ver, vaya a Los Tres Picos de Amor, a Las Tres Torres del Pabellón. Se jue la palomita y el joven la siguió corriendo por atrás. Después de andar unas leguas, llegó a una ciudad en donde vivían tres hermanas. Le hicieron volver al

joven para que les haga una partición. Les hizo la partición y les preguntó si estaban conforme. Contestaron que sí. Caminó un trecho y lo hicieron volver para darle cada una una virtud. Una le dio un sombrero, para que cuando pase por la ciudad nadie lo vea. Otra le dio unas botas para que cuando lo vaya alcanzando el viento se ponga botas. Otra le dio un mantelito de virtud para que le pida lo que quiera. Y se marchó. Caminó muchísimo y llegó adonde había unas casas. Preguntó si quedaba lejos los Tres Picos de Amor. Y le contestaron que faltaba poco. Continuó caminando y llegó hasta donde estaba su esposa, muy contento y tranquilo. La trajo y siguieron viviendo en su casita. El viejecito y la viejita que lo encaminaron fueron la Virgen y Dios.

Pasé por un zapatito roto
que usté me cuente otro.

Rosa Cayo, 55 años. Los Francés. General Lavalle. La Rioja, 1950.
Al cuento de El camino del cielo o La carta se agrega un motivo de La esposa encantada o Los Tres Picos de Amores.

—199

1011. Un Dios se lo pague

LA RIOJA

Éste qu'era un viejito y una viejita, según mi acuerdo. Quesque tenían tres hijos varones. Un día que 'staban muy pobres. L'ella no tenía nada pa comer. Y el hijo más grande, viendo esa pobreza, salió a rodar tierra. Cuando anduvo mucho se topó con un viejito de barba blanca y le preguntó pand'iba. Y le contó el muchacho. El viejo lo mandó a llevar una carta. Éste la tiró por ahí y se volvió y mintió que la había entregau. El viejo le dijo si qué quería ahora él, cien pesos o un Dios te lo pague. El muchacho quería los cien pesos. Y el viejito se los dio, y se volvió el muchacho pa su casa. Y cuando llega allá el padre lo hartó a palos, porque sólo llevaba una carga de carbón. Después salió a rodar tierra el segundo hijo. Y volvió con el mismo resultado. Pero después salió el más chico y se topó con el viejito, y cuando le dijo: -¿Qué querís, los cien pesos o un Dios te lo pague? El changuito le contestó que quería un Dios te lo pague. Entonces el viejito le dijo que tenía que hacer un largo viaje. Y le 'bía dau un burrito. Y le dijo qui ande s'hinque el burrito, tenía que entregar una carta pa una señora. Salió el chico y cuando ya 'bía caminau un buen poco se le apareció un río de creciente clara. Y el burrito la 'bía cruzau no más. Más allá le

apareció un río con creciente blanca. Y también la 'bía pasau con el burrito. Porque el viejito li había dau una espuelita de plata al changuito pa que lo espuelie al —200burrito cuando encuentre un peligro. Más allacito no más se le apareció un río con agua color sangre y lo mismo lo 'bía pasau el changuito con su burrito, al que le hincaba la espuelita. Y más allacito había encontrau dos piedras blancas que estaban juntandose y separandose. Y cuando se habían separau li había hincau l'espuelita al burrito y había pasau no más. Y di áhi, había seguío no más y había encontrau dos toros peliando. Quesque se juntaban y se separaban. En cuanto se 'bían separau ha pasau el changuito con el burrito. Y di áhi, más allá ha encontrau un potrero con alfalfa y llenito de vacas flacas, y lo había pasau. Más allá ha encontrau un potrero sin pasto y llenito de vacas gordas. Y 'bía seguío no más hasta que el burrito s'hincau solito en una casita. Y había salío una señora y le 'bía dau la carta. La señora le 'bía recibío la carta y después que le 'bía dau de comer al changuito. Después se 'bía dormío el changuito.

El burrito que 'staba atau se 'bía muerto y estaba los huesitos no más. El changuito había dormío un año. Y la señora lo despertó y le dijo que se vaya. Y le dio otra carta pal viejito. Cuando había querío irse el burrito estaba muerto, los huesos no más. Entonces la señora le dio un carboncito bien negro y brillante pa que lo toque al burrito. Y cuando lo tocó al burrito con el carboncito, se paró y empezó a caminar.

Y ya no había encontrau nada hasta llegar al viejito. Y el viejito le preguntó al changuito si qué había visto. El changuito le contó todo. Entonces el viejito le dijo que la creciente clara, eran las lágrimas que su madre derramó cuando lo había tenía a él; la creciente blanca, la leche que había tomau de su pecho cuando el changuito era chiquito; el río con creciente de sangre era la sangre que la madre había derramau en el parto; que los toros eran los malos compadres que hacen mal con sus acciones, a la gente; que las piedras que se juntaban eran las malas comadres que se pasan hablando de los vecinos; que las vacas flacas del potrero con pasto, eran la gente mala que tenían plata y siempre estaban queriendo más, sin llenarse de una vez; que las vacas gordas en el potrero sin pasto eran la gente pobre y humilde que estaba conforme con lo poco que tenía, y que la señora que le dio la carta era la Virgen y el viejito era Tata Dios.

Entonces el viejito recibió la carta de la señora y le dijo que lleve el carboncito a su casa y se vaya. No le dio más porque —201él había querido un Dios se lo pague no más. El changuito se volvió y al llegar a la casa del padre, al verle las manos vacías, lo castigó. La madre lo consoló. Y el chico le dijo que saquen todas las cosas de la pieza grande de la casa. Y cuando ésta quedó vacía, el changuito agarró el carboncito que le dio la señora y lo tiró adentro. Entonces toda la pieza se 'bía llenau di oro y plata. Quesqu'era muy mucha, que no la podían contar. Entonces el padre le 'bía pedío perdón a su hijo y 'bía reconocío que era bueno.

Y ha pasau por un zapatito roto para que usté me cuente otro.

Horacio Galleguillos, 52 años. La Cuadra. Famatina. La Rioja, 1950.

Trabajador de campo y minero.

1012. La carta

LA RIOJA

Que había una vez una señora que tenía tres hijos. Un día que le dice el mayor qu'él s'iba a ir a rodar tierra.

En el camino que se encontró con un viejito que venía en una burrita. El viejecito que le preguntó al joven si para dónde se iba. El joven le contestó que a rodar tierra.

Entonces el viejito le dijo que suba en la burrita de él y lleve una carta. Que en el camino iba a encontrar dos piedras que se abren y se juntan. Que cuando se abran las piedras pase por medio d'ellas. Que más allá iba a encontrar dos cabezas de vaca recién degolladas cad'una con el cuchillo que las degollaron y qu'él pase por sobre esas cabezas. Más allá qu'iba encontrar unos sauces grandes. Que cuando llegue allí la burrita s'iba hincar. Entonces iba a salir una viuda a la que tenía que entregar la carta, dar la vuelta una vez entregada la carta y regresar donde quedaba el viejito.

El joven se fue y el sol quemaba mucho, por eso antes de llegar a las piedras se bajó de la burrita y se acostó, sacó la carta y la leyó. De ahí no más dio la vuelta.

Cuando llegó donde estaba el viejito, éste le preguntó que qué había visto.

El joven le contestó que había visto muchas cosas.

Entonces que le preguntó el viejito que cuánto valía el viaje. El mozo contestó que valía un Dios se lo pague y que le llene los bolsillos de plata.

—203

El viejo le llenó los bolsillos de plata y el joven se fue a un almacén a comprar comida. Pidió mucho que comer y cuando metió la mano al bolsillo para pagar tenía sólo tierra.

Después que le dice a la madre el hijo del medio que él también s'iba a rodar tierra.

En el camino se encontró con el mismo viejito y le preguntó para dónde se iba y el mozo le contestó que a rodar tierra.

El viejo le dijo que suba a la burrita y lleve una carta y le encargó lo mismo que al otro.

El joven llegó cerca de las piedras, se apeó, se acostó, sacó la carta y la leyó igual que el anterior. Después dio la vuelta y cuando llegó donde estaba el viejito, éste le preguntó que qué había visto y el mozo le contestó que muchas cosas.

El viejito le preguntó que cuánto valía el viaje y el joven le dijo que un Dios se lo pague y que le llene los bolsillos de plata. El joven se fue al almacén y pidió mucho que comer. Cuando metió la mano al bolsillo en vez de dinero encontró carbón. Después, que el hijo menor le dice a la madre que él también se va a rodar tierra.

Salió de viaje y se encontró con el mismo viejito. El viejito le dijo lo mismo que a los otros hermanos.

El mozo salió en la burrita, llegó a las piedras y cuando se arrimó se abrieron y pasó por medio de ellas. Más allá encontró las dos cabezas de vaca con el cuchillo y pasó por encima de ellas. Más allá llegó adonde estaban dos viborones peleando y pasó por encima de ellos. Más allá vio unas vacas flacas que comían en buen pasto. Más allá estaban unas vacas gordas donde no había qué comer. Llegó a los sauces grandes, y cuando llegó allí, la burrita se hincó. Entonces salió la mujer viuda y le entregó la carta. Áhi no más pegó la vuelta el joven. Cuando llegó donde estaba el viejo, éste le preguntó que qué había visto. El joven le indicó todo lo que había visto. Entonces el viejito le dijo que las dos piedras eran sus hermanos (los del joven) que así iban a vivir, abriendosé y juntandosé. Las dos cabezas de vaca, eran sus hermanos que iban a vivir degollados. Los dos viborones que eran también sus hermanos que iban a vivir peliando. Las vacas gordas le dijo el viejo: -Son los pobres que comen lo que hallan.

—204

Y que las vacas flacas eran los ricos que teniendo qué comer, no comen. Cuando le dijo esto, el viejito le dijo al joven que cuánto valía el viaje y el joven le dijo que un Dios se lo pague. El viejo le dio el Dios se lo pague y le echó un cinco en el bolsillo. Además le regaló una yegua con un bretal¹⁰⁶ de plata y le dijo que el primer potrillo que tenga la yegua iba a ser muy bonito, pero que no vaya a ponerle el bretal y que s'iba a llamar Nipi Negro Overo. Que el otro potrillo que tenga la yegua iba a ser muy fiero¹⁰⁷ y a ése le ponga el bretal y que s'iba a llamar Morcillo. El muchacho se fue al almacén y pidió un cinco de comida. Cuando quiso pagar encontró los bolsillos llenos de plata y compró mucha comida. La yegua parió el primer potrillo que era muy bonito. El muchacho lo quiso mucho y le puso el bretal. El potrillo se le disparó con el bretal. Después la yegua parió el potrillo fiero y como no tenía el bretal para ponerle, el muchacho le puso freno. El potrillo lo habló al muchacho y le dijo:

-No sabís a quién has puesto el bretal, ni a quién has puesto freno. El otro potrillo es el diablo y yo soy Dios.

El mozo entonces le preguntó al caballo fiero, de qué modo podría hacer para sacarle el bretal al otro. El caballo le contestó que solamente que monte en él para que lo lleve donde baja al agua el otro. Que cuando lleguen a ese lugar que lo ate bien en el bramadero¹⁰⁸ que hay en un corral. Que él iba a relinchar y entonces el primero en bajar sería Nipi Negro Overo. Le dijo también que lleve un machete y que se ponga junto a la puerta del corral para que cuando entre Nipi lo desgarrone de un hachazo.

Hizó así el mozo y cuando entró el potro lo desgarró, le sacó el bretal, montó en Morcillo, y huyeron perseguidos por las yeguas que bajaron con Nipi y eran los otros diablos, pero no pudieron alcanzarlos.

—205

El joven se fue en su caballo hasta la casa del Rey. Cuando llegó allí, el Rey le pidió que le busque una cata¹⁰⁹ que se le había disparado al campo. El joven le pidió una pluma que haya sido de la cata. El Rey se la dio y era colorada.

El joven le preguntó al caballo, si adónde podría hallar la cata. El

caballo le contestó que él sabía donde bajaba a beber la cata junto con otras. Que para que pueda pillarla debía levantar en una mano la pluma para que se asiente allí la cata. Que cuando la cata se asiente, la agarre de las patas, se agarre firme y dispare en él. Cuando llegaron adonde bajó la cata, el joven hizo lo que le dijo el caballo, agarró la cata y disparó perseguido por las otras catas que eran los diablos, pero no los alcanzaron. El joven llegó a la casa del Rey, entregó la cata, pero el Rey le pidió que vaya a quitarle a los diablos una hija que le robaron. El joven le preguntó al caballo cómo podía hacer y el caballo le contestó que lo llevaría donde estaba la niña. Que la niña estaba embarazada y que en cuanto vea la silla de él, que se iba antojar de montarlo. Entonces que el muchacho le conteste que sólo en ancas podría alzarla. Que cuando la niña monte, dispare y se agarre bien.

Todo sucedió como el caballo lo dijo: llegaron al lugar donde estaba la niña cautiva de los diablos, ésta se antojó de montar en Morcillo, pero el joven le aceptó que lo hiciera en ancas. Cuando montó la niña, el joven le dijo que se agarre bien por qu'iban a disparar.

Y así no más fue. La niña se agarró y el joven le apretó el galope, perseguido por los diablos, que no la pudieron alcanzar.

Llegó el joven a la casa del Rey, le entregó la niña y siguió adelante con Morcillo en busca de nuevos servicios para hacerlos.

Antonio Giménez, 60 años. Nollaco. Rivadavia. La Rioja, 1950.

Al cuento tradicional de El camino del cielo o La carta se agregan aquí motivos del cuento El caballito de siete colores.

—206

1013. El camino del cielo

LA RIOJA

Eran tres hermanos pobres.

Un día dice la madre:

-Pero, hijos, qué hacemos aquí -dice- todos. Cómo pasamos la vida -dice-. ¿Por qué no va alguno de los mayores a buscarse la vida?

-¡Como no! -dice.

Entonces, dice el mayor:

-Echemé la bendición, madre, que me voy a rodar tierra -dice.

Sale. Toma un camino sin rumbo.

Por ahí va. Camina. Ya era tarde. Llega a la casa de un viejito, en un bosque.

-¡Oh! -que le dice-. ¿Cómo le va hijo? ¿Para dónde va?

-Voy en busca de trabajo.

-Yo le voy a dar -dice-. Pierda cuidado -dice-. Sientesé por ahí y descanse -dice-. Ya lo voy a cariñar un poco.

Bueno, llega el viejo. Le da una rayita de pan, muy delgadita y una ollita, que la ollita que cocinaba era de la cáscara de un güevo. Dice el otro, viendo lo que iba ahí:

-¡Eh!, qué, ¿para qué me da esto? -dice-. ¡Qué cosa! ¡Esto es muy poco!

Y agarra, ¿ve? Y le pega el tipo, a comer, a comer, a comer. No lo pudo acabar nunca.

-Bueno -dice-. Guardeló para mañana -dice-. Vaya a dormir. Vaya a dormir porque mañana lo voy a mandar -dice- temprano -dice-. Áhi tiene un freno y un pelero -dice-. Se va a la puerta del potrero. El primer animal que halle, en la puerta del potrero, a ése lo trae para que viaje.

-Bueno...

Se va al otro día bien temprano, el otro, a traer la bestia que lu habían mandau. Lo primero que se encuentra con un burro, en la puerta. Dice: -¿Ve este burro?, ¡hijuna, gran puta! -dice-. Habiendo tantos caballos lindos, viene este burro.

Le pega unos azotes. Lo corre y se pilla un caballo.

Bueno... Y le dice... Viene de allá... Le dice:

-¿Ése ha 'stau en la puerta 'el potrero? -le dice el viejito.

-Ése -dice.

-Bueno. Tome esta carta -dice-. Ande se pare este caballo me va dejar esta carta.

Y toma un camino a lo que da. Ya cuando ha galopado un trecho largo, se encuentra con un río de sangre que daba miedo. Dice:

-No, no -dice-. Aquí me lleva. Aquí me vuelvo. No paso. Me vuelvo.

'Tuvo un rato... Agarra la carta, la tira.

-Qué -dice- le digo, que l' hi entregau, y listo.

Se vuelve. Entonce va y se vuelve. Y le dice el viejito:

-¿Ha dejau la carta?

-Sí -le dice.

-Muy bien -es que le dice.

-¿Cuánto quiere que le pague -dice-, un almú de plata o un Dios se lo pague?

-¿Qué voy hacer con un Dios se lo pague?; déme un almú de plata -dice.

-¡Cómo no! -le dice.

Le presta una bolsa y le mide el almú de plata, ¿no? Y le echa en la bolsa. La planta al hombro, y se va a la casa. De lejo que iba gritando:

-Mamá, madre, barra un rincón del rancho -dice- qui aquí va plata pa que pasen la vida.

Llega éste y vacia la bolsa. ¡Nada más que carbón!

-¡Ay! -que dice-, ésos se van a trair carbón, pa carbón aquí también hay -dice-, ¡para qué!

Y dice el menor, que sigue:

-Yo me voy a ir mañana. Que este maricón -dice- que va trai carbón, áhi.

Se va. Toma el mismo camino, ¿sabe? Llega a la casa del viejito y mira:

-¿Para dónde, hijo?

-Voy -dice- en busca de trabajo.

-Yo te voy a dar trabajo -dice-, pierda cuidau -dice-. Pase, sientesé

-dice-. Descanse. Ya le voy hacer cariño -dice.

Va y trai también y le da la rayita de pan y la ollita de la cáscara del güevo.

-¡Ah! -dice-. ¡Qué voy a 'tar por esta comida! Yo no -dice-. Me voy a otro lado.

Y se li agachó:

-Coma, coma -dice.

No la acababa nunca. Cuchariaba él y movía el pan y no lo podía acabar nunca.

-Sirvasé -dice.

-Ya no puedo más.

-Bueno, dejeló pa mañana -dice el viejito-. Bueno, a dormir, usté -dice- mañana tiene que madrugar -dice-, lo voy a mandar -dice-. Áhi 'tá un freno, y un pelero. Se va ir -dice- a la puerta 'el potrero y el primer animal que lu encuentre, ése lo va traer -dice.

Este otro no vía las horas de que venga el día para ir. Entre oscuro que se va. Lo primero que se encuentra con el burro en la puerta 'el potrero.

Dice:

-¡Ah, qué burro pícaro! -dice-. ¡Ya vas a ver!

—209

Le puso otros guascazos. Lo corre. Dice:

Habiendo tantos caballos lindos, viene este burro -dice-, y más ligeros.

Entonce pilla un caballo y se va.

-¿Ése 'taba en la puerta 'el potrero? -dice.

-Éste -dice.

-Bueno -dice-, 'tá bien. Tome esta carta -dice-. Donde se pare el caballo entregue esta carta -dice.

Bueno... Toma el camino. Sigue y se va. Bueno, éste llega al río con sangre, ¿sabe? Y él quiere sujetar el caballo, y se entra el caballo. Y cierra los ojos y pasa. Y dice:

-Aquí ya me lleva este río.

Él esperaba que lo dé vuelta, con caballo y todo este tremendo río. Y pasa. Cuando pasa el río, ya nu había hondo sinó que chapaliaba el caballo ¿no? Pasa al otro lado y abre los ojos y sigue.

Un río di agua qui hacía caballito l 12 en la orilla. Dice:

-No. Aquí no me meto -dice.

Con tiempo sujetó el caballo. Dice:

-¿Qué hago ahora? La tiro al agua y le digo que he andau -dice.

Se viene. Lo mismo. Llega de allá y le dice:

-¿Has entregau la carta?

-Como no. Sí, ya la hi dejau -dice.

-Bueno -que le dice-. ¿Cuánto quiere que le pague, un almú de plata o un Dios se lo pague?

-¿Qué voy hacer con un Dios se lo pague? -dice-, déme un almú de plata -dice.

Le da otra bolsa. Mide el almú de plata y le echa a la bolsa. Bueno. Sigue y se va tamién. ¡Contento! Dice:

-Ya va ver mi hermano, lo voy hacer pasar una vergüenza, pero grande.

—210

Llega allá. De lejos no más iba gritando:

-¡Madre, aquí hay plata, no carbón como el que ha traído mi hermano! Aquí 'tá.

Y la viejita 'taba con flojera ¿sabe? Va y barre poco no más. Llega y dice:

-Eche áhi, hijo.

Vacea la bolsa. Otro alto de carbón.

-¡Ay! -que dice el shulco, que era un muchachito chico, que dice- vea la desgracia de los hermanos, dice, a trai carbón. ¿Con eso vamos a comer nosotros? -dice-. Yo me voy ir -dice-. Echemé la bendición, madre, que me voy a rodar tierra -dice-. Yo, si nu hallo plata, sin traile qué comer no vuelvo.

-Que no, que adónde va ir hijo, dice, tan chico.

-No, yo me voy. ¿Qué hacemos aquí?

Bueno, queriendo y sin querer, la viejita le echa la bendición.

Y sigue, se va lo mismo. Iba pasando. Dice:

-Allá debe ser ande han trabajau mis hermanos.

Lu había visto él. Llega.

-¡Oh, ánde va, hijo! -que le dice el viejito.

-En busca de trabajo, tata viejo.

-¡Ah, yo le guá dar, pierda cuidau, yo le guá dar trabajo!

Bueno... Dice:

-Bueno, quedese -dice-. Descanse un poco -dice-. Áhi voy a cariñarlo -dice el viejito.

Si ha sentau un rato. Ya ha veniu él con la misma comida.

Que dice él:

-¡Ay!, siquiera algo -que dice-. Esto es pior que la casa di uno. No como nada -dice.

Ya 'taba conforme, ya, éste. Come, y come, y come y se llena. Dice:

-Ya no quero más.

-Sirvasé.

-No -dice- no quero más -dice.

—211

-Bueno, guardeló pa mañana, m'hijo. Es una lástima que era chico, ¿no?

Entonce, le dice:

-Vaya, pongasé en cama, dice. Usté, mañana, va a tomar un freno y un pelero. Va a madrugar, y me va a trair el primer animal que halle en la puerta del potrero, dice. -Ése lo va trair, dice. -Y va venir para acá, usté, dice.

Bueno... Tamién se levantó oscuro, cuando venía el día, blanco ya. Que no podía dormir. Se levantó.

-Hi113 trair este animal temprano -dice.

Se va. Lo primero, el burro, áhi. Dice:

-¡Juna gran puta!, burro, ya vas a ver. Por intruso a vos te voy a llevar.

Áhi no más lu ha pillau al burro y se li ha acercau. ¡Madrecita!, un rescoldo el burro.

Llega a la casa. Entonce 'taba el viejito.

-Muy bien m'hijo -que le dice-. Tome esta carta, dice, ande se pare este burro, dice, áhi va entregar la carta.

-¡Como no!

Se da vuelta y parte el burro. ¡Madrecita! Cuando ya si ha dau cuenta, ya 'taba por el río de sangre, áhi, ya. Ha teníu un susto bárbaro. Si ha entrau. Ha cerrau los ojos y ya no tenía miedo. Y ya chapaliaba el burro en la sangre, ¿no? Y pasa. Más allá abre los ojos y dice:

-Ahora si hi pasau.

Y el burro no lo puede sujetar.

Y 'paf!, ya viene el río con agua, ¡amigo! que se daba vuelta. Dice:
-¡Aquí me lleva con burro y todo!, dice. -¡Qué hago ahora!
Ya lo quiso sujetar y el burro duro. Se li ha endureciu. Y así jue no más
y lo dejó pasar. Pasaron.

—212

Más allá, un río de leche. Dice:

-¡Vea la leche aquí! ¡Esto sí que es grande! ¡Más mucho! ¡Ah! -dice-, éste
me lleva ya. Nu hay nada qui hacer. Áhi yo gua rodar, dice. -Yo no voy
nada.

Y el burro, a lo que no lo puede dominar de las riendas, viene y se entra
tamién. Pasa. Y se va.

Por áhi pasa otra. Y que estaban dos piedras allí, peñascos, así venían y
se juntaban, y si abrían. Y por áhi pasaba el camino.

-¡Aquí! -dice-. Mi hi salvau de todas, menos de estas piedras -dice.

Tamién ha querido sujetar el burro. Ya se li ha pasado, dice, cuando si
han separau. Ya pasa el burro y se vuelven a juntar.

-Ahora sí, dice. -Pueda ser que nu haiga más peligro y vamos allá.

Se junta con dos lenguas que estaban chirlo y chirlo, amigo, a los dos
laus.

-¡Ah! -dice-, aquí me cortan estas lenguas, dice. -Aquí me terminan.

Lo que si abrían, chicotiaban. Lo que si abren, él quería sujetar, tenía
miedo, ¿no? ¡Pah!, el burro iba pasando y no lo podía sujetar. Y pasa, y
sigue, y sigue.

Y más allá, unas dos cabezas que se juntaban. Botaban llamas por los ojos,
por las orejas, por las narices. Dice:

-Aquí me quemo, dice, nu hay nada qui hacer. Por éste me lleva el camino.

Bueno, en lo que va a pasar, si abre así, pasa. No le pasa nada a él.

Bueno... Y sigue, amigo. Ya se vía un verde, unas fincas ¡de lindas! Y el
carril comu una hebra d' hilo. Y el burro, amigo, no le mermaba, a todo
escape. Entraba a las fincas. Comenzaba a ver unos animales gordos en unos
peladeros que nu había nada que si agache, y pal otro lau en unos pastos
florius unas vacas caéndose de flacas. Y va y llega a la casa di una
viejita, ande había ¡de pajaritos! Y áhi golpia las manos y sale una
viejita. Áhi se para el burro.

-Aquí tiene que ser -dice.

—213

Bueno, golpia las manos. Sale la viejita.

Dice:

-Aquí traigo una carta.

-¡Como no, m'hijo! Bajesé -dice- hasta qué haga el contesto para mandarle.
Bajesé.

No quería porque él quería volvé temprano.

Y dice:

-Bajesé, bajasé.

Áhi lo consiente. Lu ha conseguíu hasta que si ha bajau. Arrimesé a las
piernas, a las rodillas, dice, m'hijo, descanse. Si arrima y se pone la
cabeza ahí. Se duerme. Se despierta ya tarde. Pega un salto, se despierta.

Y él dice:

-Ya es tarde. Despachemé. Mire, mi hi dormiu áhi un ratito.

-Hijo, ha dormiu años -que le dice.

Lo despacha, y parte.

-Ahora no tenga miedo, ya.

Si ha arreglau, li ha largau la rienda al burro. De todos los peligros qui había, él ya iba sin miedo. Hasta que al llegar, ya oscureciendo, llega a la casa del viejito.

-¡Ay!... -que le dice-. ¿Cómo li ha ido? ¿Ha entregau la carta? -que le dice.

-Sí, señor -dice-. Si la hi entregau -dice.

-Muy bien -que le dice.

- Hi demorau porque áhi hi dormiu un ratito -que le dice-. Ocho años, decí, hijo -dice-. Bueno ¿quí ha visto por el camino, hijo? -le dice.

-Mire, dice, ha pasado que en lo que ido me encuentro un río de sangre -dice.

-¡Ah! -que le dice-, ese río de sangre, dice, ése es lo que ha redamau tu madre por tus hermanos por embusteros. Y más allá, ¿quí ha visto?

-Un río de agua, dice, clarita l'agua.

-Ésas son las lágrimas qui ha redamau tu madre por tus hermanos por embusteros. Bueno... Y más allá, ¿quí ha visto?

—214

-Un río de leche.

Ésa, es la leche qui ha derramau tu madre por tus hermanos, por embusteros. Más allá, ¿quí ha visto?

-Dos piedras, dice, que 'tán dando una con otra.

-Ésas son las malas comadres.

-Más allá, unas lenguas, dale chirlos -dice.

-Ésas son las testimonieras -dice-. ¿Y más allá?

-Unos que botaban juego por la nariz y por la boca.

-Ésos son tus hermanos por embusteros. Áhi 'tán. ¿Y más allá, qui has visto?

-Mucha hacienda, dice, hay. Mucha hacienda, dice. Hay muchos animales gordos en un peladero.

-Ésos son los pobres avenidos.

-Y otros flacos en pastos floridos.

-Ésos son los ricos avarientos.

-Y al final, dice, en la casa, habían ¡de pajaritos, flores, de todo! Y unos niñitos que cuidaban todo.

-Ésos son los angelitos, dice. Has visto a la gloria, dice.

Bueno...

-Ése es el polo114 -dice-. Bueno, vaya a dormir, mañana lo guá despachar -dice.

Bueno... Va. Al otro día temprano se levanta él y el viejito tamién.

-¿Qué quiere que le pague: un almú de plata o un Dios se lo pague?

Dice él:

-¿Qué voy hacer con un almú de plata? Déme un Dios se lo pague y listo, me voy -dice.

Bueno... Agarra el viejito y le dio una cajita, chiquita.

-Tome esta cajita y la llave -dice.

Ya se li había dehaparecido el viejito y no lu había visto más. Bueno...

Recién, él saca la cajita. Cuando él saca la cajita —215y deja de mirar y mira a los laus, 'taba en un palacio que ni un rey no lo tenía. Y

esos bosques que eran, esas plantas frutales, amigo, todo, todo, todo.
Entonces que dice:

-Ahora, dice, voy, dice, y traigo mi madre.

Jue y trajo la madre y la trajo al palacio de él. Y 'tará viviendo, y yo mi hi veníu porque qué iba hacer yo allá, no mi iban a dar entrada, o sí, vaya a saber.

Eulogio Tejada, 68 años. Villa Unión. General Lavalle. La Rioja, 1968.

1014. La carta

LA RIOJA

Éste que era un padre que tenía tres hijos. Cuando ya fueron grandes le dijo el primero:

-Padre, echemé la bendición para irme a rodar tierra.

El padre no quiso, y el niño le pidió de nuevo hasta que por fin le dio y se fue.

Llegó a una casita donde alojaban todos los viajeros. Allí trabajó con el viejito dueño de casa para ganar algo y al irse le dijo al viejo que le arregle la cuenta que ya se iba. El viejito le contestó que si quería un Dios se lo pague o el dinero. Y el muchacho que quería la plata. Le pagó y siguió su camino y al llegar a la ciudad murió.

Después de un tiempo el segundo hijo le dijo al padre que le dé la bendición para irse a rodar tierra. Pasó lo mismo que con el primero y murió.

Al tiempo le dice el tercer hijo, que también se iba, aunque el padre ya quedaba solo, pero le dejó ir.

Este niño llegó a la casita. Allí trabajó un buen tiempo. Un día lo mandó el viejito que ensille un burrito y se vaya a dejar una carta a su madre, que se llamaba María y que vivía muy lejos. El niño no la conocía, pero el viejito le enseñó el camino que tenía que seguir. Además le dijo que cuando encuentre algún río de agua colorada, el burrito secará el agua y pasará, y así fue.

Encontró en el camino un gran río cristalino y el burrito dobló la rodilla y el agua se secó. Más allá encontró otro río con —217 agua colorada, el burrito lo secó. Y luego encontró otro con agua blanca y también se secó. Después llegó a unos árboles donde estaban dos hombres colgados de la lengua y dandose uno contra el otro y el niño pasó por me dio de ellos. Llegó más allá donde estaban dos peñas golpeandose una contra la otra. Las miró y pasó.

Más allá encontró un ganado flaco y lleno de piojos, pastando en un alfalfar florido, y otro potrero con ganado gordo en el suelo seco, sin tener qué comer. Llegó por fin a la casita. Entregó la carta y la señora, después que descansó y durmió un rato el niño, le dijo que se vaya con el contesto. Había dormido muchos años.

El niño se fue y al llegar le contó al viejito todo lo que había visto en el camino y él le dijo lo que contenía todo lo que el niño vio.

-El agua clara son las lágrimas que derramó tu madre por vos; el agua colorada es la sangre que derramó tu madre por vos; los hombres son tus hermanos que murieron y fueron malos hermanos. Las peñas son dos malas comadres. El ganado flaco son los ricos que gozan en esta vida y por sus injusticias padecen en la otra. El ganado gordo son los pobres que sufren en esta vida para gozar en la gloria. El niño quería seguir ya su camino. Le pidió al viejito que le arregle y éste le preguntó si quería la plata o un Dios se lo pague para que lo ayude. Él dijo que quería un Dios se lo pague que vale más que la plata. El viejito sacó una cajita de virtud y le dio, y le dijo que cada vez que la abra saque de ella un solo real. La recibió y siguió su camino, después de pedirle su bendición. Andó un poco y empezó a sentir música y cantos en el aire. Se paraba y miraba a cada rato, pero no podía ver nada. En seguida se vio rodeado de ángeles que lo invitaban al cielo. Él aceptó y lo llevaron en cuerpo y alma, porque había mandado el viejito, que había sido el mismo Dios, y la señora, a la que mandó la carta había sido María Santísima. Jesús V. de Bruna, 75 años. Guandacol. General Lavalle. La Rioja, 1950. No es común esta forma esquemática de narrar. Sólo se hace en circunstancias muy particulares.

—218

1015. Los tres hermanos

LA RIOJA

Éste que era un señor con una señora, que tenían tres hijos, dos mayores y el shulco. Los dos mayores dijeron que se iban a trabajar. Entón el padre y la madre que le dicen a cada uno:

-¿Qué te vas a ir a hacer?, quedate.

Pero los otros se fueron no más. Al tiempo el shulco que le dice a la madre, que él también se va. Entó que le dice la madre:

-¡Oh, qué te vas a ir a hacer! ¡Sos muy chico!

Y al shulco se le 'bía puesto que se va a ir no más a trabajar. Se fue.

Bueno, entón que 'bían quedau los dos viejitos solos.

Bueno, en fin, que el shulco después que 'bía andau un trecho, y que vio un caminito borrau, borrau, y por el otro camino que los encuentra a los dos hermanos mayores que venían volviendo ya. Entón que les dice a los hermanos que qué tal les ha ido. Entón que los hermanos le contestaron que bien. Bueno, entón que el shulco dice:

-Yo voy a ir por este caminito borrau.

Bueno, y que si 'bía ido. Que 'bía ido y que llega a la casa de un señor que le pregunta pa dónde se va. Entón que le dice el shulco que se va a buscar trabajo.

-Bueno -que le dice el señor- yo no más le vuá dar trabajo. Aquí no más puede trabajar.

Esa casa 'bía sido también la que estuvieron los otros dos hermanos.

—219

-Usté mañana va a ensillar su burrito y se va a llevar esas vacas a una

parte que coman bien, las vacas -que le dice.

Y así que hizo todos los días. En la mañana llevaba las vacas y a la tarde al entrarse el sol las traía y las dejaba en el corral.

Cuando ya ha trabajau un tiempo, el shulco, que le dice al patrón que ya se iba a venir a la casa. Entonces que le dice el patrón:

-Antes me va a llevar esta carta hasta donde se hinque el burrito. Áhi entregue la cartita y pegue la vuelta sin darse vuelta ni mirar pa'trás.

Bueno -que le dice el patrón- no vayas a tener miedo. Primero va a encontrar un río de leche, después un río de sangre. Pase, no vaya a tener miedo -que le dice-. Después se va a dar con río de agua. Más allá va a ver unos potreros, el pasto tamaño de alto y las vacas por morirse de flacas. Más allá unos potreros pelaus, pelaus, pero unas vacas gordas, gordas. Más allá va a ver unas piedras dandose unas con otras, y después usted va a seguir -que le dice- hasta que llegue adonde tiene que dejar la cartita.

Bueno, al otro día, que le dice al shulco, cuando éste había ensillau su burrito:

-Va a llevar esta varita que tiene la virtud y cuando quiera pasar los ríos, usted diga: Varita, por la virtud que Dios te ha dau que ni las patitas se me le mojen al burrito, y así -que le dice- va a seguir no más.

Bueno, entón, que se 'bía ido el shulco. Y primero que encontró al río de leche, después al río de sangre, después al río de agua, que los pasaba muy bien por la varita que llevaba. Después que se encontró con los potreros, después con las piedras, después con las peñas y que él seguía no más, hasta que llegó a un lugar donde había un ranchito, y el burrito se hincó. Tiró la cartita el shulco y pegó la vuelta sin darse vuelta pa atrás, por más que le gritaban que se vuelva. En fin, que 'bía llegau el shulco a la casa del patrón y que entonces el patrón le preguntó qué había visto, y el shulco que le dice que primero encontró el río de leche, después el río de sangre, después el río de agua, más allá los potreros que 'bía dicho, más allá las piedras y las peñas dandose una con otras. Entó que le dice el patrón que esos potreros —220con pasto, eran de los ricos, los potreros pelaus -que le dice- eran de los pobres, las piedras, que le dice:

-Ésos son los malos compadres. Las peñas dandose unas con otra -que le dice- esas son las malas comadres. Bueno -entón que le dice-, ¿y ahora qué quiere?

Y el shulco que dice que ya se quiere ir pa la casa d'él.

-¿Y qué quiere -que le dice el patrón- la plata o la dicha?

Y el shulco que le dice:

-Para qué quiero la plata, déme la dicha.

-Bueno -que le dice-, le vuá dar esta varillita de la virtud pa que le pida lo que usted quiera, y esto, y esto -que eran unas botas y un sombrero. Y que le dice que cuando se ponga las botas va a correr más que el viento, y cuando se ponga el sombrero no lo va a ver naide.

Bueno que le 'bía dau todú eso y se fue el shulco y llegó a la casa y allá, en fin, cuando ha llegáu, que le preguntan los viejitos y los otros hermanos si cómo le había ido, y el shulco que le dice que bien. Pero como los otros hermanos habían llevau plata, y este otro no, la 'bían recibío muy desacordados. Bueno, entón fue a la hora de cenar, el shulco fue, saca

la varillita de la virtud y le dice:

-Varillita, por la virtud que Dios te ha dau, que se ponga la mesa con toda clase de comida.

Bueno, así que 'bía sido. En esto que se dijo, ya estaba la mesa tendida y servida de un todo. En fin, que ya los viejitos que dicen:

-No, no, po, el shulco trae la virtud y la dicha y eso es mejor que la plata.

Que 'bían como hasta llenarse.

Bueno, de ver eso, los hermanos, viendo que después los viejitos no los atendieron bien y entón que los hermanos se despidieron de los viejitos y se fueron y quedaron los viejitos con el shulco. Bueno, por esto 'bía sido que el patrón que 'bía tenido el shulco, 'bía síu Dios, que le dio la dicha y la virtud.

Y pasó por un zapatito roto, pa que usté me cuente otro.

Napoleón Castro, 63 años. El Zapallar. General Lavalle. La Rioja, 1950.

—221

1016. Los avarientos

El camino del cielo

SAN JUAN

Había una vez una familia muy pobre, que tenía tres hijos. Uno se llamaba Juan, otro Pedro y otro Pablo. Un día el mayor, que era Pablo, le dijo a su padre que se iba a rodar tierra y ganarse la vida. Lo despidieron y se fue.

El muchacho anduvo mucho, se fue muy lejos, hasta que llegó a la casa de un viejito. Áhi pidió trabajo y el viejito le dijo que sí, que tenía trabajo, que tenía que cuidar unas ovejitas. Así lo hizo, pero un día le dijo que le tenía que llevar una carta. Que por el camino tenía que pasar tres ríos, el primero de agua, el segundo de leche y el tercero de sangre; que después iba a pasar por dos cerros que están peleando; que después iba a llegar a una casa con ventanas verdes, que ahí golpiara, que saldría una señora a la que le tenía que entregar la carta. Le dijo que eligiera un caballo de los que estaban en el corral y se fuera.

El muchacho eligió el caballo que le pareció mejor y siguió viaje. Cuando llegó al río de agua tuvo miedo de pasarlo, rompió la carta y la tiró. Se volvió, y cuando llegó le mintió al viejito que había visto todo lo que él dijo, y que había entregado la carta. Entonces el viejito le dijo:

-Qué querés que te pague, ¿una bolsa de plata o un Dios te lo pague?

—222

-Una bolsa de plata, claro. ¿Qué voy a hacer con un Dios te lo pague? -le contestó.

Cargó la bolsa de plata y se fue a su casa. Al verlo el padre salió a

recibirlo. El muchacho le dijo que bajara la bolsa de plata, pero cuál no sería su sorpresa cuando la vació y vio que era carbón, en vez de plata. Pedro, entonces, dice que él se va a rodar tierras, pensando que le iría mejor que a su hermano. Se despidió y se fue.

Caminando día y noche, llega a la casa del mismo viejito y pide trabajo. El viejito le dice que necesita un piñón para llevar una carta. Pedro acepta. El viejito le explica como al otro hermano lo que va a encontrar en el camino, los tres ríos que tiene que pasar, los cerros que 'tan peliando y la casa ande 'tá la señora que va a recibir la carta. Le dice que no tenga miedo. Le hace elegir en el corral el caballo pal viaje. El muchacho elige en el corral el caballo que le parece más lindo y se va.

Después de haber caminado bastante, se encuentra con el río di agua. Le da miedo porque le parece que se va a augar, pero al fin lo pasa. Sigue otro trecho y se encuentra con el río de leche. Ahí ya no si anima a pasar, tira la carta y se vuelve.

Llega a la casa del viejito y le miente, como el otro humano, que ha cumplido con entregar la carta. Entonces el viejito le dice qué le tiene que pagar, y le pregunta qué prefiere, si una bolsa de plata o un Dios te lo pague. El muchacho se puso a reír y le dice:

-Pero, señor, ¿qué puedo hacer con un Dios te lo pague? Déme plata, que necesito mucha.

El viejito le dio una bolsa llena de plata y el muchacho la cargó y se fue muy contento a su casa.

Cuando llegó, el muchacho les dijo a los padres que traía mucha plata para que fueran ricos. Ahí abrió la bolsa y cayó una bolsada de carbón. Todos se quedaron muy sorprendidos y se dieron cuenta que eso tenía que ser un castigo.

Entonces, el hermano más chico, Juan, resolvió irse él a rodar tierra para trabajar y ayudar a los padres. Se despidió, salió de viaje. Después de haber andado mucho llegó también a la —223 casa del viejito y pidió trabajo. Le dijo como a los otros que la conchababa pa que llevara una carta. Le dijo que eligiera el caballo en el corral, le explicó bien el cruce de los ríos y los cerros, y cómo era la casa con ventanas verdes ande 'taba la señora que tenía que recibir la carta.

Juan eligió un caballito más bien flaco, pero que le pareció resistente. Salió a la madrugada. Llegó al río di agua, se armó de valor y lo cruzó. Siguió y llegó al río de leche, se armó de valor y lo cruzó. Siguió el viaje, llegó al río de sangre que lo impresionó mucho, pero se armó de más valor y lo cruzó. Más adelante encuentra los dos cerros que se estaban golpeando, apura el caballito y pasa como una luz para que no lo aplasten. Llega al fin a la casa con ventanas verdes. Sale la señora, le entrega la carta y le da la contestación. Descansa un ratito y se vuelve. Se volvió por el mismo camino, pero ya no encontró ni los ríos ni los cerros, pero encontró unos animales flacos en un rastrojo¹⁵ lleno de pasto; en otra parte unos animales gordos en un rastrojo lleno de piedras, y en la mitá del camino vio a dos personas colgadas de la lengua. Juan miraba todo en silencio y apuraba el caballito pa llegar pronto a la casa.

Cuando Juan volvió, le dio al viejito la contestación de la carta y le explicó todo lo que había visto. Entonces el viejito le explicó que los animales flacos en el rastrojo lleno de pasto eran los ricos avarientos;

que los animales gordos en el rastrojo con piedras eran los pobres honrados y trabajadores; que los cerros que se golpeaban eran las comadres desunidas, que no saben respetar las obligaciones del sacramento, y que los colgados de la lengua eran sus hermanos mentirosos. Que el río de agua cristalina eran las lágrimas de los que sufren; que el río de leche era la leche purísima de la Virgen y que el río de sangre era la sangre de Jesucristo que derramó por nuestras culpas; que la casa a la que jue era la casa de la Virgen, y que la señora que lo atendió era la Virgen. Y que en ésa había descansado varios años. Juan escuchaba asombrado todo lo que le decía el viejito, que era Dios. Entonces le preguntó que cómo quería que le pagara, si con una bolsa de plata o un Dios te lo pague. Entonces —224el muchacho le dijo que prefería un Dios te lo pague, que dura siempre y no una bolsa de plata, porque se acababa. Entonces Dios le dio una varita de virtud para que le pidiera lo que quiera. Juan le pidió a la varita de todas las cosas que podían necesitar los viejitos y llegó cargado con este bastimento. Los viejitos se pusieron muy contentos con tantas cosas que traía el hijo y vieron qui había trabajado y había cumplido, por eso Dios lo había ayudado. Isabel Bernard, 24 años. Media Agua. Sarmiento. San Juan, 1953. Lugareña semiculta. Muy buena narradora.

—225

1017. Nuestra Madre

SAN LUIS

Era un padre que tenía tres hijos. Un día que le dice el hijo mayor:

-Vea, padre, voy a salir a rodar tierra.

-Bueno, amigo -que le dice.

Se jue éste.

Llegó una tarde a la casa de un viejito. Que le dice:

-Buenas tardes, tata viejo.

-Buenas tardes, hijo -que le dice el viejito-. ¿No sabe quién ocupará un pión?

-Yo ocupo -que le dice el viejito.

-Bajesé no más, pase para acá.

Luego di un rato que 'taban conversando, que le dice:

-Dígame, señor, ¿para qué será el trabajo?

Que le dice:

-Para que le lleve una carta a Nuestra Madre.

En la noche, después de que cenaron y todo, que le dice el viejo:

-Mire, hijo, mañana temprano se va a ir al corral y se va a agarrar un caballo que tengo áhi, y se va a venir para acá, para que lleve una carta que tengo, para Nuestra Madre.

—226

Al otro día temprano, se va el mozo éste, y en el corral nu había más di un burro y el patrón li había dicho un caballo. Y va, y vino otra vez de vuelta ande 'taba el viejito, y que le dice:

-Vea, señor, nu hay ningún caballo. Áhi nu hay más di un burro.

Y que le dice el patrón:

-Y ése es el caballo.

Se volvió el mozo otra vez y jue y lu agarró al burro y lo trajo.

Cuando ya 'taba listo para salir, le dio la carta y le indicó cómo tenía que ir. Y le dijo:

-Vea, acá, al poco ir, va a encontrar unos hachadores. Lo van a llamar, pero usted no les haga caso. Si lo quieren atajar, usted peguelé un azote al burro, que no lo van a ver más.

Bueno... Se jue. Al poco andar encontró a los hachadores que 'taban al lado del camino. Lo llamaban en toda forma:

-Vení, che, conversemos. Vení -y él no les hacía caso.

Entonce le dio un azote al burrito, y ¡qué!, ni el polvo le vieron.

Más allá donde va, encuentra un río clarito, crecido, que venía echando olas. Que dice éste, cuando lo vio:

-Pero, ¡cómo hago para pasar! Seguro que acá me voy a augar.

Y pensó un rato a la par del río, y que dice:

-Qué sabe el viejo zonzo lo que yo hago -y sacó la carta, la tiró al agua y se volvió.

Lo que vino, encontró los hachadores y hizo lo mismo, lo llamaron, y él no se paró. Y vino a la casa del viejito, del patrón. Cuando llegó, sale el viejito y que le dice:

-¿Cómo le ha ido?

-Bien -que le dice.

-¿Le llevó la carta a Nuestra Madre?

-Sí.

-¿No le dijo nada?

-No -que le dice-, no me dijo nada.

—227

-Bueno -que le dice el viejito-, ahora ya no necesito más pión. Es el único trabajo que tenía. Así que ahora le voy a pagar. ¿Qué quiere más de pago, un medio, o un crucifíco 116, o un almú de plata?

Que dice el joven:

Qué voy hacer con un medio o con un crucifíco. Déme un almú de plata.

Le dio el almú de plata.

-A este almú de plata lo lleva y lo echa en una caja más grande. Después de un año, usted lo puede abrir y va a tener más plata.

-Bueno -le dice-, al almú de plata lo voy a llevar a la casa de mis padres.

Se despidió, y se fue.

-¿Cómo te ha ido? -le dicen cuando llega a la casa.

-Mi hi ganáu un almú de plata. Me van a preparar una caja grande para guardarlo.

Le prepararon una caja y áhi echó el almú de plata.

Al otro día, que dice el segundo hijo:

-Vea, padre, yo también me voy a rodar tierra.

Consiguió el permiso y se jue.

Llegó a la casa del mismo viejito que había ido el otro hermano. Llegó y lo recibió igual que al otro.

-Buenas tardes, tata viejo.

-Buenas tardes, hijo.

-¿No sabe quién puede ocupar un pión?

-Yo ocupo. Desensille y pase para adentro.

-¿Para qué será el trabajo?

-Para llevar una carta a Nuestra Madre. Mañana temprano se va ir a buscar un caballo, que está en el corral.

—228

Al otro día temprano se va y no ve ningún caballo en el corral. Sólo había un burro. Se volvió, no lo agarró nada, y le dice al viejito:

-Señor, no hay ningún caballo en el corral; hay un burro.

-Y ése es el caballo -le dice.

Se jue y lo trajo al burro. Entonce le dio la carta y le dio las señas ande tenía que ir.

-Tome esta carta -le dice-. Se la va llevar a Nuestra Madre. Acá cerca va a encontrar unos hachadores y lo van a llamar. Usté no les haga caso.

Peguelé al burro, y siga.

Se jue el mozo. Al poco andar encontró los hachadores. Lo llamaron:

-Venga, venga, vamos a conversar.

Lo quisieron atajar. Él le pegó al burro, y siguió.

Después de caminar un rato encontró un río. Venía echando olas de crecido que venía. Que dice el joven éste:

-¡Cómo paso! Acá me voy a augar. Qué sabe el viejo zonzo éste lo que yo hago. Yo tiro la carta y me vuelvo.

Tiró la carta y se volvió. Cuando volvió, encontró los hachadores y pasó.

Llegó y le preguntó el viejito:

-¿Cómo te ha ido?

-Bien, señor.

-¿Le llevaste la carta a Nuestra Madre?

-Sí, señor.

-¿No te ha dicho nada?

-Nada, señor.

-Bueno, ahora te voy a pagar. Ya no necesito más servicio. ¿Qué querís más, un medio, un crucifíco, o un almú de plata?

-Qué voy hacer con un medio o con un crucifíco. Deme un almú de plata.

Le dio el almú de plata y le dijo que lo ponga en una caja grande y la guarde un año para que se aumente.

Bueno, se jue. Llegó a la casa y le dijo a los padres que le había ido muy bien. Pidió la caja grande y guardó el almú de plata.

—229

Bueno, al otro día le dice el hijo menor a los padres:

-Yo también quiero ir a rodar tierra.

Y se jue el hermano menor. Llegó a la casa del viejito. Llegó y lo saludó y le preguntó si no necesitaba un pión.

-Yo ocupo -le dijo el viejito, y lo contrató para que hiciera ese trabajo.

Y le dijo:

-Mañana se va a ir al corral. Va a ir agarrar un caballo y lo trái.

Bueno, al otro día temprano se jue al corral. No había ningún caballo, nada más que un burro. Y que dice:

-Esti hay ser el caballo.

Lo agarró, lo trajo. Y el viejito le dio señas ande tenía que ir. Y le

dijo:

-Tome esta carta. La va a llevar a Nuestra Madre. Cuando salga, cerca no más, va a encontrar unos hachadores y lo van a llamar. Usté siga. Peguelé al burro, y pase.

Se fue. Cuando caminó un trecho, encontró a los hachadores. No les hizo juicio. Le pegó un azote al burro y siguió.

Después llega al río de agua cristalina. Se paró. Que estuvo un rato, y dice:

-¡Cómo pasaré!

No hallaba cómo hacer para pasar. Y después dijo:

-¡Obra sea de Dios! Abríte río, que voy a pasar aunque sea nadando.

Se abrió el río y pasó. Más allá encuentra un río de leche, muy crecido. Y que se vuelve a parar, y que dice:

-¡Cómo paso! Me salvé del otro, pero de éste no me salvo. Obra 'e Dios, abríte río.

Se abrió el río. Pasó. Más allá encuentra un río de sangre, crecidísimo. Y él vuelve a pensar que si ha salvau de los otros, pero no se salva de éste. Pero volvió a decir:

-¡Obra 'e Dios! Abríte río.

Se abrió el río y pasó. Siguió marchando.

—230

Más allá, en lo que va, encontró unos pastizales hermosos. Y en esos pastizales había ovejas que estaban flacas, flacas, muy flacas.

Él miró, y pasó no más. Más allá encontró, en unos peladares¹¹⁷ inmensos, que no había nada de pasto, ovejas que estaban gordas, gordas, muy gordas.

Él miró y pasó. Más allá encontró dos piedras, una de un lado y la otra del otro lado del camino, que se estaban chocando a cada momento, por donde tenía que pasar él. Entonces, dice él:

-¡Cómo paso! Ahora me van a matar estas piedras.

Esperó un rato, y cuando se retiraron, le pegó un azote al burro y pasó muy rápido. Casi lu agarran las piedras. Siguió no más. Lo que va más allá, ve dos que están colgados de la lengua, uno a una orilla del camino y el otro a la otra orilla. Y cada uno tenía un tizón de fuego. Venían y chocaban con los tizonos de fuego. Él llegó y se paró a pensar cómo podía hacer para pasar. Y áhi le pegó un azote al burro, y pasó rápidamente.

Casi le pegan unos tizonazos. Siguió viaje.

Al poco andar agarró la fragancia de una flor muy aromática, que encantaba. Entonces él siguió por el aroma de la flor. Fue, fue, fue, hasta que llegó a la misma flor, y llegó a unas casas, como un palacio.

Bueno, llegó áhi y pensó que ésa era la casa de Nuestra Madre. Salió una viejita. Y él le preguntó:

-Digamé, ¿dónde será la casa de Nuestra Madre?

Que le dice ella:

-Aquí es. Yo soy Nuestra Madre.

-Acá le traigo una carta que le ha mandado mi patrón. Bueno. Le dio la carta.

-Hijo, pasó -que le dice-. Vení, hijo, descansá, y te voy a espulgar.

Bueno, se puso a espulgarlo al joven éste, y se quedó dormido. Y durmió un año en la falda de Nuestra Madre, pero él creía que había dormido un día.

Cuando despertó, que le dice ella:

-Hijo, váyase. Llevemé esta carta para su patrón.

—231

Se despidió, y se fue.

Cuando volvió, encontró las mismas cosas que a la ida y pudo pasar por todas las piedras, el peladar, el campo de pastizal hermoso, los colgados, los ríos. Y vino ande 'taba el viejito.

Y él le preguntó:

-¿Cómo te ha ido?

-Muy bien. Nuestra Madre le manda esta carta.

La agarró y la llevó.

-¿Cuándo llegaste allá?

-Ese día no más, a la tarde, al dentro 'el sol.

-¿Y cuándo te viniste?

-Me vine al otro día.

-No, que le dice.

-Vos has dormido un año -que le dice.

-Puede ser. A mí me parece qui hi estau un día.

-Decime, ¿quí has encontráu por allí, lo qui has ido?

-Cuando salí encontrí unos hachadores. Áhi me llamaban y yo no les hice caso. Me llamaban, me insultaban y me querían atajar para que hable con ellos.

-¡Ah! -que dice-, éstos son los malos entretenidos. No trabajan ellos ni dejan trabajar a los demás.

-Más allá encontré un río de agua clarita. Venía crecido. Y yo le dije, abrite río, y se abrió el río, y pasé.

-¡Ah!, esas son las lágrimas que han derramado nuestras madres por nosotros.

-Más allá encontré un río de leche, bien crecido. Yo le dije abrite, y se abrió, y yo pasé.

-Ésa es la leche que ha derramau nuestra madre por nosotros.

-Más allá encontré un río de sangre, muy crecido. Le dije que se abriera, y me dejó pasar.

-¡Ah!, ésa es la sangre que nuestra madre ha derramado por nosotros.

-Más allá vide que en un pastizal hermoso había unas ovejas, ¡ve!, que 'taban cayendosé de flacas.

—232

-¡Ah! -que le dice- éstos son los ricos miserables, que no comen por horrarl 18, y por eso se ven en ese estado.

-Más allá vide en un peladar, que no había una planta de pasto, unas ovejas que 'taban invernadas de gordas.

-¡Ah! -que le dice-, éstos son los pobres que no horran y comen, por eso están bien. Los pobres avenidos.

-Más allá encontré, en el camino, que había dos piedras, y venían y se chocaban al medio, y casi me apretan.

-¡Ah!, ésas son las malas comadres, que viven peliando toda la vida.

-Más allá encontré dos colgados de la lengua, con un tizón de fuego, y que chocaban.

-¡Ah! -que le dice-, éstos son tus hermanos, que vinieron y me engañaron, y por eso 'tán condenáus. Me engañaban que llevaban la carta y no la llevaban nada.

-Y más allá tomé la fragancia de una flor y llegué a la casa que iba. Y salió una viejita, y le di la carta. Y yo me quedé dormido en su falda y ella me espulgó mientras dormía.

-Esa señora es la Virgen. Y vos has dormido un año. Y yo soy Dios. Muy bien, ahora te voy a pagar. ¿Y qué más querís, un medio, un crucifijo, o un almú de plata?

Y que él, que dice:

-¿Qué voy hacer con un almú de plata? El medio y el crucifijo me van a quedar de recuerdo. Los voy a tener siempre, mientras que la plata se gasta. Déme el medio y el crucifijo.

Bueno, se los dio, y le dijo:

-Cuando te vas a tu casa, que te den una caja grande para que guardes el medio y el crucifijo. Y cuando tus hermanos abran las cajas al año, vos también abris la tuya, para ver quién tiene más plata.

Y se jue. Cuando llegó ande 'taban los padres, le preguntaron cómo le jue, y si ha ganado algo.

—233

Él le dijo que eso no más había ganado, un medio y un crucifijo, y que le den una caja grande para guardarlos un año. Echó el medio y el crucifijo en la caja, y la cerró. Los hermanos se reían y lo burlaban.

-Pero, sos zonzo -le decían-. ¿Para qué querís eso? Nosotros himos recibido mucha plata. Con esto vamos a comer toda la vida y vos te vas a morir de pobre.

Ya se llegó el tiempo que tenían que sacar la plata. Al año más u menos, dispusieron de sacarla a ver quién tenía más plata. Abrió la caja el mayor y estaba llena de carbón. Abrió el del medio, y también estaba llena de carbón. Abrió el menor, y estaba, ¡ve!, volcandose de plata. Entonce los otros quedaron muy tristes y el padre se enojó con ellos, porque el menor le contó cómo había visto y hecho todo. Y el padre se enojó y los echó de la casa. Y el hijo menor quedó, y ellos se jugaron a aprender a ser güenos. Y el cuento se terminó.

Juan Lucero, 67 años. El Durazno. Pringles. San Luis, 1952.

Un gran narrador.

—234

1018. El camino del cielo

SAN LUIS

Había una vez, en el campo, un matrimonio de viejitos que tenían tres hijos. Eran muy pobres, pasaban muchas necesidades, y muchos días no tenían qué darles de comer a los hijos. Un día, el hijo mayor le dice a la viejita:

-Mama, echemé la bendición, que me voy a ir a rodar tierra y a buscar trabajo.

Y la viejita, entonce, muy triste, le dice al hijo:

-M' hijo, ¿ónde vas a ir vos, tan flojo, que podáis trabajar? Es mejor que te quedís acá. Dios los ha de ayudar para mejorar de suerte.

-No mama -le contestó el hijo con mal modo.

Y desobedeció su consejo y trajo su burrito. Lo ensilló y le dijo a la madre:

-Yo me voy, no más. Déme un pedazo de torta para comer puel119 camino.

La madre le hizo unas tortas y unos quesillos y se los acomodó en las alforjas. El muchacho se fue.

Caminó, caminó, caminó... Y al cabo de tanto camino, por unos montes muy espesos, le salió un viejito di adentro del monte y le dice:

-Güenos días, m'hijito.

—235

-Güenos días, señor -le dice el muchacho.

-¿No tenís algo que me dís? ¿Un poquito de algo para comer?

-No tengo nada -le dijo el muchacho de mala gana, por que era mal criau.

-Y eso que lleváis en las alforjas, ¿qué es?

-Mierda, llevo -le dice el muchacho zafau120.

-Que mierda se ti haga todo lo que tengáis -le contestó el viejito y pasó.

Siguió el camino el muchacho y llegó a la casa de un señor muy rico. Se allegó, saludó y pidió trabajo. Le dijeron que necesitaban un muchacho para mandar. Ya salió el señor y le dijo:

-Quedate, hijito, si querís trabajar.

El muchacho le contestó de mala manera:

-¡Cómo no voy a querer, si a eso hí salíu!

-Bueno -le dice el señor-, mañana te van a entregar siete ovejitas. Las ovejitas van a seguir solitas. Vos la tenís que seguir. No te tenís que asustar de ningún peligro. Pase lo que pase, seguí siempre de atrás de las ovejitas. Ande ellas se paren, áhi te tenís que parar vos. Después que sigan el camino que tienen que seguir, van a llegar a la casa de una señora. A esa señora le tenís que entregar esta carta. Ella te va a dar el contesto, y vos me lo traís.

Le dio las güenas noches, y se jueron a dormir. Al otro día muy tempranito, le entregaron al muchacho las siete ovejitas, y el siguió di atrás. Después que anduvieron un largo camino, llegaron a un río de aguas cristalinas. Llenito venía el río, de oría a oría, rebalsaba121 el agua.

Las ovejitas llegaron y áhi no más entraron y empezaron a cruzar el río.

El muchacho se paró en la oría, muerto de miedo de ver tanta agua. No se animaba a meterse. Las ovejitas seguían pasando y apenas se les mojaban las pezuñitas. Él creyó que s'iba a augar, y se volvió. Las ovejitas pasaron y se perdieron de vista.

—236

Bué... Ya llegó el muchacho de vuelta a la casa del señor, y el señor le dice:

-Güeno, hijo, ¿cómo te ha ido?

-Y mal señor. Me tuve que volver porque me encontrí con un río muy crecido. Si lo paso mi augo. Yo no sé cómo pasaron las ovejitas, sería lo que son livianitas. Tome la carta. Y le entregó la carta que era pa la señora.

-Güeno, mi amigo, si no se animó, ¡qué le vamos a hacer! Le voy a pagar lo mismo. Víamos, ¿qué querís que te dé de sueldo, un Dios te lo pague o un almú de plata?

Y el muchacho que era muy interesado le dice:

-¿Qué voy a hacer, señor, con un Dios te lo pague? Déme no más un almú de plata, que se lo voy a llevar a mis padres, que son muy pobres.

Bue... Ya el señor dio la orden que llenen las alforjas, al muchacho, con un almú de plata. Y se jue el muchacho recontentísimo.

Vamos a la casa de los viejitos. Un día la viejita 'taba llorando y decía:

-¿Qué habrá sido de m'hijo, tan desobediente, tan flojito y tan mal criau?

¿Qué será d'él, que no ha güelto?

Entonce le dice el segundo:

-No llore, mamita, yo voy a ir a buscarlo y a buscar trabajo. Así no vamos a pasar tantas necesidades.

-Pero m'hijito, ¡qué te váis a ir si vos sois también tan flojo? ¿Te irás a perder, hijito, como el otro?

El segundo hijo, que también era desobediente y flojo como el otro, se jue no más. La viejita le preparó unas tortas y unas rosquillas, y se las acomodó en las alforjas. El muchacho ensilló su burro, pidió la bendición a los padres y se jue...

El segundo hermano, después de andar mucho, se topó con el mismo viejito que pedía limosna. Se saludaron:

-Güenos días, m'hijito.

-Güenos días, señor.

-¿No tenís algo que me dís un chiquito pa comer? Hace varios días que no pruebo bocado.

—237

-No tengo nada -le dice el muchacho, de mala manera, fastidiado con el pobre.

-¿Y eso que lleváis en las alforjas qué és?

-Mierda es eso que llevo -le contestó el muchacho, y chicotió¹²² el burro pa seguir.

-Que mierda se te haga lo que llevás áhi -le dijo el viejito, siguiendo también.

Anduvo un largo camino, y jue y llegó, como el otro hermano, a las casas lindas del mismo señor. Se allegó y saludó y preguntó si tenían trabajo.

Le dijieron que pase, que 'taban necesitado un pión pa mandar. Ya lo vio el señor y le dijo que el trabajo que él tenía era el de llevar una carta a una señora, al otro día muy tempranito. Le dijo al muchacho lo mismo que al otro, que tenía que seguir di atrás de las ovejitas, pasar cuando pasaran ellas, y no tenía que asustarse de ninguna cosa que viera y entregar la carta a una señora de hábito negro y volver.

El muchacho dijo que güeno, pero, como era flojón, no tenía muchas ganas de molestar, pero qué iba a hacer, no tenía más remedio que trabajar.

Al otro día de madrugada le entregaron las siete ovejitas y en cuantito agarró el camino la tropillita, él siguió di atrás. Anduvieron y llegaron a un gran río de aguas cristalinas. Muy profundo se vía el río y llenito venía, se rebalsaba de oría a oría. Creyó el muchacho que las ovejitas s'iban a parar, pero pasaron no más. Aquí me voy a augar, pensó el muchacho. Yo no m'hi conchabáu pa esto. Y áhi no más pegó la güelta. Las ovejitas apenas se mojabán las pezuñitas, y pasaron como si nada jue. Volvió el muchacho y le contó al señor lo que le había pasado. Y el señor le dijo:

-Güeno, amigo, si ha síu tan flojo que no si ha animáu a pasar el río,

¡qué le vamos a hacer! ¿Qué quiere que le dé, un Dios te lo pague o un almú de plata?

—238

Y entonces el muchacho, que era muy interesado, le dice:

-¿Y qué quiere que haga, señor, con un Dios te lo pague?; déme no más el almú de plata.

Bué... El señor lo despidió y el muchacho se fue muy contento, con las alforjas llenitas de plata.

En las casas, los viejitos 'taban enfermos de tanto llorar lo que los dos hijos no volvían. Pensaban que se hubieran perdido o que se hubieran muerto. Entonces, el hijo menor, le dijo a la viejita:

-No llore, mamita, yo voy a ir a saber ánde 'tán mis hermanos, y a trabajar pa tráile pan y todo lo que necesitan mis dos viejitos.

Y la viejita muy afligida le contestó:

-¡Ay, no m'hijito! ¡Ande se va a ir usté, tan chiquito! ¡Me le va a pasar algo! ¡Se va a perder, se me va a morir di hambre y de sé por áhi, o lo van a comer las fieras del campo!

Y el chico le pidió tanto a los viejitos que lo dejaran ir y que le echaran la bendición, que al fin cedieron. La viejita le preparó unas tortas y unos quesillos y se los puso en las alforjas, como a los otros hermanos. Los viejitos lloraban, porque él era el más güeno de los hijos; que los quería y atendía más, y lo iban a estrañar muchísimo. Pero era el más alentáu, y mejor mandáu, y más atencioso. Ellos pensaban que iba a tener mejor suerte, aunque era tan chico, que daba lástima verlo que se juera solito. Ensilló el único caballito que tenía, flaco y viejo. Bué...

L'echaron la bendición los viejitos y se fue. Anduvo y anduvo y anduvo, y fue muy lejo. Llegó al camino aquél, ande sus hermanos encontraron al viejito que pedía una caridá, y él también lo encontró. Se saludaron:

-Güen día, hijito.

-Güen día, señor -contestó el chico, sacandosé el sombrerito, muy respetuoso.

-¿Tenís algo, hijito, que me dís, pa comer?

-Sí, tata viejo, tengo torta y quesillo, que me dio mi mamita cuando salí a rodar tierra.

—239

Y el chico le dio al viejito todo lo que le quedaba de la torta y del quesillo que l'hizo la madre.

-Qué Dios te lo pague y te dé de todo en abundancia, y que te haga alentau y valiente p'andar por el campo y pa vencer todos los inconvenientes.

El chico, muy contento de lo que había hecho con el viejito que pedía limosna, siguió y siguió. Llegó a la casa grande ande vivía el señor rico, y llegó y lo hicieron pasar adelante. Saludó y pidió conchabo. Le dijieron que sí, que necesitaban un muchacho para un trabajo. Salió el señor, lo saludó y le dijo si se animaba a llevar una carta a una señora viuda, que vivía muy lejos.

-¡Cómo no señor! -le dijo el muchacho dispuesto a hacer lo que juera.

-Güeno, vas a seguir unas ovejitas que te van a entregar mañana tempranito, y tenís que pasar muchos peligros, hasta que lleguís ande 'tá la señora, y tenís que entregarle la carta. Sois tan chico que no sé si te vais a animar a hacer el encargue.

-Sí, señor, pierda cuidau, que yo sé trabajar y sé cumplir.

Bué... El muchacho mayor en ese tiempo, llegó a las casas de los padres. De lejo, no más, empezó a gritar:

-¡Abran las sábanas, mis padres, que traigo las alforjas llenas de plata!

¡Abran las sábanas, que traigo dos cargas de plata!

Ya salieron los viejitos corriendo y sacaron sus sabanitas y las abrieron en el patio, recontentos de que volvía el hijo y de que nu iban a ser más pobres. Y llegó el muchacho y abrazó los viejitos, y vació las alforjas.

¡Dios Santo y María Santísima!, mierda no más caiba, con un olor que no se podía más... Los viejitos s'enojaron muchísimo crendo que el hijo les faltaba, y l'echaron en la cara el atrevimiento. El muchacho si acordó de las palabras del viejito y se calló, y les contó lo que le había pasado, y se dieron cuenta qu'era un castigo de Dios.

El segundo hijo llegó unos días después. También venía gritando de lejos, no más:

-¡Abran las sábanas! ¡Abran las sábanas que traigo dos cargas de plata!

—240

Los viejitos créidos, otra vez, abrieron las sabanitas en el patio.

Estaban lo mismo muy contentos de que volviera el hijo traendo plata. Y llegó el muchacho y se apió, y abrazó a los viejitos, y ya vació también las alforjas. ¡Dios nos favorezca! Mierda no más cayó, otra vez. Más hedionda y más pior que l'otra. Los viejitos se enojaron más y quedaron muy resentidos con los hijos que les hacían esa farsa y eran tan malos. El hijo contó también, lo que le había pasáu, que era, ¡claro!, un castigo de Dios.

Vamos a ver qué hizo el menor. Tempranito al otro día, llegó, le entregaron las siete ovejitas. Él las siguió. Caminó, caminó, caminó... Ya llegaron al río crecido de aguas cristalinas. El chico vio que venía muy crecido, de oría a oría. Las ovejitas comenzaron a pasar. Cuando él vide eso, que los animalitos pasaban, tuvo vergüenza de ser cobarde y s'entró también. Las ovejitas apenas se mojaban las pezuñitas. Su caballito, también, apenas se mojaba los vasos. Ya cruzaron y siguieron. Más allá, encontraron un río, un río de leche. El muchacho se sosprendió mucho de esto, y tan grande era, que le dio miedo. Pero vido que las ovejitas pasaban, y él di atrás, haciendosé corajudo, pasó también. Apenas se mojaban las pezuñas de las ovejitas, y lo mismo, apenas se mojaban los vasos del caballito. Y seguían andando. Más allá encontraron un río de sangre que rebalsaba de oría a oría, y se vía que era muy hondo. Le dio mucho miedo, pero las ovejitas pasaban y él pasó también, siempre de atrás. Apenas se manchaban las pezuñitas de las ovejitas y lo mismo los vasos del caballo. Ya pasaron y siguieron. Más allá encontraron dos peñascos muy grandes que se chocaban, que se separaban y se juntaban, y saltaban chispas. El muchacho pensó qui áhi s'iban a aplastar. Llegaron las ovejitas y cuando se abrieron las piedras, pasaron, y él áhi no más pasó con ellas. Por un chiquito no lu agarran las peñas, lo que se volvieron a juntar. Siguieron. Las ovejitas, al pasito largo, y él atrás. Más allá vio dos cristianos colgados de la lengua. El chico 'taba muy impresionado, pero siguió no más. Más allá vio en un potrero de alfa, hermosísimo, unos güeyes que ya se morían de flacos, el cuero pegau a los güesos. Más allá encontró unos güeyes lustrosos de gordos en un peladar.

Más allá encontró una oveja con un corderito que jugaban los saltos, los dos. Después de andar un rato, devisó una casita blanca. Llegaron —241→ las ovejitas. Cruzaron el patio y jueron y se echaron abajo de unos árboles, a la sombra. Salió una señora viuda y el muchacho se dio cuenta que áhi era ande lo mandaban. La casa 'taba llena de flores y cantaban pajaritos. Él 'taba encantado y saludó:

-Güen día, señora.

-Güen día, hijito -le dice la señora, muy atenta-. Pase adelante, hijito, ¿cómo le va yendo? ¿Qué se le ofrece?

-Bien señora. Aquí me manda el señor, dueño de las ovejitas que le entregue esta carta.

La señora muy cariñosa lo trató muy bien. Le dio de comer y lu hizo dormir la siesta con la cabeza en la falda d'ella, mientras lo espulgaba. Lo despertó y le dijo que había dormido diez años. El muchacho creía que había dormido un ratito.

-¿Tenís qué comer, hijito? -le preguntó.

-No señora -le dijo él.

Agarró la señora y partió de un pan y un queso, una tajada de cada uno, y le dio al muchachito pa que juera comiendo.

-Mirá, hijito -le dice la señora-, cuando te váis no tengáis miedo. Seguí no más di atrás de las ovejitas como hais venido.

Lo despidió la señora muy cariñosamente y le arrió las ovejitas por el camino. El muchachito siguió otra vez de atrás. Se puso a comer queso y pan, y comía y comía, y el pan y el queso quedaban siempre del mismo ser, no se consumía. El chico se dio cuenta que tenían una virtud, y se puso muy contento. Ya volvieron a encontrar lo mismo que a la venida. La ovejita con su corderito que saltaban y brincaban, jugando muy contento. Los güeyes gordísimos, en el potrero pura piedra. Los güeyes flacos en el alfalfar florecido. Los dos hombres colgados de la lengua. Las piedras que se daban unas contra otra y hacían saltar chispas de juego, y volvió a pasar di atrás de las ovejitas, raspando que no lo agarraran. Al río de sangre que le dio tanto miedo y lo volvió a pasar, y al río de leche, llenito, y al río di agua cristalina, crecido. Siempre iba el muchachito di atrasito no más de las ovejitas, que lo libraban de todos los peligros. Después de tanto andar, llegaron por fin, a las casas grandes del patrón, del señor que lo había conchabau. Ya salió a recibirlo el señor y el muchachito l' entregó una carta, —242que era la contestación. Bué... El señor le hizo dar de comer y lo mandó a dormir. El chico 'taba muy cansau y impresionau, y se jue a dormir.

Al otro día le dice el señor:

-Y contame hijito, que hais visto.

Y el chico le contó todo lo que había encontrau, y el señor le jué diciendo qué era.

-Primero, encontré un río muy grande y que llevaba una gran crece di aguas cristalinas.

-¡Ah!, ésas son las ládrimas que la Virgen redamó, cuando perdió a su hijo. Son las ládrimas que las madres pierden por sus hijos cuando sufren por ellos.

-Después encontrí un gran río de leche.

-Ésa es la leche que redamó la Virgen cuando Jesús era chiquito y anduvo

perdido.

-Después encontrí un río de sangre qu'iba rebalsando y que me dio mucho miedo.

-Ésa es la sangre de la Virgen cuando tuvo a Jesús y es la sangre de las heridas de Jesús cuando lo crucificaron.

-Después, encontrí dos peñas, una di un láu y otra di otro del camino, que se juntaban y se separaban, y se volvían a juntar chocandose y haciendo saltar chispas de juego. Así 'taban siempre, golpiandose con toda la furia. Cuasi me aplastaron cuando pasí.

-¡Ah!, ésas son las malas comadres, que en vez de respetarse se ofienden.

-Después encontrí dos hombres colgados de la lengua.

-¡Ah!, éstos son los caluniadores, los que levantan mentiras y falsos testimonios a los demás.

-Después encontrí dos güeyes que se morían de flacos en un potrero con una alfalfa que les llegaba al pecho di alto, florecida que daba gusto.

-¡Ah!, éstos son los ricos avarientos, que nunca se conforman con nada, y que guardan sus posibles, y viven como miserables de lo último.

-Después... encontrí dos güeyes lustrosos de gordos, en un peladar, de pura tierra y piedras.

—243

-¡Ah!, éstos son los pobres avenidos, que se conforman con lo que tienen, viven contentos con poco, y a todo se allanan. Son felices dentro de sus pobrezas, porque Dios nunca les falta.

-Después encontrí una ovejita con su corderito, saltando y brincando y retozando, muy contentos.

-¡Ah!, esa es la güena madre, que se desvive por sus hijos y los trata con cariño, y es el güen hijo que respeta y quiere a sus padres y 'ta siempre dando güenos momentos a sus padres.

Las siete ovejitas que te acompañaron, son siete ángeles. Son las mismas siete cabrías que están en el cielo, hechas estreias¹²³. El viejito lismonero que te pidió limosna en el camino era Dios Nuestro Señor, que anda por el mundo para ver la caridá de los cristianos con los necesitados y con los viejos que ya no tienen nada. A vos te ha premiau Dios porque juiste güeno y le distes todo lo que te quedaba de comer, pero tus hermanos fueron castigados por mezquinos y mal hablaus.

Y lo felicitó. Ya cuando le quiso arreglar las cuentas le preguntó:

-¿Cómo querís que te gratifique, con un Dios te lo pague o con un almú de plata?

Y el chico le contestó muy humildito:

-¡Qué voy a hacer con un almú de plata! Eso se gasta algún día. Déme un Dios te lo pague, que eso no se gasta jamás, en la vida.

-Güeno, hijito, que Dios te lo pague, y que te vaya bien en tu viaje.

Ya se jue el muchachito. Comiendo se jue, el pan y el queso que le había dau la Virgen, y que comiera lo que comiera, no se acababa ni se achicaba. Yba muy contento lo que iba a ver a sus viejitos.

Ya llegó el chico y salieron los viejitos, llorando de contentos, lo que vieron que volvía el hijo, que no se había perdíu, tan chico como era, hecho un joven. También se vieron los hermanos. Ya después que pidió la bendición a los padres y los saludó, contó todo como había andau y lo que le había pasau, y todas las cosas —244que vido. Y los hermanos se

reiban porque le dieron un Dios te lo pague, pero los padres 'taban contentos de ver lo güeno que era el chico. Y ya salió para desensillar el cabaíto, cuando vieron que 'taban las alforjas llenecitas de plata. Lloraban otra vez los viejecitos, al darse cuenta del premio de Dios, y el chico se puso contentísimo de que podía remediar la pobreza de todos, y sacaron las sábanas los viejitos y las llenaron de plata. Los hermanos 'taban muy triste lo que vieron el castigo de ellos. Y así tuvieron para vivir en la abundancia toda la vida, y pan y queso que no se acababan nunca. Y vivieron una porción de años todos muy felices. Y entro por un caminito y salgo por otro para que usté me cuente otro. Pilar de Ochoa, 48 años. La Cañada. Capital. San Luis, 1929. Campesina analfabeta. Buena narradora.

—245

1019. El camino del cielo

SAN LUIS

Había una vez una viejita completamente pobre. Tenía tres hijos. El primero, el mayor de todos, se llamaba Pedro, el que le seguía se llamaba Diego, y el menor de todos se llamaba Juan. Seguramente a éste, dice, le pusieron Juan porque tenía qui haber sido pícaro. Aquí, nosotros, a los zorros, que son muy vivos para ir a los gallineros, no les llamamos zorros, les decimos Juan. Y a los niños vivos y pícaros, les llamamos zorros -decía doña María, que me contó este cuento.

Encontrandose la viejita muy pobre y con sus tres hijos, un día, el mayor le dice:

-Mire, mama, estamos tan pobres, que a mí me duele verla trabajar a usté. He dispuesto salir yo a rodar tierra.

-Y bueno, si estás dispuesto, vos sabés.

-Así que para mañana temprano, le voy a pedir que me tenga en las alforjas unas tortas para seguir mi viaje.

Así lo hizo. En la mañana se despide cariñosamente de su madre y se va a rodar tierra.

Al poco andar, llega a la casa di un viejito muy viejo, por cierto. Se golpea las manos. Sale el viejito y le dice:

-¿Qué querís muchacho? ¿Qué andás haciendo a estas horas?

-Señor -dice-, ando buscando trabajo.

—246

-¡Ah! -dice-, si es eso, yo te puedo dar trabajo. Para mañana temprano, te voy a mandar que me llevís una carta a mi madre.

-Pero yo no sé adónde vive su madre, señor.

-No tengás duda por eso. Yo te voy a dar un burrito. Vas a ir montado en un burrito. Y un choco va ir adelante y el burro lo va a seguir. Ninguno se va desviar. Pero te voy a recomendar una cosa. En el camino vas a encontrar unos gauchos. Están en la falda di una loma. Son hachadores. Y gente de mal vivir, enviciados. Cuando te vean te van a llamar, pero vos tenís que seguir.

Dicho y hecho, temprano salió el muchacho.

Llegó al lugar donde 'taban y lu empezaron a llamar:

-¡Venga! ¡Venga! ¡No se vaya! ¡Venga aquí! Va a trabajar con nosotros y se va a divertir. Venga a los ricos pasteles, al asado.

El muchacho se consintió. Fue allá. Se estuvo dos días. Se volvió a la casa.

Cuando vuelve le preguntó el viejito:

-¿Y fuiste donde te mandé?

-Sí, señor.

-¿Entregaste la carta a mi madre?

-Sí, se la entregué.

-¿Y qué dijo?

-No dijo nada.

-Ahora -dice- quiero ir a la casa de mi madre, a verla, y espero que me pague.

-Y bueno -dice.

-¿Qué querés que te pague, un Dios te lo pague o un almú de plata?

-Y, señor -dice-, un almú de plata, yo soy pobre, señor; un almú de plata.

-Bueno, aquí lo tienes.

Trajo las maletas y las llenó. Se fue. Antes de llegar a la casa fue a mirar si llevaba el dinero que le habían pagau. Entra —247la mano, qué, se le volvían moscas, arañas. Y qué, el muchacho se vio obligado a tirar las maletas. Se fue a la casa de la viejita. Y le pregunta:

-¿Cómo te fue?

-Y mal -dice-. Yo no sé. El patrón me pagó ahí un almú de plata y las maletas las hi tenido que tirar porque ¿usté sabe lo que se volvió eso? Se volvió moscas y bichos.

-¡Ah, hijo! ¿Vos no sabes con quién has estado ahí? Ese hombre -dice- sabe bien que vos no has hecho lo que te ha mandado. ¿Y sabís que quién tiene que ser? Ése tiene que ser Dios que ti ha castigau.

'Taban los otros oyendo. Dicen:

-Bueno, si supuesto a éste li ha ido tan mal -dice Diego-, iré yo.

Al otro día estuvieron las maletas con las tortas hechas. Y se fue.

Pues, la casualidá, llega a la misma casa. El viejito, un viejito canoso

-dice- con una barba que le daba al pecho:

-¿Qué andás haciendo, muchacho?

-Buscando trabajo.

-Y bueno, yo te doy trabajo. Te voy a mandar mañana que me llevés una carta a mi madre.

-Pero yo no sé dónde vive su madre. ¿"Tá muy lejos?

-No, no tengás cuidau por eso -dice-. Yo te voy a dar un burrito ensillado. Hay un choco que sigue adelante, ¿no? Y te voy a dar estos algodones. Vas a pasar por la falda di una loma adonde están unos hachadores y te van a llamar. Tapate bien los oídos con estos algodones. Que no vayas a sentir nada.

Y se fue.

Cuando el muchacho vio los hachadores, dice:

-Pero, cómo me voy a tapar los oídos si éstos me están llamando. Voy a ver qué me dicen.

Y empezaron a decir:

-¡Venga, amigo, a las ricas empanadas, al rico vino, al rico asado!

—248

Y fue allá y se quedó.

Al tercer día volvió a la casa del viejo. Bueno. Y le dice:

-¿Cómo te fue?

-Bien.

-¿La viste a mi madre?

-Sí.

-¿No contestó nada?

-No contestó nada.

Y bueno...

-Ahora, ¿qué vas hacer?

-Áhi tiene, señor, el perro y áhi tiene el burro. Me voy a casa.

-Bueno, ¿qué querís que te pague, un Dios te lo pague o un almú di oro?

-Señor -dice-, yo soy pobre, quiero llevarle a mi madre algo. Quiero el almú que mi 'oferta.

-Bueno, ¿qué tienes para llevar?

-Las maletas.

Le llenó las maletas di oro y se fue.

Antes de llegar, contento el muchacho, mete la mano en las maletas. Otra vez, hormigas, avispas, que salían. Qué, tiró todo. Llegó a la casa y

dice:

-Este viejo debe ser un condenado, dice, un sinvergüenza. Mire, mamita, con lo que me paga.

-Y bueno, pero si vos nu habrás hecho lo que él te mandó. Se quedó callau el muchacho.

-Bueno, si a ustedes les ha ido tan mal -dice el más chico-, voy a ir yo.

-Andá, Juan. Vos sos más diablo. Vos sos un zorro, a vos te va ir bien.

-Claro, que me va ir bien -dice-. Para mañana las tortas listas y las maletas y yo me voy. Voy a llegar por la casa del viejito. Y me marchó.

—249

Llegó por áhi y le dice:

-Bueno, me le va llevar una carta a mi madre. Pero usté va ir a la casa de mi madre. No vaya hacer lo que han hecho sus hermanos, ¿eh? Yo lu estoy sabiendo. Ellos si han portado muy mal, por eso los hi castigado.

-No, señor, si yo voy a ir. Ahora déme el baquiano, no más.

El baquiano es el burrito y el choco.

Muy bien. Llegó la mañana. El burrito 'taba listo y el choco saltando.

-Mirá, en la ladera, de aquí a media hora, vas a llegar y allá te van a llamar. Tomá estos algodones. Tapesé bien los oídos, amigo. Bien los oídos y no mire para atrás para nada.

Se fue.

Cuando llegó a la ladera, vio que los hachadores li hacían señas. Siguió.

Nada oyó.

Había caminando un trecho. ¡Un río con unas aguas cristalinas!

-¿Y cómo paso esto?

Cuando ve, el choco, encara el río. Y el burro también. Bueno. Sigue adelante. Y este choco sigue y sigue, y el burro, también. Que no lo deja.

Al poco andar, ¡ay, qué sorpresa!, ¡un río crecido de sangre!

-¡Qué digo esto! ¿Qué será esto? -dice-. ¡Cómo hi venido yo a hacer este

viaje tan penoso! ¡Y dónde paso!

Cuando ve que se zampa, ya, el choco. Y el burro ya se zampó también. Bueno... Y siguió adelante. Al poco andar, dos peñas bien bolas, que se abrían y se juntaban. ¡Y no había por donde pasar, señor! Había que pasar por medio de esas piedras.

-¿Y si me agarra el burro y me lu hace pedazo, u mi hace pedazo a mí con burro y todo? ¡Me volveré!

Cuando vio al choco, cuando si abrieron las piedras, pasó. Y áhi no más el burro pasó. Le cortan la cola al burro. ¡Menos mal! Bueno. Y siguió, siguió...

Al poco tiempo encuentra un campo hermosísimo. Agua abundante. ¡Un pasto! Las vacas perdidas en el pasto, pero se morían de flacas. Nu había una de disponer y decir esta vaca —250— está gorda. Más allá, d'ese campo, otro, un peladar y unas vacas gordas que estaban como para rajarlas con la uña. ¡Qué cosa bárbara -dice- yo nu he visto nunca esto! Es un fenómeno, ¿qué es lo que hay aquí?

Siguió adelante. Al poco andar, una casa hermosa con una quinta. Llega.

Sale una señora vieja y le dice:

-Pero, hijo, ¿cómo ti ha ido de viaje?

-Bien, señora.

-¿Qué me traes?

-Aquí le traigo una carta, señora, que le manda su hijo.

-¡Muy bien!

-Desensille m'hijo. Largue el burro. No tenga cuidau por nada. Y andate a la quinta, comé de la fruta que querás, y cuando ya querás volver, vení.

Aquí hay cama, aquí tenés todo.

-Muy bien.

-Áhi estuvo. Le pareció poco tiempo.

Le dice la señora:

-Ahora tenés que volver y llevale esta carta a m'hijo.

Y él pensaba:

-¿Y esta señora? Tiene que ser la madre de Dios -entre él pensaba. Ésta tiene que ser.

Ensiló, dijo adiós, y se fue. Recorrió el mismo camino. Llegó a la casa.

Salió el viejito. Lo recibió y le dice:

-¿Cómo ti ha ido?

-Bien.

-¿Qué me traes?

-Aquí tiene esta carta.

-Muy bien.

La leyó.

-Bueno, te felicito. ¿Y qué te parece dónde has ido? ¿Qué te parece dónde has ido? ¿Es lindo?

-Señor, ¡lindísimo!, ¡lindísimo!

-¿Y sabés dónde has estado vos? Ésa es la madre de Dios. ¿Y qué te parece?

¿Qué tiempo habrás estado?

—251

-Y, habré estado cuatro o cinco días.

-Pero, ¿cómo cuatro o cinco días? Si cuando te fuiste eras muchacho y ahora vienes de barba. ¿Ves? Has estado 10 años.

-Y bueno, yo no sé señor cuánto habré estado.
-¿Sabés por qué es eso?, que no lu has sentido, porque has estado encantado allá.
-Sí, señor, es muy lindo.
-Ésa es la gloria. Estabas en el cielo. Ahora me vas a decir qué es lo qui has visto.
-En el camino -dice- cuando recién había recorrido un tramo largo, estaban unos señores en la falda di una lomada. Y me empezaron a llamar. Me llamaban y me llamaban. Yo me tapé bien los oídos y seguí. No miré más para atrás.
-¿Y vos sabés quiénes son éstos? Son los malvados enviciados, que envician a los hombres. Hiciste bien en no llegar. ¿Qué más encontraste?
-Un río con una agua cristalina.
-¿Y sabís qué es lo que es eso? Son las lágrimas de tu madre que llora por vos. ¿Y después, qué más encontraste?
-Un río de sangre.
-Ésa es la sangre que tu madre ha derramado por vos. ¿Qué más has encontrado?
-Unas piedras -dice- que se 'taban golpiando.
-Ésas son las malas comadres. Que no hacen otra cosa que difamarse, que se ofenden unas a las otras. ¿Qué más has visto?
-Un campo hermoso y una hacienda flaquísima.
-¿Y sabés qué es lo que significa eso? Los ricos envidiosos. ¿Qué más encontraste?
-Un campo, un peladar, pero las vacas muy gordas.
-Ésos son los pobres. Esa hacienda son los pobres bien intencionados.
-Llegué a la casa de la señora.
-Bueno, ahí es la casa de la Virgen María, es la casa de mi Madre. Ahora te voy a despachar. Andate a tu casa. Ya vas hecho un hombre. ¿Qué querés que te pague, un almú de plata, un almú di oro, o un Dios te lo pague?
—252
-Yo, señor, me conformo con un Dios te lo pague.
-Y bueno, muy bien, si sos honesto, un Dios te lo pague, y listo.
Si iba yendo y le dice:
-Vení, te voy a dar esta flautita. Cuando vos necesités alguna cosa, tocás la flauta y decís: flautita, por la virtud que Dios te dio dame tal cosa.
La llevó, la echó al bolsillo. Antes de llegar, el muchacho dice:
-Voy a ver si es cierto -dice-. Voy a ver si es cierto que este Dios tiene tanto poder.
Y dice:
-Flautita, por la virtud que Dios te dio, haceme un hombre con un traje especial, una mula con apero, pero especial.
La tocó. Se le apareció el traje y la mula, una mula negra, hermosa, muy bien aperada.
-Y ahora, flautita, por la virtud que Dios te dio, me das unas maletas llenas di oro y de plata para llevarle a mi madre. Tocó la flauta y se le llenaron las maletas de oro y de plata. Siguió. Llegó a la casa de la madre. Cuando llegó, golpió las manos.
-Señor, ¿quí anda buscando? -le dice.
-¿No me conoce mi madre? -dice-. Si soy Juan, mama. ¿No me conoces?

-Y qué te voy a conocer, mirá cómo venís. ¿Cómo ti ha ido?

-Muy bien.

-¿Y qué traes aquí?

-Un almú de oro y un almú de plata. Ahora -dice-, a este rancho lo vamos hacer desaparecer.

Tocó la flauta y dice:

-Flautita, por la virtud que Dios te dio, dame un palacio donde haiga de todo, sirvientes y todo, para vivir con mi madre y mis hermanos.

—253

Si apareció un palacio hermoso, con todo.

Aquí si acaba el cuento,
con un zapato roto
para que usted cuente otro.

Samuel Zavala, 65 años. La Carolina. Pringles. San Luis, 1969.

El narrador aprendió este cuento de María Salinas, de 95 años, nativa del lugar y que sabía muchos cuentos.

—254

1020. Ramoncito, el hijo fiel

CÓRDOBA

Que era una viejita que tenía tres hijos, Juan, Pedro y el menor, Ramoncito.

Después 'taban muy pobres y la madre muy enferma. Y entonce disponen entre los tres salir a buscar trabajo.

Salió uno y quedaron dos para atender a la madre. Pero a los pocos días se cansó el del medio y salió también y lo invitó al hermano menor, no aceptando éste, por no dejar su madre abandonada.

Después se juntaron Juan y Pedro y siguieron rodando tierra. Y se separaron en un lugar determinado en donde se quedaron de juntar.

Y sigue Juan, el mayor, encontrando un ranchito en el medio del campo, de donde salió un viejito, y le dijo:

-¿Para dónde va mi buen mozo?

-A buscar trabajo, señor.

Entonce el viejito le dijo que él le daba trabajo, que se quede y le da el trabajo. Lo manda a llevar una carta a una señora, alvirtiendolé que en el trayecto del camino encontrará tres ríos, uno de agua, otro de sangre y otro de leche. Pero que él tratara de pasar no más, que no tuviera miedo.

Entonces Juan salió de viaje a llevar la carta. Llegó al primer río de agua. El río iba muy crecido y pensó que se podía ahogar. Y entonce dijo:

-El viejito no va a saber lo que yo hago. Le digo que he entregado la

carta y él lo va crer -y tiró al río la carta.

—255

Y así hizo. Y entonces el viejito le dice que le va a pagar y le pregunta:

-¿Qué querís más, si dos cargas de plata o un Dios te lo pague?

Entonces éste le contesta que le dé dos cargas de plata.

El otro hermano llegó también a la casa del viejito y el viejito lo

recibió con las mismas palabras:

-¿Para dónde va mi buen mozo?

-A buscar trabajo, señor.

Entonces el viejito le dijo que él tenía un trabajo, que se quede ahí. Y

Pedro se quedó. Entonces le dijo que tenía que llevar una carta a una

señora. Que tenía que seguir ese camino. Que iba a encontrar tres ríos,

uno de agua, otro de sangre y otro de leche. Y que los pase a los tres,

que no les tenga miedo. Y Pedro salió de viaje con la carta. Llegó al

primer río, el de agua, y lo vio tan crecido que tuvo miedo de ahogarse.

Entonces dice:

-El viejito me va crer si le digo que he entregado la carta. Di aquí no

más me vuelvo -y tiró la carta al río.

Y le dijo al viejito que había entregado la carta. El viejito le dijo que

le iba a pagar, y le preguntó:

-¿Qué querís más, si dos cargas de plata o un Dios te lo pague?

-Las dos cargas de plata -dijo Pedro.

El viejito le dio las dos cargas de plata y se fue a su casa, Pedro.

Y a todo esto, la madre de éstos había fallecido, a la cual atendió

Ramoncito hasta los últimos momentos de su vida. Y cuando volvieron los

dos hermanos mayores, por ser éste más chico, lo desterraron de la casa,

le quitaron lo que tenía y quedó él como abandonado.

Entonces Ramoncito dispone salir a rodar tierra. Y la casualidad o el

destino, sigue por el mismo camino que sigue su hermano Juan y su hermano

Pedro y pasa por la casa del viejito, y llega:

-¿Para dónde va mi buen mozo? -le dice el viejito.

—256

-A buscar trabajo, señor -le dice el chico. Entonces el viejito le dice que

él le daba trabajo.

Y ya quedó el chico y el viejito le dio la carta y le explicó lo de los

tres ríos.

Al otro día salió Ramoncito de viaje llevando la carta. Llegó al río de

agua. Lo vio que 'taba muy crecido, y dijo:

-Sea lo que Dios quiera -y atropelló en el caballo. Aunque el río era de

mucho caudal, su caballo lo pudo pasar sin inconveniente. Pasando este río

encontró el río de sangre. Mucho lo impresionó, pero se armó de coraje, y

dijo:

-Sea lo que Dios quiera -y atropelló.

Pasó lo mismo aunque era un río muy caudaloso. Después pasó al río de

leche. También estaba muy crecido, pero dijo:

-Si he pasado dos ríos tan crecidos por qué no voy a pasar otro más. Sea

lo que Dios quiera.

Atropelló y lo pasó galopando como si fuera un camino. Sigue el viaje. Más

allá encuentra dos piedras que se daban una con otra. Siendo el camino

angosto y el único lugar por donde tenía que pasar no sabía qué hacer.

Entonces, aprovechando un momento dado, atropelló con su caballo y pasó. Más allá, encontró animales completamente gordos que estaban en un peladar. Más allá encontró en un campo de pasto hermosísimo, animales que el viento los ladiaba de flacos.

Siguiendo su camino alcanzó a ver a la distancia una casita blanca, y se dio cuenta que era el lugar en donde debía entregar la carta. Llegó y salió una señora vestida de blanco. Era a quien debía entregar la carta y se la entregó. La señora lo recibió con mucho cariño y también lo despidió como una madre.

Regresó a la casa del viejito y le dijo que había hecho el trabajo.

Entonces él le preguntó con qué se conformaba más, si con dos cargas de plata o un Dios te lo pague. Entonces Ramoncito pensó que él era joven y podía trabajar, no pudiéndolo hacer ese viejito, y le dijo que se conformaba con un Dios se lo pague.

Entonces le dijo que explicara lo que había visto en el camino. Ramoncito iba diciendo todo lo que encontró y el viejito —257le explicaba. El río de agua eran las lágrimas que derramó la Virgen por el hijo y las lágrimas de todas las madres. El río de sangre, la sangre que derramó Jesús por sus heridas. El río de leche, la leche que derramó la Virgen cuando criaba a Jesús. Las piedras que se golpiaban, los compadres que se viven ofendiendo y peliando. Los animales gordos en el peladar, los pobres resignados y los animales flacos en el campo de pasto alto, los ricos avarientos.

Y se despiden y cuando Ramoncito sale a unos cuantos metros lo llama y le dice:

-Tome, buen mozo, esta varita de virtud y pidale lo que usted necesite.

Digale: Varita de virtud, por la virtud que Dios te ha dado, dame tal cosa.

Y lo va a tener al momento.

Y entonces le dijo que él era Dios y que la señora a la que le había llevado la carta era la Virgen.

Y agradeció por todo al viejito y se fue. Llegó al árbol en donde descansaron él y sus hermanos, y dijo Ramoncito:

-Voy a probar la varita.

Y le pidió a la varita que le traiga los mejores manjares. Y ahí no más tuvo una mesa muy bien servida. Entonces, viendo la suerte que lo acompañaba dispuso volver a su pueblo.

Y volvió al pueblo y compró una casa y siguió viviendo cerca de sus hermanos. Ya los hermanos 'taban muy pobres porque las cargas de plata que les había dado el viejito se les había convertido en carbón. Entonces estos hermanos se pusieron muy envidiosos del hermano menor.

Entonces se dieron cuenta de que el menor había sido favorecido por Dios y ellos castigados, pero ya era tarde.

Juan Muñoz, 59 años. El Pedacito. Villa General Mitre. Totoral. Córdoba, 1952.

El narrador, semiculto, oyó contar este cuento desde niño a sus padres y a muchos lugareños.

SANTA FE

Una señora tenía tres hijos. La viejita era una viejita muy creyente. Los hijos trabajaban en el campo en hacer leña, en romper piedras y en otros trabajos. El hermano menor era muy güeno pero los hermanos mayores eran malos y no lo querían al menor. Lo reventaban trabajando y vivían a costillas d'él.

Bueno... Entonce un día se les aparece Dios a los tres, ande trabajaban. Se les aparece como un anciano barbudo. Como un anciano se les presentó y les dijo si querían trabajar con él, que él les iba a pagar bien. Que les iba a pagar un buen sueldo. Que trabajaran para sostener la madre. Entonce se pusieron a trabajar con el anciano.

Después de haber trabajado como ocho o diez días, este anciano lo mandó al hermano mayor con una carta para la madre de él. El muchacho subió a caballo y se fue. Lo primero que encontró fue un gran río y se acobardó y se volvió. Entonce el anciano le dijo que ya no tenía trabajo para él, y que qué desiaba que le pagara, una bolsa de oro o un Dios te lo pague. Entonce él no quiso un Dios te lo pague, quiso la bolsa de oro. Y el anciano se la dio y él se fue.

Entonce lo mandó al segundo a llevar la carta. También fue a caballo. Encontró el río muy crecido y se volvió. Entonce el anciano le dijo que no tenía trabajo para él y que qué quería que le pagara, si una bolsa de oro o un Dios te lo pague. Entonce el segundo quiso el oro y no el Dios te lo pague. Y él se fue.

—259

Entonce llamó al tercero, al menor, y le dijo que tenía que llevarle una carta a la madre, y él le acetó, porque él nunca decía que no, siempre estaba avenido a lo que le decían, mal o bien.

Entonce el viejito hizo la carta para que se la lleve a la madre. Y le dio un caballo muy lindo. Y le dijo que encontrara lo que encontrara él tenía que llegar adonde estaba la madre, que en el camino iba a encontrar muchos inconvenientes. Le dio un pedacito de pan y un poquito de vino para que comiera y bebiera. Le dijo que el vino era remedio también. Le dijo que tenía que llegar a la primera casa que encontrara, que áhi vivía la madre. Entonce él subió a caballo y se despidió, y se fue.

Lo primero que encontró en el camino fue un gran río de aguas claras, muy profundo. El muchacho no tenía miedo a nada, enderezó su caballo y pasó a nado al otro lado. Y siguió por el camino. Cuando ya había marchado largo trecho encontró un río blanco, que era como leche. Se paró un momento, pero enderezó también su caballo y pasó con facilidad. Continuó por el camino. Al largo rato de andar encontró un río colorado, como de sangre. Le dio miedo ver este río muy crecido de sangre, pero se acordó de las palabras del anciano, enderezó su caballo y pasó. Y siguió su camino no más. Dentró a un monte muy espeso. En el trayecto que iba encontró dos colgados de la lengua y heridos de la lengua. Entonce se compadeció, los bajó y los curó con el vino que llevaba y les dio pan de comer. Y siguió por el camino; no lo abandonaba. Al haber marchado un largo trecho, al largo trecho de andar, le impidió el paso dos piedras que se estaban

golpeando en el camino. Entonce él se detuvo largo rato porque buscaba el modo de pasar. Y como las piedras se golpeaban así, él esperó que se separaran para pasar. Y al fin pasó con toda rapidez en su caballo, que casi lo agarraron las piedras. Y continuó su camino.

En todo el camino este joven había comido el pancito y había tomado vino, y siempre estaban como se los había dado el anciano, no se acababan nunca.

—260

Entonce siguió y al rato vio un campo muy verde y a lo lejo divisó un árbol con una casita. Entonce se dirigió áhi, porque esa era la primera casa que encontraba y el anciano le dijo que áhi vivía la madre.

Llegó a la casita y salió una anciana. Lo recibió muy cariñosa y él le entregó la carta.

Entonce lo hizo pasar, le dio de almorzar y le dijo que se arrecostara la siesta. Le trajo un catre abajo del árbol y él se acostó. El caballo lo ató al palenque. Y él estaba muy cansado y se durmió. Entonce, cuando él se despertó, había dormido cuarenta años. 'Taba muy barbudo, el pelo muy crecido, las uñas largas.

Y él se despertó y miró para todos lados. Todo 'staba igual. Y el caballo 'taba atado en el palenque, 'taba gordísimo, a pesar de 'star en lo

limpio.

Entonce se arrimó la anciana y le dio la contestación para que le llevara al hijo. Y lo despidió y le dio la bendición.

Él montó en su caballo y volvió por el camino por donde había venido. Ya no había ninguna cosa que lo interrumpiera.

Entonce volvió al lugar donde lo esperaba el viejito con la contestación.

Entonce le preguntó el viejito que qué encontró en el camino. Y él le contó todo. Le dijo que encontró un río de agua clara. El viejito le dijo que ésas eran las lágrimas que redamó la madre por verlo sufrir. Le dijo que encontró un río de leche. El viejito dijo que esa era la leche que mamó cuando era niño. Le dijo que encontró un río de sangre. El viejito dijo que ésa era la sangre que redamó al tenerlo a él. Le dijo que encontró dos colgados de la lengua. El viejito dijo que eran los dos hermanos que estaban pereciendo así por la mala lengua y los malos pensamientos que tenían. Le dijo que encontró dos piedras que se golpeaban y no lo dejaban pasar. El viejito le dijo que esas piedras que se 'taban golpiando eran las comadres que se llevaban mal, porque ese sacramento era un lazo muy sagrado.

Entonce el viejito le dijo que qué quería que le pagara, si una bolsa de oro o un Dios te lo pague. Y él le dijo que la plata y el oro se acababa, pero que un Dios te lo pague dura siempre, y que él quería un Dios te lo pague. Y lo despidió el anciano y él se fue a su casa, a buscar la madre y los hermanos.

—261

El primero de los hermanos tenía la bolsa de plata escondida abajo de la cama. El segundo también tenía la bolsa llena, escondida y no la había tocado porque creía que tenía oro. Ellos dos estaban en la última miseria, creyéndose con la riqueza oculta. Por avarientos, estaban descayecidos¹²⁴ de tanto que se privaban de todo.

El hermano menor tenía su pancito y el vino que no se acababan nunca y tampoco se le acababan las monedas que tenía en el bolsillo por mucho que

gastaba. Cuando lo vieron así los hermanos, corrieron a ver sus riquezas: la bolsa de plata del primero, era de carbón y la bolsa de oro del segundo, era de piedras. Entonces el muchacho volvió a contarle al viejito, y el viejito le dijo que la anciana que le recibió la carta era la Virgen María, su madre, y que él recibiría el mejor premio, en la otra vida, porque en esta vida andamos de paso. Y le dijo:

-Vivirás siempre feliz porque sos avenido y bueno. No te faltará el pan ni ninguna clase de alimentos. Todos te bendecirán porque vas a ayudar al que necesita. Y todos te dirán, que Dios te lo pague y Dios te lo va a pagar. Y el anciano era Dios, porque antes Dios venía a la tierra y se aparecía ande quera.

Ramona Andrea Quiroga, 55 años. Campo de los Zapallos. Santa Rosa. Santa Fe, 1951.

Lugareña muy buena narradora.

—262

Nota

Nuestro cuento, antiguo en la tradición oral occidental, figura entre las versiones hispánicas que desarrollan el tema de las visiones simbólicas, de España y de América. En la Argentina tiene gran difusión. Sus motivos esenciales son:

Difusión geográfica del cuento

A. El mayor de tres hermanos sale en busca de trabajo y se emplea con un viejecito que es Dios. Le recomienda llevar una carta a la madre, que es la Virgen. Al primer inconveniente, tira la carta, regresa, miente que la ha entregado y cobra: entre una carga de plata y un Dios te lo pague, elige la plata. La plata se le convierte en carbón.

B. Con el segundo hermano pasa lo mismo.

C. El hermano menor, a su turno, toma el trabajo; es valiente, obediente y honrado, afronta todas las dificultades, llega al destino —263 indicado, que es el paraíso, y entrega la carta a la Virgen. Duerme algunos años, pero él cree que sólo han transcurrido unos instantes.

D. A su regreso relata a Dios las visiones que ha visto en el camino del cielo hasta llegar al lugar en donde está la casa: un río de agua cristalina; un río rojo de sangre; un río blanco de leche; dos peñas que se golpean; dos hombres colgados de la lengua; animales flacos en un alfalfar hermoso; animales gordos en un terreno desprovisto de pasto. Dios le da el significado de cada una de las visiones simbólicas.

E. Como pago, elige el Dios te lo pague y no la carga de plata, pero al llegar a su casa advierte que sus alforjas están repletas de dinero.

Las versiones y variantes del conocido cuento medieval de carácter cristiano y moralizador, tienen su fuente más antigua en la leyenda griega del siglo IX que nos relata la visión de San Arsenio, documentada en la *Vitae Patrum*, en la *Legenda Aurea* y en la *Gesta Romanorum*. Ver el estudio de Espinosa (II, pp. 339-343).

Pertenece al Típo general de Aarne-Thompson 750.

—[264] —265

Los hermanos cisnes. Los hermanos cuervos
2 versiones

Cuentos 1022 y 1023

—[266] —267

1022. Los once cisnes

LA RIOJA

En un reino de nombre desconocido había un rey muy querido por el pueblo y sus súbditos.

Casado a los veinte años, vivía muy feliz en unión de su esposa y doce hijos, once varones y la menor, mujer.

Nada parecía turbar la paz de la familia, cuando cierto día se enferma la Reina. La tristeza cundió por todo el reino.

Llamados los mejores médicos no le encontraron remedio y falleció dejando desconsolados a su esposo y a los hijos. Pasan varios años y el Rey piensa casarse de nuevo.

Reúne a sus hijos y les avisa. Ellos aunque sienten, acceden gustosos por ver feliz de nuevo a su padre.

La madrastra era muy linda, pero orgullosa y muy vanidosa. Siente envidia al ver que su hijastra es mejor que ella y hace todo lo posible por afearla y alejarla del reino.

Varios años antes se había valido de artes de hechicería y transformó a los hijos en cisnes y ahora empleando el mismo procedimiento, vuelve tan fea a la hija que el padre la desconoce. Cansada de sufrir la Princesa se va del palacio en busca de sus hermanos.

Camina días y días y llega a la orilla de un arroyo, donde se lava y vuelve a ser tan hermosa como antes.

Al llegar la oración, siente un ruido de alas y llegan los cisnes, se transforman en hombres. La ven y corren; la abrazan y lloran de alegría.

—268

Los jóvenes le cuentan que en la noche se vuelven hombres y al salir el sol son de nuevo cisnes. Que ellos estarán tres días ahí y que volverán al lugar donde viven. Que era muy lejos y que vienen al reino de su padre una vez al año.

Como sienten dejarla sola y ella les cuenta en la forma en que ha sufrido,

piensan llevarla.

Trabajan en la noche una red para llevar en ella a la hermana. El cuarto día, a la salida del sol, levantan vuelo, toman la red con el pico y va la niña acostada, mientras un cisne vuela encima de ella para darle sombra en la cara.

Se asientan en la noche y vuelan de día. Viajan tres días, hasta llegar al país donde viven los cisnes.

Salen en el día en busca de alimento, pero siempre queda uno, para acompañar a la hermana.

Ella que ruega a Dios la ayude para conseguir que sus hermanos vuelvan a ser hombres, sueña que una vez le dice que cerca de allí hay una planta, que con la fibra de esa planta teja once mangas, y se las coloque a cada cisne, pero con la condición de que mientras teja no tiene que hablar. La niña se levanta temprano, va, busca la fibra de la planta y empieza a tejer sin hablar una sola palabra. Cuando vuelven los hermanos se afligen al verla muda, pero como la ven tejer, piensan que será algo para bien de ellos y no la hablan más.

Un día pasa un príncipe que andaba cazando. Al verla tan hermosa se enamora de ella, la lleva, y se casa.

Como se le terminan las fibras con que tejía, la princesa se va en la noche al cementerio, donde hay la planta que necesita. El cura del reino la sigue, y le cuenta al príncipe, diciéndole que es bruja. El joven que la quiere muchísimo, no cree y resuelve vigilarla. Cuando le falta una manga, se le terminan de nuevo las fibras. La princesa va en busca de más y el esposo la sigue y la ve entrar al cementerio. Convencido que es bruja, la hace tomar prisionera y da la orden de que sea quemada.

La llevan en un carruaje del palacio a la prisión. Ella no habla, pero llora sin dejar de tejer y termina todas las mangas.

Cuando falta poco para la hora que la deben matar, llegan los cisnes, vuelan alrededor de la prisión y por entre medio de las rejas les va colocando las mangas.

—269

Los cisnes se vuelven hombres, corren, y llorando de alegría abrazan a la hermana.

La princesa habla y le cuenta al esposo su historia.

El príncipe le pide perdón y el pueblo que lo quiere mucho se alegra de verlo feliz y bendice a la princesa.

Clorinda de Flores, 45 años. Catuna. General Ocampo. La Rioja, 1950.

La narradora aprendió el cuento de la abuela, quien sabía muchos cuentos antiguos.

—270

1023. Los cuervos

SAN LUIS

Ésta era una viejita que tenía siete hijos, seis varones y una hija mujer.

La viejita era muy pobre. Siempre ella, cuando se ponía a sacar de comer

para darles a los hijos, se sentaba en un banquito, en el medio de la casa, con la oíta¹²⁵, y los niños la rodiaban a la viejita.

Un día se pone la viejita a sacar de comer, y los niños la 'stan todos rodiandola. Claro, ella no alcanzaba a hacer las partes para todos, tan ligero. Todos le pedían:

-A mí déme di aquí.

-A mí déme eso, esto no quiero.

-A mí me dio poquito. Déme más.

-Déme otro poquito di acá, siempre me da lo pior.

La volvían loca. Todos se inconformaban¹²⁶ y tocaban las cosas y li hacían cair el cucharón y el tenedor.

Entonce, la viejita, abatida y enojada, en un momento di arrebató, dice, pero, claro, sin mala intención:

-¡Malditos estos muchachos! ¡Dios y la Virgen que se vuelvan cuervos!

—271

Los varones eran los que la sacaban de paciencia. Al momento se volvieron cuervos los hijos varones. Y agarran y se jueron. La viejita quedó muy triste, claro, pero no sabía qué hacer.

Los cuervos éstos, andaban siempre juntos y sabían venir a una laguna. La hija mujer de la viejita iba siempre a llevarles migas de pan a los hermanos cuervos. Esta chica iba siempre, y un día, cuando los cuervos levantaron vuelo, ella se jue siguiendolós. Y sin darse cuenta se jue muy lejo y se perdió por los campos.

Anduvo mucho tiempo perdida esta niña y en lo que andaba por ahí, encuentra un enano. Y hablaron, y que le preguntó el enano qué andaba haciendo. Y ella le dijo lo que le había pasado. Que le dice entonce el enano:

-Mire, niña, si usted se anima a cumplir con lo que yo le voy a decir, yo se los voy a volver a sus hermanos como eran antes. Pero, para esto, usted tiene que estar un año sin hablar, quere decir un año muda. Y durante ese año, usted se va hacer siete camisas, seis para sus hermanos y una para mí. Al año justo -que dice- van a volver los seis cuervos, y yo voy a venir adelante, también hecho cuervo, y usted los va a tirar las camisas, a mí y a cada uno de sus hermanos. Y áhi vamos a ser hombres otra vez.

La niña acetó.

La madre, la viejita, se quedó sola, se apensionó¹²⁷ y murió.

La niña quedó sola, y quedó por los campos, pero no hablaba nada. En lo que andaba, la chica, un día la encontró un príncipe. Que le dice:

-¿Qué andás haciendo?

Ella no le contestó nada, no podía hablar.

-¿Querís que te lleve?

Entonce ella hizo seña que sí y caminó para el lado de él.

-¿Ve? Ella quere que la lleve -dijo uno de los piones del Príncipe.

—272

La llevó el Príncipe al palacio. Ella andaba áhi, por la cocina, por esas partes. Y siempre andaba cosiendo las camisas. Y siempre andaba muda. El Príncipe tenía una negra esclava. Y esta negra le tenía envidia y le tenía rabia a la niña. La niña que era muy linda, pero como andaba mal vestida y mal peinada no se vía cómo era.

Y un día que le dice la negra al Príncipe:

-Vea, mi amito, esa niña debe ser bruja. No habla ni dice nada. Debimos matarla. Puede hacer algún mal en la casa.

Y el Príncipe que dice, después de mucho tiempo que la negra le decía esto, todos los días:

-Capaz no más que sea bruja esta niña tan rara. La vamos a matar.

Y bueno, un día le dice:

-Mirá, te vamos a matar. Te vamos a quemar -el Príncipe le decía a ver qué hacía ella. Ella no dijo nada.

Era justamente ya el año que 'taba muda y ya había terminado las camisas.

Y ya la negra hizo hacer una pila de leña para quemarla.

Cuando tuvo la pila de leña, la pusieron ahí a la muda. Ella iba con las camisas bien apretadas, no las largaba. Cuando 'tán ahí encendiendo el juego, llegan siete cuervos volando. Cuando se abajan, ella les va tirando las camisas y todos se hacen como eran antes. Y también el enano, y se hace un lindo mozo, porque 'taba encantado de enano. Entonce la niña pudo hablar y le contó todo al Príncipe. Que ella no era bruja, sino que 'taba penando para salvar a sus hermanos. Entonce el Príncipe se enamoró de ella y se casaron. Y los hermanos quedaron a vivir con ellos. A la negra sí la quemaron porque ésa sí era bruja, por eso la quería hacer quemar a la niña.

Y así jue el premio de la niña que sufrió tanto. Y vivieron muchos años muy felices.

Juan Lucero, 67 años. El Durazno. Pringles. San Luis, 1952.

Gran narrador.

—273

Nota

Los dos relatos que damos aquí son variantes del conocido cuento de La doncella que busca a sus hermanos convertidos en cuervos; en una de nuestras versiones han sido convertidos en cisnes. Entre sus motivos esenciales figuran:

A. La niña cuando conoce el motivo del alejamiento de sus hermanos, sale a buscarlos.

B. Para desencantar a sus hermanos permanece muda por un año mientras teje once mangas o cose once camisas.

C. Un príncipe la encuentra en el bosque, se enamora de su hermosura y se casa con ella.

D. Por su mudez y otras circunstancias, creyéndola bruja, se la condena a muerte. Cuando está en la pira y se va a encender el fuego, se cumple el año, llegan los hermanos, calzan las prendas, se rompe el encanto y la niña explica su historia.

Es variante del Cuento N.º 9 de Grimm y está clasificado como Tipo 451 por Aarne-Thompson.

El niño predestinado. Los tres pelos de oro del diablo
2 versiones

Cuentos del 1024 al 1025

1024. El zonzo y los tres pelos del diablo

SAN LUIS

Había una estancia de un Rey, y tenía la estancia un mayordomo. El Rey, cuando venía a marcar la hacienda, desde el pueblo a la estancia, echaba tres años de camino. Cuando vino el Rey a la estancia, venía un viejito a pedir un pedazo de carne, y como el Rey no quería que le dieran carne a nadie, le preguntó al mayordomo qué andaba haciendo ese viejito. Le dijo el capataz qu'era un viejito que adivinaba la suerte. El Rey le dice:

-Llamelo para acá.

Le llamó el mayordomo al viejito. El mayordomo le dice al viejito que s'hiciera el adivino.

-¿Qué anda haciendo? -le dijo el Rey.

-Yo soy uno que anda adivinando la suerte -le dijo el viejito.

-Bueno, adivine con quién se va a casar m'hija.

-Su hija se va a casar con el hijo del mayordomo.

El hijo del mayordomo era tonto. Entonce el Rey le dijo al tonto que se aprontara para llevar una carta a la Reina. Bueno, él contestó que no sabía pa dónde quedaba el pueblo. Palabra 'e Rey no puede faltar, usté se va no más. Y el tonto tuvo que salir no más a buscar al pueblo. Tanto andar sin rumbo, buscando el pueblo, por fin vido un juego, en los disiertos del campo. Y era el juego de la casa de una diabla, madre de tres diablos, y le dice la diabla al tonto cuando llegó:

-¿Qué andás haciendo m'hijito, que si vienen mis hijos te van a comer?

—278

Entonce el tonto se cayó de cansancio y se durmió. Había andado tres años comiendo raíces y pasto, como animal.

Llegando al día ya, vinieron los tres diablos y le dijieron a la diabla:

-Mamita vieja, ¿qué es lo qui hay acá?

-Es un pobre hombre que va a la casa de la Reina mandado por el Rey y lleva una carta para la Reina.

Y uno de ellos dijo:

-Chey, bolsiquiemoló -y le sacaron la carta. En la carta decía:

«inmediatamente que llegue el portador, echelo al sótano con agua».

Un diablo dijo:

-Chey, ¿llevemoló al pueblo?

Y otro dijo:

-Güeno, y le vamos a falsificar la carta.

Le falsificaron la carta y le pusieron: «inmediatamente que llegue el portador, hagalo casar con m'hija. Palabra de Rey no puede faltar». Y le

dejaron la firma del Rey. Y los diablos lo llevaron al pueblo y lo dejaron dormido en la puerta del palacio.

Cuando el tonto se acordó, preguntó adónde era el palacio de la Reina, y entonces le dijeron que era ahí. Y ya entró y le dio la carta a la reina y la reina leyó la carta y dijo:

-"Tará loco el Rey que manda decir esto. No puede ser esto, hija -le dice a la niña-, pero ésta es la firma del Rey, así que no hay más caso, hija, que casarse.

El tonto iba sucio, roto y con todo el pelo crecido. Así que le hicieron afeitarse y cortar el pelo.

Al año y medio llegó el Rey al palacio. Encontró la hija casada y con una nieta. Entonces tuvo un gran disgusto con la Reina. La Reina justificó con la carta firmada por el Rey. Entonces el Rey le hizo un pedido al yerno. Le pidió que fuera a buscar tres pelos del diablo, pelos de oro, para que saliera y se mandara cambiar. Palabra de Rey no puede faltar. Pongasé en marcha. Y el tonto no tuvo más remedio que salir en marcha. Desde el momento que salió, la hija del Rey y la nieta, se enfermó. El tonto, tanto andar, divisó muy lejos un árbol. Era un peral seco que lo cuidaba un vigilante.

—279

-¡Me deja pasar por acá! -dijo el tonto.

-Si me dice porque hace diez años daba peras de oro este peral y hoy no da, lo dejo pasar.

El tonto le dijo:

-A la vuelta le traigo la repuesta. Y pasó.

A los muchos días, llegó ande había un pozo con agua que lo cuidaba un vigilante:

-¿Me deja pasar por aquí? -le dijo.

-Sí, si me dice porque el agua hace diez años era remedio y ahora es veneno, lo dejo pasar.

-A la vuelta le traigo la repuesta -le dijo el tonto.

Y pasó.

Al mucho andar encontró un mar. En el mar andaba un hombre remando, y lo llamó el tonto y le dijo:

-Señor, ¿me puede pasar para el otro lado del mar?

-Lo paso si me dice porque hace diez años que tengo los remos pegados en las manos.

-Si me pasa, a la vuelta le traigo la repuesta.

Tanto andar llegó al ranchito ande había una viejita muy vieja.

-¿Qué andás haciendo hijito, que si llega m'hijo te come?

-¿Y quién es su hijo?

-Es el diablo pelo de oro. ¿Y qué andáis haciendo?

-Ando mandado del Rey en busca de tres pelos del diablo, pelos de oro.

Y le contó todo lo que había andado y le había sucedido. Y entonces, le dice:

-Allegate por acá, m'hijito. Vas a tomar mucha atención en lo que te voy a pedir, porque en seguida va a venir m'hijo que sabe todo lo que pasa en todos lados. Te voy a hacer volver una hormiguita de las más chiquitas, y te voy a meter en las jaretas de las naguas¹²⁸, y que no te vayas a asustar cuando venga el diablo, y poné atención en todo lo que diga.

Llegó el diablo por la mañana:

-Mama vieja, aquí hay gusanío de la tierra.

-Hijo, no hay nada.

-¡Cómo no va haber!

La agarró a la vieja de la mano y la tiró lejísimo, y la volvió a agarrar y la tiró ajuera 'el rancho. La hormiguita estaba quietita. Ya se quedó quieto, y la vieja le dijo:

-Vení hijo, te voy a espulgar.

Y el diablo puso la cabeza en la falda de la vieja, se dejó espulgar, y 'staba tan cansado que se durmió. La vieja lo siguió espulgando, y le arrancó un pelo y se lo echó al seno. Y se recordó el diablo, enojado. La viejita le dijo:

-¿Estaré loca o me estaré por morir? Hi soñau que en tal punto hay un peral seco que lo cuida un vigilante.

Contestó el diablo:

-Sí hay, que ahora diez años daba peras di oro y que ahora no da.

Solamente yo lo sé. Hay una serpiente a siete metros enterrada que le come las raíces, y solamente con la espada mía puede morir. Basta de pincharla y entonces el árbol dará fruta por los diez años que no ha dado.

Se volvió a quedar dormido el diablo en las faldas de la viejita. Y lo siguió espulgando, y le arrancó otro pelo. Y se recordó el diablo, la agarró de una pata y la tiró lejísimo, y di áhi la volvió a tráir.

-Bué... Este día muero -dijo la viejita-. Fijate -le dijo-, hi soñau que en tal punto hay un pozo con agua que hace diez años qu'era remedio y ahora es veneno.

Dijo el diablo:

-Sí, porque hace diez años se cayó una piedra y apretó un sapo. Por eso hay que ver de sacar la piedra y pinchar el sapo con mi espada, y lavar bien el pozo, y el agua vuelve a ser remedio.

Vuelve a quedar dormido el diablo, y, ¡otro pelito al seno de la vieja! La agarró, otra vez, el diablo y la tiró lejísimo y la volvió después al rancho.

Le vuelve a decir la viejita:

-Fijesé, hijo, hoy muero o estoy loca. Hi soñau que en tal punto hay un mar, y hay un hombre remando, que tiene los remos pegaus.

-Los tiene pegaus por zonzo, porque una vez venía de pasajero él y el que remaba le dijo:

-¿Quiere hacerme el servicio de tenerme los remos para armar un cigarrillo? -y él dijo bueno y se pegó. El que estaba con los remos pegaus era un castigau.

El diablo ya tenía qu'irse, y se jue. Entonce, la viejita lu hizo volver cristiano al tonto.

-¿Has oído lo que dijo el diablo? -le dijo.

-Sí, mamita vieja. Dijo que el peral no daba peras di oro porque una serpiente le comía las raíces; que en el pozo había un sapo aplastado por una piedra y que sólo con la espada d'él se puede matar a la serpiente y al sapo. Que el hombre de los remos está pegau por zonzo, que le tiene que decir a otro que le tenga los remos y que va a quedar pegau.

La viejita le dio los tres pelos di oro y le regaló una espada vieja del diablo. El tonto le dio las gracias y se fue.

En esto, el Rey no había dejau médico que no había visto para que curara la hija y la nieta, y no sanaban nunca.

Llegó el tonto al mar, y le dijo al remador:

-Pasemé.

-¡Cómo no! ¿Me da la repuesta?

-Al otro láu le voy a decir.

En cuanto lo bajó le dijo:

-Usté está pegau por zonzo. Usté tiene qui hacer lo mismo qui han hecho con usté, pedirle por servicio al que venga que le agarre los remos un momento, y ése quedará pegau.

Llegó al pozo con agua.

-¿Me trae la repuesta? -le dice el hombre que lo cuidaba.

-Sí, l'agua es veneno hoy, porque 'stá un sapo apretau con una piedra. Yo voy a sacar la piedra y voy a pinchar el sapo con la espada. Voy a desaguar el pozo. Y así lu hizo y volvió —282l'agua a ser remedio.

Le ofertaron toda l'agua que quiso llevar. Llevó sólo un frasquito muy chiquito.

Llegó ande 'staba el peral.

-¿Me deja pasar? -le dice al hombre que lo cuidaba.

-Va a pasar si me trae la repuesta.

-Sí, la traigo -le dice. Acá en el tronco hay una serpiente, distancia siete metros y sólo yo la puedo matar.

Hizo un pozo al pie del peral, hasta descubrir la serpiente y appena la pinchó con la espada, murió. Si no sale tan ligero, lo tapan las peras di oro. En seguida el árbol se puso a dar tantas peras, como que debía haber dau en diez años. Quedó el montón más alto qu'el peral. Le quisieron dar todas las que quisiera, pero llevó tres no más, y se fue.

Después de andar mucho llegó a un pueblo que había muchísimos enfermos, familias enteras. Llegó el tonto, y les daba a oler el frasquito di agua.

Enfermos que 'staban al cortarse¹²⁹, se volvían sanitos y todos creían que era médico, y tomó fama y siguió curando enfermos. Los reyes de todas partes lo mandaban a llamar para que los curara. Hasta que llegó a oídos del Rey suegro, que había un médico que curaba todo. Lo mandó llamar que juera inmediatamente, que le pagaría lo que quiera.

Y cuando fue le dijo el Rey:

-Lo he llamado para que me cure esta hija y esta nieta, que ningún médico me las puede curar. Estaban estéricas las dos, secas.

En cuanto pasó, la chica dijo:

-¡Papá!

Y entonces llegó ande 'staba la señora y les hizo oler la botellita, y al momento se volvieron sanitas y gordas como habían sido. El Rey, de contento, no sabía que hacer con él, por la hazaña que había hecho. Le dio pieza y le dijo que de ahí no se moviera. Hasta que un día, le dijo el

Rey:

-Yo quisiera ponerlo de Rey a usté.

—283

Contestó el tonto:

-¿Para ser Rey y tener el castigo que hi tenú de mi suegro que me mandó a

buscar tres pelitos del diablo, pelos di oro?
El Rey recién lo conoció y le pidió disculpas.
-Y acá le traigo el pelo di oro que me mandó a buscar, y le traigo una pera di oro, de regalo, y le regaló otra a la mujer.
Entonce el Rey contestó:
-Desde hoy usted va ser el Rey.
-Yo seré Rey si es que usted me va a traer un pelo del diablo, pelo di oro.
Y siga viaje.
Y el Rey siguió viaje. No tuvo más remedio.
Ya lejo divisió una parva de peras di oro.
-¡Ah! -dijo-, por aquí ha pasau éste, voy bien.
Y siguió. Llegó ande había un letrado del agua que es remedio.
-¡Ah! -dijo-, por aquí ha pasau éste.
Al mucho andar encontró un mar, y que andaba uno remando, y le hizo seña que si arrimara a la costa.
-Si me puede pasar para el otro lado -le dijo.
-Como no, con mucho gusto -le dijo el hombre. Y subió el Rey.
-Señor, ¿me puede tener los remos un momento para armar un cigarrillo?
Y el Rey tomó los remos y se le pegaron en las manos y áhi quedó castigau hasta hoy.
Epifanio Becerra, 48 años. Chischaquita. La Capital. San Luis, 1948.
Muy buen narrador.

—284

1025. El cuento de los pelos de oro del diablo

CATAMARCA

Éste que era un viejito que tenía tres hijas. Una de las hijas había tenido un niño que había nacido con un letrado en la frente que decía que iba a ser yerno del Rey.
Y bueno, no ha faltau quién le diga al Rey que había nacido esta criatura con un letrado que decía que iba a ser yerno de él. Entonce el Rey no ha querido que haiga este hijo de esta gente, como eran gentes humildes, de que sea yerno de él. Y ahí lo decide, y se va a ver al viejito y le dice que él había sabido que una de sus hijas había tenido un niño que había nacido con un letrado en la frente que iba a ser yerno de él, y que él no quería que ese chico se críe como quiera. Que él lo iba a llevar para criarlo como corresponde, al chico. Entonces, como era un rey, el viejito no ha podido decirle que no. Y lu ha llevado el Rey, al niño.
Lejos de criarlo como corresponde lu ha llevado al campo, lu ha echau en un cajoncito y lu ha mandado al campo, a donde se muera por ahí, al bosque, a dejarlo lejos.
Y bueno... Y dice que como a los tres días que lo ha mandado a botar al niño, lu ha mandado al negro que tenía en la casa que vaya al campo a traír leña en un carro.
Ha ido derecho. Ha ido, lu ha encontrado a la criatura. Que 'taba llorando el chiquito. Entonces el negro, en lugar de traír la leña, di áhi

no más si ha vuelto traendo el chiquito. Y le dice al Rey qui había encontrau una criatura, que 'taba en un desierto llorando.

—285

-¡Ay! -dice el Rey-, cualquier otro lo va hallar y se va criar este niño. Mejor que lo haga echar a la mar.

Entonce lo pone bien en un cajoncito y lu hace arreglar bien, y lu echa a la mar, pa que lo lleve l'agua.

Y qué, ni bien lo ha echau al cajoncito, las olas rápido, dice que lu han llevado para otra ciudá. Y áhi, un viejito pescador, que andaba pescando, que tenía muchos hijos, que pasaba la vida solamente pescando, dice que lu había encontrado al cajón. Y lu había sacado. Y viene y le dice a la señora:

-Mirá, yo hi encontrau este cajoncito, tiene que ser joya, tiene que ser dinero. Tal vez Dios nos ha ayudado.

Lu abren, que 'taba el chiquito vivito, que no si había muerto. Y ella tenía leche. Que tenía muy muchos hijos. Entonce ella li ha dau de mamar, y lu ha criado al chiquito. Pero, siempre lo tenían con la frentecita atada, al chiquito. Tenía el lebrero. Y lo crió. Y lo querían igual que a los demás hijos.

Y ya tenía 18 años el chico éste. Y ya si había anoticiado el Rey que en tal ciudá había un niño que tenía un lebrero en la frente que decía que iba a ser yerno del Rey. Entonce, dice:

-Seguramente tal vez alguien lo ha sacado y si ha criado éste. Me voy. Y si ha ido a la ciudá. Ha ido al campo. Ha ido a los ranchos donde había muchachos. Y ha ido derechito. Claro, ya taban todos los hijos del viejito, también ya mozos. Que le ayudaban mucho en la pesca. Y le dice el Rey al viejito que quería que le preste uno de los hijos para mandarle a dejar una carta para la Reina, para la señora de él, porque tenía mucha necesidá. Y le dice el viejito:

-Mis hijos no conocen ninguna parte, más que aquí donde vivimos.

-No, pero dandolé las señas va ir derechito allá. Para mandarle una carta pa mi familia. Me lo va a ceder a éste.

Lo señalaba al que tenía la cabeza atada. Y le dice:

-No -dice-, que vaya cualquiera de los demás. Ellos siempren salen lejos, andan por ahí más lejos. Se van a orientar más. Este chico no sale pa ninguna parte.

-Y no, no, qu'este me gusta. Éste parece muy de confianza.

—286

Y como era Rey, nu ha podido negarseló el viejito y li ha dicho que lo mande.

Lu ha mandado con la carta a dejarle a la Reina. Y se ha ido. Iba a pie por el bosque, por el campo. Iba, se iba, se iba caminando este niño. Ya ha quedau muy tarde. Ya 'taba internau muy lejos del bosque, cuando divisa un fueguito que ardía. Y es que dice:

-Allá, tal vez haiga gente, voy a ir.

Y se va. Y justo había siu un fueguito que tenían los que le llamaban los saltiadores, ¿no? Que vivían en el campo. Y va al campo y el que hacía de jefe de los demás, le dice:

-¡Oh, niño lindo! ¿Qué andas haciendo por acá?

-Me voy para tal ciudá, que me manda el Rey con una carta para la Reina.

-Bueno, vení aquí y dormí. Mañana te voy a mandar yo a dejar cerca por lo menos. Ahora te tengo aquí.

Y bueno, se queda el niño ahí. Lu han atendíu bien, le han dau de comer y le han dau que duerma. Y le dice:

-Trai la carta.

Y le da la carta.

Entonce, el jefe que hace de los saltiadores, la abre a la carta y ve que decía en la carta:

Inmediatamente, si en caso llegara el niño, que inmediatamente llegue lu haga matar -decía en la carta.

Entonces él la hace pedazo y escribe otra en que dice que inmediatamente llegue el niño, lu haga casar con la Princesa.

Bueno...

Y al otro día le da dehayuno, y lu hace comer bien, y le dice:

-Lo van a ir a dejar cerca de la ciudá. Di ahí se va orientar, y va llegar.

Y lo mandó con la carta.

Y si ha ido el niño. Y ha ido preguntando pa llegar al palacio de la Reina. Y entregó la carta que mandaba el Rey. Entonce ella luego que ha recibido la carta, ha comenzau los preparativos y lu ha hecho casar con la Princesa.

—287

Y el Rey si ha dejau estar allá pasiendo, divirtiendosé en la otra ciudá.

Dice que como a los dos meses ha vuelto otra vez. Y que dice:

-¿Y, que cómo llegó el niño aquí?

-Sí, sí, ha llegado.

-¿Lo mataste?

-Si cómo lo vuá hacer matar, si mi has hecho decir que ni bien llegue lu haga casar con la Princesa. Ya lu hi hecho casar.

-Pero... ¡Cómo voy a decir eso!

-Pero si aquí 'tá la carta que mi has mandau, ve.

Y la lee él a la carta y era cierto. Que inmediatamente que llegue lu haga casar, decía la carta.

-¡Ay! -dice-. ¡Cómo había pasau esto!

Como ya si había casau, nu ha podíu hacer nada.

-Bueno -le dice-, ahora, si querés vos que te entregue la señora, la esposa, te la voy a dar. Si en caso vas vos y me traís los tres pelos di oro del diablo, que tiene en la cabeza. Entonces, cuando vuelvas de allá vamos a festejar la boda y vamos hacer las relaciones.

Y al momento si ha ido. Ha tomau otra vez el niño al campo, y si ha ido a lo de Dios que es grande.

Qui ha caminau y ha caminau muy mucho por un bosque y llega al mar. Y va y da con un señor que 'taba cuidando un buque. Y le dice:

-¡Oh!, ¡niño lindo! ¿Para dónde vas?

-Me voy en busca del diablo.

-¡Ah!, mi hace el favor de decile al diablo si cómo puedo hacer pa dejar de cuidar este buque, que 'toy aquí penando, porque no puedo salir.

-Bueno -le dice, y se va.

Ha caminau muy mucho otra vez y ha ido y ha dau con un hombre que 'taba cuidando -dice- una palangana. Y le dice si pa dónde se va...

-Me voy en busca del diablo.

—288

Bueno, hombre, me va hacer el favor de decimelé al diablo si porque esta palangana ante daba vino y ahora da agua.

-Bueno -le dice, li ha dicho.

Y se va. Sigue el camino.

Que había caminau muy lejo y va y encuentra otro que estaba pelando naranjas.

-¡Oh!, ¡niño lindo!, ¿pa dónde va?

-Voy en busca del diablo.

Y le dice:

-Oiga, porque no mi hace el favor, digamelé al diablo si porque esta planta de naranja, que antes daba naranjas di oro, ahora ya no da nada.

-Bueno... -y se va. Y como Dios lu había guiado al pobre, había ido y había llegau cerca de donde ya era la casa del diablo.

Y llega. Entra no más ahí. Y 'taba la diabla no más, el diablo no 'tá.

-¡Ay!, ¡niño lindo! -le dice-, qui anda haciendo por acá. Ahorita viene mi marido y lo come.

Y le cuenta que iba en busca de los tres pelos di oro del diablo. Y li ha contaú los encargues que tenía.

Y bueno... Y en eso...

-¡Ay!, ¡ahorita va venir mi marido y lo va a comer! -es que dice-. ¡Venga!

Que habían hecho un hoyo en el suelo y lo ha hecho que se ponga ahí y después lu ha tapau a él, y ha puesto un cuero encima.

Ya qui ha llegau el diablo.

-Hi andau por acá cerca no más -que dice-. Ya voy a volver a salir otra vez. Preparame el dehayuno.

Y le dice:

-¡Puf! ¡Puf! ¡Puf! ¡Carne humana hiede aquí!

-Pero, quién va andar. Aquí no sabe venir nadie.

-No. No. ¡Carne humana hiede aquí! -que decía el diablo.

—289

Y dice:

-¡Cómo, si aquí nunca viene nadie!

Y le dice:

-Vení...

Li ha preparaú el dehayuno, li ha dau, y le dice:

-Vení, te voy a espulgar.

Y le ha comenzau a hurgar la cabeza, así. Y esque ha comenzau a tener sueño el diablo. Y en eso que está, que le pega el tirón, le saca un pelo, un pelo del diablo.

-¡Ay! ¡Que no me chuciés tan fuerte!

-¡Ay! -esque le dice-, ve, mi hi quedau dormida y he estau soñando que 'taba un hombre cuidando un buque y que mi había preguntau cómo se podrá hacer pa dejar de cuidar ese buque.

-Nadie sabe, sólo yo -dice el diablo.

-Qué, cómo, decime... cómo se podrá hacer.

-Que consiga a otro que cuide el buque, y lo deja de cuidar, y se lo deje al otro y se vaya.

Bueno...

Y que sigue hurgándole la cabeza ella, así, hasta que le va y le pega el tirón y le saca el otro pelo.

-¡Ay!, ¡que no me chuciés tan fuerte!

Y dice:

-Ve, me había quedau dormida. 'Taba soñando que 'taba un hombre cuidando una palangana y que me decía que cómo se podrá hacer, que esa palangana antes daba vino y ahora da agua no más.

-Nadie sabe, sólo yo.

-Y cómo, cómo se puede hacer para que vuelva a dar.

Y le dice:

-Ve, bajo la palangana, hay un sapo, y sacandoló, cavando y sacandoló al sapo, va a volver a dar el vino, como antes, esa palangana.

—290

Y bueno... Y le sigue hurgando otra vez la cabeza y le saca el otro pelo.

-¡Ay!, ¡no me chuciés tan fuerte!

-¡Ay!, me había quedado dormida y 'taba soñando que un hombre 'taba cuidando una planta de naranjo y que mi había dicho, porque esta planta de naranjo ante daba naranjas di oro y ahora no da más, no da nada.

Y dice:

-Nadie sabe, sinó yo.

Y dice:

-Cómo, deque manera, ¿pórqe?

-Es que bajo la raíz de la planta de ese naranjo hay un ratón y sacandoló a ese ratón, y matandoló, va a volver a dar otra vez naranjas di oro como antes, esa planta. Bueno, dejame, ya me estás chuciando muy mucho. Ya me voy.

Y se levantó y dice:

-Bueno...

Y el otro ya 'taba oyendo tamén, que 'taba áhi cerca no más, 'taba encerrado y tapado.

Cuando se ha ido el diablo, le dice la diabla que se vaya inmediatamente antes que vaya a volver éste, que lo va a comer. Y lu ha sacau y li ha dicho lo qui habían dicho de la planta de naranjo, de la palangana, y el buque y todo, y li ha dau los tres pelos di oro. Y si ha ido.

Y él li ha dau las gracias y si ha ido.

Cuando ha vuelto de allá, le dice el de las naranjas:

-¿Cómo le va amigo? ¿Y el encargue que l'hi hecho?

-Sí, m'ido bien. Y dice que bajo de la planta de naranjo hay un ratón y que sacandoló a ese ratón, va a volver a dar naranjas di oro ese naranjo, como di antes.

-¡Ay!, ¡hombre, no se vaya, quedesé. Ayudamé a sacarlo! Vea, yo le voy a dar diez cargas de naranjas di oro, con madrino130 y todo, pa que lo lleve a su tierra.

—291

Bueno, si ha quedau. Esa tarde han cavau y han hallau el ratón, lu han sacau, lu han muerto. Al otro día esqui había amanecíu la planta caéndose de naranjas di oro. Y li ha dau, como li ha prometíu, al otro, las naranjas, con los padrinos, con todo pa que vuelva, pa que lleve hasta la tierra de él.

Y ya venía pasando por donde 'taba la palangana. Y le dice:

-¿Ya vuelve, amigo?

-Ya.

-¿Cómo l'ido con mi encargo?

-Bien. Dice que bajo de esa palangana hay un sapo. Y que cavando y sacandoló al sapo va volver a dar vino, como di antes, esa palangana.

Y le dice:

-No se vaya, hombre, quedese. Ayudeme a sacar el sapo. Yo le voy a dar diez cargas de vino, con padrinos, con todo pa que lo lleve pa su tierra. Y bueno... Si ha quedau. Y esa tarde han sacau el sapo, lu han muerto. Y al otro día había amanecíu la palangana derramandose de vino. Y li ha dau tamén como li ha prometíu.

Ya s'iba con diez cargas de naranjas di oro y diez cargas de vino.

Y bueno, y que llega al del buque. Que dice:

-¿Cómo le va amigo? ¿Ya vuelve?

-Ya. Mi ha ido bien. Dice que buscando otro quién cuide el buque, puede dejar de cuidar usted.

-Bueno, amigo, muchas gracias.

Y llega allá con el cargamento de las naranjas y con el vino. Y entonces el Rey ya nu ha podido hacerse pa atrás y ha dicho que l'iba dar la niña ahora. Dice qui habían hecho una boda ¡de grande! Que han invitado toda clase de personas de las mejores. Tres meses qui habían bailau, celebrando la boda. Y lu han coronado de Rey a él, al niño que si había casau con la Princesa. Y cuando salía a bailar la Princesa con él, ya les había enseñáu él a los piones qui había llevau, que cuando salga él a bailar con ella, saquen en el poncho unas ponchadas de naranjas di oro y tiren en la cancha. Y así hacían. Cuando ya —292'taba en la cancha él con la señora ya se tiraban naranjas di oro. Y los mosqueteros¹³¹, a cual primero pillando las naranjas. Y el Rey entre medio, que se caía por pillar las naranjas di oro.

Bueno, después qui ha pasau... Como había llevau un vino esquisito, así que tenían mucho vino para festejar mucho.

Después que ha pasau la fiesta y todo, y que el Rey le dice:

-Decime, hombre -que le dice-, de cuando has traído tantas naranjas di oro.

-¡Ay! -que le dice-, por ese campo por donde yo hi ido, habían sido unas quintas tan grandes de naranjas di oro, y áhi hi juntado esas que hi traído.

-¡Ay! -dice-, yo me voy a ir a juntar naranjas di oro.

Y había ordenado preparar las mulas, diez mulas cargadas con bolsas y con todo, que iba a trair las naranjas di oro.

Y se va. Ya lu había coronau de Rey al joven que li había traído los pelos.

Y bueno, el Rey derechito que había ido a verlo al que 'taba cuidando el buque. Y que le dice:

-Yo soy un Rey -que le dice- que ando buscando unas quintas. ¿Ande hay unas quintas de naranjas di oro por acá, por este campo?

-¡Ay! -que le dice-, vea por allá, por aquella costa que se ve, por áhi hay unas quintas tremendas de naranjas di oro, pero, que va ir usted, señor Rey, a juntar las naranjas. Vea, quedese usted cuidandome al buque, yo ahorita le voy a ir a juntar. Yo voy a llevar las mulas y todo. Y le voy a

juntar ahorita, le voy a trair, quedese usted aquí. Hasta que había arriado las mulas. Si había mandau a cambiar en la mula qui había ido el Rey. Éste se había mandau a cambiar, éste, y nu había vuelto más, y lu ha dejau cuidando al Rey el buque. Y áhi estará todavía.

Y el otro ha quedau de Rey en la casa, el joven que nació predestinau a ser Rey.

Mercedes Castro, 80 años. Santa Rosa. Tinogasta. Catamarca, 1970.

—293

Nota

Nuestros relatos pertenecen al conocido cuento del niño que nace predestinado a ser yerno del Rey. El Rey conoce la profecía y ordena diversas medidas destinadas a hacerlo desaparecer, como la de exponerlo a las aguas. El niño se salva siempre. Tienen el antiguo motivo de la carta que lleva el niño en la que el Rey manda a la Reina que lo haga matar, pero que es cambiada en el camino dando la orden de que lo haga casar con la hija del Rey, cumpliéndose así la profecía. El Rey le encomienda entonces tareas muy difíciles como la de traer tres pelos de oro de las barbas del diablo; lo hace y cumple muy difíciles tareas que le proporcionan grandes recompensas. El Rey envidioso quiere imitarlo y queda pegado a los remos del bote o al barco que lleva al mundo desconocido. Corresponden a los Tipos 461 y 930 de la Clasificación de Aarne-Thompson.

—[294] —[295]

Las hilanderas mágicas. Las ánimas milagrosas
4 versiones y variantes

Cuentos del 1026 al 1029

—[296] —297

1026. Las almas del purgatorio

CATAMARCA

Era una niña con la madre. No eran muy pobres. Tenían un regular pasar. La niña era muy linda pero muy floja, y cuando fue grande, la madre le dijo un día:

-Vos no te vas a conchabar porque no sabís trabajar. Pero, mejor recemos

pa las almas del purgatorio. Ellas nos van a ayudar en todo y nos van a dar de comer. Las ánimas ayudan mucho, a los que son devotos de ellas. Un día, un mozo muy rico, pensó en aquella niña. Preguntó a la gente qué hacía la niña, que en que si ocupaba. Y se dispuso a ir a ver qué hacía. Al otro día bien temprano se fue, y al llegar a la casa y golpiar la puerta, salió la señora. Entonce el mozo le preguntó que qué hacen, porque no salen y en que trabajan. Y ella le contestó que vivían pobremente. Entonce el joven le dice que porque no hace trabajar a la niña, que él podía ayudarla. Entonce la madre le dice que sí, que la niña sabía trabajar de todo, muy bien. Entonce le dice que él le iba a mandar lana pa que hile y teja, y todo lo que les hacía falta a las dos, madre y hija. Entonce la madre la llamó a la hija, y como la hija no sabía ni hilar ni tejer, le dice:

-Mañana le voy a contestar, y si me agrada, le voy a decir y voy a tomar el trabajo.

Se fue el mozo muy intrigado.

Esa noche la niña se puso a llorar porque tenía vergüenza que ese mozo viera que era tan floja. La madre le decía que —298probara a ver si podía hacer algo. Áhi 'taban, cuando sintieron unos golpes en la puerta y preguntó la niña quién era, y de fuera le contestaron:

-Somos las almas del purgatorio que venimos a decirte que hagás el trato con el mozo que vino esta mañana, que nosotros te vamos a hilar y a tejer la lana. Pero todas las noches tienen que rezar.

Bueno, al otro día la señora le hizo avisar al joven que mande el material en la cantidá que quiera para trabajarlo. Inmediatamente el joven mandó a la casa de la niña una gran cantidá de lana, montones de lana pa que hile y teja, y comida de toda clase. Él pensaba que la niña no era capaz de hacer nada.

Llegada la noche, las almas del purgatorio se presentaron en la casa de la niña, golpiaron la puerta y llevaron cada una un montón de lana para hilar y tejer, y les dijeron que ellas recen siempre por ellas.

Bueno, cuando pasó un mes, están llegando las almas con una carga de telas de toda laya pa que las entregue la niña al mozo rico.

Al otro día bien tempranito le manda a avisar que venga pa entregarle las telas. Grande fue la sorpresa del joven al ver las telas, y preguntó si quién había trabajado tantas telas y tan hermosas. Le dijeron que la niña, y áhi no más se interesó en ella.

Bueno... Pasó unos cuantos días y se presentó a buscarla pa novia porque era tan enteramente guapa. Pero ella le dijo que no podía darle ningún contesto hasta que no converse con unas cumitas¹³² que tenía.

Bueno... A la noche se presentaron las almas del purgatorio y le han dicho que aceite, y que ellas la iban a ayudar, que no tenga miedo de nada.

Ya se realizó el casamiento y la niña invitó a todas las cumitas. Vinieron tres. Eran muy feas, así que al final las hizo pasar solas, a las almas, y las presentó al marido. Había una que tenía un brazo muy largo y caído. El mozo le preguntó porque tenía ese brazo así, caído y largo, y ella le

dijo:

-Mi marido mi ha hecho planchar y hilar tanto, que se mi ha estiraó, y se mi ha caído el brazo.

Entonce él, dandolé dinero, li ha dicho:

-Mi señora jamás en la vida va a planchar ni va a hilar paque no se le caigan los brazos.

Luego jue a ver a la segunda, que tenía los ojos salidos, y le preguntó porque tenía así los ojos. Y ella le dijo:

-Mi marido me mandaba a hacer juego y a que tejiera telas y d'eso se mi han salú los ojos.

Entonce él, dandolé dinero, le dijo:

-Mi señora jamás va a hacer juego ni va a tejer telas.

Jue a la tercera que tenía una joroba y 'taba con las piernitas duras.

Cuasi era una mitadita, no más. Y cuando el joven le dijo que porque 'taba así, ella dijo:

-Mi marido mi hacía bordar muchas telas y tenía que andar mucho al sol y al calor y se mi hizo esta joroba, y se me secaron las piernas.

Entonce el joven dijo:

-Mi señora nunca andará por el sol, ni va a bordar ni a trabajar en nada -y le dio plata pa que se juera.

Bueno, entonce las almitas le entregaron a la señora, a la madre, la plata pa que les haga decir misas. Luego se hicieron unas palomitas blancas y se jueron volando al cielo.

Y así la dejaron a la niña, que era devota de ellas, bien asegurada. Y áhi 'tará tuavía.

Edelmira Contreras, 78 años. Belén. Catamarca, 1951.

Lugareña rústica. Buena narradora.

—300

1027. Las ánimas protectoras

LA RIOJA

Había una vez una señora que tenía criando a una sobrina. Esta niña estaba ya algo crecida y la tía tenía interés en hacerla casar. La chica no quería casarse, pero la tía lo veía muy conveniente de hacerla casar con un señor muy rico del pueblo. Este señor quería casarse con una niña que fuera muy habilidosa. Entonce la tía lo engañó, le dijo que su sobrina sabía hacer bordados muy hermosos, que hilaba muy finito, lindo; en fin, que era una niña que sabía muchas cosas. Que cortaba a las mil maravillas las ropas para hombre. Entonce, un día, este señor va a visitarla a la viejita, para ver, de paso, a la sobrina. Entonce la viejita ha presentado a la sobrina y él hizo que la sobrina le hiciera unos chalecos bordados.

Entonce la tía le dice:

-Cómo no, traigalós no más que mi sobrina se los va hacer.

Entonce, el señor, más tarde volvió trayendolé las telas y los hilos para que le hiciera unos chalecos bordados. Entonce la chica se vio en mucho apuro porque no los sabía bordar. No hallaba qué hacer. Entonce la tía le dijo:

-Dejate llevar. Hacelo como puedas, que te saldrá bien.

Entonce, en la noche, la chica se fue a su pieza con los cortes de tela y

los hilos de bordar y no sabía qué hacer. Era tal su desesperación que la chica empezó a rezar, a invocar a las almas, a las ánimas, que ella siempre sabía ponerles velas, rezarles. Entonces acudieron en seguida tres ánimas, y le decían que no se aflija, que deje todo en manos de ellas y que se vaya a descansar.

—301

Al día siguiente, a la mañana, encontró la niña ésta, la sobrina, encontró los chalecos cosidos y bordados, muy bien. Entonces la tía, contenta, le hizo entrega al señor éste que quería que sea su futuro sobrino. Y estaban muy hermosos los chalecos bordados. Entonces, después, el señor quiso traerle también una lana para que le hiciera un hilo finísimo. Entonces también trajo. La señora le dijo:

-Tá muy bien, traiga no más.

Cuando le trajieron la lana a la niña, también la niña sufrió mucho porque no sabía hilar, no sabía hacer el trabajo. Y lo mismo a la noche, cuando se fue a la pieza con la lana y con el huso y todo para hilar, ha hecho un pedido a las ánimas. Entonces de nuevo acudieron las almas a ayudarla y le dijeron:

-Vete a dormir tranquila que nosotros te vamos hacer el hilo.

A la mañana siguiente cuando se levanta la niña, va y estaba todo el hilo hilado y ovillado, hermoso. Entonces la tía hizo entrega al señor de este hilo y inmediatamente el señor quiso casarse con la niña. Prepararon la fiesta, la boda. El señor presentó de su casa muchos animales para matarlos, chanchos, gallinas. En fin, hicieron una fiesta muy linda, invitaron a la gente del pueblo. Pero la chica le pidió un favor, que, cuando invitaran, dejaran que ella hiciera una invitación especial a tres tías viejísimas que ella tenía. Pero, estas tales tías no existían, eran las ánimas. Y este trato tenían con ella, ya que ella había salido tan bien, que las invitara a la boda. Entonces la tía aceptó que se las invitara y el señor también.

Cuando ya estaban en lo mejor de la fiesta, llegaron estas tías. Las hicieron pasar, pero, ¡eran tan feas! Les pusieron asiento y entonces vino el señor que acababa de casarse con la niña, vino a saludarlas. Y le causó admiración verlas tan feas. Y le dice a una de ellas que tenía los ojos muy rojos, muy feos, y siempre con lágrimas:

-¿Qué le pasa, señora, en la vista?

-¡Ah, es de tanto bordar! Así se me ha cegado la vista de tanto bordar.

—302

Y entonces pensó para sus adentros: a mi señora no la voy a dejar bordar. Bueno. Entonces va y le pregunta a la otra:

-¿Qué le pasa, señora, que usted tiene un bracito encogido y el otro tan largo?

Y dice:

-¡De tanto hilar, señor! Como siempre este brazo está estirado para llevar el hilo, se me ha hecho este brazo largo, y el otro, encogido, de tanto hilar.

Entonces el esposo pensó: yo a mi señora no la voy a dejar hilar más, para que no se le deformen los brazos.

Y la otra tía, también la vista toda roja, muy enteramente achacosa. Le dice el señor:

-¿Por qué está así, señora?

-Y, de tanto coser y cortar. Como hago tanto esfuerzo así, al estar cosiendo, se me ha criado esta joroba en la espalda.

Entonces él pensó: a mi señora no la voy a dejar cortar ni coser. Y sacó de la casa todo, todo lo que fuera implemento para bordar, para hilar, para coser, para que ella no los usara y siempre se conservara su figura linda. Y de esa forma la chica se salvó de hacer esos quehaceres que no sabía.

Y vivieron felices,
comieron perdices,
y a mí no me las dieron,
porque yo no las quise.

Antonia Díaz de Páez, 46 años. Los Sarmientos. Chilecito. La Rioja, 1968.
La narradora es maestra. No ha salido de su región. Aprendió éste y otros cuentos de la madre, que era una gran narradora.

—303

1028. Las ánimas milagrosas

LA PAMPA

Dice que había un joven muy rico y güen mozo.

Y dice que había una señora que tenía una chica. Esta chica era muy bonita, pero muy holgazana; no sabía hacer nada, nada, nada.

Dice que pasó este joven por ahí afuera y la vio a la niña y se enamoró de ella. Dice que él creía que era trabajadora y que le dice a la madre:

-¿No sabe hilar esa chica?

Dice que le dice la señora vieja:

-¡Que no ha de saber!

Y dice que le dice:

-¿No sabe tejer?

-Pero, ¡como no!, si es un primor lo que hila y lo que teje.

-Y ¿bordado? -le pregunta.

-¡Qué no ha de saber, mi señor!

Dice que la chica 'taba escondida escuchando lo que decía esta señora, y no sabía qué hacer.

Este joven, entonces, le dio lana para que le haga un chaleco con la tela muy finita y que 'sté todo bordado.

Entonces dice que la chica se puso a llorar lo que la señora había dicho eso de ella. Y le dice que paque había dicho eso. Entonces la señora le dice:

-No tengás cuidado vos. Algunos ti han de ayudar.

—304

El joven le mandó un poco de lana para que le haga un chaleco con la recomendación que el tejido tenía que ser muy finito y bien bordado. Le dio un plazo pa que lo entregara.

A la noche, cuando la chica 'taba durmiendo, golpiaron la ventana. Entonce cuando ella abrió si aparecieron tres mujeres. Eran ánimas. Ellas le dijeron que una hilaba, la otra tejía y la otra bordaba. Entonce le dijeron que no tuviera miedo porque ellas le iban a ayudar, y que ella rezara por ellas.

Al tiempo, cuando se cumplió el plazo, las tres vinieron a traerle a la chica la prenda, a la noche, por la ventana. Era una cosa maravillosa. Un chaleco que nunca si había visto. Un hilo hilado finito, finito. Un tejido que no parecía hecho a mano. Un bordado que parecía una pintura. La niña les dijo que ella 'taba perdida si la hacían hacer a ella ese hilado, ese tejido y ese bordado. Entonce le dijeron que les tenía que rezar y que ellas la salvarían siempre.

Al otro día lo llamaron al joven. Cuando la niña le entregó el chaleco se quedó encantado de ver esa obra nunca vista. Se quedó prendado de la niña y le pidió que se casara con él. Y ya se hizo el casamiento.

La noche antes de casarse la niña, las ánimas le golpiaron la ventana.

Entonce le dijeron que tenía que invitarlas a la fiesta de boda.

Al otro día, le dice la niña al joven que le tenía que pedir un favor.

Entonce que él le dice que le pida cualquier cosa, y que hable no más.

Entonce le dice que tenía tres tías viejas, muy feas, y que las quería invitar. Entonce le dijo que cómo no. Entonce le dijo que como eran tan feas que quería preparar una piccita para que las viera él no más. Él le dijo que las invite con mucho gusto.

Bueno... Se hizo el casamiento. Y esa noche la niña lo sacó al joven y lo llevó a donde tenía a las tres tías. Cuando él las vio, las saludó. La niña se las presentó. Una tenía un brazo muy largo. La otra unos dedos de la mano largos y gruesos. La otra tenía los ojos salidos, estropeados, que daba pena verla. Entonces las despidió él muy amable y ellas se jueron.

Entonces él se quedó solo con la niña y le dice:

-Che, ¿pórque tu tía tiene el brazo tan largo?

-Y, de tanto tirar el huso para hilar -le dice.

—305

-Y la otra, ¿pórque tiene los dedos tan largos y gruesos?

-Y, de tanto pasar y torcer el hilo en el telar para tejer.

-Y la otra, ¿pórque tiene los ojos tan salidos? ¡Ay, qué cosa!

Y ella le dice:

-De tanto bordar. Eso es de tanto fijar la vista en el bordado.

-Bueno -que le dice- desde hoy, de este mismo momento, te vas, agarrás los husos, las agujas y los hilos, y los vas a tirar. Yo no quiero que quedés como tus tías.

Y así la niña quedó libre por el milagro de las ánimas y muy bien casada.

Y fueron felices di áhi en adelante.

Ramona Torres de Gil, 71 años. Pellegrini. Toay. La Pampa, 1964.

Aprendió el cuento de una criolla vieja que era una gran narradora.

LA PAMPA

Cuentan que una vez vivió una pobre vieja que tenía una sobrina. Esta vieja no sabía cómo hacer para que la muchacha se casara. De por medio ella hacía unas visitas a la casa de una comadre, y allí siempre encontraba a un caballero rico. Entonces la vieja empezó hablar de la sobrina y de las buenas cualidades de la muchacha. Ella decía que era muy habilidosa, que sabía coser y bordar...

De resulta que este caballero, muy entusiasmado, fue a visitarla y preguntó a la muchacha si sabía hilar, pero la tía rápidamente contestó:

-¡Claro que sabe hilar, y lo hace con tanta rapidez y habilidad!...

El caballero entonces dejó tres madejas de lino para que las hilase. Ahora bien, la niña no sabía hilar, y a la noche se fue a su cuarto llorando y se encomendó a las benditas ánimas. Mientras rezaba se aparecieron tres ánimas y le dijeron que no llorase, que ellas la ampararían en pago del bien que les hacía con las oraciones, y al momento quedaron las tres madejas hiladas. Pero resulta que al otro día volvió el caballero y preguntó si la muchacha sabía coser.

-¡Cómo no ha de saber! -dijo la tía.

Entonces dejó género para que le hiciera tres camisas. La niña no sabía coser, pero esa noche las ánimas trabajaron por ella. Al tercer día se presenta el caballero con un chaleco de raso para que se lo bordase. Tampoco sabía bordar, y a la noche —307cuando estaba encomendándose con mucho fervor, aparecieron las tres ánimas, y una dijo:

-Te vamos a bordar el chaleco, pero con una condición: tenés que convidarnos a tu boda.

Así sucedió, y cuando el caballero vio tan bien bordado el chaleco, le dijo a la tía que quería casarse con la sobrina. La vieja estaba contentísima, pero la muchacha pensaba: ¡qué va a ser de mí cuando se entere que no sé hacer nada!

Llegó el día de la boda y las ánimas invitadas por la muchacha fueron al casorio.

Al entrar en la sala tres viejas muy feas, pues, una tenía un brazo corto y otro tan largo que lo arrastraba, la otra era muy jorobada y la tercera tenía ojos saltones y muy colorados, preguntó el caballero:

-¿Quiénes son esas viejas?

-Unas tías de mi padre -respondió la muchacha.

Entonces el señor se encaminó hasta ellas y le preguntó a la primera:

-¿Por qué tiene un brazo tan largo?

-Porque he hilado mucho -respondió.

A la segunda le preguntó:

-¿Por qué es tan jorobada?

-De tanto bordar, hijo mío -respondió ésta.

A la tercera le preguntó:

-¿Por qué tiene los ojos tan reventones?

-De tanto coser y agachar la cabeza sobre la costura -contestó.

Entonces el caballero dijo a su esposa:

-Quema tu huso, y que no te vea jamás hilar. Quema tu bastidor, y que en la vida de Dios te vea bordar. Agarra los hilos y las agujas y tóralas al pozo.

Y así la pobre muchacha se salvó y fue muy feliz con su esposo.

Nicasia Giménez, 45 años. Trenel. La Pampa.

La narradora es maestra de escuela. Oyó el cuento muchas veces a una mujer del pueblo, en su infancia.

—308

Nota

Nuestras versiones son variantes del cuento tradicional europeo. Una niña haragana es obligada a realizar tareas difíciles de hilado, tejido y bordado para asegurarle el casamiento con un rico pretendiente. Ante el compromiso imposible invoca a las Ánimas del Purgatorio. Ellas se presentan en forma de tres viejas muy feas y defectuosas. Realizan obras maravillosas y le piden a la niña que las invite el día de la boda.

A la boda llegan las tres viejas, que la niña presenta al esposo como tías muy queridas. El joven les pregunta sucesivamente a cada una, por qué tiene el brazo tan largo, los ojos salidos y una abultada joroba. Ellas responden que por causa de haber hilado, tejido y bordado tanto. El esposo declara que su esposa no hilará, no tejerá ni bordará nunca.

Es el cuento N.º 14 de Grimm y está dentro de los Tipos 500 y 501 de Aarne-Thompson.

En este caso, como en otros, las hadas nórdicas europeas son reemplazadas por espíritus milagrosos como las ánimas, de acuerdo con las creencias de nuestro pueblo.

—[309]

El muerto agradecido

2 versiones

Cuentos 1030 y 1031

—[310] —311

1030. El ratón

El muerto agradecido

CATAMARCA

Dice que había una vez un Rey que había quedado ciego. Era ciego. Tenía tres hijos. Y había mandado al mayor a que buscara la vista. Porque una vecina curandera, de las de cuanta, li había dicho que no iba conseguir cura. Que uno de sus hijos tenía que salir a rodar tierra, y a buscarla lejos.

Mandó al mayor con tres cargas de plata, arrieros, mulas, pa que fuera a buscarle la vista.

Fue este niño y en la ciudad vecina si había dedicado al folklore¹³³ y a la juerga y había gastado la plata y había quedado pobre sin tener qué comer. Trabajaba, que hacía unas changas para vivir.

Al año nu había vuelto y el Rey lo manda al hermano menor. Le dice: -Andá, hijo, la curandera mi ha dicho que voy a recobrar la vista, dice, si me sopás los huecos del ojo con las lágrimas del pájaro que llora y canta.

-Muy bien, voy a irme -dice.

Había ido y llegado a la ciudad ésa; casualidá, el hermano andaba en esa zona.

—312

-¡Oh!, hermano -dice-, ve la desgracia, che -dice-. Hi venido acá, mi han robado todo.

En fin, le echó una mentira y lo convidó a divertirse. Y dice que ya gastaron toda la plata y todo lo que traía al vender mulas, arrieros, y todo. Terminaron. Y se quedaron tan pobres como mendigos los dos.

Al año siguiente lo mandó al más chico. Le dice:

-Andate, vos, hijo. Tal vez vos hagás la diligencia, ya que tus hermanos han corrido tan mala suerte.

Si había ido el chico.

Había llegau a la ciudad, y al entrar se sentía mal olor. Había preguntado:

-¿Por qué, qué es ese olor? -dice.

-Es un pobre que si ha muerto y los acredores no permiten que se lo sepulte. Mientras no paguen las deudas, áhi va 'star -dice- hasta que se pudra.

Había llegado al lugar ande iba a parar.

Era muy religioso, el joven. Había ido a la iglesia. Había hablado con el sacerdote, que llame para el otro día bien temprano a todos los acredores. Había hecho venir las mulas, había descargado la plata y había pagado al que le debía y al que no le debía, hasta el último centavo. Si había sepultado ese difunto. La señora del difunto, en agradecimiento, había ido y le dice que Dios li hai de pagar porque si ella no podía, que vaya con Dios.

Había seguido.

En eso si había quedau el hombre, en las alforjas, con poco avío. Y había seguido por los caminos de Dios, y iba, iba, iba, iba. En una de esas -dice-, se li había cruzao por adelante de la mula, un ratón grande, coludo. Al rato, otra vez y otra vez.

-¿Qué tiene este animal?

Ya se le sienta adelante y le dice:

-¡Llévame!

-Y páque te guá llevar, hom -que dice-, ¿pa que me comás los lazos?

—313

-No -dice-, llévame, yo te guá ayudar. Te guá entretener por lo menos.

-¿Y cómo te guá llevar?

-Lárgame un lazo trezau.

Le larga un lazo trezau y áhi había subíu el ratón por sobre el lomo y si había sentau en las ancas de la mula y de allá se li había puesto en el hombro. Y ha sacau una tabaquera y dice:

-Píte, señor.

-No, hombre, yo no sé pitar -dice-. Nunca hi pitau.

-No, no, píte, señor.

Ya li había armau un chala¹³⁴ -dice-, y li había dau.

-¿Pa dónde va?

-Voy -dice- a buscar -dice- el pájaro que llora y canta, para ver si le salvo la vista a mi padre.

-¡Ay! -que dice-, ¿es tan difícil conseguir eso, pero si hace lo que yo le digo va andar bien!

Habían llegado, ya se les estaba haciendo la tarde, habían hecho ronda cerca di una casa. Si habían bajado y había atado la mula, había dehensillado, había hecho fuego, la había maniado. Y que dice:

Voy a buscar alguna achura di allá, de la casa de los amigos.

Si había ido el ratón, y si había devuelto con las alforjas -dice- con pan, azúcar, yerba y churrasco. Y había hecho un churrasco y había comido y li había hecho pitar un cigarro.

Al otro día, al alba, ya había 'stau el ratón -dice- con la mula ensillada, el mate cocido listo y el churrasquito chico, pero para que alimente.

Había salido, así. Así habían hecho muchas jornadas, muchas jornadas, hasta que un día le dice:

-Bueno. Vea -que le dice-. Yo me voy a quedar aquí. Usté se va ir -dice- a la boca di aquella quebrada. 'Tán dos —314— piedras grandes dandose botes. Ésas son las malas comadres. Eran -comadres di obligación -dice- y que eran peliadoras y por eso Dios las ha puesto que se den calabazos.

Cuando si abran las piedras, es cuando va a pasar. Va ir áhi a la ciudá de los moros. Va ir y si los moros están hablando, dentre con toda seguridá.

Deje la mula áhi y entre. Y si están callados -dice-, quedese hasta que ellos se muevan, porque los moros, si están hablando, están dormidos; y si están callados, están despiertos. Entre -dice- y va ir unos cien metros.

Dé la vuelta a la derecha. Está una sala grande -dice-. Áhi hay pájaros de todos colores, jaulas. Levante una jaula vieja que está con un pajarito -dice- desplumau, feo. Ésa, levantela y dése la vuelta callado la boca, ojala que lu hablen, que lu hable su padre, que lu hable su madre, no conteste nada, vuelvasé. Áhi 'tá el caballo de siete colores que usté tiene que subir y una princesa robada que usté tiene que salvar.

Había hecho así el joven. Había ido y si había alzau la jaula del pájaro que 'taba pelajiau, y de vuelta, al ver las jaulas tan hermosas y pájaros tan lindos, se le dio por llevar otra que era di oro y tenía un pájaro

hermoso. Y allá, al salir, lu había pisau en el pie a un moro y lu había levantado en el aire. Había ido y lu había puesto en una prisión calzada con espadas en todas partes. Se quería mover y lu hincaban las espadas, dice, y había sentiu que rascuñaban el techo. Rascuñaban el techo, quería mirar, dice, y li hincaban las espadas por todas partes. Hasta que al último que le dicen:

-¡Niño!, ¡niño! -el ratón-. ¿Qué hacé áhi?

-Aquí estoy. No me puedo mover. Mi han pillau los moros -dice-, y mañana me van a matar. Ya mi han leído la sentencia.

-¿Ha visto? -que le dice-. Nu ha hecho lo que yo li hi dicho. Por eso se ve así.

Ya si había largau, dice, del techo en el suelo. Ya si había subíu por las espadas. Y le dio un cigarro pa que pite.

-No, qué voy a pitar.

-No, pite, yo le voy a prender el cigarro. Y pite, y pite. Vea, tome esa cortapluma.

Y le da una cortapluma vieja medio chueca.

—315

Lo había puesto en el bolsillo.

-Aquí mismo lo van a matar, lo van a querer botar los moros. Pero tienen, dice, norma de concederle la gracia, el último pedido a todo el tipo que va a morir. Cuando lo quieran matar, usté digalés que quiere que le ensillen el caballo de siete colores, que le pongan la jaula del pájaro que llora y canta en la mano, y la niña la hija del Rey presa, en las ancas del caballo. Y que dé una vuelta a las cuatro esquinas de la plaza. Li había dau las instrucciones, al empezar, comu que así había hecho el joven.

Al otro día, dice, lo llevaban con una cadena más de cien moros, teniendoló al caballo, que era un caballo que parecía que iba a volar. Al llegar, dice, a la última esquina, como li había dicho el ratón había sacado la cortapluma.

-¡Qué va cortar esta cadena, esta cortapluma! -una cadena gruesa.

Dice que cuando iba llegando a la última esquina, había sacau la cortapluma y li había pegau un tajo a la cadena y había caído la cadena. Y había rajau el caballo a toda carrera, con el joven, con el pájaro y la niña.

Los moros, dice, qui habían quedau una sola gritería...

En fin, si habían ido. Los seguían, los seguían, dice. Y el ratón, ya que había estado afuera del límite de la ciudad. Que a la mula la castigaba, preparandolá a la mula. La cola parando, si había rajau con él.

-¡Y apure! -dice- que el moro nos sigue. ¡Apure, que el moro nos sigue!

Ya se sentía la albaría 135 de los moros que venían.

Le dice el ratón:

-Bueno, ya 'stamos a salvo de los moros. Ahora -dice sus hermanos si han ido y han cavau un pozo en el desierto. Áhi 'tán vendiendo agua para los viajeros. No se confíe de sus hermanos, sus hermanos no le quieren el

bien.

—316

Habían llegado al pozo. Dice:

-¡Hola, hermano! ¡Dichoso de vos que ti ha ido bien! -dice-. Himos cavan

este pozo para vender l'agua y aquí vivimos -dice-. Vení, mirá.
Si había arrimau a mirar y li habían pegau un empujón, lu habían tumbau de cabeza dentro del pozo. De casualidá, dice, a más de la mitá que había quedau un raigón de árboles atravesados. Y viene y si había dado unas cuantas vueltas y había quedado agarrado.

Los hermanos habían subido al caballo, y con la niña y el pájaro si habían ido.

La niña si había enmudecido, el pájaro no cantaba y el caballo no relinchaba, y no sabían ni cómo iban hacer la medicina para salvar al Rey padre.

Áhi 'taba en el pozo y que lo ve asomado al ratón en el bordo del pozo.

-¿Qué hace?

-Y aquí 'toy. Mis hermanos mi han tirau.

-¡Ha visto! -que le dice-. ¡Que no li hi dicho que no se confíe!

Ya si había largau el tipo.

-Fijesé, no se largue y vaya y escape y se vaya al fondo. Que se vía el brillo del agua.

-Que no.

Lu había hecho pitar.

-Bueno -li había dicho-, agarresé de mi cola yo lo voy a sacar.

-Que no, hom... -dice-. Si yo mi agarro de la cola y se me zafa el cuero...

-Que no, hombre -dice-, cómo creís.

-Agarrate.

Si había agarrau del ocote y todo, y con la cola si había envuelto la mano. Bueno... Habían ido subiendo y él es que iba ayudandoló con las manos, el ratón.

-Ya que estás aquí hasta estas horas, pitá -le dice el ratón.

-Oh, no, hom... yo no puedo.

-Que vas a pitar diez -que le dice.

—317

-No -dice-, yo no puedo.

Y es que si había agarrau con una mano el ratón, dice, y había sacau la chuspa136 y había armau uno.

-Pitá -le dice.

Lu hizo pitar. Y ya el niño le pegaba unas chupadas que pasaba de la linia.

-Bueno, vamos hacer la última jornada...

Ya había puesto la mano el joven en la tierra y había salíu el ratón.

-Pitá -li había dicho.

-Que no.

Lu había hecho pitar y le dice:

-Bueno, tus hermanos ya van llegando al palacio. Al llegar allá, le van arrancar las plumas al pájaro, no va hablar la niña, ni va relinchar el caballo. Usté va hacer -dice- lo que yo le diga. Y se han ido.

Ni bien había llegado, los hermanos le dicen:

-¡Oh, hermano! -dicen-, nosotros te hemos dejau porque no tenemos lazo pa sacarte. Qui ha sido la desgracia que ti has escapau pal pozo -dicen.

-Sí -que dice.

Dice que ya la niña hablaba, que cantaba y lloraba el pájaro y relinchaba

el caballo de siete colores.

Que le dice el ratón:

-Al pájaro arranqué una pluma del ala derecha y cuando el pájaro cante, va llorar. Va a caerle una lágrima del ojo derecho. Sope la pluma y va a pasarle a su padre y digalé: Por la virtud que Dios te dio, recobra la vista padre mío.

Así lu ha hecho.

Li había dicho el ratón:

-No se vaya equivocar, le vaya a poner los ojos cambiados.

—318

Lu había curado y había recobrado la vista el padre. Contento y gozoso si había enderezado y había abrazado al hijo. Li había dado las gracias.

Y li había contado él lo que le habían hecho los hermanos.

Entonce que le dice el padre que pida la pena que él quiera.

Dice el hermano que pedía que se les dé una provincia o una estancia para que vivan tranquilos y si arrepientan de sus pecados.

El hombre si había casado con la niña y estaba gobernando su casa, su estancia. El padre lu había dejado dueño de todo. Un buen día, cuando más feliz estaba, que viene el ratón y le dice:

-Bueno, niño, yo ya me voy a ir.

-Pero, para dónde, hombre -que le dice-. Te van a matar.

-No -que le dice-, yo no soy ratón. Yo soy un alma, que Dios, Nuestro Señor, me ha mandado que lo salve de los peligros porque usted es un hombre bueno y recto. Soy el alma de ese hombre que usted lu ha salvado allá, de que se pudra por las deudas. Y como no tuve con qué pagarle, con esto le he pagado.

-¡No! ¡No!...

-Adiós.

Si hizo una paloma y se jue pal cielo volando.

Perfecto Bazán, 49 años. Belén. Catamarca, 1968.

Al motivo fundamental del muerto agradecido se amalgaman otros como el de Los malos hermanos.

—319

1031. El muerto agradecido

Los tres hijos

SAN LUIS

Ésta era una viejita que tenía tres hijos, llamados, el mayor, José, el segundo Pedro y el menor, Juan. Esta señora se encontraba enferma. En poder d'ella tenía cuarenta pesos. Cuando ella se sintió mal, llamó a sus tres hijos y les dio a conocer que en poder d'ella tenía cuarenta pesos.

-Bueno, mis hijos -les dice-, yo m'encuentro mal y pienso darles lo que

les pertenece. Tomá, José, diez pesos; vos, Pedro, tomá diez pesos y vos, Juan, diez pesos. Yo me quedo con diez pesos. Vos, José -le dice-, tomó estos lentes y te vas al monte. De ande me alcancís a ver con los lentes plantá un lindero, y de esta distancia que me hais visto, cuadró a todos vientos que esto será tuyo. Vos, Pedro, lo hacís igual y cuadró igualmente, que esto será tuyo. Y vos, Juan, lo hacís lo mismo, y cuadró a todo viento que esto será tuyo. La parte miya queda al sur, y yo la cuadraré si Dios me da vida.

Ellos se fueron contentos con lo que ella les había dado.

Ella siempre seguía enferma y llegó momento que ella seguía mal. Entós lo llamó a su hijo Juan:

-Vení, m'hijo, andá decile a José que me siento muy mal y que me preste los diez pesos, que yo le voy a dejar dos amigos para que le paguen.

José le contestó que él no le prestaba ni cinco centavos, y que si arregle ella. Igualmente le contestó Pedro. Juan le dio todo lo que tenía.

—320

La madre siguió mal y lo llamó a su hijo Juanito:

-Mire, m'hijo -le dice-, si yo muero, me echáis adentro de la petaca por nueve meses, y me cerrás la puerta. A los nueve meses abrí la puerta y será el pago que te dejo por tus finezas y güen corazón, pidiendoté que hagás, m'hijo, lo que yo te pido.

Pasaron cuatro días. Ella murió. Juan jue a pedir a los hermanos que lo ayudaran para el velorio y el entierro; los hermanos lo sacaron a punta di azotes y patadas.

Él se vino ande 'staba su madre muerta, y con resina de los molles veló a su madre, qu'hizo como velitas.

Después de muerta l'echó dentro de la petaca cumpliendo el pedido de la madre. Le cerró la puerta y se largó a comer pasto como un caballo, y a tomar agua. Se llenaba y se venía a su casita. Así pasó los nueve meses. A los nueve meses abrió la puerta y se encontró con dos caballos, uno tordillo y uno plateado, ensillados y con herrajes.

Él dijo:

-Agora, ¿qué hago acá? Agora me voy ande Dios mi ayude.

Salió de su casa y pasó por frente de la casa de su hermanos. Cuando lo vieron, lo llamaron con cariño. Era para matarlo y quitarle los caballos.

Él no hizo caso y se retiró galopando juerte y siguió su destino. Y se jue muy lejo. Siguió no más. Él, ande se le hacía la noche, no tenía más comida que pastiar al lado de sus caballos. Anduvo tres días y s'encontró al frente di un portón ande 'staba un letrero que decía: El que pase adentro d'este campo, será muerto. Él pensó:

-Para pasar la vida que paso, voy a entrar no más. Más bien que me maten para dejar de sufrir.

Al poco andar divisó dos jinetes que venían al frente d'él. Llegaron, lo saludaron y le dijieron qu'eran los hijos del dueño del campo. Le preguntaron los mozos si no lo había visto al letrero que había en el portón adonde él entró.

-Sí, lu hi visto, pero para pasar la vida que voy pasando, espero de que ustedes dispongan de mí.

Y entós contestaron los dos mocitos:

-Amigo, nunca l'himos pedido un favor a nuestro padre, pero agora pa

salvarle su vida le vamos a pedir este favor a —321 nuestro padre. Lo queremos a usted para hermano, lo que le vimos tan bien puesto en su persona y en su caballo, y lo que los gusta usted. Amigo, siga con nosotros.

Se dirigieron a la casa del padre que era un rey y lo dejaron a Juan en la calle; se bajan los dos hermanos y pasaron a consultar con el padre.

-Mire, papá, nosotros hasta la edad que tenemos nunca le hemos pedido un favor, y ahora hemos encontrado un mocito en nuestro campo, y lo queremos tener como hermano, para salvarle la vida.

-M'extraña, m'hijos -dijo el padre-, el pedido de ustedes-. Traigamelón, quiero verlo.

Fueron y lo trajeron. Él lo saludó muy bien al padre de los mocitos.

-¿Usted es el que quieren mis hijos para salvarle la vida?

-Sí, señor -le contestó él.

-Mire, m'hijo, yo le voy a apreciar como si fuera hijo mío. Por el pedido de mis hijos, usted estese tranquilo acá junto con ellos.

En esos momentos entró la señora y a la señora le preguntó si estaba conforme. Y la señora contestó:

-Estoy dispuesta a lo que usted ordene, como marido mío y dueño de casa.

Y ya quedó el mozo como hijo de estos reyes.

Vivieron así tranquilos hasta la edad de veinte años. Un día le dijo el padre a Juan:

-Mirá, hijo, te voy a poner una tienda para que aprendás a trabajar para vos, porque yo no tengo necesidad.

Jue y le puso una tienda. Juan ganó muchísimo y se hizo millonario.

Un día fue a la casa del padre, le pidió la bendición y le dijo:

-Papá, vengo a rendir cuenta del dinero que se ha hecho en mi casa, y que usted lo debe saber como padre.

Y él le dijo:

-Yo no necesito m'hijo. Eso te lo di para vos, y vos sabrás disponer, y si algo más te hace falta, yo te lo voy a dar.

—322

Él estaba tranquilo en su tienda cuando vio pasar un viejito que gritaba:

-¿Quién se anima a pagar dos cargas de plata para enterrar este muerto en sagrado?

Como dos o tres veces pasó y contestó Juan:

-Vayan, entierrelón en sagrado y vengan a llevar las dos cargas de plata.

Y ya lo enterraron al muerto y Juan les dio la plata.

Al otro día llegaron los hermanos de Juan a la casa de él, hechos un telar de inmundicia y de desdichas, y le dijeron:

-Juan, ¿esto es tuyo?

-Sí, hermanos -les contestó él.

-Ustedes estaban tranquilos en mi casa -les contestó Juan-. Yo voy a ver si les salvo la vida del padre que me ha criado.

Se fue Juan a la casa del padre y le dijo:

-Mire, papá, han venido dos hermanos míos y se ha penetrado ande usted me ha dado.

-Ta bien, m'hijo, te los salvo por vos. Si vos les querís dar, dales de lo que es tuyo.

Se fue Juan a la casa de él y les salvó la vida, y les dijo:

-Hermanos, dientren a mi tienda. Elijan trajes de lo que ustedes gusten de mi casa.

Él se jue, llamó un peluquero, los hizo pelar, los hizo bañar y los hizo aparecer a la par d'él. Y les dijo:

-Hermanos, mañana les doy una tienda ajuera del campo de mi padre de crianza pa que se busquen la vida.

Y así lo hizo.

A la casa de los hermanos no iba nadie a comprarles, y en la casa de Juan no se daba tiempo para despachar todos sus clientes. Entós entraron en envidia Pedro y José.

-Mirá, che -le dice un hermano al otro hermano-. ¿Cómo haremos para hacerlo matar a Juan?

En aquellos momentos que ellos 'staban en consulta para hacerlo matar a Juan, llegó una vieja bruja y les dijo qu'era una cosa lo más fácil.

—323

-Si ustedes me dan comestibles de su tienda para comer y vestirme, yo les diré cómo van a hacer para matar a Juan -ella les dijo.

Y ellos le dijieron que sí, que como no.

Y entós ella les dijo:

-Miren, al Rey le robaron una niña, un loro y una bola di oro. Y el Rey 'stá muy triste, nu es nada sin la hija y sin el loro y sin la bola di oro. Usté vaya mañana temprano y le dice al Rey que se ha dejau decir Juan que él es capaz de tráir la niña.

La hija del Rey 'staba en encanto en la casa de los moros.

Jue José, y le dijo al Rey:

-Permitamé una palabra, señor. ¿Usté sabe que Juan se dejó decir qu'él sabe ánde 'stá su hija, y qu'él es capaz de tráila?

Y se retiró José a la casa d'él.

Inmediatamente lo mandó a llamar el Rey a Juan. Jue Juan.

-Vengo obedeciendo sus órdenes -que le dijo.

-Vos te hais dejau decir que sois capaz de trairme m'hija y que sabís ande s'encuentra. Palabra de rey no puede faltar. Te pongo tres días de plazo, y si no la tráis a m'hija te corto el cogote. Vaya, agarre ese perro, elija caballo y vaya.

Juan lloraba sin consuelo porque era una cosa qu'él no sabía y que nu había dicho. Andaba él por agarrar caballo cuando se le apareció una yegüita flaca, al lado d'él, que dijo:

-Poneme el freno a mí no más, y te vas a tu casa y buscás una bolsita y la llenás de plata. Yo te voy a llevar ande s'encuentra la niña. Antes de llegar te van a encontrar los moros y te van a decir:

-¿Qué andás haciendo, gusanillo de la tierra?

Y vos les vas a decir:

-Vengo a correrles una carrera.

Y ellos te van a decir:

-¿Cuál es tu parejero? ¿Tráis plata?

Y vos les contestás:

-Esta yegüita flaca es mi parejero y traigo una bolsa de plata.

—324

Y ya se jueron y todo pasó como dijo la yegüita.

Cuando vieron la yegüita, tan flaca, se consultaron que l'iban a ganar sin

rebenque. Y se dispusieron de correr la carrera, y empezaron las partidas. Corrieron unas cuantas veces. En vista que no l'alcanzaban a la yegüita de Juan, les pidió éste que más bien la corriera la niña, l'hija del Rey que andaba áhi. Los moros con tal de no dejarlo ir con plata, la dejaron correr a la niña. Partieron dos veces. Largaron y en el medio de la cancha, sin que nadies se diera cuenta, desapareció la niña y Juan en la yegüita, sin saber los moros el rumbo que tomaron. Siguieron ellos, y por fin llegaron a la plaza del pueblo del Rey, y áhi le dijo la yeguita a Juan:

-Mirá, m'hijo, soy tu madre la que ti ha venú a salvar. Ya me voy y que Dios ti ayude.

Se jueron a la casa del Rey y golpiaron las puertas. Salió el Rey y se puso contentísimo, abrazó a la hija y le dijo a Juan:

-¿Cómo dijistes que no sabías ánde estaba m'hija?

-Y Juan se jue a su casa y la niña quedó con su padre.

Al día siguiente la vieja bruja les dijo a los hermanos que alguien lu ayudaba a Juan. Que jueran y le dijieran al Rey que se había dejado decir que él sabía ánde 'staba el loro y qu'era capaz de tráilo. Y ya jue José y le dijo al Rey. El Rey lu hizo llamar a Juan y le dijo:

-Qué es que vos ti hais dejau decir que vos sabís ánde 'stá el loro y que sois capaz de trailo. Inmediatamente agarrá ese freno, elegí caballo y me lo vas a trair, sinó ti hago cortar el pescuezo. Palabra de Rey no puede faltar.

Jue, agarró caballo y tomó rumbo al norte. Galopió todo ese día hasta la noche, ande alcanzó a ver una luzcita que vía a una distancia lejo, y se dirigió a ella. Cuando llegó s'encontró con un viejo muy barbudo, que cuidaba una ollita muy chiquita, llenita de comida. Le dijo el viejito:

-Bajesé, amigo, yo sé que usté no ha comido.

-No, señor. Sí, he comido y para mejor decirle, no como porque se la voy acabar.

-¡Coma, amigo! Agora le pregunto, ¿en qué trabajos anda?

—325

-Ando en busca del loro del Rey, que se lo han llevado los moros, y yo no sé ánde s'encuentra.

-Usté no si apure, amigo, usté suba en mi caballo. Tome esta varita. El caballo lo llevará ánde s'encuentra el loro. Ofertelé pan y cuando grite, aquí anda uno, peguesé tres veces con la varita en el medio de la cabeza y quedará hecho un tronco usté y el caballo.

Ya llegó y lo vido al loro y le dijo:

-Loro, ¿querís pan?

Y el loro gritó:

-Acá anda uno.

Vinieron los moros, y no vieron nada más que un tronco que 'staba áhi.

-Loro, ¿querís pan?

-Acá anda uno -volvió a decir el loro.

Vinieron los moros y creidos de que el loro se réiba d'ellos, lo voltieron di un azote.

Volvió a levantarse Juan con el caballo y le dice:

-Loro, ¿querís pan?

-Güeno -le dice el loro.

Juan lo agarró al loro despacito pa que n'oyeran los moros y se jue a la casa del amigo barbudo.

-¿Cómo le jue, amigo? -le dice el viejo-. ¿Consiguió lo que buscaba?

-Sí, señor.

-Agora usted va en mi caballo no más, pal palacio del Rey. Áhi le saca el freno y se lo acomoda en los tientos del recau, y me lo larga.

Y se jue. Ya cuando llegó golpió la puerta. Salió el Rey y l'entregó el loro.

-¿Y cómo dijo que no sabía ánde 'taba? -le dijo el Rey.

Bué... Salió callado y se jue a su casa, Juan.

Al otro día cayó la vieja bruja y le dijo a los hermanos:

-¿Ya vino Juan? Yo no sé quién lu ayuda, pero tuavía le falta la bola di oro. Ya va a morir.

—326

Y ya vino José y le dijo al Rey que Juan se había dejáu decir qu'él sabía ánde 'staba la bola di oro, y la ropa de la niña hija del Rey.

Al día siguiente, bien temprano, el Rey lo mandó a llamar a Juan y le dijo:

-Vos ti hais dejáu decir que vos sabís ánde 'tá la bola di oro y la ropa de m'hija. Palabra de Rey no puede faltar. Si no me tráis todo, te hago matar mañana a primera hora. Agarra ese freno, elija caballo y salga. Juan, siempre llorando, jue, agarró caballo y tomó los mismos rumbos di antes.

Esa misma noche llegó a la casa del viejo barbón. Cuando le dijo el viejo:

-¿Qué le pasa, amigo, que me visita tan pronto?

-Vengo con otro trabajo que no sé cómo lo voy a hacer.

-Eso no es nada, amigo. Aquí 'stá su amigo para ayudarlo en lo que pueda. Largue ese caballo pa qu' engorden los zorros, y suba en mi caballo y tome esta varita. Usted va a encontrar dos puertas. Deje su caballo, bajesé y toque las puertas con la varita.

Cuando si abran las puertas, dentre, y dentrando, sobre la derecha, áhi va a encontrar la ropa y la bola di oro.

Juan hizo las cosas tal cual le decía el viejo, sacó la ropa y la bola di oro, subió a caballo y volvió.

Ya cuando vino le dijo el viejo:

-¿Cómo le jue, amigo?

-Bien, señor -le dijo él.

-Mire, amigo, yo soy aquel que usted dio dos cargas de plata pa que m'enterraran en sagrado, y por su favor, amigo, lo vengo a ayudar. Agora, usted, amigo, va a hacer lo que yo le digo. Usted, cuando llegue a la casa del Rey y l'entregue la ropa de la niña y la bola di oro, él le va a decir que cobre lo que quera. Usted le pide unas cargas de plata. Cuando se las dé cargue el tordillo y siga en el platiau. Usted le va a decir que lo deje dar tres güeltas en el jardín del Rey, con la niña en las ancas, el loro y la bola di oro, pero no se vaya a juntar para nada con sus hermanos.

—327

Así lo hizo todo, Juan.

A las tres güeltas, en l'última, s'hizo un remolino y se levantaron. El Rey había hecho rodar el jardín con doble escolta, pero el caballo salió por los aires.

El Rey gritaba:

-¡Tiren a ese pícaro, matelón!

Pero no vían a nadie.

Juan y la niña se fueron lejo, lejo, de viaje. Ya lejo s'encontraron con mucha sé, y se dirigieron a un pozo 'e balde que se devisaba áhi cerca. Llegaron, y 'staban en consulta si sacarían u no agua para tomar, cuando devisaron que venían dos, y habían síu los hermanos de Juan. Ya se juntaron.

-¿Cómo te va, hermano? -le dijieron-. ¿Qué estáis haciendo?

-'Stoy por ver si saco agua pa tomar -les dijo.

-Entós -le dijo Pedro-, dentrate vos que sois más chico, y nosotros te vamos a ayudar a sacar, después que tomemos agua.

Juan se dentró al pozo, y cuando todos tomaron agua lo dejaron adentro, y se fueron. Juan tuvo como medio día, cuando en un redepente, el viejo barbón si asomó, y le preguntó a Juan:

-¿Qué 'stá haciendo amigo, áhi? ¿Qué le dije yo de sus hermanos?

Güeno, ya lo sacó el viejo y le dijo:

-Lo saco, amigo, pero va a hacer lo que yo le diga. Tiene que matar a sus hermanos, hacerlos quemar y aventar sus cenizas. ¿Lo va hacer, amigo?

-Sí, señor, lo voy a hacer.

-Vaya ande 'stá aquel hombre cuidando aquella majada y cambielé la ropa. Y ya lo hizo Juan.

Y jue y le dijo al hombre:

-Vengo a cambiarle la ropa, amigo.

-No, amigo, ¡qué le voy a cambiar las hilachas que tengo por su ropa tan linda!

—328

Y le dijo Juan:

-Hagamé este servicio, amigo.

-Bueno, amigo, le cambio la ropa.

Y lu hicieron, y Juan siguió con el amigo barbón y se dirigieron al pueblito.

El viejo le dijo:

-Agora lo voy a llevar a la casa di un carpintero, áhi yo no me voy a hacer presente pero voy a 'star siempre a su lado. Usté tiene que saber la guitarra -le dijo.

-No, señor, yo no sé, pero voy a tocar lo que pueda.

Cuando agarró la guitarra y la empezó a igualar y empezó a tocar, el carpintero de ver que tocaba tan lindo, le dijo que tenía que acompañarle a un baile. No era Juan el que tocaba la guitarra, era el viejo barbón, pero pal carpintero era invisible.

Ya el carpintero le dijo a Juan qu'eligiera de los trajes qu'él tenía, pero Juan le dijo que no, que iba a ir con el qu'él tenía.

Le dijo que iban a ir unos novios, y estos novios eran Pedro y la niña hija del Rey, que Pedro la obligaba a casarse con él.

El carpintero jue a pedir permiso para dar una música¹³⁷, y le contestaron que sí, con mucho gusto. Y entós empezó a tocar la guitarra y a cantar Juan. Cuando sintió la música, el caballo de Juan relinchó, el loro empezó a hablar, y la bola di oro empezó a andar de hombro en hombro, y dijo la niña:

-Éste va a ser mi marido porque éste es el que me salvó. Y ya toda la gente se almiró, y ya la niña dijo todo lo que había pasado, y Juan contó todo lo que los hermanos le habían hecho pasar.

Entós los agarró la polecía a los hermanos, y le preguntaron a Juan que qué hacían con ellos. Juan dijo que fueran muertos y quemados, y le aventaran la ceniza. Y así lo hicieron.

Juan se casó con la niña y se fueron a vivir muy felices.

Cayetano Cuello, 76 años. Merlo. Junín. San Luis, 1948.

Buen narrador. Muy buen guitarrista y cantor.

—329

Nota

El tema fundamental de nuestras dos versiones es el de la ayuda sobrenatural del alma de un muerto, al héroe piadoso, que hizo sepultar cristianamente su cuerpo abandonado por la gente. Como motivo, figura en numerosos cuentos de la narrativa occidental.

Entra en los Tipos 506 y 507 de la clasificación de Aarne-Thompson.

El motivo figura también en otros cuentos de esta colección.

Las dos versiones que aquí damos han asimilado los motivos del cuento de los hermanos malos: los dos hermanos mayores infieren, por envidia, terribles castigos al hermano menor que es noble y generoso. Lo salva, en todos los casos, el alma milagrosa del muerto que ha hecho sepultar cristianamente.

La Cenicienta

16 versiones y variantes

Cuentos del 1032 al 1047

1032. La Cenicienta

SANTIAGO DEL ESTERO

Era un viudo que tenía una hija y se volvió a casar. Se casó con una viuda que tenía dos niñas. La niña del viudo era muy bonita y buena. Las chicas, las otras, eran feas y tenían mucha envidia por la belleza de la criatura.

Sin embargo, el padre, que la quería mucho a su hijita, sufría a la par de ella, y nunca reprendía ni a la señora ni a las hijastras.

La habían relegado ya al olvido y ya la llevaron a la cocina para que hiciera todos los trabajos de la cocina y le llamaban la Cenicienta,

porque siempre andaba sucia de ceniza y mal vestida.

La Cenicienta cuidaba todos los animalitos. En fin, ella hacía todo el trabajo más humilde.

Ella tenía un corderito que lo estimaba mucho porque se lo dieron cuando era chiquitito y ella lo crió y lo alimentó. Y lo quería mucho a su corderito. El corderito la conocía a ella y se venía a donde ella estaba.

Un día de envidia se lo mataron, se lo carniaron al corderito. Y la mandaron a ella a lavar las tripitas al río. Entonces fue la niña ésta.

Estaba lavando las tripitas. Vino una correntada tan fuerte del río que se las llevó a las tripitas. Y ella lloraba por sus tripitas. Iba por medio del río llorando. Entonces le sale un viejito y le dice:

-¿Por qué lloras m'hijita? -que le dice.

—334

-¡Ay!, señor -que le dice-, el río me ha llevado las tripitas y ahora mi madrastra me va a castigar si no las llevo lavadas.

-No te aflijas, m'hijita -le dice-, yo te las voy a buscar y te las voy a traer.

Y entra el viejito al río y se fue y le trajo todas las tripitas bien lavaditas ya y se las entregó.

-¡Ah!, ¡señor! -le dice.

Arrodilladita ella le daba las gracias, le daba las gracias al señor, éste, que le había encontrado las tripitas. Y le quería besar las manos.

-No, m'hijita -que le dice-. Levantesé y lleve sus tripitas. Oiga -que le dice-, cuando cante un gallo usted mire para arriba -que le dice-. Y cuando rebuzne un burro, mire para abajo. ¿Se va acordar bien?

-Sí, señor -que le dice-, muchas gracias.

Y en eso canta un gallo y ella mira para arriba. Y rebuzna un burro y mira para abajo. Y entonces le cae una estrella a la niña en la frente. Que le relumbraba tanto, que le daba tantas luces. Y el viejito desapareció.

Entonces ella se ata la cabecita para que no la vieran las otras la estrella.

Va. Le reciben las tripitas.

-¿Y qué te da por andar con la cabeza tapada? -que le dicen-. Desatate esa cabeza.

Tiran el pañuelo y la desatan. Y le ven esa estrella tan hermosa que tenía en la cabeza. Entonces:

-¿Qué has hecho, m'hijita? -que le dice la madrastra-. ¿Qué has hecho?

-Nada -que le dice-, más que un señor me ha encontrado, me ha dicho que mire para arriba cuando cante un gallo y cuando rebuzne un burro que mire para abajo.

Entonces las chicas envidiosas mataron un corderito y también llevaron las tripitas al río a lavar. Y van y las dejaron ir, las empujaron para que se vayan. Y entonces sale el viejito y les dice -que se hacían las que lloraban ellas- y que por qué lloraban. Y le dicen que porque el río les llevaba las tripitas. —335Entonces el viejito entró a comedirse a buscar las tripitas. Y después que se va el viejito dice una:

-Que va agarrar este viejo infeliz, qué va encontrar. Las tripas ya las va llevar el agua. No me las va traer nada.

Y después viene el viejito con las tripas y le entrega. Y dice:

-Oiga, niña -que le dice-, cuando cante un gallo, hai mirar para abajo, y

cuando rebuzne un burro, mire para arriba.

Entonces cantó un gallo y miró para abajo, y rebuznó un burro y miró para arriba.

Y con la otra pasó lo mismo.

Entonces les cayó una tripa larga, en medio é la frente. Entonces las chicas no hallaban qué hacerse. La retorcían y se las hacían como un rodete y se ponían un trapo encima. Y la madre, contenta, diciendo que sus hijas habían obtenido la estrella, sale a encontrarlas y se da con que tenían una tripa en lugar de una estrella. Y se la cortaban y más larga les aparecía. Se las volvía a cortar la vieja y más se le crecía. Y así, sufrieron mucho con eso.

Y una noche, el Rey quería dar un baile. Un baile para que buscara novia el Príncipe.

Y entonces se fueron todas las chicas, porque de todas edades y de toda categoría recibían en el baile. De manera que fueron las dos niñas de la casa y la Cenicienta quedó como de costumbre haciendo su faena de la casa.

Como a las doce de la noche -tenía una varita mágica que el viejito también le dio a ella y la llevaba escondida, que no se la vieron-, golpió la varita y pidió ella un hermoso traje, color de oro, muy bonito, y todo lo necesario para el traje, zapatos y todo del mismo color. Y el carruaje del mismo color del traje y de todos los accesorios que ella llevaba.

Entonces se presentó al baile. Todos quedaron estáticos porque nadie sabía qué chica era ni de dónde venía esta niña tan linda, tan bonita como era ella y tan lujosa, tan bien arreglada como iba. Entonces estuvo en el baile. El Príncipe se enamoró, la sacó a bailar. Bailó con ella toda la noche. Y al tiempo ya, al amanecer, tenía ella que volver a entregar todo lo que le había pedido a la varita. Entonces trató de huir, como —336 que efectivamente en un abrir y cerrar de ojos se desapareció ella del baile y el Príncipe quedó triste porque no sabía ni quién era ni adónde buscarla después.

Pero a la segunda noche del baile volvieron a ir todas y ella quedó en la cocina.

Entonces, ya cuando todas se fueron y quedó ella sola, volvió a tocar su varita y le pidió otro traje de color celeste, como el cielo, todo del mismo color, todos los accesorios, todo. El carruaje y todo, con unos hermosos caballos. Así que en todo llamaba la atención esta chica. Y cuando entró, el Príncipe enamorado fue, corrió a ella y la hizo bailar toda la noche. Hasta que después, llegada la hora que tenía que desaparecer ella, ya se volvió a desaparecer.

Y el Príncipe no hallaba qué hacer. Y mandaba por todas las casas a buscarla a esta chica y no la encontraban en ninguna parte y no sabía qué hacer.

Pero la tercera noche que tenía que volver la chica, como la esperaba, puso en las escalera una cosa como para que se pegara un poco y pudiera ella dejar algo de ella para saber adónde estaba. En una mesa la había sacado y la conversaba mucho, la tenía al lado de él. No se separó de ella en toda la noche.

Y las otras muertas de envidia sin saber quién era esta chica tan linda.

El Príncipe, en lo que estaba en la mesa, le dice:

-¿Por qué no te destapas la cabeza?

Y le saca y le ve esa hermosa estrella que tenía. Más se enamoró este joven de ella. Lo quería dejar. Pero en un momento se fue ella. Al salir corriendo para tomar el coche, se le pega un zapato y ella no pensó en el zapato, siguió corriendo para que el Príncipe no la alcance y subió a su coche y se fue. Pero ya al Príncipe le quedó el zapato de ella. Al otro día andaba un edecán con un zapatito de oro, en un almohadón, sin encontrar a quién le quedaba bien. Fue a la casa de ellas y las chicas, las niñas de la casa se cortaron, una un dedo. Les sangraba y le ensuciaron el zapato. Después volvió a la otra y tampoco le quedaba bien, y se cortó un pedazo del talón. Y tampoco le entraba. Por último no encontró más adonde —337— buscar y que había dicho si no tenía alguna sirvienta, algo. Que no, que la sirvienta, que estaba en medio de la ceniza.

-Nu importa, señora -que le dice-, yo se lo voy a medir el zapatito. Estoy cansado de andar y no poder encontrar la dueña del zapato. Va y le pone el zapato, tal cual, como si la medida de ella hubiera sido. Así que ahí se encontró él con ella. Y después la sacó el Príncipe de la casa. Ya ella pidió un traje bueno. Ya se vistió bien. Y salió a la par del Príncipe. Y la sacó el Príncipe de la casa y estuvo en la casa de él hasta que hicieron todos los trámites y se casó con ella. Y las otras niñas se morían de envidia.

Y colorín colorado
el cuento se ha terminado.

Rosario Argüello de Doza, 84 años. Estancia Balbuena. Ojo de Agua.
Santiago del Estero, 1970.
La narradora ha nacido y ha pasado toda su vida en el lugar.

—338

1033. La niña bonita y la madre de crianza

SANTIAGO DEL ESTERO

Era una señora que tenía una hija bastante morena y una criadita hermosa. Entonces, a la chica linda la manda a cuidar las ovejas. Tenía un corderito. Ya tenía astitas el corderito. Le dio de castigo que esa lana del cordero que tiene que hilar en un día. Lo esquilieron al corderito. Va la bonita a cuidar las ovejas y lleva la lana. Y hace el hilo en el brazo y en las astitas del cordero. El cordero iba por detrás de ella, haciendo el hilo. Y bueno, de allá viene la chica linda con el hilo y todo completo. Entonce la negrita le dice a la mamá:

-¿Cómo puede ser que la chica ésta traiga todo el hilo completo? Por que yo también hago -le dice la negrita- y no alcanzo.

-Bueno, m'hija -le dice-. Llevá este cordero. Sacale la lana y llevá vos para que hiles así como ella -dice.

Le preguntaban las instrucciones de ella, y ella no les daba. Pero la habían espiado. Han visto que el corderito la ayudaba.

Bueno, entonces, se va la otra por detrás de las ovejas. Ella tenía otro corderito de ella. No si hacía el hilo. Envolvía en el brazo, envolvía en las astitas del cordero. No si hacía el hilo.

Bué... Viene...

-¿Y el hilo?

—339

-No, mamá, no puedo. Nu hi podido.

-¿Que no ti ha ayudado el cordero? ¿No ti avisó ella cómo hilaba?

-No, no mi ha ayudado y ella no mi ha avisado.

-¿Cómo hicistes vos para hilar? -le decían.

-Yo hi hilado... -que dice.

-Bueno, vamos a carniado al cordero de ésta.

Lu han carniado al cordero. Ella lloraba mezquinando al corderito.

Carniaron al cordero. Bueno, carniado el cordero, la chica lleva todas las tripitas, todas las pancitas al río. A lavarlas todas las tripitas.

Así cuando ha estado lavando las tripitas, viene un viejito. Un viejito así, roñocito, sucito.

-¡Ay, m'hija! -dice que le dice-, ¿qué estás haciendo vos? -dice que le dice.

-Aquí, por castigo estoy lavando estas tripitas. Me ha dado de castigo quien me ha criado.

-Bueno -dice que le dice-, vos estás lavando esto, ¿por qué no me lavas a mí también estas llagas que tengo?

-Cómo no -dice que le dice-. Cómo no lo voy a lavar.

Dice que lo lavaba. Lo lavó bien al viejito.

Y... Bueno...

-¿No me tienes asco?

-No -que le dice-. ¿Por qué le voy a tener asco?

Bueno, lo lavó. Y...

-Bueno, m'hija -dice que le dice-. A vos te han dado este castigo. Bueno, recibilo. Cuando cante el gallo, mirá arriba, y cuando grite el burro, mirá abajo.

Bueno... Así había hecho. Cantó el gallo, miró para arriba. Ha venido una estrella, se le prendió en la frente. Gritó el burro, miró para abajo y nada s' hizo.

Bueno, se va la chica, relumbrando la estrella, a la casa de la madre que la ha criado. Entonces, cuando llegó allá relumbrando...

—340

-¡Ay! -diz que le dice-, ¿de dónde has traído eso? ¿De dónde? ¿De dónde? ¿Cómo has traído? ¿Cómo has conseguido?

Bueno, que le dice:

-Esto me ha venido di arriba y se mi ha prendido en la frente.

Y ella avisó lo del viejito.

-Bueno, hija -dice-, vos vas hacer lo mismo -a la negrita-. Vas a llevar

el cordero y hacer tal cual.

Entonces a la negrita, le dice la madre:

-Andá a carnearlo al cordero.

-Pero, mamá, cómo lo vamos a carnear al cordero.

-Cómo no lo vamos a carnear al cordero que no ti ha ayudado nada. No ti ha ayudado como la ha ayudado a la otra, a hilar y todo.

Y bueno... Le ha carneado al cordero. Lloraba ella también, mezquinando el cordero.

-Bueno, ahora te vas a llevar a lavar las tripas al río.

Y... bueno... se ha ido llevando las tripitas al río. Allá diz que estaba lavando ella, llorando, mezquinando el corderito. Y di allá diz que el viejito, el viejito ése, roñoso, sucito:

-Qué haces, m' hija -que le dice.

-¡Ay! -que le dice-. ¡Salí viejo roñoso, sucio!

-No, m' hija, te pregunto qué haces.

-'Toy lavando estas tripas.

-Y no podrás lavarme a mí.

-No, sois un roñoso.

-Bueno m' hija -dice que le dice-. Ahora, cuando grite el burro mirá pa arriba y cuando cante el gallo mirá abajo.

Bué... Gritó el burro, miró para arriba. Se le prendió una parte fea del burro. Bué... Canta el gano, miró abajo, no se le prende nada.

Bueno. Se va a la casa con un tremendo castigo de Dios en la frente, las cosas del burro. Entonces:

-¡Ay, m' hija!, ¿por qué traes esto? -dice la madre.

—341

Áhi hi visto un viejo que yo no lu hi querido lavar y mi ha dado este regalo. Mi ha dicho que yo cuando cante el gallo mire abajo y cuando grite el burro que mire arriba. Entonces con eso me ha venido esto, mamá. ¿Cómo me saco?

Qué se iba sacar. Bueno, pasó eso.

-Bueno, m' hija; ahora, ¡qué vamos hacer!

-Bueno, mamá -que le dice-, usté más sabe. ¿Por qué a ésta no la mete bajo de una batea?

Que la chica ya ha tenido su festejante, la bonita.

-Vamos a meterla bajo la batea y a vos en una urna.

Porque la mamá quere que este festejante la festeje a la negrita. No a la linda.

Entonces viene el niño, un niño viene y pregunta de la niña linda.

-Está en la urna -la madre le dice-. Está en la urna.

Y el festejante no ha creído que está en la urna. Y viene un perrito ojos azules, un perrito blanco, zarquito¹³⁸. Le pega la vuelta a la batea.

Entonces el niño se da cuenta que áhi está la niña, bajo de la batea.

Entonces que le dice el niño:

-Yo no interesco a la de la urna. Yo interesco a la que está bajo de la batea.

-¡Ah, no! La bonita es la que está en la urna.

-¡Ah, no!, señora -le dice el niño-, la bonita está en la batea.

-A ver.

Bué... Entonces la han visto a la pobrecita. La han sacado de abajo de la

batea. Entonces el niño dice:

-Yo, a ésta la pretendo, no a la que está en la urna.

-Bueno, ¿qué va hacer?

Entonces la mujer ha pensado matarla a la niña. Y piensa mandarla a los desiertos.

La manda a la bonita a los desiertos.

¡Qué va hacer! Ha tenido que ir.

—342

Allá en los desiertos ha hallado un palacio, la bonita. Ha hallado un palacio que habían sabido vivir siete hombres. Cada uno con un perro. Bueno, la niña vio que había siete camas y todas las cosas para siete hombres. Entonces ella ha hecho la comida, arregló todo, y cuando ha sentido que venía gente, ha corrido y se ha escondido en el hueco de un mistol, de ese árbol. Y así han pasado varios días. Entonces li han dicho que no tenga miedo, que ella va ser como la hermana, como la madre de ellos. Y ha quedado áhi, como dueña de casa. Y ha vivido con ellos. Por áhi ha tenido noticia la madre que la ha criado a la bonita. Bueno, entonces, dice, mira a una bruja que vaya a matarla a la bonita y traile los ojos.

Bué... ha ido la bruja. Ha ido y la ha encontrado. Por áhi cuando ella ya iba ya para llegar, sale el perrito blanco, el ojito azul. Dice que le dice:

-El ojito mío llevalé a la señora.

Le saca el ojito azul del perrito blanco y le lleva la bruja.

Con eso se conforma la vieja, que ya lo ha muerto a la bonita.

Y ese perrito era el ángel de la guarda.

María Manuela Herrera de García, 70 años. Ancocha. Atamisqui. Santiago del Estero, 1971. Variante del cuento tradicional.

—343

1034. La Cenicienta

CATAMARCA

Había una vez una señora viuda que tenía dos hijas y un hombre viudo que tenía una hija. Entonces se casaron.

Las hijas de la señora eran feas y le tenían envidia a la hija del viudo.

Como era tan bonita ella, la pusieron en la cocina. Y como no la dejaban lavarse, 'taba siempre llena de ceniza, y la llamaban la Cenicienta.

La mandaban a cuidar las ovejas a los cerros. Y le mandaban canastadas de lana para que hile.

Entonces ella tenía una ovejita, que le metía la lanita por la boquita y salía por la colita hiladita y torcidita.

Y ella podía traer toda la lana hilada a las casas. Si no traía le pegaban. La ovejita era de virtud, por eso la ayudaba. Entonces dice una de las hermanastras:

-Mamá, mamá, mire cómo trae de bien torcido el hilo, ella. Mañana voy a ir a ver cómo hace.

Bueno. Se va a la punta del cerro, al otro día, y la pilló que le metía por la boquita la lana a la ovejita, y salía por la colita hiladita y torcidita.

Y entonces¹³⁹ vienen y le matan la corderita. Y la mandan a lavar la pancita al río. Y ella lloraba y lloraba... Y cuando —³⁴⁴taba lavando la pancita, viene un pez y le lleva la pancita. Y lloraba y lloraba... Y se le aparece un viejito que era Dios. Y le dice:

-¿Por qué llora, niña linda?

-Porque el pez mi ha llevado la pancita de mi corderita.

-Mirá allá, en aquella casita, tu pancita está en un plato. Tirá todas las cosas que ahí están.

Entonces ella ha ido, le ha acomodado, le ha limpiado, le ha dejado bien limpia la casa. Entonces va ande 'ta el viejito. El viejito le dice:

-Traeme un vaso de agua.

Le trae un vaso con agua y le dice:

-Te vas a llevar el vaso con agua. Cuando cante el gallo, bajá el vaso y cuando rebuzne el burro levantá el vaso. Y atate bien la cabeza, así no te ven en la casa.

Y se va. Canta el gallo y baja el vaso, y le cae una estrella en la frente. Rebuzna el burro y levanta el vaso.

Al otro día le dicen:

-¿Por qué tenés atada la cabeza?

-Porque me duele la cabeza.

Y le dehatan y le brilla la estrella, y dicen:

-¡Um!... Ven qui a ésta li había caído una estrella...

Y entonces las otras le preguntan cómo había pasado eso. Ella les cuenta.

Entonces al otro día mata una oveja una de las hermanastras y se va a lavar la pancita. Y lloraba y lloraba... Y vino el pez y le llevó la pancita.

Entonces le dice el viejito:

-¿Por qué llora, niña linda?

-Porque el pez me llevó la pancita.

Y entonces le dice:

-Allá, en aquella casita, está la pancita en un plato.

-Bueno, bueno -dice.

-Andá, tirá todas las cosas, y quemamelas¹⁴⁰ y traete un vaso con agua.

—³⁴⁵

Bueno, va, le quema la casita, le tira todo y le trae el vaso con agua. Y entonces le dice:

-Cuando cante el gallo levanta el vaso y cuando rebuzne el burro, baja el vaso.

Bueno. Se va a su casa. Esa noche, canta el gallo y levanta el vaso; rebuzna el burro y baja el vaso y le cae la cosa del burro en la frente.

Entonces ella se puso muy desesperada. Y entonces va y se ata la cabeza ella. Y le preguntan:

-¿Qué te pasa?

-Me duele la cabeza.

Y se dehata, y tenía colgada la cosa del burro.

Y entonces había una fiesta, y el Rey las invita. Y claro, no la querían llevar a la Cenicienta. Y le decían:

-¡Qué vas a ir vos, sucia!

Se van las otras a la fiesta.

Entonces ella estaba sola y se le aparece el viejito, y le dice:

-¿Querés ir a la fiesta del Rey?

-Sí, sí -dice ella- y mis hermanastras no me quieren llevar.

-Andá, de la güerta traé un zapallo grande, y vení.

Va y trae el zapallo.

Y del zapallo forma una carroza. Y de unos ratones forma los caballos.

Entonce le trae un vestido muy lindo, unos zapatos, unos collares. Y queda bien arreglada como una princesa. Y entonce le dice:

-Cuando toquen las campanas de las doce de la noche, venga, porque si no se le va desaparecer todo, ¿no?

-Bueno, bueno -dice ella.

Entonce se va. Y estaba el Príncipe. Y dicen:

-Vea, vea, allí ha llegado una Princesa.

-Venga, recíbala usted.

-Bueno, bueno -dice y va.

—346

Y él la recibe. Y con ella no más bailaba.

Y entonce, después que ha bailado toda la noche tocan los campanazos de las doce de la noche y sale corriendo y pierde un zapatito...

Llega allá, y queda el zapallo en la güerta, y todas las cosas como estaban.

El Príncipe ha recogido el zapato y ha empezado a buscar esta niña tan linda que tenía una estrella en la frente.

Al otro día andaba el Príncipe midiendo el zapato a todas las niñas, en todas las casas.

Cuando llegó a la casa de la Cenicienta, una de las hermanastras se cortó los dedos para que le entrara el zapato, pero la vieron. La otra se cortó el talón, pero la vieron. Entonces empezaron a preguntar de quién era el zapatito.

Y salió la Cenicienta de la cocina y dice:

-Yo, yo me lo mido al zapatito.

Y le dicen:

-¡Qué te vas a medir vos, sucia, si no te lavás los pies nunca!

-No, dejelá que venga -dice el Príncipe.

Y viene y se prueba y le calza justo el zapatito. Y va el Príncipe y se casa con ella.

Jorge Eduardo Busto, 13 años. Copacabana. Tinogasta. Catamarca, 1970.

El narrador oyó el cuento a los padres y a los abuelos.

—347

1035. La Cenicienta

CATAMARCA

Dice que había una señora con dos hijas. Que ella lo quería más a una que a la otra. A ésta la habían echau a la cocina y le decían la Cenicienta.

Que le había mandado a la chica que no quería que le cuesa una falda sin

costura.

Que si había ido la chica llorando y que había habido un anciano y le dice:

-¿Porque llora, mi ama?

-Mi mama mi ha mandau que cuesa la falda sin costura.

Que ha venido una chiva y li ha agarrado la falda y que le 'taba cutipando¹⁴². Entonce que después que li había entregado la falda sin costura.

Ya cuando había llegado a la casa, la otra hermana, que le dice:

-¡A no, no, no! La chiva había sido la pícara. Ella li había sabíu coser la falda sin costura.

Han veníu y lo habían carniau la chiva y la habían mandado con la panza que vaya a lavarla al río. Cuando la estaba lavando la había agarrado un pescau. Y que si había ido la chica río abajo, llorando. Y ha salido otra vez el viejito. Que le dice:

-¿Porque llora mi ama?

—348

-Un pescado mi ha quitado la panza -que le dice.

-Mire, vaya a sentarse. Cuando cante el gallo levante la cabeza, cuando rebuzne el burro baje la cabeza.

Que si había ido y había hecho como li había dicho el viejito, y ha venido una cosa y se li había pegado esa cosa y había sido una estrella.

Y la otra chica, también de envidiosa había muerto una chiva y si había ido, llorando. Si había bajau con una panza también la había tirau dentro l'agua.

Y había salíu el viejito y li había dicho:

-¿Porque llora mi ama?

Que dice:

-Porque el pescau mi ha quitau una panza.

Y que le dice:

-Vaya a sentarse. Cuando cante el gallo, baje la cabeza. Cuando rebuzne el burro levante la cabeza.

Y que ha hecho eso. Y que ha veníu y se li había pegado una cosa negra en la frente. Y ha veníu y li ha dicho a la madre:

-Mire, mamita lo que se mi ha pegau.

Dice:

-No, hijita, si eso es la tortera 'el burro -que le dice.

Y dice qui han visto que era castigo por envidiosa.

Dice que el Rey ha hecho una fiesta.

Y si ha ido la madre con la hija que ella quería a la fiesta.

La otra chica si había quedau llorando.

Y que ha veníu el viejito y li había dau traje y zapatos y un coche muy lindo. Y había dicho que vaya pero que cuando den las doce de la noche salga, en el momento; ante que se desaparezca todo.

Y había llegau a la fiesta y el Rey ha venido y ha bailado con ella no más. Cuando han dau las doce qui había salíu corriendo y ha perdíu un zapatito.

Al otro día qui habían salido los empliados del Rey a buscala a la dueña del zapatito.

—349

Dice que a todas les había medido el zapatito y la hermana envidiosa hacía fuerza por ponerselo. A ninguna le entraba. Y después había salido la Cenicienta y a ella li había andado muy bien. Y si había casau el Rey con ella.

Elsa Elvira Castro, 11 años. Plaza de San Pedro. Fiambalá. Tinogasta. Catamarca, 1970.

Aprendió el cuento de los campesinos del lugar.

—350

1036. La niña con la estrella en la frente

LA RIOJA

En un pueblito que no me acuerdo el nombre, vivía una vieja que tenía dos hijas, una propia y la otra era criadita no más. La criada era más linda que la otra, y la hacían trabajar más. Todos los días tenía que cuidar las cabras y ayudar en los quihaceres de la casa. Como veían que ella era más linda que la otra, la vieja y la hija le tenían envidia, y siempre la vestían más humilde. Pero la pobre chica era muy buena y obediente. Un día la mandaron a lavar unas tripas en un arroyo que quedaba cerca de la casa, y cuando estaba lavandolás, se le apareció un viejito y le dice:

-¿Qué estás haciendo, niña?

-Lavando estas tripitas -le contesta.

-Bueno -le dice otra vez el viejito- mañana, cuando cante el gallo vas a mirar para arriba y cuando rebuzne el burro vas a mirar para abajo.

-Bueno -le contesta la chica.

Y al día siguiente la niña ha hecho como le ha dicho el viejito. Cuando cantó el gallo miró para arriba y le salió una estrella en la frente, y cuando rebuznó el burro miró para abajo y cayó en el suelo un estierco¹⁴³ de burro.

La chica quedaba más linda todavía con la estrella en la frente, y era mayor la envidia de la otra niña. Le preguntaron —³⁵¹cómo había hecho para que le salga esa estrella en la frente, y le contó del viejito que le había salido cuando estaba lavando las tripitas. Entonces la vieja la mandó a la otra hija a que vaya a lavar tripas en el arroyo, y se fue.

Cuando estaba lavandolás se le aparece el viejito y le dice:

-¿Qué estás haciendo, niña?

-Lavando estas tripitas.

-Bueno -contesta-, mañana cuando cante el gallo vas a mirar para abajo, y cuando cante el burro vas a mirar para arriba.

Se fue contenta, y al día siguiente así lo hizo. Cuando cantó el gallo miró para abajo, y cuando rebuznó el burro miró para arriba y le salió un estierco de burro en la frente. Lloraba, pero no había caso, no se lo podía sacar, y eso le pasaba nada más que por envidiosa.

Francisco Flores, 66 años. Nueva Esperanza. General San Martín. La Rioja, 1950.

El narrador ha olvidado buena parte del final del cuento tradicional.

1037. La Cenicienta

LA RIOJA

Era un señor viudo que tenía una hija muy bonita. Se casó con una señora viuda, también, que tenía dos hijas, más o menos regulares no más, nada muy lindas.

Al principio se llevaban bien, pero después, a esta chica bonita le tenían envidia y la mandan a la cocina. La tenían para la cocina, la tenían separada de las otras dos. La castigaron y la mandaron a la cocina, que no saliera más, y la llamaban la Cenicienta.

Esta niña tenía un cabrito y se lo carniaron un día. La señora le dio los menudos, las tripitas, que vaya a lavarlas al río. Y hacía un frío terrible.

Bueno...

Ella se fue descalza al río, a lavar las tripas. Cuando las 'taba lavando se le apareció un viejito y le preguntó qué 'taba haciendo. Entonces ella le dijo:

-"Toy lavando estas tripitas, que me mandó mi madrastra.

Entonce el viejito le dice, bueno, que lave las tripitas y cuando termine, se va a poner en la frente, un trapito. Entonce ella, cuando le dijo así lo miró y vio un reflejo, una luz que se le aparecía en la frente. Pero ella no sabía qué era esto. Entonce, a pesar de la curiosidá, obedeció lo que el viejito le decía. Rompió el delantal que tenía y se puso una vincha. Una hermosa estrella tenía en la frente. Entonce la tapó.

Y al ir a la casa, le decían que qué le pasaba, qué tenía.

—353

-Y no sé -dice.

Le contó ella lo que el viejito li había dicho.

Entonce la madrastra y las otras hermanas le arrancaron la vincha que tenía en la frente y vieron esta hermosa estrella, y quedaron pasmadas de la luz. Querían arrancarle de la frente la estrella, enojadas. Y agarraron barro, ceniza mojada, le pusieron en la estrella, pero nada, no desapareció, seguía brillando. Entonce la castigaron y la mandaron a la cocina, que no saliera más.

Bueno...

Al otro día carnearon otro cabrito y la mandaron a la otra chica a lavar las tripitas. Al estar lavando las tripitas se le apareció el viejito. Le pregunta qué lo que hacía. Entonce ella le dice que 'taba lavando esas tripitas. Claro como este señor sabía por qué lo hacía, que era nada más que por envidia, entonces él le dice:

-Terminá de lavar y te atás la cabeza con un trapo.

Y al ir a la casa, le destapó la madre creyendo que se iba con una hermosa estrella como la otra chica, y se dio con la tortera del burro, que 'taba toda pegada en la frente. Entonce la madre la quería cortar. Cuando más le cortaba más si agrandaba. Entonce, claro, lloraba muchísimo la chica y la madre. Igual empezaron a martirizarla a la otra chica, a la Cenicienta.

Con la otra hija de la viuda pasó lo mismo. La mandaron a lavar las tripitas, le salió el viejito y después li apareció en la frente, pegada, la tortera del burro.

Una noche daban en el pueblo una gran fiesta en la casa del Rey. Este rey tenía un hijo soltero. Las hijas de la viuda con la madre se fueron a la fiesta.

El viejito li había dado a la niña del viudo una varillita de virtú para que ella le pidiera lo que necesitara. Esa noche, cuando quedó sola, le pidió un hermoso traje y un carruaje, y se fue al baile.

Cuando la niña se presentó, el hijo del Rey vino y estuvo con ella bailando toda la noche, hasta que la niña, en un descuido salió del baile, subió al carruaje y se fue sin que la pudieran hacer quedar. Pero al subir al carruaje, esta chica perdió un zapato.

—354

Entonce, al día siguiente buscaba este Príncipe, quién la había visto a la niña que era tan hermosa y con esta estrella, que iluminaba todo el salón y que había perdido el zapato. Buscaba quién era la dueña del zapato ése. Por todas las casas del pueblo andaba viendo, con muchos sirvientes, a quién li andaba ese zapato, hasta que al fin llegó a la casa de estas niñas. Entonces, a la niña que tenía la estrella, a la Cenicienta, la escondieron. Les midieron el zapato a las hijas de la señora. Ellas decían que les iba andar el zapato, pero no les andaba. Hasta que la encontraron a la chica. Le midieron el zapato y era ella. Entonce la llevó y se casó con ella.

Hicieron una gran fiesta y vivieron muchos años muy felices.

Ana Zulema Larrosa, 60 años. Malligasta. Chilecito. La Rioja, 1968.

A la narradora le contó este cuento la abuela, Antonia Iribarren de Bazán, que era, como ella, originaria de la región y sabía muchos cuentos.

—355

1038. La Cenicienta

SAN JUAN

Era una vez que había una niña llamada Mariquita. Había quedado güérfana de madre y el padre si había casado de nuevo. La madrasta¹⁴⁴ de esta niña tenía dos hijas. Mariquita era muy linda y güena y las hijas de la madrasta eran feas y malas. Entonces le tomaron rabia y envidia a Mariquita, y la echaron a la cocina. Ella tenía qui hacer todos los trabajos más sucios. La madrasta y las otras niñas la mortificaban a Mariquita todo el día, de la envidia que le tenían. No le daban ropa pa qué se mudara ni le dejaban ni un minuto de tiempo pa que se lavara y se peinara. Andaba siempre llena de ceniza de estar a la orilla del juego¹⁴⁵. Por eso, ya no la llamaban por el nombre, y le pusieron Cenicienta. El padre sufría de ver a su hija en el estado que estaba, pero como la nueva señora era muy mala, no podía hacer nada.

La madrasta y las hijas iban a fiestas, y a la¹⁴⁶ Mariquita la despreciaban y la dejaban siempre en la casa trabajando.

Una vez la Cenicienta 'taba lavando las tripitas di un corderito en un arroyo. Era un corderito d'ella que li habían matado. —356En eso l'agua le llevó las tripitas. Ella jue corriendo atrás de las tripitas que le llevaba l'agua. Después de un güen rato que iba corriendo y llorando, se topó con un viejito que la llamó:

-Vení, Mariquita, yo te gua ayudar pa encontrar tus tripitas. Limpiame un poquito los ojos qui ando medio ciego.

Mariquita lo vio al viejito tan sucio y tan pobre que le dio mucha lástima y áhi no más se puso a limpiarlo y a arreglarlo. Después di un rato, el viejito le dijo:

-Tomá, Mariquita, esta varillita de virtud. Pedile todo lo que necesitís, que te lo va a dar. Tenís que decir:

Varillita de virtud,
por la virtud que Dios ti ha dau,
por la salú que me dais,
y por la que me darís,
que yo tenga tal y tal cosa...

Mariquita se despidió del viejito y le agradeció mucho.

Mariquita se jue muy contenta y cuando llegó ande 'taba lavando las tripitas del cordero, las encontró todas juntitas y lavaditas. Ya se dio cuenta que ese viejito era Dios que la ayudaba, y se metió en el seno la varillita de virtud y se la llevó bien guardadita, pa que no se la quitaran.

En ese lugar había un rey soltero y esa noche daba un gran baile en el palacio, porque quería elegir novia pa casarse.

La madrastra de Mariquita hizo que sus hijas se vistieran muy bien y las llevó al baile.

Cuando Mariquita se quedó sola, le dijo a la varillita:

Varillita de virtud,
por la virtud que Dios ti ha dau,
por la salú que me dais,
y por la que me darís,
que yo tenga un traje el más lindo que naide tenga
y un coche como no lo tiene ni el Rey.

—357

Al mesmo momento si apareció un coche con unos caballos lindísimos y con lacayos que lu atendían, y áhi 'taba un traje lujosísimo. Áhi no más se lo puso Mariquita y salió pal baile. Áhi jue la admiración de todos cuando la vieron a Mariquita, a esta niña tan hermosa que naide conocía. Y más era

la admiración del Rey. El Rey bailó toda la noche con ella. Cuando ya venía l'alba, Mariquita, en un descuido salió en su coche del palacio y naide pudo saber ande iba.

A la noche siguiente pasó lo mesmo, y Margarita jue con un traje más bonito y en un coche más lujoso. Tamién¹⁴⁷ se desapareció¹⁴⁸ en un momento y naide supo ande s'iba en su coche al clariar l'alba.

A la noche siguiente el Rey ordenó a los sirvientes del palacio que pongan pega pega en l'escalera por donde Mariquita salía y se desaparecía.

Ya llegó Mariquita al baile con un traje más bonito, como naide había visto y con zapatitos di oro. Y ella 'taba más linda que nunca.

El Rey bailó toda la noche con ella y a la madrugada, Mariquita se despidió y salió muy apurada. Áhi agarró por l'escalera con pega pega y empezó a pegarse los pieses, pero al fin salió no más corriendo, pero se le quedó pegau un zapatito di oro. Áhi corrieron los sirvientes y le trajieron al Rey el zapatito.

Al día siguiente salió el Rey con todos los sirvientes a buscar la dueña del zapatito di oro. A todas las niñas se lo medía pero no le entraba a ninguna.

Al fin, después de andar muchos días, ya llegó a casa de Mariquita. Ella 'taba en la cocina, mal vestida y sucia. La madrastra sacó a las dos hijas pa que se midan el zapatito. A una l'hizo cortar los dedos de los pieses y a la otra los talones, pero ni así les calzó el zapatito. Entonces los sirvientes le dijieron al Rey que en la cocina había una niña muy linda, que por qué no la hacía llamar. La madrastra y las hijas no querían por nada, pero al fin la llamaron.

—358

En cuantito se lo puso al zapatito, le calzó bien, y áhi se dio cuenta el Rey que esa era la niña del baile y de todo lo que le pasaba. Áhi no más se la llevó al palacio y le hizo dar de las mejores ropas y zapatos.

A los tres días el Rey se casó con Mariquita y hicieron grandes fiestas que duraron muchos días.

Y jueron felices,
comieron perdices,
y a mí no me dieron
porque yo no quise.

Ramona Peña, 75 años. Angaco Sur. Angaco. San Juan, 1953.
Campesina rústica; ha concurrido un año a la escuela local.

—359

1039. La Cenicienta

SAN LUIS

Había una señora que tenía dos hijas y tenía una chica que la había criado, ¡era criadita! A esta chica le decían la Cenicienta. La chica tenía una corderita que le habían dado, y ella la tenía siempre con ella, a la corderita, que era guaschita.

Las hijas de la señora eran muy feas y la Cenicienta era muy donosita. Y las otras eran muy envidiosas y malas, y no la querían. Siempre la mortificaban por todo, y la tenían muy mal vestida. No la dejaban ni que se lavara ni que se peinara para que pareciera más pior.

Un día, las muchachas le dijeron a la Cenicienta que le iban a carnear la corderita. La chica lloraba, que no se la carnearan, pero se la carnearon no más. La mandaron a la Cenicienta a lavar los menudos de la corderita en el arroyo. Se fue llorando, al arroyo, a lavar los menuditos, y en eso que estaba llorando y lavando los menuditos, se le escapó la pancita de la corderita y se la llevó l'agua. En eso que iba encontró una viejita, y le dijo:

-¿Para dónde vas m'hijita?

-Voy buscando una pancita que estaba lavando y me la quitó l'agua.

-Mirá -le dijo la viejita- andá más abajo. Ahí hay un viejito, y él tiene la pancita, él te la va a entregar.

Así lo hizo la chica. Se fue y encontró el viejito y le dijo si no había visto una pancita de cordero, que le había traido l'agua.

-Sí -le dijo el viejito- pero si querís que te la entregue, me tenís que lavar la cara y los pieses.

—360

Quesque era un viejito muy sucio. Se vía que de viejo el pobre no se podía lavar. A la chica le dio lástima este pobre viejo, y corrió a alzar agua y lo lavó bien, bien, por la cara y en los pieses. Quedó limpito el viejito, que daba gusto. Lo lavó con cariño, como si fuera un padre.

-Bueno -le dijo el viejito-, tomá tu pancita y andate. Mañana, a la madrugada, cuando cante el gallo, levantá la cabeza y mirá arriba, cuando rebuzne el burro, bajá la cabeza y mirá para abajo. Vas a tener el premio por lo que sos tan buena y condolida de las desgracias ajenas.

Y la Cenicienta se fue, muy contenta, a su casa, por haber encontrado la pancita, así no la iban a retar, y de haber hecho una caridá al viejito.

Ella se levantaba muy temprano, al primer canto 'el gallo, siempre, siempre, a trabajar. Y así, la chica hizo lo que le dijo el viejito: cuando cantó el gallo, levantó la cabeza y le cayeron dos estrellas di oro en la frente. Cuando rebunó el burro, ella bajó la cabeza y no le pasó nada.

Cuando se levantaron las niñas mayores y le vieron las estrellas, muy envidiosas, le preguntaron que cómo había hecho para tener eso. La chica les contó que se le había ido la pancita en el agua, y que se la había encontrado un viejito muy bueno, que estaba río abajo. Que ella le había lavado la cara y los pieses. Como las otras dos niñas eran tan interesadas y envidiosas quisieron hacer lo mismo. Le pidieron a la madre que les carnieran las corderitas, que ellas tenían. Así lo hizo la madre, y ellas se fueron a lavar los menuditos entre las piedras del arroyo. Ya cuando estuvieron haciendosé las que lavaban las tripitas, largaron las pancitas para que las llevara l'agua. Al ratito se fueron por la orilla a buscar

las pancitas. Se toparon con una viejita, y haciendosé las que lloraban, le dijeron que l'agua les había llevado las pancitas de cordero que habían estado lavando, y que las iban a retar en las casas. Entonce la viejita les dijo:

-Vayansén más abajo y ahí van a encontrar un viejito. Él les tiene las pancitas.

Siguieron las niñas hasta que encontraron el viejito, y le preguntaron si no había visto unas pancitas que les había quitado l'agua, y el viejito les dijo:

—361

-Sí, aquí las tengo, pero si quieren que se las entregue, me tienen que lavar la cara y los pieses, muy bien lavados.

-Güeno -dijieron las niñas.

Jueron, alzaron agua. Con asco lo que vieron el viejito sucio, le pasaron de mala gana un poco de agua por la cara y los pieses, así no más. Entre dientes protestaban lo que tenían que arrimarse a ese viejito tan cochino, como decían.

-Bueno -le dijo el viejito- aquí tienen la pancita, y les voy a dar una virtud. Cuando esta madrugada cante el gallo, ustedes bajen la cabeza, cuando rebuzne el burro, levanten la cabeza y miren para arriba.

Las niñas se jueron muy contentas. Ya se vían con las estrellas di oro, y pensaban de hacer atar la cabeza de la Cenicienta para que nadie viera que ella también tenía esa virtud. Ya llegó la madrugada, y las niñas esperaban el momento muy apuradas. Cuando cantó el gallo bajaron la cabeza y miraron para abajo. No pasó nada. Cuando rebuznó el burro, levantaron la cabeza y miraron para arriba. Entonces les cayeron unas tremendas orejas de burro. Se querían morir, las dos, lo que se vían así. La madre estaba también desesperada, se ataron la cabeza y se enojaban con la Cenicienta, crendo que las había engañado. Ya vinieron los parientes y los vecinos, para ver las estrellas di oro que les habían dicho las niñas que iban a tener, y las encontraron con unas orejas de burros grandotas. La Cenicienta, aunque andaba con ropas viejas, y que no le dejaban ni que se arreglara, estaba lindísima, con sus dos estrellas di oro.

Cuando cundió la noticia de que había una niña muy donosa que tenía la virtud de tener dos estrellas di oro, vinieron de las partes más lejas, reyes, condes, príncipes, a pretenderla. Las mayores la escondieron a la Cenicienta, por todos los medios, pero un príncipe muy poderoso, entró no más en la casa, la reconoció y se casó con ella. Hicieron una fiesta muy grande, que duró muchos días.

Las envidiosas se dieron cuenta que Dios las castigaba así y daba el premio a la Cenicienta, que era humilde y buena.

Julián Aguilera, 39 años. El Saladillo. Pringles. San Luis, 1948.

—362

1040. Estrellita de oro

La Cenicienta

SAN LUIS

Que era un señor que tenía una hija muy linda y una señora que tenía dos hijas. Estos eran viudos y se casaron.

El hombre había dado a la hija una ternerita guacha, que ella quería mucho. La mujer no quiso ser menos y les dio a las hijas de ella una ternerita también para que criaran.

La mujer antes de casarse le hacía muchos cariños a la hija del viudo. Después que se casaron, la mujer lo empezó a gobernar al hombre y a mortificar a la hijastra.

Un día le ordenó la mujer al hombre que le carniera la ternera de la hija d'él. La chica lloraba, pero el padre no tuvo más remedio que matar a la ternerita. La madrastra la castigó y la mandó a lavar los menuditos a un río que había ahí cerca.

La chica jue y se puso a lavar los menuditos. La chica, por llorar, los menuditos se los llevó el río. La chica tomó río abajo buscándolos.

Encontró dos señoras que 'taban lavando, y les dice:

-Señoras lavanderas, ¿no me han visto pasar por acá unos menuditos?

-Sí -le dicen-, te vamos a decir si los ayudás a lavar.

-Muy bien, señoras -les dice.

Les ayudó a lavar y le dicen ellas:

-Andá más abajo, ahí vas a encontrar un viejito que te va a decir ande los podís encontrar a los menuditos.

—363

Fue adonde 'taba el viejo y le dice:

-Señor, ¿no me ha visto pasar unos menuditos por acá?

El viejito le dice:

-Sólo que me limpiés todas las llagas que tengo te voy a decir.

-¡Cómo no, señor! -que le dice.

Y el viejito que 'taba llagado completamente, pero la niña no le tenía asco, sinó que le tenía lástima. Cuando lo limpió bien le dijo el viejito:

-Andá a aquella casita que se ve allá, esa es mi casa. Hay unos chicos allá. Echamelés la basura del patio, adentro, que todo se haga un desorden. Me los aporriás, me los castigás bien a los chicos y te acostás a dormir. Cuando cante el callo, levánta la cabeza; cuando refune¹⁴⁹ el burro, escondé la cabeza. Y a la mañana buscá abajo de una mesa que ahí 'tán los menuditos en una tinajita.

Y así hizo todo lo que le dijo el viejito. Cuando cantó el gallo levantó la cabeza y le cayó una estrella di oro en la frente. Cuando refunó el burro, escondió la cabeza. A la mañana sacó los menuditos, se notó que tenía una estrella en la frente, y se fue a su casa.

Cuando la divisó la madrastra se quedó admirada porque no sabía qué era lo que tenía en la frente. Y cuando vido lo que tenía, le ató la cabeza con un trapo de limpiar las ollas. Entonce la niña le contó a la madrastra todo lo que le había sucedido. Entonce lo mandó al marido que le carniera la ternerita de la hija mayor. Ella si hacía la que lloraba y también se jue a lavar los menuditos al río. Los dejó que se los llevara l'agua y se jue

río abajo. Encontró las lavanderas y les dice:

-Lavanderas, ¿no me han visto pasar unos menuditos por acá?

-Si nos ayudás a lavar te vamos a decir -le dicen.

-¡Más se lo quisieran!150 -les dice-. ¿Que acaso yo soy su pionera?

—364

-Andá más abajo -le dicen-. Encontrarás un viejito y él te dará noticia de los menuditos.

Fue y encontró al viejito y le dice:

-Viejo, ¿no me has visto unos menuditos por acá?

-Sí, te voy a decir -le dice-, pero si me limpiás todas las llagas que tengo.

-¡Qué más te quisieras, viejo sucio! -le dice.

-Bueno -le dice-, andá a aquella casita. Áhi es mi casa. Hay unos chicos. Castigamelós bien a los chicos. Alzá la basura y la echás adentro, que quede todo en desorden. Y entonce te acostás a dormir. Cuando cante el gallo levantá la cabeza y cuando refune el burro escondés la cabeza. Ella lo hizo todo al revés. Cuando cantó el gallo bajó la cabeza. Cuando refunó el burro levantó la cabeza y le cayó el mondongo del burro en la frente. Sacó los menuditos y se fue a la casa de ella.

La madre salió corriendo cuando la divisó a la hija porque creyó que tenía la estrella di oro en la frente. Y ve que es el mondongo del burro. Que no sabía qué hacer de afligida y que le ata la cabeza con un pañuelo de seda blanco.

Bueno, que a la segunda hija le pasó todo como a la primera. Que le mataron la ternerita y fue a lavar los menuditos. Que dejó escapar los menuditos y fue adonde estaban las lavanderas, y no les quiso ayudar. Y fue donde 'taba el viejo y no le quiso limpiar las llagas. Y cuando cantó el gallo escondió la cabeza, y la levantó cuando refunó el burro. También le salió el mondongo del burro en la frente. Cuando llegó a la casa de la madre se quería morir, pero no tuvo más que callarse y atarle la cabeza con un pañuelo blanco de seda.

Bueno. Que se fue el padre a una casa de negocio a comprar cosas para las hijas. La hija de él que le encargó que le traiga tres porotitos. Las otras le encargaron muchísimas cosas de adorno. El padre les trajo todo lo que habían encargado.

La niña fue y enterró sus tres porotitos en la esquina de la huertita de la casa, que ella cuidaba y regaba. Había soñado que esos porotitos serían su virtud, que le darían lo que ella les pidiera. Después salieron tres plantitas muy lindas.

El domingo se fue la madrastra a misa con las dos hijas y la niña quedó en la cocina trabajando. Que ella se lo pasaba en la —365cocina haciendo los trabajos más feos. Cuando se fueron, ella fue y les pidió a sus porotitos un traje muy lindo y lujoso y un coche de lo mejor. En seguida llegó el coche y le trajo un vestido. Se vistió y se fue a misa. Cuando entró a la iglesia, todo el mundo no hacía más que mirar esta niña tan bonita y paqueta151. Apenas terminó la misa tomó su coche y se fue. Todos quedaron con la curiosidad de qué princesa sería ésa.

Cuando volvió a la casa la Cenicienta, que así la llamaban porque 'taba siempre trabajando en la cocina y llena de humo y de ceniza, se puso su vestidito viejo y siguió atendiendo su trabajo.

Llegó la madrastra y las hijas y no hacían otra cosa que hablar de la princesa que había ido a misa, que nadie la conocía y que era tan linda y lujosa.

Al domingo siguiente se fue la madrastra con las hijas a misa y la niña volvió a pedir a sus porotitos un traje mejor y un coche mejor que el que había tenido. Al ratito no más llegó el coche, se vistió y se fue. Cuando terminó la misa se volvió.

Llegó la madrastra con las hijas y que ponderaban esa niña tan linda que a todos había llamado la atención y que no sabían quién era.

Al tercer domingo volvieron a ir a misa y la dejaron a la niña. Que nunca la llevaban a ninguna parte y le tenían envidia lo que era tan linda y tenía esa estrella que era de virtud de Dios.

Cuando quedó sola la niña fue a la esquina de la huertita y pidió a sus porotitos un traje y un coche mejor que los que había tenido. Al momento se presentó el coche que deslumbraba, con unos caballos tan lindos como no se habían visto nunca. El traje brillaba lleno de perlas y diamantes. Y se fue a misa. Cuando llegó, todo el mundo no hacía más que mirala. Cuando terminó la misa, salió muy apurada porque se le hacía tarde, y al salir se le salió un zapatito y en el apuro, lo dejó no más. Y lo encontró un príncipe que 'taba ahí y que la había 'stado mirando a la niña los tres domingos. Y que dice el Príncipe:

-Con la dueña de este zapato me voy a casar yo.

—366

Volvieron a la casa la madrastra y las hijas, muy admiradas de la princesa que iba a misa, y que dice la madre:

-¿Viste, hija, que la princesa se parecía a la pobre Cenicienta?

-No, ¡qué se va a parecer! -que dijeron las envidiosas.

El Príncipe empezó a recorrer todos los lugares y a ir a todas las casas buscando la dueña del zapatito de oro y no la encontraba. Y llegó a la casa de Estrellita de Oro, que era la única que le faltaba.

Y la madrastra dijo que había de ser su hija, y que las llamó. Y ¡qué!, no les anduvo bien el zapato. Entonces preguntó el príncipe si no había otra niña, y la madrastra dijo que sí, pero que era una chinita¹⁵² que no vale nada. Entonces el Príncipe le exige que la llame, que la quiere ver lo mismo. Van y la obligan que salga así como está no más, pero la niña dice que va a ir a prepararse¹⁵³.

Va la niña y les pide a sus porotitos un traje y un coche mejor de los que había tenido antes. Y se viste y se presenta. Y todos se querían morir de verla así, y con la estrella de oro en la frente. Y el Príncipe le puso el zapatito, y ¡claro! era ella la dueña y le anduvo lo más bien.

La madrastra y las hijas trataban de hacerla quedar mal con el Príncipe, pero él se casó no más con Estrellita de Oro y se fueron.

Y las envidiosas quedaron castigadas y con el mondongo¹⁵⁴ del burro en la frente, para peor desgracia.

Margarita de Rivero, 68 años. Los Cerros Largos. San Martín. San Luis, 1951.

En el cuento figuran motivos nuevos.

—367

1041. La niña soberbia y la niña humilde

SAN LUIS

Había una Reina que tenía una hija y una criada. Entonce, a la criada la mandaba siempre que hiciera todas las cosas y a la hija no.

Y había un río que quedaba lejo de las casas.

Y entonce siempre la mandaba que jue a traer agua del río. En el río había como una pileta, ¿no? Y ahí iba ella con el cántaro y alzaba l'agua. Y ésta, como se demoraba siempre por que era lejos, le pegaba. Cada vez que venía le pegaba la Reina, porque es que se demoraba.

Bueno... Y que ya ella nu hallaba qui hacer, la criada, de tanto que la aporriaban.

Y un día que jue al río, y se li apareció una ancianita. Que le dice que le diera agua. Entonce que le dice ella:

-Bueno.

Entonce que le da en la vasijita que llevaba para llenar el cántaro.

-No -que le dice-, yo voy a tomar del cántaro.

-Bueno.

Le dio el cántaro que tomara agua. Tomó agua, ella, y le agradeció. Que le dijo que sería una güena niña, ella, y que Dios la conservaría, y que ella la bendecía. Entonce ella llenó el cántaro y se jue para las casas. Y claro, otra vez jue allá y otra vez que le pegaban porque se demoraba. Entonce, cuando la chica —368jue a las casas, la última vez cuando se le apareció la viejita, que cuando ella hablaba, que le salían perlas de la boca. ¡Uh!, que si asustaba la Reina, y que decía:

-¿Qué? ¿Qué es esto? -que le dice.

Y, mientras más la chica hablaba, que aparecían más perlas que caían al suelo. Y la Reina, que le decía a la hija que viniera a juntarlas. Y dice:

-¡Yo no sé qué misterio tiene esta chinita!

Y después que dice la hija:

-Mamá, yo voy a ir. ¡Porque será un misterio! Voy a ir yo a alzar agua.

Y es que jue. Bueno, la señora que 'taba entusiasmada. Envidiosa entonce, que le dice:

-Andá vos.

Porque dice que perlas y flores que le salían de la boca. Palabra que decía la chica, más que le salían. Claro, el misterio que jue, que la viejita ésa le hacía una gracia a la chica. La viejita era María Santísima que se le apareció porque la chica era humilde y todo.

Entonce ya jue la otra chica. 'Taba alzando l'agua cuando se le apareció la viejita otra vez, y que le pidió agua. Que le dijo que tomara si quería de la bebida. No le quiso dar. Que le diera en el cántaro, que le dice.

-¡No! ¡En el cántaro no le voy a dar!

-Si no me das -que le dice-, no tomaré.

Y se desapareció la viejita. Y alzó l'agua ella y se jue pa las casas.

Cuando jue allá, que le dice:

-Mamá -que le dice-, si mi ha aparecido una persona, allá, una anciana, no sé quién es.

-¡Niña! -que si asustaba ella-. ¿Y qué te dijo?

-Me pidió agua.
-¿Le diste?
-¡No! ¡Cómo le voy a dar agua yo en lo que tomamos nosotros! ¿Ve?
¡Mire!...

—369

Es que, cuando la chica le conversaba a la madre eso, que le saltaban bichos de la boca. Matuastos, lagartos, que caían al suelo.

Que se desesperaba la madre lo que la vía.

¡Y cómo la otra chica tenía esa virtud!

Ya que la martirizaban. Siempre la mandaban al agua otra vez, y siempre ella venía con el misterio que tenía ella, y la otra no. Era soberbia la otra niña.

Al último, una vez que se le apareció un joven a la chica. Ya 'taba una chica moza. Y entonces el joven se apareció él y ahí le preguntaba cómo la trataban, y le dijo que él era hijo de un Rey. Y le dijo que si ella se quería casá con él. Y ella no le dijo nada.

Después el joven fue a la casa del Rey a hablar con el Rey, que él quería casase con esa chica.

¡Uh!, la martirizaron en la casa, enteramente, que ya no la dejaron 'tar. Hasta la tiraron. No le daban de comer, nada. Porque la Reina quería que se casara la hija. Al último de tanto sufrir ella, se fue a un bosque. Nu hallaba qué hacer, desesperada. Ya la tiraron de la casa. Y ella era buena, humilde, la chica. Y bueno, ahí cuando andaba sufriendo en el bosque, si apareció el joven. Que le dijo que él la iba a pedir al Rey, y que él s'iba a casar con ella.

Y al fin se casó con el Príncipe. Y las otras quedaron en la miseria. Por soberbias, ¿ve? Dios las castigó.

Alicia Amaya de Gutiérrez, 72 años. Las Chacras. San Martín. San Luis, 1968.

Campesina analfabeta. La narradora dice que aprendió el cuento de una viejita del lugar que sabía muchos cuentos, pero que ella ha olvidado algunas partes.

—370

1042. La Cenicienta

CÓRDOBA

Dice que había una señora que tenía dos hijas. Una de ellas era muy fea, asquerosa, y la otra regularcita. Ésta más lindita se casó y tuvo la gran desgracia de perder la vida al tener una nena. Y la nena se la dejó a la madre de ella para que se la criara. Y dice que esta chiquita era muy bonita. Y iba creciendo y más bonita se ponía. Y lo que la vía tan linda, la fea la agarró a aborrecer a la sobrina. Y cada día, lo que la vía más bonita más odio le iba tomando. Y a causa de esta hija fea, cuando la niña tuvo cinco años, ya la tiraron a la cocina para que ella empezara a hacer las cosas de la cocina. Y ya a esa edad iba siendo capaz de hacer algo. Ella ya hacía el fuego, calentaba el agua y les llevaba el mate a la

cama a la abuela y a la tía.

Y dice que a esta chica no le daban más que unos cueros pa que duerma. Y que 'taba siempre sucia y llena de ceniza. Y que le dice la fea a la madre que le pusieran la Cenicienta. Como la tenían en la cocina no más, siempre 'taba sucia con ceniza.

Ya creció a la edá de diez año y ya alcanzaba a desempeñarse en todo. Les daba el mate y les hacía la comida como podía. La mandaban al mercado, a los almacenes. Siempre andaba hilachenta, sucia. Ya se sabe lo que es ser güérfana y más cuando la aborrecen.

Dice que una vez la encuentra una señora, cuando iba al mercado, que venía con unos cuatro corderos, y dice que le dice:

-¿No querís que te dé un cordero pa que lo criés, pa que te acompañe?

—371

-Cómo lo voy a criar, señora, si mi abuela y mi tía se enojan. Sólo que le dé la lechecita o el juguito de mazamorra que me den a mí.

-Eso -que le dice la señora.

Lo acetó la chica. Y va a la casa. Dice que lo que la vieron a la chica con el cordero en los brazos, que le dice la fea:

-Mire, mamá, a esta chinita con ese animal en los brazos. Quiteseló y largueló.

Que le dice la chica:

-¿Pórque me lo va a quitar si me lo han dado pa que me acompañe?

Entonce que le dice la vieja:

-Dejalo, dejalo que lo críe.

Y así, esta chica andaba por todos lados con el corderito. Lo crió con mucho cariño. Y ya 'taba grandecito el cordero y gordito.

Bueno. Y dice que un día le dice que agarre ese bicho y que lo tire.

Y bueno, que un día la mandan al mercado y le dicen:

-No lo llevís a ese bicho. Encerralo y dejalo.

Y dice que cuando salió la chica, sacaron el cordero y lo degollaron. Lo carnieron. Y dice que cuando volvió la chica, de lejo no más devisó que 'taban carniano un animal, pero no sabía que era su corderito.

Y dice que cuando llegó y vio, dice:

-Pero, agüelita, pero que no ve que no tenía más compañía que el corderito ¿pórque me lo mataron?

Lo que sacó es que la castigaron.

Bueno. Y después que le sacaron las tripitas, las pusieron en una palangana y que la mandaron al río a lavar las tripitas. Y la chica andaba llorando no más. ¡Qué se le iba acabar el duelo si le habían muerto su compañero!

Y la chica se jue llorando. Y le dijeron:

-Y si dejáis ir una tripita en la corriente del arroyo, no volváis.

—372

Y así que le dieron contadas las tripitas. Y dice que se jue y se puso a lavar las tripitas y a llorar. Y dice que por áhi va y se le escapa una tripita. Y se largó ella a buscar la tripita río abajo. Y dice que cuando caminó un trecho, llorando, dice que al otro lado del arroyo devisa un señor muy hermoso, de ropaje blanco. Y dice que le dice:

-¿Qué buscás, buena niña?

-Una tripita, porque si la pierdo me van a castigar.

-Pasá a este lado ande 'toy yo. Yo te la daré.

Pasó la niña y ha pasado del lado izquierdo, y le dijo:

-Mirá, vení, lavame con tus manitos esta llaga y te daré tu tripita.

Y dice que pasó ella y lo hizo con todo gusto.

-Bueno -que le dice-, basta.

Y sacó la tripita y se la dio. Y le dice:

-Mirá, te voy a dar un consejo, hija mía, porque te quiero mucho y te tengo mucha lástima. Que esta noche 'tés muy alerta. Esta noche no te duermas. Cuando refune el burro bajá la cabecita y cuando cante el gallo levantá la cabecita.

Dice que la Cenicienta se fue con la tripita muy contenta. Y dice que se puso a cebar mate y a darles. Y dice que cuando ya fue de noche 'taba apurada por acostarse. No dormía ella esperando la novedá.

Dice que pasó toda la noche despierta. Al alba, ya oyó lejos el burro, y bajó la cabecita. Y ya cantó el gallo y levantó la cabeza y le cayó una estrea en la frente.

Bueno, a la mañana, se levantó ya y cuando iba adentro, deslumbraba esta criatura con la estrea. Y que ya le vieron la estrea y que se la querían sacar. Que la rajuñaban y rajuñaban para sacarselá y no podían. Y bueno, más envidia tenía la fea. Y que le dice:

-¿Qué te ha pasado chinita? Y vos que sois la Cenicienta no podés andar con eso.

Entonce dispusieron de ponerle una vincha para que no viera nadie lo que tenía esta niña. Y la niña contó cómo había encontrado a ese señor en el arroyo y cómo le había dado esa virtú.

—373

Bueno. Que le dice la fea:

-Vea, mamá, usted debería carniar otro cordero y darme las tripitas a mí para ir a lavarlas en el río.

Y dice que le dice la madre:

-Bueno, hija, así vamos a hacer. Le voy a dar las tripitas pero no me deje perder ni una. También, pobre de vos si dejás perder una; te voy a matar. Simulacro que hicieron así.

Entonce fue y compró un cordero, lo degolló y hizo lo mismo que con la Cenicienta. La misma simulación que hizo con el otro cordero.

Bueno. Esta niña chica, la Cenicienta, la habían mandado al mercado. Y dice que le dice el dueño del mercado:

-¿Qué tenis, que ti han puesto esa vincha? Y un trapo tan sucio que ti han puesto. Sacateló.

-No, la abuela no quiere que me saque esta vincha.

Y le dice el dueño del mercado:

-¿Maver? -agarró y le sacó la venda.

Cuando vieron, todos se admiraron y halagaron a esta criatura. Y que, le dijieron:

-¿Por qué te hacen eso?

-Yo no sé -dice ella.

La pobre criatura no sabía que tenía esto. La infeliz criatura no tenía espejo nunca. Vía el vislumbre no más cuando se sacaba la vincha, pero no sabía qué era eso. Y se divulgó por todo el contorno del pueblo lo que tenía esta criatura y llegó a los oídos del Rey que vivía en otro pueblo.

Y bueno. Vamos a lo que le pasó a la otra, a la fea. Se jue al arroyo la chinita mala. Y salió haciendosé la que lloraba, de pícara. Y se sentó a hacer la que lavaba. Y dice que por áhi ella largó de intento una tripita. Y siguió por la orilla del arroyo haciendosé la que lloraba. Y dice que ya caminó la distancia hasta donde estaba este señor, con el ropaje tan hermoso.

Dice que le dice:

-¿Qué busca, buena niña?

—374

-Una tripita, que me ha llevado el agua y mi mamá me va a castigar si no la llevo.

Y dice que le dice este señor:

-Pasá a donde yo estoy y te voy a dar tu tripita.

Bueno, ya ha pasado y le dice:

-Lavame esta llaga y yo te daré la tripita.

Y dice que le dice ella:

-¡Qué más te quisieras viejo puerco, que yo te voy a lavar esa llaga!

Ése fue el contesto de ella. Jueron las palabras de la guasa¹⁵⁵ y sin saber con quién trataba.

Y dice que saca la tripita y le dice:

-Tome su tripita, aquí la tiene y le voy a decir una cosa.

'Té usted muy alerta. Vea, al alba, no se duerma. Esta noche van a cantar dos animales, el burro y el gallo. Cuando cante el burro, usted levante la cabeza y cuando cante el gallo usted baje la cabeza.

Y bueno, y dice que ya se fue a la casa de la madre. Y ya pegó la vuelta y se jue sin despedirse, ni nada.

Y ya llegó a la casa. Y que le dice la madre:

-¿Cómo te ha ido, hija mía?

-Bien, mamita. También me va a caer una estrea.

Bueno. No vía la hora que ya jue la noche.

La Cenicienta andaba siempre trabajando. Y por último llegó la hora. Se acostó muy temprano. Y dice que ya jue la hora. Y cantó el gallo, y ella bajó la cabeza. Y sintió cantar el burro y levantó la cabeza. Entonce sintió esta mujer que le cayó una cosa en la frente, que no sabía qué era, si eran las orejas del burro o qué parte del burro era. Y entonce que le dice a la madre:

-Levante, mamá, venga, vea, que 'toy apretada la frente.

Y ya se levantó la madre.

-¡Ay, hija mía! -que le dice-. ¡Qué castigo! ¡Qué castigo! —375No comprendo yo lo que te ha caído en la frente.

Y le dice:

-Traite un cuchío, te voy a cortar lo que te ha caído en la frente, un miembro terrible ti ha caído en la frente.

Y lo que le tironiaba la madre para sacarle era un dolor que no podía resistir. Entonce agarró un trapo y le hizo una gran vincha, porque era muy grande lo que tenía. Ya ve usted cómo castiga Dios. Y dice que ya se levantaron muy tristes, las dos niñas envinchadas.

Y dice que esto había llegado a los oídos del Rey. Esto tan curioso. Y dice que le dice el Rey al Príncipe Real:

-Te vas a tomar el coche real y te vas a ir por todas las casas más

pobres, buscando a esa niña que tiene una estrea en la frente.
Que lo mandó al Príncipe con dos lacayos. Y entonces dice que el Príncipe
salió a buscar dando vuelta a todas las casas. Y dice que le dice un
señor:

-Usted vaya al mercado y ahí va a ver la niña y por ahí le van a dar
noticia.

Y dice que se fue el Príncipe. Y que le dice el dueño del mercado:

-En aquella casa la va a encontrar. Es una huérfana que le dan mal trato y
la tienen envidiandola no más.

Bueno. Entonces dice que se dirigió a la casa. Lo saludó muy cortés la
señora, pero no lo invitó que se bajara. Dice que le dice:

-A bajarme vengo, señora, ¿por qué no me convida?

-No acostumbro a invitar a la gente rica. Bajese si quiere.

Miren qué modo de tratar un Príncipe. Entonces dice que le ha dicho:

-Mire, señora, me han dicho que usted tiene una niña que tiene una estrea
en la frente.

Pero como la vieja ya estaba alerta, la niña ya estaba escondida en una
caja grande de madera, que tenía.

—376

Dice que le dijo:

-Yo no tengo ninguna niña con estrea en la frente. Yo sólo tengo una niña
que tiene otra cosa en la frente. Si usted quiere pasar, pase, ahí está
sentada en el estrado.

Que tenía estrado la casa. Entonces tenían estrado todas las casas. Y dice
que sintió horror cuando vio el Príncipe este monstruo que tenía la pobre
mujer. Y se retiró el Príncipe. Y entonces dice que principió a toriar el
cuzquito de la casa, y que decía para el lado de la caja:

«Ñu, ñau, caja pitiña,
niña estrea en la frente.
Burríta pajiña,
sentada en el estrado».

El cuzquito hablaba clarito, esto. Era como un ángel que le estaba
aclarando el caso. Por tres veces dice que le decía al Príncipe. Entonces
el Príncipe se volvió y sintió lo que decía el cuzquito.

Y dice que la vieja le pegó un puntapié y lo tiró afuera.

Y entonces le dice el Príncipe:

-Usted me va a dar la llave de la caja.

-Pero usted no es el dueño de la caja. En mi casa hago lo que quiero.

Se lo impuso el Príncipe y tuvo que entregar la llave al Príncipe.

Y sacaron la niña. Y dice, qué placer, qué gusto tuvo el Príncipe de ver
esta niña tan bonita, con una estrea en la frente. Y la sacó de la caja y
la puso en el coche para que fuera su esposa. Y la Cenicienta se casó con
el Príncipe después de cumplir los quince años. La llevaron al palacio y
la educaron. Y la vistieron como Princesa.

Ese fue un ejemplo para las envidiosas.

Ese viejito que le hizo caer la estrea en la frente era Dios.

Josefa Roldán, 80 años. Tulumba. Córdoba, 1952.

A pesar de la edad de la narradora, conserva sus muy buenas aptitudes para relatar.

—377

1043. La Cenicienta

CORRIENTES

Dice que había una vez un señor viudo que tenía una hija que era muy hermosa y que él le quería mucho, pero dice que se casó otra vez y entonces tuvo dos hijas, pero no eran tan lindas como la otra, y eran muy malas. Las tres se criaron juntas, pero las dos hermanas eran malas y envidiosas con la huerfanita linda, y la hacían trabajar mucho y la pusieron de cocinera. Ella era linda y muy buenita.

Un día dice que llegó a la casa de ellas un señor príncipe que llevaba unos zapatitos lindos para que se probaran las niñas y la que calzara los zapatitos la iba a elegir para su novia. Todas se probaron y sólo a la huerfanita buena le quedaron bien. En el pueblo del Príncipe había una fiesta y tenían que ir las tres niñas. El Príncipe tenía que ver puestos los zapatitos en los pies de la niña que calzó más bien y le iba a conocer y tenía que bailar con ella.

La niña buena tenía que cocinar ligero para poder ir a la fiesta, tenía que hacer una tortilla de alverjas. Como estaba apurada se le volcaron todas las alverjas y ella afligida dijo:

-¡Dios mío!, me mandaste volcar las alverjas, ¡qué voy a hacer!

Entonces Dios, como era buena le mandó del cielo muchas palomitas que bajaron junto a ella y cada una tomó en su pico una alverja y entregó a la niña y después volaron otra vez al —378cielo; entonces la niña hizo la tortilla y después de terminar sus trabajos fue con sus hermanas a la fiesta. El Príncipe dice que la conoció por los zapatitos y la sacó a bailar. Después la pidió para su esposa, se casó con ella, la llevó a su palacio y fueron muy felices, como se merecía la niña tan buena y tan linda.

Cecilia Noguera, 13 años. Mercedes. Corrientes, 1951.

—379

1044. María la Cenicienta

NEUQUÉN

Que era un hombre que quedó viudo y tenía una hijita. Que la hijita era muy bonita y se llamaba María. Que este hombre se casó con otra señora y tuvo dos hijas feas. Se murió este hombre y quedó la señora con las dos

hijas y la entenada. A la entenada la tenía de sirvienta, siempre en la cocina, en la orilla del fuego, y por eso le pusieron la Cenicienta y le decían María Cenicienta. Así no más la llamaban.

Una noche, la señora va a un baile, a la casa del Rey, con las dos hijas. Y la Cenicienta queda como siempre acostada en un cuartito, porque nunca la sacaban a ningún lado.

María Cenicienta cuando las vio que se fueron muy arregladas, le dio un poco de tristeza, pero se acostó y se quedó dormida. Estaba muy cansada porque tenía que hacer todo el trabajo ella sola.

Y en lo que está durmiendo, se le aparece la madre, que era muerta, y le dice que ahí le trae un vestido y un par de zapatos, que se vista y se vaya al baile. Que ella le va a mandar un carrito¹⁵⁶ que la vaya a dejar, y cuando se quiera venir que la vaya a buscar.

Entonces María Cenicienta se viste y viene el carrito y la lleva al baile.

—380

Estaba María Cenicienta más elegante que todas. No la conocía nadie. El Príncipe bailó toda la noche con ella.

Cuando ya se quiere retirar, viene el carrito a buscarla y cuando va a saltar al carrito se le cae un zapato. Y ella, apurada por volver a la casa, que no la vea la madrastra, lo deja no más. El Rey lo ve al zapato y con todo disimulo lo guarda.

Al otro día el Rey manda con un muchacho a preguntar de quién es el zapato, a quién le queda bien y que con la dueña del zapato se iba a casar él. El muchacho anduvo por todas las casas y al fin llega a la casa de la señora y las dos hijas y la entenada. En primer lugar las dos hijas se prueban el zapato y no les queda bien. Ellas hacen fuerza para ponerse el zapato, pero, nada.

Entonces dice el muchacho que llamen a María Cenicienta, que era la única que faltaba. La señora decía que qué le iba a quedar bien y no la quería llamar. Pero la tuvo que llamar porque era orden del Rey de que todas las niñas de ese lugar, fueran como fueran se tenían que poner el zapato hasta que saliera la dueña. Vino María Cenicienta, se puso el zapato y le quedó bien, porque era de ella.

Entonces el muchacho salió gritando por la calle que había aparecido la novia del Rey.

Entonces viene el Rey a pedirla y se casa. Y la lleva a la casa del Rey. Esta señora quedó con mucho odio para María Cenicienta. El Rey se daba cuenta y le dice a María Cenicienta que cuidado con esa señora que le podía hacer algún mal. Y siempre la manijaba bien encerrada, que no saliera afuera y todo.

Y un día se aparece una viejita con un canasto de manzanas, y le regala una manzana, la más linda de todas. María Cenicienta la prueba y se queda dormida. Se cayó al suelo como muerta. Y llega el Rey y la encuentra en el suelo. El Rey se pone muy triste, pero creyendo que estaba muerta, la mandó hacer el cajón y todo.

Ya cuando la iban a enterrar, en lo que dan vuelta el cajón, se afloja un pedazo de manzana que tenía en la garganta, y —381 vive otra vez.

Tenía el pedazo de manzana trancado en la garganta. Entonces María Cenicienta le dice al Rey que ha venido una viejita vendiendo manzanas y le ha regalado una, ésa que le ha hecho mal.

Entonces el Rey se da cuenta que es la madrastra de ella, y la hizo llamar y la mató.

Y el Rey y María Cenicienta quedaron viviendo muy felices.

Y se acabó el cuento.

Yolanda del Carmen Parada, 24 años. Chos Malal. Neuquén, 1960.

Buena narradora; trabaja como sirvienta.

El cuento contiene el motivo de la manzana venenosa del cuento de Blanca Nieve.

1045. Mariquita Cenicienta

NEUQUÉN

Era una niña que no tenía madre. La madrastra la hacía llamar Mariquita Cenicienta.

Mariquita Cenicienta vivía con el padre y la madrastra. La madrastra tenía una hija fea, que la criaba muy regalona y no la hacía hacer nada. A Mariquita Cenicienta la hacía trabajar todo el día. La mandaba a cuidar las vacas al campo y le daba lana para hilar. Mariquita Cenicienta tenía una vaquilla¹⁵⁷ que quería mucho. La vaquilla le ayudaba a hilar. Todos los días Mariquita Cenicienta venía a buscar lana para hilar. Y un día le dijo la madrastra:

-¿Cómo hilás tan ligero vos?

Y un día la fue a catear¹⁵⁸ a Mariquita al campo. Y llegó la señora y la vio que vino la vaquilla a buscarle la lana a Mariquita. Y vio que se la daba hilada, muy bien hilada a toda la lana.

Y se vino la señora a la casa. Y se hizo la enferma. Y le dijo al marido que mientras tanto no carniera la vaquilla de Mariquita, ella no sanaba. Y el marido fue y la carnió a la vaquilla de Mariquita Cenicienta. Y Mariquita lloraba mucho. Y le pidió la grasa y las tripitas para ir a lavar al arroyo. Y las llevó en una bateíta —³⁸³para lavar todo. Y cuando 'taba lavando, se le fue la bateia¹⁵⁹ con la grasa y las tripitas por el agua. Y Mariquita Cenicienta se fue llorando a buscarla porque si la perdía le iban a pegar en la casa. Y ahí, cuando iba, se encontró con un viejito. El viejito le preguntó qué le pasaba que lloraba, y ella le contó que iba buscando la bateia con la grasa y las tripitas de su vaquillita. Entonces él le dijo:

-Andá a aquella casa. Hay unos niños muy sucios y los tenís que limpiar. Cuando volvés, va estar tu bateíta aquí.

Mariquita hizo lo que le dijo el viejito. Los niños daban asco de la suciedad que tenían, pero ella los limpió muy bien y se volvió a buscar al viejito.

Llegó una señora a la casa de esos niños y les dijo:

-¿Quién los limpió tan limpios?

Le dijieron los niños:

-Una niña muy lista y muy bonita que vino.

-A esa niña le va aparecer una estrella de las más hermosas en la frente.

Esta señora era la Virgen y el viejito era Dios.

Y llegó Mariquita Cenicienta donde estaba Taitita Dios. Y él le entregó la bateíta. Y en ese momento Mariquita sintió un peso en la frente. Era una estrella de las más hermosas. Ella se ató la frente con un trapo porque tenía miedo de llegar a la casa así, porque la madrastra y la otra niña eran muy envidiosas. Cuando llegó a la casa le dijo la chiquilla envidiosa:

-¿Qué traís áhi, tonta?

Y Mariquita se desató la frente y las dos se enojaron mucha de envidiosas que eran. Entonce le dijo la chica a la madre:

-Mamita, ¿por qué no se hace l'enferma pa que me carnien mi vaquillita?

Y fue la señora y se hizo la enferma y le dijo al esposo:

-Mientras no carnien la vaquilla de mi hija, yo no alivio.

—384

Y le carnio la vaquilla. Y le dijo la chica envidiosa:

-Papito, ¿me da la grasa y las tripitas de mi vaquilla?

El hombre l'echó la grasa y las tripitas en la bateíta y las fue a lavar al arroyo. Y áhi dejó ir la bateia agua abajo. Y se vino llorando la chica envidiosa, buscando sus tripitas. Y lo encontró al viejito y le contó lo que le pasaba. Y él le dijo:

-Andá aquella casa. Hay unos chicos áhi. 'Tán muy sucios. Limpialos bien. Cuando volvás va 'tar tu bateíta.

La chica fue, vio los chicos sucios y le dio asco y no los limpió nada.

Los ensució más de lo que 'taban. Fue la Virgen y les preguntó:

-¿Quién los ensució tanto?

Y ellos dijieron:

-Una niña muy fiera y muy mala los dejó así.

-A esa niña muy fiera y muy mala le ha de aparecer un moco de burro bien grande en la frente.

Se vino la niña donde 'taba Taitita Dios y le dice:

-Y no tenía nada la bateíta, Taitita Dios.

Y se vino llorando la chica envidiosa para la casa, y se sintió un peso aquí, en la frente. Y llegó ande la madre y le dijo:

-Mire, mamita, lo que tengo aquí.

-¡Ay, cochina!, dame un cuchillo pa sacarte eso de la frente.

-Qué, mamita, ¿no es una estrella?

-No, cochina, que es un moco de burro.

No le pudo cortar nada a la chica y le ató la frente.

Después de un tiempo se fueron todos a corré carrera y dejaron a Mariquita Cenicienta encerrada en un horno. Mariquita tenía una varillita de virtud que le había dado Taitita Dios. Y dijo Mariquita:

-«Varillita de virtud, que se me presente un traje de los mejores y un coche como no se haiga visto otro».

—385

En seguida tuvo todo. Se arregló, subió al coche y se fue a las carreras. Llegó a las carreras y todos estaban admirados de esta niña, y el coche tan lujoso. Nadie la conocía.

'Taba el Rey en las carreras y corrió tuna carrera con Mariquita. Y se vino ella cuando terminó la carrera y perdió un zapatito.

Al día siguiente mandó a un hombre a preguntar por todas las casa de quién

era ese zapatito, que el Rey se iba a casar con esa niña.

-Es mío -le dijo la niña envidiosa.

-De la que sea me la llevo -dijo el hombre.

La chica envidiosa se cortó los dedos del pie y se puso a la fuerza el zapatito. Andaba con un perro el hombre, y cuando pasó por cerca del horno, dice el perro:

-Ésa no es. La dueña aquí está, aquí está.

El hombre vio que la chica tenía el pie lastimado. Abrió el horno y sacó esa niña tan linda. Le puso el zapatito y le andaba muy bien. La llevó y se casó con el Rey, Mariquita Cenicienta.

Inés del Valle González, 12 años. La Salada. Chos Malal. Neuquén, 1960.

Aprendió el cuento de la madre, Verónica González, de Lleuto-Caballo, Neuquén, que sabe muchos cuentos.

—386

1046. María Isabel y Mangoviana

NEUQUÉN

Había una vez una señora que tenía una hija y una entenada. María Isabel se llamaba la entenada y la tenían de sirvienta, no la querían, y era muy linda y buena. Mangoviana se llamaba la hija y era mala y fea.

María Isabel tenía un corderito que quería mucho. Un día la madrastra, para hacerla sufrir, le mató el corderito y la mandó al río que lavara todas las tripitas, y que no se le fuera ninguna por el río, que si no, le daba una paliza. María Isabel se fue llorando. Lavando las tripitas está, y viene una corriente de agua y se las lleva a todas. Y se fue María Isabel por el río, llorando, buscando las tripitas. Y se le aparece un viejito y le pregunta por qué llora. Le dice que la madrastra le ha muerto su corderito y la manda a lavar las tripas y que no se le vaya ninguna a ir, pero que se las ha llevado todas la corriente. Él dice que se las va a buscar. Le dice que vaya ella adonde unas enfermas que 'tan áhi cerca, las limpie y les haga lo que ellas le pidan.

María Isabel se va donde las enfermas, que daban ascos de la enfermedad que tenían. Y las enfermas le dicen que las limpie y todo, y que les haga remedio y todo. Ella les hace todo y las cuida muy bien. Las enfermas le dicen que muchas gracias, —387que se le ponga una estrella en la frente y que escupa oro y plata. Entonce María Isabel se viene a donde el viejito y el viejito la bendice y le da las tripas. Entonce se va adonde la madrastra.

Mangoviana 'taba en el balcón y la vio a María Isabel y le dice, muy sorprendida, que María Isabel viene con una estrella en la frente, y que escupe oro y plata. Y dice la madrastra:

-¡Qué va a traer estrella esa perra!

Y cuando la ve, se enoja y hace que se ate acá, la frente, para que no se le vea la estrella, y que cuando escupa no escupa en el suelo.

Al otro día siguiente hace lo mismo con la hija, con Mangoviana, para ver si también le sale una estrella en la frente. Mata un corderito y la manda

que lleve las tripas al río, a lavarlas. Y se va Mangoviana rezongando. Lavando las tripas está Mangoviana, y deja ir todas las tripas por el agua abajo. Y ella se va a buscarlas, llorando. Y ahí aparece de nuevo el viejito y le pregunta por qué llora. Ella le dice que se le han perdido unas tripitas, que se le han ido en el agua. Y él le dice que se las va a buscar. Mangoviana se enoja y le dice que él las tendrá. El viejita la manda a donde las enfermas.

Mangoviana va donde las enfermas y las enfermas le piden que las limpie y les haga remedios. Mangoviana se enoja, les tiene asco. No les hace nada y las deja peor de lo que están. Y se va Mangoviana. Las enfermas le dicen que muchas gracias y que se le ponga un moquillo de pavo en la frente.

Mangoviana se va adonde el viejito. El viejito le da las tripitas y Mangoviana, enojada, le pega y se va a la casa de la madre.

Cuando va en el camino le sale un moquillo de pavo en la frente.

—388

María Isabel sale al balcón y por reírse de ella le dice a la madrastra:

-Mangoviana trae una estrella en la frente.

-Y la madrastra cree, pero y dice otra vez:

-¡Qué va traer estrella esa perra!

Pero cuando la ve a Mangoviana, se enoja y le hace que se ate la frente y se arrolle el moquillo pa adentro.

Se corrió la noticia de que había una niña con una estrella en la frente.

Al día siguiente viene el Rey a la casa de la madrastra. La ve a María Isabel, le hace sacar lo que tiene atado en la frente, y ve la estrella. Y se enamoró de ella y en seguida la pidió y se casaron. María Isabel le promete al Rey que va tener un niño con el sol en la frente y una niña con la luna en la frente.

El Rey se tuvo que ir a la guerra y la señora quedó embarazada.

Cuando fue a tener familia la atendió la madrastra. Ella tuvo dos nenes, el nene con el sol y la nena con la luna en la frente, como le había dicho al Rey. La madrastra le sacó los nenes y le puso dos perritos. A los hijitos los puso en un cajón y los tiró a la mar.

Andaba un pescador y los encuentra a los niñitos en el cajón y los lleva a la casa, y deja para ellos los nenitos.

Cuando el Rey supo que la señora había tenido dos perritos, mandó que la pusieran donde están los perros, en el peor lugar de la casa, y ahí criara a sus hijos.

Una vez andaba un peón del Rey por cerca de la casa del pescador y ve los niñitos jugando en un arenal. Y vino y le dijo al Rey que tenían que ser sus hijos porque la nena tenía la luna y el nene el sol en la frente. El Rey los mandó a buscar con el viejito que los había encontrado. El viejito le dijo que los había salvado de la mar, que 'taban en un cajoncito. El Rey reconoció que eran sus hijos y mandó a sacar a su señora —389de donde 'taba criando los perros. Y ella vio los hijos, los reconoció. Y ya se dieron cuenta de todo. Al pescador le dio el Rey todo lo que necesitaba para vivir hasta que se muera.

Llamaron a la madrastra como invitación. Hicieron un castillo¹⁶² de leña, le prendieron fuego y la echaron al fuego. Y Mangoviana quedó sola.

Los Reyes y sus hijos vivieron muchos años muy felices.

Yolanda del Carmen Parada, 24 años. Chos Malal. Neuquén, 1959.

Aprendió el cuento del padre, Victoriano Parada, de 56 años de edad, oriundo de El Cholar, Neuquén, que sabe muchos cuentos antiguos. El cuento amalgama en forma esquemática dos cuentos: el de La Cenicienta y el de Los hijos dorados.

—390

1047. El cuento de la Cachura

NEUQUÉN

Para saber y contar y contar para saber.
No hay que echarle mucha estera
porque es mucha moledera.
Ni le dejaré de echar
porque de todo ha de llevar.

Que era una vieja. Tenía una hija. Y después tenía una criada, que había criado no más.

A la hija le pusieron Cachura. Y la guachita¹⁶³ se llamaba María, po. Entonce un día le dijo la hija de la vieja que porque no le daba un trabajo a la Mariquita. Entonce ella agarró, la vieja, y le dio un vellón de lana pa que l'hilara. Y ya al momento que se lo tejiera.

Entonce ella se jue onde le mandaban a cuidar las vacas. Entonce ella se jue llorando. Ella se encontró con una ternerita guachita que había criado. Entonce le dijo la ternerita:

-¿Por qué lloras mi buena Mariquita?

Y ella le dijo:

-Cómo no he de llorar. Mi ha mandau mi mamita que hile este vellón de lana en un momento.

—391

Entonce la ternerita le dijo:

-No llorís. No se te dé nada, Mariquita. Poneme l'husito en l'hociquito y la lana en los cachitos¹⁶⁴ y vos te ponís a dormir.

Y entonce ya le puso ya el vellón. Y ella se puso a dormir. Y golvió la ternerita onde ella y la recordó. Bueno... le dijo:

-Ándate a la casa.

Güeno, ya llegó. Y le dijo la Cachura a la mamá:

-Mamá, ya viene la María. Cómo, mamá, ¿le ha dado a hilar a la María lana? No ha hilao.

Entonce vieron que 'taba hilao y entonce le dijo:

-¿Vos hilaste este hilo?

Y la Mariquita dijo que sí.

-Mamá -le dijo la Cachura-, mañana le da tres vellones. Y yo, mamá, me voy

a di atrás a catiarla.

Bueno... ella se jue. Y ya golvió onde la ternerita llorando porque le habían dao tres vellones. Y entonce le dijo la ternerita:

-¿Por qué lloras mi buena Mariquita?

Y le dijo:

-¡No vuá llorá mi buena ternerita cuando mi mamita me ha mandao a hilar estos tres vellones de lana, que se los lleve en un momento!

Entonce le dijo:

-No llorís, poneme la lana en los cachitos y el husito en el hociquito y yo te vuá a hilar. Y vos ti acostás a dormir harto largo.

Y ella se puso a dormí. Y entonce despué de un rato ya llegó la ternerita a recordarle a la Mariquita. Y le dijo:

-Levantate. Ya 'tá tu hilo hiláu y ándate.

—392

Y ya llegó a la casa la hija de la vieja y le dice:

-No es nada ella la qu'hila -le dijo-. Es la garra¹⁶⁵ 'e guacha que tiene.

Ésa l'hila la lana -le dijo-. Y güeno, entonce, mamá, cuando llegue, le pregunta quién l'hiló la lana, si es harto alentáa.

Llegó la María onde la mamá. Ya le entregó el hilado. Entonce le dijo:

-¿Vos hilaste esti hilo, María?

Entonce le dijo:

-Yo, mamita.

Entonce le dijo:

-Qué vas a hilar vos esti hilo -y le largó la tetera con agua hirviendo, y casi la terminó¹⁶⁶.

Entonce le dijo:

-Esa garra 'e guacha que tenís t'hila a vos.

Y le dijo la Cachura a la vieja:

-Mamá, ¿porque no le carnea la garra 'e guacha que tiene?

Entonce le dijo:

-Mañana te vas a levantá bien di alba y me vas a ir a buscá las vacas.

Y la Mariquita no sabía nada que l'iban a matar la ternerita. Mas¹⁶⁷, se dio cuenta despué. Cuando se levantó a la mañana di alba, se jue a buscar las vacas. Entonce la Mariquita iba llorando.

Se encontró con la ternerita d'ella y le dijo:

-¿Por qué llorás, mi buena Mariquita?

Y le dijo:

-Yo sé porque llorás. A mí me van a carniar, y no llorís vos por mí.

—393

Y le dijo:

-A vos te van a mandar a lavar la panza a un arroyo. Y entonce, ante que vas a lavar, en primer lugar, partí la manzanilla¹⁶⁸, y en la manzanilla hay una varillita. Y entonce, tu varilla, la ponís en la puerta 'e la cocina, ande naide la vea. Entonce vos, lo que vos le pidas a la varillita te va a dar. Cuando vos t'encontrís en un apuro, le decís vos: «Por la virtud que Dios ti ha dao quero esto». Y áhi la vamo a dejar un rato a la varillita...

Entonce carnearon la ternerita y la mandaron a la Mariquita a lavar la panza. Entonce le dijo la vieja:

-No se te vaya ir una tripa por l'agua abajo. Si se te va una tripa o otra

cosa agua abajo te corto la cabeza.

'Taba por terminare de lavar, cuando se le jue la manzanilla agua abajo, se le soltó de las manos. Y entonce ella se jue por l'orilla del arroyo agua abajo, por seguir su manzanilla a ver si l'encontraba. Entonce, mucho que ha endao ella, s'encontró con un viejito, y le dijo:

-¿Por qué llorás, mi buena Mariquita? -le dijo el viejito.

-¡No vuá llorare, mi buen viejito, si se me ha venío una manzanilla por l'agua abajo!

Y le dijo:

-Y si no l'hallo me dijo mi mamita que me va a cortar la cabeza.

Y le dijo:

-No llorís. Despúlgame despacito, despacito; lávame, yo te voy a decir onde 'tá tu manzanilla.

Y bueno... Ya lo despulgó y lo lavó la Mariquita. Y le dijo:

-Y ahora te voy a decir onde 'tá tu manzanilla.

Y le dijo:

Hay una plazoletita, agua abajo, y áhi, en una piegrita, áhi 'tá tu manzanilla.

—394

Y ella jue a la plazoletita y encontró la manzanilla y se despidió después del viejito. Y cuando ella salió di onde 'taba el viejito, le salió una estrella en la frente. Y el viejito le dio una varillita de virtú pa que le pida lo que quiera. Entonce ella se jue pa la casa. Y ya la vio la Cachura qu'iba. Y le dijo a la magre:

-Míreme, mamá, ¿nu es la Marica la que viene áhi?

Entonce le dijo:

-Qué va a ser ésa. Aquella es una niña muy linda, ¿y qué trae en la frente?

-Y la Marica es -le dijo.

Y llegó la Marica y le vieron l'estrella. Y agarró la vieja y la voltió y le pegaba con el ojo 'e l'hacha para sacále l'estrella. Y entre más le pegaba más bonita se ponía l'estrella. Y jue inútil que le pegue. Y entonce le dijo a la Cachura:

-Andá buscó un pañuelo de los más inservibles pa atále la cabeza, pa que no le vean la frente -y ya agarró y li ató y le dijo que no va a salí a ninguna parte, qu'iba a 'tá áhi no más-. Entonce la vamo a dejar a la Mariquita a un lao.

Y entonce le dice la Cachura:

-Mamá, mañana me carnea mi garra 'e ternerita también -la Cachura tenía una ternerita como la Mariquita.

-Bueno. Mañana vas a ir a buscá las vacas vos misma.

Y jue ella a buscar las vacas en la mañana. Y trajo las vaca pa que la carniara la ternera. Y agarró la vieja y le carneó la ternera. Y entonce le dijo:

-Y vas a ir a lavar la panza sin que se te vaya una tripa agua abajo -le dijo la vieja a la Cachura.

Y jue a lavá y lo primero qu'hizo, largó el librilla por el agua abajo. Y luego s'hizo la qu'iba llorando. S'echaba saliva en los ojos. Entonce ya iba y s'encontró con el viejito. Le dijo:

-¿Por qué llorás mi buena señorita?

-¡No vuá llorar, mi buen viejito, si se me vino el librilla por el agua abajo!

—395

Y le dijo:

-Mira, no llorís nada, despúlgame y lávame bien lavadito.

Y entonce ella tuvo asco y le contestó:

-Quién te va a lavar a vos, viejo cochino, viejo sarnoso -y l'echó a güena parte¹⁷⁰.

No lo quiso limpiar. Ella se jue. Y mucho qu'iba, le gritó el viejito que volviera. Entonce ella volvió hasta onde él 'taba otra vez. Entonce le dijo:

-Volvé, meté la cabeza en aquella plazoleta¹⁷¹ que 'tá áhi -qui había como una barranquita-, áhi 'tá tu librilla.

Entonce metió ella la cabeza en la plazoleta y le salió un cacho. Y entonce cuando ella levantó la cabeza no podía salir y sacó un pedazo de barranquita. Un cacho harto grande le salió en la frente. Entonce ya se jue pa la casa. Onde enterraba el cacho se daba güelta carnero¹⁷². Y se limpiaba su cachito y seguía. Y cuando la vio la vieja, entonce, la voltió y le daba con el ojo 'e l'hacha pa sacale el cacho y más grande se le ponía el cacho. Y no jue capaz de sacale el cacho a l'hija. Entonce, ella, luego no más la levantó y se jue a un almacén que había cerca de las casas. Entonce se jue a comprarle cinta pa engolvele el cacho a l'hija. De lo mejor le trajo. Ya golvió y la engolvió bien el cacho, bien engüeltito. Entonce le dijo:

-M'hija, mañana vamo a ir a misa. Y a la Marica la vamo a dejá en la casa. Entonce ella, la Marica, cuando ya arregló todo, el almuerzo y todo dejó en punto, entonce agarró su varillita de virtud y dijo:

-«Varillita, por la virtud que Dios te ha dao, que se me presente un coche de lo más lindo con dos caballos bien negritos, el coche negro, y que de los Reyes que habrá en misa ninguno tenga un coche mejor. Y la ropa también, que ninguna princesa de las hijas del Rey tenga mejor que la mía. Y del botín más lindo que me traiga, que ni las hijas de ningún rey tengan igual».

—396

Y al punto tuvo todo. Y se vistió como princesa. Si bonita era, el doble quedaba con esa ropa. Y agarró ella y subió al coche y se jue a misa ella también. Entonce iba por llegar la vieja y la Cachura a misa, y las pasó, y la pasó a llevar con la rueda del coche y la voltió a la Cachura y quedó enterrada. Y entonce, mientras que la vieja la limpiaba a la Cachura, ella llegó a misa, la Mariquita. Y jueron a mirar la vieja y la Cachura y no la conocieron.

No sabían de onde era el coche y no la conocían a la niña; no sabían quién era. Todos estaban admirados. Y el hijo del Rey, Manuelito, se enamoró de la Mariquita. Y no sabía cómo quitale una prenda pa saber quién era.

Y ya se jue la Mariquita pa la casa. Ella llegó a la casa. Y le dijo a la varillita:

-«Varillita, que se me desaparezca todo esto que mi has dao».

Entonce ya llegó la vieja a la casa. Y entonce le dijo:

-Mariquita, hamos¹⁷³ visto un coche de lo más lindo. Muy lindo, que nunca lo vimo. Y una niña tan bonita que no sabemos quién es.

Y entonces ella le dijo:

-Era yo, mamita.

Entonces la vieja ganó una cacerola que tenía con sopa y se la largó a ella.

-¡Qué vas a ser vos! -dijo.

-Qué va a ser esta sarnosa -dijo la Cachura.

-Güeno -le dijo-, mañana temprano vamos a ir a misa. Lo arregló al desayuno la Mariquita y salieron a misa la vieja y la Cachura.

-Vos me tenís el almuerzo en punto, cuando nohotras golgamos. Hací todo.

—397

Y ya se fueron. Y ya hizo todo rápido. Y le dijo:

-«Varillita de virtud, que se parezca un coche de lo más lindo. Que si lindo era el de ayer, que sea el doble mejor éste. Y que la ropa sea mucho más linda y el zapato charolao del mejor».

Bueno... Al punto 'tuvo todo. Y entonces ella agarró y subió en su coche y se fue. Y luego no más la alcanzó a la Cachura con la vieja. La pasó a llevar otra vez. Y mientras que la vieja le limpiaba el cacho a la Cachura, ella pasó a misa. Tuvo en misa y se mandó a cambiar otra vez. Y el hijo del Rey ya tenía mucha gente pa ver si le podían quitar una prenda a la niña. Y ella tiró cerca del coche, cuando s'iba, un pañuelo bordado con nombre y apellido de ella. Hizo que se le había queido¹⁷⁴, y también un botín. Y entonces apretaron a correr y el hijo del Rey alcanzó a agarrar las dos prendas.

Y ya llegó la niña a la casa. Entonces dijo:

-«Varillita, por la virtud que Dios te ha dao que se me desaparezca todo lo qui me has dao».

Y ya llegó la vieja contandolé a la Mariquita que había vuelto la niña a misa, más bonita que el día anterior y que si el otro coche era lindo el que vino hoy era el doble de lindo.

-No lo tiene naide por acá y naide conoce esta niña -le dijo.

Y ella le dijo:

-Era yo mamita.

Y entonces la retaron y la vieja le largó una tetera con agua. Y la terminó a la pobre Mariquita otra vez.

Y el Rey y el hijo salieron a buscar esta niña. El Rey quería casalo al hijo. Y ya pasaron a una casa y le midieron el botín a las niñas que había, y no eran las dueñas. Y ya pasaron a otra casa. Y hasta que al fin llegaron a la casa de la Cachura.

—398

Entonces cuando la vieja vio que venía el Rey, la hizo esconder a la Mariquita abajo de una batea. Y ella se quedó con la Cachura pa que se mida el botín. Y la Mariquita había criado un perrito de esos chiquititos. Y ahí 'taba el perrito al lao de ella. Entonces llegó el Rey. Saludó. Y le dicen:

-¡Pase! ¡Pase!

Y no sabían onde ponelo al Rey. Y le dijo:

-Permiso, señora.

Y ya le dijo que se sacara el botín la Cachura pa que se tantiara el zapato. Y le dijo que si le 'taba güeno s'iba a casar el hijo con ella. Y ella decía que le 'taba güeno. Pero no 'tuvo güeno. Y ya se quedó hartito

triste la Cachura y la vieja.

-Güeno, no es de su hija -le decía el Rey.

-¡Cómo no le va 'tar güeno! -le decía la vieja.

Y entonces el perrito de la Mariquita decía:

-¡Ñau!, ¡ñau!, aquí 'ta mi señorita.

Y ya sacaron al perrito y lo cascaron para que no gritara más.

La Mariquita oyendo estas palabras dijo:

-«Varillita de virtud, por la virtud que Dios mi ha dao, me das la misma ropa que jui a misa y el mismo zapato».

Y entonces el perrito volvió a toriar¹⁷⁵ y decía:

-¡Ñau!, ¡ñau!, aquí 'ta mi señorita.

Y entonces el Rey puso cuidao lo que volvió a decir el perrito. Y entonces le dice a la vieja:

-¿Qué dice el perrito, señora?

-¡Qué, este perro siempre que viene gente viene a toriar! -dijo la vieja.

-No -le dijo el Rey-, aquí hay algo.

Entonces el Rey jue onde 'taba la niña y levantó la batea, y salió

Mariquita como una princesa y con un solo zapato, harto linda y con l'estrella en la frente.

—399

Entonces el Rey le dijo que se tantiará el botín. Y le dijo que le va a 'tar güeno. Y la vieja y la Cachura no querían que se lo pusiera. Y se lo puso la Mariquita. Y bien que le vino. Y el pañuelo tenía el nombre d'ella. Y el Rey dijo que ésa era la niña que s'iba a casar con su hijo y que le iban a poner la corona de reina.

Entonces el Rey y el hijo se jueron y la llevaron a la Mariquita al palacio. Llegaron allí, buscaron cura. Se casó la niña con el Príncipe, y le pusieron la bendición. Y hicieron una fiesta harto linda.

Y después mandaron a buscar a la vieja bruja y a la Cachura. Buscaron esos caballos más guaguales¹⁷⁶ que llaman, y agarraron caballos, cuatro pa la vieja y cuatro pa la Cachura. Y agarraron y la ataron a la Cachura de las piernas y las manos en cada caballo. Y a la vieja igual. Porque han hecho muchas despenías¹⁷⁷ con la chica que tenían. Y Dios la había protegido. Porque el viejito que le puso la estrella y le dio la virtud era Dios. Y ahí espantaron los caballos y las despedazaron.

Y entonces se acabó el cuento.

Y pasó por un zapato

roto pa que usté me cuente otro.

Clara Rosa Salazar, 33 años. Ranquílco. Ñorquín. Neuquén, 1954.

La narradora dice que los cuentos deben contarse de noche, que es malo contarlos de día. La iniciación del cuento es común a los narradores chilenos.

Es descendiente de familias chilenas. Su pronunciación es chileno-argentina y también su léxico. Es analfabeta y rústica, pero muy

buen narradora.

—400

Nota

El cuento de La Cenicienta, de fama universal, figura en nuestra colección con 16 versiones y variantes. Tiene gran difusión en las provincias más conservadoras de nuestro país. En el conjunto, predomina el tipo que se considera completo en la tradición occidental; a los motivos fundamentales, en la mayoría de las variantes se agregan los que se tienen como de origen español: la heroína es enviada por la madrastra a lavar las entrañas del animalito muerto, al río; el río se las lleva; ella las busca llorando y aparece Dios o la Virgen que la protegen y la premian. En una versión es la madre. La premian con una estrella en la frente y con una varita mágica que llena su vida de milagros.

Difusión geográfica del cuento

El cuento es muy antiguo: tiene antecesores orientales y en Occidente es conocido desde los primeros siglos de la Edad Media.

—401

La Cenicienta es uno de los cuentos populares más estudiados y discutidos en el mundo científico. Anna Birgitta Rooth le ha dedicado un estudio muy completo. Véase el erudito análisis de Aurelio M. Espinosa (II, p. 414 y sigs.) y el de Pino Saavedra (I, p. 400 y sigs.). Es el tipo 510 A de Aarne, Aarne-Thompson, Boggs y Hanses.

—[402] —[403]

La monita de palo. Piel de asno. El padre enamorado de la hija
6 versiones y variantes

Cuentos del 1048 al 1053

—[404] —405

1048. Florita

LA RIOJA

Era un rey y una reina que tenían una hija que se llamaba Florita. La

Reina era muy linda. Un día que estaban conversando, la Reina le dijo que le iba hacer un pedido, que cuando ella se muera que se case con una mujer igual a ella. Pocos meses después muere la Reina y el Rey sale en busca de esposa por otros reinos vecinos, pero no encuentra ninguna mujer que se parezca a la Reina muerta.

Un día, conversando con la hija, le dice que como no había podido encontrar una mujer igual a la madre para casarse, que tendrá que casarse con ella, porque es la única que se parece.

La hija se enoja y le dice que los padres no pueden casarse con las hijas. Como palabra de Rey no puede faltar, le ordenó que se prepare para el domingo, que se realizaría la boda.

Florita llama a una negra que tenían. La manda a comprar ropa de hombre para las dos, y huyen. Cuando vuelve el Rey no las encuentra. Las busca, pregunta y nadie le da noticia.

Mientras tanto Florita y la negra llegan a una parte del camino y se separan. Florita llega a un palacio en busca de trabajo. El Rey la ocupa, creyendo que es un joven, y le toma cariño, y piensa coronarlo porque no tiene hijos varones. Florita se hace amiga de las tres hijas del Rey y les cuenta que ella es mujer y por qué se hace pasar por joven.

Llega el padre de la niña en su busca, pero el Rey le dice que en su reino llegó un joven. Como el padre de Florita desconfía —406le hace un trato. Que hagan un rodeo de hacienda, si el joven enlaza era porque es varón y si no enlaza era porque era mujer.

Como Dios le ayudaba siempre, Florita enlaza y quiebra un animal.

El Rey se va y al poco tiempo vuelve en busca de la hija.

Los dos reyes resuelven ir a los baños y llevarla a Florita. Ella que no halla qué hacer, les cuenta a las hijas del Rey y éstas le aconsejan que elija un caballo oscuro y no podrán alcanzarla.

Sube, empieza a galopar, pronto los reyes ni el rastro le ven. Va tan fuerte que por sobre las orejas pasa y cae al suelo de rodilla. Se le aparece Jesús y le dice que la va ayudar, por que ella no ha querido casarse con el padre, que vuelva tranquila que desde ese instante será varón.

El joven vuelve, se baña, y el padre convencido que no es la hija, se va a su palacio y vive solo.

El joven es coronado y queda a vivir muy feliz en el reino vecino.

Clorinda de Flores, 45 años. Catuna. General Ocampo. La Rioja, 1950.

La narradora ha olvidado motivos del cuento tradicional.

—407

1049. La monita de palo

MENDOZA

Éste que era un matrimonio joven que tenía una hija llamada María.

Se murió la madre y quedó María sola. Era una niña muy linda y muy parecida a la madre.

Cuando María ya era una jovencita, el padre se quiso casar con ella. La

niña lloraba todo el día y no sabía qué hacer. No comía ni dormía y no sabía a quién pedir ayuda.

Una noche, que estaba llorando y pidiendo a Dios que hiciera comprender al padre lo que quería hacer, oyó una voz que la llamaba por la ventana.

Entonces ella reconoció que era la voz de la madre que le decía:

-¿Qué te pasa, María?

Y ella le contestó:

-Mi padre quiere casarse conmigo. La madre le dijo:

-Pedile un vestido con todos los astros que están en el cielo. Como no lo puede hacer, te va a dejar de molestar.

La niña le dijo al padre que le ponía la condición que le traiga un vestido con todos los astros que 'tán en el cielo.

El padre le preguntó si se iba a casar con él.

Ella le dijo que sí, pero tenía que traerle un vestido con todos los astros del cielo.

—408

Contestó él que sí, que se lo traería porque tenía pacto con el diablo. Y el padre le trajo el vestido con todos los astros del cielo, que era una admiración¹⁷⁸.

A la noche siguiente vino otra vez la madre por la ventana, la habló a María y le dijo:

-¿Te ha traído el vestido?

-Sí, mamá, y estoy otra vez muy triste.

-Pedile ahora otro, con todas las cosas que hay en la tierra.

Se lo pidió la niña y como tenía trato con el diablo el padre, también se lo trajo.

A la noche siguiente volvió la madre y le preguntó:

-María, ¿te ha traído el vestido?

-Sí, mamá, y estoy más triste que antes.

-Pedile, entonces, un ramo de jilgueros cantando. Eso no lo va a poder traer. Y me despido, hija, porque ya no voy a poder volver más. Ya se me acabó el permiso¹⁷⁹ que tenía para volver a este mundo y ayudarte. Tenís que pensar vos, ahora, cómo te vas a salvar de la mala intención de tu padre. Te dejo esta varita bendecida y a ella le podés pedir lo que te haga falta.

María le pidió al padre el ramo de jilgueros cantando. Para él no había imposibles porque tenía trato con el diablo, y al otro día se lo trajo.

Entonces, María, llorando, le pidió que le diera plazo de tres meses.

Entonces el padre le dijo:

-Bueno, María, pero es el último plazo que te doy.

Entonces María se fue a una carpintería y mandó hacer una mona de palo del tamaño de ella, para meterse adentro y que pudiera mover las piernas para caminar y los brazos para trabajar. Cuando el carpintero le entregó eso, como caja, con la figura de la mona, se metió dentro y se largó para los campos. Se fue un día de viento muy fuerte para que el padre no la pudiera seguir al rastro.

Y se perdió de la casa y nadie sabía nada de ella. El padre hizo preguntar por todas partes, pero nadie había visto a María.

—409

María siguió caminando muchos días por campos, montes y montañas.

Un día salieron unos jóvenes a cazar por los montes y vieron esta mona. Uno le iba a tirar un tiro y el otro dijo que no le tirara. Se allegó y dijo:

-Yo me llevo esta monita a mi casa, es muy mansita y buena -y se la llevó.

Se puso muy contenta la madre de este joven con la monita de palo. La monita hacía muchos trabajos de la casa y hacía muy ricas comidas.

El domingo se aprontó el joven para ir a la misa y le dijo a la mona:

-Traeme el lavador con agua, monita de palo.

María le trajo el lavador con agua y le dijo porque no la llevaba a misa, a ella. Y el joven le contestó:

-Qué voy a hacer con vos, mona fiera¹⁸⁰ -y le tiró un poco de agua encima.

La monita se quedó llorando pero se acordó de la varita mágica que le había dejado su madre. Se fue a su cuarto y le dijo a la varita:

-Mamita, quiero un coche de oro y de plata con una pareja de caballos tordillos.

Inmediatamente se presentó el coche. Ella se puso el traje con todos los astros y se fue a misa.

El joven estaba parado en la puerta de la iglesia cuando llegó este coche deslumbrante y bajó esta niña preciosa con el traje con todos los astros.

La gente se quedó asombrada y el joven se enamoró de ella. Con disimulo el joven fue y se le sentó al lado y la hablaba. Y ella le dijo:

-No me peturbe¹⁸¹, joven, durante la misa.

—410

Se paró¹⁸² para irse la niña, y el joven le preguntó:

-¿De dónde es usted, que nunca la hemos visto en estos lugares?

-Yo soy del fondo del lavador -le contestó ella-. ¿Y dónde queda eso?

-Tanto de aquí como de allá -dijo ella y subió al coche.

Los caballos salieron al galope, como si volaran. El joven siguió el coche con la vista pero al doblar una esquina desapareció.

María llegó a la casa y se puso el traje de mona y se puso a barrer.

Cuando llegó el joven le dijo a la madre:

-Mamá, ¿no ha visto pasar por aquí un coche de oro y de plata con una niña muy bonita?

-No, hijito -le contestó la madre.

-Usted no ve nada -le dijo el joven nervioso-, para este lado venía.

Al domingo siguiente se preparaba el joven para ir a misa y le pidió a la monita el lavador:

-Traeme agua para lavarme.

María le llevó el lavador con agua y le dice:

-¿No me lleva, mi amo, a misa?

Y él le contestó:

-Qué te voy a llevar a misa, mona fiera -y le pegó un sacudón del brazo.

María pidió a la mamita el mismo coche, se puso el traje con todas las cosas de la tierra y se fue a misa.

El joven esperaba en la puerta de la iglesia y vio que llegaba la niña más linda que antes. Se sentó nuevamente a su lado y la conversaba. Ella le dijo:

-No me peturbe, joven, durante la misa.

—411

Y cuando terminó la misa ella se paró para irse y el joven le volvió a

preguntar:

-¿De dónde es usted?

-Yo soy del fondo del sacudón.

-¿Y dónde queda eso?

-Tanto de aquí como de allá -contestó ella-; subió al coche y los caballos salieron a la carrera.

El joven trató de ver a dónde iba el coche, pero en unos minutos se perdió de vista.

Volvió María a la casa y se puso otra vez el traje de mona y se puso a barrer.

El joven llegó al rato más intrigado, y no sabía qué hacer.

Al domingo siguiente el joven le pidió el lavador con agua a la monita de palo, para ir a misa. La monita trajo el lavador y le dijo:

-¿No me lleva, mi amo, a misa?

Él le contestó:

-Qué te voy a llevar, mona fiera -y le pegó un puñetazo en la cara.

Ella fue y volvió a pedir el mismo coche. Se puso el vestido de todos los astros y llevó el ramo de jilgueros.

Cuando llegó, el joven estaba en la puerta de la iglesia. Más admiración causó esta niña tan linda con este coche, este vestido y este ramo de pajaritos cantando. El joven se volvió a sentar a su lado y le dijo que ya no podía vivir sin ella. Ella le contestó:

-No me peturbe durante la misa.

Cuando se paró para irse, él le preguntó de donde era. Ella le contestó:

-Soy del fondo del puñetazo.

-¿Y dónde queda eso?

-Tanto de aquí como de allá.

Subió al coche y entonces el joven desesperado le tiró un agarrón y le sacó un zapato.

La monita volvió y hizo como el domingo anterior y se puso a barrer.

—412

El joven llegó desesperado preguntando si no habían visto pasar el coche y si no conocían a la dueña del zapato. Desde ese momento empezó a buscar. A ver a quien le andaba bien el zapato. No encontraba la dueña y le dijo a la madre que se iba ir andar hasta que la encontrara. La madre lloraba mucho, pero la monita de palo le dijo:

-Dejeló que se vaya, mamita, que algún día volverá.

El joven anduvo mucho y no encontró a la dueña del zapato y se volvió otra vez a la casa y la monita le dijo:

-Si usted la viera, ¿la conocería a la niña que es dueña del zapato?

-Sí -dijo él- la conocería inmediatamente.

-Espere un momento -dijo María y se fue para adentro. Salió de la mona de palo, María, se puso el primer traje y se sentó en un sillón. Lo llamó y cuando vino le preguntó: ¿Será ésta?

-Sí, sí -contestó el joven y corrió loco de contento.

Ya la llamó a la madre, el joven, y la presentó como novia. La monita de palo contó entonces su historia y todos lloraron y la quisieron más.

Después se casaron y hicieron una fiesta muy grande, que duró varios días.

Y fueron felices,

comieron perdices,
y yo no comí
porque no quise.

Carmen Bustos de Sosa, 75 años. San Carlos. Las Heras. Mendoza, 1952.
Buena narradora.

—413

1050. La monita del palo

SAN LUIS

Había en un pueblito un matrimonio que tenía una hijita, única hija, de edad de diez años. Este matrimonio eran muy felices viendo crecer la hija al lado de ellos. El dueño 'e la casa era muy guapo¹⁸³ y la señora era muy hacendosa, también. En aquellos años vivían de una majadita¹⁸⁴ que tenían y de algunos trabajos que hacía él, de vez en cuando. Un día entró una enfermedad muy mala, en el lugar, que le llamaban el cólera. De dónde viene y cae enferma la señora. Y entonces no se le encontró remedio y falleció. El esposo se cambió de ahí con todo lo que tenía, a otro lugar.

Ya vivía el hombre con su hijita y lo pasaba bien. Al cabo de un año se hizo de varias amistades en el nuevo lugar, adonde se había ido a vivir. Y comenzó a ir a pasiar a la casa de una señora ande había una muchacha. Y tanto jue y tanta amistá tuvo que le pareció bien la muchacha y la pidió para casarse con ella.

La muchacha aparentó querer mucho a la hijastra, y eso es lo que lo llevó al hombre a casarse. Ya tenía once años y era muy guapa la chica, muy hacendosa, y era sumamente donosa¹⁸⁵. Ya se casaron, y vivieron muy bien al principio. La chica la quería como a una madre a la madrastra.

—414

Pasaron los años y la señora comenzó a tener familia y tuvo cuatro hijos, dos varones y dos mujeres. Que éstos eran muy regalones de la madre, del padre y de la media hermana. Venían siempre visitas a la casa y siempre codiciaban a la muchacha que no era hija de la señora, que siempre decían: -¡Qué linda¹⁸⁶ chica! ¡Qué guapa! ¡Qué donosa! ¡Qué preciosa!

Y de los niños de la señora no decía nadie nada. Entonces la madrastra, al ver que todos los cumplimientos y halagos eran para la hijastra, comenzó a tenerle odio profundo. La comenzó a tratar mal, a mortificarla, a decirle que era fiera, asquerosa y que era igual a una mona de los palos. La tenía mal vestida, mugrienta. No la dejaba ni que se lavara y sin embargo la gente que venía la seguía alabando a ella. Y ya le jue quedando el apodo de Mona del Palo. Y así no más la llamaban en la casa.

Ya tenía la niña 16 años, y la madrastra ya no la podía ni ver. Un día lo llamó al marido y le dice:

-La mato o me mando a mudar yo.

Entonce el padre dispuso de mandar a la niña a la casa de unos parientes que vivían muy lejos. Se dispuso el padre a acompañarla. Entonce la señora le dijo que no, que se juera sola. Y así que el pobre hombre, con mucho sentimiento, tuvo que despachar a su hija sola.

El padre le dio las señas del camino y de la casa. La niña tomó el sendero y siguió las indicaciones del padre. Anduvo un buen tiempo, pero como ella nunca había andado sola, se extravió. Anduvo como 15 días perdida en el campo. Se mantenía con frutas de los árboles del monte no más. Por fin tanto andar, divisó una casa muy grande y muy hermosa. Y áhi no más se allegó y pidió qué comer. Era una tarde muy linda y de casualidá 'staban los dueños de casa en la puerta. Que era un matrimonio que no tenían hijos más que un solo hijo de veinte años. La niña llegó y les dijo que venía buscando trabajo. Los dueños —415de la casa le contestaron que no la podían tomar porque tenían el personal de servicio completo. Entonce la niña les dijo que por favor la ocuparan, que ella venía de muy lejo, extraviada, y que no sabía el camino para donde la habían despachado. Al hijo que 'staba áhi, cuando la vio a la niña tan humilde y tan lindita, le dio lástima y les dijo a los padres que la tomaran. Y bueno, la hicieron pasar y le dieron de comer, y la dejaron para que sirviera. La chica les contó cómo había sufrido y cómo había pasado en el campo ande casi se había muerto di hambre y de sé.

Bueno... Pasó el tiempo. La chica era tan viva, y tan trabajadora y de tan lindos modales, que en seguida no más se ganó la voluntá de los patrones y de todos los de la casa. Ya todos le querían mucho. La llamaban con el apodo que le había puesta la madrastra, Monita del Palo.

El hijo de los dueños de la casa cumplió veinticinco años, y los padres, que eran muy ricos, dispusieron de hacerlo casar. Determinaron de dar un gran baile para que él eligiera la mejor, muchacha que juera a la fiesta. Ya dieron el baile. Estuvo muy lindo, muy concurrido y había muchachas de todas partes y muy lindas. Pero el joven dijo que ninguna le agradaba para casarse.

Dispusieron, entonce, los padres, de dar una fiesta en otra estancia.

Invitaron a las familias más ricas de muchas leguas a la redonda.

A la oración, se prepararon los padres y el hijo para ir al baile.

Entonce, el joven le dice a la Monita del Palo que le alcanzara los zapatos. Entonce ella le dice:

-¡Amito, llevenmé p'al baile!

-Cayate -le dice el mozo-, que agorita de voy a dar un zapatazo.

Ya se aprontaron y se fueron a la fiesta. Que estaba muy lindo el baile y la música, y había muchísimas niñas muy paquetas y donosas.

Muy triste se quedó la Monita del Palo. En eso que 'staba áhi, se mira la mano y se ve el anillo que le dejó la madre al —416morirse y que le dijo que era de virtú. Hasta entonce se había olvidado que él la podía ayudar en sus sufrimientos. Lo saca y lo flota¹⁸⁷ tres veces en la palma de la mano. Y entonce aparece un negro grandote y le dice:

-¿Qué se le ofrece, mi amita?

-Quiero un traje completo con zapatos y alhajas. Que sean mejores que los de todas las niñas que haigan ido al baile, y quiero un carruaje más hermoso que todos los que se conozcan en el mundo.

Y al ratito no más le trajo el negro un traje preciosísimo y un carruaje, y jue al baile. Cuando ven que hacía luces una cosa que venía y que ya llegó a la casa, y ven que una niña tan hermosa como no se había visto otra, llegó. Todos les hacen atenciones, y le hacen pasar al baile. En cuantito la vio el joven, se enamoró de ella. Ahí no más se arrimó y bailó con ella toda la noche. Y después le preguntó:

¿Adonde vive usted, señorita?

-Yo vivo acá cerca en la calle del Zapatazo.

Entonce él le ofertó compañía. Ella le dijo que sí, pero en un descuido tomó la puerta, y salió y desapareció. La buscaron por todas partes y no la pudieron encontrar.

Bueno... el joven quedó muy triste de que no pudo dar con la muchacha que se había enamorado. Entonce determinaron de dar otra fiesta. Cuando iban a ir al baile se aprontaron los padres y el joven le dice a la Monita que le alcance el bastón. Entonce le dice ella:

-¡Amito, llevenmé al baile!

Y él le contesta:

-Callate que te voy a dar un bastonazo.

Y ya se jueron a la fiesta y quedó la Monita del Palo. Enseguida no más se sacó el anillo, lo flotó tres veces y se presentó el negro y le dice:

-Amita, ordene lo que quére.

—417

Ya pidió la niña un traje y un carruaje tan lujosos como no había otros. Y ya se los trajo, se acomodó y se jue al baile. El joven que 'staba en la puerta viendo si aparecía, en cuanto la devisó la salió a recibir muerto de gusto¹⁸⁸.

La tomó del brazo y la llevó al baile y bailó con ella toda la noche. Y que le dice:

-Vea niña, que esta noche la voy a acompañar. ¿Cómo era la calle en que vivía?

-Vivo en la calle del Bastonazo -le dice ella.

Y después, hizo lo mismo la niña, que en la primera noche. Cuando venía aclarando, en un descuido salió, tomó un carruaje y desapareció. Vino a la casa, despachó el coche y se acostó a dormir. Cuando llegaron los patrones, la casa 'staba en silencio.

Al otro día, los padres y el joven conversaban de esta niña tan hermosa que naide sabía de ánde era ni cómo se desaparecía. Y entonce dijieron que él tenía que comprometerla y acompañarla y no dejarla ir. El joven 'staba cada vez más enamorado de la niña y muy triste pensando si no la volvía a encontrar. Entonce determinaron de dar otro baile, y los padres y el hijo se aprontaron para irse. Entonce el joven le pide a la Monita del Palo que le pase el cepillo. Ella se lo alcanza y le dice:

-¡Amito, llévenme al baile!

-Cayate -le contesta-, que agora te voy a dar un cepillazo.

Bueno... Ya se jueron. La niña entonce se sacó el anillo, lo flotó tres veces y se presentó el negro, y ella le pidió un traje y un carruaje más lindos y lujosos que los otros.

Al ratito no más el negro le trajo un traje como nunca se había visto otro y un carruaje que brillaba como el sol. Se acomodó y se jue al baile. El joven la 'staba esperando. La recibió, la llevó a la sala del baile y

bailó con ella toda la noche. Y ya le dijo que esa noche no se le iba a escapar. Y le dijo que la quería, que la comprometía y le dio un anillo. La niña se puso el anillo y siguió bailando. Cuando venía aclarando, se hizo la que se iba arreglar a otra —418pieza, y nadie se dio cuenta cuando desapareció. Busca que busca a la niña y no la encontraron por ninguna parte. La niña llegó a la casa, despachó el coche y se acostó a dormir. Más tarde llegaron los patrones. Ella los oía que conversaban y conversaban de la niña que nadie sabía de ánde era.

Al otro día, el joven 'staba muy triste. No sabía que hacer.

Se acordaba que la niña le había dicho que vivía en la calle del Zapatazo, del Bastonazo y del Cepillazo. Mandaron entonces a los criados a buscar esas calles, pero no las encontraron por ningún pueblo de por esos lugares. El joven decía que la niña 'staba comprometida porque él le había dado un anillo. Pasaron varios días, y el joven de pena se enfermó. Tenía fiebre y cada día 'staba peor. No habían dejado médico del pueblo y de todos los lugares cerca sin ver, pero nadie le curaba el mal. Ya 'staba el mozo para morir. No dejaban entrar a nadie a la pieza, nada más que a los patrones. Un día el joven llama y pide un vaso de agua. Entonces la madre le dice a la Monita del Palo, pensando que era tan graciosa y que lo podía alegrar al joven:

-Llévale el agua vos Monita.

La niña va lava bien el vaso, le pone el anillo que le dio el joven y lo llena de agua, y se lo lleva al enfermo. El mozo agarra el vaso con su mano tembleque, toma unos tragos y ve el anillo y lo reconoce. Entonces, haciendo un esfuerzo le dice a la niña:

-¿De dónde has sacado este anillo?

-Usté me lo dio, patroncito.

-¿Y vos sos la niña que estaba en el baile?

-Yo soy. No se acuerda que yo le dije la primera noche que vivía en la calle del Zapatazo. Yo le dije la segunda noche que vivía en la calle del Bastonazo porque usté me ofertó un bastonazo, y le dije la tercera noche que vivía en la calle del Cepillazo, porque usté me ofertó un cepillazo.

Entonces el joven le dice:

-Si sos la niña que jue al baile, presentate como juiste vestida una de las noches.

La niña jue a su pieza. Flotó el anillo y pidió el traje más lindo que se puso para ir al baile.

—419

Se arregló y quedó preciosa, como una reina. Se presentó así al joven.

Cuando éste la vio dio un grito:

-Llegó mi novia, vengan a verla.

Y ya la abrazó y la presentó a los padres. Ellos se quedaron muy sorprendidos y le preguntaron que de ande venía. Ella dijo que de su pieza. El joven les explicó que era la que le llamaban la Monita del Palo, que había sido una niña encantada, y que él se iba a casar con ella. De este día, el mozo sanó radicalmente. Los padres estaban locos de contentos. Les parecía mentira que el hijo se les salvaba, que ya lo daban por muerto. A la semana, se casaron los novios, en una gran fiesta que duró varios días. Los padres hicieron repartir regalos a los pobres por la salvación de su hijo.

Los recién casados quedaron muy felices y vivieron muchos años.
Amador V. Olivera, 68 años. San Luis, 1952.
Hombre del pueblo. Gran narrador.
Variante del cuento fundamental.

—420

1051. La hija del Rey y el barquito de corcho

SAN LUIS

Éste era un Rey que enviudó, ¿no? Que había tenía una hija que tenía dieciséis años u diecisiete. Entonce no faltó quien le dijiera que él tenía que ser casado con la mejor niña que hubiera en el pago. Y buscó por todos lados y las hizo venir de todos lados a las niñas. Y sabía que ninguna había mejor que la hija de él, ¿no? Entós le dijo a la niña que tenía que ser casado con ella, porque nu había otra niña mejor, ¿no? ¡Que la niña se oponía!

-¡Cómo puede ser papá! ¡Cómo me voy a casar yo con mi padre!, ¿no?

No, y que no había caso. Entonce le dice que dejara pasar un año, que era demasiado joven. Entonce le aceptó el Rey. Y en aquel año, buscó la niña los medios posibles cómo iba hacer para defiar¹⁸⁹ de la casa del Rey. Y ésta tenía una amiga, había de ser de mala vida, una mujer hechicera, que ella le dio la idea, ¿no? Y ella le dijo:

-Yo te viá regalar un guante. Al ponerte este guante quedás negra. Puede ser que se desilusione de verte negra, ¿no? Pero no va a ser basta. Ya sabe que sos blanca. Hacete hacer un barco.

-¿Y de qué?

—421

-Y tantos trozos de corcho que tienen de balde. Hací buscar a ver quién sabe hacer barcos y haceseló hacer todo con corcho. Que te haga un barco de corcho. Que te sirva de pieza y todo, y te encerrás ahí. Entonce, ya una tarde, como para ir a pasiar un rato, te vas al barco. Y hasta yo voy a ir a amarrar¹⁹⁰ el barco, como se ofrezca. Y te largás a la Providencia. Por ahí te van hallar y vas a salir.

Y le gustó a la niña. Hizo hacer el barco. Se lo hicieron muy pronto.

Entonce se decidió. Llevó la ropa de ella que tenía de todo suficiente. Y ocurre que salió el Rey. Una noche ella fue y se subió al barco y lo largaron los que sabían que se iba a embarcar ella. Lo largaron y siguió por la mar nadando el barco, a la que Dios es grande, ¿no?

Esta señora, la hechicera, li había dado varios vestidos muy bonitos, que posiblemente en algunas naciones no había de esas mismas telas y colores. Y anduvo como seis meses en el agua, la niña. Nadie la encontraba. Había en esa época muy pocos barcos, posiblemente. Y un día amaneció cerca de una isla y logró de arrimar. Con la tabla, esa de navegar, hizo andar su barquito y lo llevó a una parte que había raíces para atar la soga, la marra¹⁹¹ que tenía, y salió a la oría, ¿no? Y hacía como dos días que 'taba ahí. Andaba en la oría y todos los días venía al barquito. La halla un joven de la isla. 'Taba vestida de negro, con el guante negro, ¿no? Era

una negrita no más, muy dispuesta¹⁹². Entonce la llevó y hizo llevar el barquito, él. El joven aquél era hijo de un Rey tamén. Güerfano, ¿no? Había fallecido ya el Rey. Él tenía una hermana también, el hijo del Rey. Se amigaron mucho las dos. Ésta siempre anda vestida con el guante, diré, demostraba una negrita, no más. Le gustó mucho a la otra niña, muy educada, la hija del Rey. Se civilizaba también la niña de la isla. Muchas cosas que ella no las sabía esta otra las sabía. Completamente amigas. Por áhi se ofreció un baile. La convidan. Con pocas ganas de ir, no tenía voluntá.

-No, que no voy a ir nada. ¡Qué se van a presentar ustedes con la negra, allá! ¡No, no voy a ir nada!

—422

Bueno. Le hicieron poca instancia y se jueron, el joven y la niña. Quedó ella de casera. Apenas se jueron, se sacó el guante, se vistió bien. Y después salió ella a una distancia lejos, ¿no? Y allá llegó esta niña muy rara, muy desconocida, muy bien vestida. Con una ropa que no la habían visto nadie. La tenía áhi, pero nunca la había visto la otra amiga. Entonces la recibieron muy bien. Se enamoró mucho el joven de la niña aquélla. Procuraba de bailar con ella. Por áhi, en una de ésas le da por servirle con una copa de algún licor y se va y la trae personal¹⁹³. Cuando volvió no 'staba la niña. La buscaban por todos lados.

-Ha salú para afuera.

Ella salió y se fue pa la casa de ella otra vez.

¡Ucha! ¡Más enojau! ¿no? Y claro, se fue, no tomó nada. Y ya jue y le conversaba lo que li había pasáu.

Y se reía la niña:

-¿Cómo se descuidó y la dejó ir? -ella misma le conversaba.

Entonce se volvió a proporcionar otro baile más. Y él estaba para salir ya. Se había ido la hermana ya. Y le dice la negrita a él:

-¿Por qué no me lleva a mí, que voy a ir al baile?

-No mi hagás reir.

-Así como 'toy no más.

-Pero no faltaría más. A ver si te encajo unos azotes -le decía.

Se arregló y se jue

Ese mismo día le quería dar un anillo.

Ella se presentó otra vez, al poco rato. Salió él, se alistó bien y esperó. Cuando acuerda llega la niña otra vez allá. Una alegría bárbara para el joven, ¿no? Se volvió a juntar con la simpatía, ¿no? Y esa noche le dio un anillo, ¿no? Igualmente más tarde, cuando ya se trató de que la haiga servíu con una copa u alguna cosa, ¿no?, cuando se descuidó, se escapó la niña y se jue.

—423

Vino y no salía nada. Áhi no más guastó¹⁹⁴ al suelo la copa, más resentido que no sé qué. Salió y se jue por el camino que iba a la casa de él.

Cuando jue allá le conversaba lo qui había pasau, muy triste. Al otro día amaneció y no quería levantarse, 'taba muy apenau.

-¿Y qué le pasa? -dice la negrita.

-No, qui hi amanecíu mal, el cuerpo desarmau¹⁹⁵ -dice, ¿no?

-Yo sé lo que tiene -dice-. Yo le guá dar un té que va a sanar.

-Güeno, déme por si sano -dice.

L'hizo un té. Le trajo en un jarro y echó el anillo ahí.

-Pero tomeló a todo -dice.

Lo comenzó a tomar despacito. Mañeriaba pa tomar todo. Cuando lo va a terminar, suena el anío adentro del jarro. Lo saca y lo mira. ¡El anío de él!

-¿De dónde saca este anío?

-¿Y no me lo dio anoche? -le dice.

-Puede ser.

-Sí, anoche me lo dio usté. Me dijo que los casáramos y me dio en señal de nuestra relación.

-Y bueno, puede ser, yo quiero vela como sabe estar. Como va allá.

-Eso es lo de menos.

Y se fue la niña y la hermana fue a ayudale a vestirse. Y se vistió en un momento y en seguida vino. Ya sin el guante. Era la misma niña qui había visto en la noche, ¿no?

-¿Y por qué no me hizo presente?

-No, ¿si ante de irse no me quiso pegar unos azotes? 'Tá sintiendo por mí -dice.

-Por qué se presenta de negra en el día y en la noche es ya blanca. Cuando quiera salir a un baile se ha de presentar así. No se va vestir de negra.

No la quiero ver más negra así.

—424

Y ese mismo día, con un afán bárbaro, hizo buscar los medios posibles para casarse con la niña. Y se casó con la niña. Así que no volvió más al pago la niña.

Y di áhi quedó el caso desparramado por todos laus.

Y yo me vine a conversale el cuento.

Delfín Prado, 75 años. Cortaderas. Chacabuco. San Luis, 1968.

Muy buen narrador.

—425

1052. La Peludita

NEUQUÉN

Esteras y esterillas
para secar perillas.
Esteras y esterones
para secar pelones.

Había una vez un rey y una reina que tenían una hija. La Reina era linda, linda, y la hija era igual a la madre, muy linda también.

Un día se enfermó muy grave la Reina y estaba ya en agonía, y entonce le

recomendó al Rey que si se volvía a casar, se tenía que casar con una mujer que se pareciera a ella. Y se murió la Reina.

Después de muchos años el Rey decidió casarse y empezó a buscar una muchacha que se pareciera a la Reina. Entonce mandó a sus servidores a recorrer el mundo a ver si se encontraba esa mujer. Y se volvieron sin encontrarla. Entonce el Rey decidió casarse con la hija, que era la única que se parecía a la Reina muerta.

Cuando el Rey le dijo a la hija que se quería casar con ella, la Prinsa¹⁹⁶ se botó a llorar y llorando se fue a ver una abuelita¹⁹⁷ viejita, viejita, que ella conocía, y le pidió que la ayudara porque ella no se quería casar con el padre.

—426

Entonce la abuelita la aconsejó:

-Decile al Rey que traiga un vestido hecho con los rayos del sol, y que así te vas a casar con él.

La Prinsa volvió al palacio y le dijo al Rey que quería un traje hecho con los rayos del sol y después que se casaría con él.

Al Rey no se le dio nada. Se fue a donde unas brujas y les encargó el vestido de rayos de sol. Las brujas eran muy diabras y en poquitos días hicieron el vestido.

Cuando la Prinsa lo vio al vestido casi se murió. Entonce dijo:

-Lo que haula¹⁹⁸ no se pierde; vuelvo donde la abuelita que me ayude.

Entonce la viejita le dijo:

-No se te dé nada. Pedile al Rey que te haga un vestido con rayos de luna.

La Prinsa volvió al palacio muy contenta y le dijo al padre que agora quería un traje con rayos de luna.

El Rey fue a donde las brujas y les encargó el traje de rayos de luna. A los pocos días se lo hicieron.

Cuando el Rey le llevó a la hija el traje, la Prinsa se botó a llorar otra vez y se fue a donde la abuelita de nuevo.

La abuelita le dijo:

-No se te dé nada. Pedile al Rey que te dé el cuero del burrito que tiene en su palacio y que todos los días amanece lleno de monedas de plata. Como no lo va a querer matar, no se va a casar con vos.

Y bueno... el Rey lo mató al burrito y le trajo el cuero a la hija.

Cuando la Prinsa lo vio se botó a llorar con más amargura. Entonce esa misma noche ella se tapó bien, bien, bien con el cuerito de burro, como si fuera cuero de ella y se juyó del palacio. Caminó y caminó la Prinsa, tapada con el cuero del burrito para que no la conocieran, hasta que llegó a un boliche¹⁹⁹. —427La boliche²⁰⁰ era harto güena y como le dio mucha lástima ver llorar a la Prinsa, le dijo que se aloje y se quede a vivir con ella. Que le ayude a lavar los platos y a hacer los trabajos de la casa y que puede alojar ahí. Le dio una pieza para ella solita. La llamaban la Peludita porque con el cuero parecía peluda.

La Prinsa todas las noches se sacaba el cuero del burrito y se ponía sus vestidos y lloraba desconsolada.

Una noche un Prince²⁰¹ pasó a pedirle alojamiento²⁰² a la boliche. La boliche lo alojó. Al pasar cerca de la pieza de la Prinsa y al ver la luz por la rendija de la puerta se acercó a mirar y vio a la Prinsa con su vestido de sol. Vio que era tan bonita, tan bonita, que se enamoró de ella

pensando hablarle al otro día.

Al otro día, el Prince no vio por ninguna parte a la Prinsa. Sólo vio una muchacha muy fea, peluda, que andaba trabajando.

A la otra noche el Prince volvió a ver por la rendija y vio a la Prinsa con el vestido de luna, y quedó más enamorado.

Cuando la vio tan fea a la Peludita al otro día, no sabía si era otra o si él había tenido una visión. Muy triste se fue a su palacio.

Pasado algún tiempo, como el Prince no podía olvidar aquella niña que vio, se enfermó y se puso muy grave. Los Reyes padres llamaron a todos los doctores y curanderas que encontraron, pero ninguno lo pudo curar.

Hasta que un día que 'taba muy mal el Prince la madre le pregunta si quería algo, y él le dice:

-Quero ante de morir una torta hecha por la Peludita.

Los Reyes la mandaron a buscar a la Peludita y la llevaron a la cocina para hacer la torta.

La Peludita hizo la torta y cuando la 'taba haciendo se le fue un anillito que ella tenía, adentro de la torta.

—428

Cuando el Prince 'taba comiendo la torta, se trapió con el anillito. Lo vio y sintió tanta alegría, que dijo que se mejoraría si encontraba a la dueña de ese anillo.

Entonces los Reyes mandaron a recorrer para ver a quien le quedaba bien. Muchas Prinsas y niñas muy ricas y de toda clase se lo probaron, pero a ninguna le quedó bien.

La única que faltaba era la Peludita. La mandaron a buscar. Cuando ella llegó le presentaron el anillo. La Peludita sacó entonces una mano muy bonita de abajo del cuero y se puso el anillo que le quedó muy bien. Y entonces, adelante del Prince y de todos, dejó caer el cuero y apareció con su vestido de luna.

El Prince saltó de la cama, sano, la reconoció, y le pidió que se casara con él.

Entonces la hicieron traer a la abuelita y ella contó la historia de la Peludita.

Después le avisaron al padre, que se arrepintió de sus intenciones, y les mandó muchos regalos para el casamiento.

Y se casaron y hicieron gran fiesta.

Y se acabó el cuento

y se lo llevó el viento.

Yolanda del Carmen Parada, 24 años. Chos Malal. Neuquén, 1960.
Aprendió el cuento del padre, Victoriano Parada, de 56 años, de El Cholar, Neuquén.

—429

1053. La peladilla leprienta

NEUQUÉN

Para saber y contar y contar para saber.

Ésta era una reina viuda que tenía una hija muy linda, muy linda, a la que una bruja encantó.

Entonces una bruja tenía una hija que no era muy linda y entonces por envidia la encantó, la transformó en una pelada leprienta²⁰⁴. Pelada con lepra, fea, fea, fea...

La madre de pena se enfermó y murió. Pero, al morir le entregó a la chica un anillo con una virtud, que al verse ella en una necesidad podía pedir al anillo lo que quisiera y que se lo iba a conceder.

Después de muerta la madre, la chica salió a rodar mundo, buscando trabajo para poder sustentarse y vestirse.

Caminó días y días y días, hasta que llegó al palacio de un Rey. Al verla el Rey por tan fea no quería darle trabajo, pero ella le rogó hasta que la empleó para que cuidara los patos.

La chica tenía que llevar los patos todos los días a una laguna. La pelada cumplía todo lo que le mandaban y se ganó la voluntad del Rey y de la Reina, menos del hijo. El hijo adonde la veía le daba coscachos²⁰⁵, puntapiés, o con una varilla o con lo que tenía le pegaba. La Reina la quería porque en los momentos que tenía desocupados le bordaba, hilaba y hacía primores en trabajos.

—430

La Reina dudaba al verla hacer cosas tan finas, de que fuera una pobre chica. Y siempre le preguntaba pero la chica le negaba siempre y decía que al padre no lo había conocido y que la madre había muerto y la había dejado solita.

La chica era muy educada y así pasó muchos años en el palacio y así ella seguía haciendo siempre muy bien su trabajo.

Y una vez a la orilla de la laguna, le pidió al anillo que la transformara como era ella, en una princesa. Y que si antes, había sido linda, que fuera más linda. Y se transformó en una niña hermosa.

Y se puso a bailar a la orilla de la laguna, cuando se vio tan linda y tan bien vestida. Y la casualidad que el hijo del Rey que andaba cazando fue a pasar por ahí. Y la vio y se enamoró perdidamente de ella. Pero ella se escondió entre unos montes y se volvió a transformar en la pelada.

Entonces él llegó donde estaba y le preguntó si había visto a esa preciosísima niña bailando. Y ella le contestó que no. Entonces él le dijo: -Qué vas a ver si eres una tonta.

Y entonces el joven fue y le contó al Rey y a la Reina que había visto una niña muy hermosa y que se le había perdido en el monte. Y salió con toda la gente a buscarla y no la encontró por ninguna parte y no encontró ni la huella. Y dijo que en la forma de la cara se parecía en algo a la Pelada.

La Pelada era bonita nada más que era pelada y leprienta.

Y todos decían que el joven había visto una visión, y él decía que no y no. Y decían todos que estaba loco el Príncipe. Y él aseguraba que la había visto, que era una persona de carne y hueso. Y en realidad la había

visto.

Y pasaron varios días y el Príncipe siempre andaba por donde había visto a la niña. Pero no salía más la niña. Entonces la Reina y el Rey dijeron que lo mejor era hacer una fiesta y invitar a toda la población para ver si por ahí andaba la niña. Entonces le dijeron al mayordomo del palacio que organizara una fiesta y invitara a toda la población de cincuenta leguas a la redonda.

—431

Llegado el día de la fiesta empezaron a llegar a la fiesta todas las niñas y los mozos. Y todos por embromar a la Pelada le dijeron si no iba a ir a la fiesta. Y ella decía que cómo iba a ir como era ella y estaba sin ropa. Y el Príncipe también le decía que si no iba a ir a la fiesta, por embromarla. Y le decía:

-¡Qué vas a poder ir en esa facha!

Y ella le dijo que no.

Y esperó hasta que todos se fueron a la fiesta, hasta los últimos empleados. Entonces se encerró en una pieza y le pidió al anillo que la transformara en la princesa que era, con un traje hermoso y un carruaje mejor que todos los que había, y que pudiera ir a la fiesta.

Entonces, todo lo que ella pidió se lo concedió el anillo. Y entonces, muy contenta, se fue a la fiesta.

En cuanto llegó a donde la fiesta, el Príncipe corrió ande estaba ella. Y les dijo a los padres que vieran que no era cuento lo que él decía. Y corrió y la atendió toda la noche y no quiso saber más de nadie.

El Príncipe siempre decía que esa Princesa tenía parecido con la Pelada, y les decía a los padres. Cuando él le decía eso a la Pelada, la Pelada le decía:

-Amito207, ¿cómo se le ocurre que me voy a parecer a una princesa?

En la fiesta le dijo el Príncipe que cómo se llamaba, y ella le decía:

-Me llamo Coscorrón, Pisetón, Pellizcón.

Y él decía que cómo iba a tener esos nombres. Y ella le decía que qué culpa tenía que le hubieran puesto ese nombre. Como ella era muy inteligente le decía eso; se vengaba lo que él le hacía. Pero ella también estaba enamorada del Príncipe. La madre, al morir, le dijo que el encantamiento se le iba a terminar si ella se casaba con un príncipe.

Llegada una cierta hora, ella le dijo que se tenía que retirar de la fiesta. Él no quería que se retirara. Pero ella le dijo que —432como la fiesta duraba tres días, ella iba a volver los tres días. Entonces él le dijo como prueba de cariño que él quería que se casara con él, y que la iba a dar un anillo que era recuerdo de su madre.

Y quería que ella le diera algo a él, pero ella le dijo que no. Consintió en que se fuera y le dio el anillo.

El Príncipe estaba muy contento. Para contarle lo que le había sucedido, a la Pelada, se fue a golpearle la puerta de la pieza. Y la Pelada apenas tuvo tiempo de llegar y de transformarse. Entonces él le dijo:

-¿No sabes que en la fiesta estaba la preciosa niña de que estoy enamorado?

Ella salió a la mañana temprano con sus patos y cantaba y decía:

-Patín, patín,

el hijo de mi amito se muere por mí.

Y él la oyó y la comenzó a espiar, pero no le dijo nada.

Y... a la otra noche volvieron a realizar la fiesta, y ella no quiso ir más porque temía que la descubrieran.

Y entonces el Príncipe se puso muy triste. No comió, no bailó, y estaba arrepentido de haberla dejado ir. Y ya llegó la última noche de la última fiesta. Entonces el Príncipe sintió tanta pena que se enfermó.

Y la madre estaba desesperada, no sabía qué le podía dar. Y la Pelada salía al campo todos los días y cantaba:

-Patín, patín,
el hijo de mi amito se muere por mí.

Él le decía a los padres que la encontraba parecida a la Pelada y que él se quería casar con la Pelada.

Entonces la Reina la llamó a la Pelada y le dijo que si el Príncipe se quería casar con ella, que ella le pidiera tres cosas imposibles. Y así fue. El Príncipe ciegamente se quería casar con ella. Y ella le dijo que cómo se iba a casar con ella que era una sirvienta, y que era leprienta. Pero a él nada le importaba. Entonces le dijo que si él le insistía tanto, ella le iba a pedir tres cosas imposibles, que si se las traía se casaba con él. Y él le dijo que bueno, que le pidiera lo que quisiera. Ella le dijo que le comprara un vestido que tuviera el cielo estrellado.

—433

El Príncipe se preparó en seguida y recorrió todas las tiendas y no encontró nada. Cuando volvía al palacio, muy triste y desesperado, en un rancho de mala muerte vio el vestido arriba del techo. Y verlo, comprarlo y llevarselo a la Pelada fue todo una. Se vino con el vestido y se lo dio.

La Peladita se puso muy contenta, pero le dijo:

-Bueno voy a pedirle la segunda cosa imposible. Quiero que me compre un vestido que tenga el sol y la luna.

El Príncipe le dijo que eso sí era una cosa imposible. Y ella le dijo también era imposible que ella se casara con él.

Él salió en seguida a recorrer todas las tiendas de su reino y de los reinos vecinos. Y nada encontraba. Y ya venía de vuelta muy triste y desilusionado, cuando en otro rancho divisó el vestido y se le llenó el corazón de alegría. Y compró el vestido y se fue al galope a llevarselo a la Pelada. Y ella estaba muy contenta y se lo agradeció, pero le dijo que le faltaba la última mercé:

-Me tiene que comprar un vestido que tenga los pajaritos cantando y las campanitas repicando.

Y él le dijo que ella quería que él se muera, que ese era un pedido imposible, que los otros vestidos casi le habían costado la vida. Pero que él iba a salir a buscarlo por cielo y tierra, aunque muriera por darle el gusto.

Se volvió a preparar para recorrer las tiendas de los reinos más lejanos porque en todo lo que había andado no había visto. Volvía más triste y desencantado que nunca, cuando vio el vestido con pajaritos cantando y campanitas repicando en el tejado de un rancho. Y lo compró por lo que le pidieron. Y ya llegó al palacio más contento que niño con zapatos nuevos. Entonces le dijo a la niña que él había cumplido y que ella se tenía que casar con él. Y entonces ella le dijo:

-Y si a usted se le pareciera la niña de la fiesta ¿se casaría conmigo?

Entonces él le dijo que no. Y le dijo:

-Eres muy mala, me hiciste recordar lo que yo ya había olvidado.

Entonces se quedó muy pensativo. Entonces él enfermó. Entonces la seguía y la hacía seguir con toda la corte a la niña. Ella se quedaba a la orilla de la laguna y no se transformaba por nada.

—434

Y entonces cuando el Príncipe estaba tan grave, tan grave que los médicos creían que se moría, la Pelada fue y le dijo a la Reina que si quería que ella le hiciera una tortita. Le dijo primero que no, y después que sí. La niña hizo una tortita y le puso el anillo y la cruzó en cruz, de modo que al partir la tortita saliera el anillo.

Y le llevaron la tortita al Príncipe y al partir la tortita saltó el anillo. Y él gritó de alegría y dijo que aunque se cayera el mundo y perdiera el reinado que él se casaba con la Pelada.

Entonces la Reina dijo antes que se muriera el hijo, que se casara con la Pelada. La Reina le dijo que se preparara para casarse con el Príncipe. Y entonces ya hablaron al cura y al sotacura²⁰⁸ y a los jueces y a toda la gente de la corte. Se querían morir todos y también el Rey.

Y la dejaron en su pieza y le entregaron todo lo mejor que tenía. Y la Reina le llevó una peluca para que no saliera tan fea. Pero al gato salió la pelada hecha una niña preciosa, que había ido a la fiesta y como era. Todos se quedaron asombrados y entonces la Pelada le reveló a la Reina que ella era una Princesa y que por un encantamiento de una bruja se había transformado en una pelada leprienta, pero que el día que se casara con un príncipe se terminaría ese encantamiento y así era.

Entonces se pusieron todos muy contentos. Los príncipes se casaron y fueron muy felices y comieron perdices. Duró la fiesta muchos días.

Y se acabó el cuento. Pasó por un zapato roto y una mata de porotos, para que la concurrencia cuente otro.

Celia Álvarez de Casado, 51 años. Ranquelcó. Neuquén, 1954.

La narradora pertenece a las más antiguas familias de Neuquén. Oyó contar este cuento a doña Feliciano Barriga, de 90 años, en 1938, nativa de Ranquelcó.

El cuento es una variante del cuento clásico.

—435

Nota

Las 6 versiones de nuestro cuento contienen, con sus variantes, los motivos fundamentales del cuento tradicional europeo y también difundido en América. En ellos predomina el de la heroína que huye de su padre que se quiere casar con ella, oculta en un traje de madera. Con su disfraz corre aventuras de las que sale airosa gracias a ayudas mágicas y casa con un Príncipe.

Ha sido estudiado, en el ciclo de la niña perseguida, por Anna Birgitta Rooth. Ver Espinosa (II, p. 410 y sigs., y Pino Saavedra, I, p. 401 y sigs.).

Estas versiones y variantes corresponden al tipo 510 B de Aarne-Thompson.

Los animales protectores. Los animales agradecidos. El caballito de siete colores

17 versiones y variantes

Cuentos del 1054 al 1070

1054. El caballo de siete colores

LA RIOJA

Éste que era un matrimonio que tenía tres hijos. En cierta ocasión murieron los viejos y quedaron los hijos solos. Un día dispusieron salir a rodar tierra los dos muchachos más grandes y dejarlo al shulco de casero. Así hicieron. Prepararon bastimento y salieron a andar a pie. Pero el shulco no quería quedarse. El hecho es que lo dejaron, quiera o no.

Caminaron todo el día. Llegada la noche se alojaron en el campo no más. Hicieron fuego y entonces llegó el shulco que los había seguido. Los hermanos lo retaron y lo mandaron que se vuelva. Pero éste no hizo caso, se escondió, durmió por ahí cerca y sin comer.

Al día siguiente siguieron viaje. Caminaron todo ese día. Llegada la noche hicieron lo mismo que la anterior. Otra vez de nuevo llegó el shulco, pero esta vez lo castigaron y no le dieron nada de comer. Se retiró y se alojó por ahí cerca, y a la mañana siguiente siguieron camino. Por la tarde llegaron al palacio del Rey en donde consiguieron trabajo y se quedaron ahí. En todo esto el shulco no llegó. Se había perdido y siguió camino. No pudo darles alcance a los hermanos. Ya con hambre y sé caminaba despacio. Al caer la tarde llegó a una estancia a donde pidió alojamiento, y contó su historia. Ahí le dieron de comer. Durmió y al día siguiente quiso continuar viaje, pero entonces el dueño de casa le dijo que no siga a pie, que fuera al corral y elija el caballo que le guste y siga viaje. Así lo

hizo. Fue al corral en donde había unos caballos muy lindos. Entre ellos, había un potrillo de un color overo muy bonito y eligió ése. Dijo que ése le gustaba. Subió y se fue. Lejos ya, por el camino en —440contró una pluma de ave dorada y muy bonita. Después que pasó dispuso volverse a levantarla. Entonces el caballo le habló y le dijo:

-No levantís esa pluma porque te vas a ver en peligro.

Después de pensar un rato dijo:

-¡Qué sabe este animal!

La alzó y se la puso en el sombrero. Y continuó viaje. En la tarde ya llegó al palacio del rey. Le dieron alojamiento en el reino. Desensilló y echó el potrillo al corral. Cuando lo vieron los hermanos se sorprendieron y comenzaron a pensar en la forma de hacerlo desaparecer.

Se decían:

-Hay que hacerlo matar porque el shulco nos va a joder.

El Rey tenía una hija. Y cuando ésta lo vio, le causó curiosidad la pluma que llevaba en el sombrero, y dijo:

-Tan parecida a la pluma del loro que me robaron los moros.

Esto escucharon los hermanos y pensaron que cuando vuelva el Rey, lo acusarían. Como así jue. Llegando el Rey ya le dijeron que ha dicho el shulco que era capaz de traerle el loro que le robaron los moros a la niña. El Rey llamó al shulco y le dijo:

-¿No que has dicho que sos capaz de traer el loro que robaron los moros?

Éste dijo que no había dicho, a lo que el Rey respondió:

-Hayás dicho o no hayás dicho, palabra de Rey no puede faltar; vas, o sinó te corto la cabeza. Salió el shulco muy triste a buscar su caballo. Cuando llegó al corral le dijo el caballo:

-¿No te dije que no levantés esa pluma que te verías en peligro? Pero, ve... ¿Ves allá muy lejos aquella quebrada que forman esos corros azules?

Bueno, allí viven los moros que robaron el loro. A la entrada hay dos peñas que se abren y se juntan y están tirando chispas. Por el medio de éstas tenemos que pasar. En seguida están los moros. Si están abriendo los ojos, están dormidos, y si los están cerrando, están despiertos; vos te vas a fijar bien, si están dormidos vas a bajarte. Pillás el loro del árbol y subís lo más pronto posible... Si alcanzamos —441a pasar de las peñas somos de vida, y sinó... somos perdidos. Subí y vas a decir: Caballito de siete colores, cada tranco doce leguas, y agarrate bien.

Y se fueron. Cuando el shulco llegó y cazó al loro, pegó un grito y se despertaron los moros, pero con esto el shulco ya estuvo encima y arrancaron. No le vieron más que el polvo. En seguida estuvieron de vuelta. ¡Se puso más contento el Rey y la niña!... En cambio los hermanos no encontraban de qué más acusarlo. Un día dijo la niña:

-Ya que este joven me trajo el loro, siquiera me encontraría el anillo que perdí o se me cayó en el mar cuando vine de España. Esto no más sintieron los hermanos y cuando llegó el Rey, lo acusaron que había dicho el shulco que era capaz de traerle el anillo que se le cayó a la niña en el mar cuando vino de España. El Rey lo llamó y le dijo si era cierto que había dicho que era capaz de sacar el anillo del fondo del mar. El shulco dijo que no había dicho. Pero el Rey lo sentenció.

-Hayás dicho o no hayás dicho, palabra de Rey no puede faltar. Si no te vas te corto la cabeza.

Se fue el shulco a consultar a su caballo y él le dijo:

-¡Has visto, yo te he dicho, no levantis esa pluma porque te verás en peligro! Pedí una pala, subí, y decí: Caballito de siete colores, cada tranco doce leguas, y agarrate.

Cuando llegaron a la orilla de la mar le dijo el caballo.

-Aquí vas a cavar un pozo del alto tuyo y yo me entraré al mar. Si no vuelvo hasta que vos completís el pozo, enterrate no más.

Así hicieron. El caballito se entró al mar y buscó al Rey de los peces para preguntar si algún pez encontró el anillo. El Rey de los peces comenzó a silbar y reunir a todos los peces, pero ninguno lo encontró. Tan sólo faltaba un pez que llegó al rato, pues éste lo había encontrado. Tomó el anillo y salió el caballito a tierra entregándole el anillo al shulco, el que se fue en su caballo al palacio, muy contento y más aún se puso el Rey y la niña con el anillo.

Pero los hermanos mal intencionados siempre buscaban cómo hacerlo matar al shulco. Entonces se valieron de otro medio, acusándolo ante el Rey que había dicho que era capaz de entrarse —442en un horno que esté blanco de caliente. El Rey lo llamó y le dictó siempre la misma pena. Se fue el shulco a consultar con su caballo. Éste le dijo:

-No temás, pedí una sábana y una guitarra y decíle al Rey que te conceda la gracia de darme unos galopes. Entonces vos me tapás bien con la sábana, subime y me das tres galopes. Yo voy a sudar mucho y con esa sábana mojada te envolvís. Tomás la guitarra y te metís al horno sin miedo.

Así lo hizo. El Rey concedió el pedido. Eligió una linda guitarra y una linda sábana. Tapó el caballo, lo galopió, se tapó con la sábana mojada con el sudor del caballo y se metió al horno. Le taparon bien la boca al horno. Se pusieron muy contentos los hermanos creyendo que se iba achucharrar quemado.

¡Pero, qué les va a contar! Así, a la madrugada, se sentía cantar muy lindo una cosa que se podía oír. Empezaron a escuchar y vieron que era en el horno. Cuando amaneció abrieron la boca del horno y salió un joven muy bien puesto, buen mozo y muy buen cantor. Se quedaron todos pasmados, y entonces les dijo a los hermanos:

-Mal grande me han hecho, he salido más guen mozo y cantor.

Entonces el Rey dijo:

-Yo también voy hacer lo mismo pa rejuvenecer. Ya estoy viejo y arrugado.

Sacó el mejor caballo, lo tapó con la mejor sábana y sacó la mejor guitarra. Subió al caballo, le dio unos galopes. Ni había sudado siquiera, se envolvió muy apurado con la sábana, tomó la guitarra y se metió al horno. Toda la noche escucharon algún cantar y... nada. Cuando amaneció, corrieron a destapar el horno. ¡Ay!... estaba un montoncito 'i ceniza el Rey. Como si habían quemado un chaguar. Entonces ya quedaron tranquilos. El shulco se casó con la hija 'el Rey y quedaron a vivir muy felices. Los hermanos se fueron del palacio, y el caballito pegó un galope y se fue, porque había sido un ángel que lo fue a salvar al shulco, lo que era de buen corazón.

Y éste que era un zapato roto,
y usté me cuente otro.

Fenelón Romero, 58 años. Puluchán. Rivadavia. La Rioja, 1950.

—443

1055. El Pompiño

LA RIOJA

Había una vez un viejo que tenía tres hijos. Tenía una quinta de manzanas que producía muchos frutos y se le perdían en la noche. No sabía quién los robaba. Una noche dispuso ponerlo al hijo mayor que ronde la quinta para ver quien robaba. Le dio una guitarra vieja para que no le dé sueño. Tocó un rato hasta que se durmió. Igual se le perdieron las manzanas, y agarró el viejo y le dio una felpa de azotes²⁰⁹. Y a la otra noche mandó al del medio. También le dio la guitarra. Tocando hasta tarde de la noche, lo dominó el sueño y se durmió. También le robaron las manzanas y también el viejo le dio otros azotes, y lo corrió a la leña.

A la noche siguiente lo mandó al shulco. Éste se había provisto de una guitarra y un lazo, y se fue a rondar. Tocó la guitarra hasta tarde de la noche y se puso panza abajo en la oscuridad de una planta, y en cuanto siente un ruido en el cerco, miró, y apareció un caballo blanco que empieza a comer las manzanas. Y ya se levantó el muchacho y preparó el lazo y se va sin hacer ruido. Se acerca en donde está el caballo y lo enlaza y lo tira. Abre la puerta. Luego le avisa al viejo que le había pillado al dañino. Entonces el viejo le dice que lo ate en el bramadero hasta que se levante él. Cuando lo estaba atando —444el chango, lo habla el caballo y le dice que le deje la precilla desprendida a ver si se salvaba, que en todo peligro que él tenga, él lo va a salvar.

Entonces lo dejó y se va a la cocina hasta que amanece. Entonces el viejo se arma con un hacha y se viene listo para matar al caballo. Llegó, le tiró un hachazo a partirle la cabeza. El caballo da un tirón y se suelta y no lo vuelve a ver más el viejo. Entonces se enoja, agarra el lazo y los hace sonar a azotes a los más grandes por flojos porque no le ayudaron a acomodar el caballo.

Claro, los muchachos del dolor de los azotes dispusieron irse a rodar tierra. Se hincaron al viejo a pedir la bendición, y se fueron por un camino que no habían andado nunca. Entonces el shulco dispone seguirlos. Y éstos durmieron sentados en los montes porque no tenían en qué dormir. A los tres días sienten unos gritos detrás de ellos que les decía que lo esperen, que él era el hermano menor. Y cuando lo vieron los otros, porque por culpa de él estaban sufriendo, lo agarraron a golpes y le pegaron hasta que quedaron cansados y lo dejaron por muerto.

Siguieron caminando y cuando ya se alejaron llega el caballo blanco, y le da tres vueltas y lo ole, y el chango reacciona y sana, quedando más donoso. Y en vez de volverse sigue detrás de los hermanos.

Cuando éstos iban sumamente lejos, sienten de nuevo los gritos de su hermano, que lo esperen. Cuando llegó, sacaron el atacalón²¹⁰, lo horcaron hasta que murió, y siguieron. Después que se fueron llegó el caballo, le dio de nuevo tres vueltas y lo orinó en cruz y se levantó más donoso. Y en vez de volverse siguió tras de los hermanos. Cuando los volvió alcanzar, determinaron matarlo y quemarlo, y así lo hacen. Cuando se fueron, el caballo volvió y lo curó de la misma forma y él volvió a seguirlos. Cuando los alcanza no sabían qué hacer porque estaba más simpático, y determinaron dejarlo con ellos pensando que tendría algún arte. Después le untaron carbón en la cara para que parezca más fiero y en la frente le pusieron —445 el nombre de Pompiño. Después de unos cuantos días de viaje llegaron a la casa de una vieja que los recibió muy halagüeña. Ahí lo presentaron como esclavo a Pompiño.

Los hospedaron muy bien y después, en la noche, la vieja que era bruja, les dijo que iban a dormir con sus hijas cada uno, y para distinguirlos les puso a sus hijas un gorro con campanillas de oro. En la noche, cuando estaban durmiendo, la vieja estaba afilando un cuchillo para degollarlos y Pompiño la sintió. Se levantó y cambió los gorros de las hijas a sus hermanos, y el de su compañera para él. En seguida, la vieja, por degollar a ellos, degolló a sus hijas, y se fue a dormir tranquila. Cuando Pompiño la sintió dormida, despertó a sus hermanos y les avisó lo que pasaba, para que lo siguieran y se fueran. Se levantaron llenos de susto y se fueron.

Pompiño se acomodó los gorros bajo la camisa y siguieron viaje.

La vieja se levanta sol alto a ver los viajeros, y se da con las hijas de ella muertas, y se puso muy enojada. Se puso unas botas que corrían más ligero que el viento y salió a buscarlos. Cuando los iba alcanzando, había una raya entre el campo de ella y el del Rey, y ellos se pasaron al otro lado, y no les pudo hacer nada. Entonces le dice el Pompiño que él les dio muerte a sus hijas. Entonces la bruja dice:

-Yo no los lloro perdidos, algún día han de volver acá y van a recibir su merecido.

-No sé señora, no le aseguro -le contestó Pompiño- pero puedo volver. Siguen hasta que llegaron a una ciudad muy linda y buscaron conchabo en el palacio del Rey. Trabajan los más grandes y Pompiño los atendía en la comida y en la ropa. Entonces ellos salían y el pobre no podía, tenía que estar en la casa. Y por ahí se anoticiaron que le habían robado el cordero astas de oro del Rey y se fueron hasta el Rey, los hermanos, y le dijeron que Pompiño había dicho que era capaz de traerlo.

El Rey lo llamó y le dijo que si era cierto. Le contestó que no, pero el Rey le dijo que a palabra de Rey no podía faltar y tenía que traer el cordero antes de tres días, y sinó le cortaba la cabeza.

—446

Pompiño salió llorando a ver si daba con el paradero de la vieja que lo había robado. Entonces se juntó con el caballo blanco y le dice que porque estaba triste, y él le dijo que los hermanos lo habían malquistado con el Rey. El caballo le dice que no se dé cuidado, que entre los dos harían el trabajo, y que vaya a la misma vieja que robó el cordero, que ella tiene un loro adivino que va a sacar la cabeza y va decir: Vieja, allí viene el Pompiño a llevar el cordero astas de oro.

-Entonces vos te escondés para que no te mate, hasta hacer que la vieja se

canse y no te va a molestar más. Después te entrás, y cuando ella ronque, sacás tranquilamente el cordero y te vas.

Así lo hizo el Pompiño y le trajo el cordero al Rey.

Al otro día temprano se levanta la vieja y le pregunta al loro:

-¿Y el cordero?

A lo que contestó el loro:

-Pompiño se lo llevó temprano no más. Yo lo hi estao viendo cuando se lo llevó. Vos me has dicho que te deje de joder, así es que yo no tengo la culpa.

Pompiño se fue hasta el Rey y le entregó el cordero. El Rey quedó muy agradecido, en tanto que los hermanos no, porque querían que la vieja lo matara.

Los hermanos salieron a chupar²¹¹ para ver si tenían otra noticia y así podían deshacerse de Pompiño. Entonces éste aprovechó para lavarse bien la cara con jabón de olor y se puso bien canfle²¹² con un gorrito de la vieja bruja que lo quiso matar, paseandose luego por frente del cuarto que tenía. En ese momento sale la Princesa al balcón y lo mira tan simpático. Entonces le dice a una sirvienta que le diga al joven que por la plata que quiera le compraría el gorro. Entonces él dijo que no se lo vendería de ninguna forma, sólo de un modo, que él quiere ir a la pieza y tocarle la rodilla, para regalarle el gorrito. Entonces —⁴⁴⁷la Princesa no quiso, y la negra le dijo que qué le iba hacer, que ella le limpiaría la rodilla. Entonces Pompiño fue a la pieza y le tocó bien la rodilla y le regaló el gorrito. Después se volvió y se pintó como antes para esperar a sus hermanos.

Entonces los hermanos le dijeron que el Rey se había anoticiado que la vieja bruja tenía un loro adivino y que Pompiño era capaz de traerlo. Entonces el Rey quiera o no quiera lo mandó que fuera a traerlo al loro. Saliendo de la ciudad se encontró con el caballo blanco, y le dijo que comprara pan, queso y vino, que lo llevara y le diera al loro, y así lo hizo. Cuando llegó Pompiño el loro dijo:

-Vieja, allí viene Pompiño a llevarme.

Entonces la vieja lo busca y no lo puede encontrar hasta la tercera vez, que la vieja le dijo al loro que si la seguía molestando lo iba a matar de un palo. Entonces Pompiño, cuando la siente dormir se acerca a conversar con el loro. Le dice:

-Vamos al palacio del Rey.

El loro le contesta:

-De día no voy. Sos muy pícaro, me quieres llevar a mí. Quiero vino, queso y pan.

Comió el queso y el pan y asentó con vino, y el loro se pone medio chumado. Entonces lo convidó de nuevo. El loro le dijo que estaba bien, y se lo lleva. Cuando amanece, la vieja se da cuenta que Pompiño le llevó el loro. Llega al palacio del Rey y le entrega el loro. El Rey se puso muy conforme y los hermanos más enojados salieron a buscarlo para matarlo. Y él aprovechando, vuelve a ponerse el segundo gorro. Y lo vuelve a ver la Princesa con otro gorro mejor que el primero y se interesó, y la manda a la sirvienta para que se lo comprara. Y le dijo que no se lo vendería. Sólo de un modo, que permita que él le toque el muslo y se lo regalaba. Y ella no quiso, pero la negra la hizo consentir. Le regala el gorro, pero

primero le tocó el muslo, y se retiró. Se pintó como de costumbre para esperar a sus hermanos.

Cuando vinieron le dijeron al Rey que la vieja bruja tenía un caballo de siete colores bajo de siete llaves, con tranco de —448una legua, cuidado por una negra bruja adivina. Llama el Rey a Pompiño y le ordena que fuera a traerlo. En el camino se encontró con el caballo blanco y le dijo que vaya donde estaba la bruja y que haga como las otras veces, hasta que se canse la vieja y se duerma. Se entre y le meta la mano en el bolsillo de la pollera, que allí estaba la llave grande, y que se vaya pal lado que se entra el sol, que cuente cuarenta trancos y se pare. Que se le iba aparecer una puerta, que la abra con la llave, que vaya con mucho cuidado y en cada paso estaba una llave, y a las siete estaba el caballo. Así hizo y cuando abre la tercera puerta lo siente la negra, y empieza a gritar; entonces vino la vieja y lo pillaron y lo traen hasta un horcón donde lo atan de pie a cabeza y se van a dormir hasta que amanece. Cuando amanece pusieron una paila de agua, a hervir. La vieja le dice a la negra que se iba para unos compadres a invitarlos para que vengan a comer a las doce. La negra se pone a desastillar un palo para leña y no podía desastillar. Entonces Pompiño le dice que él iba hachar la leña, y mil de ruegos, hasta que le larga una mano. Pero no podía hachar con una mano hasta que la engañó y le largó las dos. Sacó unas astillas, le dijo que se agache a alzarlas, que estaban estorbando. Cuando se agachó, le puso un hachazo y la descogotó al tiro, y con la misma hacha cortó la soga y se puso a salvo. Luego la descuartizó a la negra, la echó a la paila y la dejó lista hasta que venga la vieja. A la cabeza la puso en la cama con palos, imitando el cuerpo. Sacó el caballo y se fue.

Cuando llegó la vieja le dice a los convidados que éstos eran los pucheros de ese pícaro, y la quiere despertar a la negra, y se da cuenta que está muerta, poniendosé a llorar. Se puso las botas y salió a perseguirlo. Cuando pasó la línea, le dice que algún día tendrá que venir a llevarla a ella. La vieja casi murió de rabia viendo que Pompiño le llevaba el caballo. El Rey quedó muy agradecido y los hermanos no hallaron cómo deshacerse de él.

Entonces dispuso Pompiño hacerlos quedar mal a los hermanos ante el Rey. Le dijo que los hermanos le habían dicho que eran capaces de meterse en un horno caliente y salir más jóvenes y donosos que antes. Los llamó el Rey y les dijo lo que sabía. Entonces los hermanos dijeron que no son capaces. Les —449ordenó que lo hicieran y les dio un plazo de dos días para cumplir. Los muchachos entraron y se quemaron.

Así se libró Pompiño de sus hermanos. Quedó tranquilo, se lavó y se puso otro gorrito, poniendosé de novio con la Princesa. Luego se casaron. Hicieron una boda que duró varios días.

Pasó por un zapato roto
para que usté me cuente otro.

Justo Leiva, 42 años. Pagancillo. General Lavalle. La Rioja, 1950.
Lugareño rústico. Aprendió el cuento de un viejo del lugar que era un gran narrador.

—450

1056. El pájaro dorado

El potrillo protector

LA RIOJA

Éste que era un hombre que le había dado a un joven una manada de yeguas para que le cuide, pero quesque le 'bía recomendáu que el primer potrillo que paran las yeguas que lo mate. Entó que recibe la yeguada y al poco tiempo, quesque una yegua pare un potrillo y como era muy bonito y overo, no lo mató y lo crió.

Siguió cuidando y cuidando hasta que otra yegua un día, pare un potrillito zaino; fierito el potrillo. Entós el hombre que le dice al joven que vaya al corral y le tire el ponchito y el potrillo que venga a olerlo quesque se lo daba y lo cuide mucho. Bueno, así lo hizo el joven, y al siguiente día quesque se le 'bía perdido la yeguada con el potrillo overo y todo. Entós que el joven los buscaba por todas partes y no las hallaba.

En fin, que no hallando qué hacer, le cuenta al hombre y éste que le dice que las siga buscando y quesque en el último corral que las va a hallar, pero que tenga cuidado, porque el potrillo overo se le va a venir como a comerlo.

Quesque lo va atropellar fiero, y quesque le dio una espada pa que cuando lo venga a atropellar le pegue con la espada en las rodillas. Bueno, así hizo el joven y tal como le 'bía dicho el hombre 'bía sido: el potrillo overo lo atropelló y el joven le pegó en las rodillas con la espada y trajo otra vez la yeguada pa las casas.

—451

Bueno, un día que se va para el campo el joven éste, en el potrillito zaino y se van lejos, pero muy lejos, hasta que suben a una montaña muy alta. Y en lo que estaba arriba, quesque ve una pluma dorada muy bonita. Entó que se baja del potrillito a levantarla. Entés que el potrillito le dice:

-No la alcís. ¿Para qué la vas a llevar?

Bueno, que la alzó no más y subió y se vino otra vez a la casa. Un día que sale pa'l pueblo y se le 'bía ocurrió llevar la pluma dorada en el sombrero. En fin... Quesque iba pasando por una calle y al cruzar por frente a una casa en que estaba un hombre parao en la puerta, quesque lo llama el hombre éste, ¿no? Había sío el Rey y que le pregunta de dónde había sacau esa pluma del pájaro dorado. Entós que el joven le dice que la ha hallau.

-Bueno -que le dice el Rey-, ya que has traído la pluma del pájaro dorado, ahora me vas traer el pájaro.

El joven que no sabía qué hacer. Entós que el potrillito le dice al joven:

-¿Has visto? ¿No te he dicho que no alcís la pluma?

-Bueno -que le sigue diciendo el potrillo-, vamos a hacer una cosa. Yo te voy a ayudar. Le vas a pedir una sábana que no haiga pecau y con ella te vas a ir adonde ha estau la pluma, la vas a extender bien tendida y vos vas a estar escondido y pronto para envolver al pájaro dorado, porque éste va a venir volando muy lindo. Se va a revolcar en la sábana y ahí vos lo vas a pillar envolviendoló pronto.

Bueno, así hizo el joven. Pilló el pájaro dorado y se lo trajo al Rey.

Cuando el Rey recibió el pájaro, que dice:

-Palabra de Rey que no puede faltar; ya que me has traído el pájaro dorado, me vas a buscar el anillo de la Princesa que lo ha perdío en la Fuente de los Leones.

Le dio mucho, mucho trabajo, pero con la ayuda del potrillo lo halló y lo trajo hasta lo del Rey. El Rey, que no sabía cómo este joven lo pudo sacar de la Fuente de los Leones, pero que dijo:

-Palabra de Rey que no debe faltar, ahora me vas a buscar las llaves de la Princesa que se han perdío.

—452

¡Ah!, según parece que el Rey le había ofrecido la mano de la Princesa, si le traía el pájaro dorado, pero después no quería dejarla casar con el joven, y por eso lo sometía a nuevas pruebas. Bueno, el hecho es que también trajo las llaves. Y el Rey, no hallando cómo no cumplir, puesto que había comprometido la mano de su hija y por otra parte, no quería dejarla casar, ahí no más pensó que a este joven había que quemarlo. Y llamó a los sirvientes para que prendieran fuego al horno. Entó el joven que se asustó mucho, y estaba triste. Pero el potrillito que le dijo que le pidiera como último deseo al Rey, una sábana que no haiga pecao. Y que lo haga galopar a él hasta que haiga sudao bien, y entós que lo seque con la sábana, y después que se envuelva en ella y que dentre al horno. Bueno, que así hizo el joven y el potrillito se 'bía ido porque había sido un ángel y se fue.

Al otro día que sentían el Rey y la Princesa una guitarra que tocaba muy lindo. Entós que van y destapan el horno y se dan con el joven que estaba vestido mejor que el Rey y tocaba la guitarra. Entós que la Princesa que dice:

-Éste va a ser mi marido y ningún otro.

Bueno, que se quedó la Princesa con el joven y el Rey envidioso porque había visto el joven mejor vestido que él, quiso hacer lo mesmo. Quesque 'bía ensillao el mejor caballo que tenía, lo galopó, lo hizo sudar y lo secó con una sábana tal cual lo había hecho el joven. Hizo prender fuego al horno, se envolvió en la sábana y se metió en el horno. Al otro día van a verlo, ¡qué!, escoria no más había; nada de Rey. Los jóvenes se casaron y vivieron felices.

Y pasó por un zapato roto
pa que me cuente otro.

Napoleón Castro, 63 años. El Zapallar. General Lavalle. La Rioja, 1950.

—453

1057. Los cien amigos

SAN JUAN

Éste es el cuento de los cien amigos.

Ésta era una madre que tenía tres hijos.

Estando una vez muy enferma, los llamó a los hijos para repartirle la plata que ella había juntado en toda su vida, que eran seiscientos pesos. Les dio cien pesos a cada uno y ella se quedó con el resto para el gasto de su enfermedad.

Pero, resulta que la madre se gastó la plata y le pidió al hijo mayor.

Éste le contestó que si había gastado la plata y que no tenía nada. Entós le pidió al del medio, y éste le contestó lo mismo. Entós le pidió al menor, y éste le dio todo el dinero de vuelta, a la madre. Entós ella le dijo, muy agradecida:

-En caso de que Dios no me dé vida hasta que te pueda devolver el dinero, te guá dar cien amigos, en cambio, y mi bendición.

La madre murió al poco tiempo. No le alcanzó a devolver el dinero al hijo.

El hijo salió un día a buscar trabajo. A la primera parte que llegó lo trataron muy bien y le regalaron cien pesos y un caballo. Así recorrió varios lugares en busca de trabajo y en cada una de esas partes le regalaron también cien pesos y un caballo. En una casa le dijeron que eligiera él, el caballo que le gustara. Él eligió un petiso feo, pero que a él le gustó. Entonces le habló el petiso, y le dijo:

—454

-¿Por qué me elegís a mí que soy tan feo habiendo caballos tan lindos y que te van a ser más útiles?

Entós el muchacho le dijo que lo elegía porque le era simpático, porque le gustaba a él. Desde ese día el petiso le aconsejaba en todo y en todo lo ayudaba.

El muchacho se daba cuenta que era la bendición de la madre que le ayudaba, porque tenía tanta suerte y toda la gente le regalaba animales y plata.

Cuando el muchacho juntó una linda tropilla de caballos, los vendió y compró terrenos. Hizo casas y puso negocios. En esas casas puso un letrero que decía: Todo el que no tenga recursos que llegue hasta este lugar y será socorrido.

Un día llegaron dos hombres a pedir ayuda. Resultaron ser los dos hermanos mayores del joven, que habían perdido todo el dinero y estaban en la miseria.

El hermano menor los socorrió y trató de ayudarlos en todo lo que podía.

Por esos tiempos la hija del Rey había sido robada por el Rey Moro. Los hermanos mayores eran muy envidiosos y no sabían cómo hacerle mal al menor. Trataban de hacerlo matar también así se podían quedare con lo que él tenía.

Juieron los hermanos y le dijieron al Rey que el hermano había dicho que era capaz de tráir la Princesa, de quitarselá al Rey Moro.

El Rey lo llamó y le preguntó si él había dicho que era capaz de tráir a su hija. El pobre joven le dijo que él no había dicho nada.

-Güeno, haiga dicho u no haiga dicho, la tiene que tráir; palabra de Rey no puede faltar, y si no la trái va a perder la cabeza, va a morir. Y si la trái se casa con ella y le doy mi reino.

El muchacho se jue llorando y le contó al petiso. El caballito le dijo que no tenga cuidado que al otro día iba a hacer viaje. Que le pida al Rey una carga grande de pan, otra de queso y vino, el más rico que haiga. Así lo hizo el muchacho y al otro día salieron de viaje.

—455

Por el camino encontró un gran hormigal. Áhi le largó la gran carga de pan. Estas hormigas se 'taban muriendo di hambre. Entos se le presentó el Rey de las hormigas y le dijo:

-Vos mi hais salvado mis hormigas. Cuando necesitís algo, decí, Dios y mis amigas las hormigas, y áhi te vamos ayudar.

Y siguieron viaje. Más allá encontraron una manga de ratones hambrientos y les tiró la gran carga de quesos. Entós, después que hubieron comido, se le presentó el Rey de los ratones y le dijo:

-Vos mi hais salvado mis ratones de la muerte, porque se 'taban muriendo di hambre. Cuando necesitís ayuda, no tenís más que decir, Dios y mis amigos los ratones, y áhi vamos a 'tar nohotros.

Y siguieron viaje. Llegaron al reino del Rey Moro. Entós el caballito le dijo que los convide con vino a los guardias y que lo van a dejar pasar. Que el Rey Moro 'taba preparando unas carreras y que uno de los corredores iba a ser la niña hija del Rey. Que él le apueste, y cuando vayan corriendo, que la haga saltar a las ancas de él, y que iban a salir huyendo.

Llegaron, y el joven hizo todo lo que le decía su caballito. Los guardias del Rey Moro tomaron todo el vino y lo dejaron pasar.

Al otro día el Rey Moro hacía una gran carrera con grandes fiestas. Corrieron muchos caballos. Cuando le tocó el turno a la hija del Rey, el caballito le dijo al mozo que apostara. Y él apostó. Y todos se réiban de este caballito tan fiero, y el Rey Moro, por burla, dijo que lo dejen correr.

Ya salieron a la cancha, y en un descuido de los presentes, el mozo le dijo a la niña que la venía a llevar, a salvarla del Rey Moro, y le esplicó como tenía que saltar a las ancas del petiso. Soltaron la carrera a la voz del juez y empezaron a correr. Al ratito no más se perdieron de vista en una nube de polvo. La niña saltó en las ancas del petiso y se desaparecieron de la vista de todos. Los centinelas tuavía 'taban durmiendo, machados²¹⁴ y ni los vieron pasar siquiera. El Rey Moro lo

—456cargó di atrás, pero ni el rastro había quedau del petiso, ni sabía pa donde había rumbiau. Llegó el mozo al palacio del Rey, que quedó loco de contento con la hija

de nuevo en su palacio.

Los hermanos envidiosos entós jueron a ver al Rey y le dijieron que el hermano ha dicho que es capaz de separar el trigo y el maíz que se le han mezclado al Rey, en una hora. Entón el Rey lu hace llamar al joven y le dice que en una hora lo tiene que separar dos fanegas de trigo que se li han mezclau con el maíz, y que si no lu hace peligra su vida y que palabra de Rey no puede faltar.

El joven sale llorando y le cuenta al petiso, y el petiso le dice:

-No se te dé nada. Acordate de tus amigas las hormigas.

Entós el joven dice Dios y mis amigas las hormigas.

Al momento aparecieron como si brotaran de la tierra miles de hormigas, y en un santiamén separaron los dos montones de trigo y de maíz, limpito y arreglado. El Rey quedó encantado con este trabajo que naide se lo podía hacer.

Los hermanos envidiosos entós han ido y li han dicho al Rey que el hermano dice que es capaz de voltiar en una noche el cerro que li atajaba el sol al palacio del Rey.

Entós el Rey lu hace llamar al joven y le dice que esa noche le tiene que voltiar el cerro que li ataja el sol al palacio, y que si no lu hace peligra su vida, y palabra de Rey no puede faltar.

El joven sale llorando y le dice al petiso. El petiso lo consuela y le dice:

-No se te dé anda. Acordate de tus amigos los ratones.

Entós el joven dice Dios y mis amigos los ratones.

Al momento aparecieron cientos de ratones y empezaron a cavar el cerro. El ruido no más se óiba de las piedras y la arena que sacaban.

Al otro día, lo primero que vio el Rey al despertarse jue el sol, que iluminaba todo el palacio.

Los hermanos, entós, jueron y le dijieron al Rey que el hermano dice que es capaz de entrar en un horno bien caliente. Entós al Rey manda a calentar el horno y le dice al joven que tiene que entrar al horno caliente.

—457

Entós el caballito le dice:

-No se te dé nada. Matame y mojate con mi sangre y entrá sin miedo al horno. Vás a salir más joven y güen mozo.

El joven no quería, pero al fin lo hizo y lo mató al petiso y se mojó con la sangre.

Al otro día lo sacaron al joven del horno, más joven y lindo que antes. El petiso había vivido de nuevo y le relinchaba contento.

Entós la hija del Rey, que 'taba enamorada del joven, l' hizo ver que él procedía por intrigas de los hermanos envidiosos, y le dijo que ella se casaba con el joven.

Entós el Rey se dio cuenta de todo y los hizo echar del reino a los hermanos. Lu hizo casar al joven con la hija y le entregó el reino.

Cumplió su palabra.

S' hizo una gran fiesta que duró muchos días.

Entós el petisito vino y le dijo que él era l'alma de la madre que había venido pa salvarlo y li había dau los cien amigos que le prometió, que le dejaba esa fortuna pa toda la vida. Y s' hizo una palomita blanca y se

voló al cielo.

Y los reyes nuevos, el joven y la princesa, vivieron muchos años muy felices.

Ramón Medina, 85 años. Villa Valdivia. Jáchal. San Juan, 1950.

Muy buen narrador. A pesar de su edad conserva excelente memoria.

—458

1058. El caballo de siete colores

El muerto agradecido

SAN JUAN

Éste que era un rey que tenía un hijo. Cuando ya era jovencito se le puso irse a rodar tierra. El padre viendo que todo era inútil para que se quedara, le dio unas alforjas con plata y se fue.

Andando, andando, se fue muy lejos. Llegó a otro pueblo. Entró a un rancho ande estaba una viejita sola.

-¿Qué dice, mama vieja?

-Aquí estoy no más, hijo.

-¿Puede decirme qué contiene, que cerca de aquí está un cadáver sin sepultura, y botado en el campo?

-Es hijo, que si ha muerto una persona que debe y no se lo puede enterrar hasta que no pague todo lo que haiga debido. Es ley en este pueblo.

Muy atento oyó el hijo del Rey, y al otro día temprano se va a la ciudad, averigua a quiénes debía el finau y paga todo lo que debe. Luego lo entierra. Después vuelve ande está la vieja, y al otro día temprano quiere irse, pero resulta que la bestia que él cabalgaba no estaba en el potrero.

Inútil fue buscarla por todas partes. Entonces dispuso el hijo del Rey seguir caminando. Puso la montura al hombro, se despidió de la viejita y se fue andando... Andando llegó a un algarrobo, cuando ve un caballito flaco, de siete colores, que venía para el lao que él estaba. Lo pilló y lo ensilló, y se fue. Anduvo muy lejos, —459cuando ve en medio del camino que él iba, una pluma muy bonita. Se bajó. Cuando iba a agarrarla, lo habló el caballo:

-No alce esa pluma -le dijo-, puede andar en muchos apuros por ella.

-Qué sabe este caballo -dijo.

Y no hizo caso y la alzó y la guardó en las alforjas. Que ya no tenía nada de plata. Siguió camino. Más allá encontró una herradura de plata. Se bajó y antes que la alzara le dijo el caballo:

-No alcís esa herradura, que por ella podís andar en muchos trabajos.

No hizo caso. La alzó y la guardó en las alforjas y siguió camino. Más allá halló un retrato de una niña muy bonita. Se bajó, y entonces le dijo el caballo:

-No alcís ese retrato, que por ello podís andar en muchos apuros.

No hizo caso y guardó el retrato en las alforjas y siguió camino...

Ya muy lejos, llegó a una casita de gente pobre y le preguntó qué había de nuevo:

-Nada más -le dijeron la gente- que el Rey tiene una apuesta que no hay quien se la gane, a jugar al naípe.

-Yo sé algo -dijo el joven-, mañana yo iré a jugar al naípe con él.

Al otro día jue y jugó tan bien que el Rey lo invitó al otro día a almorzar. El joven no quiso ganarle sino que hacía unas jugadas que el Rey se quedaba admirado. Almorzó con él y siguió viniendo todos los días.

Entonces el Rey lo invitó que se viniera a vivir al palacio, que el trabajo que tendría sería jugar al naípe con él. El joven aceptó y se vino al palacio. Los vasallos del Rey viendo que el Rey cada día tenía más confianza en el joven, no hallaban cómo hacerlo quedar mal.

Cuando un día le buscaban en las alforjas y le encuentran la pluma, como era tan bonita y rara se la llevaron al Rey, diciendolé:

-Dice el joven que él es capaz de traerle el pájaro dueño de esta pluma.

—460

Llamó el Rey al joven y le dijo:

-¿Así que usted es capaz de traerme el pájaro dueño de esta pluma?

-Nu es verdad -dijo el joven.

-Pero palabra del Rey no puede faltar, tiene que traerme el pájaro o sino le hago cortar la cabeza.

El joven muy triste, al otro día muy tempranito, se fue muy lejos. Llegó a un árbol, y entonces le dice el caballo:

-¿No te dije que no alzasas la pluma?

-¿Ahora qué hago? -le dice el joven.

-Vamos a ver -le dice el caballo-, subí y vamos.

Fueron muy lejos y entonces le dijo el caballo:

-Allá en aquel palacio es, pero hay un puente bramador y un gigante que se come la gente. Voy a ir a toda furia. En un árbol que está en el patio, está la jaula, cuando lleguís la tomás y no la larguís.

Hicieron así. Cuando el puente bramó, ellos ya estaban lejos. Corrió más ligero que el viento el caballo.

Cuando llegó con el pájaro, el Rey se puso muy contento. Viendo los vasallos que el joven volvía a ganarse la confianza del Rey, van y hallan en las alforjas del joven la herradura de plata. Se la llevan al Rey y le dicen que había dicho el joven que él era capaz de traerle el caballo de la herradura. Manda llamar el Rey al joven y le dijo:

-¿Así, amigo, que usted se halla capaz de traerme el caballo dueño de esta herradura?

-Yo no dije nada -contestó el joven.

-Pero haiga dicho o no, tiene que traerme el caballo o sino le hago cortar la cabeza.

Muy triste se fue al árbol donde sabía venir el caballo, y al ratito llegó:

-¿Has visto, no te dije que no alzaras esa herradura? Pero, vamos a buscarlo al caballo dueño de esa herradura. Está a dos mil leguas de aquí, pero haremos la diligencia. Subí en mí y llevé el cabresto²¹⁵ y vamos.

—461

En una hora de camino pasaron ciudades, ríos, y llegaron a una serranía.

-Bueno, amigo -dijo el caballo-, vamos llegando.

Entraron en una quebradita muy, muy fiera para andar, pero el caballo andaba sin dificultad. Llegaron a una planicie y el caballo le dijo al joven:

-Estate aquí, yo voy a pegar tres relinchos, y cuando viás venir el caballo, tratá de agarrarlo con el cabresto y agarrate que vamos a disparar fuerte para que cuando echen de menos al caballo, nohotros estemos lejos.

Así lo hizo, pegó un relincho y contestó un caballo. Al ratito pegó otro relincho, y le contestó más cerca.

-Estate atento -le dijo el caballo, y pegó el tercer relincho.

Como por encanto llegó un hermoso caballo y el joven, en cuanto se pudo allegar, le puso el cabresto y dispararon. Corrían más ligeros que el viento. Llegaron al palacio y el joven con el caballo. El caballo era maravilloso, hermoso el animal. El Rey le agradeció, pero en cuanto el joven se fue del palacio los vasallos llevaron el retrato de la niña, diciendolé al Rey que el joven había dicho que era capaz de traerle esa niña. Hizo llamar al joven, el Rey, y le dijo mostrandolé el retrato:

-La traís o sinó te hago cortar la cabeza; palabra de Rey no puede faltar.

-No hi dicho nada, pero tendré que hacer la diligencia.

Y se jue ande estaba el caballo. Llegó éste y le dijo:

-¿No te dije que no alzaras ese retrato, que tenías que pasar por muchos peligros? Tal vez la puédamos traer. Volvete al palacio y pedile al Rey una carrada de trigo, otra de carne y otra de bordalesas de agua, y que las lleven hasta donde vos les digás.

Gustoso el Rey le cedió el pedido. Al otro día temprano se jue el joven donde estaba el caballo. Los carros cargados fueron muy lejos y les dijo el joven:

-Aquí me dejan el trigo.

—462

Y principiaron a llegar ratones y más ratones. A mediodía no había ni rastro de trigo. Cuando ya se iban, un ratón viejo le dijo al joven:

-Cuando usté se vea en apuros, diga: Dios y mis ratoncitos, y áhi estaremos nosotros.

Siguieron camino. Cuando más tarde le dijo al carrero que llevaba la carne:

-Aquí no más dejemé la carne.

Cuando descargaron la carne y se fue el carro, principiaron a llegar águilas, chimangos, halcones y muchos animales carniceros. No tardaron una hora y ni rastro dejaron de la carne. Cuando ya se iba el joven, le dijo una águila vieja:

-Cuando usté se vea en apuros, no tiene más que decir Dios y mis pájaros, el que usté necesite y áhi estaremos nosotros.

Se fue el joven. Alcanzaron el carro y siguieron camino. Hacían tres meses que andaban y andaban a la orilla de un río seco, y en un punto le dijo al carrero:

-Dejemé aquí las bordalesas con agua, amigo, y vuelvasé.

Al poco andar vio unos pececitos que se morían, por no tener más que un barrito no más, pero empezó a largar el agua hasta que los animalitos estaban salvos. Estaba mirando un ratito, y cuando ya se iba, un pececito

sacó la cabecita del agua y le dijo:

-Si alguna vez necesita ayuda no tiene más que decir Dios y los pececitos.

Siguieron andando. Cuando estaban cerca de una casa le dijo el caballo:

-Aquí está la niña pero la tiene una vieja bruja bajo siete llaves. Entrá a la casa y ponete al servicio de la vieja. Yo te vigilaré.

Así lo hizo el joven. Tan pronto lo vio la vieja, le dijo:

-¡Cómo te va, hijo! ¡Cómo me gustaría vivir con vos!

El joven le dijo que si en algo le servía estaba a sus órdenes. La vieja lo cuidaba muchísimo y le decía:

-Ya ves, hijo, vivo sola y me viene muy bien tu compañía. Andá traerme leña.

—463

Así hizo el joven y ya todos los días lo mandaba a traer leña. Cuando ya tenía muy mucha leña, le dijo la vieja:

-Agora, hijo, tenís qui acarrear todo el trigo de ese granero para esti otro, sinó vamos a andar mal, hijo.

Entonces el joven se fue y en cuanto se alejó un poquito de la casa, ya vio el caballo.

-No ti aflijás -le dijo el caballo-, acordate de los ratones y te ayudarán.

Así lo hizo, abrió la puerta del granero que estaba llenito de trigo y dijo Dios y mis ratoncitos.

Cuando empezaron a llegar ratones y más ratones. A las doce ya estaba todo el trigo en el otro granero.

-Ya está, mama vieja -le dijo el joven.

-Bueno, hijo -le dijo.

Al otro día le dijo:

-Agora tenís que acarriarme el agua de este estanque a esti otro, que está más cerca. A mediodía ya tenís que terminar -le dijo.

Le dio un balde roto, y se fue.

-Tenga cuidado, hijo, haga las cosas como yo le digo o sinó vamos a andar mal.

Se fue el joven donde se juntaban con el caballo, y ya llegó éste y le dijo:

-Agora tenís que pedir ayuda a los pececitos.

Entonces el joven llegó al estanque y dijo Dios y mis pececitos. Llegaron miles y miles y antes de mediodía ya estaba el agua en el otro estanque.

-Está bien, hijo -le dice la vieja- agora tenís que comer todos esos animales que están en la invernada. Hasta la tarde tenís tiempo, y tenís que traerme todas las cabezas, que son doscientas.

El joven muy triste se acordó de los pájaros y dijo, Dios y mis pájaros. Dicho esto atronaron los aires miles y miles de águilas y halcones y gran cantidad de animales carniceros. A media tarde ya no había más que las osamentas de las doscientas cabezas.

-Está bien, hijo -dijo la vieja-, agora voy a ir a lo de mi comadre a traer un cordero para que comamos. Quero celebrar tu guapeza.

—464

Ni bien se fue la vieja el joven se habló con el caballo y éste le dijo:

Bajo de la cama de la vieja está un cuero de cordero, debajo están las llavecitas. Volá y sacalas, entrá a la pieza que está a la derecha y ya te

darís cuenta. Seguí hasta la pieza siete, pero apurate.

Jue el joven hasta la pieza siete con todo el apuro que es de imaginar. En la pieza estaba la niña peinandose. En cuanto vio al joven, ésta abrió los brazos. Se jue con él, pero llevó un peine, un jabón y una tualla. Velaron a donde estaba el caballo, subieron y se jueron. Al ratito llegó la bruja, y en cuanto llegó a la casa se dio cuenta que el joven se había robado la niña. Furiosa se subió al palo de una escoba y voló. Ya les iba dando alcance, cuando la niña le tiró el peine. Se le hizo un pencal que no pudo andar. Tardó un buen rato para salir y siguió persiguiendolos. Cuando ya los volvía alcanzar, la niña tiró el jabón, formandose unos ríos llenos de agua. En vano la vieja corría di un lao pa otro, hasta que pudo cruzar. Ya los tocaba con la escoba, cuando la niña le tiró la tualla. Se formó una niebla que no se vían ni las manos. Viendo que era imposible seguirlos, la vieja se volvió a su casa.

Ya iban a llegar al palacio cuando a la niña se le cayó un anillo al cruzar un río. Por fin llegaron. Cuando la vio el Rey, dijo:

-¡Ay, ésta es mi hija! Se me perdió cuando era muy chiquita. Me la robó una hechicera, pero le falta un anillo que tenía.

Cuando se jue el joven, oyendo esto dos servidores del Rey, le dijeron que había dicho el joven que él era capaz de trairle el anillo de la niña.

Lo mandó a llamar. Cuando el joven vino le dijo:

-¿Verdá que usted ha dicho que es capaz de trairme el anillo de mi hija? Si no lo trai le cortaré la cabeza. Palabra de Rey no puede faltar.

Cuando supo la niña, dijo que era imposible que se lo traiga, porque lo había perdido en el río.

-No -dijo el padre-, el anillo o muere.

Se jue el joven. Estaba sumamente triste, cuando llegó el caballo.

—465

-No hay por qué ponerse triste -le dijo-, vamos al río y veremos cómo conseguir el anillo.

Llegaron al río y ¡oh, sorpresa!, los pececitos jugaban con un anillo.

Entonce el joven los habló, y di un saltito un pez le dio el anillo.

Volvieron y se lo dio al Rey. Éste creyó que la niña se lo había dado en compromiso, y le dijo:

-Si es así, yo te doy mi hija por esposa.

El joven no dijo nada, pero la niña que pensaba en esta dicha, dijo que la boda sería lo más pronto posible. Se fue el joven a comunicarle al caballo lo acontecido, cuando ve que iba un paje del Rey y le dijo que vaya inmediatamente. El Rey lo esperó y le dijo:

-Usted es un joven de un coraje sin igual, así es que ha dicho que es capaz de entrarse en un horno caliente, en tres días. Lo haiga dicho u no, tiene que hacerlo, palabra del Rey no puede faltar.

Se jue el joven con el desaliento más grande de su vida, llegando a donde estaba el caballo.

-No hay por qué ponerse triste -le dijo el caballo.

-Ya están calentando el horno -le dijo el joven.

-Pero no importa -le dijo el caballo. Tienen que cederte lo que vos pidás.

-Sí, así es el trato -le dijo el joven.

-Bueno, no hay más que esperar.

Llegó el tercer día. El horno era de fierro y estaba rojo hasta encima.

Llegó el joven al palacio montado en el caballo y le dijo al Rey:
 -Tiene que darme una sábana de diez metros de largo por cuatro de ancho, y me va a comprar una guitarra de lo mejor.
 Ya estaba todo listo. El joven subió al caballo, dio tres vueltas a la plaza a toda furia, y cuando dio las tres vueltas le secó con la sábana el sudor, y se fue al horno. Le llevaron una silla. Se sentó, se envolvió en la sábana, a garró la guitarra y les dijo:
 -Ya estoy, tienen que abrir mañana a la tarde el horno.
 Lo echaron y lo cerraron. La niña lloró todo el día y la noche, y al otro día no quiso probar bocado. Estaba desesperada, cuando el Rey ordenó abrir la puerta del horno, pero tan pronto se abrió la puerta, principió a bailar el joven. Estaba —466 tocando la guitarra. Avisaron al Rey. Vino él en persona. Tan pronto iban llegando cuando empezaban a bailar. Bailaban de lau, de costillas. En toda forma bailaban todos los presentes. Ya bañaus en sudor, le gritaban ¡basta!, ¡basta! Nada, todo el mundo bailaba y bailaba. Ya estaban por el suelo, cuando llegó la niña. Dejó de tocar la guitarra el joven, y bajó.
 -Bueno, hijo, ahora veo que sos un hombre capaz de remplazarme a mí. Ya que has expuesto tantas veces la vida. Pero antes de nada quero hacer yo también lo que vos has hecho. Para eso estoy haciendo calentar el horno. Quero estrenar mi caballo y entrarme con la guitarra al horno le dijo el Rey.
 -No haga eso, señor Rey -le dijo el joven- que es una temeridad.
 -No -dijo el Rey, palabra de Rey no puede faltar. Esta noche te casás. El baile durará hasta pasado mañana, entonces yo mismo entraré al horno. Así se hizo oponiendosé el joven a la aventura del Rey.
 Se casó el joven con todas las pompas de un príncipe. Las fiestas duraron hasta el tercer día. Cuando llegó la hora, el Rey subió al hermoso caballo, dio las tres vueltas en la plaza, lo secó con la sábana. Tomó la guitarra, se sentó en la silla y lo entraron al horno. Al otro día abrieron la puerta del horno. Silla, guitarra y Rey eran un solo montoncitos de cenizas.
 En vista de lo ocurrido, se fue el joven y flamante Rey, a donde estaba el caballo. Éste lo encontró y le habló de esta manera:
 -Voy a dejarte ya. Hi venido a salvarte de los peligros que corría tu vida. Yo soy aquel cadáver que vos, tan generoso, me pagastes todas mis deudas y me distes cristiana sepultura. Te agradezco y me voy dejandoté feliz y dueño del reino más lindo del mundo.
 El joven lloró, pero el caballo se hizo una palomita y se fue volando al cielo. Volvió el joven al palacio y se quedó con su señora y yo me vine pacá, dejandolés muy felices.
 Edelmira López, 75 años. Pampa Vieja. Jáchal. San Juan, 1951.
 Nativa del lugar. Muy buena narradora.
 Al cuento del caballo protector se amalgaman los motivos del muerto y los animales agradecidos.

SAN JUAN

Que éste era un viejito que tenía tres hijos y tres matuchos²¹⁶. Y un día dijo el mayor que s'iba ir a trabajar y que le dieran media res de matucho. Se la dieron y se jue. Llegó a una represa y se sentó a comer el asau de chivato. Y llegó en eso un viejito, y cuando ya no pudo comer más le dio las sobras. Entonce el viejito le dijo que él no sabía comer, y le preguntó pa onde s'iba. Él le dijo que en busca de trabajo. Y entonce le ofreció que si quería ganar quince pesos por mes para cuidar quince yeguas overas. Y dijo que bueno, el muchacho. El viejito le preguntó al muchacho si devisaba allá, una luz, que áhi vivía él. Y dijo que sí.

Al otro día se presentó el muchacho en onde 'staba la lucecita. El viejo ya tenía la bolsa con los bastimentos para que llevara el joven a un corral de fierro onde 'staban las yeguas. Al mes volvió con las yeguas, y cuando volvió el viejito ya tenía contada la plata. El viejito le dijo al muchacho que qué quería, si los quince pesos plata o un Dios te lo pague. Entonce el muchacho le contestó:

-¿Qué te creís, viejo del demonio? ¡Yo necesito los quince pesos plata y no un Dios te lo pague!

-Bueno, m'hijo, si nu es pa que me peliés -le contestó el viejito.

—468

Cuando el muchacho volvió a la casa, le dijo al padre que ensille un burro y se vaya a buscar un ternero pa carniar, que él traiba plata pa pagar.

Cuando volvió el padre le dijo:

-¿Y la plata, hijo?

El hijo se metió la mano en el bolsillo pa sacar la plata, y en lugar de plata sacó un puñau de carbón. El padre se enojó crendo que era farsa y lo corrió, que se fuera pa otro lau, que no le pisara más la casa.

Entonce se quiso ir a trabajar el hijo del medio. El padre le dijo que bueno, que se fuera, pero que no le vaya a hacer lo mismo que el otro. Este muchacho le negó también la comida al viejito, y fue a trabajar como el otro, con el viejito. Hizo el mismo trabajo de cuidar las yeguas en el corral de fierro. Cuando volvió, le preguntó el viejito:

-¿Querís que te pague quince pesos plata o un Dios te lo pague?

-A mí me da mi plata, no me venga con un Dios te lo pague que pa nada sirve -le contestó el muchacho.

El viejito le dio la plata y el muchacho se fue. Llegó a las casas y lo mandó al padre a traer carne pal asau. Cuando fue a sacar la plata pa pagar sacó un puñau de carbón. El padre lo echó, que no le pise más a la casa.

Entonce el hijo menor dijo qu'él s'iba a trabajar. El padre le dijo que si le hacía lo mismo que los otros que los había corrío, que a él lo iba a matar.

Y se fue Pedro, que así se llamaba el joven, con su media res de matucho. Llegó a la represa y se sentó, como los otros, a comer su asau de matucho. En eso llegó el viejito. Lo atendió muy bien, y le ofertó de lo mejor del asau. El viejito le dijo que él no sabía comer. Le hizo el mismo ofrecimiento de trabajo que a los hermanos, y le enseñó la lucecita pa que fuera a su casa, y lo dejó.

Pedro llegó, y se fue a cuidar las yeguas al corral de fierro. Al mes volvió y el viejito le preguntó:

-¿Querís de paga los quince pesos plata o un Dios te lo pague?

—469

-Señor -dijo el muchacho-, quince pesos plata se me van a acabar antes que llegue a mi casa, y un Dios te lo pague dura toda la vida. Déme un Dios te lo pague.

Entonce le dijo el viejito que él era Dios, y que por bueno lo iba a premiar. Le dio un Dios te lo pague, pa que lo ayude siempre. Le dijo que él s'iba, que le dejaba pa él la casa y las quince yeguas, y que áhi tenía monturas chapadas y trajes, y todo. Le dijo que trece yeguas iban a partir potrillos overos, y que cuando vayan naciendo, los vaya matando. Y que a los dos días iban a tener cría las otras dos yeguas y que iban a tener un potrillo zaino y otro overo. Que críe el zaino y mate el overo. Eso le dijo el viejito Dios, y se fue.

Ya Pedro hizo lo que le dijo el viejito. En quantito nacieron los potrillos de las trece yeguas, los mató. Ya nacieron lo otros dos. El zaino no se podía levantar de flaco y arruinau, y era muy fierito; el overo era lindísimo y se levantó y retozaba. Entonce Pedro dijo:

-¿Qué habrá estau pensando este hombre que me ha dicho que críe el zaino, que es mal nacido, y no el otro que es tan lindo? Y los crió a los dos potrillos. Ya fueron grandes y los comenzó a amansar.

Un día, que estaba por ir a visitar a los padres, ensilló el overo. Que se había descuidau y ya se le había disparau el caballo ensillau, con una montura chapada, riquísima. Y que se había llevau por delante la puerta del corral, y que la había hecho tira, y que se había disparau con las yeguas, y se perdieron en el campo. Pedro ensilló el zaino que era más lerdo, sólo andaba al tranco, y se fue siguiendolás al rastro, a las yeguas. A los cinco días les perdió el rastro, en la noche, a las yeguas, y halló en el suelo una pluma de oro. Antes de agarrarla, el zaino le habló y le dijo que no la alzara porque se iba a ver en trabajo. Y que le dice Pedro que cómo iba a perder las yeguas y la pluma, y que la alzó no más y la llevó.

Después de mucho andar pasó por la casa di un rey. Que una de las sirvientas lo vio pasar. Y que el Rey le preguntó a la niña quién iba, y que le dijo que iba un joven con una pluma de oro en el sombrero. La mandó que lo llamara y lo hiciera pasar a Pedro, y una vez adentro le dijo el Rey que —470le vendiera la pluma, que por plata no iban a trepidar. Pedro le dijo que cómo se la iba a vender, que era la suerte d'él, que se la iba a regalar.

El Rey fue a regalarle la pluma a una niña de la que estaba enamorado, y le dijo:

-Mi señorita, acá le traigo una pluma de oro.

La niña le contestó que así como le había traído la pluma de oro, que le traiga el pájaro dueño de la pluma.

Entonce el Rey lo mandó a Pedro que le traiga el pájaro en el plazo de veinticuatro horas, que si no le iba a hacer matar. Pedro se fue on'taba el zaino, llorando. El zaino le preguntó por qué lloraba. Pedro dijo que cómo no iba a llorar, si el señor Rey me ordena que traiga el pájaro dueño de la pluma. Entonce el zaino le contestó que se acordara que le había

dicho que no alzara la pluma, que s'iba a ver en trabajo. Luego le dijo que fuera a contestarle al Rey que sí, que le iba a traer el pájaro. Y se fue con su caballo, y llegaron a una quebrada, y allí el zaino le dijo que entrara ligero, que atrás de la quebrada había unos árboles y que ahí 'staba el pájaro, que si no lo agarraba ligero, que el pájaro lo iba a comer. Así lo hizo, y gracias a que el caballo lo hizo entrar y salir tan ligero, pudo agarrar el pájaro sin que le pasara nada. Volvió y le entregó el pájaro al Rey.

El Rey muy contento se fue y le entregó el pájaro a la niña. Entonces la niña le dijo que así como le había traído la pluma de oro y el pájaro, le tenía que traer las quince yeguas que tenía repuntadas el padrón²¹⁷ overo. El Rey fue a Pedro y le dijo que si no le traía las quince yeguas que tenía repuntadas el padrón overo, lo hacía matar.

Pedro se fue llorando on'taba el zaino, y el zaino le dijo:

-¿Qué te pasa, Pedro, que venís tan triste?

—471

Pedro le contó a lo que lo mandaba el Rey. Entonces el zaino le contestó:

-¿Has visto, zonzo? ¡Yo te dije que no agarraras la pluma! Ésas son las yeguas tuyas, que se han vuelto salvajes y te pueden matar, son muy malas. Yo te voy a ayudar, no tengas miedo. Andá decile al Rey que las vas a traer, pero que te dé una sábana que no sea usada y una lanza que corte un pelo en el aire.

Ya fue Pedro, y el Rey le dio la sábana y la lanza.

Salieron a buscar las yeguas. Ya cuando iban muy lejos, devisaron unas llamas muy grandes. Entonces el zaino le dijo:

-¿Vis aquellas llamas? ¡Áhi vamos!

Pedro le dijo que sí, y él le dijo que se bajara, que se desnudara y que se envolviera en la sábana. Y así pasaron sin peligro y llegaron al corral de fierro onde 'staban las yeguas. Y el zaino le dijo que cuando él relinchara, iba a sacar la cabeza el overo, y que ahí no más lo matara con la lanza. Así lo hizo Pedro, y pudieron sacar las yeguas mansitas. Ya llegaron y le entregó las yeguas al Rey.

Ya el Rey muy contento fue y le llevó las yeguas a la niña. La niña, entonces le dijo que 'staba muy bien, pero que ella quería que le llevara al que había traído la pluma, el pájaro y las yeguas. El Rey no tuvo más remedio que llevar a Pedro. Entonces la niña se enamoró d'él y dijo que con Pedro se quería casar. El Rey, comprendiendo que él había sido muy malo con Pedro, dijo que bueno, y se fue muy triste. Y Pedro se casó con la niña que era muy buena, bonita y muy rica.

Entonces el zaino le dijo que era un ángel que había mandau Dios pa salvarlo, y s'hizo una palomita, y se voló.

Valentina Inojosa. Baldes de Chucama. Valle Fértil. San Juan, 1947. Campesina. Buena narradora.

—472

1060. La pluma verde

SAN LUIS

Era un joven que salió a buscar trabajo, y después de andar todo el día, en la tarde llegó a la casa de un señor. Saludó y le preguntó:

-¿No sabe quién ocupará un pión?

-Yo -que dice-. Yo necesito un trabajador.

Éste desensilló y pasó para adentro. A la noche el patrón le dijo el trabajo que tenía que hacer.

-Usted -fue le dice-, mañana se va a ir al corral y ahí va a venir una tropía de yeguarizos. Agarre un potro y lo ensía²¹⁸ y lo amansa.

-Muy bien, señor -que le dice.

Al otro día temprano se va al corral. En seguida que viene la tropía de potros negros retintos y que agarra un potro más lindo que no sé qué. Lo sacó afuera y lo ensilló. Y ahí taba el animal que parecía mansito, ni se movía. Y agarró y subió. Que no lo podía ni hacer caminar al potro.

Entonce agarra con la guacha²¹⁹ y le pega por la tabla del cogote. Entonce el potro da la media vuelta y dispara. Y que se iba derecho a una laguna muy honda que había, y él no lo podía torcer para ningún lado. Y ya cuando vio que este animal lo iba a echar —⁴⁷³al agua, cuando ya iba llegando, le pegó una estirada de las riendas, y le sacó las carretas²²⁰ y lo mató. Y él salió parado, ni se golpió ni nada. Y agarró, alzó el apero²²¹ y se fue a las casas del patrón. Ya cuando s'iba haciendo la tarde, llegó el patrón. Que el patrón venía muy temprano, oscurito, y después a la nohecita. Que llega y dice:

-¡Buenas tardes!

-¡Buenas tardes, señor!

-¿Cómo te ha ido con el potro?

-Y mal, señor, porque l'hi muerto un potro. Era un animal muy malo, me llevaba derecho a echarme en la laguna, y di un estirada l'hi sacau las carretas.

-Y bueno, amigo, pero no me mate los potros. Mañana ensille otro.

Bueno. Al otro día se levantó temprano, otra vez. Se va al corral y en seguida viene la tropía otra vez. Agarró otro potro. Ya lo sacó lejo de la laguna y lo ensilló. Lo subió, y era mansito, que ni se movía. Le pegó un azote, y pego la media vuelta y enderezó para la laguna otra vez. Se fue derecho a la laguna. Y cuando iba llegando y vio que lo iba a augar, le pegó una estirada y le sacó también las carretas. Lo desensilló, alzó el apero y siguió para las casas. A la tarde, a la oración, ya vino el patrón otra vez. Y que le dice:

-¿Cómo le ha ido, amigo?

-Mal, señor -que le dice-. L'hi muerto otro potro. Ni corcoviaba, pero iba derecho a echarme a la laguna.

-Bueno, amigo, tiene que tener cuidado y no me tiene que matar los potros. Mañana va a venir la tropía al agua, va a ensillar otro potro, pero no me lo mate.

Al otro día temprano se va otra vez al corral. Y ya vino la tropía. Agarró otro potro, lo ensilló y lo sacó lejo, bien lejo de la laguna. Y el potro se quedó sin moverse, lo mismo que los otros. Le pegó un chicotazo²²² y dio media vuelta el potro y —⁴⁷⁴lo llevó derecho a la laguna. Y el joven entonce le dio una estirada y le sacó las carretas. Sacó el apero y se fue a las casas. A la tarde, oscurito, viene el patrón, otra vez, y que

le dice:

-¿Cómo le ha ido con el potro?

-Muy mal, señor. L'hi muerto otro potro. Usté tiene potros muy malos.

-Bueno, amigo, pero usté me va a matar todos los animales, así.

-Bueno, señor, yo no voy a trabajar más con usté. Arreglemé las cuentas, porque me voy a ir.

Y que le dice el patrón:

-Bueno, amigo, yo no tengo plata para pagarle, así es que le voy a dar un potro. Elija el potro que quiera. Se lo voy a dar en pago.

-Que le dice el joven:

-No, señor, de ninguna manera. Si l'hi muerto tres animales, más bien yo estoy en deuda con usté.

Y que le dice el patrón:

-Yo no quiero que ningún pión salga de mi estancia con los brazos cruzados²²³. Así es que mañana, cuando venga la tropilla, elija un potro, el que más le guste y se lo lleva.

El patrón se jue. El joven más tarde se jue al corral. En el corral 'staba un potrío chuñusco²²⁴, el pelito ardido, flaco. Lo que lo está mirando él, que habla el potrío y que le dice:

-Mirá -que le dice-, mañana, lo que vengan los potros, se va a venir la tropía, y tu patrón va a estar acá. Te va a obligar a elegir un potro de los negros, pero vos no elijás ninguno, elegime a mí. Porque eso que te dice que elijás un potro, eso es para tu muerte. Vos estás trabajando aquí con el diablo y los potros todos son diablos. Así es que vos no llevís ninguno porque te vas a ver perdido. Elegime a mí.

-Bueno -que le dice el joven.

—475

Al otro día temprano viene la tropía, y el patrón también, que llegó al corral. 'Taba en las casas, que no había salido nada.

-Bueno -que le dice el patrón-, elija el potro que más le guste.

La tropía tenía potros muy bonitos. Todos eran negros retintos. Que el joven empezó las vueltas. Iba y venía y no le gustaba ninguno de los potros negros.

-Bueno, señor me quedo con éste -que dice.

-Era el potrío chuñusco, y que el patrón le decía que cómo iba a elegir ese animal tan fiero.

-Sí, señor, me quedo con éste no más.

-Pero, amigo -que le dice-, qué se va a quedar con esa basura. Bueno, mire, yo no quiero que mi pión salga de mi estancia con esa basura. Mañana van a llegar otros potros mejores, y ahí elige.

Y agarró y salió y lo hizo al joven que se juera con él para las casas.

Va el joven ande 'taba el potrío y que le dice:

-Mañana van a venir potros inmejorables, pero eso que te dice que esperís hasta mañana, es porque él mismo va a venir para comerte. El patrón mismo va a venir hecho un cojudo grande. Va a venir largando juego por boca y narices. Mandate hacer una espada que corte un pelo en el aire. Mañana te escondís al lau de la puerta, que no te vaya a ver. Va a llegar buscantoté. Cuantito asome en la puerta vos le cortás en el aire la cabeza. Es la única forma que te vas a salvar.

En seguida jue el joven y se hizo hacer l'espada. Al otro día tempranito

jue y se escondió al lau de la puerta. En seguida que sintió el ruido que venía, el tropel no más. Ya se escondió. Y ya que vio venir una tropía de animales muy lindos, y adelante venía un cojudo lindísimo, que echaba juego por la boca y narices. Que llegó a la puerta del corral buscando para todos lados, y que appena asomó áhi no más el joven le asentó l'espada y le cortó la cabeza y lo mató. Entonce la tropía pegó la —476 vuelta, y disparó la madrina, y la tropa di atrás. Entonce que si arrima el potrío y le dice:

-Si a los tres relinchos que yo dé, no vuelve la tropía, estamos perdidos. Dio un relincho el potrío, y se sintió lejos, el cencerro, pero la tropa no volvía. En seguida dio otro relincho y se sentía más lejo el cencerro. Dio otro relincho, el último que iba a dar, y más lejo se sentía el cencerro. Y después no se sintió más. Se jue la tropilla.

-Bueno -que dice el potrío- si los quedamos acá 'tamos perdido. Subí y vamos.

Montó en el potrío y se jue. Siguieron viaje. Lo que van por allá, que ve el joven a la oría del camino, una pluma verde, muy bonita, que brillaba. Entonce éste paró el potrío y se jue a bajarse para recoger la pluma. Entonce que le dice el potrío:

-No alcís esa pluma verde porque si la alzás te vas a ver perdido. Entonce que le contesta:

-¡Qué sabís, animal bruto! -que le dice.

Y jue y alzó la pluma verde y se la colocó en el sombrero. Y siguió viaje. En lo que va por allá, va pasando por el camino cerca del palacio del Rey. Y el Rey había mandado a un negro a buscar leña en el carro. El negro lo ve a éste que va con la pluma verde, tan bonita. Entonce el negro deja el carro áhi no más y se va corriendo al palacio y que le dice al Rey, el negro:

-Mi amito, por allá va un joven y lleva en el sombrero una pluma verde tan bonita, que nunca hi visto.

Y que le dice el Rey:

-Andá decile al joven ése que venga.

Se va el negro y que lo alcanza al joven y que le dice:

-Vea, joven, manda a decir mi amito que le diga que vaya.

-Bueno, negro, decile que voy a ir -que le dice el joven.

Y que se va, y que por áhi dice:

-Pucha, qué 'stará por hacer el Rey conmigo. ¿Me estará por cortar la cabeza?

Y que le dice el potro:

-¿No te dije yo que por causa de esa pluma verde t'ibas a ver perdido?

—477

Dejó el caballo lo que llegó, y se jue di a pie al palacio del Rey. Que llega y le dice al Rey:

-Acá vengo, cumpliendo la orden que me ha hecho dar.

-Sí -que le dice-, lo hi hecho llamar para preguntarle ate dónde ha sacado esa pluma verde.

-La hi encontrado por el camino -que dice.

Y que le dice el Rey:

-Bueno, así como ha tenido l'habilidadá di alzar esa pluma verde, ahora va a tener l'habilidadá de tráime el pájaro dueño d'esa pluma, y sinó, le corto

la cabeza... palabra de Rey no puede faltar.

Se va, éste, llorando, y que le dice el potrío:

-¿Y pórque llorás?

-Y cómo no voy a llorar -que dice- si el Rey mi ha dicho que así como hi tenía l'habilidad di alzar la pluma verde tengo que tener l'habilidad de tráir el pájaro dueño de la pluma, y que sinó me va a cortar la cabeza.

Y que le dice el potrío:

-¿No te dije yo, que t'ibas a ver perdido?

Él que se quedó callado.

-Bueno -que le dice el potrío-, no se te dé cuidado. Mirá, andá decile al Rey que te dé una jaula muy segura, de fierro, un potrío²²⁵ de vino, un pan y mantención para vos.

Éste jue y le pidió todo esto al Rey. Y el Rey le proporcionó todo.

Se vino a ver al potrío, y le dice:

-Bueno, subí y vamos.

Se jueron y llegaron a una montaña que había, de árboles espesos. Entonce entraron. Y que en medio de la montaña había un displayado, y que el potrío le dice:

-Mirá, poné áhi el potrío de vino y el pan, porque aquí -que dice- es ande sabe venir el pájaro. Y vos escondete en la —478jaula. El pájaro va a venir y va a empezar a tomar vino y a comer pan. Va a empezar a gritar y a cantar. Y entonce ya se va a quedar dormido, y va a quedar con los ojos abiertos, dormidazo. Entonce vos vas y lu echás a la jaula. Cuando 'tá con los ojos cerrados 'tá despierto y cuando 'tá con los ojos abiertos 'tá dormido.

Y bueno. Se escondió en la jaula. Y en seguida no más vino el pájaro. Que brillaban sus plumas verdes, más que el sol. Empezó a tomar vino y a comer pan. Gritaba y cantaba. Y ya se juntaron muchísimos pájaros. Ya cuando se cansó de gritar, se quedó dormidazo, con los ojos abiertos. Entonce vino el joven, lo cazó y lo puso adentro de la jaula. Áhi que gritaba, que lo hablaba y le decía que lo largara. Pero el joven lo llevó no más al palacio del Rey, y que le dice al Rey:

-Aquí tiene el pájaro...

-Muy bien, amigo -que le dice el Rey.

Y se jue, el joven, ande 'staba el potrío. En seguida que lo manda a llamar, y que le dice el Rey:

-Mire, amigo, así como usted ha tenido la habilidad de alzar la pluma verde y de tráir el pájaro dueño de la pluma, va a tener la habilidad de trairla a m'hija que me la llevaron, ahora años, los moros. Palabra de Rey no puede faltar. Si usted no me trái m'hija li hago cortar la cabeza.

El joven se jue llorando, otra vez ande 'staba el potrío, y éste que le dice:

-¿Y porque llorás? -que le dice.

-Cómo no voy a llorar, si mi ha dicho el Rey que tengo que tráile l'hija que li han llevado los moros, ahora años.

-¿Has visto lo que te dije, que si alzabas la pluma verde t'ibas a ver perdido? Bueno, no se te dé cuidado. Andá ande 'tá el Rey y pedile mantención para vos.

Y jue, y el Rey l'hizo dar en seguida mantención. Subió en el potrío y se jueron.

Anduvieron mucho y llegaron a la mar. El potrió pasó nadando la mar. L'hija del Rey 'staba al otro lau de la mar. Y al fin llegaron cerca del lugar ande 'staban los moros. Y que le dice el potrió:

—479

-Mirá, ahora los moros están dormidos. Han estau de farra y se han quedado dormidos. A la niña hija del Rey l'han sacau a tomar sol. Vamos a pasar a la furia por donde ella está. Vos la agarrás a la niña de las chapecas²²⁶, la sentás en l'anca mía y disparás.

Entonce que llegan. Los moros 'taban dormidazos y la niña 'taba sentada, tomando sol. Hizo, el joven, una pasada, l'agarró a la niña de las chapecas, la sentó y disparó. Apenas salieron, los moros se despertaron, pero ni los alcanzaron a ver. El potrió corría como el viento. Pasaron la mar y se jueron al palacio del Rey.

-Aquí tiene, señor, su hija -que le dice.

Que el Rey se puso tan contento que no sabía qué hacer di alegría. El joven se jue para donde 'staba el potrió.

En seguida, al otro día, que lo volvió a hacer llamar con el negro -que este negro era el que lo aconsejaba al Rey en contra del joven. Que viene, y que le dice el Rey:

-Vea, amigo, lu hi hecho llamar otra vez porque así como tuvo l'habilidad de alzar la pluma verde, de tráir el pájaro dueño de la pluma y de tráir m'hija, que la llevaron los moros, va, ahora, a tener l'habilidad de tráir el anillo que se le cayó a m'hija en la mar cuando la llevaron los moros. Palabra de Rey no puede faltar. Le hago cortar a cabeza si no trái el anillo.

El joven se jue llorando, más triste que la noche, ande 'taba el potrió.

-¿Porque llorás? -le dice el potrió.

-Cómo no voy a llorar -que dice- si el Rey me manda tráir el anillo que la niña perdió en la mar, cuando la llevaron los moros. ¡Cuándo se lo voy a tráir!

-¿Has visto lo que te dije yo, que nu alzaras la pluma verde porque t'ibas a ver perdido? Bueno, pero no se te dé cuidau. Es medio trabajoso, pero vamos a hacer lo posible. Andá ande 'tá el Rey y pedile una sábana sin pecar y un cuchío sin pecar. Y vení y vamos.

—480

Se jue el joven, ande 'taba el Rey y le pidió la sábana y el cuchío sin pecar. Se los dió el Rey y se jueron a la mar. Llegaron a la mar y que le dice el potrió:

-Miró, acá es ande se ha caído el anío. Pero ahora vos vas a tener que matarme a mí.

-No, no, no te mato -le decía el joven, no quería por nada.

-No -que le dice-, no tengás miedo. Vos tenís que degollarme y tenís que cortarme coyuntura por coyuntura y recogerme toda la sangre. No me vas a dejar derramar ni una sola gotita de sangre. En la sábana, me vas a envolver bien envuelto y me vas a tirar a la mar. Yo voy a dar tres borbollones para arriba. Si los borbollones, los tres, son claritos, 'tamos bien, pero si los borbollones son turbios, tirate a la mar porque 'tamos perdidos.

Bueno. El joven lloraba y no quería degollarlo, pero al fin agarró y lo degolló, siempre llorando. Hizo todo como le dijo, lo envolvió en la

sábana y lo tiró a la mar. En seguida hizo un borbollón turbio, luego otro. Ése era más clarito. Y en seguida hizo otro. Ése ya fue clarito, cristalino, y junto con ése salió el potrío, unido todo, con el anío en la punta de l'oreja. Y que le dice al joven:

-Aquí tenís el anillo. A causa de que 'stás llorando me has dejado derramar una gotita de sangre, por eso hi teníu tanto trabajo.

Y ya se volvieron al palacio y que le llevó el joven el anío al Rey. Y se jue ande 'staba el potrío.

Al día siguiente lo volvió a hacer llamar al joven y que le dice:

-Lu hi mandau a llamar para decirle que así como ha tenido l'habilidadá di alzar la pluma verde, de trair el pájaro dueño de la pluma, de trair la niña que llevaron los moros y de trair el anío que perdió en la mar, va a tener l'habilidadá de morir, porque usté ha de ser brujo. Mañana lo vamos a matar, palabra de Rey no puede faltar.

Entonce el joven se va llorando ande 'staba el potrío.

-¿Por qué llorás? -que le dice el potrío.

—481

-Cómo no voy a llorar si el Rey mi ha dicho que así como hi teníu l'habilidadá de alzar la pluma verde, de trair el pájaro dueño de la pluma, de trair la niña que se llevaron los moros y de trair el anío que se le cayó a la niña en la mar, que tengo que tener l'habilidadá de morir. Que mañana me van a matar, porque yo debo ser brujo.

-¡Ah! -que le dice el potrío-, ¿no te dije que no alzaras la pluma verde? Pero no se te dé cuidado. La negra, mujer del negro del Rey, es la que le hace hacer todo, para que murás, porque es bruja. Andá ande 'tá el Rey y decile que te dé una sábana sin pecar. Mañana me vas a hacer dar una carrera di una legua. Si yo sudo clarito 'tamos bien, pero si yo sudo turbio 'stamos perdidos. Me secás bien con la sábana, te envolvís y te tirás al horno, porque te van a quemar en el horno.

Y así jue y lo hizo. Le pidió al Rey una sábana sin pecar. Al otro día l'hizo dar al potrío una carrera di una legua. El potrío sudó un sudor cristalino. Que 'staba bañado de sudor. Lo secó con la sábana, y la sábana quedó remojadita. Ya tenía el horno caliente, colorau, que parecía brasa. Se envolvió en la sábana, y áhi no más el negro del Rey lu echó al horno y le cerró la puerta.

Al otro día tempranito se va la negra a ver cómo había quedau el joven quemado y de repente pega un grito. Si güen mozo había síu ante, más güen mozo 'taba ahora y más joven. Y áhi no más se jue ande 'taba el Rey, y le dice:

-Mi amito, mi amito, el joven 'ta más güen mozo y más joven qui ante, en el horno.

-Pero ¡no digás! -que le dice el Rey, y que va a ver.

-Bueno, ¡salga amigo! -que le dice el Rey.

Ya salió el joven y se jue ande 'staba el potrío. Ya los dos 'staban muy contentos porque al fin si habían salvado.

Y entonce que todos 'taban almirados, lo que el joven había salido tan favorecido, y que la negra le dice:

-Mi amito, ¿por qué no le pide el caballo al joven, y hace lo mismo qu'él y se tira al horno?

-¡Sabís, negra, que tenís razón! -que dice el Rey.

Áhi no más lo mandó a llamar al joven, y que le dice:

-Mire, joven -que le dice el Rey-, lu hi hecho llamar para que me preste el caballo.

-¡Cómo no! -que dice el joven.

Y entonce el Rey mandó que calentaran el horno y l'echaran al doble de leña. Y mandó que le trajieran una sábana sin pecar. Subió en el potrío y corrió más di una legua. Volvió al palacio y el potrío había sudau turbio. El sudor era barro no más. Y mandó a traír la sábana y lo secó. Que la sábana había quedau embarrada. Y que se envolvió y s'hizo echar al horno y le cerraron la puerta.

Ya al otro día que le dice la negra a la niña:

-¡Vamos a ver cómo 'tará el amito de güen mozo!

Y llegan y lo mira la negra y 'taban los carboncitos, no más, y áhi pega el grito:

-¡Señorita, señorita, mi amito 'tá los carboncitos no más!

Y ya la niña afligida no sabía qué hacer, y le pidió al joven que se quedara en el palacio. Y él se quedó. Y viene la niña y s'enamora del joven y se casaron y quedaron dueños de todo lo que tenía el Rey.

A los tres días se le presentó el potrío al joven y que le dice qu'él había sido un ángel y que había venido a salvarlo y a sacarlo de la positú²²⁷ ande se encontraba, entre diablos, y que ahora como ya lo había salvado y él quedaba bien, él s'iba. El joven lloraba, pero el potrío s'hizo una palomita y se voló.

Y el joven quedó con la niña, casado, y hecho Rey viviendo muy felices, y yo me vine para acá, a contar el cuento.

Gilberto Zavala, 29 años. San Martín. San Luis, 1945.

1061. El caballo overo

SAN LUIS

Era un viejo que tenía un hijo que le llamaban el Chiquillo. Bué... Era muy pobre. Un día supo el Chiquío que en una estancia regalaban un caballo a todos los pobres. Dijo el Chiquío al padre que iba a pedir un caballo.

El padre lo dejó que fuera. Había una legua. Cuando iba por el camino el Chiquío encontró un hombre muerto. El Chiquío se volvió para las casas y sin decirle nada al padre, agarró una pala y la llevó y enterró el finau.

Se fue a la estancia el Chiquío y pidió un caballo, y le contestó el patrón que en el corral había quinientos caballos y que fuera y eligiera uno. Bué... Él fue y vio que había un overo echado, muy flaco. Le dio lástima. Lo levantó de las orejas y lo llevó para las casas, y le dijo el patrón que si no había un caballo mejor, que había elegido ése. El Chiquío le contestó que al que le dan no elige, y en seguida se retiró para la casa d'él.

Echó un mes y tres días para llegar a la casa d'él, con el caballo tan flaco. El padre le pegó unos azotes porque no había traído otro caballo

mejor. Todos los días él tenía que levantarlo. El caballo vivía echado de flaco, y el padre lo castigaba a él por eso. Lo cual, un día el overo comenzó a trotar, y dispuso entonces el Chiquío de mandarse a cambiar²²⁸.

—484

A los tres días ni el Chiquío ni el overo amaneció en las casas. Galopó tres días sin parar. Cada día, el overo era más bueno. Cuando el Chiquío se acordó, 'taba en la orilla de la mar. Se bajó a darle agua y vido el Chiquío que había una bola di oro en l'agua. Y él si arrimó alzarla. Entonces el caballo lo habló al Chiquío y le dijo que no alzara eso que si lo alzaba eran perdidos. El Chiquío le dio un garrotazo al caballo en la cabeza, y le dijo que qué sabía él. Él guardó el oro en el bolsío y subió en el caballo y tomó viaje.

Jue a la casa de un Rey a pedir trabajo. Le dieron trabajo para que arara con los bueyes.

Al otro día muy temprano, el Chiquío ató los bueyes y se fue a arar. Una hija del Rey le hurgó la ropa que había dejado y le sacó el oro y se lo llevó al Rey, y de mala, le dijo que el Chiquío había dicho que él sabía ánde había una planta de oro, y que él podía traerla. El Rey se puso muy contento y cuando volvió de arar lo llamó al Chiquío y le dijo que tenía que traerle la planta de oro. Pero el Chiquío le dijo que él no sabía ánde había eso.

Entonces el Rey, enojado, creyendo que el Chiquío no quería obedecer, le dijo: palabra de Rey no puede faltar, y le ordenó que al otro día tenía que traerle la planta de oro a la casa y sinó que le mandaba a degollar. El Chiquío se fue llorando ande 'staba su caballo y le dijo lo que le pasaba. El overo le dijo que si no se acordaba del garrotazo que él le dio porque le dijo que no alzara eso.

-Cierto -le dijo el Chiquío.

Le dijo el overo:

-De ésta lo voy a salvar, pero de otra no. Pídale al Rey una pala y una cadena sin pecar, y suba en mí y cierre los ojos.

Y así lo hizo el Chiquío. Al otro día trajo la pala y la cadena, subió a caballo y cerró los ojos. Entonces le dijo el caballo al Chiquío:

Diga; cada paso cuarenta leguas.

El Chiquío dijo cada paso cuarenta leguas. Y cuando quiso acordar abrió los ojos y ya estaba en la oría del mar, a la par —485de una planta de oro. Ahí no más se bajó y se puso a trabajar con la pala. Pero la planta era muy grande, trabajó hasta la noche y no la podía arrancar. Ató su caballo a ver si el caballo la arrancaba. Le pegó una estirada y el overo ni la movió. Entonces le dijo el caballo:

Si no la sacamos de otra güelta somas perdidas.

Siguió trabajando el Chiquío con la pala, y luego de un rato la volvió a atar a la planta a la cincha del overo y le pegó un grito. Y el overo pegó una estirada y la sacó de raíz. Cuando 'staba descansando, vido en la oría del agua una peineta di oro. Corrió el Chiquío y la alzó. El caballo le dijo que no la alzara, que s'iba a arrepentir. El Chiquío le dio otro garrotazo y le dijo que qué sabía él. Echó la peineta al bolsío y se volvió a las casas en el overo. Alzó por delante la planta²²⁹ y cuando quiso salir el sol al otro día, el Chiquío 'taba ya con la planta di oro en la casa del Rey. Entregó la planta y el Rey se puso muy contento. Se

sacó la blusa, la asentó sobre un alambre, ató los bueyes y se fue a trabajar.

Fue entonces la hija del Rey otra vez y le hurgó la ropa y le encontró en el bolsío la peineta y se la sacó. Y le trajo la peineta al Rey y le dijo que el Chiquío se había dejado decir²³⁰ que era capaz de traer la dueña de la peineta, que era una princesa. El Rey era viudo. Le interesó mucho la peineta y lo llamó al Chiquío cuando volvió esa noche de trabajar y le dijo que si era cierto que él se había dejado decir que era capaz de traerle la dueña de la peineta. El Chiquío le dijo que él no había dicho eso. El Rey le dijo entonces que palabra de Rey no puede faltar, y que si no le traía la princesa, le cortaba el cogote.

Se fue llorando otra vez ande estaba el overo. Lo dejó que llorara un rato y después le dijo que iba a hacer por esa vez un imposible, porque eso era muy difícil, y que se acordara que él le había dicho que no recogiera la peineta, que se iba arrepentir.

-Cierto -dijo el Chiquío- pero no pensaba que me iban hacer tamaño mal.

—486

-Suba -le dijo el overo-, cierre los ojos y diga cada paso cuarenta leguas.

El Chiquío subió y dijo:

-Cada paso cuarenta leguas.

Cuando le dijo el overo que abra los ojos, el Chiquío se creyó que estaba junto con la niña, pero era un gran arenal. El overo le dijo:

-Mire en aquel palacio que se devisa allá, ahí vive la dueña de la peineta.

Se bajó el Chiquío y ni hallaba qué hacer. El overo le dijo:

-Revuelquesé en la arena junto conmigo, y si es güen mozo será el mejor joven de estos barrios y yo seré el mejor caballo que hay acá. Vamos a pasar por frente al palacio. La hija del Rey se va a enamorar de mí y los hará hablar para que usted le preste el caballo para que suba la princesa, un momento. Pero usted no me vaya a prestar y le dice que soy muy malo, que solamente cuando sube usted soy mansito.

Y así sucedió. El joven se levantó más güen mozo que antes y el caballo, una hermosura. Pasó el Chiquío en el overo por el frente del palacio. La Princesa que estaba en una ventana lo vido y le dijo al Rey, al padre, que ahí había un joven que andaba en un caballo muy bonito y que le hablara para que se lo prestara un momento. El Rey le hizo llamar al Chiquío y le dijo que le prestara el caballo para que subiera la hija d'él, un momento. El Chiquío le contestó que era muy malo el overo. El Rey tenía tres negros que eran domadores y le dijo al Chiquío que se bajara, que iba a ver si era cierto que el caballo era malo. Llamó los negros y lo subió uno y el overo se arrastró a corcoviar y lo voltió. Y así pasó con los tres. El Chiquío le dijo al Rey que si la niña quería podía andar una güelta en la plaza, que él la alzaba en las ancas. El Rey le desconfió y llamó toda la policía. Y los hizo poner en cada esquina de la plaza a varios vigilantes, no se que se fuera a disparar el Chiquío con la niña.

El overo le había dicho que cuando la alzara en anca la enamorara, y que cuando la niña aceptara, le tocara la clina a él y cerrara los ojos y le dijera, cuarenta leguas a cada paso.

—487

Él alzó a la niña y dio una güelta a la plaza y se arregló con la niña, y le tocó la clina al overo, y los vigilantes ni los vieron. Sintieron un silbido como si fuera una bala que pasaba en el aire, y era el overo con la niña y el joven. Al otro día temprano, Chiquío tuvo ya en la casa del Rey y le entregó la dueña de la peineta. El Rey se puso muy contento, y la quería para esposa d'él porque la niña era muy linda, pero la niña no lo quería, ella quería al que la había traído.

Entonce el rey dispuso de quemarlo al Chiquío. Lo mandó que le trajera veinticinco cargas de leña y que las echara en un horno muy grande que había. El Chiquío trajo la leña y lo cargó al horno. Entonce le dijo el Rey al Chiquío que se preparara porque él lo iba a quemar.

El Chiquío se largó a llorar desconsoladamente y entonce sintió que en el potrero el overo relinchaba y disparaba. Entonce el Chiquío se acordó de su caballo y le dijo al Rey que lo dejara ir a despedirse de su caballo, porque a él le constaba de que lo había servido mucho. El Rey le dijo que juera y que volviera ligero.

El Chiquío se jue llorando ande 'staba el overo. El overo le dijo que no se asustara, que él l'iba a arreglar el asunto. Sacó de un vaso una boteíta con agua, el overo, y se la dio al Chiquío y le dijo que cuando el Rey le prendiera fuego al horno que le volcara el agua d'esa boteíta y que iba a quedar todo hecho ceniza, y que si el Chiquío era güen mozo, más güen mozo, iba a quedar.

Se jue a las casas y el Rey lu echó al horno y le prendió fuego y le cerró la puerta.

El Chiquío sacó la botea de agua y la echó al fuego. Y quedó hecho ceniza. Luego de dos horas, el Rey la convidó a la Princesa, dueña de la peineta, que vinieran a ver un corderito que tenía asado. Abrió la puerta del horno y vieron y se sorprendió al ver que el Chiquío estaba sentado en un sillón. Y le dijo al Rey que a él cuando lo echaban en un horno, siempre se ponía más buen mozo de lo que era, para que así lo quisieran las princesas.

Entonce el Rey le dijo que se fuera a traerle treinta cargas de leña, y lo echaran al horno para ver si se ponía güen —488mozo él y lo quería la Princesa de la peineta. El Chiquío le dijo que él le aseguraba que s'iba a poner muy güen mozo si se echaba en ese horno prendido.

El Rey estaba muy contento y pensaba que s'iba a casar con la Princesa.

El Chiquío trajo la leña, la echó al horno y lo puso al Rey en el fondo del horno. Entonce el Chiquío le dijo que con tres tarros de nasta iba a quedar más güen mozo. Y se la hizo echar.

El Rey se sentó en el fondo del horno, y el Chiquío le arrimó un fósforo y le cerró la puerta. Luego de un rato, vino a verlo, y el Rey 'staba hecho ceniza. Entonce el Chiquío, quedó con la Princesa y la hija del Rey, y él, único dueño de la casa. Entonce sintió que su overo relinchaba en el potrero.

El Chiquío y la Princesa se fueron a verlo al overo. Cuando jue ande 'staba el overo, le dijo el overo, que si se acordaba cuando jue a la estancia a pedir el caballo que daban a los pobres, que encontró un hombre muerto en el camino y se volvió a las casas y trajo una pala y lo enterró. Que él era esa alma, que le había venido a ayudar en la vida y a dejar esa herencia, porque él era el dueño del palacio y de la Princesa, y también

de la hija del Rey. Qu'él podía casarse con la que quisiera, y qu'él tenía que irse. Entonce el Chiquío le dijo que si era por la dueña de la peineta y por el palacio, q'él no tenía ningún interés, que él dejaba todo y s'iba con el overo. Entonce le dijo el overo que eso no podía ser, que se quedara tranquilo, que él era un alma, y que tenía que irse al otro mundo. Y le dijo adiós al Chiquío y se hizo una palomita y se voló.

El Chiquío se casó con la Princesa de la peineta y vivió feliz y muy rico en el palacio del Rey. La hija del Rey se casó con otro Rey vecino. Nada más.

José Chaves, 26 años. San Martín. San Luis, 1945.

Campesino de la zona rural de este pueblo.

Figura en el cuento el motivo del muerto agradecido.

1062. El chiquillo

SAN LUIS

Un matrimonio tenía tres hijos varones. El menor era muy trabajador y diligente y le sabían llamar por costumbre el Chiquillo. Los otros dos mayores eran flojos y descomedidos.

Cuando los dos hijos mayores llegaron a una edad entre muchacho y hombre, pensaron en salir a rodar tierra. Pidieron permiso a los padres. La madre se desesperaba pensando lo que les podía pasar a los hijos, tan flojos, y se daba con los bastos²³¹, llorando. El padre la convencía de que había que dejarlos ir ya que no querían estar con los padres, y le decía:

-¡Dejalos que se vayan! ¡Los piojos los van a trair, al trote, aquí a su casa! ¡Dejalos no más!

Cuando los hijos vinieron a despedirse, les dijo el padre:

-¿Qué quieren más, cien pesos cada uno, o que les eche la bendición?

Y ellos contestaron en un mismo parecer los dos, que qué podrían hacer con sólo la bendición, que ellos preferían los cien pesos cada uno.

Así fue. El padre les dio cien pesos a cada uno. Se despidieron y se fueron a caballo, los dos hermanos juntos, a rodar tierra.

—490

Muchos días anduvieron sin rumbo y no, encontraron trabajo. Todas las provisiones que llevaban se les habían terminado y no tenían con qué comprar nada, porque el dinero que les dio el padre, cuando quisieron echar mano de él, vieron con sorpresa que se les había convertido en carbón. Ya se morían de necesidad en pago ajeno. Hasta se habían comido los caballos que montaban. Pensaban a veces matarse uno al otro, para remediar en algo sus necesidades. No podían siquiera volver a su casa.

A todo esto estaba muy triste el Chiquillo con la ausencia de sus hermanos. Al Chiquillo también le entró la chinche por irse²³². Cuando les avisó a los padres que él también quería salir a rodar tierra se desesperaron y trataron de convencerlo de que no fuera. Le decían que era muy chico, que no era capaz de gobernarse solo, y que no tenía necesidad de irse a sufrir teniendo sus padres. Pero, nada consiguieron los padres, le entró como una fiebre de irse. Le parecía que podía ayudar a sus

hermanos, que lo andarían necesitando. Y los convenció a los padres diciéndoles que los iba a buscar y los iba a traer a los hermanos. Al fin, el padre le dijo, para ponerle una dificultad muy grande:

-Bueno, sí, te dejaré ir, pero primero me tenís que agarrar el animal que me anda haciendo daño en la chacra.

-Bueno, mi padre -le contestó el Chiquillo-, me comprometo a pillarle el animal que le hace daño, aunque yo sé que es muy peligroso.

Esa noche se fue a la chacra para ver si podía pillar el animal, pero le fue imposible. Al día siguiente andaba por el compo, muy preocupado, pensando en cómo podía ingeniarse para hacerlo, cuando se le apareció un viejito y le dijo:

-¿Qué hacís, hijo? ¿Por qué estás tan triste? ¿En qué pensás?

El Chiquillo le contestó:

-Acá estoy, tata viejo, sin saber qué hacer para satisfacer un mandado de mi padre.

—491

El Chiquillo le contó todo lo que le había pasado y que su intención era ir a rodar tierra y salvar a sus hermanos. Entonces el viejito le dijo que no tuviera cuidado por nada y que él le ayudaría en todo. Le recomendó que no le dijera de esto nada a sus padres y le aconsejó que hiciera así:

-Te acostás y tratás de dormir un rato. Cuando sea más o menos la medianoche, te levantás y vas a la chacra. Allí estará el animal, comiendo. Llevás un bozal para agarrarlo, que yo te voy a ayudar a pillarlo. En este mismo animal salí de viaje mañana mismo. Tu padre se prenda de este animal tan bonito, pero no se lo vas a dejar por nada del mundo. Tus hermanos están a más de setenta leguas de aquí, y están que perecen de hambre, tratándose de matarse uno al otro para vivir. Ya se han comido un caballo. Después te daré otras recomendaciones.

Dicho esto, el viejito se fue y el muchacho tomó para su casa, a esperar la noche. Ya llegó la noche y como en las dos anteriores, le preguntó su padre:

-Y, amigo, ¿ya agarró el animal?

A lo que contestaba muy humilde el Chiquillo:

-No, mi padre.

-Bueno, entonces -decía el viejo.

Llegó la tercera noche. El muchacho se acostó y cuando eran más o menos las doce, sintió un ruido para el lado de la chacra. Se viste y sale bozal en mano. Llegó, y se sorprendió mucho de ver un animal tan bonito, bien overito, como nunca había visto nada mejor. Le pareció, eso sí, muy arisco. Trató de tomarlo, pero le fue imposible. El animal era muy ligero y sumamente desconfiado. El muchacho ya creía que no lo iba a poder agarrar, cuando sintió un ruido entre las plantas. Era el viejito. Sale y le ayudó a agarrar el animal, que cuando lo vio al viejito no disparó más.

Le dio otros consejos y le hizo entrega de unas alforjitas, muy chicas, que contenían de un lado un mantelito que era de virtud y unos higos secos, y del otro lado, unos pedacitos de pan. Le dijo que al mantelito le podía pedir la comida que quisiera, y que de los higos y del pan los podía comer lo que quisiera, que nunca se terminarían. Le dijo también —492 que el caballo no se cansaba nunca, anduviera lo que anduviera, y que no precisaba comer. Se despidió de él y le recomendó que saliera llegando el

día y le dilo para el lado que tenía que tomar.

Al llegar el día, ya tenía su caballo ensillado, en el palenque, con sus alforjitas puestas sobre el recado, y estaba listo para salir.

El padre del Chiquillo se levantó, y al ver este caballo tan bonito se quedó prendado de él. Le preguntó como de costumbre al hijo:

-Y, amigo ¿agarró el animal que hacía daño?

-Éste es el dicho animal, mi padre -le contestó el Chiquillo.

Entonces el padre le pidió que se lo dejara y que él se fuera en otro cualquiera, el que eligiera. El Chiquillo no lo consintió de ninguna manera. No tuvo más remedio que conformarse, el padre, y le preguntó como a los otros hermanos:

-¿Qué querís más, cien pesos o la bendición?

-La bendición, mi padre -le contestó el Chiquillo.

-Que el Señor te bendiga -le dijo al muchacho.

Se despidió de los padres y salió. Y les dijo que se iba a buscar a sus hermanos.

Ya iban lejos los hermanos. En eso que iban, uno miró atrás y vio que venía uno que era muy parecido al Chiquillo. El otro miró, y dijo que no podía ser porque iba en un caballo muy lindo, que no era de su padre. Ya llegó, y se convencieron que era el hermano. Les dijo que los venía a socorrer y les dio de comer. Comieron hasta no poder más. Ya les entró envidia a los dos de verlo al Chiquillo tan bien montado y con tantas provisiones. Uno de ellos le propuso al otro quitarle lo que tenía el Chiquillo. Con un pretexto lo agarró uno, le pegó, le quitaron lo que tenía, pero el Chiquillo consiguió dispararse.

Quedó muy triste el Chiquillo, en el medio del campo, cuando se le apareció nuevamente el viejito. Ya sabía todo lo ocurrido. Le entregó otra vez todas sus cosas y el caballo. Le —493dijo que sus hermanos lo querían matar, que tuviera cuidado. El Chiquillo dijo que los iba a seguir otra vez, porque era seguro que necesitarían de él.

Siguió el Chiquillo. Los alcanzó a los hermanos. Éstos se hacían los que lo habían hecho todo por broma, y le pidieron de comer otra vez. El Chiquillo les dio hasta que se llenaron. Estaban muy asombrados de que éste los volviera a seguir y de que trajera las alforjas y el caballo que a ellos se les habían desaparecido. Pero, como le tenían mucha envidia, se hicieron los que se enojaban por cualquier cosa, lo agarraron y lo degollaron. Le separaron después la cabeza del cuerpo. Y se llevaron el caballo y las alforjas.

Llegó el viejito, le juntó la cabeza con el cuerpo, le dio vida y le entregó su caballo y sus alforjas. Lo volvió a aconsejar que tuviera cuidado con sus hermanos, que no podían verlo de envidia. Pero él dijo que no podía dejar de socorrerlos. Se despidieron y el Chiquillo le agradeció mucho al viejito, todo el bien que le hacía.

Siguió el Chiquillo y los volvió a alcanzar a los hermanos cuando ya iban muertos de hambre. Les dio otra vez de comer hasta que se llenaron. Al terminar de comer, se volvieron a poner de acuerdo, y lo agarraron y lo mataron. Pensando que era brujo, porque no se explicaban cómo volvía a vivir después de muerto, lo descuartizaron y tiraron los pedazos para un lado y otro. Se fueron.

El viejito, que sabía todo, viene al lugar, junta los pedazos del muchacho

y los comienza a componer. En eso se da cuenta que le falta un huesito de un dedo. Buscaba y buscaba y no lo podía encontrar. En eso levanta una pata el overo, que ya se les había disparado a los hermanos, y ve el huesito. Lo alzó, lo limpió, terminó de componer el cuero y le dio la vida. Le dijo, entonces, que los hermanos ya estaban por llegar a la casa de un gigante. Que este gigante tenía tres hijas muy hermosas, y que éstos se alojarían en su casa. Que él llegara después, que lo mismo lo iban a recibir muy bien y le iban a dar una pieza. Que el gigante mataba a todos los que se alojaban en su casa. Que los hacía acostar con sus hijas. Que las niñas siempre se acostaban con la cabeza atada con un pañuelo con puntas de diamante, porque así en la oscuridá, mataba a los —494que no tenían pañuelo. Que les cambiara el pañuelo a sus hermanos, cuando todos estuvieran dormidos. Que el gigante, cuando se diera cuenta que él salvaba a sus hermanos, lo iba a querer matar, pero que él huyera y que tratara de pasar la mar que había más allá del palacio.

Todo pasó como le dijo el viejito. Llegó al palacio del gigante y lo hicieron pasar, y lo hicieron acostar en una pieza. Cuando todo era silencio, se levantó y fue a la pieza donde estaban sus hermanos durmiendo con las hijas del gigante. Les desató el pañuelo con puntas de diamante a las niñas, y se los ató a los hermanos. Fue y se acostó, pero no se durmió. Al rato sintió que alguien se acostaba a su lado. Cuando sintió que se había dormido, que era otra hija del gigante, le desató el pañuelo y se lo ató él. Al rato se dio cuenta que venía el gigante. En medio de la oscuridá, tocó las cabezas, y a la que no tenía pañuelo se la cortó con su espada. Fue a la pieza de los hermanos y procedió en la misma forma. El Chiquillo se quedó despierto, muy impresionado. Al alba se levantó y se fue a despertar a los hermanos. Les desató el pañuelo con puntas de diamantes y los guardó muy ocultamente. Les contó lo que había pasado y les recomendó que siguieran camino lo más pronto que pudieran. Él también ensilló su caballo y se fue campo afuera.

En cuanto aclaró, un loro adivino que tenía el gigante, le dio aviso que los huéspedes huían y que las tres niñas habían sido degolladas. Que el Chiquillo tenía la culpa de todo.

Al pronto el gigante se levanta y ve que realmente él había dado muerte a sus hijas. Furioso sale en persecución del Chiquillo y de los hermanos. Los alcanzó cuando ellos entraban a la mar. Como el gigante no pudo pasar, les gritaba:

-¡Chiquillo maldito! ¡Ah, has de volver algún día! ¡Me has hecho degollar a mis hijas y me llevás los tres pañuelos de puntas de diamantes! ¡Ya me las pagarás!

-¡Para la otra luna he de volver! -le gritó el Chiquillo.

Cuando ya pasaron la mar y estuvieron a salvo y les contó a sus hermanos todo lo ocurrido y de qué manera los había podido librar de la muerte. Los hermanos le agradecieron mucho y lo abrazaron llorando.

—495

Siguieron el camino los tres, y llegaron a la casa de un Rey que tenía una hija muy hermosa. Pidieron alojamiento y trabajo. El Rey les dio trabajos en el campo. A los dos mayores les dio trabajos de pala, hacha y azadón. La hija del Rey le pidió que le dejara el menor, al Chiquillo, para darle ella diversos trabajos. Los mayores trabajaban en trabajos muy pesados y

ganaban menos, en cambio el Chiquillo trabajaba poco y ganaba mucho más. Él tenía que cuidar unos pollos de la hija del Rey, a los que alimentaban con granitos de oro. El resto del día se lo pasaba echado de panza, jugando todo el día.

Los hermanos no podían más de envidia. Entonces trataron de malquistarlo. Se apersonaron ante el Rey y le dijeron que el Chiquillo se había dejado decir que él era capaz de traer a presencia del Rey una ovejita que bostea plata, que el gigante que mató las hijas tenía en su palacio.

-¡Ah! ¡Ah! -dijo el Rey-, nada me han dicho. Llamen al Chiquillo inmediatamente a mi presencia.

Vino el Chiquillo, y el Rey le dijo:

-He sabido que usted se ha dejado decir que es capaz de traer a mi presencia una ovejita que bostea plata, que tiene el gigante que mató a las hijas. Si no me la trae, le corto la cabeza.

-Yo no he dicho eso.

-¡Ah, no importa! Si usted no la trae, le haré cortar la cabeza.

Muy triste andaba el Chiquillo, pensando que ya tenía segura la muerte, cuando se le apareció el viejito. Lo consoló y le dijo que no tuviera miedo, que él lo iba a ayudar. Le dijo que le pidiera al Rey dos cajas de dulce, para que engañara con dulce al loro adivino del gigante. Le explicó cómo tenía que hacer para robar la ovejita que bostea plata.

El muchacho tomó lo que necesitaba, y se fue presto.

En cuanto pasó la mar ya lo sintió el loro y se vino volando a interrogarlo y a ver quién había traspasado los límites del gigante. El Chiquillo se le acercó al loro y le dio un poco de dulce. Entonces pudo entrar en conversación con él, y le preguntó por la ovejita que bostea plata. El loro, contento con el dulce, le dijo al muchacho:

—496

-Es difícil ver la ovejita que bostea plata porque está encerrada, bajo siete llaves, y el gigante la cuida personalmente.

El Chiquillo le ofreció darle dos cajas de dulce si le ayudaba a robar la ovejita. El loro que era tan goloso, le prometió ayudarlo, y le dijo:

-Cuando el gigante está con los ojos abiertos, está durmiendo, y cuando está con los ojos cerrados está despierto. Tiene las llaves donde está encerrada la ovejita.

Le enseñó cómo tenía que hacer para sacarla, y le explicó que entrara cuando el gigante estuviera con los ojos abiertos y le pusiera un manojito de paja en la nariz. Entonces el gigante iba a estornudar y con el estornudo iba a hacer saltar las llaves. Con esas llaves tenía que abrir muchas puertas, y en la última iba a encontrar la ovejita. Y le dijo:

-En cuanto te vea, la ovejita, se va a venir a toparte. Pero, sin miedo la agarrás no más y pasás lo más presto que sea posible sin que te sienta el gigante y disparás a tu casa.

Así hizo todo el muchacho. Cuando llegó, el gigante estaba con los ojos abiertos. Entró y le metió el manojito de paja en las narices. El gigante estornudó, saltaron las llaves y él se dio vuelta y se quedó dormido otra vez. El Chiquillo agarró las llaves, abrió todas las puertas y llegó a la pieza donde estaba la ovejita. La ovejita se le vino al humo, a toparlo, pero él abrió los brazos, la agarró, salió sin que lo viera el gigante, montó en su overo y le prendió carrera hacia el mar.

Cuando iba llegando a la mar, el loro empezó a gritar:

-¡El Chiquillo le robó al gigante la ovejita que bostea plata y se la lleva!

Con los gritos se despierta el gigante y lo sigue a toda carrera. Junto con lo que llega a la mar, el Chiquillo ya había entrado y él, como no podía cruzar el agua, le grita desde la orilla:

-¡Ah, Chiquillo!, me hicistes matar a mis tres hijas, me llevastes los tres pañuelos con las puntas de diamantes y ahora me robás la ovejita que bostea plata. ¡Andá no más! ¡Algún día volverás y me la pagarás!

—497

-¡Para la otra luna volverá! -le gritó el Chiquillo desde la otra orilla del mar.

Llegó al palacio del Rey y le entregó la ovejita que bostea plata. El Rey quedó contentísimo con la ovejita que era una mina de plata.

Los hermanos no se explicaban cómo el Chiquillo había hecho esa hazaña y había salido con vida. Comenzaron a pensar cómo lo volverían a malquistar con el Rey y a ponerlo en peligro. A los pocos días van y le dicen al Rey:

-El Chiquillo se ha dejado decir que él es capaz de traer el loro adivino que tiene el gigante.

-¡Ah! ¡Ah! -dijo el Rey-, nada me han dicho. Que se presente el Chiquillo inmediatamente.

Ya cuando vino el Chiquillo, le dijo:

-Usted se ha dejado decir que es capaz de traerme el loro adivino que tiene el gigante, ¿no?

Y el Chiquillo le contestó humildemente:

-No, mi Majestad. Yo no he dicho tal cosa.

-Haiga dicho u no haiga dicho, usté me trái acá el loro adivino, y si no lo trái, le corto la cabeza.

No hubo más que hacer, y el Chiquillo se fue muy triste. En eso que había caminado cierta distancia, le sale el viejito y le dice que no pasase pena, que él le iba a ayudar y a decirle cómo tenía que hacer para conseguir el loro. Le dijo que le pidiera tres cajas de dulce al Rey. Que fuera y se las diera al loro. Que cuando las acabara lo invitara a que se dejara traer al palacio del Rey en donde iba a encontrar dulce en abundancia todos los días.

Así lo hizo, el Chiquillo. Se encontró con el loro al otro lado de la mar.

Le dio las tres cajas de dulce y cuando se las comió, lo invitó a venir al palacio para buscar mayor cantidad. El loro, al principio no quería, pero al fin, como le gustaba tanto el dulce, dijo que bueno. El Chiquillo lo agarró bien seguro, de modo que no se le pudiera escapar, y se pusieron en marcha. Cuando comenzaron a cruzar la mar el loro gritó:

-¡Me llevan! ¡Me llevan!

—498

El gigante dio un salto, salió corriendo y llegó en el momento en que el Chiquillo ya estaba muy adentro de la mar. Como el gigante no podía cruzar el agua, le gritaba desde la orilla:

-¡Ah, Chiquillo!, me hiciste matar mis hijas, me robastes los pañuelos con puntas de diamantes, me robastes la ovejita que bostea plata y ahora me robás el loro. ¡Algún día volverás y me las pagarás!

-Para la otra luna volveré -le contestó el Chiquillo.

El Chiquillo llegó y le entregó el loro al Rey. El Rey se puso muy contento de poder tener todas estas maravillas. Lo comenzó a tratar todavía mejor al Chiquillo por las hazañas que cumplía y la viveza con que hacía estos trabajos tan difíciles. Mayor envidia sentían los hermanos y volvieron a buscar un motivo para hacer morir al Chiquillo. Se fueron y le dijeron al Rey que el Chiquillo se había dejado decir que era capaz de traer al mismo gigante en persona.

El Rey hizo llamar al Chiquillo en el acto, y le preguntó si era cierto que él se había dejado decir que era capaz de traer al gigante en persona. El Chiquillo se llevó un gran susto con esto y negó que él hubiera sido capaz de decir semejante cosa, que le iba a costar la vida, sin ninguna escapatoria. El Rey le dijo que aunque no lo hubiera dicho, si no lo cumplía le hacía cortar la cabeza.

Se fue muy triste el Chiquillo. En eso que iba por su camino se le apareció el viejito y le dijo que no tuviera cuidado, que él lo iba a ayudar. Le dijo que fuera, y le pidiera al Rey que le hiciera una jaula de fierro para encerrar al gigante, que no le entrara aire por ningún lado, y con una puerta con candado de tuercas y tornillos reforzados. Que la hiciera en forma que pudieran tirarla cuatro caballos. Le explicó cómo tenía que pintarse todo el cuerpo de negro, y la forma en que se iba a hacer un sobrino de él, que venía a socorrerlo. El gigante estaba casi ciego de tanto llorar por la pérdida de las hijas y de las prendas de virtud que le había llevado el Chiquillo.

El Chiquillo siguió todos los consejos del viejito, y cuando tuvo la jaula, cruzó la mar y llegó al reino del gigante. Se pintó de negro, llegó a presencia del gigante y le dijo:

-¡Buenas noches, tiyito!

—499

-¿Quién me habla? -contestó el gigante.

-Yo soy un sobrino suyo que viene a auxiliarlo, ya que usted está tan solito y enfermo. Lo vengo a llevar a mi casa. Ya sé que le hicieron matar sus hijas, le robaron los pañuelos con puntas de diamantes, la ovejita que bostea plata y el loro adivino.

Lo conversó tanto al gigante que al fin consintió en subir al coche que le ofrecía el sobrino. Cuando estuvo adentro de la jaula, le preguntaba si no sentía frío por algún lado, mientras él atornillaba la puerta. Cuando lo tuvo bien asegurado, le dijo que él era el Chiquillo, que lo venía a llevar. El gigante daba unos saltos y unos gritos tremendos, pero no podía hacer nada. Castigó los caballos el Chiquillo y cruzaron la mar.

Llegó el Chiquillo al palacio y le entregó al Rey el gigante. Éste era el peor enemigo que tenía el Rey, así que se quedó tan contento que lo abrazó al Chiquillo y le dijo que le pidiera lo que él quisiera, que se lo iba a dar.

-Por ahora, mi Majestad, tengo que decirle que mis hermanos se han dejado decir, uno, que poniéndose en la boca de un cañón, es capaz de atajar la bala con la mano; y el otro, que es capaz de tirar una naranja desde la torre de la iglesia, venirse detrás de ella y volver a subir con la naranja en la mano.

El Rey los hizo llamar y les preguntó si ellos se habían dejado decir que eran capaces de hacer esas dos hazañas. Ellos negaron, pero el Rey ordenó

que lo cumplieran. Así murieron los dos malos hermanos que tanto habían buscado la muerte del Chiquillo.

El Rey, en premio de todo el bien que le había hecho el Chiquillo lo hizo casar con su hija.

El Chiquillo trajo a su palacio a sus padres viejos, y así todos vivieron muchos años felices y llenos de riquezas.

Luis Jerónimo Lucero, 50 años. Nogolí. Belgrano. San Luis, 1945.

—500

1063. El caballito de siete colores

SAN LUIS

Era un viejo que tenía tres hijos. Y que tenía una chacra de trigo, hermosa. Anochecía y tenía daño. En la noche entraba un animal que le comía el trigo. El hombre vía que era un daño y no podía saber qué era. Mandó a los hijos que cuidaran la chacra.

Jueron los dos mayores. Se durmieron y el daño seguía.

Jue el más chico. Éste no se durmió. Vido que era un caballito de siete colores, que era el que dentaba por un portillito. L'hizo una trampa con el lazo, en el portillito y lu agarró. Entonce el caballito lu habló y le dijo que lo iba a ayudar mucho, que lo largara. Entonce le trajo un caballo que se'taba por morir, pa que le llevara al padre, y así lo hizo el chico. Y ya si acabaron los daños.

Después se jueron a rodar tierra los hermanos mayores. Y más después se jue el chico. Los padres no lo querían dejar ir, pero al fin se jue. Él andaba en el caballito de siete colores.

Los hermanos le hicieron muchas maldades y el caballito de siete colores lo salvó. Después también lo salvó de las pruebas que daba un rey, para que él muriera. Y al fin, lo dejó casado con una princesa y hecho rey rico, y le dijo:

-Yo hi síu un ángel qu'he veníu a salvarte, y me voy.

S'hizo una palomita y se voló.

Sandalia Soria de Sánchez, 86 años. Los Cerros Largos. Pringles. San Luis, 1951.

La narradora da un esquema del cuento tradicional.

—501

1064. El potrillo basuriento

SAN LUIS

Era un viejo que tenía tres hijos. Le dijo el mayor un día:

-Padre, hi dispuesto de salir a rodar tierra.

Ensilló el caballo y se jue. A los pocos días de andar encontró un viejito, y le dijo:

-¿Cómo le va, tata viejo?

-Bien m'hijo, ¿cómo te va a vos?, ¿qué andás haciendo?

-Ando buscando trabajo.

-¿Querís trabajar conmigo? -le dijo el viejito.

-Bueno -le dijo el muchacho.

Entonces le dijo el viejito:

-Le vas a llevar esta carta a mi madre. Tomá este camino derechito y vas a ir a la casa de ella.

Entonces se fue el muchacho. Tomó la carta y se fue por el camino que le decía el viejito. A poco andar se encontró con un río crecido, muy crecido. Cuando vio así el río, no se animó a pasar, echó la carta a l'agua, y agarró y se volvió.

Fue ande 'taba el viejito y le dijo:

-Ya 'toy de vuelta, señor anciano.

-¿Entregastes la carta?

-Sí, sí, la entregué.

-¿Cuánto te debo -le dijo el viejito-, cien pesos o un Dios te lo pague?

—502

-Cien pesos -le dijo el muchacho.

Se despidió y se fue pal lau de la casa d'él. Cuando llegó le dijo al padre:

-Yo en diez días m'hi ganau cien pesos.

-'Tá bien, m' hijo.

Entonces el segundo hijo le dijo al padre:

-Yo me voy a ir a rodar tierra también, padre.

-Vaya hijo, que Dios lo ayude -que le dijo. Fue y dio con el mismo viejito.

-¿Para dónde va m' hijo? -le dijo.

-Yo voy buscando trabajo.

-¿Querís trabajar conmigo?

-Bueno -le dijo el muchacho.

-Le vas a llevar esta carta a mi madre. Seguí por este camino y vas a llegar a la casa d'ella.

Tomó el camino el muchacho y se fue. Al poco andar dio con el río crecido.

Hizo lo mismo que el hermano, echó la carta al agua y se volvió.

Cuando llegó ande 'taba el viejito le dijo:

-Ya jui y entregué la carta.

Le dijo el viejito:

-¿Qué querís que te pague, cien pesos o un Dios te lo pague?

Y le contestó el muchacho:

-Cien pesos, señor.

Se los pagó el viejito y el muchacho se fue para la casa d' él. Cuando llegó le dijo al padre:

-Ya 'toy de vuelta, padre. Yo también en diez días m' hi ganau cien pesos.

-Muy bien, hijo -le dijo el padre-, todo 'tá bien, siempre que Dios te ayude.

Entonces dijo el hermano más chico:

-Yo también, padre, me voy a ir a rodar tierra.

-Entonces le dijo el padre:

—503

-¿Ánde te vas a ir, hijo? ¡Vos sos muy chico! ¡No tenis ánde ir!...

-Sí -le dijo-, dejemé ir.

-Bueno -le dijo el padre-, que Dios te ayude.

El muchacho más chico no tenía caballo, no tenía más que una burrita, así que la ensilló y siguió viaje. Lejo se jue y dio con el mismo viejito.

-Güenas tardes, señor -que le dijo.

-Güenas tardes m'hijito, ¿qué ándas haciendo?

-Ando buscando trabajo, señor.

-¿Querís ucuparte conmigo?

-¡Cómo no, señor!

-Bueno, me le vas a llevar esta carta a mi madre. Seguí este camino y vas a llegar a la casa d'ella.

Le dio la carta y se jue.

Al poco andar dio con el río crecido. L'orilló un poquito, y dijo:

-¡Obra 'e Dios!

Encaró y pasó. Siguió no más. Más allá encontró un río 'e leche. Otra vez dijo:

-¡Obra 'e Dios!

Y pasó. Más allá encontró un río de sangre. Pasó lo mismo. Más allá encontró dos muchachos colgados de la lengua. Más allá encontró dos toros en un arenal, que 'staban inmóvil de gordos. Más allá encontró en un pastizal di alfa dos toros que no podían caminar de flacos. Más allá s' encontró en dos caminos, uno ancho y lleno de flores, y una sendita angosta llena d'espinas. Y siguió, y al poco andar encontró la casa 'e la madre del viejito y le entregó la carta. Ya volvió, y cuando llegó le dijo al viejito:

-Ya lleví la carta, señor anciano.

Entonce le dijo el viejito que le conversara de lo que había encontrau por áhi. Y el muchacho le dijo:

-Lo primero que encontrí es un río muy crecido con una agua muy turbia.

—504

-Ésa es la mala conciencia -le dijo el viejito.

-Más allá encontrí un río de leche -dice el muchacho.

-Ésa es la leche que mamaste vos, cuando eras chico.

-Más allá encontrí un río 'e sangre -le dijo el muchacho.

-Ésa es la sangre que derramó Jesucristo por nosotros.

-Más allá encontrí a dos colgados de la lengua.

-Ésos son tus hermanos pícaros, que me vinieron a engañar.

-Más allá encontrí dos toros flacos en un pastizal.

-Ésos son los ricos avarientos.

-Más allá encontrí dos toro muy gordo en un arenal.

-Ésos son los pobres bien avenidos.

-Más allá encontrí dos caminos: uno ancho lleno de flores y uno angosto lleno de espinas.

-Ese camino ancho va a la gloria y el camino angosto va al infierno.

-Bueno -le dijo-, ¿qué querís que te pague: cien pesos o un Dios te lo pague?

Entonce le dijo el muchacho:

-Prefiero un Dios.

Le dijo el viejito:

-Mirá, acá tengo tres yeguas, te las vas a llevar. Estas dos yeguas zainas van a tener dos potros zainos overos, y esta colorada, un potrío colorau. A este potrío colorau le vas a poner el potrío basuriento. Cuando tengan las yeguas los potros, los vas a matar a todos, con yegua y todo, y sólo te vas a dejar el potrío basuriento para vos. También te regalo una espada y un pretal.

Entonce el muchacho se jue a la casa del padre. Entonce le dijeron los hermanos que qué es lo que había tráido, que qué ganancia había ganau. Él les dijo que había tráido esas yegüitas, que no había ganau más. Entonces se empezaron a réirse los hermanos y a burlarlo. Y lo corrieron de las casas. Entonce él se jue y s' hizo una casita cerca di un monte. Al poco tiempo tuvieron potríos las yeguas. Se dispararon al campo. Sólo sí, quedó el potrío basuriento. Entonce le dijo el potrío basuriento:

—505

-Mirá -le dijo-, a los otros potríos hay que matarlos, de no, ellos los van a matar a nosotros. Mirá -le dijo-, yo me voy a poner en el medio 'el corral, y voy a pegar un relincho. Todos van a venir a matarte. Vos te ponís con l' espada al lau 'e la puerta y el que va entrando le vas cortando la cabeza.

Así lo hicieron. El potrío se puso en medio 'el corral y pegó un relincho. Áhi no más se vinieron los otros a matarlo. Entonce el muchacho se puso en la oría, atrás de la puerta 'el corral y, animal que iba entrando, lo iba matando. Entonce ensilló el potrío basuriento y se jueron. Habían caminado unos días. Por áhi, se encontró una pluma de un pájaro. Se bajó el muchacho a alzarla. Le dijo el potrío:

-Nu alcís esa pluma, que vas a ser perdido.

Entonce le dice el muchacho:

-¿Qué sabís vos, bruto?

Y l' alzó y se la puso en el sombrero.

Ya lejo, iba pasando por la casa de un Rey. Entonce lo vido la hija 'el Rey, y le dijo al padre:

-Papá, áhi va un hombre que lleva una pluma del pájaro que se los jue de acá.

Entonce lo hizo llamar el Rey y le dijo:

-¿Di ánde saca esa pluma, amigo?

Él le dijo:

-La encontrí en el camino, señor.

Y entonce le dijo el Rey:

-Yo no sé nada, agora me va a trair el pájaro de esa pluma, y si no me lo trai, palabra de Rey no puede faltar, le corto la cabeza.

Bueno, el muchacho no tuvo más remedio que obedecer y salió en busca del pájaro.

Entonce le dijo el potrío:

-¿No te dije que a causa de esa pluma te ibas a ver perdido?

Llegaron a la oría de una laguna. Entonce le dijo el potrío que áhi venía todos los días a bañarse el pájaro de la pluma. Entonce le dijo:

—506

-Lo vamos a esconder. El pájaro cuando se quiere bañar se quita las plumas del ala, y cuando se meta al agua, corré vos a apretaselás.

Bueno, ya cuando llegaron las once del día, más o menos, vieron un pájaro

que venía revolotiando, revolotiando. Y le dijo el potrío:

-Aquél es, tené cuidado.

Vino el pájaro y se asentó y se empezó a quitar las plumas. En seguida se tiró al agua. Corrió el muchacho y le apretó las plumas. Y se encontró el potrío, y lo agarró en l' agua y lo sacó. Y l' empezaron a dar las plumas que se las fuera poniendo. Una vez que se las puso, se jue el muchacho y le llevó el pájaro al Rey. Le dice:

-Acá le traigo el pájaro de la pluma.

-Tá muy bien, mi amigo -le dice el Rey-. Agora me va a buscar -le dice- el anío de m' hija que se le cayó a esa misma laguna, hace tres años. Y si no me lo trae, le corto la cabeza.

Entonce se jueron a la laguna otra vez. Entonce le dijo el potrío:

-¿Has visto que por alzar la pluma, todos los contratiempos que vamos a tener?

El muchacho no le decía nada, se quedaba callado no más, muy triste.

Y se jueron. Una vez que llegaron a la laguna, le dijo el potrío:

-Mirá, yo me voy a meter abajo 'e l'agua. Si yo no salgo a los tres borbollones que dé l' agua, tirate vos para que los dos seamos perdidos. Cuando se metió el potrío a l'agua, en seguida dio un borbollón l'agua. En seguida dio el otro. Y ya no borbollaba más l' agua. Ya 'taba por tirarse el muchacho, cuando dio el otro borbollón y ya se asomó el potrío con el anío en la boca. Se fueron y se lo llevaron al Rey.

Entonce, el Rey l' hizo echar muchísima leña a un horno para quemarlo al muchacho con el potrío y todo, porque creía que era un brujo.

—507

Entonce, cuando l'estaban haciendo juego al horno, le dijo el potrío, por áhi a solas al muchacho:

-Mirá, los están por quemar, pero no te aflijás. Pedile vos al Rey por las dos gauchadas que le has hecho, que te deje dar tres galopes ante de echarte al horno, y que te envuelva en una sábana y que t' eche no más al horno.

Bueno, en seguida no más que le dijo el Rey:

-Bueno, amigo, apruentesé, que lo voy a echar con caballo y todo al horno.

-Tá bien, señor Rey -que le dijo-. Sólo, sí, le voy a hacer un pedido, que me deje hacer tres galopes y me eche envuelto en una sábana.

Entonce, le dijo el Rey:

-Haga cuatro, también, si quiere, amigo.

Bueno, se jue el muchacho a hacer los tres galopes. Cuando vino lo envolvieron en una sábana y lo echaron al horno. Tuvo toda esa noche en el horno, y al otro día, temprano, mandó el Rey a los piones que tenía, que fueran a botar lejo esas cenizas. Cuando fueron y abrieron la puerta 'el horno, se encontraron con el muchacho vivo, montado en el caballo y los dos más lindos que antes, y con un hermoso apero que todo era de plata y oro. Así que no tuvo más remedio el Rey que darle la libertá, que se fuera.

Julián Aguilera, 39 años. El Saladillo. Pringles. San Luis, 1948.

Se amalgama a este cuento el de El camino del cielo.

—508

1065. Los hermanos envidiosos

SAN LUIS

Era un viejito que tenía tres hijos. El mayor le decía un día:

-Déme permisión padre pa ir a trabajar.

Le dio permisión el padre, y se jué. Siguió por una senda y se jué. Y encontró por allá lejo un río muy crecido. En la orilla había un viejito andrajoso, muy pobre, que no podía pasar l'agua. Lo saludó él:

-¿Qui hace, tata viejo?

-Aquí estoy m'hijito, no puedo pasar l'agua. Pasame -le dice.

-¿Quién te va a pasar a vos, viejo mocososo? -le dice el muchacho.

Bué... Se jué, siguió el muchacho el camino. Quedó el viejito ahí no más. Caminó y caminó y llegó a la casa di un Rey y ahí encontró trabajo el muchacho.

Bué... después pidió permiso el segundo hijo, que le dijo al padre que lo dejara ir a trabajar. Le dijo el padre que se juera, y siguió el mismo camino qu'el otro hermano. Fue al mismo río y encontró al mismo viejito que 'staba ahí. Lo saludó:

-¿Qui hace, tata viejo?

-Acá 'stoy, hijito, por pasar el río. ¡Pasame!

-¿Quién te va a pasar a vos, viejo mocososo? -le dijo.

—509

-Bué... se jué el muchacho por el mismo camino del otro. Llegó también a la casa del Rey y encontró trabajo también.

Bué... transcurrieron unos días y como no volvieron los hermanos, el menor pidió permiso al padre, también.

-¡Peru, hijo! -que le dice el padre-. ¡Cómo me van a dejar solo!

Pero, tanto insistió, que al fin le dijo que se juera también.

Bué... Siguió el mismo camino, llegó al mismo río y encontró al mismo viejito. Y ya lo saludó y dijo:

-¿Qué hace, tata viejo?

-Acá 'stoy, no puedo pasar l'agua. ¡Pasame!

Entonces le dijo el muchacho:

-¡Cómo no, tata viejo! Suba apacho²³³, y lo pasó. Entonces, ¡Claro!, le dio muchas gracias, y le contó que los hermanos estaban trabajando en la casa del Rey. Bué... entonces el viejito le dio un mate, y le dijo que siguiera no más, y le dijo que iba a llegar a una ensenada, a un corral muy grande, que 'staba lleno de yeguas. Que entrase al corral, que se estirase la manta en el medio y que'l animal que viniese y se revolcase, que ese lo agarrara para él.

-Ese animal -le dijo- te va a sacar de todos los apuros, te va a salvar de todos los peligros.

Fue el muchacho, llegó y entró al corral y extendió la manta.

Y ya vino un potriíto²³⁴ y se revolcó en la manta. Entonces, como li había dicho el viejo, corrió y lo agarró y subió en él. Y ya el potriíto habló y le dijo ánde 'taban los hermanos. Y le dijo también que los hermanos, de malos lu iban a poner en muchos trabajos. ¡Claro!, habló porque era una virtud que le dio el viejito, que era Dios.

Ya siguió él su camino, y lo que iban vio relumbrar una cosa a la oría del camino, y lo que llegó vio qu'era una pluma —510di oro, una cosa la más bonita. Entonce lo que llegó se bajó a alcanzarla. Entonces el potrío le dijo:

-No alce esa pluma, amo, que por esa pluma se va a ver perdido.

Entonce le dijo él:

-Qué sabís, animal bruto, lo que hablás.

L'alzó y se la colocó en la cinta del sombrero. Bué... y siguió. Ese día era domingo, y el Rey 'taba de carreras. Corría un caballo oscuro, que tenía el Rey. Entonce que le dijo el potrío al mozo, que después que se pasaran las carreras, que le desafiara con él a todos los otros caballos. Ya de lejo devisó la cancha, llena 'e gente. Y ya quedó el alarme²³⁵ entre la gente de la cancha de ver ese hombre que llevaba aquello que le relumbraba en la cabeza que era la pluma, claro. Estaban partiendo todavía. No largaban. Después que llegó él, largaron. El caballo del Rey ganó al chirlo²³⁶, se jué solo. Ya si allegó el Rey y s'encontró con los hermanos. Y después que se pagaron las paradas, las jugadas que se habían armau, ya le desafió él al Rey, con su potrío.

El Rey pedía que l'echaran otro caballo al oscuro, y que él joven le dijo qu'él le jugaba, que por plata no se paraba. Ésa era la virtud que Dios li había dau con el potrío, que lo que le pidiera o lo que quisiera que se lu iba a dar. Bué... y ya hicieron la carrera por miles de pesos. Y el joven corrió en el potrío. Y el potrío li había dicho que topara toda jugada que l'hicieran, y él lu hizo así. Ya jueron a la cancha, vinieron las autoridades y comenzaron las partidas. Y ya avinieron y largaron. Y el potrío le ganó lejisimo al caballo del Rey. Ya cobró miles sobre miles el joven, y se puso muy rico.

Los hermanos d'envidiosos qu'eran, lu intrigaron con el Rey por la pluma di oro. La pluma había síu di un loro del Rey que se li había quedau encantau al otro lado del mar. Y el Rey, que ya estaba enojado con la ganada del caballo, ese día no más —511lo llamó al orden y le dijo que di ande sacaba esa pluma. Le dijo el joven qu'él l'había encontrau en el camino, lo que venía. Bué... que le dijo:

-L'haiga hallau o no l'haiga hallau, usté me va a traír el loro que se me ha quedau al otro lau del mar.

-Pida la mercé que quera... Plazo 'e tres días... Sino le corto la cabeza. Bué... El mozo se jue más triste que la noche, ande 'staba el potrío y le dijo lo que le pasaba.

-¿No te dije -le dijo el potrío- que nu alzaras esa pluma?... Pero no se te dé cuidado, yo te voy a salvar.

Bué... Le dijo que le fuera a pedir al Rey una sábana sin pecar, vino y pan. Ya lo pidió y se lo dieron. Bueno... Entonce le dijo:

-Ensíllame no más -y ya siguieron viaje y caminaron y caminaron y llegaron a la oría del mar.

Desensíllame -le dijo- y dame de comer.

Entonce, ya cuando descansaron, le dijo que lu ensillara otra vez y ya s'entraron a la mar. El potrío era nadador. Le dijo qu'en l'oría del otro lado del mar, había un naranjo, y que allí estaba el loro. Que cuando estaba con los ojos cerráu, estaba despierto, y que cuando estaba con los ojos abiertos estaba dormíu. Ya llegaron y se pararon abajo 'el naranjo.

Qu'el naranjo era altísimo. Qu'el joven se paró en el lomo del potrío y que el potrío se comenzó a criar, a criar, hasta que ya llegó al extremo que el mozo podía agarrar el loro. El loro estaba con los ojos abiertos, y ahí no más lo envolvió bien con la sábana y ya el potrío se bajó. Se bajó hasta que quedó como era. Y pegaron viaje de vuelta. Ya cuando salieron a la otra oría de la mar, le volvió a decir el potrío que lo desensillara y volvieron a almorzar ahí.

Y ya almorzaron y siguieron viaje. Y a todú esto, eran los tres días de plazo.

Ya en el camino, el potrío lo venía conversando al mozo y le dijo:

-Tus hermanos ya te tienen otra preparada.

Y el mozo se puso triste.

—512

Los hermanos si habían subíu arriba, para ver si llegaba, porque se cumplía el plazo, y cuando vieron que venía una cosa que relumbraba, ya se dieron cuenta que era él y bajaron y le dijeron al Rey y lu intrigaron para que el Rey le di era otro trabajo de peligro como ése. Y en seguida no más, llegó y pasó ande estaba el Rey y le entregó el loro.

-Acá está, señor, el loro.

-¿Y no decía usted, amigo, que no sabía ánde 'staba el loro?... Bueno, amigo, así como me ha tráido el loro, me tiene que tráir el anío que se le cayó a la Princesa cuando veníamos pasando el mar. Usted si ha dejau decir qu'es capaz de trairmeló.

-Yo nu hi dicho nada, señor.

-Haiga dicho u nu haiga dicho, usted me lo tiene que trair. Palabra de Rey no puede faltar. Si no me lo trai plazo é tres días, le corto el cogote. Y me lo trai con la yeguada ande se crió el potrío que usted muenta.

Bué... Se jué muy triste ande 'staba el potrío.

-Ya te lo había dicho yo -le dijo el potrío-. Pedíle al Rey una espada que corte un pelo en, el aire, pan y vino.

Y ya lo pidió y se lo dieron.

-Ensilame no más -le dice el potrío.

-Ya me voy. Yu hi síu potrío de la manada y el padrillo mi aborrece.

Cuando yo llegue ¡me va a sacar matando!, y yo me voy a venir. Cuando él raye aquí, vos le tenís que pegar con l'espada, y le tenís que sacar de un golpe el cencerro. ¡No le vas a escapar, porque seremos perdidos! Con el cencerro está el anío.

Bué... Se jué el potrío y al rato no más que si oyó un temblor, y llegó el padrío y le tiró el joven y l'escapó, y se volvió a zambullir en el mar. Y lo volvió a sacar di atrás el potrío. Y al rato volvió otra vez el padrío, y ya el joven le pegó bien y lo mató. Y le sacó el cencerro. Apenas le sacó el cencerro comenzó a salir la yeguada. Overiaba la oría de la mar. Qu'eran muy bonitas las yeguas. El cencerro se lo puso al potrío, y que todas las yeguas lo rodiaban. Ya las juntaron y siguieron, y que la yeguada seguía al tañido del cencerro.

—513

Los divisadores del Rey qu'estaban divisando, porque ya se cumplía el plazo. Y entre éstos estaban los hermanos. Que bajaron y vieron que venía una polvadera, y qu'era el mozo con una yeguada grandísima. Ya los hermanos lu intrigaron otra vez, y que le dijeron al Rey qu'era brujo. Que

sólo así podía hacer esas hazañas. Y el Rey comenzó a hacer juntar leña para hacerlo quemar por brujo en unos hornos de ladrillos, que tenía. Y ya llegó y le entregó la yeguada y el año.

-Bueno -que le dice el Rey-, nadie ha hecho lo que usted ha hecho. Nu hay más que usted es brujo. Lo vamos a quemar. Pida la mercé que quiera.

Bue... ya se jue muy triste, y le dice el potrió:

-¿No te dije yo? No se te dé cuidado. Yo te voy a salvar. Andá pedile una sábana sin pecar, y que te dé permiso pa galopiarme en la cancha ande galopia el oscuro d'él.

A todo esto, los hornos están coloráu de calientes.

Ya le dieron al mozo la sábana sin pecar, y lo galopió al potrió. Tenía qu'empapar la sábana con el sudor. Y ya empapó la sábana y el potrió le dijo:

-Vos t'envolví en la sábana, y t'entrás no más al horno, que ya mañana los vamos a ver. Y ya jué y abrieron las llaves de los hornos. Y él s'envolvió en la sábana y s'entró.

Al otro día le dice el Rey a los sirvientes que fueran a aventarle las cenizas al brujo para que no apestara la ciudá. Entonce van y abren las puertas. ¡Y qué!, si el joven era güen mozo, más güen mozo estaba, y vivito y sanito. Y ya le dijeron al Rey. Y cuando lo vido tan güen mozo, el Rey qu'era medio feucón, se quiso poner güen mozo y quiso hacer lo mismo que el joven.

Mandó a encender los hornos y se llevó una sábana sin pecar, y galopió el oscuro. Ya s'empapó la sábana. A todú esto los hornos 'taban qui ardían, porque les había hecho echar el doble de leña. Bué... Y ya lu envolvieron en la sábana, lu echaron al horno y le cerraron la puerta. Al otro día, cuando amaneció, les dice la Reina:

-Vayan a aventar las cenizas del Rey para que nu apesté la ciudá.

—514

Y ya jueron y estaba tan quemado, que ni las cenizas habían quedau.

Entonce la Reina se casá con el joven, y estarán viviendo felices tuavía y en medio de riquezas.

Juan Lucero, 60 años. El Durazno. Pringles. San Luis, 1952.

—515

1066. La higuera de oro

SAN LUIS

Era un padre que tenía tres hijos. Y el padre tenía una higuera di oro. En la tarde, l'higuera 'taba cargada d'higos di oro y al otro día amanecía sin nada. Así qu'el padre vía que en la noche le robaban los higos.

Entonce dispuso hacerla cuidar con los hijos.

La primera noche lo mandó al mayor. Entonce se jue éste, hizo juego, hizo un asado, llevó un poco de vino y se llevó una guitarra. Agarró, cebó mate, comió el asado y s'entretuvo con la guitarra para no dormirse. Pero, claro, éste, tarde la noche, el sueño lo venció y se quedó dormido. Al otro día cuando se despertó li habían sacado todos los higos. Entós, al

otro día, el padre le dice:

-¿Cómo ti ha ido?

-Mal, padre -le dice-, nu hay ningún higo.

-¿Ti habías dormido?

-No -que le dice-. Nu hi visto a nadie, no sé cómo se habrán perdido los higos.

Bueno. A la noche siguiente lo mandó al otro hijo, al segundo. También hizo lo mismo. Cebó mate, comió el asado con vino y se puso a tocar la guitarra. Y ya tarde la noche lo venció el sueño también, y se durmió. Al otro día no había ningún higo. Bueno...

Al otro día que viene el padre y le dice lo mismo:

-¿Cómo ti ha ido?

-Mal, padre -que le dice-, mi han robau los higos y no sé a qué hora, nu hi visto a nadie.

—516

-¿Ti habrás dormido?

-No -que le dice.

-No, ustedes tienen que haberse dormido no más -le dice el padre.

Bueno... Ya le tocó al menor. Y que le dice el padre:

-Esta noche la vas a cuidar vos, a la higuera.

Al hijo menor que le decían el Chiquío. Bueno. Qu'esa noche el Chiquío agarró y hizo juego. Se llevó un cuchío y un lazo y una guitarra. Y agarró y se sentó a la oría del juego. Tuvo hasta tarde la noche tocando la guitarra. Y agarró y se sentó a la oría del juego y se rodó bien d'espinas. Claro, ya por ahí el sueño lo quería vencer, se ladiaba para un lado y las espinas lo despertaban. Y así estuvo y no se durmió. Y en lo que 'staba ahí, y a de parte de la madrugada, ve que viene un potrío y se acerca a la higuera. Entonce que le dice el Chiquío:

-¿Vos sos el que te comías los higos?

Y sacó el lazo y lo enlazó y lo voltió y sacó el cuchío para degollarlo.

Entonce qui habla el potrío y le dice:

-Dejame, no me matís, ya no te voy a comer los higos. Perdoname la vida que yo te voy a ayudar muy mucho. Cuando vos querrás ir a rodar tierra, le pedís a tu padre que te dé el potrío de la yegua que se murió ahora años. Ese potrío soy yo. Basta qu'él te lo dé, andá a tal lugar y ahí voy a estar yo.

-Bueno -que le dice el Chiquío, y lo dejó porque le impresionó mucho de oír hablar al potrío.

No lo mató nada el Chiquío y lo largó al potrío y éste se fue. Al otro día viene el padre y le dice:

-¿Cómo le ha ido, amigo?

-Bien, mi padre -que le dice-, ahí tiene todos los higos di oro.

-¿Ha visto que los otros si han dormido?

-¿Nu has visto a nadie?

-No -que le dice-, nu hi visto a nadie.

Entonce agarró el padre y se enojó y los echó a los dos hijos mayores por flojos, que nu habían sabido cuidar los higos di oro. —517Bueno...

Se jueron éstos. A los poquitos días le dice el Chiquío:

-Mire, padre, yo también me voy a ir a rodar tierra como mis hermanos.

-Pero, para dónde te vas a ir, vos sos muy chico -que le dice el padre.

-No -que le dice-, me voy a ir no más. Déme el potrío de la yegua que se murió ahora años.

-Pero, hijo -que le dice-, 'tás loco, qué potrío te voy a dar, si ni güesos había ya, menos 'stará el potrío.

-No -que le dice-, demeló lo mismo, yo lo voy a ir a buscar.

-Y bueno, yo te lo doy, andá buscalo.

Se jué el Chiquío ande le había dicho el potrío. Y lo encontró al potrío. Que era chiquito, chuñusco²³⁷, flaco. Ya que llegó a las casas y que le dice al padre:

-Acá 'stá. Ya lu encontré.

-Y bueno -que le dice el padre- crendo qu'era otro. ¡Y cómo te vas a ir en ese animal! ¡No te va aguantar nada!...

-No -que le dice-, en éste no más me voy a ir.

Bueno. Se despidió del padre y se jué. Que el potrío le dice:

-Alcanzalos a tus hermanos pero no te confiés d'ellos, que te van a hacer todo el mal que puedan.

Y ya apuraron para alcanzar los hermanos. Y ya iban llegando y lo divisaron los hermanos. Los hermanos le tenían rabia porque los había dejado muy mal. Y que dice uno:

-¿Y que no es mi hermano aquél? Vendrá a hacerlos burla, seguro.

Y ya que llegó y le preguntaron:

-¿A qué venís?

-Vengo a acompañarlos a ustedes.

-No -que le dicen-, nosotros no necesitamos compañero.

—518

Entonce agarraron, le dieron una güena laciadura²³⁸ con un lazo y lo corrieron que se volviera. Y ellos siguieron viaje. Luego que le dice el potrío:

-Alcanzalos otra vez.

Ya se jueron otra vez. Cuando los iba alcanzando que dijieron:

-¿Que nu es mi hermano, aquél? Aporriau y todavía viene. Ya cuando llegó que le dijieron:

-¿A qué venís? ¿Qué venís a hacer?

-Vengo en compañía di ustedes.

-Nosotros no necesitamos compañía.

Agarraron entre los dos, lo voltiaron y lo degollaron, y al caballo lo desbarrancaron, se lu echaron en una barranca. Y ellos siguieron marcha otra vez. Cuando éstos se jueron, el potrío salió de la barranca, le juntó toda la sangre que había caído, se l'echó en la degolladura y lu hizo vivir al Chiquío. Y que le dice el caballo:

-Subí, y los vamos alcanzar otra vez.

Ya cuando los iba alcanzando, que dicen ellos:

-Pero, ¿que nu es mi hermano? ¿Será brujo para volver a vivir? Lu himos degollau y todavía los sigue.

Ya cuando los alcanzó le preguntaron:

-¿Y qué venís a hacer?

-Vengo a acompañarlos.

-¿Y sos brujo, vos? T'himos degollau y otra vez 'tás acá.

-Y... hi vivido, no más.

Entonce agarraron, juntaron un poco de leña los hermanos, le pegaron juego

a la leña y lo metieron al Chiquío, lo quemaron, y al caballo lo desbarrancaron otra vez y se jueron. Entonce, cuando ellos se jueron, salió el caballo, juntó todos los carboncitos, lo hizo vivir y le dijo:

-Subí y alcanzalos otra vez.

—519

Cuando ya los iba alcanzando que dicen:

-Pero, ¿nu es mi hermano, aquél?

-Sí, pero debe ser brujo. Lu himos quemau y viene vivo.

Ya cuando llegó le dicen:

-Bueno, te vamos a agarrar para pión.

Y siguieron viaje los tres.

Anduvieron mucho y una tarde llegaron a la casa di una vieja bruja. La vieja tenía tres hijas. Llegaron y saludaron:

-Buenas tardes, mama vieja.

-Buenas tardes, hijitos.

-Mire, señora, ¿no los podrá dar alojamiento por esta noche?

-Sí, hijitos. Desensillen y dejen los caballos.

Cuando llegó la noche que les dice:

-Miren, jóvenes. Yo les voy a alvertir una cosa. Yo tengo una costumbre en mi casa. Tengo tres hijas. Y tengo la costumbre que los jóvenes que vienen a mi casa duerman con mis hijas. Y como son tres, ustedes van a dormir, el mayor con la mayor, el del medio con la del medio y el menor con la menor. Dijeron que bueno, los jóvenes. El Chiquío se jué en seguida ande 'taba el potrío y el potrío le dice:

-Mirá, eso que la vieja les dice así, que van a dormir con las hijas, es para matarlos y comerlos. Esta noche los va a degollar. Vos no te duermás. Dejate 'star en la cocina y hacete un atadito de ceniza y te lo guardás.

La vieja les va a poner a las hijas unos gorros para conocerlas en l'oscuridá. Cuando 'stés en la cocina la vieja te va a decir:

-Ruma, ruma, mozo, qu'el alba viene.

Y vos le contestás:

-Duerman los que tengan sueño.

Y ella te va a decir:

-Chiquío, ¿cuándo?

-Sólo di un modo -decile vos.

-¿Deque modo?

-Que me dé una tijera para cortar.

—520

Y la vieja te va a dar y así le pedís una áuja, un dedal y un peine. Y cuando vas a dormir agarrás y les sacás los gorros a las niñas y se las ponís a tus hermanos y vos te ponís el de la niña menor.

Bueno. Ya llegó l'hora de dormir y el chiquillo se quedó en la cocina. En seguida que le dijo la vieja:

-Ruma, ruma, mozo, que l'alba llega.

-Duerman los que tengan sueño -le contestó el Chiquío.

-Chiquío, ¿Cuándo?

-Sólo di un modo.

-¿Deque modo?

-Deque me dé una tijera para cortar acá -y si hacía el que estaba por

arreglar su ropa.

-Andá, negra, alcanzaselá.

La vieja tenía una negra que era media bruja como ella. Y ya le dieron la tijera.

Y volvía a decirle la vieja:

-Ruma, ruma, mozo, que l'alba llega.

-Que duerman los que tienen sueño.

-Chiquío, ¿Cuándo?

-Sólo di un modo.

Que me dé una áuja y un dedal para coser acá -y si hacía el que iba a coser la ropa.

-Andá, negra, daselós -que le dice.

Y al rato vuelve a decir:

-Ruma, ruma, mozo, que l'alba llega.

-Que duerman los que tienen sueño.

-Chiquío, ¿cuándo?

-Sólo di un modo.

-¿De que modo?

-Que me dé un peine para peinarme.

-Andá, negra, daseló.

Se lo dio la negra y el Chiquío se fue a dormir. Si acostó, y al ratito, cuando vio que todos 'staban dormidos se levantó y —521les sacó los gorros de las niñas y se los puso a los hermanos y él se puso el gorro de la compañera. Él s'hizo el dormido, si hacía el que roncaba, pero se quedó despierto.

Vino la vieja al rato y escuchó. Los sentía que 'staban dormidos y agarró el cuchío. Lo afiló bien afilado y se vino despacito. Empezó a tantiar los que tenían gorro y los dejaba, y degollaba a los que no tenían nada. Y se jué crendo que había degollado a los jóvenes y había degollado a las hijas. Y se jué y se acostó y se quedó dormidaza. Cuando el Chiquío vio que la vieja 'staba dormida los despertó a los hermanos y les dice:

-Despierten, que la vieja ha degollau a las hijas por degollarlos a ustedede, y vamolós.

Y fue el Chiquío y le desgarrón una chancha que tenía la vieja bruja y le llevó los tres gorros de las hijas. Y se jueron.

La vieja tenía un loro adivino. Y en seguida que 'l loro le dice:

-¡Mama! ¡Mama!

-¿Que querís, lorito?

-El Chiquío ti ha hecho degollar las tres hijas y te ha llevau los tres gorros y ti ha desgarronau239 la chancha.

Se levantó la vieja más apurada que no sé qué, y ve a las tres hijas muertas y a la chancha desgarronada. Y que le dice:

-¿Los alcanzaré, lorito?

Y el lorito le dice:

-Es difícil porque van lejo y van a pasar la mar.

La chancha tenía un tranco de tres leguas pero no podía andar. Agarró el caballo de siete colores que tenía el tranco de una legua y se fue. Y le pegó a toda carrera. Ya los iban alcanzando, cuando el Chiquío le tiró el atadito de ceniza. S'hizo una neblina que no se veía ni las manos. Áhi anduvo la viejita perdida, y anduvo y anduvo hasta que al fin pasó. Siguió

otra vez y ya los iba alcanzando cuando el Chiquío le tiró l'áuja y s'hizo un espinal que no podía pasar el caballo. Y la vieja anduvo y anduvo hasta qui al fin pasó. Siguió y ya los iba alcanzando —522cuando el Chiquío le tiró el dedal. S'hicieron unas barrancas llenas de garabatos²⁴⁰ y de montes que no podía pasar. La vieja anduvo y anduvo, hasta que al fin pasó. Ya los iban alcanzando cuando el Chiquío le tiró la tijera. S'hizo un despeñadero en unas sierras muy pedregosas que no se podía pasar. La vieja anduvo, anduvo, hasta que al fin pasó. Ya los iba alcanzando cuando el Chiquío le tiró el peine. S'hizo un pencial tan grande que no se podía pasar. La vieja anduvo, anduvo hasta que al fin pasó. Cuando llegó a la oría de la mar que el Chiquío y los hermanos ya 'taban pasando la mar. Y que le dice la vieja:

-¡Ah, Chiquío!, m'hicistes matar mis tres hijas, me llevastes los tres gorros y me desgarronastes la chancha. ¿Volvería, Chiquío?

-Sí, he de volver si la fortuna mi ayuda, a llevarte a vos.

Y que le dice la vieja:

-Los güesitos, t'hi de chupar.

-Será si podís.

Se volvió la vieja. Los hermanos se jueron. Anduvieron un tiempo y pasaron por cerca del palacio di un Rey. Llegaron y buscaron trabajo. Áhi 'taban trabajando los tres. Entonce, los hermanos mayores, como le tenían envidia al Chiquío, trataron di hacerlo matar. Jueron y le dijieron al Rey que el Chiquío si había dejado decir qu' él era capaz de traérle una piedra verde que tenía la vieja bruja abajo de la cabecera. El Rey llamó al Chiquío y le dice:

-Vea, amigo, ¿nu es que usté se ha dejado decir que usté es capaz de traer una piedra verde que tiene la vieja bruja abajo de la cabecera?

Que dice el Chiquío:

-No, Majestá, cómo voy a decir eso, si yo no say capaz.

-Bueno, aunque no haiga dicho, usté la va a traer. Palabra de rey no puede faltar, y sinó li hago cortar la cabeza.

Bueno. Se va el Chiquío, llorando ande 'staba el potrío y le dice lo que le pasa.

—523

-¿Porque llorás? -le dice el potrío.

-Cómo no voy a llorar si mis hermanos mi han malquistado con el Rey y li han dicho que yo m'hi dejau decir que soy capaz de traer la piedra verde que la vieja bruja tiene abajo de la cabecera.

-Bueno -que le dice el potrío-, no se te dé cuidau. Pedile al Rey que te dé mantención para vos.

Le pidió mantención al Rey y se jue en el potrío. Antes de llegar que le dice el potrío:

-Llegate vos, despacito y fijate. Si el loro 'stá con los ojos abiertos, 'stá dormido y si 'stá con los ojos cerrados 'stá despierto. Si 'stá dormido te allegás y sacas la piedra, muy despacito.

Llegaron y vio el Chiquío que, en ese momento, el loro 'staba con los ojos abiertos. Se allegó, levantó muy despacito l'almuhada de la vieja bruja y le sacó la piedra verde y disparó. En seguida no más se despierta el loro y le dice a la vieja:

-¡Mama!, ¡Mama!

-¿Qué querís, lorito?

-El Chiquío le lleva la piedra verde.

Y se levantó la vieja y le dice:

-¿Lu alcanzaré, lorito?

-Es difícil porque va llegando a la mar.

Agarró la vieja el caballo de siete colores y salió a la furia. Cuando llegó a la oría de la mar, el Chiquío ya 'staba pasando y que le dice la vieja:

-¡Ah Chiquío!, m'hiciste matar mis tres hijas, me llevastes los tres gorros, me desgarronaste la chancha y ahora me llevás la piedra verde.

¿Volverís Chiquío?

-Sí, hi de volver, si la fortuna mi ayuda a llevarte a vos.

Y que le dice la vieja:

-Los güesitos t'hi de chupar.

-Será si podís.

—524

Bueno. Ya le llevó al Rey la piedra verde de la vieja bruja, qu'era de virtú. El Rey se puso muy contento y se jue el Chiquío.

A los pocos días van los hermanos y le dicen al Rey que el Chiquío si ha dejado decir que es capaz de traer las chancletas de la vieja bruja, que corrian más ligero que el viento.

Entonce lo llamó el Rey y le dijo:

-¿Es cierto que usted si ha dejado decir qu'es capaz de traer las chancletas de la vieja bruja que son más ligeras qu' el viento?

-No, Majestá, cómo voy a decir eso si yo no soy capaz.

-Bueno, lu haiga dicho u no lu haiga dicho usted las va a traer. Palabra de rey no puede faltar y sinó le corto la cabeza.

Ya se jue llorando ande 'staba el potrío y el potrío le dice:

-¿Porque llorás?

-Cómo no voy a llorar si mis hermanos li han dicho al Rey que yo m'hi dejado decir que soy capaz de traer las chancletas de la vieja bruja que son más ligeras que el viento.

-Bueno -que le dice-, no se te dé cuidado. Pedile al Rey mantención para vos.

Le pidió mantención y se jueron. Cuando llegaron le dice el potrío:

-Si el loro 'tá con los ojos abiertos, sacó las chancletas, despacito y dispará.

El loro 'staba con los ojos abiertos. El Chiquío entró, despacito, agarró las chancletas que la vieja bruja tenía abajo de la cama y disparó. En seguida se despertó el loro y empezó a gritar:

-¡Mama!, ¡Mama!

-¿Qué querís, lorito?

-El Chiquío le lleva las chancletas que corren más ligero que el viono.

Se levantó la vieja y le dice:

-¿Lu alcanzaré, lorito?

-Es difícil porque el Chiquío ya va llegando a la mar.

—525

Agarró la vieja el caballo de los siete colores y salió a la furia. Cuando llegó a la oría de la mar, el Chiquío ya 'staba pasando y la vieja le dice:

-¡Ah, Chiquío!, m'hiciste matar mis tres hijas, me llevastes los tres gorros, me robastes la piedra verde y ahora me llevas las chancletas. ¿Volverís, Chiquío?

-Sí, hi de volver si la fortuna mi ayuda a llevarte a vos.

Y que le dice la vieja:

-Los güesitos t'hi de chupar.

-Será si podís.

Bueno. Y pasó el Chiquío la mar y le llevó al Rey las chancletas de la vieja bruja, que corrían más ligero qu'el viento. El Rey se puso muy contento y cada vez lo quería más al Chiquío.

Al poco tiempo lo vuelven a malquistar los hermanos, al Chiquío. Le dicen al Rey que el Chiquío si ha dejado decir que es capaz de traer la chancha de la vieja bruja, qui hace tres leguas di un tranco. Y ya lo llamó el Rey al Chiquío y le dice:

-Vea, amigo, ¿nu es que usté si ha dejado decir qu'es capaz de traer la chancha de la vieja bruja?

-No, majestá, cómo voy a decir eso, si no soy capaz.

-Bueno, lu haiga dicho u no lu haiga dicho, usté me va a traer la chancha de la vieja bruja. Palabra de Rey no puede faltar; si no la trae li hago cortar la cabeza.

Ya se jué el Chiquío llorando y que le dice el potrío:

-¿Porque llorás?

-Cómo no voy a llorar si mis hermanos mi han malquistado y li han dicho al Rey que yo soy capaz de traer la chancha de la vieja bruja.

-Bueno, no se te dé cuidado -le dice el potrío-. Pedile al Rey que te dé mantención para vos.

Ya le pidió mantención al Rey y salió en el potrío. Ya llegaron y le dice el potrío:

-Fíjate en el loro. Si está con los ojos abiertos, entrá, sacá la chancha y me la echás encima.

—526

Cuando llegaron, el loro 'staba con los ojos abiertos. Entró a caballo el Chiquío, jue al chiquero de los chanchos y alzó la chancha en el potrío y salieron a toda furia. En seguida no más se despertó el loro y gritó:

-¡Mama!, ¡mama!

-¿Qué querís lorito?

-El Chiquío si ha llevau la chancha.

Se levantó la vieja enojadísima y le dice:

-¿Lu alcanzaré, lorito?

-Es difícil porque el Chiquío ya va llegando a la mar.

Llegó cuando el Chiquío acababa de pasar la mar y le dice:

-¡Ah, Chiquío!, m'hicistes matar mis tres hijas, me llevastes los tres gorros, me robastes la piedra verde, me llevastes las chancletas y ahora me llevás la chancha. ¿Volverís, Chiquío?

-Sí, hi de volver si la fortuna mi ayuda, para llevarte a vos.

Y que le contesta la vieja:

-Los güesitos t'hi de chupar.

-Será si podís.

Pasó no más el Chiquío y le llevó al Rey la chancha que hacía treinta leguas en cada tranco. El Rey 'staba contentísimo y admirado de lo

valiente qu'era el Chiquío.

Los hermanos del Chiquío cada vez le tenían más envidia y no sabían cómo hacer para que lo matara el Rey. Entonce fueron y le dijeron que el Chiquío si había dejado decir qu'era capaz de robarle el caballo de siete colores de la vieja bruja. El Rey lo llamó al Chiquío y le dice:

-¿Nu es, amigo, que usted si ha dejado decir qu'es capaz de traer el caballo de siete colores de la vieja bruja?

-No, majestá, cómo voy a decir eso si yo no soy capaz de traer el caballo de siete colores, qu'es muy malo.

Y el Rey le dice:

-Bueno, amigo, lo mismo lo tiene que traer. Palabra de Rey no puede faltar, y sinó, le corto la cabeza.

Bueno, salió llorando el Chiquío y va ande 'staba el potrío.

-¿Porque llorás? -le dice el potrío.

—527

-Cómo no voy a llorar si mis hermanos li han dicho al Rey que yo m'hi dejado decir que soy capaz de robarle el caballo de siete colores a la vieja bruja.

-Bueno, no se te dé cuidado -le dice el potrío-. Pedile al Rey mantención para vos y vamos.

Ya le dio el Rey la mantención y se jueron. El potrío le dijo que si el loro 'staba con los ojos abiertos que entrara, y agarrara el caballo de siete colores qu'iba 'tar muy mansito y lo pusiera a la par y disparara. Llegaron y el loro 'taba dormidazo, con los ojos abiertos. Entraron, agarró el caballo de siete colores, lu echó al lau y disparó. En seguida no más se despertó el loro y le grita a la vieja:

-¡Mama! ¡Mama!

-El Chiquío se ha llevado el caballo de siete colores.

Y se levanta la vieja, desesperada porque ya la dejaban di a pie, y le dice:

-¿Lu alcanzaré?

-Difícil porque ya 'tá llegando a la mar.

La vieja no tenía enque seguir para alcanzarlo, si le había llevau la chancha, las chancletas y el caballo de siete colores. Agarró y se jabonó los talones y salió corriendo más ligero que el viento. Llegó cuando el Chiquío 'staba cruzando la mar y le dice:

-¡Ah, Chiquío!, m'hicistes matar mis tres hijas, me llevastes los tres gorros, me robastes mis chancletas, me llevastes la chancha y ahora me llevás el caballo de siete colores. ¿Volverís, Chiquío?

-Sí, hi de volver si la fortuna mi ayuda, a llevarte a vos.

Y que le dice la vieja:

-Los güesitos t'hi de chupar.

-Será si podís.

Se volvió la vieja. El Chiquío llegó al palacio del Rey y l'entregó el caballo de siete colores. El Rey 'staba cada vez más contento con el Chiquío y de tener las cosas qu'éste le había traído que no las tenía ningún Rey.

—528

Cuando vinieron, los hermanos, que el Rey lo quería al Chiquío, más envidia le tenían. Entonce le dijeron qu'el Chiquío si había dejado decir

qu'era capaz de traer el loro adivino de la vieja bruja. Lo llamó el Rey al Chiquío y le dijo si era cierto que se había dejado decir qu'era capaz de traer el loro adivino de la vieja bruja.

-No, majestá, cómo puedo decir eso yo, si eso es muy difícil, nadie es capaz de traerlo.

-Bueno. Sea cierto u no sea, usté me va a traer el loro adivino. Palabra de Rey no puede faltar, y sinó, le corto la cabeza.

Áhi sí, que 'staba triste el Chiquío. Se jue, llorando más que otras veces ande 'staba el potrío. Ya le contó, y el potrío le dijo:

Va a ser muy trabajoso pero vamos a hacer lo posible por agarrar el loro adivino. Pedile al Rey una jaula muy segura y que te dé toda clase de golosina, dulce, vino, queso, pan, caramelos, azuca... Cuando llegemos a la casa de la vieja bruja, vos entrás cuando el loro 'sté dormido, con los ojos abiertos. Y cuantito se despierte vos le ofrecís golosinas y a la final vino, y ya cuando 'sté chumado²⁴¹ lu echás a la jaula y te disparás. Tenís que tener mucho cuidado cuando el loro la llame a la vieja, no dejarte agarrar con la vieja porque vas a ser perdido.

Ya se jueron y llegaron a la casa de la vieja bruja. El loro 'staba con los ojos abiertos y el Chiquío entró y se le puso cerquita. Al ratito no más se despierta, y va a gritar, y el Chiquío le dice:

-Lorito, ¿querís dulce?

-Bueno, dame.

Y al ratito le ofrece masitas. Y el lorito le recibe y come. Y después le dio caramelo. Y después, ya el loro no podía 'star sin gritarle a la vieja bruja y que le dice:

-Mama, el Chiquío mi anda por llevar.

Y que le dice al Chiquío:

-Escondete en ese rincón.

—529

Ya se levantó la vieja y le pregunta al loro ánde 'stá el Chiquío.

-Áhi, abajo d'esa batea -y nu encontró nada.

-Lorito, m'estás engañando -le dice-. Te voy a dar unos buenos palos.

Y áhi no más agarró la vieja y se jue a dormir.

Salió el Chiquío y le dice al loro:

-¿Querís dulce, caramelo, azuca?

-Sí, dame -que le dice, y comió de todo.

Al ratito vuelve a gritar, el loro:

-Mama, el Chiquío mi anda por llevar.

-¿Ande m'escuendo? -le dice el Chiquío.

-Abajo 'e la batea.

S'escondió, el Chiquío, y la vieja bruja se levantó y le dice al loro:

-¿Ande 'tá el Chiquío?

-Áhi 'tá, en la rajadura de la paré.

Se jue la vieja y nu encontró nada, y muy enojada le dice:

-No m'estís engañando lorito trompeta, porque te voy a pegar.

La vieja se jué a dormir y el Chiquío salió del escondite. Ya le volvió a ofrecer pan con vino y volvió a comer el loro. Entonce le dice el Chiquío:

-¡Vamos, lorito!

Áhi no más gritó el lorito:

-Mama, el Chiquío mi anda por llevar.

-¿Y ande m'escuendo? -le dice.

-En la rajadura 'e la paré -le dice al Chiquío.

Y viene la vieja enojadísima y le dice:

-¿Ande 'tá el Chiquío?

-Áhi 'tá, en la rajadura 'e la paré.

Se va la vieja y lo encuentra y lu agarra.

-Ahora me vas a pagar las hechas y por hacer -le dice.

—530

Lo sacó y le echó harina en los ojos y lo dejó ciego. Y que le dice a una negra esclava que tenía:

-Mirá, negrita -le dice-, vas a hacer juego y vas a poner los fondos con agua al juego y en cuantito 'stá l'agua caliente, pero bien caliente, qu'hirva, me lu echás al Chiquío. Yo me voy a ir a invitar a mis compadres pa que vengan a comer una linda cazuela.

Y jue y lo dejó al Chiquío con las manos atadas y ciego con harina. La negra se puso a hachar la leña. La leña 'staba muy dura y no podía casi hacharla. Entonce que le dice el Chiquío:

-¡Pero, señorita, por ser el último día de mi vida, saquemé un poco di harina y larguemé una mano para ayudarle a hachar leña!

-¡No! -que le dice-, vos estás por joderme. Vos estás por irte.

-¡Pero, no, señorita, que me voy a ir! Saquemé l'harina, así li hacho la leña.

Tanto la instó que la negra le sacó la harina di un ojo y le largó una mano. Y ya el Chiquío hizo para hachar la leña, ¡y claro! no podía. Y que le dice:

-Bueno, saquemé otro poquito y larguemé l'otra mano, ¿no ve que no puedo manejar l'hacha?

Y ya la negra por el interés de que li hache la leña le limpió el otro ojo y le largó l'otra mano. Entonce jue y se puso a hachar la leña. Hace un buen montón de leña y que le dice:

-¡Alcelá, ahora!

La negra que 'staba muy contenta lo que li habían hecho el trabajo y va y si agacha y agarra la leña, y áhi no más el Chiquío li asienta con l'hacha y le cortó la cabeza a la negra. Y agarró y hizo juego a los fondos y echó el cuerpo de la negra. Y agarró la cabeza y la puso en un mortero y lo acostó en la cama. Y agarró y jue ande 'staba el loro y lo aporrió bien y lo metió en la jaula, y subió a caballo y se jue.

Al momento, no más que se va el Chiquío, llegó la vieja. Lo primero que se fija en los fondos y ve que 'stá hirviendo un cuerpo y dice:

-¡Se 'stá cocinando el pichoncito! Ya me voy a chupar los dedos.

—531

Y ya comienza a buscar a la negra y dice:

-¿Ánde se mi habrá ido mi negrita? Tiene que 'star cansada con tanta leña que ha hachado.

Se va a buscarla y ve que 'stá en la cama un bulto y la cabeza de la negra, y que dice:

-¿Ve? ¡Pobre mi negrita, cómo 'stará de cansada que si ha acostado a dormir! Levantá, negrita, que ya van a venir mis compadres para que comamos mi pichoncito.

Y claro, la negra no despertaba, y va y la destapa y encuentra la cabeza

sola con el mortero.

-¡Ah! -que dice- éstas son cosas del Chiquío. Ya me jodió.

Y ya se dio cuenta qu'el cuerpo que 'taba en los fondos era de la negra. Y ya vio que no 'staba el loro. Entós, no tuvo más qui hacer, se jabonó los talones y le pegó. Cuando llegó a la oría de la mar, el Chiquío ya s'taba pasando, y le dice:

-¡Ah!, ¡Chiquío!, m'hicistes matar mis tres hijas, me llevastes los tres gorros, me robastes la piedra verde, me llevastes mis chancletas, me llevastes la chancha, me llevastes el caballo de los siete colores y ahora me llevás el loro a divino. ¿Volverís, Chiquío?

-Y él le contesta:

-Sí, hi de volver si la fortuna mi ayuda a llevarte a vos. Y que le dice la vieja:

-Los güesitos t'hi de chupar.

-Será si podís.

Llegó el Chiquío al palacio del Rey, le entregó el loro y le dice:

-¡Acá tiene, majestá!

El Rey de contento no sabía qué hacer con el Chiquío. Cada vez lo quería más. Los hermanos 'taban más llenos d'envidia y no sabían cómo hacer para hacerlo matar. Entonce van y le dicen al Rey que el Chiquío si ha dejado decir qu'es capaz de traer la vieja bruja.

—532

Entonce el Rey lu hace llamar al Chiquío y le dice:

-Mi han dicho qui usté si ha dejau decir qu'es capaz de traír la vieja bruja.

-No majestá -que le dice-; ¡cómo voy a decir eso si yo no soy capaz! La vieja bruja me va a matar en cuantito me vea.

-Bueno -que le dice-, haiga dicho u no haiga dicho, usté la va a traer a la vieja bruja. Palabra de Rey no puede faltar. Y sinó le corto la cabeza. Ya el Chiquío se puso a llorar desconsoladamente y se jue ande 'staba el potrío.

-¿Porque llorás? -que le dice el potrío.

-Cómo no voy a llorar -que le dice- si el Rey mi ha dicho que li han dicho que yo m'hi dejado decir que soy capaz de traer la vieja bruja, y que si no la traigo me va a matar. Y yo no soy capaz. La otra vez m'escapí pero d'ésta la vieja me va a comer no más. No sé cómo voy a hacer.

-Bueno -que le dice-, es muy difícil, pero vamos a hacer lo posible por salvarte. Decile al Rey que te dé una carroza cerrada, y que te dé mercaderías, géneros de toda clase, anillos, collares, de las mejores alhajas, y que te dé ropa como vendedor ambulante. Que la carroza tenía que tener una parte atrás muy segura, como si fuera un cuartito, como una jaula y que se dividía con la parte di adelante con una compuerta. Bueno, en esa parte di atrás tenía que poner los mejores géneros y las alhajas más caras y lindas. Y ya le dijo el potrío cómo tenía qui hacer y se jueron. El Rey le dio al momento todo.

Ya llegaron a la casa de la vieja bruja y que salió enseguida la vieja, qu'era muy curiosa y ya se saludaron:

-Buenas tardes.

-Buenas tardes.

-¿Qué anda vendiendo? -que le dice.

-Traigo muchísimas cosas muy lindas y muy baratas.
Y ya, empezó a ver la vieja. S'entraba un poquito y se sentaba para atrás.
Que parecía que tenía desconfianza. Y ya que le dice el Chiquío:
-Entre, señora, no tenga miedo, entre con confianza.

—533

Por áhi ya s'entró casi toda, lo que veía las alhajas, y agarró el Chiquío y le pegó un pechón²⁴² y le bajó la compuerta. Y áhi le dijo:

-Yo soy el Chiquío, vengo a buscarte.

La vieja que pataliaba y gritaba, y nada. Se jueron áhi no más. Y que le decía:

-Chiquío, largame por favor. Te voy a dar todas mis riquezas.

Bueno. Se jue con la vieja y se la llevó al Rey. El Rey qu'hizo buscar cuatro potros y la hizo atar de las dos manos a dos potros y de los dos pies a otros dos potros. Y así l'hicieron pedazo a la vieja bruja.

Entonce el Chiquío les ganó de mano a los hermanos, y los malquistó para que no lo malquistaran a él. Le dijo al Rey que si habían dejado decir los hermanos qu'eran capaces de capujar cada uno d'ellos una naranja que la tiraran las hijas del Rey, de los balcones. Qu'el Rey tenía tres hijas. Todo esto li había aconsejado el potrío.

-Y vos, ¿sos capaz?

-Sí, soy capaz -que le había dicho también por consejo del potrío.

Ya los llamó el Rey a los hermanos y les dijo que si era cierto que si habían dejado decir qu'eran capaces de capujar una naranja que les tiraran las hijas d'él de los balcones. Ellos dijeron que no, que nu eran capaces porque los balcones 'staban muy alto. Entonce él les dijo que lo tenían qui hacer no más, que palabra de Rey no podía faltar, y que si no lu hacían los iba a matar.

Al otro día el Rey les dio una naranja a cada hija. Tiró la mayor, y el hermano mayor se aprontó. ¡Qué!, ni vio la naranja, se deshació en el suelo. Tiró la segunda. El hermano del medio la jué a capujar. ¡Qué!, más lejo se deshació la naranja. Tiró la menor y el Chiquío la capujó en el aire.

—534

Entonce el Rey, que ya 'taba enojado con éstos por todo lo que lo habían intrigado al Chiquío, mandó traer ocho potros. A cada uno de los hermanos los ató de las manos y de los pieses a cuatro potros y los largaron al campo. Claro, los partieron, los descuartizaron en seguida.

Al Chiquío lu hizo casar con l'hija menor y lo dejó de príncipe en el palacio, y áhi quedó.

A los tres días vino el potrío a decirle qu'él era un ángel que había venido a salvarlo y a ponerlo en buena positú, y que venía a saludarlo porque él se tenía que volver ande 'staba Dios. El Chiquío se puso a llorar y le agradeció al potrío, y éste s'hizo una palomita y se voló y se jue.

Gilberto Zavala, 29 años. San Martín. San Luis, 1945.

En el cuento figuran motivos de La fuga mágica.

—535

SAN LUIS

Era un hombre muy pobre, pero muy güen hombre. Su mujer era también muy güena y guapa²⁴³. No tenían hijos. El hombre tenía un campito con mucho pasto, y no tenía más animales que un caballo y un burro. Vivían muy necesitados siempre.

Un buen día, le dice el hombre a la mujer que había pensau irse por áhi, a ver si encontraba alguna persona que echara algunos animalitos a pasto, ya que tenían ese campito tan lindo, a ver si Dios los ayudaba.

Entonce la mujer le dijo:

-Hacís muy bien, hijo. Dios quera y la Virgen María Santísima, que encontrís una persona que los ayude.

Entonce ella le hizo unas tortas al rescoldo²⁴⁴ y al otro día tempranito, salió el hombre a buscar algo que les ayudara a vivir, a suplir sus necesidades.

Caminó todo el día. Ya iba lejos, muy lejos. Por la tarde, el hombre iba al trotecito en su caballo, cuando encontró a un viejito, en un caballito flaco. Después que se saludaron y conversaron, le preguntó el hombre al viejito, que si no conocía por áhi algunas personas que pudieran darle algunos animalitos —^{536a} pasto, que él tenía un lindo pastito, y que no tenía más animales que el que iba montado y un burro. Entonce el viejito le contestó:

-Veya, amigo, yo le voy a dar unas yegüitas que tengo, con una condición. Si usted me jura hacer lo que yo le diga y cumplir su palabra, no le va a faltar nada en su casa.

Entonce el hombre se hincó y juró por Dios y la Virgen cumplir lo que el hombrecito aquél le pedía. Y entonce le dijo cuál era la condición:

-Bue... Todos los potríos que nazcan, los va a matar, ojála seyan hijos de las yeguas más bonitas o de las más fieras, y el último potrío de la yegua última, que nazca, me lo va a dejar, ojála seya de la yegua más bichoca, deslomada... y aunque el potrío sea fiero, dejeló no más. A las yeguas se las regalaré cuando venga a llevar el potrío.

Le dijo que se volviera no más a su casa, y que al otro día le llevaría las yeguas. Cuando jue el hombre a su casa, le contó a la viejita todo lo que le había pasau, y entonce la viejita le dijo:

-¡Ánima santa! ¡Que ese hombre tenga palabra de Dios, y cumpla!

Y así jue. Al otro día vino el viejito a las casa a traile las yeguas, y se las dejó.

A los pocos días empezaron a parir las yeguas, y él principió a matar los potríos que nacían. Nacían unos potríos y potrancas hermosas, pero él los mataba. Y al último, iban quedando dos yeguas, una linda, y la otra toda defectuosa. Era quebrada en el lomo, chueca, tuerta, cogote ladiau. Güeno, parió la primera un potrío que tenía siete colores, muy lindo como no se había visto otro. Entonce este hombre no sabía qué hacer, si matarlo o no, puesto que la otra que quedaba era una yegua tan fiera, tan horrible. Al fin, después de tanto pensar, dispuso no más dejarlo al overo, al de siete colores, hasta ver que qué potro paría la otra yegua. Cuando parió la otra yegua un potrío oscuro tapáu, más lindo que el de siete colores. Sin

decirle nada al viejito, pa que no le eche en cara que no cumplía su palabra, los dejó a los dos potríos creyendo que el dueño no iba a saber. Luego no más jueron grande los dos —537 animales y dispuso hacerlos caballos, y amansarlos, principiando por el de siete colores. Al tenerlo en su casa se le disparó y tomó el camino por donde el viejito había venido a traer las yeguas. Entonce se puso a amansar el oscuro tapau. Y al ver que el dueño de las yeguas no venía, ya hacía mucho tiempo que tenía que venir, se jue a buscar el caballo de siete colores que se le había disparau, en el oscuro tapau. A los muchos días de ir por el camino, encontró una pluma di oro y la 'tuvo mirando, se bajó a alzarla y entonce el caballo oscuro le dijo:

-No alcís esa pluma, que a causa de esa pluma te vas a ver perdido.

El hombre le contestó:

-¡No sabís nada, animalito inocente!

La alzó a la pluma y se la puso atrás de la oreja. Y se jue. Al seguir viaje, al rato no más se olvidó que la llevaba a la pluma atrás de la oreja. Al mucho tiempo de andar, pasó por un palacio muy grande que había, ande 'taban tres hijas del Rey, arriba, en un balcón. Áhi no más tocaron las campanas y avisaron al Rey que iba un hombre con la pluma di oro que se le había perdido a la hija menor, cuando la robaron los moros.

El Rey lo hizo llamar, lo hizo tráir al hombre y le dijo di ánde sacaba la pluma. El hombre le contó cómo jue, pero el Rey le dijo que ya que le había traído la pluma perdida, que tenía que traile un anío que se le había cáido a la hija en el mar, y si no lo hacía, palabra de Rey no puede faltar, le haría cortar la cabeza, con caballo y todo. Entonce el hombre salió llorando, sin saber qué hacer. Al arrimarse al potrío, éste le preguntó:

-¿Pór que llorás llorón?

El hombre le contestó que porque el Rey le había dicho que si no traía el anío que se le había perdido a la hija, cuando la llevaron los moros, le cortaría la cabeza a él y a los dos. El potrío le contestó:

-¿No te dije que no alzaras esa pluma, que a causa de esa pluma te ibas a ver perdido? Pero no se te dé cuidau. Andá pedíle al Rey tres diamantes sin pecar, y vamos a la oría del mar.

—538

Y así lo hizo el hombre. El Rey le dio los diamantes y se jueron. Llegaron a la oría del mar. Cuando 'taba áhi, le dijo el potrío:

-Bajate y tirá un diamante al mar. Van a venir las olas bramando, enojadas, y aunque te tape l'agua, cerrá la mano y poné el dedo chico así, estirau, el dedo de la mano del corazón. Vino la ola. El hombre hizo con la mano y el dedo lo que el potrío le dijo, pero no salió el anío. Entonce el potrío le dijo:

-Tirá otro diamante y esperá, esperá con el dedo estirau.

Vino otra ola más brava de la mar, y el hombre volvió a poner la mano como le había ordenado el potrío, y tampoco salió el anío. Entonce el potrío oscuro le dijo:

-No te murás, y tirá el último diamante y poné la mano y cerrá los ojos, que si no sale 'tamos perdidos.

Se vino una ola más brava que las otras. Estiró la mano con el dedo tieso y cerró los ojos como le ordenaba el potro oscuro, cuando, de repente,

sintió en el dedo chico una cosita que le ajustaba el dedo. Al irse l'ola, saca la mano y se encontró con un precioso anío en el dedo. Áhi no más saltó a caballo y se jue a la casa 'el Rey, y le llevó el anío. Él se puso muy contento y le dijo:

-Me has tráido la pluma di oro y el anío, agora me vas a traír la hija que me llevaron los moros.

Salió llorando otra vez, el hombre, y el potrío oscuro le dice:

-¿Porque llorás, llorón?

-¡Cómo no voy a llorar, si el Rey me dijo que l'hi tráido la pluma di oro y el anío, que agora le tengo que tráír la hija que le llevaron los moros!

Entonce el potrío le contestó:

-¿No te dije que a causa de esa pluma te ibas a ver perdido? Pero no se te dé cuidau. Andá y pedile al Rey una bolsita di oro, y subí y vamos.

Y así lo hizo. Le dio el Rey la bolsita con oro y se jueron. Cuando llegaron a la casa de los moros, éstos 'taban con una gran carrera. Se paró el hombre y le dice el potrío:

-Mirá, hacete el que vas pasando y te parás a ver las carreras. Los moros te van a mirar a vos y a mí y te van a proponer —539una carrera. Vos deciles a los moros que se te alleguen, que le corrís al mejor caballo que tengan. Que lo corra un chico, que apostás la bolsa di oro que llevás, y se la mostrás a la bolsa. Ellos, como son tan interesados y envidiosos te van a acetar. Ellos van a poner a la niña, hija del Rey vestida de varón, de corredora. La tienen para hacer correr los caballos, porque es muy buena jineta. Mientras arreglen los caballos pa la carrera, vos le das a la niña este papelito, sin que te vean los moros.

En el papelito le decía que venía a llevarla adonde 'taba el Rey, su padre, y que ante de la mitá de la carrera, saltara en las ancas de su caballo, que no la iban a ver los moros. Se arregló todo y se jueron a correr la carrera. Y así jue, que a la mitá de la carrera él se arrimó ande iba la niña, y entonce la niña saltó a las ancas del potro oscuro y disparó tan ligero, a toda la furia, que pasó por medio de los moros y ni la vieron. Llegó al palacio y le entregó la niña al Rey. El Rey hizo grandes fiestas. Tuvieron tres días de grandes comilonas. Y en todas partes comían, tomaban y bailaban por la venida de la hija 'el Rey. Entonce el Rey le dijo al hombre:

-Me has tráido la pluma di oro, me has tráido al anío, me has tráido m'hija que me llevaron los moros; agora me vas a tráír el que jue el dueño de la pluma di oro.

Salió llorando el hombre y le dijo el potro:

-¿Porque llorás, llorón?

Él le contestó:

-Porque el Rey me dice que l'hi tráido la pluma, el anío, la hija y que tengo que traíle el dueño que jue de la pluma di oro.

-Yo te dije que a causa de esa pluma t'ibas a ver perdido. Pero, no se te dé cuidau, yo te voy a salvar. Andá pedíle al Rey un cordero gordo y te vas ir allá lejos, ande hay un cerro.

Y así lo hizo. Cuando llegaron al cerro, le dijo el potro:

-Andá a esa plaíta²⁴⁵. Sacále el cuero al cordero. Vos te vas a hacer chiquito y envolvéte con el cuero, la carne para ajuera. Tate listo con las manos, para agarrar todos esos pájaros que andan volando que se van a

bajar a comerte, creyendo que sos —540 una osamenta, pero no tengas miedo. Ninguno te va a tocar hasta que no venga el Rey de todos ellos. Cuando vos vias que viene un pájaro que brilla más que el sol, ése es el dueño de la pluma. Se va a bajar a comerte los ojos, que ésa es su presa. Cuando te vaya a picar, cazalo de la pata, y no lo vas a ir a soltar aunque te piquen todos los otros pájaros. Yo te voy a defender. El hombre hizo todo lo que le dijo el potrío. Se envolvió con el cuero y se puso a esperar. De repente vio que venía un pájaro que brillaba más que el sol. Áhi no más se preparó. Cuando bajó y jue a comerle los ojos, lo agarró de las patas. El pájaro se puso furioso y tironiaba por irse. Entonce se puso oscuro. Como una nube de los otros pájaros se allegaron a defender su Rey. Gracias al potrío oscuro que los corrió a todos, se salvó, y pudieron irse llevando al Rey el pájaro de las plumas di oro. Ya llegaron, y el Rey se puso muy contento con el pájaro. Entonce le dijo: -Me has tráido la pluma, el año, m'hija, el pájaro de plumas di oro. Agora me vas a tráir vivo o aunque sea la cabeza, del caballo de siete colores que andás buscando. El hombre, entonce, salió llorando de verse de tan mala suerte. El potrío, cuando lo vio, le dijo: -¿Porque llorás, llorón? -¡Cómo no voy a llorar, si el Rey, me ha dicho que ya le traje la pluma di oro, el año, l'hija y el pájaro de plumas di oro, que tengo que trailo vivo, o la cabeza, del caballo de siete colores! -¿No te dije que a causa de esa pluma te ibas a ver perdido? Pero no se te dé cuidau. Pedile al Rey una espada que corte un pelo en el aire. Andate a aquel campo. Hay un corral. Desensillame, largame en el corral. Ponete vos al lau de la puerta. Yo voy a ver si lo puedo tráir. Lo voy a llamar. Andá por acá, por este campo. Lo que vaya a entrar al corral, le cortás la cabeza; no le vas a errar. Se jue al corral el hombre y lo largó al potrío oscuro. Éste principiú a relinchar pal lau 'el campo, y a trotar adentro 'el corral. A la tarde le dijo el hombre: -No contesta el caballito de siete colores.

—541

En la noche, vuelve a seguir relinchando con más bríos, el potrío oscuro, y trotando en el corral mirando hacia unas sierras que había enfrente, cuando, de repente para l'oreja y le dice al hombre: -Siento que me contesta el caballito de siete colores, pero muy lejos. Y sigue relinchando el potrío oscuro con más juerzas, y trotando en el corral. Al otro día de mañanita, le dice: -Aprontate, que viene el caballito de siete colores con las yeguas de su tropa. Son las potrancas que nacieron de aquellas que te dio el viejito y que vos matastes. Viven con él, agora. Ya vienen llegando. El caballo de siete colores viene furioso. No le vas a errar porque los va a matar a los dos. El hombre 'taba escondú, haciendosé chiquito atrás de la puerta del corral. En cuantito asomó la cabeza el Caballito de siete colores, se la cortó en el aire. Las yeguas se alzaron al campo. Ya contento, el hombre, ensilló el potrío oscuro y se jue al palacio del Rey con la cabeza del Caballito de siete colores. Entonce el Rey le dijo:

-Me has tráido la pluma di oro, el anío, m'hija, el pájaro de plumas di oro y la cabeza del Caballo de siete colores; vos debís ser un brujo. Te quedás acá descansando, hasta que yo te mande.

El hombre, entonce, que pensaba en su mujer, que no sabía lo que estaría pasando y viendo que el Rey lo iba a hacer matar, salió llorando amargamente. El potrío oscuro lo que lo vio le dijo:

-¿Por qué llorás, llorón?

Y el hombre le contó todo lo que le había dicho el Rey. Entonce el potrío le dijo:

-No se le dé cuidau.

Se quedaron áhi. Entonce vieron que el Rey mandó trair cinco carradas de leña y formar con la leña como una casa, en una playa que había cerca del palacio. Entonce mandó el Rey —542que adentro lo ataran al potro oscuro y al hombre, para prenderles juego. El potro oscuro le dijo al hombre:

-Pedíle al Rey veinte varas de bramante sin pecar, y que cuando los estén quemando, que toque la banda de música. Con el bramante envolvete vos y envolveme a mí y dejá que los prendan juego.

El Rey le dio al hombre todo lo que pedía. El hombre se envolvió él y lo envolvió al caballo con el bramante sin pecar. En la noche les hizo prender juego por todos lados, y los negros esclavos cuidaban para ver que se quemen completamente. La banda de música tocaba a todo lo que daba. A medida que se iba quemando la casa de leña, se iba haciendo un palacio mejor que el palacio del Rey. Al otro día, amaneció un palacio lleno de lujo, y adentro, el hombre, la mujer d'él, el viejito que le dio las yeguas a pasto al hombre y el potrío oscuro. Entonce, el viejito de las yeguas, le dijo al hombre:

-Yo soy Dios y este potrío oscuro es un ángel, mandado por la Virgen para ayudarlos a ustedes que son tan güenos y merecen la protección mía y de la Virgen. Ya tienen este palacio, lleno de todo y con riquezas que les van a durar toda la vida. No se tienen que preocupar por nada.

Y cuando dijo esto el viejito, él y el potrío oscuro se convirtieron en dos palomitas y se volaron al cielo.

El hombre y la mujer lloraban de alegría. Hicieron una gran fiesta que duró muchos días. El Rey se hizo amigo de ellos y se dio cuenta que todo lo que el hombre hacía era con la ayuda de ese ángel que le mandó la Virgen. Y los dos, el marido y la mujer, vivieron muchos años, muy felices.

Y entró por un poronguito roto,
para que usté me cuente otro.

José María Carrizo, 76 años. La Cañada. La Capital. San Luis, 1926.

El narrador, campesino rústico, aprendió este cuento de la madre, curandera de La Cañada, La Capital, que murió hace algunos años.

Mi padre lo oyó contar en La Lomita, actual Lafinur, Junín, San Luis, más

o menos en 1888, a un viejo y famoso narrador de esa región nortea llamada Antonio Gil.
Es una variante de nuestro cuento tradicional.

—543

1068. Los hermanos malos

CÓRDOBA

Que eran unos viejitos que tenían tres hijos y eran muy pobres. El hijo mayor dijo que iba a salir a rodar tierra y a buscar trabajo. Entonces el del medio dijo que él también se iba. Y salieron de viaje los dos. El más bueno de los tres era el hermano menor, pero los mayores le tenían envidia y no lo querían. Cuando se fueron los hermanos mayores, pidió permiso el menor para ir, pero los padres le decían que era muy chico, que le podía pasar algo. Y esto era porque los viejitos sabían que los hermanos mayores no lo querían. Al fin lo dejaron ir porque tanto rogó él. El hermano menor los alcanzó a los mayores en el camino y éstos le hicieron de todas las maldades, pero él siguió. Llegaron a la casa de un Reis muy rico y ahí les dieron trabajo. Al chico le tenía simpatía este Reis, entonces los hermanos trataron de malquistarlo. Un día van y le dicen al Reis, que el hermano menor se había dejado decir que él era capaz de traerle la hija que le había robado el Reis Colorado. Que ese reino quedaba al otro lado del mar. Entonces el Reis muy contento lo llamó al chico y le dice:
-Que usted se ha dejado decir que es capaz de traerme mi hija, y palabra de Reis no puede faltar, tiene que cumplir.

—544

Y le dio plazo de quince días para que la trajera y de lo contrario le cortaba la cabeza. Y lo mandó que elija el caballo que quisiera en el corral. El pobre muchacho se fue muy afligido y entró al corral a elegir caballo. No hallaba qué elegir, y en eso pasa cerca una yegüita flaca y sintió que le dijo:
-Llévame a mí.
Entonces dio una vuelta para disimular y agarró la yegüita flaca. La llevó. Llegando a su casa, la yegüita le dijo que no se aflija, que ella lo va a ayudar. Que se haga preparar para el viaje una tortilla al rescoldo de diez arrobas. Y al día siguiente sale en busca de la hija del Reis. Y cuando va muy lejos, en medio de una montaña de árboles, encuentra un gran hormiguero, donde había muchas hormigas que las llevaba el viento. Entonces la yegüita le dice que le dejara la mitad de la tortilla. Al dejarle esto, sale un hormigón y le agradece, diciéndole que cuando en algo lo necesite, que diga, «el hormigón más grande que hay en el mundo», y en seguida iba a

'tar ahí, y que en algo lo iba a ayudar. Más adelante encontraron otro hormiguero donde dejaron la otra mitad de la torta.

Llegando a la orilla del mar, ven que una ola había tirado un pescado afuera del agua, el cual ya 'taba moribundo. Se bajó el muchacho y lo tiró al agua. Reacciona el pescado y sale contento, y le dice, que cuando por algo se vea en apuro, que diga. «Dios y el pescado más grande», y ahí estará él, y en algo le iba a ayudar.

Entonce la yegüita le dice que cierre los ojos y que no los abra hasta que ella no le diga. Y cuando la yegüita le dijo que abriera los ojos, ya 'taba al otro lado del mar. Y ése era el reino del Reis Colorado, el que había llevado la Princesa hija del Reis Blanco.

Siguieron, y llegan a una reunión de carreras. Que al Reis Colorado le gustaban mucho las carreras.

El muchacho desafió a jugar una carrera. No faltó quien le dijo al Reis que había un desafío. Entonce viene y le dice que por cuánto quiere correr. Entonce le dice que le corre por una —545carga de plata. Y como al Reis le parecía poco, le dice que corran también a perder los caballos. Cuando vio esa yegüita tan flaca, pensó que le ganaba lejos. Se hizo la carrera. En el caballo del Reis iba a correr la niña hija del Reis Blanco, de adonde venía el mozo.

Y largaron la carrera. Y en un descuido, el mozo le había dicho a la niña que la venía a llevar. Y salieron corriendo. Corrían los dos caballos muy ligero y se perdieron de vista de la gente. Y el mozo la alzó a la niña, la puso en las ancas y siguió solo hasta la oría del mar.

Cuando llegaron al mar, le vendó los ojos de la niña con un pañuelo y él cerró los ojos. La yegüita los pasó al otro lado. Al cruzar el mar se le cayó un anillo a la hija del Reis.

Y llegando, ya de vuelta, le entregó la hija al Reis, estando éste tan contento por haber creído imposible que ese chico, en ese animalito tan flaco, pudiera rescatar su hija. El Reis le agradeció mucho y se puso a sus órdenes.

Más envidia les dio a los hermanos cuando se enteraron de lo sucedido, pero cuando supieron lo del anío que se le había perdido a la Princesa, le fueron a hablar al Reis.

Se presentaron al palacio y le dijieron al Reis que el hermano se había dejado decir que era capaz de traer el anío que perdió la Princesa al pasar el mar.

Entre ellos decían:

-Ahora lo hacemos matar a éste.

El Reis lo llamó y le dijo que él se había dejado decir que era capaz de traer el anío que la hija perdió al pasar el mar.

Él le dijo que no había dicho eso, ni capaz lo era tampoco. Entonce el Reis le dijo que tenía tres días de plazo y de lo contrario sería

fusilado.

Se fue muy triste el chico a la casa y se puso a llorar. Entonce la yegüita le dice que por qué lloraba y él le contó lo que le pasaba. La yegüita le dijo que no se afligiera, que al otro día temprano saldrían en busca del anío. Entonce le dice:

-¿Se acuerda del pescado que le salvó la vida? Éste los ha de ayudar.

Y entonces el joven se puso contento.

Llegaron a la orilla del mar y el joven dijo:

-Dios y el pescado más grande, que ahora lo necesito.

Al momento apareció. Pega un colazo al pescado y dice:

-¿En qué puedo ayudarlo?

Entonces le dice que andaba en busca de un anillo de la Princesa, perdido en el mar. El pescado toca una corneta, y se amontonan muchos pescados, y él les pregunta si alguno no ha encontrado el anillo de la Princesa perdido en el mar. Respondieron que ninguno, pero que faltaban tres pescados. Y como siguiera tocando la corneta, se presentó uno de los pescados, el cual estaba con sueño y un poco emborrachado. Al ser interrogado por el pescado grande adónde había andado y si había visto el anillo perdido, dijo que sí, que había estado en unos novios y que la novia tenía el anillo. Le ordenó el pescado grande que traiga ese matrimonio. Llegaron los dos pescados y la novia entregó el anillo. Entonces el pescado grande se lo dio al mozo y se despidieron, y él se fue.

Llegó hasta el Rey y entregó el anillo y el Rey se quedó asombrado de que pudiera hacer esta prueba tan difícil este mozo.

Más envidia sintieron los hermanos que no sabían cómo hacerlo matar.

Después de pasar un tiempo, el Rey tenía una gran cosecha de trigo y la gente le faltaba, y se le iba a perder en buena parte. Aprovechando esto los hermanos se presentaron al Rey y le dijeron que el hermano se había dejado decir que él era capaz, solo, de cortar el trigo y emparvarlo en tres días.

Lo llama el Rey nuevamente y le dice que por última vez tendrá que cumplir con lo que ha dicho, que él se ha dejado decir que en tres días le cortará el trigo y se lo daría emparvado, y que de lo contrario le haría cortar la cabeza.

Vuelve a su casa el muchacho muy triste, llorando al ver su poca suerte.

Entonces la yegüita se allega y le dice que qué le pasaba.

-Qué me va a pasar -le dice-. Que mis hermanos han vuelto a engañar al Rey diciéndole que yo me he dejado decir —547que soy capaz de cortar y de emparvar el trigo en tres días. Y me van a cortar la cabeza porque yo no soy capaz de hacerlo.

Entonces la yegüita le dice que no se aflija, que se recuerde de las hormigas que lo pueden ayudar. Entonces se fueron a los hormigueros. Y ahí dijo:

-Dios y el hormigón más grande, que en estos momentos lo necesito.

En seguida vino el hormigón. Él le dijo lo que le pasaba, y el hormigón le dijo que no se aflija por eso.

En seguida llamó a las hormigas grandes y chicas y el hormigón les ordenó lo que tenían que hacer.

Las hormigas llegaron a las chacras y empezaron a cortar el trigo desde el centro, de modo que a las orillas no se notaba nada. Nadie se daba cuenta del trabajo y los hermanos esperaban que esta vez lo mataran al chico.

Antes de llegar el plazo fijado por el Rey, entregó el trabajo listo, ayudado por las hormigas.

Salido de este trance tan apurado, se despidió del Rey y llega a su casa muy contento.

Al otro día muy temprano, cuando va a darle de comer a la yegüita, ésta le

dice:

-Mirá, tenemos que hacer algo para que tus hermanos dejen de buscar ocasión de hacerte matar. Presentate ante el Reis y decíle que tus hermanos se han dejado decir que son capaces de atajar la bala del cañón que él tiene, por ser éste de poca potencia y muy débil.

Y entonces el muchacho fue y le dijo al Reis. El Reis los llamó y les dijo esto, y dijo que palabra de Reis no puede faltar, y que tenían que demostrar lo que habían dicho. Ellos se dieron cuenta, entonces, que 'taban pagando su maldá.

Al otro día temprano los pusieron frente a la boca del cañón, y al hacer la descarga fueron hechos pedazos.

El Reis lo llamó al muchacho valiente y le dijo que quería que se casara con la Princesa porque él la había salvado. Y se hizo la boda con una fiesta que duró una semana.

—548

Entonces la yegüita le dijo al mozo que ella era un ángel, que lo había venido a salvar de sus hermanos. Le dijo que le haga traer una fuente con agua y una sábana sin pecar. Y cuando le trajieron esto, la yegüita se revolcó en la sábana mojada y se convirtió en una palomita, y se voló al cielo dejándolo feliz al mozo.

Pascual Vivas, 40 años. El Pedacito. Villa General Mitre. Córdoba, 1952.

1069. El potrillo de siete colores

ENTRE RÍOS

Señor comisario:
aquí me manda el sargento
que le haga este cuento.

Dice que éste era Dios y que tenía un chico para que le cuidara cinco yeguas que tenía. Todos los días lo mandaba a cuidar estos animalitos y le daba un poronguito de agua y un pedacito 'e pan. Salía a la madrugada y a la noche venía con las yeguas a las casas. Las encerraba ahí. Todos los días hacía lo mismo. Le daba el poronguito de agua y el pedacito 'e pan, y tomaba agua y comía pan todo el día y no se terminaba nunca. Y un día que le dice Dios:

-M'hijo, no te preciso más. Te voy a regalar las cinco yeguas -dice que le dice-. Vos te vas adonde Dios te ayude. Yo ya no te puedo tener más.

Y bueno, él dice que le dijo.

-¿Por qué no me da el poronguito y el pedacito 'e pan, en vez de las

yeguas?

Y entonces que le dijo que no, que le daba las cinco yeguas no más. Dice que le dijo que dos 'taban preñadas.

-Esa rosilla va tener un potrillito de siete colores y esa otra tostada va a tener uno más lindo que una flor. Pero vos no vaye a agarrá el más lindo que una flor. Agarrá el de siete colores.

—550

Y güeno se jue con las cinco yeguas.

Y por áhi, como a unos cuatro o cinco días tuvieron hijos las yeguas. Dice que uno de los potrillos era de siete colores y el otro era más lindo que una flor. El de siete colores dice que era todo arruinado, todo. Y el más lindo que una flor, que era más arpisto²⁴⁶, mas liberal²⁴⁷, más ligero y más potro malo. Él quiso agarrar el más lindo que una flor y no pudo porque dice que el potrillo que agarró, les pegó unos mordiscos y unas patadas a las yeguas y se las llevó. Y sigue él con el potrillo de siete colores no más. Y se jue con el potrillo. Marchó en el potrillito. Y di a ratos subía en el potrillito y di a ratos caminaba. Por áhi entraron a un monte y encontraron una pluma muy linda, que brillaba y parecía di oro. Y dice que la levantó. Y el potrillito que le dice:

-No la levante mi amo.

Y el muchacho si asustó y la tiró. Pero después que dice:

-Qué sabés animalito, vos -y la volvió a levantar.

-No sea porfiáu mi amo, no la levante que va a ser para nuestra perdición.

Y la llevó no más el muchacho.

-Bueno, mi amo, ya va a ver usté -le dice el potrillito.

Y el muchacho se puso la pluma en el sombrero y marchó.

Llegaron a un pueblo. Iba pasando el muchacho por la casa de un Rey que tenía una hija. Y la hija que 'taba en una ventana mirando pa la calle y ve que el muchacho llevaba esa pluma tan linda. Y entonces que va corriendo y le dice al padre:

-Papá, papá, mire ese mozo, qué linda pluma lleva. ¿Porque no lo llama y le sale a comprá?

Y el Rey dice que salió y lo llamó.

-Mozo, qué linda pluma ésa, ¿porqué no me la vende?

-Qué se la voy a vender, tome, se la regalo, para qué la quiero yo -dice que le dice.

—551

Y la muchacha que era de má regalona; la quería de má el viejo. Y que el muchacho sigue viaje. Se jue a una herrería. Pidió trabajo y le dieron trabajo.

Y como al mes que la muchacha le dice al padre:

-Papá, qué lindo sería si pudiéramo tené el pájaro dueño de la pluma. Cómo será de lindo.

Y entonces que dice:

-Qué, m'hija, ese pájaro habrá ido pasando por áhi y habrá perdido esa pluma. Quién sabe de ánde será.

-¿Por qué no lo manda a buscar a ese mozo? ¿Por qué no lo manda a llamar pa que busque el pájaro?

Y el Rey que dice:

-Qué lo va a encontrar. Quien sabe dónde andará el pájaro ése.

Y se puso a llorar la niña y que le dice:

-Usté no me quiere má a mí.

Tanto embromó que le dice:

-Bueno, lo voy hacer llamá.

Y depués dejó de llorar. Y lo mandó a buscar al muchacho el Rey y dice que le dice el muchacho:

-¿Qué quiere, señor Rey?

-Quiero que me traigás el pájaro dueño de esta pluma, que le dice.

-Qué lo voy a trair, quién sabe dónde 'tá el pájaro. Y güeno, voy a ver.

Y se jue ande 'taba el potrillo y que le contó al potrillo lo que le dijo el Rey y áhi le dijo el potrillo:

-¿Vio, mi amo? No le dije que esa pluma iba ser para nuestra perdición.

Y que le dice al muchacho:

-Pedile un pañuelo grande de algodón, sin pecar²⁴⁸.

—552

Y le dio el Rey el pañuelo, y marcharon los dos. Y se fueron lejo ande había un monte grande y que había unas piedras grandotas. Y que cuando iba cerca que le dice el potrillo:

-Bajesé, amigo, y vaye en aquellas piedras. Áhi hay dos moros y en el medio 'tá el pájaro de la pluma ésa. Vaye despacito, no haga ruido, que si lo oyen somos perdidos los dos. Y fijesé, diz que le dijo -si 'tá con los ojos abiertos y las alas caídas, arrimesé, y lu envuelve bien en el pañuelo que no vaye a aletiar. Si está con los ojos cerrados, no se vaye arrimar -que le dijo.

Y el muchacho jue, si arrimó, que 'taba con los ojos abiertos y las alas abiertas. Eso era que 'taba dormido. Y llegó despacito y envolvió el pájaro y disparó. Y al ratito no más mira pa atrás, y venían los moros; venían como una tormenta punta de piedra y fuego. Y ellos dispararon. Y venían cerquita, pero no los pudieron alcanzar. Y güeno, cuando 'taban a salvo, que le dice el potrillo:

-Güeno, d'esta nos salvamos, pero tuvimo gran peligro.

Y güeno, lo llevó al pájaro viejo²⁴⁹, ése, al Rey.

La muchacha 'taba lo más contenta y le dice al padre:

-¿Ha visto, papá, cómo lo encontró? -le dice.

Y áhi se jue el muchacho otra vez a trabajar. Y diz que como al mes se le antoja a la muchacha que el muchacho traiga las cinco yeguas y que le dice al Rey:

-Papá, qué lindo sería si este mozo trajiera las cinco yeguas que le dio el viejito.

Y dice que le dice:

-Pero, qué las va a trair. ¡Quién sabe ánde andarán!

-Y así como trajo el pájaro puede trair las yeguas.

Y ya sé puso a llorar ella y le decía que no la quería. Y entonce el Rey lo mandó llamar al muchacho. Y le dice el muchacho:

-¿Qué quiere, señor Rey?

—553

-Que me traigás las cinco yeguas que te dio el viejito cuando te juiste de la casa.

-¡Qué se las voy a trair! ¡Ande andarán!

-Así como trajiste el pájaro podés trair las yeguas.

-Y bueno -dice-, voy a ver, y jue a consultar con el potrillo.

Y el potrillo le dijo:

-Digalé que sí.

-Se jue y le dijo al Rey que sí las iba a trair a las yeguas.

Y se jueron los dos con el potrillo, y jueron lejo, lejo. Y dice que le dice:

-Vayesé, amigo. Vaya a tal parte. Áhi tan encerradas las yeguas en un corral. Tome este pelito pa que les pegue. Yo voy a pegar tres relinchos, pa que usté las saque. El potrillo más lindo que una flor está encerrau con las yeguas en un corral con un portón de fierro. Cuando yo pegue el tercer relincho, al último, va a pegar la pechada al portón y lo va tirar al suelo el potrillo más lindo que una flor. Usté tirelé este pelito, tirelé a partirlo, no le vaye errar.

Y se jue el muchacho y se puso al lado del portón de fierro. Y entonce el potrillo de siete colores pegó un relincho por allá, lejo. Y entonce, el potrillito más lindo que una flor levantó la cabeza y empezó a inquietarse. Entonce pegó otro relincho más cerca el potrillito de siete colores, y el otro les pegó unas patadas y unos mordiscos a las yeguas y las arrinconó en un rincón del corral. Y entonce ya pegó otro relincho más cerquita. Y el otro que vino con toda furia y le pegó un pechazo al portón y lo hizo mil pedazos. Entonce el muchacho le tiró con el pelito ése y se volvió una espada grandota el pelo ése y lo partió por la mitá. Entonce se vino el potrillo de allá y se llevaron las yeguas. Y áhi se las llevaron al Rey viejo.

Y ya llegaron y la muchacha 'taba contentísima con las yeguas. Y las echaron al campo.

-¿Viste papá cómo las trajo? ¿No te decía yo que las iba a trair?

Y se jue el muchacho ande 'taba trabajando.

—554

Y güeno, como al mes, dice que le dice la hija al Rey:

-Papá, ¿te acordás de aquel anillo que lo perdí en el mar cuando tenía catorce años? Este muchacho es capaz de trairlo.

-Pero, ¿vos sos loca? ¡Cómo lo va tráir! Adónde lo habrá lleváu el agua, adónde lo habrá enterrau en l'arena.

-Pero, qué no lo va a tráir. ¿Cómo trajo las yeguas y el pájaro? Que ni sabían ánde 'taban y los trajo.

Y ya se puso a llorar y a decir que no la quería. Bueno, y entonce lo mandó a llamar al muchacho otra vez.

Y el muchacho que dijo:

-Qué cosa que no me dejan trabajar tranquilo. ¿Qué será ahora?

-Vio, mi amito -que le dice el potrillo-, ¿no le dije que no levantara la pluma ésa y usté me dijo que yo no sabía nada? Eso es para que vea.

Y bueno, se jueron a la casa 'el Rey. Y le preguntó qué quería.

-Quiero que me traigás un anillo que perdió m'hija en el mar cuando tenía catorce años.

-Pero, ¡qué lo voy a encontrar! ¡Quién sabe cómo lo voy a tráir!

-Así como trajiste el pájaro y las yeguas.

-Y güeno, voy a consultar.

Y entonce le consultó al potrillo y que le dijo:

-Decí que sí y pedile al Rey un litro de leche y una sábana sin pecar y

una pala.

Y güeno y se jue al Rey y le pidió todo eso y el Rey se lo dio. Y se jueron. Por allá, cerca del mar que le dijo:

-Cavá acá un pozo hondo, que te tape.

Y entonce cavó y cavó hasta que lo hizo del alto de él.

Y bueno, cuando estuvo que le dijo:

-Metete adentro. Y no vaye salir hasta que yo te llame, hasta que yo te pegue un relincho, si no somos perdidos los dos.

Y el muchacho se metió y se quedó adentro. Eran como las diez de la mañana y el agua le daba a la rodilla y el potrillito —555no aparecía. Y a la una ya le daba a la cintura. Y él desesperado levantaba los talones y no veía nada. Y a las seis ya le dabas a los hombros y no aparecía el potrillo. Y el sol se entraba y no aparecía. Y ya cuando 'taba anocheciendo él que 'taba con l'agua al cuello y entonce sintió un relincho y áhi no más pegó un salto y salió. Y corrió ande 'taba el potrillo que venía ¡pobrecito!, con las tripas a la rastra.

-Bañame con la leche y envolveme con la sábana -le dijo.

Y güeno, lo bañó bien con la leche y lo envolvió con la sábana. Y bueno, que le dice:

-Agarre el anillo que traigo en la boca y envuelvelo bien, que no se te vaye a perder.

Entonce lo agarró, lo envolvió bien y lo ató. Como a la media hora el potrillo se levantó, se sacudió y 'taba sanito. Entonce marcharon y jueron a la casa del Rey. Llegaron ya de noche. Y le entregaron el anillo al Rey y se lo dio a la hija. Y ella se lo ponía en los dedos y no le quedaba bien en ninguno. Y entonce el muchacho se jue a trabajá otra vez.

Después de un mes que le dice la muchacha al Rey:

-Papá, qué lindo sería si este mozo nos trajiera el poronguito de agua y el pedacito de pan que le daba el viejito.

-Pero qué lo va a tráir.

-Sí, lo puede tráir como trajo el pájaro, las yeguas y el anillo.

Y entonce ya se puso a llorar y el Rey lo mandó a llamar al muchacho. Y vino el muchacho y le dijo el Rey que tenía que tráir el poronguito y el pedacito 'e pan. Y él que dice:

-Qué lo voy a tráir si ni a mí me lo quiso dar. Pero voy a consultar.

Entonce el potrillito le dice que le diga que sí, pero si él le da un ojo de su cara y un ojo de la cara de la hija. Y güeno, va y le dice:

-Güeno, los voy a tráir al poronguito y al pedacito de pan con una condición: que usted me dé un ojo de su cara y un ojo de la cara de su

hija.

—556

-No, no, entonce dejalo no más.

Y así se jue él tranquilo, el mozo.

Y güeno, al mucho tiempo le dice a la hija:

-M'hija, este mozo te ha tráido todas esas cosas que nadie en el mundo te la iba a tráir. ¿Por qué no te casás con él?

-Y güeno -le dijo la muchacha-, si usted quiere yo me caso.

Y el Rey lo llamó al mozo y le dijo que la hija se quería casar con él.

Entonce él decía que era un pobre trabajador, que cómo podía casarse con la hija del Rey.

-No, no es nada. Vos le has traido tantas cosas que ella quería...
Y le dijo que le iba a dar casa y mueble y le dio plata pa que compara
ropa. Y se casó con la hija del Rey.

Y al caballito lo tenía en un galpón y lo cuidaba muy bien. Y un día le
dice:

-Bueno, mi amo, yo soy un ángel que Dios me mandó pa que yo lo salve de
todos los peligros que tuvo. El potrillo más lindo que una flor era el
Diablo. Ahora yo me voy. Ya 'ta casau y tranquilo.

Y el potrillito se volvió una palomita y se voló, y el mozo se quedó
llorando. Lo alcanzó a cazar de la solita y li arrancó la colita; por eso
son colinchitos²⁵⁰ todos los angelitos.

Y planté una planta 'e poroto
para más después contarle otro.

Dora Pasarella, 30 años. Villaguay. Entre Ríos, 1959.

—557

1070. El caballo de siete colores

NEUQUÉN

Éste era un viejo y una vieja que tenían tres hijos. Uno se llamaba Pedro,
el mayor, el otro Juan y el otro Manuelito.

Tenían una sementera de trigo. Entonces mandó el padre a Pedro a cuidar la
sementera en la noche porque había un animal cebado. Pedro se quedó
dormido y el caballo entró y comió.

Al otro día mandó a Juan. A Juan le pasó lo mismo. Se quedó dormido y el
caballo comió también igual.

Entonces Manuelito le dijo que lo mandara a él por ser el menor. El padre
no quería y él se puso a llorar. Entonces le dijo el padre:

-Tus hermanos, los mayores no hicieron nada, y vos qué vas hacer.

Él se puso a llorar y le dijo:

-Voy no más, papá. Déme un lazo y una guitarra.

El padre le dio el lazo y la guitarra y le dijo que si no le traía el
caballo lo azotaba.

Y se fue Manuelito pa la sementera y se puso a cantar con el lazo armao,
en el paso que entraba el caballo. Cuando sintió el ruido dejó de tocar la
guitarra. Entró el caballo y lo cazó. Era un caballo de siete colores.

—558

Le dijo el caballo a Manuelito:

-Largame.

-No te largo -le dijo Manuelito- porque mi papá me va castigar.

Entonces el caballo le dijo:

-Bueno, largame no más porque yo soy un ángel del cielo.
-No te largo -le dijo Manuelito- porque mi papá me va castigar.
-Bueno -le dijo entonces el caballo- si es así, llevame. Cuando tu papá me quiera pegar a mí, vos me largás. En los apuros que vos te viás yo te favorezco.
Manuelito ha llegao con el caballo. El padre se enoja con los otros muchachos y los castiga.
En la tarde los dos muchachos, Pedro y Juan, le pidieron la bendición al padre para salir a caminar. El padre se las ha dao. Al otro día se jueron. Manuelito desde que se fueron los hermanos comenzó a pedir la bendición también al padre por ser hombre y por saber. Los padres no querían. Él se puso a llorar. Quería alcanzar a sus hermanos. A los tres días le dieron la bendición. Al dentro el sol alcanzó a sus hermanos. Entonces dijo Pedro, el mayor:
-¿Qué no es Manuelito aquel que viene allí, hombre?
Entonce Juan le dice:
-Qué va ser. Pedro le dice:
-Sí, es él.
Bueno, ya cuando los alcanzó les dijo:
-Buenas tardes, hermanos.
Ellos los saludaron muy tranquilos, pero ellos estaban con la idea de matarlo. Al otro día siguieron viaje. Llegaron a un monte. Ahí se dedicaron a vivir los tres.
Entonces Pedro y Juan salieron a cazar para vivir de la caza y Manuelito quedó cuidando la casa y que les tuviera qué comer y sin darle nada y le dijieron:
-Y si no nos tenís qué comer, te cortamos el cogote.
—559
Áhi dijo Manuelito:
-Caballito de siete colores, cuando vengan mis hermanos cerca, que se preparen tres ollas de comida de las mejores que haiga en el mundo. En seguida estuvieron las ollas de comida.
Juan le dijo a Pedro:
-Qué vamos hacer con éste, la comida la tuvo sin darle ninguna cosa.
Juan le dijo:
-Mirá, parece que éste nos va a matar a nosotros antes que nosotros lo matemos a él.
Pedro le dijo que no.
Al otro día le dijo Pedro:
-Levántate, Manuel y vas a ir a buscar una vaca gorda que hay en el monte. Había muchas fieras. Entonces, Pedro dijo:
-Lo van a tener que matar las fieras no más.
En la tarde Manuelito llegó con la vaca gorda. En la noche Juan le dijo otra vez a Pedro:
-Manuelito nos va a matar a nosotros.
Pedro le dijo que no. Le dijo:
-Mirá, allí hay una vieja bruja. Con ésa lo vamos hacer matar.
Al otro día, en la mañana, se levantó Pedro y Juan, y fueron a donde la vieja bruja y le preguntaron qué harían ellos para matar a Manuelito. La vieja bruja les contesta que es la cosa más fácil, que le roben una

prenda en la noche y se la lleven a ella. Entonces ella, con esa prenda, lo echaba al palacio del Rey en la misma noche.

Manuelito, cuando recordó²⁵¹ al otro día, se encontró en la casa del Rey, no tuvo más que acordarse del caballito, y le dice:

-Caballito de siete colores, favoreceme.

—560

El caballo puso el lomo y lo sacó a Manuelito.

Al otro día, en la mañana, cuando recordó, Pedro miró a Manuel.

-Ya lo llevaron -le dijo a Juan.

Acababa de decirle, cuando Manuel se presentó en la puerta. Entonces le dijeron que hiciera juego.

Y volvió a decir Juan a Pedro:

-Éste nos va a matar.

Pedro le dijo que no.

-Tenimos que matarlo -volvió a decir Juan-. Hoy vamos a hacer una casa de puras pajas y le vamos a decir que duerma ahí, en esa casa, y con la misma vieja bruja y lo vamos hacer encender la casa.

Y en la noche, cuando estaba durmiendo, se recordó, y la casa estaba toda encendida, y él se acordó del caballo:

-Caballito de siete colores, favoreceme.

En seguida el caballito puso el lomito y lo sacó del fuego. Al otro día, en la mañana, cuando llegaron los hermanos, Manuelito les tenía el desayuno hecho. Y ahí le dijo otra vez Juan a Pedro:

-Éste nos va a matar.

Áhi ya supo Manuelito de una princesa, que el que le pegara con una manzana de oro en la frente, tres veces, en la frente, pasando a toda carrera a caballo, se casaba con ella. Entonces le dijo al caballito de siete colores:

-Que se presente un caballo más lindo que todos los del pueblo, una montura y una manzana de oro.

Entonces cuando pasó corriendo por la vereda de la calle de la princesa, le pegó el manzanazo en la frente y ¡zas! la princesa cayó de espalditas.

La princesa dijo:

-Con éste me caso yo.

—561

Al otro día le volvió a pedir al caballito de siete colores:

-Otro caballo más lindo, otra montura y otro traje mejor que los que había en el pueblo.

Entonces los hermanos salían a cazar y lo tenían a Manuelito completamente destruido de ropa. Ahí fue cuando volvió a pasar por la calle y le pegó a la princesa otro manzanazo en la frente. La princesa dijo entonces:

-Con éste me caso yo.

Manuelito se fue entonces por donde estaban los hermanos cazando y ahí dijo Juan a Pedro, porque Juan lo conoció, po:

-¿Qué no es Manuelito aquel hombre?

-Qué va ser Manuelito, siendo que éste es un jutre²⁵². Entonces le dijo Pedro:

-Si es él, nos vamos al tiro, y si no tiene la comida, lo matamos.

Cuando llegaron, Manuelito estaba con la ropa puesta que manijaba en la casa y con la comida en puntito.

Y ahí le dijo Pedro a Juan:

-¿No decías vos que era Manuelito el que venía?

Ahí le preguntó Pedro:

-¿Por dónde has andao vos, hoy?

-Por ninguna parte -le dijo Manuel.

Al otro día salieron a la caza Pedro y Juan. Entonces le dijo Pedro a Manuelito:

-Mirá, no te vas a mover de aquí de la casa, porque si nosotros te vimos por ahí, te vamos a matar.

Entonces Manuel le pidió al caballo de siete colores que le trajera un caballo, y si los otros caballos eran lindos, éste que —562 fuera mejor, y otra manzana más linda todavía, mejor montura y mejor traje. Ahí dijo el Caballo de Siete Colores:

-Hoy te van a tomar preso, porque el Rey no sabe quién es el que le pega en la frente a la hija. Mirá, yo te voy a pedir un servicio, que cuando te casés vas en mí.

Y ya se fue Manuelito pal pueblo y pasó corriendo otra vez por frente 'e la princesa y le pegó con la manzana en la frente. Entonces dijo la princesa:

-Con éste me caso yo.

El Rey tenía policía por todas las entradas del pueblo. Tenía que saber quién era el que le pegaba a la princesa en la frente. Y ya lo tomaron a Manuelito y lo llevaron a donde el Rey. Y el Rey le dijo:

-¿Usted es el que le pegaba a mi hija en la frente?

-Yo, Rey.

-Palabra de rey no puede faltar: yo he dicho que el que le pegue a mi hija tres manzanazos en la frente, que se casaba con ella. Y ella ha dicho igual.

Entonces le dijo Manuelito que al otro día se casaba y se fue, pa que le dieran libertad.

Cuando salió del pueblo se juntó con el caballito de siete colores y le dijo el caballito:

-Tus hermanos te quieren matar a vos. Ahora vos los matás a ellos. Están en tal y tal parte. Ellos te van a atajar a vos para matarte, ya saben que sos vos el que se va a casar con la hija del Rey; tomá este revólver.

Y de ahí los mató a los hermanos y llegó a la casa donde lo tenían los hermanos. Entonces llegó el caballito de siete colores otra vez y ya hizo desaparecer el caballo en que andaba Manuelito y la ropa y la montura, y de ahí ya se quedó el caballito de siete colores con él.

En la noche le dijo:

-Mirá, yo soy un ángel del cielo. Así como vos no me dejaste castigar con tu padre, yo te voy a dar fortuna. Mañana cuando te casís, te voy a decir que me desensillís solo, que no te vea nadie.

—563

Al otro día se fue a casar Manuelito con la Princesa y ya cuando volvieron de la iglesia le pidió permiso al Rey para desensillar el caballo, fue a largarlo y le volvió a decir el caballito:

-Yo soy un ángel del cielo y que te hi favoreció en todo, y adiós, Manuelito.

Y se volvió una palomita y se fue.
Y se acabó el cuento.
Y pasó por un zapatito roto,
para que don... cuente otro.

Basilio Figueroa, 46 años. Chorriaca. Loncopué. Neuquén, 1952.

—564

Nota

Entre todos los cuentos de animales protectores, el del caballo de siete colores es el más difundido. El pueblo tiene gran preferencia por él. En las numerosas versiones, el cuento conserva los motivos fundamentales del cuento tradicional, pero en casi todas amalgama motivo de otros cuentos, como el de los hermanos malos, el camino del cielo y otros.

Según los elementos esenciales, el héroe se ve envuelto en aventuras de gran peligro para su vida, pero en todas lo salva el caballo consejero. El caballo tiene poder mágico; en algunas versiones es un ángel que ha venido para salvar al héroe y cuando éste alcanza la felicidad regresa al cielo.

Está difundido en Europa y en América. Ver el estudio de Espinosa (III, p. 26 y sigs.) y el de Pino Saavedra (I, p. 406 y sigs.). Es el tipo 531 de Aarne, Aarne-Thompson, Boggs y Hansen.

—[565]

Diversos animales protectores. El toro. La zorrilla
14 versiones y variantes

Cuentos del 1071 AL 1084

—[566] —567

1071. El hermano odiado

TUCUMÁN

Había una vez un matrimonio que tenía tres hijos. Y tenían una hermosa

quinta con frutas. Y allí, en la quinta, tenían mucho daño. Y el padre dispuso mandar al mayor a cuidar la quinta.

Entonces, al día siguiente, fue a cuidar la quinta el mayor. Y llevó un libro para leer mientras cuidaba. Pero éste se había dormido. Cuando el padre fue a ver qué había de nuevo en la quinta y encontró al cuidador dormido, le dio una paliza y lo echó de la casa. Y ordenó a la madre que ni de comer le diera. Entonces mandó al otro y no le dejó llevar el libro. Pero éste llevó bolillas. Y jugaba en la quinta mientras cuidaba. Pero este juego lo cansó de jugar solo. Y luego se puso a dormir. Y cuando el padre vino lo encontró dormido al hijo. Y también hizo lo mismo que con el otro. Pero la madre les daba de comer a escondidas del padre.

Y entonces dice el más chiquito:

-Yo iré, papá, y lo pillaré al ladrón de la fruta.

Pero era tan chico que el padre no quería que fuera. Pero tanto insistió que mandó al niño. Y éste llevó dos hojas de pencas, y dijo:

-Las pondré a cada lado de mí. Así no me dormiré como mis hermanos y verá ese ladrón cómo lo voy a pillar. Conque cuando me quiera dormir, me hincaré las costillas y así no tendré sueño.

—568

Y así lo hizo. Y pilló al ladrón que era un semejante pájaro, que él casi no lo podía sostener. Entonces el pájaro le dijo:

-Mirá pequeño, soltame. Yo te salvaré de todo peligro de la vida y de las traiciones de tus hermanos. Soltame y yo no vendré más a la quinta de tu padre.

Y el niño dijo:

-No te soltaré porque papá me correrá de la casa si no pillo al ladrón.

-Entonces harás una cosa: Cuando venga tu padre y vea que me has trampiado, vos me sueltas y le dices que se te escapó, porque era un pájaro tan grande que no podías sujetarlo. Él ya verá.

Y así lo hizo. Cuando vino el padre cerca, aleteó tanto el pájaro, que quitó al niño y se voló. Pero el padre vio que el niño tenía al ladrón, pero que se le escapó, porque tenía unas fuerzas enormes. Y el padre creyó y llevó al niño en brazos por su buena acción. Ya que era el más pequeño y se había portado mejor que los otros grandes. Y al saber esto, los otros decidieron alejarse de la casa. Y odiaban al pequeño. Pero éste quería tanto a sus hermanos que no perdía un solo paso de ellos. Y cuando salieron de la casa, él los siguió. Cuando ya iban lejos, al ver los otros que el pequeño los seguía, intentaron traicionarlo. Y lo esperaron. Cuando llegó, lo ataron en un poste, bien atado de pies y manos de modo que no podía moverse. Entonces vino el pájaro que él largó y con el pico lo desató al niño. Y el niño le dio las gracias al pájaro. Y volvió a ponerse en camino y siguió a los hermanos. Cuando anduvo un rato y lo vieron, los hermanos lo esperaron para otra traición. Y cuando él llegó, lo agarraron y le cortaron la cabeza, las manos, los pies, las piernas, los brazos, y lo largaron en un pozo. Y se marcharon.

Entonces vino otra vez el pájaro. Y juntó los pedazos. Y lo formó al niño y lo sacó del pozo y lo hizo vivir. Y el pájaro le dijo:

-No sigas a tus hermanos que siempre te traicionarán.

—569

Pero al niño no le importaba nada y siguió otra vez a los hermanos, porque

los quería mucho. Cuando éstos lo vieron, se asombraron y decían:

-Aquél será mi hermano -decía uno.

Y el otro decía:

-¡No, qué va a ser si lo hemos muerto! Y además lo hemos tirado en un pozo. Pero es tan parecido, que lo esperemos, y si es él, juntemos leña para quemarlo.

Y efectivamente era él. Entonces lo mataron. Lo hicieron pedazos y lo quemaron. Y después que todo quedó cenizas, se fueron.

Y vino otra vez el pájaro. Y encontró sólo las cenizas del niño. Y no sabía cómo formarlo. Pero andando encontró un hueso y del caracú y las cenizas lo formó al niño y le volvió a dar vida. Y el niño se marchó nuevamente tras los hermanos. Pero los hermanos habían estado trabajando en la casa de un rey y él llegó ahí, también a trabajar. Pero cuando los hermanos vieron al pequeño, trataron de hacerlo matar. Le dijeron al Rey que ese nuevo peón había dicho que él era capaz de ir y quitarle la frazada campanilla de oro de la bruja.

Entonces el Rey mandó inmediatamente a llamar al pequeño, y le dijo lo que le habían dicho y sin que el pequeño dijera nada, le dijo:

-Palabra de Rey no puede faltar, y usted me trae la frazada, sinó lo mato.

El pequeño salió muy triste y se fue en busca de la frazada. Anduvo mucho y llegó a una casa de una anciana. Y ella le dijo:

-La bruja no está, vaya y saquelé la frazada, no tenga miedo.

Y así lo hizo. Y trajo la colcha campanilla de oro para el Rey.

Los otros vieron que no le había hecho nada la bruja. Entonces le dijeron al Rey que el peón que había traído la colcha, también había dicho que iba a traer a la bruja. Y en el acto mandó al pequeño a traer a la bruja. Y le prometió que si traía a la bruja se casaría con la hija de él.

—570

Entonces el niño se marchó hacia la casa de la anciana y contó lo ocurrido. Entonces la anciana le dijo al niño que era difícil, porque la bruja lo iba a comer. Entonces el niño se fue y se encontró con la bruja, que al verlo, le dijo:

-¡Ah, gusanillo de la tierra, ahora te comeré!

Y mandó a un criado que lo atara. Y le dijo que hache mucha leña y encienda un fuego grande, y haga hervir un tarro grande para cocinarlo. Y que ella iba a la casa de la comadre a invitarla para la cena. Y cuando la bruja se marchó, el niño le hizo un trato al criado. Que él iba a hachar la leña, hasta que la bruja venga, y que lo desate. Y éste lo desató y se puso a trabajar. Entonces el pequeño le dijo al criado:

-Te ataré por si viene la bruja. Y así yo te hago todas las cosas.

Y el otro, que era flojo, dijo que sí y él lo ató. Cuando llegó la bruja, toda furiosa, no vio nada, mató al criado, lo cocinaron y lo comieron y el pequeño quedó de criado y la bruja, confiada en el criado, al día siguiente hizo una pajarera, y el pequeño le dice:

-Mama, venga, metasé en esta pajarera, a ver cómo queda para que así pongamos otros que vengan.

Y la bruja, confiada se entró. Y el pequeño cerró la puerta y se la llevó al Rey.

Entonces los hermanos no encontraron ya qué hacer, y ahora más, que se iba a casar con la hija del Rey.

Pero el pequeño le dijo al Rey:

-Mi Rey, esos dos peones que tiene han dicho que son capaces de apagar una casa ardida, sólo echando agua de las cuatro esquinas.

Entonces el Rey los mandó inmediatamente a apagar el fuego a los dos. Y éstos no pudieron apagarlo y se quemaron allí los dos, y quemaron a la bruja también. Y entonces el pequeño se casó con la hija del Rey y se acabó la traición para todos y viven felices hasta ahora comiendo perdices.

Jacinta Pérez, 27 años. Los Bulacios. Cruz Alta. Tucumán, 1952.

Variante del cuento tradicional El caballito de siete colores.

—571

1072. El chiquillo y los animales que lo ayudan

SALTA

Dicen que había tres chiquillos. Dos de los mayores querían desprenderse del menor. Entonces éstos, como andaban sin empleo, pensaron ir a pedirle trabajo al Rey.

Durante el camino, como no lo podían dejar al menor, los dos dice que si iban adelante, y en un trecho, así, han encontrado, éste, a un halcón que estaba destrozando una paloma. Y el hermano mayor que le dice:

-Eh, Chiquillo, ¿por qué no se la quitás a la paloma? Total te va hacer falta para que la comas más tarde.

-¡No! -dice-. ¡Pobre halcón, cómo habrá hecho él para cazar esa paloma! La 'tá comiendo así, con plumas.

Entonces, dice, le quitó la paloma, le ha sacado las plumas, ¿no?, y se la ha vuelto a dar. Entonces el halcón le dijo que eso lo iba a tener muy en cuenta, que cuando él se encontrara en algún apuro, que lo iba a ayudar. Bueno. Siguen caminando y en eso uno de los hermanos, que ve un león que estaba destrozando un potro, con cuero y todo eso. Y que le dice:

-Chiquillo, ¿por qué no le quitás ese potro y llevás un pedazo de carne? A vos te puede hacer falta.

Y que dice:

-No -dice-, pobre animal, cuántos días estará sin comer.

Entonces también le ayudó al león quitándole el cuero al animal, y se lo dio ya pelado.

—572

Siguen más allá y encuentran una pobre hormiga que estaba llevando un pedazo de pan, ¿no?, duro.

-¿Por qué no le quitás ese pedazo de pan? Te puede hacer falta.

-No -dice-, pobre hormiguita, quién sabe cómo lo está llevando.

Entonces le ayudó. Se lo destrozó bien, se lo dejó bien desmenuzado, ¿no?, y siguió camino.

Ya iban más cerca, dice, de la casa del Rey. Llegan allá y piden trabajo.

Entonces el Rey que les dice, qué es lo que podían hacer, y ellos, los mayores, dicen:

-Nosotros -dice- tenemos un hermano, el Chiquillo, que dijo que podía

alzar un trival en veinticuatro horas. Que podía alzar un trival que se perdiera de vista, de grande.

Entonce que les dice el Rey:

-¡Ah!, ¿sí? Bueno, está perfecto. Que venga ese Chiquillo para acá.

Y lo presentan y le dice el Rey, si era verdá que en veinticuatro horas podía levantar ese trival, que era un trival inmenso. Y le dice el

Chiquillo que él no había dicho nada.

-¡Ah! ¡No! ¡No! Palabra de Rey no puede faltar.

Y le da plazo de veinticuatro horas porque sinó, de lo contrario, lo iban a matar. Y él, claro, lloraba desconsoladamente. Y en eso, la hormiga andaba andando por cerca de él, y le dice:

-¡Señor! ¡Señor!...

Y él no sabía de dónde salía esta voz. Y después, llorando, así agachado, mira hacia el suelo y la ve a la hormiga que lo estaba hablando, y que le dice qué lo que le pasaba.

-¿Y usted no sabe -dice- que yo tengo un plazo de veinticuatro horas para levantar ese trival, porque sinó me matan?

-Bueno -dice-, andá y pedí un granero y pedí las bolsas, y no te aflijás porque en veinticuatro horas se va levantar esa cosecha.

Entonce él pide todas esas cosas y se las lleva a la hormiga. Entonces vienen todas las hormigas y se encargan de levantar todos los granos de trigo del trival.

—573

Al otro día pasa revista el Rey y que ve las espigas del trival. Estaban vacías completamente. Y dice:

-Pero, no puede ser que esté todo este campo desocupado.

Ve, se fija en los graneros y estaban todos completamente llenos de trigo.

Dice:

-Bueno, está bien.

Entonce como los hermanos vieron que no lo mataban porque había levantado el trival, van y le dicen otras mentiras al Rey. El Rey había perdido, hacía cinco años, un hermoso caballo de siete colores, y se le había escapado un loro que hablaba muy bien, que era un loro adivino. De eso estaban enterado los hermanos por comentario de la servidumbre. Entonce le dicen al Rey que el Chiquillo que había dicho él podía traerselo al caballo que se le había perdido hacía cinco años. Entonce lo hace llamar y le dice:

-¿Es verdá que vos podés pillar mi caballo de siete colores, que anda

-dice- corriendo todos los días, a orillas del mar?

Nadie no lo podía pillar. Dice:

-No, mi Rey -dice-, yo no dije nada.

Dice:

-Ah, no -dice-. Sea que sí, sea que no, palabra de Rey no puede faltar.

Entonce lo comprometen a que tenía que ir a pillar ese caballo. Se vuelve, entonce, llorando desconsoladamente. Y no sabe qué hacer, ¿no? Y se retira así del castillo y se va a llorar otra vez de nuevo, al ver el daño que los hermanos le querían hacer. Y lo encuentra al león que se estaba paseando. Y le pregunta si qué lo que le pasaba. Que le dice:

-Y... ahora me dan como castigo, dice, para salvarme, que tengo que pillar un caballo de siete colores, que se pasea todos los días a la orilla del

mar.

Y dice:

-No te aflijas. Vos me has ayudado en una oportunidad y ahora, dice, puedo ayudarte yo también. Ve y pedile el freno al Rey y me lo das, que yo le voy a pillar el caballo.

Hizo tal cual le indicó el león.

—574

El león siguió la pisada del caballo. Cuando el caballo se acercó a tomar agua, ahí lu ha pillado y le puso el freno. Después se lo entregó al Chiquillo.

El Chiquillo se presentó ante el Rey con el caballo. El Rey, claro, contento por todo eso. Y los hermanos tristes porque no podían hacerlo matar.

-Y bueno -dicen-, lo último que tenemos que hacer es ir y decirle al Rey que como se le ha perdido el loro, ése, adivino, que tanto lo quería, entonces que el Chiquillo lo puede pillar también.

Van y le dicen lo mismo al Rey:

El Chiquillo ha dicho que es capaz de traer al loro adivino que se le ha ido.

El Rey lo llama al Chiquillo y el Chiquillo niega. Entonces dice:

-No, palabra de Rey no puede faltar.

Y se va. Desconsoladamente pide qué comer para ir y buscar el loro adivino. Y camina un trecho largo y encuentra al halcón, ¿no? Él dice que estaba muy preocupado y le cuenta. Le pregunta cómo le iba. Le cuenta el problema en que estaba y le dice:

-Mirá, dice, no te aflijas, porque todos nos tenemos que ayudar. Andá y pedile al Rey la jaula donde dormía el lorito y el vino que tomaba el loro con el pan, y la bañera, dice, adonde él se bañaba.

Llega él al castillo nuevamente y le pide todo eso al Rey. Y se va.

Entonces se encarga el halcón de ir a buscar los loros. Llega a una aguada, donde hay agua. Entonces, dice, que se comenzaban a bajar los loros. Pero claro, ninguno hablaba. Y ya al último, ya cuando pensaba que ya no lo iban encontrar al loro adivino, venían cuatro loros. Se asientan ahí y ven la jaula. A ninguno le llama la atención, pero uno de ellos dice:

-Ah, qué hace aquí la jaulita donde yo sabía dormir. Y acá 'tá mi bañera también donde sabía bañarme y el vino que sabía tomar.

Entonces el halcón va atrás y de repente lo hace asustar al loro, se entra a la jaula y le cierra la puerta.

—575

Bueno, así que se lo entrega al Chiquillo. Él se lo lleva al Rey y el Rey contento porque había conseguido todo eso. Y los hermanos tristes de que no podían hacerlo matar.

El Rey, entonces, lu hace casar al Chiquillo con su hija d'él en premio a todo eso, y a los hermanos, por mentirosos, los mandan a quemar en un horno caliente.

Teresita de Jesús Arroyo, 32 años. Salta, 1970.

La narradora es maestra de escuela.

—576

JUJUY

Diz que era un hombre pobre que se perdió en el monte. Y que vino y lo encontró un zorro. Y entonce le preguntó cómo se llamaba. Y él si había olvidau el nombre. Y el zorro le ha dicho:

-Yo te voy a poner nombre. Vos te vas a llamar José Chanchones.

Y lu ha llevau para la cueva d'él, para la casa, y le daba de comer gallinas. Y dice que el zorro no sabía qué hacer con él. Había un Rey cerca. Que el zorro tenía guardada una bolsita de illas²⁵³, que le llaman a la plata de antes, y una bolsita de esterlinas. Y se va al Rey y le dice que lo ha mandado José Chanchones que le preste un almudo²⁵⁴ para almudiar²⁵⁵ plata.

Y el Rey le dijo:

-¿Quién es ese señor que es tan ricacho que parece que tiene más plata que yo? -y le prestó el almudo.

Ha veníu el zorro a una zanjita, y puso las illas en las hendijas del cajón, y se fue a entregarlo. Y al otro día jue otra vez a que le prestase el almudo pa almudiar oro. Y otra vez sacó la bolsita de esterlinas, y lo jue a entregar con esterlinas en las hendijas. Entonce le dice el Rey:

-¿Qué señor es ése, tan rico, que quiero conocerlo?

—577

Y entonce recién el zorro ha ido pa la cueva a verlo a José Chanchones; lu había lavau bien y li había cortau esos pelos que tenía por todas partes.

Y se jue otra vez para el Rey y le dijo que el señor ése si había caído a la acequia y si había mojado el único traje que había traído, y que le mandara todo para que pudiera venir. Y entonce el Rey sacó el mejor traje que tenía y zapatos, y le mandó. Y el caballo ensilado, el mejor caballo.

Y mientras que lo vestía el zorro al hombre, el Rey había preparado la casa y alfombrado hasta la calle. Que el Rey tenía una hija y la quería hacer casar.

Y entonce que el zorro lu ha lavau al hombre. Y que tenía una bolsa de harina y li ha puesto por todo el cuerpo. Y así lu ha cambiau, parecía otro. Y lo llevó haciendoló subir en el caballo, ¡Uta²⁵⁶, el zorro! Y lo llevó.

El Rey lo esperaba en la calle, con la hija. Que lo ha bajáu del brazo, del caballo. Y güeno, y lu ha invitau esa noche a cenar. Y ya le dijo que lo iba hacer casar con la hija. Y ya 'taban en el baile, después de la cena. Y bailaba con la hija del Rey este hombre. Y conforme iba bailando se le iba saliendo la harina. Y entonce, cuando se le acabó, vieron que era José Chanchones. Y entonce ya se ha enojáu el Rey.

Y el Rey lu hacía buscar al zorro por la picardía que li había hecho. Y bueno, como no lo encuentran al zorro, hizo pillar una mula bien arisca y lu ató a José Chanchones de la cola y lo largó. Todavía ha de andar atado de la cola de la mula.

Clementina de Alvero, 68 años. Tilcara. Jujuy, 1951.

1074. El torito de astas de oro

JUJUY

Éste era un hombre de campo que tenía mucha hacienda. Era casado hacía muchos años y se lamentaba muchísimo porque no tenía ningún heredero. Y vivía en una comarca demasiado grande, y éstos eran los dominios de este hombre.

Lindaba el campo de este hombre con el campo de una mujer de un aspecto muy extraño. Todos los paisanos le tenían miedo, porque decían que era bruja.

Un día de éstos vino la mujer ésta a visitarlo, diciéndole de que ella se había enterado de que esperaba un heredero. Claro, el hombre se quedó asombrado de que eso se supiera. Ella dice que le habían dicho, pero se negaba a decirle quién le había dicho.

Entonces él le dice que no pasaba nada y cuando llegue el heredero a ella le iba a avisar.

Llegó a la casa, el hombre éste, y vio, con mucho asombro que la señora tenía en los brazos un niño, y le dice:

-Es nuestro hijo.

El hombre se puso como loco de gusto. Montó a caballo y alzó el niño en los brazos, diciéndole que todo lo que veía ahí, esos campos y esa hacienda iba a ser para él. Y en la alegría que tenía hablaba con el niño como si comprendiera y fuese grande.

Cuando vuelve a la casa, le dice la señora que hay un inconveniente muy grande. Que en toda esa comarca no hay una —579 persona quien pudiera ser la madrina del niño. Entonces él piensa en la mujer ésta que había venido a anunciarle la venida del niño. Y la señora horrorizada dice:

-¡Cruz Diablo! Cómo va a ser la bruja, la madrina de nuestro hijo.

Entonces el esposo la convence que la madrina no pueden ser las mujeres de los peones. Así que resuelven que ella sea la madrina.

Cuando el niño cumplió cinco años, el padre hace hacer un rodeo de todo el ganado que tenía y lo saca al niño para presentarlo a los peones, y le dice dirigiéndose al niño:

-Todo lo que ves aquí es tuyo. Tienes que administrar bien y ser bueno con esta gente.

Y entonces el niño dice:

-No, papá. Nada de esto quiero. Lo único que deseo es esta tamberita²⁵⁷ y la separa del grupo de la hacienda²⁵⁸.

Entonces el padre se alarma y piensa que porque es niño, no sabe lo que dice, pero que cuando sea grande tomará interés. Y el niño muy entusiasmado le pide que le haga hacer a la tambera una pesebrera lo mejor que pueda. Y el padre hizo lo que el niño le pidió.

Junto con la tamberita andaba siempre un gatito del niño. El niño sabía conversar con ellos, porque este niño entendía el lenguaje de los animales. Así que eran grandes amigos. Era la único que lo atraía, estar junto con estos animalitos.

Pasó el tiempo y la tambera tuvo un ternero y el niño 'taba más contento

con eso. Era todo para él.

La madrina se había enterado de esto, y como era bruja maligna, decidió venir a la casa de los compadres y hablar con ellos. Cuando llegó, el niño estaba durmiendo. La bruja no sabía que el gatito le contaba todo lo que ocurría al niño. Y viene y le dice a los compadres:

-Vea, compadre y comadre, he venido porque yo comprendo, como es el único hijo que tienen, y como yo soy la madrina, —580estoy en el deber de ponerle sobre aviso de que mi ahijado se va a echar a perder. Se va a ir por detrás de ese toro que tiene.

Y los padres le preguntan que cómo se van a deshacer de ese torito que era todo para el niño.

Entonces les dice la bruja:

-Mi comadre que se ponga en cama diciendo de que está muy enferma, y que con el único remedio de que sanará será bebiendo un vaso de la sangre del corazón del torito.

Ella creía que con eso se arreglaba todo.

Entonces el gatito se va y le golpea la puerta al niño, y le dice:

-Abramé la puerta, amito.

Y el niño se levanta y le dice:

-Qué te trae por acá, mi gatito.

-Es una mala noticia -le dice-. Porque quieren matarle el torito. Dicen de que está enferma tu madre y de que tan solo sanará con la sangre del corazón del torito.

Bueno, al otro día cuando amanece, el padre viene, y tan pronto como llega, el niño le dice:

-No, mi padre, eso no harán. Ya sabe que lo quiero tanto al torito que si lo matan moriré yo.

Entonces el padre, porque lo quería tanto al niño, dice que no lo harán.

Bueno, la bruja sabe que no lo han muerto y decide venir. El afán de ella era hacerlo matar. Era de envidia porque los cuernos que le salían al torito eran de oro. Ella tenía dos toritos, uno de cuernos de plomo y el otro de plata, y ella no podía vivir de envidia, y lo quería hacer matar.

Bueno... Viene a la segunda noche y le dice al compadre que lo haga matar al torito y le digan al niño que se ha perdido o que lo han robado. El padre aceptó de que así sea, y quedan de que ante de que salga el sol van a matar al animalito.

Entonces el gatito, que 'taba escuchando, va y le dice al niño. Llama a la puerta, y le dice:

-Soy yo, mi amito.

—581

Y entra y le cuenta:

-¿Sabes que ahora al amanecer van a matar a tu torito?

Y le cuenta todo lo que habían hablado la vieja bruja y el padre. El niño desesperado se echa a llorar.

Entonces le pregunta al gatito qué va a hacer. Él le dice que lo que tiene que hacer es ponerse en marcha inmediatamente. Y el niño dele llorar y no cesaba de llorar. Se viste, y claro, sentía dejarlos a los padres, pero tenía que salvar a su torito. Y el niño va y abre la puerta de su pesebrera, saca el torito y se van. Y el gatito le dice:

-Amito, no me deje. Si me quedo me van a matar.

Bueno... Iban los tres. Y mientras caminaban, el niño iba llorando.

Entonces llegaron ya al bosque, donde era muy espeso. Habían caminado una distancia enorme y le dice el gatito al niño:

-Bueno, amito, me voy a quedar aquí, porque ya viene la llanura y no tengo qué cazar, en cambio aquí hay aves y güevos, y voy a poder sustentarme. Eso para el niño fue más terrible, y lloraba más, sin consuelo. Y le dice que no se quede él porque lo van a venir a buscar. Y el niño siguió la marcha, siempre llorando.

Así caminaron mucho hasta que un día el torito le dice al niño:

-¿Sabes que viene el toro de astas de plata de tu madrina en nuestra busca?

Y le dice:

-Tienes que ser valiente porque voy a pelear con él. Las luchas serán muy grandes, pero de ti depende mi vida o muerte. Cuando yo esté peleando tienes que decir tres veces, sin equivocarte: ¡Ay!, ¡mi torito cuernos de oro qué es guapo! Y si llegas a equivocarte, yo voy a morir. Pero si muero, voy a seguir acompañandote igual. Me sacas una lonjita de cuero desde la punta de la nariz hasta la cola, y ése será tu mejor arma. Ya se sentía en el monte cómo bramaba el toro que venía a alcanzarlos. Entonces el torito cuernos de oro le dijo que se esconda para que no lo vea. Y le recomendó que no se vaya a equivocar.

—582

Y llegó el toro de la madrina, cuernos de plata, bramando. Lo esperó el torito cuernos de oro. El otro llegó y le pegó un cornazo y lo tiró lejos. Entonces el niño dijo: ¡Ay, mi torito cuernos de oro que es guapo! Entonces se paró el torito cuernos de oro y le pegó un cornazo al otro y lo hizo rodar lejos. Y volvió a decir el niño: ¡Ay!, ¡mi torito cuernos de oro que es guapo! Entonces le pegó y lo dejó destripado. Y a la tercera vez que dijo el niño: ¡Ay!, ¡mi torito cuernos de oro que es guapo!, lo mató.

El niño se bajó contento. Lo besaba y el torito estaba triste, y le dice:

-No estés contento, no. Yo sé que nos tenemos que separar, que te vas a equivocar. Porque, ¿sabes?, ahora tu madrina manda al toro de astas de plomo a buscarme. Ella ha dicho que he muerto al astas de plata, pero que al astas de plomo no lo voy a matar.

Y le avisó que ya estaba llegando el torito astas de plomo y que se esconda.

Y ya venía el otro toro bramando, escarbando, tirando la tierra con una furia terrible. Y el torito le recomendó al niño que no dejara de sacar la lonjita si se llegaba a equivocar.

Entonces llega ya el toro y le pega un cornazo al torito y lo tira, pero lejos. Entonces el niño dice: ¡Ay!, ¡mi torito cuernos de oro que es guapo! El torito se paró primero y le pegó un cornazo al otro y lo tiró en contra de unos barrancos. Entonces vuelve a decir el niño: ¡Ay! mi torito cuernos de oro que es guapo. Y el niño de contento, de alegre que estaba porque ya no le faltaba más que una vez para que gane el torito, cuando se vuelven a juntar los toros, dice: ¡Ay! ¡Ay!... y se olvidó. El otro toro se para y lo mata al torito. El niño se subió a un árbol. Y empezó a buscar al niño, el toro. Y empezó a cavar la tierra y a buscarlo al niño. Derrumbaba árboles y corría enloquecido. Y después se volvió bramando. El niño, entonces, se baja de donde estaba y se queda junto al torito.

Estuvo tres días. Sacaba la cortapluma para sacarle la lonjita y la volvía a guardar. Le parecía que le iba a hacer más daño y le echaba tierra en la herida; hasta que, con todo el dolor de su corazón empezó a sacar la lonjita desde la nariz hasta la punta de la cola. Y la guardó al bolsillo.

—583

Empezó a andar sin rumbo. Se hacía pedazo la ropa en las ramas y estaba descalzo, pero no le importaba nada.

Así anduvo mucho tiempo hasta que llegó a la casa de una viejita que tenía un pequeño rebaño de ovejitas. Entonces el niño le pide permiso para quedarse y la viejita le pide que se quede a vivir con ella. Le dice de que ella 'taba muy cansada y que necesitaba de alguien que le pastoriara las ovejitas, que estaba muy vieja. El niño decide quedarse. Y la viejita le dice:

-Te voy a hacer una advertencia: que no vayas a querer ir a aquellos dominios adonde ves el pasto verde, porque es de un gigante, y te va a comer.

Y el niño le dice:

-"Ta bien, mamá vieja. Haré lo que usted me dice.

Pero, lo primero que hace el niño, al otro día, es llevar el rebaño a ese lugar que le ha dicho la viejita que no lo lleve. Y cuando, 'taba sentado, al pie de un árbol, pastoriando las ovejitas, aparece el gigante y le

dice:

-¡Oh! ¡gusanillo de la tierra! ¿qué hacés en pertenencia ajena? ¿Qué prefieres, tu vida o tu hacienda?

Y el niño responde:

-Mi vida y mi hacienda -a la vez que metía la mano en el bolsillo.

Saca la lonjita y se la tira al gigante, y le dice:

-¡Pillameló, guasquita259! -y la guasquita lo envuelve al gigante.

Entonces el gigante al sentirse atado por esa cuerda, le dice:

-No me matéis, niño lindo, que te voy a dar este palacio y un caballo que bota cinco pesos.

Entonces el niño le dice:

-Suelte las llaves.

Y el gigante botó un manojito de llaves.

-Suelte las llaves que faltan -le dice.

—584

Y el gigante botó otras llaves.

El niño le ordenó a la lonjita que lo mate, y lo mató. Y así quedó el niño dueño de un hermoso palacio de cristal y un caballo que botaba cinco pesos. Y el niño fue y vio el palacio y el caballo.

Al atardecer, cuando vuelve a la casa, la viejita le dice si no ha ido cerca del gigante, y el niño le dice:

-No, mamá vieja, ni cerca de ahí.

Al otro día vuelve a salir el niño a pastorear las ovejas. Y él se va más lejos. Y entonces llega otra vez al pie del árbol, cuando salió otro gigante de ahí, y le dice el gigante:

-Oh, gusanillo de la tierra, ¿qué haces en esta pertenencia ajena? ¿Qué preferís, tu vida o tu hacienda?

Y el niño responde:

-Mi vida y mi hacienda.

Saca la lonjita del bolsillo, la tira y dice:

-¡Pillameló, guasquita!

Y la guasquita se le envolvió en todo el cuerpo al gigante.

Entonces el gigante le dice que no lo mate, que le va a dejar un gran palacio y un caballo que bota diez pesos.

Entonces el niño le dice que suelte las llaves y el gigante le entrega un manojito, pero el niño sabe que tenía más llaves y se las pide. Se las da y el niño le pide a la lonjita que lo mate. Y la lonjita lo mata.

Y así quedó rico el niño. Tenía más fortuna que nadie.

Y volvió otra vez a la casa. Él la consideraba a la viejita como su propia madre.

Un día dice él de que va a ir a pasar. Y va al palacio de cristal, saca la mejor ropa que había, y decide irse al pueblo. Y va montando el caballo que botaba cinco pesos. Cuando llega ve una aglomeración muy grande y se arrima a ver qué es lo que ha ocurrido, y ve sentada en una silla, en un trono, una niña muy hermosa. Y que los jóvenes más apuestos compraban naranjas. Y él, sin saber de qué se trata, compra también naranjas.

Entonces uno de los que estaban le dice que esa niña era la hija —585 del Rey y que como 'taba en edad de casarse, el Rey había echado un bando, que el que tuviera mejor puntería de pegarle con una naranja en la frente se casaría con ella, que a la distancia que estaba era muy difícil

pegarle.

Entonces el niño se para en los estribos, agarra una naranja, le tira y le pegó a la Princesa en la frente con tanta puntería, que la hizo caer de la silla. Que tan pronto como hizo así, el Rey lo vio y pensó que era un Príncipe muy hermoso y que sería rico. Y le gustó muchísimo. Y se alegró mucho de que tuviera esa puntería.

Él castigó el caballo y le hizo botar cinco pesos y todos se peliaban por recoger plata, y el niño se escapó.

El Rey dijo que postergaba la fiesta para la otra semana.

Al próximo domingo vino el niño en el caballo que botaba diez pesos. Y 'taba otra vez la niña sentada y todos querían probar la puntería. Bueno, viene él, agarra y compra naranjas nuevamente. Se para en los estribos y de una distancia el doble de más lejos, le tira y le pega a la niña con tanta puntería, que también la voltea de la silla. Entonces los guardias, que ya 'taban encargados por el Rey de agarrarlo, se prenden de las piernas del joven, pero el joven escapa y se quedan con una bota.

El Rey, al otro día mandó a buscar al dueño de la bota.

El niño se fue a casa de la viejita.

A todos los jóvenes le ponían la bota pero a nadie le calzaba. Anduvieron por todo el reino y los reinos vecinos, hasta que llegaron a la casa de la viejita, y le preguntaron si tenía un hijo. Y ella dijo que sí, que tenía un hijo que 'taba pastoriando las ovejitas.

Entonces ella avisó donde 'tá. Y lo encontraron al chango sobre el pasto.

Los que iban decían que no podía ser ése el dueño de la bota, que cómo le iban a probar a ese sucio. Vinieron a la casa. Él fue adentro, se lavó, se arregló y salió con la bota calzada. Y entonces se dieron cuenta que era él el dueño de la bota y que era el Príncipe que habían visto. Y ahí no más lo llevan ante el Rey.

Y bueno, ya se ve con la Princesa y ahí no más se celebran las bodas.

—586

Y el Rey le dice que tiene ese palacio y él será el Rey. Y él le dice:
-Yo tengo donde vivir. Tengo tres palacios, uno de oro, que será para mi madre, uno de plata que será para vuestra majestá, y el de cristal que viviré yo con mi esposa.

Y entonces el Rey dice que cómo, si son de los gigantes. Y él dice que siempre han sido de él.

Y vivieron muy felices. Y él fue un Rey muy bueno porque era muy justo.

María Elsa Salas de Varela, 28 años. La Quiaca. Jujuy, 1952.

Excelente narradora.

—587

1075. Juan del carnero negro

CATAMARCA

Dice que había una vez un matrimonio muy rico, pero muy miserable. Y como hay gente tan pobre que tiene tan muchos hijos, si había muerto un padre pobre, y al repartir los hijos, li habían dado un changuito²⁶⁰ a este matrimonio. Tenía muchas ovejas el hombre. Lu hacía dormir en el chiquero como perrito ovejero.

Siendo grande, el changuito, salía yutito²⁶¹ por atrás de las ovejas.

S'iba, dice, las cuidaba, gritaba. El viejo le enseñaba a que grite. Ya más grande cuidaba más. Cuando perdía una oveja, se descuidaba y le comía un león, lo castigaba cruelmente el hombre. Así iba viviendo hasta que un buen día, ya siendo chango, le dieron pa que le cubriera, un ponchito.

Allá andaban los perros. 'Taba descansando. Llega un viejito en un burro:

-¡Ah!, ¡hijito!, vengo desesperado di hambre. ¿Póorque no me das ese cordero pa comelo?

-¡No! -dice- que tatita me va a sacar corto.

-Ve -que dice- carnialo al cordero, lo comamos, y decile al tata, si te quiere castigar, que ti hi dicho yo, que van a ser de virtú las ovejas.

Que esta noche van a parir de dos las ovejas y dí uno los corderos. Y tirá tu ponchito en la orilla de la quincha²⁶², —588y áhi se va a echar un corderito. Como van a ser tan muchos, el hombre es tan miserable, pero te lo va a dar. Ése cuidalo para vos.

Lo carnieron y lu asaron al cordero y lo comieron.

Li había dau, el viejito, una bolsita de cuero, que el chango la había guardau en el cinto. Claro, que el chango casi sólo lu había comíu al cordero, con semejante hambre que tenía, porque el viejo, dice, para no carnear las ovejas, cocinaba un locro y le echaba vaquitas de trigo. Y le daban a él lo que sobraba. Pero él mamaba de las ovejas, sacaba lechecita y tomaba. Y así vivía el pobre.

Había llegau a la casa con las ovejas y había echau de menos, el viejo, al cordero.

-¿Y el cordero?

-¡Ay!, dice, le guá contar.

Li había contau, Juan, que así se llamaba el chango.

-¡Que no paran las ovejas, ya vas a ver la calda²⁶³ que te guá pegar mañana!

Como de costumbre, el chango si había acostau.

Si había hecho la noche y ya si había sentíu el balerío de las ovejas.

Dice que era un hervidero de corderitos. Los cojudos no les querían dar de mamar, dice, brincaban como que no sabían ser madre. ¡Qué gritos!

Ya había acudíu el viejo:

-Vieja²⁶⁴ -que dice- levantá, ve, 'tán pariendo las ovejas.

A los corderitos, dice, si habían puesto a hacer mamar hasta qui había clariau el día, dice.

Había ido, dice, Juan, a ver su poncho. Que estaba echau un corderito, chiquito. Él creía que ése era el corderito que le dijo el viejito.

-¡Ay!, ¡tatita -que dice- demeló este corderito!

-Bueno, hombre -que dice- crialo para vos.

—589

Lo tenía en brazos. Lu había envuelto con el ponchito y lu había llevau cuando si iba a pastorar.

Cuando se retiraba de la casa ya lu hacía mamar de cuatro, cinco, seis ovejas. Los otros corderitos quedaban en el chiquerito. Así que de tarde volvía y los hacía mamar a todos. Y él venía con su corderito. Le juntaba hojitas, le enseñaba a comer, a todo le enseñaba. Dice qui había crecido la doble de los otros hasta que ya 'taba del tamaño di un burro, el corderito. Áhi li había hecho una especie de montura con la lana; las de las patas la trenzaba y li había hecho riendas, lazo. Ya lo seguía el cordero. Y el cordero repuntaba las otras ovejas. Y se querían los dos, dice. Porque el único que tenía de compañero y con quien conversar. Le entendía en todo el cordero.

Un buen día, dice, ya siendo medio grande Juan, que le dice el hombre:

-Bueno, hombre, ahora 'tá muy mermada la hacienda, no tengo qué carniar, vamos a tener que carniar a tu cordero.

-¡No! -que le dice- mi cordero ¡no!

-¡Cómo no!, mañana lo vamos a carniar.

Había llorau Juan, dice, y esa noche si había ido. Había tomado rumbo, y s'iba, s'iba, y s'iba. Dice

-Voy ande Dios mi ayude. Con el cordero ande quiera mi hi de dar güel'ta.

Si había ido lejos, dice. Y había llegau en un pueblo. Si había arrimau a un río, dice, y si había bañado. Andaba sólo con pantalones, a media canilla, de esos de picote. Si había arrimau a un almacén y que li había preguntado, dice, al dueño, cómo podía hacer para comprar unas cosas. Y dice:

-¿Que tenís plata?

-No -dice.

Había sacau la bolsita que era la que li había dau el viejo.

Y que dice:

-Y que esto que no sirve pa que me dé.

-¡Oh!, ¡cómo no! -dice.

Li había vendíu un sombrero, el hombre, y que le dice:

-¿Y que usted no me puede escribir en el sombrero una leyenda?

—590

-¡Cómo no!

-Pongamé: Juan del carnero negro.

Li había puesto la leyenda. Había comprau un pantalón, camisa, alpargatas. Si había vestíu bien. Y áhi si había quedau, dice. Había ido y lu había visto al sacerdote. Éste li había enseñau, li había dado una idea más o menos de lo que era el mundo, cómo era, y así.

Si había ido. Y si había llegado a la ciudá del Rey. Y qui iba el cordero medio de sobrepaso. Iba pasando por el palacio del Rey. Ya lu había visto la negra. Y dice:

-¡Amita! ¡Amita! ¡Viera!, áhi va un joven, dice, montado en un cordero, dice, medio de paso, dice. Ése le va hacer falta a mi amito pa que pelie con los gigantes.

Y vino el Rey y dijo:

-Llamemelón.

Y ha corrido la negra:

-Oiga, don hombre -que le dice-. Oiga, don hombre, paresé.

Si había dau güelta.

-¿Qué pasa? -había sujetau el cordero.

-Dice mi amito que vaya.

-Decile a tu amito que yo no soy criado de él -dice-, si me necesita que me busque.

Ya medio adoctorado el tipo.

-¿Y adónde si ha ido? Li has de ver dicho mal. Andá, corré, alcanzalo y decile que digo yo qui haga el favor de venir, que necesito conversar con él.

Y ha ido la negra y él ha dicho:

-¡Ah! -dice-, así si habla -dice.

Y él había entrado, y en el medio del patio de armas, dice, y los milicos quedaban mirandoló. Li ha hablado el Rey y le dice si quiere trabajar para él.

-¡Cómo no!

—591

Li había contado de la estancia, ésta, que li habían quitado los gigantes y que quería recuperarla.

-¡Cómo no! -que le dice-. Hagamén hacé una espada, dice, que tenga más o menos el metro, dice, mío, de largo, y filo para los dos lados, una buena empuñadura y yo los voy a batir a los gigantes.

-Bueno, hijo -dice-, si hacé así, todas las cosas van a ser a medias. Acá los hombres te van a acompañar.

Porque era el linde de la montaña. Así, para el otro lado era el pago de los gigantes. Ya no podían pasar éstos. Porque el Rey había hecho varias intentonas de ir con compañías y los gigantes lo liquidaron.

Si había ido. Había llegado al caserío. 'Taba todo dispuesto. Había vino en barriles, en fin, de todo lo que necesite el tipo.

Ya Juan había empezado a echar leña, había amontonado leña, había cortajado, en fin. Había pillado una vaquillona, la había churrasquiado, dice, la había terminado. Había quedado un montón de güeso, así. Después los caraquiaba²⁶⁵, a los güesos. Y agarraba un barril de vino y lo secaba, y se ponía a trabajar. A remendar los corrales de palo a pique, hacer otras cosas.

En esos días, dice, que 'taba comiendo, y es que ve un individuo que

viene, dice, viene pasando la copa de los árboles.

-¡Ah!, ¡gusanillo de la tierra, de dónde bueno por acá, comiendo mi hacienda! Acabó de comer pa comerte yo a vos.

-Vamos a ver, dijo un ciego -dice-. Esta hacienda no es tuya, dice, esta hacienda es mía y del Rey.

-Bueno, acabá de comer, porque es sagrado en nosotros, no podemos matar a un gusano comiendo.

Había acabado de comer, dice, había bebido el vino, si había limpiado la boca, las manos y lo salta al cordero, li había levantau las riendas y si habían juntado. Li había hecho un tiro, dice, con una faca, el gigante, dice, y el cordero si había esquivau, había pegau un salto y li ha pegau un bote en la rodilla. Cuando —592había caído ya lu había cortado también. Y ya han empezau a peliar y peliar, y peliar y peliar, dice. Como a las dos o tres horas, ya lu había empezau a cortar, Juan, más y más. Ya los chorros de sangre corrían. Hasta que al último li había cortado la cabeza, dice, li había quedado agarrandose en un hilo. Si había bajado Juan, ha sacado el lazo, li había atado de los pies y lu había ramiau con el cordero para una zanja que quedaba, así, como tres cuadras de la casa. Áhi lu había ultimau. Li había sacau del dedo un anillo, dice, que era como una albóndiga de grande y un pañuelo hermoso.

Había enlazado una vaquillona tierna y gorda y la había traído para el Rey para que pruebe la hacienda. Que ya hacía mucho, dice, que no comía carne de su estancia porque la tenía el gigante. Brava, la vaca. Había traído, dice, y ya lu habían visto del mirador.

-Ya viene, dice, Juan del carnero negro, y parece que trae una cosa atrás. Que la vaca iba en parte de rodilla, en parte de costilla. ¡Qué iba a cabrestiar! A unos los había encarau ya, dice, en la plaza de armas, a los milicos. ¡Qué, la vaca brava! Dice que estaban casi todos arriba de los árboles, como todos tenían vestidos colorados... uniformes. Que si oiba el ruido de los sables arriba de los árboles. La vaca los tenía mal.

Sale el Rey:

-¡Qué es ese ruido, hijo! Juan, favorecelos.

Juan, en el carnero había hecho una pasada y había cortado los garrones de un tajo y ya la habían cueriado los otros. Contentos, todos ya, que estaban. Y habían corrió por leña.

-¡Pasá, hijo, hombre! -le dice el Rey.

Había pasado Juan y que dice:

-¿Qué querés vos, de servite? ¿Qué querís?

Ya si había dau cuenta que éste ya mandaba allá. Que le dice:

-Quiero mate.

-Bueno -dice-. -Andá, negra, cebá mate.

—593

-No -dice-, yo quiero que me cebe una de tus hijas -dice.

Que le dice a la mayor:

-Andá, cebale mate.

-No, ¡qué se cre este chino!

-Yo menos -que dice la que sigue.

-Yo voy a cebar -que dice la shulca.

-No va dejar de ser lo que es, ojala que me cebe mate. ¿Qué se le va caer?

-ha dicho Juan.

Había ido la shulca y li había cebado mate. Dice que había traído la pava y Juan le ponía al mate. Y mientras tanto le contaba la historia al Rey, que había sido este hombre muy grande, el gigante. -¡Éste se creiba que porque era grande me iba apabullar a mí! -dice-. En seguida, dice, lu hi cortau y lu hi mandado al hoyo.

-A ver, hijo -que dice el Rey.

Li había traído las orejas, que había señalado y han hecho las anotaciones y todo.

Cuando li había terminado de cebar mate la chica, ¡gracia!, dice, y había sacau el pañuelo con el anillo y li había regalado. La chica, dice, sin darse cuenta, li ha recibido y si ha ido adentro a ver. Y ya las otras:

-¡Qué ti ha dau! ¡Qué ti ha dau! -que le decían.

Cuando han visto el anillo, dice qui habían quedau maravilladas. Que era una obra de arte. Y el pañuelo una verdadera joya. Que estos gigantes habían sabido robar minas, estancias, tesoros, de todo, de todas partes, y usaban maravillas.

-¡Eh! -dice-. ¡Qué hermosura -dice el Rey-. Esto no conviene a vos, hija, esto mi andaría bien a mí, yo soy hombre.

-¡No! -que dice- cosa que uno recibe de regalo no se da.

Juan si había vuelto a la estancia.

Se levanta Juan en la estancia. Ya había arreglado los alambrados. Ya había echado la hacienda de este a otro lado. Marcaba, señalaba y comía su buena tampera y tomaba su buen vino, también. Al sábado siguiente, dice, ya había, dice, atado un novillo para traerlo para el Rey y estaba comiendo, dice, —594un buen churrasco, y es que ve otro gigante qui había llegado, más grande y que le dice:

-¡Ah!, ¡gusanillo de la tierra! ¿de dónde vino éste acá, comiendo mi hacienda?

-La hacienda no es tuya -dice-. La hacienda es mía y del Rey.

-Bueno, acabá de comer para comerte yo a vos -dice.

-Y vamos a ver -que le dice.

-Oyís -que le dice-. ¿Nu has visto un joven que hará siete días que debe haber pasado por acá?

-¡Ah!, dice, seguro que es el que está durmiendo allá, en aquella zanja. Si ha dado vuelta el gigante y ha ido y ha visto que estaba hinchado, áhi. Y di allá -dice- qui había vuelto embravecido.

-¡Ah! -dice-, ¡acabó de comer!

Habían vuelto a peliar encarnizadamente hasta que lu había muerto, Juan. Y había vuelto a llevar, otra vez la res para el Rey. Y había venido la otra hija a cebar el mate.

-Yo quiero que venga mi sirvienta -que dice.

También dice que li había sacado al gigante un pañuelo más hermoso que el anterior. Y li había regalado a la shulca. Y el Rey que dice:

-Para qué querís vos, dos, hija -dice-. Dame uno a mí.

-¡No!

Li había dejado la res, Juan, y si había vuelto a la estancia. Lo mismo había pasado con otro gigante más chico, que con los dos primeros, en la misma forma. Hasta que al final, el otro sábado dice, ya había venido la madre, la giganta. Dice que era una mujer tan enorme y que tenía los chiches²⁶⁶, dice, hasta el lau de las rodillas. Que para que no le

estorben, que se los echaba al hombro. Dice:

-¿Nu ha visto tres jóvenes -dice- uno que debe haber venido hace tantos días, el otro tantos y el otro tantos?

—595

-Son unos que 'tán durmiendo ahora en la zanja.

Si había ido la gigante y ya es que había venido bañada en lágrimas. Dice que lo quería comer al tipo. Juan 'taba comiendo en la mesa.

En eso que dice Juan:

-¡Quién va crer -dice- que yo pelie así con el cordero éste, dice; ahora me voy a tantiar a pie, que dice, a ver qué tal soy.

Y había acabau de comer, si había limpiado la boca y si había cuadrau. Ya que cuando ha veníu, la gigante que me li ha pegau con el chice, dice, di abajo y lu había hecho dar una vuelta por sobre de los árboles. Cuando había caído ya li había pegau la gigante, un pisotón en la cabeza, pero si había esquivau él, li había hecho daño, dice, pero ya áhi había 'tau el cordero. Había saltau en el cordero, dice, y si habían juntau, amigo. Si había hecho la noche y ya que 'taba muy herida la gigante. Muy herida ya, dice, que en todas partes le corría la sangre. Que le dice:

-Bueno, Juan -que le dice- ya se me vence la hora. No me doy por vencida. Si quieres, seguimo mañana -que le dice.

Y se le sentían los clamores, que iba y se caía, la gigante, que iba y se caía, que iba y se caía...

Había salido, Juan, bien temprano detrás da los pasos de la gigante y la había encontrado en un palacio enorme. Estaba la gigante y que le dice:

-Tomá las llaves -que le dice.

Saca di abajo de la cama un rimero de llaves, y que le dice:

-Tomá las llaves. Vas a ser dueño de todo este palacio. Todas las riquezas que encierra van a ser tuyas. No me matés. Nosotros somos los únicos que quedamos de nuestra raza. Y yo soy la única y la última mujer. Si me pierdo, se extinguirá nuestra raza, dice. Todavía, muy lejos, en el África, quedan hombres de nuestra raza y para ahí me iré a buscarlos. Si había dado la vuelta, Juan, así, para salir y li había tirado un puñal la gigante, de la cama. Entonce el cordero li ha pegado el bote y lu ha atajau. Entonce ha pegau la vuelta —596y la había rematau, Juan. La había sepultau y había comenzau a abrir las puertas, dice. Que había princesas, había riquezas, que era cosa de no narrar. Había dado la libertá a las que querían y a las que no, que se queden. Y si había vuelto llevando un regalo de joyas de lo mejor para la niña. Había llegado, li había avisado al Rey y lu había invitado para su palacio. Habían venido allá. Han revisado. Quedó maravillado el Rey con las riquezas.

Juan se casó con la niña y siguieron viviendo felices ahí.

El viejito quién li había dado el cordero había sido Dios, Nuestro Señor, que después se li había aparecido y li había dicho:

-Yo soy tu padre, hijo. Yo te he salvado porque has sido bueno y sincero, inocente -que dice-. Y el cordero -dice- ése es un ángel que te he mandado para que te salve.

Perfecto Bazán, 49 años. Belén. Catamarca, 1968.

—597

1076. El muerto agradecido

La yegüita protectora

LA RIOJA

Éste que era una vieja y un viejo que tenían un hijo muy regalón. Un día se murió la vieja y luego el viejo, diciendo antes de morir a los servidores que tenía, que siempre lo cuidaran al joven como él lo había cuidado. Al siguiente día de haber fallecido el padre, los peones mandaron al joven a la leña y éste como había sido tan regalón de sus padres no sabía ni ponerle el freno a los burros y andaba en el potrero sin poder pillar ni uno solo. Cuando ya era mediodía iba pasando un señor y de verlo que no podía pillar los burros le pilló él y le aparejó. Lo hizo subir al burro y le indicó el camino de la leña. Luego que salió de la casa entró en un río y a un lado de la barranca vio un cajón con un cadáver.

Éste lo sacó y lo enterró lejos de donde no podía llevarlo la creciente. Este cadáver había sido de la madre de él. En lo que estaba afanado por enterrar el cajón, sintió que relinchaba una yegua y se fue a verla. Ésta estaba empantanada. Y buscó un palo y la empezó a sacarla del barro, hasta que la sacó. La yegua le dijo que no se vaya para la leña, que se vuelva en ella para el pueblo.

Por el camino encontró una pluma muy bonita y se bajó para alzarla. La yegua le dijo que no la alce, que por esa pluma iba a andar en muchos afanes. Pero éste no la obedeció y la alzó. Se la puso en la cinta del sombrero y siguió viaje. Cuando ya faltaba poco para llegar al palacio del Rey vio que uno de —598 los peones se entró para dentro y luego salió con el Rey. Lo hicieron pasar y le dijo el Rey, si por qué razón tenía esa pluma en el sombrero, que él era el que le había robado el pájaro de oro que se le había perdido a él, y que lo vaya a traer.

El joven le dijo que él la había hallado por el camino. El Rey no le quiso creer y le dijo que si no le traía el pájaro le iba a cortar la cabeza.

Entonces le dijo la yegua que se fueran a buscarlo, y ella, como era alma, sabía que una vieja bruja lo tenía, y también sabía en qué parte lo tenía y le dijo que le pida al Rey un carro con carne, otro con trigo y otro con agua.

El Rey le dio lo que le pidió, y el joven se fue. Por el camino vio unos pájaros que estaban muriendosé de hambre y le dijo la yegua que les dé toda la carne que llevaba.

Y el joven les dio. Siguió viaje. Más allá estaban unas hormigas muriendosé también de hambre y la yegua lo hizo que les diera todo el trigo que llevaba. Y más allá estaban unos pececitos muriendosé de sé, y la yegua lo hizo que le diera todo el agua. Ya iban llegando a la casa de la bruja y la yegua que lo iba guiando le dijo que no estaba la vieja, que entre a todo galope, que lo alce al pájaro y que se vayan al palacio. Y así lo hizo. Le llevó el pájaro para el Rey y éste le dijo que como él le

había tenido el pájaro, él también le tenía una niña que se le había perdido y que la vaya a traer.

El joven tuvo que obedecer y se fue para donde estaba la yegua y le contó lo que le dijo el Rey. Y la yegua le dijo que la misma bruja la tenía a la niña y que se fueran. Y el joven subió y se fue. Y también le dijo la yegua que le diga a la vieja que si lo podía conchabar, para que así vean modos de sacarla a la niña que estaba abajo de siete llaves. Y así lo hizo. Llegó a la casa y le dijo a la vieja que si quería ocuparlo. La vieja le contestó que con mucho gusto, que estaba necesitando un peón. El joven se bajó.

Al otro día le dijo la vieja al joven que fuera a trasladar el trigo de un granero para otro hasta las doce. El joven se fue llorando y dijo:

-Si quiera las hormigas que les dí el trigo vinieran a ayudarme.

—599

Y se empezaron a juntar las hormigas a ayudarle. Y antes de las doce trasladaron el trigo sin que quede un solo grano. Cuando fue a ver el trabajo, la vieja, se sorprendió al ver que terminó antes de las doce.

Al otro día lo mandó que regara un potrero de diez leguas con un balde sin asiento, y el joven se fue a regar. Hasta que llegaba al potrero ya no llevaba nada de agua, y dijo:

-Si quiera los peces que les di el agua vinieran a ayudarme.

Ya llegaron los peces y antes de las doce estaba regado todo. Y fue la vieja a ver y dijo que estaba bien.

Al otro día le dijo que se comiera mil vacas hasta el mediodía y el joven se fue y empezó a comer una y luego no más ya estaba lleno y no podía comer más, y dijo:

-Si quiera los pájaros que les dí la carne vinieran a ayudarme.

Y comenzaron a llegar los pájaros y antes de mediodía comieron las mil vacas. Cuando fue a ver la vieja ya estaban los huesos no más, y le dijo al joven que no tenía más trabajo y que se quede a cuidar la casa hasta que ella vaya a invitar a su comadre para que coman un pichón. Y en cuanto la vieja salió se fue el joven a ver la yegua. Le contó lo que le había dicho la vieja, y la yegua le dijo que el pichón que iban a comer que era él. Y que vaya ligero y la saque a la niña y que se vayan. Y así lo hizo. La sacó a la niña y subieron en la yegua y se fueron. En cuanto llegó la vieja y le halló el rastro que se iba ya, y fue a verla a la niña y no la halló, se vino por atrás de ellos. Al pasar un río la vieja iba alcanzandolós, y cuando pasaba el joven con la niña se cortaba la creciente y cuando iba pasando la vieja vino una ola y la tapó y la llevó. Luego no más llegaron al palacio y la entregó a la niña. Pero el Rey ya hacía siete días que estaba haciendo quemar el horno para quemarlo al joven. La yegua le avisó y le dijo que le pida al Rey una sábana que no haya pecado y una guitarra y que le pida permiso para dar tres vueltas en la plaza, en ella. Cuando el Rey le dijo que lo iba a quemar porque le habían dicho que era brujo, él le pidió todo lo que li había dicho la yegua y le pidió permiso para dar tres vueltas en ella.

—600

Éste le dio permiso y se fue a la plaza en la yegua. Dio tres vueltas y la yegua se bañó en sudor.

Entonces le dice la yegua que la secura con la sábana y cuando lo tiren al

horno se envuelva en la sábana, con la guitarra en la mano.
En el acto se convirtió la yegua en una palomita blanca y se voló porque era el alma de la madre que venía a salvarlo. El joven, antes de que lo echaran al horno, hizo todo lo que le indicó la yegua. Al otro día, cuando los peones abrieron el horno para sacar las cenizas, estaba el joven más lindo de lo que era, tocando la guitarra.
El Rey tuvo envidia, hizo calentar el horno catorce días y se fue a la plaza en la yegua de él, con una sábana, y dio tres vueltas.
Apenas sudó la yegua la secó con la sábana y volvió a la casa. Se envolvió con la sábana, y con la guitarra en la mano lo tiraron al horno.
Y al otro día los peones estaban listos para bailar. Cuando abren el horno, ven que el Rey estaba hecho un carbón. Ese mismo día se casó el joven con la hija del Rey y se quedaron de dueños de todas las cosas del palacio.
Hicieron grandes bailes en celebración del casamiento. Ellos se quedaron bailando y yo me vine para acá.

Que pase por un zapatito roto,
que usté me cuente otro.

Francisca Córdoba, 65 años. El Horno. Vinchina. Sarmiento. La Rioja, 1950.
Variante del cuento tradicional El caballito de siete colores. Amalgama motivos de El muerto agradecido y de Animales protectores.

—601

1077. El toro negro y el gigante

LA RIOJA

Ésta que era una vieja que tenía dos criados, un negro y un blanco. El blanco no hallaba cómo hacer pa matar al negro. Le mentía una y otra vez a la vieja para que lo matara, y entonces la vieja, ya enojada, lo mandó al negro que fuera a pastorear unas vacas, donde había dos toros, uno negro y otro bayo.

Se fue el negrito a pastorear los toros, y entonces, en el campo, el negro se sentó en una piedra, muy triste. Vino el toro bayo y le dijo:

-¿Por qué está muy triste, amigo?

-Cómo no voy a estar triste si me han mandado que cuide estos animales y sé que el toro negro me va a comer.

El bayo le dijo:

-No se lo pierda cuidau, que yo lo salvaré.

Volvía siempre el negrito a las casas y no se moría. Entonce la vieja se dio cuenta que el toro bayo lo salvaba. Entonce la vieja le dijo al negro que lo traiga al toro bayo para carnarlo. Él se puso muy triste. Entonce

el toro le dijo al negro que cuando lo desaten a él, que lo suba, y que se tenga bien para disparar.

Y así fue. Se disparó el toro con el negro encima y no lo encontraron más. Fueron por un campo muy boscoso, y el toro bayo le dijo que en ese bosque tenía él que pelear con el león. Si se salvaban, iban a seguir viaje y de lo contrario, que hiciera un lazo con su —602cuero. Que sacara una tira del lomo y adonde se encuentre en peligro, que diga: Ayúdame torito bayo, y él lo iba ayudar.

Lo comió el león al torito bayo y el negrito hizo todo como le indicó el torito. El negrito se fue a rodar tierra con el lazo. Llegó a la casa de un rey y le dijo que lo ocupara. El rey lo ocupó para que le pastoreara unas vacas y le dijo que no las dejara ir para el sur.

El negrito pastorió varios días para el norte y un día se le había ocurrido dejarlas ir al sur, para ver qué había. Mientras estaba pastoriandolás se presentó un gigante y le dijo que qué hacía ahí, y él le contestó:

-Pastoreando las vacas.

-Ya te voy a comer -le dijo el gigante.

Y el negrito le contestó:

-No ha'i ser, amigo.

Áhi no más el gigante lo manotió y el negrito se le escapó y lo enlazó con el lacito. Y lo horcó enseguida. Vino la giganta y le hizo la misma operación. En esos instantes viene el rey y dijo:

-Pero amigo, ¿no le dije que no dejara ir a las vacas para el sur?

Y le contestó el negro que por qué. Y el rey le dijo:

-Hay unos gigantes que me comen las vacas.

Y el negrito le dijo que los había matado. Entonce el rey lo felicitó y le dijo que se casara con la hija de él, y que viviera en el palacio del gigante y ahí vivió el negrito.

Paulo Aballay, 75 años. Quebrada del Vallecito. General Roca. La Rioja, 1950.

—603

1078. El torito bayo

LA RIOJA

Éste qu'era un par de viejitos que vivían solos, nada más que con un criadito, que habían criau desde chico y que lo habían echau pa pastor de las cabras, vacas y ovejas que tenían. La vieja era bruja y lo había entrado a odiar al muchachito, y con el fin de matarlo no le guardaba comida o no le daba nada que coma en el día, y si le daba no era suficiente, cuanti más un pedacito de torta. El viejito era más bueno y un día pa las señaladas, le separó un ternerito, el más fierito, dandoselo al muchachito. El animal estaba enfermo y la vieja no dijo nada pensando que se le iba a morir y así quedaban bien sin hacer fuerzas.

El ternerito, que era bayo, se crió con todos los cuidados que le hacía el niño. Lo alzaba cuando no seguía a la madre, lo hacía mamar, le llevaba

pastitos para que coma y nunca le pegaba, por lo que el animalito lo seguía y lo buscaba y le balaba. Juntos jugaban y al fin se puso gordo y grande, por lo que ya le servía para andar. El muchacho lo montaba en pelo y al trotecito llegaba en la tarde al corral, hora de encerrar la majada y demás haciendas.

La vieja entonces se enojaba y trató de matarlo a hambre al niño, y lo despedía todas las mañanas sin nada qué comer y le ordenaba que no saque la leche a las vacas o a las cabras.

Un día el niño no pudo más de hambre y se echó en una sombrita a llorar, y cuando estuvo allí vino el ternero y lo halló dormido. Al resuello calentito del animal se despertó y el ternero le preguntó:

-¿Qué le pasa, amigo? ¿Porque está tan triste? ¿Qué tiene, hambre? Vea, no llore, detrás de mi orejita derecha tengo un —604mantelito, saqueló y pidalé lo que quiera comer. Después de eso, lo dobla bien y lo guarda pa mañana.

El niño hizo cuanto se le ordenó, comió, bebió y guardó el mantelito para el día siguiente.

La vieja bruja dejó pasar unos días y pensando que alguien le daba de comer al niño, por lo que no se moría, quiso descubrir. Se hizo pájaro y siguió los animales asentándose en una peña para ver mejor. Se llegó la siesta y el torito bayo se le arrimó al niño y le dio de comer.

Bueno... y con esto el pájaro supo quién lo mantenía al niño. Cuando llegó al rancho lo buscó al viejo y le contó, y le dijo que había que hacer matar el ternero del muchacho.

Al día siguiente y con la intención de buscar algo que carniar, fueron muy tempranito al corral para elegir lo mejor. Salieron todos los animales, pues la carniada iba ser ese mismo día y aunque el chico lloraba y pedía que no le maten al torito bayo, la vieja enojada le ordenó que se calle y que lo lleve hasta donde lo iban a carniar.

Como era muy mansito, se le arrimó y mientras lo acariaciaba por última vez le dijo:

-No te pongás triste, si no me van a matar. Subime, agarrate bien y cuando yo pegue una arrancada, pedile la bendición a tu padre y a tu madre, que Dios nos ayudará.

Dicho esto, el chico lo montó y lo llevaba con pena, pero tranquilo.

Cuando iban a llegar al bramadero, dio un bufido y una arrancada. El chico con el sombrerito en la mano se despidió de sus padres y siguieron al mundo a todo galope. Cuando fueron lejos, el torito quiso descansar. El niño se bajó, comió y le dijo que tenían que seguir viaje hasta donde se les haga la noche, porque tenía que peliar esa misma noche con la vieja bruja que los seguía.

Llegó la noche y le dijo al niño que se esconda bien en la copa de un árbol y que no tenga miedo, que a la medianoche iba a oír los balidos de un toro que vendría. El toro que era negro y con los ojos como de fuego iba a venir a peliarlo y ésa era la vieja, pero no lo iba a vencer.

—605

El niño se trepó a un árbol y se escondió como pudo. Y a eso de la medianoche oyó desde lejos los bramidos de un toro que se venía. El toro negro llegó, pelió mucho con el torito bayo, pero cuando vino el alba fue como si se estremeciera la tierra y el toro negro se fue.

Al día siguiente siguieron viaje y le pasó la misma cosa. Ya el niño no tuvo tanto miedo como la primera noche.

Al tercer día el torito le dice al niño:

-Bueno, mi amiguito, éste es el último día que vamos a estar juntos. El toro negro nos persigue y esta noche me va a vencer y me va a matar. Usted escondasé bien, y al otro día, saque el mantelito y llevelé para que no pase hambre y para cuando usted se vea en apuros, haga de mi cuero un torzalito. Mañana vea bien, del lado que quede para arriba; vea donde me den los primeros rayos del sol; saquemé ese cuerito, sobelé y hágase un lacito. Debajo del mantelito va a encontrar un puñalito y éstas van a ser sus armas. Cuando usted se vea en peligro de muerte o sea retau a peliar, usted diga: maniameló, torzalito, y ya va a estar, y con el cuchillito se va a defender.

El niño lloró y se despidió de su torito que tanto quería y en la noche, cuando vino el otro toro, vio que echaba fuego por boca y nariz. Peliaron mucho, pero cuando vio que cayó al suelo el torito bayo, y que el otro toro lo buscaba, ni respiró de miedo. Por fin el toro se fue y a la madrugada se bajó. Lo vio que estaba muerto, y hizo lo que el torito le dijo y con mucha pena se fue solito a rodar tierra.

Fue por áhi, y se ocupó con un señor que tenía hacienda. Se ocupó para pastorear las vacas. El patrón le entregó unas vacas flacas y le dijo que para el norte no vaya echar las vacas, que las echara para el sur no más y ojalá sea como sea, que no pase nunca para el norte.

El niño cuidó más de un mes las vacas, en un peladeral y creyendo que iban a morir y sin tener miedo, quizo saber por qué no podía ir para el norte. Una mañana salió, y después de andar un rato... hizo dar vuelta al arreo y se fue al norte. Encontró unos potreros llenos di alfalfa y las vacas se quedaron pegaditas, y él se fue a conocer.

Anduvo un poco y divisó una casa, y se fue allá. Era la casa de unos gigantes. Vivían los dos, pero sólo estaba la giganta —606y el gigante andaba por sus potreros. En cuanto llegó no más la giganta lo quiso pillar para echarlo a la olla, pero el niño se acordó de las palabras del ternero y sacó su torzalito y se lo tiró a los pies y cayó la giganta maniadita. Y así pudo defenderse. En eso estaba cuando llegó el gigante y muy enojado porque halló hacienda en su potrero, lo quiso comer. Él le quitó el torzalito a la giganta que se murió del golpe, y se lo tiró al gigante que cayó al suelo y allí lo mató quedandose dueño de la casa y de todos los potreros, animales, sacos con plata y cuanto había en él.

Se volvió para entregar las vacas y arreglar cuentas. El patrón le preguntó por qué se había demorado tanto y dónde había dado de comer a las vacas que habían vuelto tan llenas; pero el niño no le contó su historia.

Le dijo que ya no trabajaba más y que se iba a ir, y que le pague lo que había ganado. Así fue, y el niño dueño de casas y campos vivió y vivirá y yo me vine a contar el cuento.

Pasó por un zapato roto que usted cuente otro.

Julia de Castro, 50 años. Carrizal. Famatina. La Rioja, 1950.

LA RIOJA

Que era un Rey que tenía tres hijos. Y ese Rey tenía una quinta. Esque tenía en la quinta unas manzanas muy lindas, que nadie tenía como ésas. Y él que las tenía contadas a las manzanas. Y un día había ido a verlas a las manzanas y esque le faltaba una. Y esque dice el Rey que había que cuidarlas. Esque tenía muchos piones, y él que decía que podían ser los piones, pero que los piones lo respetaban mucho.

Entonce, el Rey comenzó a hacer cuidar las manzanas de día. Bueno, y esque las manzanas seguían faltando y pensó que sería de noche. Y que le dice al hijo mayor que tenía que irse él a cuidarlas. Pensó que los piones no podían cuidar de noche. Lo mandó al hijo mayor.

El hijo mayor se fue a cuidar las manzanas. Áhi 'taba, pero muy a deshoras de la noche, él 'taba aburrido y le había dado sueño y se había dormido. Y al otro día va el padre a contarlas y siempre que le faltaba una.

A la noche siguiente va el del medio. Tenía que amanecerse, pero había hecho lo mismo y si había dormido.

Y a la noche siguiente, entonce que le dice al más chico que se vaya él, ya que los otros no obedecían, a ver si él obedecía. Bueno, que le dice él que le dé una manta, una guitarra y una escopeta. Y se había ido el joven. El padre le dio todo.

—608

Que había llegado él y se había puesto a tocar la guitarra. Que se cansaba, se quería dormir, pero no si había dormido.

Muy tarde, a deshora de la noche, que había sentido un ruido arriba de la planta, lo que se movían los gajos. Y bueno, esque mira y cuando ha mirado que ve un pájaro que se había asentado arriba de la planta.

Y bueno, él esque le había tirado un tiro, pero no le había pegado bien. Esque sólo le había sacado una sola pluma. Él que había corrido y la había levantado para que viera el padre que él había cuidado y viera el pájaro que hacía daño. Y al otro día cuando le lleva el hijo la pluma al padre, que dice el Rey que la pluma era di oro y que no había más caso que tendrían que irse en busca del mismo pájaro.

Y bueno. Esque se va el hijo mayor a buscar el pájaro. Le dice al del medio que vaya él también.

Y cuando había ido muy lejo el hijo mayor, que estaba una zorrита, tirada al sol, tomando sol. Que era bien flaca la zorrítita. Y entonce que le pregunta al joven mayor, qué adónde iba. Y entonce que le dice él que él iba en busca del pájaro de plumas di oro y que si no le podría dar noticias ella de adónde podría estar.

-Sí -que le dice la zorrítita-, vení. A lo lejos se ve un humito y en ese humito es una aldea y en esa aldea hay dos partes. En una parte está oscuro y sin luz y en la otra -que le dice- está con luz. Y cuando vos lleguís, entrá en la que está en oscuro, ahí vas a dormir y si vos no obedecís, si vas a dormir en la con luz, te vas a perder. Y al otro día voy a salir yo y te voy a encontrar.

Este joven no había obedecido, porque él había llegado y había visto las dos partes que ella le dijo, pero le había dado miedo de ver tan oscuro la parte que le dijo la zorrítita que entrara. Y él se entró adonde estaba con

luz, y no salió más.

Y al otro día la zorrilla lo estaba esperando y no salió. Y de ver que no salió, se devolvió al mismo lugar adonde estaba. Entonces el Rey, de ver que no volvía el hijo mayor, lo mandó al del medio. Y el hijo se va.

—609

Llega el hijo y se encuentra con esta zorrilla. Y la zorrilla le había dado los mismos datos y que le había dicho al otro joven, que había ido y si había perdido, pero que le dijo que él obedezca y entre en la parte que estaba en oscuro.

Y el joven fue y no había obedecido también, porque él, al entrar en la parte que estaba oscuro, vio muchas cosas y tuvo mucho miedo y se devolvió y entró en la parte con luz. Bueno, también no volvió adonde estaba el padre.

Y que le dice el Rey al hijo menor, ya de ver que los otros no volvían, que vaya él en busca del pájaro, que así como era el único que lo había visto, así podría encontrarlo.

Y entonces es que sale el hijo menor en viaje también.

Va y se encuentra con la misma zorrilla. Y que le dice la zorrilla que adónde iba. Y es que le dice que él iba en busca del pájaro de plumas de oro.

-¡Ah! -que le dice la zorra-, han venido dos más en busca del mismo pájaro y de ver que no obedecen, estoy para no dar ningún consejo.

Y que le dice este joven, que a él le dé el consejo, que él es hombre de obedecer el consejo.

-Mirá -que le dice la zorrilla-, si vas a obedecer, te doy el consejo, y sinó, no.

-Sí -que le dice el joven, que él iba a obedecer el consejo.

Que le dice que a lo lejos se veía un humito, y que era una aldea y que en esa aldea había dos partes, en una parte estaba sin luz y en la otra con luz. Y que él entre en la que estaba en oscuro, y que al otro día ella lo iba a esperar.

Y bueno, él es que había obedecido. Que había llegado a la aldea, y él es que había entrado en la parte en oscuro. Y él es que veía muchas cosas. Que tenía miedo pero es que había hecho valor y si había quedado. Que había dormido ahí. Y al otro día, muy temprano, salió. Y había seguido viaje. Al caminar, se había encontrado otra vez con la zorrilla. Ella es que estaba muy contenta lo que él había obedecido.

-Vení, subí -que le dice la zorrilla-. Subí, te voy a llevar adonde está el pájaro.

—610

Y que él le dice que no, que no porque ella 'taba tan flaca y era tan chica, que no iba a poder llevarlo. Y ella que le dice que sí, que iba a poder, que suba no más.

Y bueno, había subido él y la zorrilla lo llevaba como un caballito. Y al ir muy cerca del pájaro, le dice que se baje.

-Mirá -que le dice- aquí es la casa del Rey que tiene el pájaro de plumas de oro. El Rey está durmiendo -es que le dice la zorrilla- y el pájaro está en la jaula más linda que hay. Y ahí, hay otra jaula más vieja, en esa lo vas a traer.

Y claro, cuando había entrado el joven, estaba durmiendo el Rey. Cuando

había entrado él, de ver que estaba en una jaula tan linda el pájaro, lo quiso sacar en la misma jaula, no más, y empezó a cantar el pájaro y se despertó el Rey. Y lo pilló a él y que le dice que qué andaba haciendo. Y que le dice que él andaba en busca del pájaro de plumas di oro. Y entonces que le dice el Rey, que no, que no lo iba a poder sacar, solamente que le traiga a él, el caballo con la montura di oro, que por eso se lo daba. Y bueno, que salió él, muy triste, de ver que no podía sacar el pájaro. Y había seguido el viaje. Y si había juntado otra vez con la zorrита, que lo estaba esperando.

-Y bueno -esque le dice- de ver que ustedes no obedecen mis consejos, yo no quiero dar más consejos, no van andar bien.

Después de estar enojada la zorrита, esque le dice:

-Subí -y lo lleva adonde estaba el caballo.

-Mirá -que le dice- en este corral vas a entrar. El dueño del caballo está durmiendo. Hay monturas muy lindas y hay otras muy viejas. La montura más vieja vas a tomar -esque le dice- y la vas a poner al caballo, porque si le ponés la linda, va a relinchar el caballo y van a sentir los dueños.

Y bueno, esque había entrado el joven al corral y de ver estas monturas tan lindas, que va y que le pone la mejor montura, y que empezó a disparar el caballo, a dar vueltas en el corral y a relinchar, y que se levantaron los dueños y lo volvieron a pillar al joven.

El dueño del caballo había sabido ser un rey, y este rey había sabido andar interesado en una niña, y el Rey que no se animaba a hablar a la niña porque era de familia muy delicada.

—611

Y entonces que le dice el Rey al joven que qué andaba haciendo, y él le dice que anda por llevar el caballo. Y entonces que el Rey le dice que sólo di un modo le iba a dar el caballo, sólo que le lleve la niña que él quería.

Y bueno, él sale muy triste, y cuando él había salido, que le dice la zorrита:

-Bueno, vos ahora hacé lo que vos querás, yo ayudarte más no puedo, porque si vos no obedecís, no te puedo sacar de ningún apuro.

Y el joven ha quedado muy triste y si ha puesto a llorar. Y no dejaba de llorar. Y la zorrита, al ver que lloraba tanto este joven, esque le dice al otro día:

-Subí -y que lo llevó adonde 'taba la niña.

-Mirá -que le dice-, aquí es donde 'tá la niña. La niña sale a bañarse en esta parte, y cuando ella salga, vos vas a correr y la vas a abrazar de atrás, porque si la abrazás de otro lado, va a gritar la niña y van a salir los padres.

Y bueno, este joven se había escondido y cuando ella había salido, había corrido y la había abrazado de frente, en el apuro. Bueno, cuando la había abrazado, la niña había pegado un grito, que los padres habían corrido y lo habían pillado. Y entonces, que le dicen que si él quería la niña, tenía que dehacer un cerro, hacer un túnel, que pase un camino a lo largo y al través. Y si no lo hacía lo mataban.

Y bueno, este joven había salido llorando, y que ya no tenía consuelo, porque la zorrита le decía, que si no obedecía, ya lo iba a dejar. Y lloraba este joven sin parar.

Y dos días dejó pasar la zorrита. Y ella esque dormía y él esque lloraba. Que si había amanecido llorando, porque lo iban a matar si no hacía el túnel.

-Acostate a dormir -le dice la zorrита.

Y él se acostó a dormir. Y cuando se levantó, ya estaba el túnel hecho.

Ella esque lo había hecho.

Él había cumplido con eso. Él, muy contento, les avisó a los padres de la niña.

-Muy bien -esque le dice el padre- pero a la niña no te la vamos a dar.

—612

-Mirá -que le dice la zorrита-, si no te dan a la niña, vos te despedís de todos y al último, la tomás de la mano a ella y la sacás no más. Y así lo había hecho el joven.

Y bueno, esque los padres no le hicieron nada, ni la siguieron, menos.

-Bueno, tenís que llevarselá al Rey. El caballo te lo van a dar.

Y esque había ido y le había llevado la niña al Rey y el Rey li había dicho que el caballo era para él, que lo ensille y lo saque.

-Mirá -que le dice la zorrита-, cuando ensillés el caballo, subís y te despedís del Rey y al último te vas a despedir de la niña. Le das la mano y la tirás y la vas a poner en las ancas del caballo.

Y bueno, había hecho lo que li había dicho la zorrита.

Y puso la niña en las ancas y salió disparando en el caballo.

Y la zorrита lo estaba esperando.

Y esque le dice:

-Mirá, llegá adonde tiene el pájaro el Rey. Al caballo se lo vas a presentar al Rey. Y él te va a decir que lo vas a atar. Entonce vos lo vas atar como para dehatarlo con facilidad cuando quieras subir, y a la niña la vas a dejar en las ancas del caballo. El Rey va a entrar a la pieza de él y a vos te van a entregar el pájaro. Cuando te entreguen el pájaro, corré y subí en el caballo y dispará.

Bueno, el joven ya hizo todo como le dijo la zorrита y disparó en el caballo. Bueno, siempre lo esperaba la zorrита. Bueno, ya siguieron juntos y él llevaba la niña, el caballo y el pájaro.

-Lo que yo te pido -esque le decía la zorrита- que no te vas a bajar cerca de un pozo di agua que hay en el camino, porque en ese pozo -esque le advertía- tendrás que ser perdido vos y todo lo que llevás.

-Muy bien -esque le dice el joven.

Al amanecer, que iba la niña con sé, y que habían visto una laguna. Que él no sabía si ése era el pozo. Se había bajado ahí, y la bajó a la niña y al pájaro. En ese pozo con agua, que parecía una laguna, habían quedado los hermanos.

—613

Cuando él se había arrimado a tomar agua al pozo, se jue de cabeza, y quedó la niña y el pájaro y el caballo solos. Y entonce cuando él había caído de cabeza, salieron los dos hermanos, porque este pozo estaba encantado y ahí habían caído ellos antes.

Y claro, él se había perdido, y los hermanos, de ver que encontraron la niña, el caballo y el pájaro, se devolvieron con todo esto, muy contentos ellas. Se devolvieron adonde 'taba el padre. Y claro, llegaron y le dijeron que ellos habían conseguido el pájaro de plumas di oro, y que

llevaban ese caballo y la niña, y que no sabían nada del hermano, que se habría muerto.

El padre, claro, los había recibido muy bien a los hijos.

Claro, el caballo lo echaba de menos al joven, no comía ni nada, y no relinchaba. El pájaro no cantaba y la niña es que estaba muda.

Y bueno, la zorrilla ya 'taba sabiendo lo que le pasaba a este joven. Y fue, y al ver que se había caído en el pozo, entró ella a sacarlo.

Y lo sacó y que le decía que él era desobediente.

-Mirá -esque le dice-, el pájaro, la niña y el caballo ya están en la casa de tu padre, los han llevado tus hermanos y dicen que son de ellos. El caballo no come ni relincha, el pájaro no canta y la niña está muda. Lo que vos vas a hacer, te vas a vestir de mendigo, yo te voy a enseñar cómo vas a hacer. Y el favor que te voy a pedir, por todos los servicios que yo te he hecho, que es un solo favor, pero primero te voy a decir lo que vos vas a hacer. Te vas a vestir de mendigo y vas a llegar golpiando la puerta de la casa del Rey. Cuando vos golpiés la puerta, el Rey te va a hacer pasar. El pájaro va a cantar, el caballo va a relinchar y la niña va a hablar, y el Rey va a preguntar que por qué sería eso. Entonces vos le vas a decir que sos el hijo menor y el que has conseguido todas esas cosas y por desobediente te ha pasado eso. Y ahí le contás todo el caso como es y todo lo que han hecho tus hermanos. Y antes de que te vas, éste es el favor que te voy a pedir: que me cortés las cuatro patitas.

Que le dice el joven que no, que cómo la iba a dejar inútil, de que ya no iba a poder andar. Y que ella le dice que sí, que lo tenía que hacer, que ella le iba a agradecer.

—614

Y bueno, es que le dice que como era un pedido de ella que él no le podía decir que no, y que lo iba a hacer. Y le había cortado las cuatro patitas y se hizo ella una niña. Que había sido una niña encantada, y que tenía una virtud para adivinar. Por eso lo había ayudado al joven.

Y bueno, que él había visto esta niña tan linda, en un palacio también muy lindo. Ella 'taba encantada hasta que pudiera hacer esta obra que habían hecho con el joven. Y bueno, se habían despedido y le había agradecido mucho y ella también le agradeció.

Y se fue él en busca del padre.

Se había disfrazado de mendigo y había llegado pidiendo limosna. Que lo habían visto y el Rey que lo había hecho pasar para adentro. Y cuando, es que había pasado, el pájaro es que había cantado y el caballo había relinchado y había hablado la niña. Y que el Rey es que dijo que por qué pasaba eso. Y que la niña le dijo que ella conocía ese joven que venía de mendigo. Y que el Rey que decía, cómo podía ser eso.

Entonces el mendigo es que le dijo que él era el dueño de los animales y que era el hijo menor de él. Y ahí contó todo como era.

Y diz que han llamado a los hermanos y el Rey les ha dicho que los van a hacer quemar por la mala acción de ellos con el hermano. Y los ha hecho quemar.

Y ahí si ha casado el joven con la niña y el Rey le ha dado la corona y ha sido el Rey de ese reino.

Pastora Soria, 25 años. Guandacol. La Rioja, 1951.

La narradora dice que aprendió éste y muchos otros cuentos del padre, Blas

Soria, nativo de Guandacol, quien era un gran narrador y que murió a los 68 años, en 1945.

La narradora hace la diferencia entre el sonido de la y y de ll, que es tradicional en la pronunciación del oeste de La Rioja; aspira las eses finales, y también en el sufijo des de muchas palabras (deh-hacer, deh-ensillar); en otras pone empeño en corregirse. La rr es asibilada. Su entonación, la típica del noroeste, está muy atenuada por el contacto frecuente de gente de otras regiones, pues trabaja en un hotel de la capital de la provincia.

—615

1080. El raicero

SAN LUIS

Ésta era una madre que jue al campo en el tiempo que juntaban algarroba, y tenía un niño, un niño de cuna. Y lu había dejau acostadito a la sombra di un algarrobo. Y ella se entró en el monte guastiendo²⁶⁷ algarroba.

Áhi 'taba el niño, acomodadito entre unas ropas, y vino una mona y se lo llevó. Dice que la mona se lo llevó para criarlo.

La mona lo crió a este niño. Después que lo crió le enseñaba a comer raíces no más. Despué que jue hombre, vivía en una cueva, y lo llamaba Raicero por nombre.

Después, claro, al verse solo, vivía sólo él lo mismo qui un oso. Le salió Dios, como un viejito. Y el viejito lo comenzó a ayudar. Se jue a vivir con él en la cueva para ayudarlo, enseñarle a hablar, qué se yo.

Entonce el viejito le mandó un monito de los más chicos. Y un diya dice que el monito le dice que iba a ir a la casa del Rey a pedir un almú para medir plata.

Entonce le dice el Raicero:

-Pero monito -dice- me vas a hacer matar con el Rey.

Entonce le dice el monito que no tuviera miedo, que él lo iba ayudar.

—616

Y se jue el monito a la casa 'el Rey y le pidió el almú. El Rey se lo dio al almú para medir la plata.

El monito le puso al almú en la esquina unas chirolas así, grandotas, de plata, pa que viera el Rey que este hombre era millonario, y se lo devolvió al almú.

Y entonce el Rey, cuando llevó el almú le dice:

-¡Pero, amigo, cómo se le han quedau tuavía estos patacones²⁶⁸ de plata!

Entonce le dice el monito:

-¡Puh!, si es basura la plata que tiene el Raicero.

Al otro día dijo qui li iba a pedir el almú de medir el oro. Y se lo cedió el Rey. Y el monito trajo el almú y le echó en cada esquina unos cóndoros²⁶⁹ di oro, pa que viera el Rey que era cierto que el Raicero era rico. Y vio el Rey y se quedó admirado de esta riqueza.

Al otro día le pidió el monito al Rey el almú de medir diamante. Cuando lo

jue a devolver le echó unas perlas de diamante en todas las esquinas. Cuando jue a entregarlo, le dijo el Rey que lo convidaba al patrón a una gran boda que iban a hacer al otro día.

Y al día lo vistió el monito al Raicero con unas ropas lindísimas, con un güen traje. Y le puso unas cadenas de plata, di oro, de diamante. Y le puso de todo. Bien paquete lo puso al Raicero. Y también le hizo varios palacios.

Al otro día, cuando jueron, una hija del Rey se enamoró del Raicero y el Raicero le dijo que las convidaba, a las hijas del Rey y a los padres al primer palacio que él tenía, que era de plata. Y las convidó, y al otro día jueron.

Por el camino, ante de llegar, tenían que pasar un riyo grandísimo y muy hondo. Al cruzar el riyo, el monito vino a encontrarlos y se hizo pescadito, y se cortó l'agua, y pasaron todos en el coche.

—617

Y güe... Llegaron al primer palacio, un palacio de plata. Y áhi les sirvieron de los mejores manjares. Que el Rey no tenía los manjares que tenía el Raicero. Y áhi había hacienda de todo. Y la gente andaba pialando y marcando...

Y al otro día los convidó al palacio di oro. Y áhi lo mismo les convidaron de todo, de lo mejor.

Al otro día le pidió la hija al Rey y se casó. Y se jueron al palacio de diamante. Allá jue cuando hicieron la boda y se casaron los novios.

Hicieron una boda grandísima.

Y el monito áhi se murió. Y ante de morir se le dijo al Raicero que cuando se muriera él, tenía que velarlo y enterrarlo. Y que ya lo dejaba rico. Y todo lo que dijo el monito, todo lo hicieron. Y claro, porque él le había dado toda la suerte y lu había salváu al Raicero que agora era un gran señor y un rey. El monito era un angelito.

Y áhi se acabó el cuento.

Luis Aguilera, 39 años. El Durazno. Pringles. San Luis, 1940.

El narrador es un campesino analfabeto.

—618

1081. Narcisito travieso

CORRIENTES

Narcisito era un niño pobre. Tenía sólo la madre. El padre había muerto. Un día la madre lo mandó al pueblo a vender una gallina para comprá la necesidad. Salía otro chico del pueblo con un perro al que lo iban a matar. Narcisito se paró y le dijo:

-No maten al perro que yo se lo doy la gallina a cambio del perro.

Le dijieron:

-Para qué queré este perro flaco que no sirve para nada.

Dijo él:

-A mí me va a servir.

Agarró el perro y volvió a la casa.

La madre salió y dijo:

-No traés nada, Narcisito.

-Compré este perro, mamá, a cambio de la gallina.

-¡Ah, hijo!, mañana irás a vender la otra gallina.

Tenía sólo tre gallina.

-Así traerá de comer para tu perro y para mí y para vos.

-Bueno, mamá, no te enojés.

Y se fue a vender la otra gallina. Salieron los mismos chicos con un gato, judeando, cuando le vieron ir a él.

—619

-¡Oh!, Narcisito, nosotros vamos a vendé este gato porque es muy dañino.

-No -dice él-, te cambio por esta gallina.

Le dieron el gato y llevaron la gallina. Él volvió con el gato a su casa.

Sale la madre y le dice:

-Hijo mío, me vas a matar de hambre. Andás comprando sólo perros y gatos.

Dijo él:

-No es nada, mamá. Este gato pongalé Pío y al perro, Roque. Y ello algún día me salvarán.

-Bueno -le dice la madre.

-Mañana te irá a vender esta última gallinita. Y no vayas a comprar nada que no nos pueda servir. Si esta vez no me traés nada te voy a castigar.

-Bueno, mamá.

Y agarró la gallinita y se fue al pueblo. Salieron otra vez los chicos con una víbora verde. Y dice Narcisito:

-¿Adónde llevan este animalito tan lindo?

-¡Oh!, es una víbora que pica. Vamos a matar.

-No le maten. Quiere vivir como todo vivimos. Le cambio -dijo él-, le doy la gallina y me da la víbora.

Se la dio, la ató una piola larga y se la llevó. Se fue lejos y se fue pensando que no iba a volver a su casa porque no llevaba nada. Le dijo a la víbora:

-Yo te pongo Juanita, tu nombre. Tenés calor, te voy a bañar porque tenés mucho calor.

Dice que la víbora iba arpeando porque le llevaba por una piolita. No le llevaba alzando porque le dijieron que pica. Bueno, se bañó mucho la víbora y no salía del agua. Él tiraba la piola y decía:

-Vamos, Juanita, que tengo que trabajá para ganar para el pan.

-No es nada, Narcisito -le dijo la víbora-. Vamos en ese monte, en ese árbol grande, está mi madre. Y ella te va a dar una fortuna porque me salvaste la vida. Ella es la serpiente más grande que se conoce y es muy mala. Te va querer —620— tragar y yo te salvaré. Ella, de contenta te va hacer tres anillos en un platito. Usté agarra el que está en el medio, el de oro. Uno hay de cobre, otro de plata y otro de oro. El de oro tiene una fortuna. Pidalé lo que usté necesita que te dará.

Y todo pasó como dijo la víbora.

Se fue él tan contento después que recibió ese anillo. Vendió a un comerciante. Compró todas las necesidades que le faltaba y le llevó a su madre.

La madre de tanto que lloraba, que hacía día que ese hijo no volvía, ni le conocía al hijo:

-Mamá, soy Narcisito que le traigo todas las necesidades de su casa.

La madre quedó muy contenta.

Después se acostó a descansar. El perro y el gato lo rodeaban. Después de 'tar acostado y tranquilo dijo:

-Anillito, por la virtud que Dios te ha dado vení en mi bolsillo.

Un rato depué tocó el bolsillo, 'taba el anillo.

La madre, tan contenta, le dejó dormir un rato y le recordó con su güen mate amargo. Y le preguntó, contenta la vieja:

-¿En qué ganaste tanta plata, hijo mío?

Le dice él:

-Mamá, vendí bien la gallina. Y ahora estamos remediados. Dentro de quince días voy a salir a rodar mundo.

La madre no quería. Le dice:

-¿Y su perro y su gato?

-Mi perro y mi gato, cuando yo salga de acá, de mi casa, que quede con usted, como un compañero, porque tengo necesidá de salir. Algún día que ese perro y ese gato salga al portón de nuestra casa a maullar dealé de comer bien y larguelás que se vaye donde yo estoy. Y usted ya va saber qué me pasa o me pasó. Yo le voy a dejar mucho dinero y surtido para que nada le falte.

—621

La madre por un lado lloraba y por otro pensabe que tenía que dejar ese hijo que saliera.

Bueno. Llegó el día. Él se despidió de la madre y del perro y del gato y se jue.

La madre, todos los días rogaba por el hijo. Y tenía ansia de verle. Y le hablaba al perro y al gato y le decía:

-Tengo gana de verle a Narcisito.

Pasó un largo tiempo. No sabía nada del hijo. Una tarde el perro y el gato salía al portón a maullar tristemente. Ella le dice:

-Algo le pasó a mi hijo. Ustede han de ir adonde él está, pero vamo a esperar unos tres días -le dice al perro y al gato.

El dueño del perro y el gato había llegado en una ciudá grande y 'taba en una pensión. Estaba en un comentario que la Princesa de la ciudá quería casarse. Que 'taba en frente de la pensión, 'taba el palacio. La Princesa se iba a casar con el que adivinara lo que ella preguntaba. El miró y vio la gurisa muy linda, la Princesa y dijo:

-Pues, yo me voy a casar con la Princesa.

Se rieron todos y le dijo:

-Nosotro que 'tamo en el pueblo no adivinamo la pregunta que hace, y qué va a adivinar usted que es forastero.

Dice Narcisito:

-Eso no es nada. Esta noche mismo me voy a casar.

Y todo quedó así. Él se fue a acostarse.

Depué que quedó en silencio, él sacó el anillo del bolsillo y dijo:

-Anillito, por la virtud que Dios te ha dado que venga la Princesa adonde yo estoy para conversar.

Y la gurisa se vino.

Cuando ella se encontró con él, se quedó muy admirada porque ni sabe cómo vino adonde está este hombre que no conocía y jamás vio. Ella le dijo:

-Y, ¿cómo vine adonde vos estás?

—622

Él le dijo:

-¡Ah!, usted busca casamiento y te vas a casar conmigo.

Ella le dijo:

-No puedo porque tengo otro amante.

Bueno. Él se quedó cansado y no le hizo llevar al palacio y se quedó a dormir.

La gurisa le registró el bolsillo y le encontró el anillo. Y al punto se imaginó que ese anillo sería de suerte y le dice:

-Anillito, por la virtud que Dios te dio, llévame al palacio.

Un momento de silencio y ella se trasladó al palacio. Y en el palacio dijo:

-Anillito, por la virtud que Dios te dio, llévame al medio del mar en un palacio mejor que el de mi padre con el negro cocinero -ése era el amante de ella.

Al otro día ella no amaneció, ni el negro cocinero.

Todo el pueblo el Rey hacía llamar en declaración para preguntar quién le llevó la hija y el negro cocinero. Y le dijieron que allí estuvo un hombre desconocido que él decía que tenía que casarse con la Princesa, y fue el día que no amaneció.

El Rey en seguida lo hizo llevar a Narcisito preso. Entonce le dijo que le haga aparecer a la hija y si no pena de la vida dentro de cuatro días.

El perro y el gato que tanto maullaban, dentro de tres días la madre largó.

El perro y el gato anduvo mucho y llegó a la misma pensión de Narcisito. 'Taba el comentario.

-Pobre hombre, va a perder la vida. ¡Quién sabe con quién se jue la Princesa!

El gato dentró, jue por abajo de la mesa y casi no había ni miga de pan.

Él salió y le dijo al perro:

-Narcisito está preso, está en el calabozo. Falta tre día para matarle.

Dice el perro:

No es nada, vamo al calabozo. Lo do vamo a sacarle.

—623

Jueron lo do. El gato buscó sobre el techo por donde dentrar. No podía dentrar hasta que encontró una partecita abierta y dentró donde 'taba el dueño. Y le lambió la cara y lo recordó. Que 'taba durmiendo Narcisito.

-¡Oh!, usted es Pío.

-Soy, le venimo a salvá.

-¿Y Roque?

-Es muy grande, no puede dentrar.

-¿Qué te pasa?

-¡Oh!, me sacaron mi anillo y se jueron al mar la Princesa con el negro cocinero.

Le dice Pío:

-No es nada. Yo y Roque le vamo a salva. Vamo a ir a buscar su anillo. Y lo animalito se jueron. Caminaron todo ese día por la orilla del mar y dice Roque:

-No te asuste, Pío, yo le voy a llevar. Subí en mi lomo, yo te voy a

llevar nadando hasta el palacio de la gurisa que se perdió, porque falta sólo un día para matale a Narcisito y vamo a ve si encontramos el anillo. Pasaron. Ya era de noche. Llegaron al palacio. Había una casita cerca. Y vivía un viejito. Y como era gato y perro quedó muy admirado que anduvieran junto, y le dice:

-¿Qué hacen por acá?

-Buscamos el palacio de la Princesa que hace tre día que se juyó del padre. Le dice el viejo:

-Pues, yo soy el Rey de lo ratón. Estarán durmiendo ahora la Princesa y el negro.

Le dice Roque:

-Yo le pago todo lo que usted me pide si encuentro un anillo que le trajo la Princesa, de mi dueño. Si podía mandar en comisión lo ratón.

—624

Antonce dice el viejito:

-Voy a llamarlo.

Pegó un silbido y se presentó ratón de todo tamaño. Entonce le dice Pío:

-Mire, compañero, si quiere hacé un favor de buscar un anillo que ese negro trajo de mi dueño. Le voy a pagar.

Dice uno de los ratón:

-Por una bolsa de galletas y una canasta de pan le traigo el anillo. Yo sé donde está. 'Ta en el tocador de la Princesa. Toda la noche se saca del dedo. Nosotros lo vemos todas las noches.

Y antonce se jueron los ratón. Jueron a la casa. No 'taba el anillo en el tocador. Buscaron todo. No podían encontrar. Ya eran las tre de la mañana.

Dijo uno de los ratón chiquito:

-¿Sabe adónde lo tiene el negro? En el culo. Porque sabe que sólo cuatro día faltaba que le busquen y le quiten el anillo.

-¿Y cómo vamos a sacar?

Uno dijo:

-Yo voy a mojar mi cola en aceite y se le voy a poner al negro en la nariz. El negro va a estornudar y va a caer el anillo y otro lo va a

cazar.

Así lo hicieron. Y lo hicieron estornudar al negro y saltó el anillo.

Agarró un ratón y disparó y le llevó a Roque. Y se presentó Pío y dispararon los ratón de más. Y ello se volvieron al palacio del Rey. Y lo ratón se jueron a la casa del viejito. Roque le propuso de mandarle queso y pan para después que amanecía. Bueno. Se despidieron contento y llevaron el anillo a Narcisito.

Llegó el gato y entró al calabozo. Ya venía amaneciendo. Ese día iba a morir a las ocho de la mañana. Narcisito salió del calabozo con la virtud del anillo y jue a recordalo al Rey y le dice:

-Levantesé que usted va a ver a su hija dentro de poco rato.

Se levantó el Rey asustado y le dijo Narcisito:

-Venga a la orilla del mar. Viene llegando su hija en un buque con su nuevo esposo.

—625

Y jueron. Llegaba la hija del Rey con el negro del brazo. El Rey de tan asustado, sacó su corona y le puso a Narcisito. Le coronó y quedó de Rey. Y la gurisa quedó no más con el negro, que nadie la miraba má.

Narcisa Ramírez de González, 48 años. Yapeyú. San Martín. Corrientes, 1952.

Buena narradora. Es curandera de fama en la región.

—626

1082. Juancito de León

CORRIENTES

Era un rey casado. Estaba con la señora mirando por un río, y iba por el río una embarcación. El esposo decía que era lancha, ella decía que era barco. Y le dice el esposo:

-Palabra de Rey no vuelve atrás: si es lancha usté pena de la vida, y si es barco, igual, yo peno de la vida.

Y ella aceptó. Y mandó unos propios²⁷⁰ a ver. Era barco de vela. Los que jueron sentían del Rey y dijieron:

-No vamo a quedá gobernado por la señora.

Y volvieron los chasque²⁷¹ y dijieron:

-Es lancha.

Ganó el Rey. Entonce dijo:

-Lleven esta mujer a matá al monte.

Ella 'taba pesada²⁷². Ella le dijo:

-Yo voy a llevá un libro para distraerme.

Antonce llevó el libro y se jue por el monte con eso tre mismo que jueron a vé el barco. Y se conversaban y decían:

-Es una injusticia matala. Vamo a llevale lejo, en el monte, y vamo a dejale que le coma la fieras.

—627

Le dejaron. Se despidieron de ella y volvieron.

Ella, como llevó ese libro, que era de religión, siempre leía. Agarró el monte y se jue muy lejo.

Estaba leyendo una tardecita. Se le caían la lágrima de lo ojo. Llega una leona. También estaba de encargue²⁷³ la leona, y la señora también. La señora tenía miedo que la iba a comé, pero la leona se acercó por ella y se refrejava y la olía como que le decía, ¡vamo! Y ella le seguía a la leona.

Le llevó en una cueva grande, en un árbol seco, a la señora. Ahí llegaba, la noche y dormía la señora y la leona. La leona le defendía de lo tigres. Llegó un día, y la señora tuvo un varón y la leona do leoncito. Ese día llegó una señora de cabello largo a asistir a la señora, en el momento de tener el hijito. Y sacó una hebra del cabello de la señora y le ató el ombligo a la criatura.

Y la criatura se crió.

Y despué caminó y jugaba con lo leoncito. Le puso Juan, y la señora le dijo que le iba a llamar Juancito de León, porque era la leona que lo cuidaba a todo. La leona se rebuscaba fruta del monte, y hoja y raíce, y así vivía la señora y la criatura.

Fue quedando grande la criatura y se iba lejo con lo leoncito. Un día se

jue muy lejo y vio Juancito una casa muy linda. Y le dijo a lo leoncito.
-Quedesé que yo voy a llegar.

Y lo leoncito se quedaron. Lo leoncito entendía todo lo que le decía Juancito. Bueno... Antonce él llegó. Era un palacio de un gigante que mataba toda la gente que encontraba. Él entró y subió a un altillo. El gigante 'taba de paseo. Juancito vio una gurisa²⁷⁴ linda. El gigante le había robado y la trajo porque era tan linda. Era hija de la señora que le cortó el ombligo. Él le decía agüelita a esa señora. La gurisa le dijo:
-¡Juancito, mandate a mudar! ¡Si viene el gigante te va a comer!

—628

Y él le dice:

-Dame ropa y qué comer, que no tenemos nada.

Ella le dio todo lo que le pidió y que no volviera porque el gigante le iba a encontrá. Él le dijo que no le tenía miedo a nadie. Pero se jue.

Pasó uno día. Le llevó a la madre tanta ropa y de comé, y se quedó admirada. Y tuvo que vestise de tanto tiempo que ya no se vestía.

Otro día intentó Juancito de León venir a la casa del gigante. Le pidió a la gurisa de comé y ropa. Ella le pidió que se retire, que le iba a fundí el gigante si venía. Y se retiró. Le encontró cerquita del palacio al gigante. Le habló el gigante:

-¿Qué andás haciendo? ¿Queré pelear conmigo?

Él le dijo:

-Le peleo si usté me da una espada.

El gigante pasó al palacio. Sacó do espada, una para él y otra para Juancito. Y se dieron una topada. Juancito se dejó castigar. Depué, a la otra topada, le cortó una oreja al gigante. El gigante se enfureció y lo quiso matar. Juancito empezó a hincarle con el cuchillo y le pidió que le dejara que le iba a entregá las llaves de la casa. Y lo golpeó mucho Juancito al gigante, y lo dejó por muerto.

Jue en el palacio y le dice a la niña:

-¿Viste que el gigante no pudo conmigo? El palacio hoy es mío. Te llevaré a tu familia.

La niña le dijo:

-Gracia, Juancito. Me voy con mi familia, pues, el gigante me trajo de mi madre hace mucho tiempo. Pero lo que te voy a decir Juancito, que te cuidé mucho, porque ése no 'tá muerto.

Él le dijo:

-Pues, no ha de vivir más. Le voy a encerrar en el calabozo del palacio, por tanta injusticia que hizo. Que se muera de hambre ahí.

La gurisa le dijo:

-Pues, ¿vé esa serranía ahí cerca? Todo es cerro de güeso que él tiró de lo que mató.

—629

La guaina se jue a vivir con la madre, con la señora que le cortó el ombligo a Juancito. Vivía cerca y Juancito la visitaba. La señora adivinaba todo. La señora curaba y adivinaba.

Juancito se jue y trajo la madre y lo do hermanito león y ahí vivían junto.

Un día Juancito salió a cazá. Llegó a la casa de la agüelita. Ahí 'taba la guaina. Ella, contentísima con Juancito que le devolvió la hija. Le dijo:

-Mire, mi hijo, en el calabozo, el gigante está casi sano. No murió de hambre. A su madre le tiene en un mal traer.

El gigante sabía cuando salía Juancito. Le empezaba a judear²⁷⁵ a la señora y ella de miedo no le contaba al hijo.

Pasó otro tiempo. Él siempre le visitaba a la agüelita. Un día ella le dijo:

-Mire, Juancito, andate en este caballo y tomá esta bolsa, llevate con vos, porque hoy te va a matar el gigante. Decile que te pique y te ponga en esta bolsa y que ponga la bolsa en el caballo, pa que te lleve lejo. Pasaba eso porque se le terminó el poder del cabello que le ató el ombligo la agüelita.

Cuando jue al palacio del gigante, encontró la madre muerta. Estaba llorando sobre la madre muerta Juancito y le saltó sobre él el gigante. Y cuando le cazó el gigante le dijo:

-¡Aquí me vas a pagar todo lo que me hiciste!

Él le dice:

-Te pagaré. Pero cuando me maté me ponés en esta bolsa y tirame sobre este caballo que me coma los caranchos.

El gigante lo mató a Juancito. Le picó ñudo por ñudo y le puso en la bolsa, y le puso sobre el caballo. Y quedó contento porque ya creyó que no podía vivir más.

El caballo le llevó derecho a la casa de la agüelita. La guaina le agarró y sacó todo el cuerpo de Juancito y añidió todo bien y le puso bien sobre una mesa. Y le puso aceite a todo, ñudo por ñudo, y la viejita rezaba.

—630

A media noche la viejita dijo:

-¡In conmigo!

Juancito se movió. Le velaron toda la noche y él resucitó. Le tuvieron unos cuantos tiempos con ellas. Despué le dio una corneta, la viejita, y le dijo:

-Pasá por esa serranía y tocá esta corneta. Resucitarán lo muertos y te acompañarán a matá el gigante.

Así lo hizo Juancito. Jue a la serranía y tocó la corneta. Lo muerto se levantaron todo que eran mile. Se jue al palacio. El gigante cuando lo vio a Juancito lo conoció. Y vio tanta gente que tuvo miedo. Disparó y dentró en el calabozo y se encerró. Juancito mandó cortar mucha leña y hizo grande el juego con toda la leña que cortó. Y jue, sacó al gigante del calabozo y le tiró al juego. Le quemó. Dejó libre a toda la gente que había muerto el gigante, y él se quedó con su do hermano leones en el palacio. Depués se casó con la guaina y llevó también a la agüelita. Y vive contento hasta ahora en el palacio.

María Ramírez de González, 48 años. Yapeyú. San Martín. Corrientes, 1952.

La narradora es la curandera más famosa de la región. Me dicta los cuentos que oyó desde niña en una pequeña habitación, a la luz de las velas de su altar profesional, atestado de figuras de santos, mientras esperan afuera sus enfermos. Ha interrumpido sus consultas para que yo anote los cuentos viejos del pueblecito en donde nació nuestro héroe máximo, el general don José de San Martín.

1083. El amigo pescado, el amigo cóndor y el amigo zorro

(Los animales protectores)

CHUBUT

Éste era un joven que se fue a rodar tierra.

Había hecho mucho mal este hombre, pero después se arrepintió y se volvió un hombre buenísimo. Y juró hacer bien a toda la humanidad y a cualquier bicho. Y salió con una bolsita al hombro a correr el mundo. Y se fue.

Había caminado mucho y se arrimó a un río a tomar agua. Y en ese momento saltó un pescadito afuera del agua. Y el pescadito se moría. Pero como este hombre había jurado hacer el bien, se levantó y agarró el pescadito y lo echó al agua. Inmediatamente vio que el agua empezó a arremolinarse y vio que el pescadito sacó la cabeza y le dijo:

-Mirá, amigo, yo estoy tan agradecido porque me has salvado la vida, y sabrás que soy el rey de los pescados. Y por eso, cuando algún día te encuentres en algún apuro decí: Dios y mi amigo el pescadito. Y en seguida me tendrás para servirte.

El pescadito se hundió y el hombre siguió su camino sin hacer caso.

A poco de andar, después de unos días, encontró a un cóndor, con el ala quebrada, que 'staba muriéndose porque no podía cazar. Y dice el hombre:

-Pucha, me voy a llevar este bicharraco y lo voy a curar.

—632

Y así lo hizo, para lo cual le entablilló el ala, le ató con unas fibras las maderitas del entablillado, lo puso sobre el hombro y siguió viaje. Le cazaba perdices y le daba de comer. A los pocos días el cóndor empezó a probar a ver si podía manejar el ala. Él seguía manteniéndolo hasta que un día el cóndor salió volando. Remolvió un poco y se bajó, y le dijo:

-Te agradezco mucho que me has salvado la vida. Yo soy el rey de los cóndores. Escuchá bien lo que te digo: Si alguna vez te ves en algún apuro, decí: Dios y mi amigo cóndor, que yo estaré a tu lado para socorrerte.

El hombre no tomó mucha atención y siguió viaje.

A poco andar encontró también un zorro con la pata quebrada. Lo agarró al zorro y también le entablilló la pata, lo curó y lo llevaba de tiro con una cadenita. Cuando el zorro 'tuvo curado, se despidió y le dijo que si alguna vez estaba en un apuro, que diga: Dios y mi amigo el zorro, y que estaría ahí, en seguida, para servirlo. Se despidieron y siguieron viaje.

El hombre siguió. Después de unos días de viaje se encontró a la entrada de una ciudad muy grande, de mucho movimiento. Entró y al primero que encontró le preguntó qué novedades había en ese pueblo. Entonces ése le dijo:

-Hombre, la novedá que hay es muy sabida, siempre la misma.

-¿De qué se trata esa novedá?

-Que la hija del rey ha hecho juramento de casarse con el que se esconda en un lugar que ella no pueda adivinar. Y el rey le va a regalar el palacio y muchas riquezas.

Al oír esto, el joven tomó en seguida rumbo al palacio del rey donde se presentó y dijo que venía a buscar a la princesa para esconderse. Entonces la princesa habló con él y le dijo:

-Si te encuentro, sabé que te cortarán la cabeza y si no te encuentro te casarás conmigo. De modo que desde ya puedes esconderte, que tendrás veinticuatro horas de plazo.

Entonces el joven empezó a caminar y a buscar refugio. Entonces se acordó del pescadito y le dijo:

-Dios y mi amigo el pescadito.

—633

Él estaba a la orilla del mar, y apareció un pescado grandote. Se había criado el pescadito. Al verlo al joven le dijo el pescado:

-Oh, mi salvador, ¿en qué le puedo ser útil?

A lo que le contestó él:

-Me he comprometido a esconderme en un lugar que la Princesa de este palacio no me pueda encontrar. Quiero que me digas dónde puedo ocultarme.

-Ni una palabra más. Subite sobre mí, que yo te voy a llevar a las profundidades del mar y te voy a ocultar donde no te pueda ver nadie.

Entonces el joven se subió en el pescado y el pescado se sumergió con él, a unas oscuridades muy hondas y lo metió en unas rocas.

Al momento que salió la Princesa a buscarlo. Sacó un gran teodolito que tenía para buscar hasta el último rincón de la tierra y del cielo. Entonces miró por toda la tierra hasta el último rincón y le dice al Rey:

-Sabes²⁷⁶, papá, ¿que no lo veo? Estoy segura que en la tierra no está. Siguió buscando por todos lados.

-Busca bien -le dice el padre-, que ya faltan cinco minutos para vencer la prueba. Busca en el mar.

Y volvió la Princesa con el teodolito y miró al mar, y ya en el último momento dice:

-¡Oh!, ¡papá!, ¿ves? ¿Sabes dónde está? En aquellas oscuridades, entre las algas de aquellas rocas tan profundas. ¿Cómo se habrá escondido ahí?

Llegó la hora indicada para ver si lo habían visto. Y se presentó el joven al palacio. Y apenas lo vio la Princesa le dijo:

-Joven, te felicito, te habés escondido muy bien.

—634

-Y... ¿dónde estaba?

-Allí, en aquella profundidá del mar, en aquellas rocas llenas de algas.

Pero, no te asustes. Te vamos a dar otra prueba, que te vuelvas a esconder.

Al otro día se fue, y andaba caminando muy preocupado. Y en lo que iba se acordó del cóndor, y ahí lo llamó:

-Dios y mi amigo el cóndor.

Y el cóndor se presentó al momento y le dice:

-¿En qué te puedo ayudar? Mi salvador, manda lo que quieres.

Le refirió lo que le pasaba con la Princesa y que si no lo hallaban esta vez le cortaban la cabeza. Y Entonces el cóndor dijo:

-No te asustes, yo te voy a ocultar en un lugar que no te va a encontrar

la Princesa. Subite sobre mí, y agarrate del tronco de mis alas.

Y ni bien estuvo sentado el joven, el cóndor se elevó a las alturas. Y en aquellas alturas había una tormenta borrascosa, oscura, donde el cóndor lo llevó, entre esas nubes muy oscuras, que no se vía nada. Ahí lo dejó y le dijo:

-No te asustes, que yo te voy a venir a buscar a la hora que tenés que presentarte.

La Princesa sacó su teodolito y buscó por la tierra hasta el último rincón, y nada; buscó en el mar hasta el último rincón, y nada. Entonces le dice el Rey:

-Pues, hija, buscalo pronto, que faltan unos minutos. Estará en el cielo, seguramente.

Entonces la Princesa dirigió su aparato al cielo y lo vio entre los nubarrones. Y le dice al Rey:

-Mirá, papá. Mirá dónde está. Está entre aquellas nubes. Ahí está escondido.

Cuando llegó la hora, el joven se presentó al palacio y le preguntó a la Princesa:

-¿Me vio?

—635

Ella lo felicitó otra vez y le dijo:

-Joven, usted se esconde muy bien pero ¿cómo hizo para esconderse en las nubes? Es la primera vez que veo una persona que tenga tanto poder. Pero no te aflijas, no te desanimes, te vamos a dejar la última prueba, que te vuelvas a esconder.

Al otro día el joven andaba desesperado por el campo y se acordó de golpe del zorro y dijo:

-Dios y mi amigo el zorro.

Y al momento se presentó el zorro, gordo y grandote, claro, era el Rey de los zorros, y al verlo le dijo:

-¡Oh!, ¡mi salvador! ¿En qué te puedo ayudar?

Y entonces el joven le contó que estaba en peligro de muerte, que se había escondido dos veces con la ayuda del Rey de los pescados y del Rey de los cóndores, y que ésta era la vencida. Entonces le dijo el zorro:

-No te aflijás, ya vamos arreglar todo.

Pego un grito el zorro y entonces empezaron a llegar zorros de todas partes, de todas direcciones y se formó un ejército de zorros, y les dijo:

-Hagan una cueva acá que corra hasta abajo de la tierra, a los pies de la Princesa, donde está ella con su teodolito.

Y los zorros empezaron a cavar y a sacar la tierra hasta que quedó hecho un túnel, hasta los pies de la Princesa. Entonces le dice el zorro:

-Metete en esta cueva y caminás hasta que se acabe, que da justo a los pies de la Princesa. Y ahí te quedás tranquilo y esperás hasta que sea la hora de presentarte, y te sales y te presentas a la Princesa.

Y el joven se metió en el túnel y el zorro se quedó esperando.

La Princesa dirigió el telescopio a la tierra y no lo vio al joven; lo dirigió al mar y tampoco lo vio; lo dirigió a las nubes y tampoco lo vio.

Y la Princesa y el Rey es taban desesperados, pero no lo vio. Pasó el tiempo, y el joven salió de la cueva y se presentó. Entonces el Rey le dice a la Princesa:

-Decile que lo has visto.

—636

Entonce la Princesa le dijo que lo había visto. Y él le dijo:

-Y, ¿dónde 'taba?

-Entre las rocas del mar -le dijo ella.

-No -le dijo él-, yo estaba abajo de tus pies y no me has visto.

-Y ¿cómo me lo compruebas?

Y ahí le hizo ver el túnel y quedó comprobado. Pero el Rey dijo que su hija no se podía casar con ese joven pobre y que no sabía de dónde era.

Entonce se presentó el zorro al Rey y le dijo:

-Es necesario que dejes casar a este joven con la Princesa porque ha ganado en buena ley la prueba.

A lo que el Rey le contestó:

-Dejate de molestar si aprecias en algo tu vida.

Y el zorro le dijo:

-Yo soy tan Rey como vos, yo soy el Rey de los zorros y si no dejas casar a la Princesa con el joven dentro de unas horas se derrumbará tu palacio.

El zorro pegó un grito y llegó nuevamente un ejército de zorros. Y les ordenó:

-Caven los cimientos de este palacio hasta que se derrumbe.

Y comenzaron a cavar los zorros y cuando vio el Rey el peligro no tuvo más remedio que decir que se casaran. Y se casaron los jóvenes y hicieron una gran fiesta. Y yo estuve en la fiesta que duró varios días y después yo me vine al Chubut.

Baldomero Terraza, 73 años. Rawson. Chubut, 1959.

Muy buen narrador; tiene fama en la región, en donde son muy pocos los narradores. Toda la Patagonia ha sido colonizada a principio de nuestro siglo.

—637

1084. El viejito pobre y el chivito

CHUBUT

Éste era un viejito pobre y tenía un chivito.

Una mañana se quedó dormido el viejito y el chivito le comió las habas que era lo único que tenía el viejito para comer. Y agarró el viejito y se enojó y le dijo al chivito que lo iba a matar si otra güelta le comía las habas.

Entonces el chivito se jue a retozar al basurero²⁷⁷. Ahí halló un peso y le dijo al viejito:

-Mirá, tata viejo, encontré un peso.

-Dameló, chivito -le dijo el viejo.

Entonces el chivito le dijo:

-No te jodís viejo 'e miércoles Recién casi me matastes porque te comí unas habas locas, y te voy a dar el peso. Le viá ir a pedir el almú pa medir plata al rico y vuá decir que vos 'tas por medir mucha plata.

Y di áhi le dijo el viejo al chivito:

-No me vas hacer matar por el rico, con esa mentira que le vas a echar.

-¡Qué joder! -dijo el chivito-. ¡Qué te viá ser matar!

—638

Y se jue no más el chivito a la casa 'el rico y le dijo que le preste el almú de medir plata, porque su patrón tiene un montón de plata pa medir. Y le prestaron el almú. Y al otro día jue a devolverlo y puso el peso en una esquina del almú. Cuando el rico vio el almú con el peso dijo:

-Qué rico será este hombre que todavía le quedó un peso en el almú de lo qui ha medío plata y no si ha dado cuenta.

Se vino el chivito y al otro día temprano le comió las alverjas que tenía el viejito. Y vino el viejito y le dijo:

-Ya te voy a matar en seguida porque mi has dejau sin comida.

Se disparó el chivito y se jue a retozar en el basurero. El chivito halló un granito di oro y le dijo al viejito:

-Mirá, tata viejo, lo que encontré yo, un granito di oro.

Entonce el viejito le dijo:

-Dameló, chivito.

Y el chivito le dijo:

-No te jodés, viejo. Recién me corristes porque te comí una alverjas locas y me querías matar. No te doy el granito.

Y se jue no más a pedir el almú al rico para medir oro. Cuando volvió el chivito con el almú el viejo había hecho unos pozos en el basurero para ver si sacaba oro para él y no encontró nada.

El rico le había preguntao al chivito que de quién era el oro. Y él le había dicho que era di un señor muy rico. Entonce el rico lo quiso conocer. Y cuando volvió el chivito le dijo:

-El rico ha dicho que vaya a pasiar el que hizo medir el oro y yo le dije que sos vos. Y hay que ir en seguida.

-¿Y cómo voy a ir así? -dice el viejito-. Yo no tengo ropa para ir a esa casa.

-El rico dijo que fueras hoy sin falta.

Y se jue el viejo con el chivito. A lo mucho que iban caminando, hallaron un arroyito de agua y el viejo no quería cruzar. El chivito le pegó un aspazo y lo botó adentro del agua. Lo sacó mojado al viejito, medio augau, y lo dejó áhi y le dijo que —639espere. Se jue en lo 'el rico y le dijo que el señor rico que venía a visitarlo se cayó al agua y se mojó y que le preste ropa. El rico le dio ropa muy güena. Le mandó un traje, zapatos, zoquetes, corbata, calzoncillos, y le dijo el chivito al viejo:

-Ponete esto.

Y cuando el viejo no sabía ponerse le pegaba aspazos y le enseñaba y le hacía poné bien. Y lo hizo vestir bien y lo llevó. El viejo ya parecía hombre rico.

Y le dijo por la güella:

-Si tomás mucho vino te voy a pegar un aspazo.

Llegaron en lo del rico y se hicieron amigos y lo invitó a quedarse.

Por la noche estaban cenando y el chivito está espiano y cuando tomaba tragos muy largos lo recordaba di un aspazo. Así el viejito parecía una persona de mucho respeto.

Por la noche le pasaron cama al viejito, y el chivito durmió abajo de la cama. Al otro día se había meao toda la cama. El chivito le pegó un aspazo

y dio güelta el colchón.

Al otro día se quiso dir el viejito y el rico le dijo:

-Cómo se va a dir de a pie, señor. Yo lo voy a llevar en mi coche.

El chivito le dijo que cuando le pregunte el rico qué es eso que brilla, que le diga que es su palacio. Que ya va ver que le va hacer un palacio para él.

Y agarró el chivito y marchó de viaje. Y halló una víbora de la cruz y le sacó el corazón, medio moribunda, y le dijo:

-Coranzoncito de livertú²⁷⁸, que se presente un palacio de plata, otro de oro llenos de todas las cosas mejores y que se presenten unos negros jetones sirviendo la comida.

Y así se hicieron los palacios y llegaron el rico y el viejito. Y después el rico lo hizo casar con una hija muy rica que él tenía.

—640

Y entonces el chivito le dijo:

-Yo soy un ángel del cielo. Hi venido pa salvate y date de todo. Ya 'tás rico y tenís familia y yo me voy. Pegame tres golpes en el lomo.

Y el viejito le pegó y el chivito se hizo ángel y se jue, y no volvió más.

Y el viejito se quedó rico y con su esposa vivieron felices y comieron perdices, y a mí no me dieron porque yo no quise.

Etelvina Mercado, 56 años. Bajada del Diablo. Telsen. Chubut, 1952.

—641

Nota

Las 14 versiones de estos cuentos tienen como elemento básico la acción protectora de ciertos animales como la zorra y el zorro. Son animales con poder mágico que defienden y ayudan al hombre. Están estrechamente relacionados con los cuentos del caballito de los siete colores. Amalgaman motivos de otros cuentos. Considerados en general, pueden ser comprendidos en el tipo 545 de Aarne-Thompson.

—642

[El cuento de Alejito]

[1 versión]

[Cuento 1085]

1085. El cuento de Alejito

TUCUMÁN

Una vez había un matrimonio que no tenía ningún hijo. Entonces la señora dice:

-¿Por qué será que Dios no nos da un hijo?

Un día la señora se enfermó de la rodilla. Y la tenía muy hinchada. Y cuando viene el médico a operarla le partió la rodilla y salió un muchachito. No hallaban qué nombre ponerle. Entonces el chico le dice:

-Yo me llamaré Alejito.

La madre le compró un corderito para que andara en él. Alejito creció muy pronto y andaba en el corderito y lo enlazaba como si fuera un caballito.

Y así pasaron unos años.

En una estancia cerca había un hombre que tenía un toro muy malo, de uñas de oro y astas de oro, y nadie podía enlazarlo. Y había mucha gente que trataba de enlazarlo y no podía. Un día Alejito le dice a su madre que él iba a enlazarlo. Y la madre le dice:

-No, hijo, sos muy chico todavía, y el toro te va a comer.

Alejito le decía que sí, que él lo iba a enlazar. Y se puso hacer un lazo con tiras de trapo, y se fue. Pero el toro era tan malo, que cuando veía los chicos se venía al humo a comerlos. Pero al llegar Alejito, el toro lo vio y se vino a comerlo y al venir cerca lo enlazó y lo volteó. Entonces lo mataron y le dieron toda la carne a Alejito, y las uñas y las astas de oro se las hizo quedar el dueño. Entonces se vino a la casa Alejito muy contento.

—643

Un día, estando Alejito sentado al frente de la casa, dele jugar, pasaron dos caballeros. Entonces Alejito les dice:

-¡Oigan, esperenmén! Ya voy a ir yo también.

Pero los hombres no le hicieron caso y siguieron no más su camino. Pero en tanto, Alejito les pidió la bendición a sus padres y se fue con el corderito. Y los alcanzó a los dos caballeros. Y les dijo:

-Vine para acompañarlos, porque allá hay una bruja que los hace quedar a todos las que pasan y los come. Y yo vine para salvarlos.

Y al ir frente a la casa de la bruja, llegan ahí, y le dice Alejito si podían pasar la noche. La bruja les dice que sí, porque estaba segura que los comería. Pero no fue así. La bruja ésta tenía tres hijas, y por la noche la bruja los hizo acostar a cada uno de los hombres con una de las hijas. Y les dio unos gorros para que se pusieran las hijas. Así ella, cuando en la noche fuera a matar a los hombres, las iba a distinguir. Y a Alejito le iba a hacer lo mismo, pero Alejito se quedó junto al fuego, con ella, y le dice la bruja:

-Vaya, acuestesé no más.

Y le dice Alejito:

-No, todavía no tengo sueño. Si quiere que vaya, duerma no más usted.

Y la bruja, confiada, se va a dormir creyendo que igual no más los iba a matar.

Alejito, al calcular que la bruja ya se durmió, se fue, les cambió los gorros a las hijas, y se los puso a los hombres, a sus compañeros. Pero

otra cosa, que cuando al llegar esa tarde Alejito se lavó, le pidió toalla a la bruja. Y después le pidió peine para peinarse. Luego aguja y hilo para coserse el bolsillo que tenía roto.

Esa noche la bruja se levantó, tomó el hacha y se fue hacia la cama y les pegó a sus hijas, creyendo que eran los hombres. Las mató porque las tocó y vio que no tenían el gorro que Alejito li había puesto a los compañeros. Y fue y se acostó a dormir.

—644

Alejito los despertó a los hombres y les dijo que tenían que disparar, porque corrían peligro de muerte, porque la bruja había muerto a las hijas por matarlos a ellos. Y entonces se fueron.

Muy temprano se levantó la bruja y se va a hacer fuego, y pone una olla grande, con agua, para hacerlos hervir a los mozos. Y mientras hacía eso, la vieja estaba:

-¡Levanten, hijas! ¡Levanten, hijas!

Y siendo que las hijas estaban muertas. Al rato se va a verlos y las halla muertas y dice:

-¡Me han engañado estos pícaros!

Y salió en una chancha que tenía, que daba un tranco de una cuadra, con tres bolsas y el hacha. Y se fue caminando largo trecho. Y ya los iba a alcanzar, cuando Alejito le tira con la toalla. Y se hace un mar de agua. Y no podía pasar la bruja. Y la hacía a la chancha para un lado y para otro, hasta que pudo pasar y se fue.

Ya iban lejos. Y siguió y ya otra vez los iba alcanzando. Y Alejito le tira con el peine. Y se hace un pencal, que también no podía pasar. Y hachaba la bruja el tunal, y la hacía a la chancha de un lado para otro, hasta que pudo pasar. Y luego los iba alcanzando otra vez. Y Alejito le tira la aguja. Y se hace un espinal que también no pudo pasar. Y luego pasó, no más.

Y los volvió a alcanzar. Entonces, Alejito, le tira con el hilo y se hace una neblina que la bruja no podía ni ver el camino.

Pero al fin pasó. Y ya lo iba alcanzando otra vez.

Y en tanto ya iban lejos Alejito y sus compañeros. Luego, dice Alejito:

-No hay más caso que subirse en aquel árbol. La bruja ya viene muy cerca. Áhi había un árbol, muy alto, y andaban unos leñadores cerca. Y los llevó a los caballos de los hombres y les dijo a los leñadores que le escondieran los caballos.

Y subieron al árbol. En tanto la bruja ya pasó la neblina y se venía por el camino. Y va justito y mira hacia arriba del árbol y los ve. Y se va para abajo del árbol. Y empieza a hacerles —645muecas pa que se caigan, pero más antes Alejito les encargó a los hombres que no miraran para abajo cuando la bruja les haga algo. Pero uno de los hombres dijo:

-Yo me voy a agarrar fuerte y voy a mirar.

Y así lo hizo y ¡cataplún!, dentro de la bolsa. Al otro le pasó lo mismo.

Y la bruja empezó a hacerles morisquetas a Alejito, pero él silbaba y miraba para el cielo. Y la bruja le dice:

-¡Ya vas a ver pícaro, lo que te voy a hacer!

Y se fue subiendo por el tronco del árbol. Y Alejito se iba bajando por la rama con el corderito. Cuando la bruja quedó arriba, Alejito se bajó y empezó a hacerle gracias y entonces la bruja miró hacia abajo y

¡cataplún!, dentro de la bolsa. Y desató a sus compañeros de las dos bolsas. Y la ató bien dentro de la bolsa a la bruja, y se fue y le pidió leña a los leñadores. Y prendió un fuego y la quemó a la bruja, con la chancha y el hacha.

Y salieron con sus compañeros y se fueron. Luego Alejito les dice:

-¡Adiós, compañeros! ¡Qué Dios los guíe!

Y le pegó un azote al corderito, se hizo una palomita, y se fue al cielo.

Jacinta Pérez, 27 años. Los Bulacio. Cruz Alta. Tucumán, 1952.

Lugareña nativa del lugar. Ha cursado los grados de la escuela primaria.

—646

Nota

El cuento contiene motivos de varios cuentos tradicionales: El niño de origen sobrenatural, Los animales protectores y Los hermanos y la bruja. Está relacionado con los cuentos anteriores. Es, en realidad, una amalgama de varios cuentos.

—[647]

La princesa forzada a reír. El pescadito encantado. Juan Pereza
8 versiones y variantes

Cuentos del 1086 al 1093

—[648] —649

1086. Juan Pereza

El pescadito encantado

SALTA

Diz que Juan Pereza era el único hijo de un matrimonio. Vivían en la campaña. Y la madre todos los días lo mandaba a cuidar las ovejas. Y allá lejos había una laguna di ande ellos vivían. Y ellos siempre se lo encargaba que no vaya y que no deje llegá²⁷⁹ las ovejas a la laguna porque la laguna era brava.

Y un día diz que 'taba cerca de la laguna, y en eso diz que viene un martín pescador²⁸⁰ y si allega a la laguna y caza un pescadito y se va volando. Y lo que va volando se le escapa el pescadito y cái afuera de la laguna. Y entonce va a verlo Juan Pereza. Y el pescadito lloraba y lo hablaba a Juan Pereza, que haga el favor de tirarlo al agua. Y como Juan Pereza era perezoso, no quería. Y ya el pescadito 'taba a punto de agonizar y tanto rogalo por fin le bajó la volutar a Juan Pereza, y rezongando lu alza y va y lo tira a la laguna. Entonce el pescadito dice: -Esperame, Juan Pereza, que te voy a regalá una virtù.

—650

Y se pierde pal fondo de la laguna y al rato ya viene y se saca una escamita, y se la regala a Juan Pereza, y le dice:

-Mirá, esta escamita es de virtù. Cuando necesités de mí, pedile a la escamita, que al momento se te lo representará.

Y así hizo Juan Pereza y agarró y lo guardó a la escamita. Y se va a buscá las ovejas. Y a más tenía la orden de la madre que todos los días tenía que volvé con una carga de leña. Y entonce, a la tarde, Juan Pereza saca la escamita y lo pide:

-Por la virtù del pescadito, que mi hagáis llegar a casa una tremenda carga de leña y las ovejas.

Y así jue. Llevó a las casas las ovejas y una gran carga de leña rodando, y encima de la carga de leña iba él.

Y después tomó idea por irse a otro lugar. Y se jue donde había un rey. Y en eso el Rey dispuso buscarle matrimonio para la hija.

La hija del Rey no sabía reír para nadie. Entonce dispuso el Rey que quén lo hiciera reír a la niña, se casaría con ella.

Entonce el Juan Pereza se jue a aquel pueblo.

Áhi se jue al monte y preparó un carro y una yunta de bueyes que eran sapos.

Y por disposición del Rey tenían que pasar por delante de la niña todos los que querían hacerla reír para casarse con ella. Llamó para que pasen todos los príncipes, por áhi. Y por áhi cruzaron todos saludandolá y haciendolé chistes y gracia. Lo cual jue que ninguno podía conseguir de hacerla reír a la niña.

Después llamó a la segunda categoría que eran los doctores y abogados. Todos pasaban por el mismo lugar y ninguno conseguían di hacerla reír.

Después llamó la clase baja. Tampoco conseguía nada.

Después de la clase baja, venían al último, Juan Pereza con el carro cargar de leña, y los que tiraban eran los sapos, eran la yunta 'e güeyes.

Y entonce, cuando venían cruzando por frente ande 'taba la niña, al ver esta cosa tan rara, le dio gracia a la niña y se rio por primera vez.

Entonce el Rey ordenó que lo detengan a Juan Pereza. Y áhi ordenó de que él tenía que ser el esposo de la niña, y sinó —651penaba la vida, y por no matalos a los dos, llamó un comisario y los hizo botar a los dos lejo, en una montaña di árboles.

Y bueno, allá los botaron pa que se los comieran las fieras, ande ellos no podían volver más. Entonce la niña lloraba amargamente de verse al lado de Juan Pereza y botada tan lejo. Entonce Juan Pereza le dice:

-No llorís. ¿Por qué llorás?

Áhi lo contemplaba y lo pregunta:

-¿Tenís ganas de comer?

Entonce la niña le dice:

-¡Sí, cómo no!

Y él le dice:

-Mirá, cerrá los ojos, yo voy a decir unas palabras y cuando termine de decir las palabras, tenemos comida.

Entonce agarra Juan Pereza la escamita del pescado y dice:

Escamita por la virtud del pescadito que se me representen los manjares más lindos del mundo.

Y así se le presentaron los mejores manjares.

-Y agora, abrí los ojos, le dice a la niña.

Entonce la niña agarró y si ha servido. Y 'taba mejor que en el palacio del Rey.

Y entonce le causó curiosidad de haber sentido decir esas palabras a Juan Pereza.

Bueno... Pasaron el día y ya se venía la noche.

-Y ahora, qué hacemos -dice la niña.

-¡Oh! -le dice Juan Pereza-, vos no te aflijás, ya vamos a tener casa.

Y así él lo engañaba a la niña, claro, de cariño lo engañaba.

-Bueno -dice-, cerrá los ojos. Vamos a pedir el palacio.

Y entonce agarra y dice:

-Escamita, por la virtud del pescadito, que se me represente un palacio de puro vidrio, en el medio 'el mar, mejor que el palacio del Rey. Y con todos sus vasallos completos y la guardia nacional a la puerta del palacio de cristal.

—652

Dice:

-Bueno, abrí los ojos.

Cuando la niña abrió los ojos ya 'taban en el palacio de cristal en medio 'el mar y era mucho más lindo que el palacio del Rey.

Bueno... Al otro día, a la parte del día 281, el Rey acostumbraba a observar del observatorio del palacio. Y agarró los anteojos de larga vista y entonce alcanza a ver un palacio en medio 'el agua, y se veían barcos a la vuelta. Y ahí no más ordena el Rey que vaya una comisión a ver qué es lo que se ve ahí.

Llega la comisión allá y encuentra que era un palacio más lindo que el del Rey. Y preguntan quién vive ahí.

-En este palacio vive Juan Pereza con la hija del Rey.

Entonce preguntan por comunicar con Juan Pereza.

Entonce Juan Pereza pregunta que qué quiere la comisión ésa.

Entonce le avisan que el Rey manda a investigar de quién era ese palacio y quién habitaba ahí. Y así se vuelve la comisión a dar cuenta al Rey qui ahí vivía Juan Pereza con su esposa.

Entonce el Rey dice:

-¡Caramba! ¿Y cómo adquirió tan pronto semejante palacio Juan Pereza?

Y se fue el Rey. Y llega ahí, al palacio.

Juan Pereza le hace pasar bien custodiado, al séptimo piso. Ya no era como antes. Se transformó en un Príncipe más elegante y buen mozo que el Rey, por la virtud del pescadito. Y el Rey 'taba ya muy contento. Y ya vio lo que valía Juan Pereza y que su hija había tenido mucha suerte. Y lo regaló

áhi no más la corona para Juan Pereza. Y quedó de Rey él, y el pagre de la niña ya 'taba viejo y pasó la vida descansada. Y todos, claro, vivieron muy felices.

Eusebio Maita, 46 años. Salta, 1952.

Muy buen narrador.

—653

1087. La princesa que no sabía reír

CATAMARCA

Había una vez un padre que tenía dos hijos. El más grande, al cumplir veinte años, pide licencia al padre para ir a rodar tierra. Le dan la santa bendición y se fue.

Después de andar mucho llegó a un rancho donde vivía una viejita. Da los buenos días y se apia. Lo convida a pasar, la viejita.

Mas, en seguida lo convida a comer una mazamorrta chulla²⁸² con un pedazo de tortilla²⁸³, hecha con cuajada de cabra.

Conversando con la viejita le dice que él andaba buscando trabajo.

Entonces le dice la viejita que en el castillo había trabajo, que el Rey había suelto un bando, en donde decía que quien lograra hacerla reír a la Princesa o sea a la hija del Rey, se casaría con ella.

Entonces, lleno de ambición, sin escuchar más a la viejita, la abandona, sin despedirse, y sale camino al castillo después de haberlo comido al almuerzo y sin decirle un Dios se lo pague, del gran favor que le hizo.

Llega al castillo, pide hablar con el Rey. El Rey lo hace pasar y le explica el mozo la misión que llevaba. Entonces la llaman a la Princesa, y éste, no sabiendo qué decirle, se calla. Entonces la Princesa se enoja y lo echa del castillo.

—654

Sigue rodando tierras.

Volvamos a la casa del mozo que se fue. Ahora quiere irse el shulco. Sus padres le dan la bendición y se va por el mismo camino del otro mozo.

Llega a la casa de la viejita después de mucho dudar. Saluda y la viejita lo convida a apiarse, y él le dice:

-Mama vieja, ¿no tiene algo para comer?

Y la viejita le dice que sí. Le convida mazamorra con tortilla, como al primer mozo. Come un poquito y le deja para la viejita. Luego conversan qué misión lo llevaba. Y la viejita le dice que en el castillo había trabajo. Pero le aconseja que le regale unas flores, que al verlas la Princesa sonreiría, y ya ganaría la apuesta, y él se casaría con la Princesa.

Se despide el shulco de la viejita, diciendolé que Dios se lo pague y le pide la bendición, diciendolé:

-La bendición, mama vieja.

-Que Dios le dé su gracia, hijo -le contesta la anciana.

Se va al castillo y hace todo lo que le dijo la viejita. Le llevó a la Princesa unas flores que le dio la viejita, y como no se pensaba eso la

Princesa, se sonrió al ver la inocencia del mozo. Entonces, palabra de Rey no puede faltar, el Rey ordenó que se haga una gran fiesta y que se case la Princesa con este mozo. Se casa el mozo y lo primero que hace es llevar a la viejita al castillo. Después a sus padres, y viven todos felices.

Como era un hijo tan bueno con sus padres, Dios lo premió.

Y yo me vine por un portillo y salí por otro, para que usted me cuente otro.

Juan Vega, 70 años. Divisadero. La Paz. Catamarca, 1951.

Buen narrador.

—655

1088. El muchacho flojo

LA RIOJA

Ésta que era una magre pobre, y que tenía un hijo único, llamado Juan. Cuando tenía la edá de ocho años, la magre quería conchabarlo, para ayudarse con el salario que gane, pero como el muchacho era tan flojo, no quería levantarse de las piegras del juego adonde se encontraba cáido. La madre insistía en que se pare y cambie de lugar, para poder ella trajinar libremente en la cocina. Él respondía:

-¡Ay!... ¡Ay!... mi mama... vea que sólo por áca se le antoja pasar...

Entonces lo mandó que jueara al campo a trai leña, y él respondía lo mesmo:

-¡Ay!, ¡Ay!... mi mama.

Al día siguiente, como ya se encontraba cansau con la insistencia de la magre, se levantó haciendo un gran sacrificio, y se fue al campo, a trai leña. Llegó hasta la sombra de un frondoso árbol donde se echó a descansar al lau de un pocito con agua. Mientras estaba áhi, salió una rana a la orilla del agua y le dijo:

-Tomá, Juan, esta pata mía, que te será útil.

Juan contestó:

-Callate rana, no puedo estar de pereza.

Volvió la rana a decirle:

-Juan, tomá esta pata mía, que te será útil. Le podís pedir lo que necesitís.

—656

-Ya te dije, rana, que no puedo estar de pereza y dejame estar tranquilo.

Como la rana insistió por tercera vez, Juan resolvió hacer un gran sacrificio y recibirla a esta pata, y para probar su poder le dijo:

Pata, por la virtud que Dios te dio, hacé que se junte una carga grande y linda de leña.

A lo que se sintió rápidamente que juntaban la leña, y se amontonó muy cerca donde él estaba. Como ya se hacía tarde, Juan ya quería volver a la casa, y como la pereza lo dominaba, pidió nuevamente a la pata, por la virtud que tenía que lo lleve de inmediato a su casa. Tan pronto como hizo el pedido, ya se encontró montado en la leña, y con una velocidad regular ganó por una calle del pueblo vecino, con dirección hacia donde quedaba su casa. Al pasar frente al palacio del Rey, se hallaba una de sus hijas

parada en la puerta del zaguán. Mucho le llamó la atención ver pasar este muchacho montado en una carga de leña. Lo habló para preguntarle cómo hacía él para viajar en esa forma, sobre la leña. Pero él no se detuvo para escucharle a esta muchacha que le hablaba. Tenía muy poca educación. Como sentía que la muchacha siempre lo hablaba y se reía, como señal de protesta en contra de ella, volvió a pedirle a la pata que por la virtud que Dios le dio, le conceda un hijo varón de él, y que nazca con un ramito de flores en la mano. El Rey había dicho que la iba hacer casar con el que la hiciera reír.

Poco tiempo después empezó a sentirse la novedad que había en la hija del Rey. Cuando él supo que lo que pasaba, empezó a llamar todas las clases de la sociedad. Primero, a la clase noble, y como comprobó que de ninguno de ellos era, llamó a la clase mediana. Y habiendo comprobado que ninguno de éstos era tampoco, el padre de este niño, que estaba próximo a nacer, resolvió llamar a la clase plebe, o sea la clase inferior. Mientras se producía este llamado, el niño ya nació. Por lo que el Rey se encontraba más enfurecido, y más lleno de ira.

Desfilaba y más desfilaba la gente de esta clase, hasta que por fin pasó Juan el Flojo, habiéndose comprobado que él era el padre del niño que provino de la hija del Rey. Éste, indignado, los casó y les dio por vivienda, el corral de los chanchos, donde —657 pasaron malamente el día. Cuando se hizo la noche y toda la ciudad ya dormía, le hizo un nuevo pedido a la pata, que guardaba en su poder:

-Rana, por la virtud que Dios te dio, haceme esta misma noche un palacio que tenga más comodidad y más brillo que el palacio del Rey. Que amanezca lleno de todas las comodidades que se requieren en él, todo ordenado y tapizado con los mejores materiales conocidos.

Todo se cumplió al pie de la letra. Cuando amaneció al día siguiente, toda la ciudad se encontró con la novedad de la presencia de este magnífico palacio, al cual acudió el Rey acompañado de su comitiva. Éste, al verlo a Juan, acudió a interrogarlo sobre cómo había hecho semejante maravilla en tan poco tiempo. A lo que le respondió Juan:

-Todos me llaman Juan el Flojo, y para demostrarle a usted que soy más capaz que un Rey con toda su comitiva, he resuelto hacer este humilde rancho en una noche.

Ramón Gómez, 82 años. El Verde. General Ocampo. La Rioja, 1950.

En este cuento el pescadito encantado ha sido substituido por una ranita mágica.

—658

1089. Juan el Flojo

SAN JUAN

Había una vez un hombre que era muy flojo. Lo llamaban por eso Juan el Flojo. Se lo pasaba todo el día sentado a la orilla del juego, comiendo charqui asado, zapallo asado o camote asado.

Un día, la madre le pidió a Juan el Flojo que fuera a buscar leña. Accedió

porque la quería mucho a la madre. Se levantó con mucha pereza y se fue al campo. Se llegó a un lugar del campo que había mucha leña. Muy despacito empezó a juntar unos palitos de leña. No bien empezó a juntar leña le salió un toro bravo y lo corrió. Juan asustado salió huyendo y después que se libró del toro se sentó a la orilla de un gran charco. Al ratito oyó una voz que le decía:

-Juan, échame al charco.

Miró y vio que era un lindo pescadito que 'taba medio muerto lo que había quedado ajuera del agua. Juan tenía mucha flojera y no se molestó por el pescadito. Pero el pescadito le rogó tanto que lo echara al agua, que con mucha dificultad lo empujó y lo echó al agua. Entonces el pescadito, contento, asomó la cabecita y le regaló una medallita de virtud. Le dijo que tenía que decirle: Medallita, por la virtud que te dio el pescadito, que se haga tal o cual cosa. Le podía pedir todo lo que quisiera que lo iba a tener. Ahí no más la probó, Juan, y le dijo: «Medallita, por la virtud que te dio el pescadito, que el toro malo que me corrió caiga muerto». Miró por entre los

—659árboles y vio que el toro 'taba muerto. Entonces se puso muy contento y le dijo a la medallita: «Medallita, por la virtud que te dio el pescadito, que se junte una gran carga de leña, que yo vaya encima y la carga vuele hasta mi casa». Ahí no más se formó la carga, el flojo encima y empezó a volar.

La hija del Rey estaba en un balcón del palacio y cuando vio que la carga de leña con Juan encima pasaba volando se puso a reír que no podía más.

Juan el Flojo se enojó, sacó la medallita y le dijo: «Medallita, por la virtud que te dio el pescadito, que la hija del Rey tenga dos hijos míos».

La hija del Rey se puso gruesa y tuvo dos hijos que no tenían padre. El Rey se puso muy enojado y claro, no creía a la Princesa que no supiera quién era el padre de los niños. Entonces dio un manifiesto diciendo que se casaría con la hija al que los niñitos le dieran los brazos y le dijieran papá. Entonces empezaron a desfilar por el palacio príncipes, militares, hombres muy ricos y hermosos y a ninguno le daban los brazos los niños ni menos lo llamaban papá, por más cariños y piruetas que le hacían ellos. El Rey estaba muy afligido. Entonces le dijieron que el único que no había venido al palacio era Juan el Flojo. Lo mandó a llamar y cuál no sería el asombro de todos, cuando vieron que los niños se pusieron muy contentos y risueños en cuanto apareció Juan, le daban los brazos y le decían papá. Y como la palabra de Rey no puede faltar, dio un manifiesto con el asombro de toda la gente del pueblo, diciendo que su hija se casaría con Juan el Flojo.

La hija del Rey se negó a obedecer casarse con Juan el Flojo, y el Rey enfurecido ordenó que tanto a su hija como a Juan los tiraran a la fosa de las fieras. Ahí los llevaron para tirarlos y cuando estaban a la orilla, Juan se acordó de la medallita y dijo: «Medallita, por la virtud que te dio el pescadito, que desaparezca con la Princesa en cuanto nos echen a las fieras». Después que los echaron, no los vieron más y creyeron que habían sido comidos por las fieras. Pero ellos estaban sanos y salvos por ahí cerca. Entonces Juan pidió a la medallita que le diera un palacio con servidumbre y muebles, que el palacio fuera de oro y marfil y más hermoso y lujoso que el del Rey. Y se casó con la Princesa.

Al día siguiente, cuando se levantó el Rey, vio aquel lujoso palacio y creyó que estaba soñando. Y mandó entonces a gente de la corte a entrevistar al dueño. Entonces fueron recibidos por empleados con hermosos trajes y los llevaron a presencia de Juan el Flojo. Cuando lo supo el Rey, se vino él mismo y los abrazó llorando a Juan y a la Princesa y les pidió perdón. Y ahí si arreglaron todos. Juan el Flojo trajo a su madre a vivir con él. Y vivieron muchos años muy felices Juan, la Princesa y los hijos.

Zapatito lleno de porotos,
usté cuentemé otro.

Juan Frías, 70 años. La Punilla. Cauçete. San Juan, 1953.
Nativo del lugar. Trabajador rural. Buen narrador.

—661

1090. Perecita

SAN LUIS

Que había una señora que tenía un hijo flojo, flojísimo. Era un hijo solo. Lo mandaba a la leña y no quería ir.

A ningún lado quería ir. No quería hacer nada, nada. Él le decía siempre que tenía pereza. Por eso le habían puesto el Perecita.

Un día le rogó tanto la madre:

-¡Andá Perecita, buscá unas leñitas!

-Tengo pereza -le dice, pero al fin salió.

Se fue Perecita a la leña. Había juntado unas leñitas y había hecho una carguita. La tenía ahí a la carguita, y él 'taba recostado en la arena en la orla de un río. Tenía mucha pereza, porque era tan flojo. Era lo que tenía él, porque era un muchacho muy bueno. Y que había un pescadito afuera de l'agua pidiendo misericordia que lu echaran al agua. Y entonce que le dice al muchacho:

-¡Echame, por favor!

Y él, no.

-¡Tengo pereza! -que le dice.

-Pero, ¡echame, te lo pido por favor!, que yo te voy a dar una virtud. Una variíta de virtud, te voy a dar.

Entonce él, con la punta de l'ojota que lu empujó y lu echó al agua.

—662

El pescadito, entonce, le dio la variíta de virtud y le dijo que le pida lo que quiera que todo le iba a dar.

Entonce él ahí no más le dijo:

-Variíta, por tu virtud, que se junte una carga de leña, y que yo vaya arriba y que la leña vaya caminando sola.

Y entonces se juntó la leña y la carguita caminaba sola, y él iba encima de la leña.

Y siguió el camino de las casas. Y entonces que pasó por el palacio del Rey. Y que ahí 'taban las hijas del Rey y que cuando lo vieron se largaron a réirse y decían:

-¡Mirá, Perecita cómo va en la leña! ¡Mirá cómo camina sola la carguita de leña!

Entonces que le dio rabia a Perecita y que dice:

«Variíta, por tu virtud, que la niña más linda del Rey tenga un nene muy lindo, y que sea mío».

Y al tiempo la hija más linda del Rey tuvo un nene. Y el nene nació con una naranja di oro en la mano. Y al que le diera la naranja di oro, ése era el padre.

Entonces el Rey 'taba muy enojado. Tenía una rabia terrible. Quería saber cuál era el padre del niño para castigarlo.

Que el Rey llamó a todos los más grandes, más ricos, y no daba a nadie la naranja el niño. Entonces llamó a todos los vecinos, y nada. Y ya nu había quedau nadie. Bueno, entonces se acordaron que el único que había quedado era Perecita.

-Pero no, qué va ser Perecita -que decían.

-Bueno, pero hay que llamarlo.

Y vino Perecita. Y en cuanto vino y lo vio el nene, le entregó la naranja.

Entonces el Rey dispuso de echarlos a la mar, que se murieran, de rabia que tenía.

Y prepararon el cajón. Los ponen y los echan a la mar. La niña lloraba muchísimo y ella decía que no tenía ninguna culpa, que eso era un castigo que no sabía de dónde le había venido.

Y entonces Perecita le dice que no se aflija, que no le va a pasar nada.

—663

Entonces le pidió a la variíta que el cajón salga al otro lado de la mar y que ahí se formara un palacio mejor que el del Rey. Y todo se hizo así.

A los pocos días el Rey se enteró que al otro lado de la mar había un palacio mejor que el de él, y mandó que vieran de quién sería. Y se enteraron que era de Perecita. Entonces el Rey lo hizo buscar. Y entonces Perecita le contó todo cómo había pasado y que la niña no tenía ninguna culpa.

Y él se puso muy contento y les pidió que vinieran a vivir con él. Y los dejó tranquilos en las casas de él y fueron muy felices.

Beneranda Vallejos de Tula, 50 años. El Durazno Alto. Pringles. San Luis, 1958.

Campesina. Aprendió el cuento de la madre.

—664

1091. La princesa que no sabía reír

SAN LUIS

Había na vez un rey que tenía una hija que no se reiba nunca. Era muy

terca y nu había quen la pudiera hacer ni siquiera sonreírse, no le conocía el mundo una sonrisa en su cara.

El Rey, entonce, echó un bando, que quen la hiciera reir a la Princesa, se casaba con ella.

Había una señora que tenía un hijo zonzo, y cuando éste se enteró dijo que él la iba hacer reir a la Princesa. La madre le decía que no, que no vaya, que el Rey le iba hacer cortar la cabeza; pero éste porfió y porfió y se jue no más.

Cuando va en el camino, este mozo, ve un muchacho con unos ratoncitos, unos pericotes, tirandolós para arriba para matarlos, y entonce le dice:

-Demenlós, no los maten, ¿quere?

Se los dio el muchacho y él los llevó con él a los ratoncitos. Entonce piensa que con esos animalitos puede hacer algo pa divertir a la Princesa.

Con un pedacito 'e cuero que encontró, fabricó unas petaquitas. Va y le pide a una niña que le dé cabeo²⁸⁴, enriedo de pelo, un mechoncito, cualisquer cosa. —665Hace del cabeo riendas, bozal, cabresto,

cincha. Con una varillita de totora hace un aparejo, como una monturita.

El cabresto lu hace larguito como pa poder llevar a los ratoncitos; los arregló a los bichitos con los arneses, con el aparejo y las petaquitas.

Entonce los empezó a ensayar a los bichitos a hacer pruebas. Estos bichitos eran muy inteligentes y hacían unas pruebas muy graciosas, capaz de hacer rir al más serio.

A la hora vencida, él se presentó en el palacio. Había muchos jóvenes que iban a hacer reír a la Princesa. La Princesa 'taba en el balcón. Áhi pasaban los pretendientes, hacían monadas, pruebas, hacían piruetas y bailes, decían chistes... y nada, la Princesa no se réiba por nada. Al último de todos venía el zonzo con los ratoncitos cargados, y todos miraban con curiosidá esto.

-¡Arria, vamos! ¡Apuren cargueros! -decía el zonzo.

Como los arneses eran de cabeo, no se veían que los manejaba. Ya llega frente de la Princesa con los cargueros. La Princesa tenía un perrito regalón y áhi 'taba con ella. Cuando el perrito los ha visto a los ratoncitos, pega un salto y da un torido ¿qué quere usté?, y los quere encarar. Y claro, los ratoncitos han querú salir corriendo, y uno ha pegáu una costalada y el otro una espantada, y áhi han salú perdiendo la carga, y a los saltos. Y entonce la Princesa que 'taba muy enojada de ver a este zonzo que se quería casar con ella, ha pegau una carcajada, y claro, todos han oído y si ha corrido la voz que el zonzo la ha hecho reir a la Princesa.

Güeno, palabra de Rey no puede faltar, y se tuvo que casar la Princesa con el zonzo. Ella no quería por nada casarse con el zonzo, pero queriendo y sin querer se tuvo que casar no más.

-Pero, aguantá no más -le decía el Rey.

-Yo no lo quero, yo no lo quero -decía la Princesa-. Yo quero separarme, yo quero separarme.

La Princesa decía que no lo quería al zonzo, que ella quería un príncipe. Entonce el zonzo dijo que güeno, que la deja que se case con un príncipe. Entonce se prepara la separación, el divorcio, y se preparan las fiestas para el nuevo casamiento de la Princesa.

Mientras las bodas se 'tán haciendo, el zonzo se pasea por la ciudá y encuentra a unos muchachos que están jugando con un dormilón²⁸⁵, que lo 'tán por matar, y les dice:

-No lo maten a ese animalito. Demelón, vendamelón, en cualisquera forma.

-No, mejor que lo matemos no más -le dicen.

-No, no lo maten -les dice y les da dos riales.

Los muchachos al fin le entregaron el dormilón y él se lo llevó. Él sigue y lo que va caminando encuentra otra gavía²⁸⁶ de muchachos jugando con una tatanga²⁸⁷, que la 'taban matando. Entonce les dice:

-No la maten, muchachos, pobre animalito.

Les dio un rial y ellos le entregaron la tatanga. El mozo se va al palacio y oserva la boda.

Se van los novios al cuarto de ellos y el zonzo se escuende en un rincón con sus bichitos. Los bichitos ya 'taban enseñados pa hacer un güen trabajo. Si acostaron los novios y el dormilón si había puesto entre las almuhadas. Áhi no más se quedaron dormidos. Entonce jue la tatanga y se le entró al Príncipe por el upite²⁸⁸ y empezó a acarriar la suciedá di adentro y a poner toda la cama sucia. Al otro día cuando se despiertan 'taba todo sucio y con un olor terrible. Viene el Rey a saludarlos, y claro, 'taban muy callados y le contestaron muy fríamente.

A la segunda noche el Príncipe se puso un tarugo pa que no le pase nada. Otra vez el dormilón si acomodó entre las almuhadas y se quedaron dormidos profundamente. Áhi jue uno de los ratoncitos, le sacó el tarugo y la tatanga se le entró y le empezó a acarriar suciedá. Y ya ansuciaron la cama, el piso y todo lo qui había adentro.

Al otro día el Príncipe no sabía quí hacer. Se bañó, se limpiaba por todos lados, pero no se podía del olor. Vino el Rey a saludarlos, y claro, se dio cuenta que pasaba una cosa rara.

—667

A la tercera noche el príncipe si ató bien con unos lazos el ocote²⁸⁹. Se acostaron y como 'taba áhi el dormilón, se volvió a quedar dormido. Fue el otro ratoncito, el pericotito y le cortó los lazos y la tatanga volvió a entrar y empezó a acarriar suciedá. Y ya puso sucia la cama, el piso, los muebles y hasta el techo.

Al otro día cuando se despertaron era una suciedá y una jedentina que no se podía más. Entonces, cuando vino el Rey a saludarlos, la Princesa, muy enojada, le dijo que no lo quería más al Príncipe y que prefería al zonzo, que por lo menos era limpio.

Ya lo jueron a buscar y lo trajieron y se volvieron hacer los preparativos y se vuelven a casar. Y áhi vieron que este mozo no era zonzo, sino que si hacía no más el inocente. Y ya hicieron una gran fiesta. Los animalitos que lu habían ayudado se despidieron y se jueron muy contentos. Y áhi se quedaron en el fandango y yo me vine para acá.

Juana Salazar, 70 años. El Zapallar. Quines. San Luis, 1932.

Aprendió este cuento hace muchos años de un viejito de Río Quinto, Nicolás López, que era un gran narrador.

—668

CORRIENTES

Había una viejita que tenía un hijo muy flojo, que le decía Juan Pereza. Él no se levantaba para nada, sentado siempre sobre un cuerito. Una vez le dijo la madre:

-Mirá que yo soy viejita. Ahora, mañana, me muero y ¿quién te va a servir?

Tenía un petiso viejo. Él intentó hacer algo. Y le dice a la madre:

-Ensillemé, entonces, mamá, el petiso. Y atomé por la silla mis cueritos.

Voy a procuró traerle leña.

Se jue y se encontró con una víbora. Y le iba a matá. Le habló la víbora.

Y le dice:

-No me maté. Te voy a dá una virtú.

Juan Pereza por no molestarse no le mató. Se arroscoó juerte, la víbora, se sacó un anillo, y le dice:

-Tomá. Todo lo que quieres, pedile al anillito. Decile, anillito de víbora, por la virtú que Dios te ha dado, dame tal cosa. Pedí lo que querés.

Al momento le dice Juan Pereza:

-Anillito de víbora, por la virtú que Dios te ha dado, que quiero ahorita, cerquita de mí, estea290 una carga de leña.

—669

Al momento se le estuvo ahí la leña.

Y se le intentó pedir al anillito que el petiso se ponga de patas arriba.

Se le puso. Y él se acostó en la panza del petiso y llevaba la leña. Así se le jue llegando a la madre. Y la madre le dice:

-¡Ay, mi hijo! ¿Qué le pasa? ¿Cómo pasó eso? ¿Cómo viene así el petiso?

Él le dice:

-Él no más se puso así.

Pero él no le mostró a la madre la virtú que tenía. Después le dice a la noche siguiente, al anillito:

-Anillito de víbora, por la virtú que Dios te ha dado, quiero que la casa de mi madre se haga como si fuera una iglesia. Y un ranchito no más que era 'onde vivía la madre. Que tenga una mucama, una cocinera, una lavandera. Y así se hizo todo. Una casa lindísima como una iglesia, se hizo.

Había un señor Rey en la ciudá. Tenía una hermosa hija. Juan Pereza se le intentó una noche que la hija del Rey tenga un hijo de él. Le dice al anillo:

-Anillito de víbora, por la virtú que Dios te ha dado, que la hija del Rey quede gruesa de mí, sin tener conversación con ella. Que sea un varoncito, que tenga una manzana en la mano y que no le vaya entregar a nadie, únicamente a mí.

Pasó así. Se encontró la niña encinta. Y le averiguó el padre y la madre:

-¿Cómo te pasa esto, niña?

Que la niña no sabía nada. Ella vivía en el atillo y no veía a nadie. La niña lloraba amargamente. El niño tenía una manzana en la mano y no la daba a nadie. Y los padres le preguntaba de quién era. Y le decía:

-Si ya pasó hija mía. Te voy a hacer casar con él, sea por él quien sea.

La niña no podía decir nada. No sabía nada. Entonces el Rey hizo reunión. Le invitó a todo lo que eran de la ciudad. Porque el niño hablaba y clamaba por: ¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! —670Y le querían sacar la manzana, y el niño no entregaba a nadie. Todos los que llegaban le acariciaban y le pedía la manzana. A ninguno no le entregaba. Viene un señor y le dice al Rey:

-Acá falta una persona, que es el Juan Pereza.

Y, ¡claro!, que a todos invitaron, pero a él no le hicieron caso. Y bueno, entonces le dice el señor Rey:

-¡Cómo le vamos a traer, que es una persona que no sirve para nada! ¡No quiere ni caminar!

Entonces le dice el señor:

-Vamo a aujerear un barril y le mandamo a poner rueda, y lo traemo ahí. Así lo trajieron. A una distancia, cuando vio el nene que estaba yendo, dice:

-¡Áhi viene papá! ¡Áhi viene papá!

-¡Ay, qué murmuración! ¡Ay, qué, vergüenza para el señor Rey! La madre se desmayó. Llegó Juan Pereza, y ansioso la criatura para que lo alce, le abre los brazos, y dice:

-¡Papá! ¡Papá!

¡Y la murmuración en el pueblo! Caballeritos que le visitaban a la hija del Rey, desmayaron. ¡Ay, qué dolor para el público!

Reaccionó el señor Rey y dice:

-No hay más que le vamo a hacer casar a mi hija.

Y le hizo casar. Después de 'tar casados, le tiraron en un rancho viejo, sin nada, pobre completamente. Y por la noche, Juan Pereza conversó el anillito:

-Anillito de víbora, por la virtud que Dios te ha dado, que mi casa sea la mejor que el palacio del Rey, y tenga todo, con muebles, tejidos, sirvientes, mejor que el Rey.

Se le formó un palacio mejor que el del Rey.

Al día siguiente se levanta el señor Rey y dice:

-¿Será que no se murió Juan Pereza?

Que él nada tenía, ni para comer, ni para dormir, con su esposa y su niño.

—671

Se levanta el Rey y mira para el rancho de Juan Pereza, y le dice a la esposa:

-Levantate, vení, mirá por el rancho de Juan Pereza. Está una hermosa casa, mejor que la nuestra.

Y se fueron a saludarle.

-¿Qué lo que te pasa, Juan?

-Nada me pasa. Lo que me pasa es que ustedes me tuvieron por menos, y el Dios, Espíritu Santo, se bajó del cielo y me trajo todo para vivir tan bien como usted.

El Rey y la esposa se pusieron muy contentos. Reunieron toda la gente de la ciudad. Hicieron una fiesta. Se estaban sirviendo los pasteles y masas.

Y dijo la recién casada:

-Bueno, mi padre, nosotros, después de terminar de comer, suelo contar mi servicio.

-¡Pero, por Dios! -le dice el padre-. ¿Quién va a robar, aquí?
-Es de costumbre, no más, que suelo contar mi servicio.
Y contó los servicios y faltó un par de servicio, de cuchara, tenedor y cuchillo. Y dice:
-Pero, acá me falta un par de servicio.
Y le dice el Rey:
-¡Ay, por Dios!, ¿quién va a llevar nada?
Y el Rey se busca y encuentra en su bolsillo el servicio, y dice:
-¡Ay, por Dios! Acá está en mi bolsillo. ¿Cómo es esto?
-¿Ha visto mi padre? Así como el servicio se encuentra en su bolsillo, sin usted darse cuenta, así mismo este niño se encontró en mi vientre.
El Rey se volvió avergonzado. Y todos se dieron cuenta. Y Juan Pereza ya se volvió trabajador y quedaron muy ricos y contentos.
Bernardina Fernández, 71 años. Villa Pellegrini. Iberá. Corrientes, 1952.
Campesina de esta comarca típica de la laguna Iberá.

—672

1093. Juan Flojo

TUCUMÁN

Dice que había un hombre muy flojo. Que li habían puesto el apodo de Juan Flojo. Porque era flojo, flojo.

Ande vivía Juan Flojo había un rey muy rico. Y que de verle tan flojo que había ordenáu a uno de sus guardias que lo arrojaran lejo, lejo, para que lo coman las fieras.

Y lu habían llevau a Juan Flojo a un monte muy lejo para que lo coman las fieras.

Y se lo pasaba tendido en el suelo porque no se podía levantar de flojo.

Y por casualidá pasó un carro que había, a trair leña, y Juan Flojo le pidió que lo volviera a llevar. Y lo volvieron a llevar. Y el Rey estaba consentido que a Juan Flojo lo habían comido las fieras. Y estos leñadores lo llevaron, y al verlo el Rey quedó asombrado.

Que había pasau una negra y que le dice:

-¡Ah, Juan Flojo, te voy a dar una varita mágica a ver si así te da gana de trabajar!

Y cuando la tuvo en su poder, todo lo que le pedía le concedía. Y que le hace el pedido de que en ese momento se le presente un naranjo con muchas naranjas, y que en ese momento le caigan peladitas en la boca. Y después que dice que en ese momento que pase un arroyito bien finito por mi boca que tengo sé. Y todo le daba, en el momento, la varita mágica.

—673

Y el Rey dice que tenía una hija muy linda y que a nadie quería darle la mano para que se case.

Entonce dice Juan Flojo:

-Quiero que en este momento se ponga encinta la hija del Rey.

Y el Rey enfurecido viene y la ve así a la hija. Y que toda la servidumbre que tenía la había tenido para cuidar la Princesa. Y como no podía saber

quién era el padre, que el Rey puso una pelota, y dijo que el que la patie, ése es el que le hereda el hijo de la Princesa.
Y que todos pasaron y nadie la patió.
Y que Juan Flojo dice:
-Varita mágica hacéme patiar la pelota.
Y que va y la patia a la pelota.
Y que entonce el Rey enfurecido lo hace correr del pueblo a él y a la Princesa.
Y va Juan Flojo, en el campo ya, y le dice: «varita mágica quiero que en este momento se me haga una población más grande y un palacio más grande que el del Rey».
Y en eso el Rey había salido a cazar. Y lo ve al palacio y lo almiraba tanto que deseó de visitar al Rey que había áhi. Y cuando averigua a los guardias sabe que es de Juan Flojo.
Y el Rey se olvida de todo y abraza a la hija y al yerno y Juan Flojo se corrige su flojera.
Y fueron felices.
Silvia Marina Tarifa, 19 años. Amaicha del Valle. Tafí. Tucumán, 1951.
Muchacha del pueblo. Trabaja en servicio doméstico. Ha concurrido a la escuela primaria.
Variante del cuento tradicional.

—674

Nota

El cuento conserva, en sus versiones y variantes, los motivos fundamentales del cuento tradicional: un muchacho muy haragán, a veces tonto, por la virtud que le da un pescadito encantado, hace reír a la Princesa que no reía nunca, le hace concebir un hijo suyo y casa con ella. Regenera su vida y vive con su familia rico y feliz. Tiene gran difusión en Europa y en América. Por sus motivos fundamentales corresponde al tipo 675 de Aarne-Thompson.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

